Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado
Facultad de Ciencias Sociales
Unidad de Posgrado

Representaciones de Francisco Pizarro y la Conquista en la historiografía peruana (siglos XIX-XX) y las ideas de Nación

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Historia

AUTOR

Eddy Walter ROMERO MEZA

ASESOR

Dr. Francisco Felipe QUIROZ CHUECA

Lima, Perú

2021



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Romero, E. (2021). *Representaciones de Francisco Pizarro y la Conquista en la historiografía peruana (siglos XIX-XX) y las ideas de Nación*. [Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Unidad de Posgrado]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.

Hoja de metadatos complementarios

Código ORCID del autor	https://orcid.org/0000-0002-1247-4903
DNI o pasaporte del autor	41881689
Código ORCID del asesor	https://orcid.org/0000-0003-2662-9272
DNI o pasaporte del asesor	25505843
Grupo de investigación	Historia y Ciudadanía Activa – Instituto Seminario de Historia Rural Andina (ISHRA) (UNMSM)
Agencia financiadora	Perú. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Vicerrectorado de Investigación y Posgrado. Proyecto E19151701 VRIP-UNMSM
Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación	País: Perú Departamento: Lima Provincia: Lima Distrito: Chorrillos Longitud: -77.0058900 Latitud: -12.1926500
Año o rango de años en que se realizó la investigación	2018-2020
Disciplinas OCDE	6.01.01 -- Historia https://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.01.01

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIDAD DE POSGRADO

ACTA DE SUSTENTACIÓN

En Lima, a los doce días del mes de julio del año dos mil veintiuno, mediante sustentación virtual a cargo de la Unidad de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor San Marcos, a horas 09: 00 am.; bajo la presidencia del Mg. Iván Ernesto MILLONES MARIÑEZ y con la concurrencia de los demás miembros del Jurado de Tesis, se inició la ceremonia invitando al graduando **ROMERO MEZA, Eddy Walter**, para que expusiera la Tesis con el objetivo de optar el Grado Académico de Magister en Historia., titulada:

«REPRESENTACIONES DE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA EN LA HISTORIOGRAFÍA PERUANA (SIGLOS XIX-XX) Y LAS IDEAS DE NACIÓN».

A continuación, fue sometida a las objeciones del Jurado. Terminando esta prueba y, verificada la votación, se consignó la calificación correspondiente a:

A EXCELENTE – 20 –

Por tanto, el Jurado, de acuerdo al Reglamento de Grados y Títulos, acordó recomendar a la Facultad de Ciencias Sociales para que proponga que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos otorgue el Grado Académico de Magister en Historia al bachiller **ROMERO MEZA, Eddy Walter**. Siendo las 10:28am y para constancia se dispuso se extendiera la presente Acta:

Mg. Iván Ernesto MILLONES MARIÑEZ
PRESIDENTE

Dra. Carlota Alicia CASALINO SEN
MIEMBRO

UNMSM
Firmado digitalmente por CASALINO SEN Carlota Alicia FAU 20148092282 soft
Motivo: Soy el autor del documento
Fecha: 19.07.2021 14:59:47 -05:00

Mg. Virgilio Freddy CABANILLAS DELGADILLO
MIEMBRO

Dr. Francisco Felipe QUIROZ CHUECA
ASESOR

UNMSM
Firmado digitalmente por SILVA SIFUENTES Jorge Elias Tercero FAU 20148092282 soft
Motivo: Soy el autor del documento
Fecha: 20.07.2021 07:38:48 -05:00

Dr. JORGE ELÍAS TERCERO SILVA SIFUENTES
Director

A Clara, Miriam, Mavie y Nicolasa, las mujeres de mi vida (madre, esposa, hija y segunda madre).

AGRADECIMIENTOS

Toda investigación tiene una historia, detrás de ella está el apoyo de diversas personas que han contribuido para hacerla posible. En ese sentido quiero agradecer en primer lugar a mi familia, la cual me acompaña siempre en corazón y mente. No podría hacer nada sin su apoyo y confianza permanentes, son fuente de inspiración y fuerza para mí.

Quiero agradecer también a mis profesores de la maestría de San Marcos, quienes desde sus distintas especialidades, con sus reflexiones y experiencias, me enriquecieron en ideas, y deseos de avanzar en la investigación académica, permitiendo además afianzar mi compromiso con la comunidad.

Deseo destacar el estímulo, consejos y acompañamiento de mis asesores de tesis, el Dr. Francisco Quiroz y la Dra. Carlota Casalino, quienes supieron orientarme y animarme a continuar con la investigación emprendida. Ambos representan lo mejor de la tradición académica en San Marcos, y su confianza en mi labor fue muy importante para la realización de este trabajo.

Finalmente, deseo agradecer al grupo de investigación "Historia y Ciudadanía Activa" del *Instituto Seminario de Historia Rural Andina* (ISHRA), dirigido por la Dra. Carlota Casalino, y del cual formo parte. La presente investigación se desarrolló en el marco del **Proyecto E19151701** inscrito en el **VRIP** (Vicerrectorado de Investigacion y Posgrado), enriqueciéndose notablemente gracias a los talleres y actividades realizados por este grupo de investigación, liderado por la Dra. Carlota Casalino, e integrado por un grupo interdisciplinar de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 6

MARCO TEÓRICO 9

La representación historiográfica 10

Historiografía y función del historiador 12

Nación y nacionalismo 14

Nación y memoria: el imperativo del olvido y el recuerdo 22

Los discursos históricos y la conciencia nacional 23

El paradigma cusqueñocentrista y limeñocentrista 27

La tradición indigenista en el Perú 38

CAPÍTULO I. LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX. 41

1.1 LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XIX Y LA REPRESENTACIÓN DE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA. 41

1.1.1 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Guillermo Prescott. 41

1.1.2 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Sebastián Lorente. 73

1.1.3 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Ricardo Cappa. 106

1.2 LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XX Y LA REPRESENTACIÓN DE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA. 154

1.2.1 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de José de la Riva Agüero. 155

1.2.2 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Raúl Porras Barrenechea. 186

1.2.3 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de José Antonio del Busto. 237

1.2.4 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Juan José Vega. 248

1.2.5 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Edmundo Guillén. 263

1.2.6 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Waldemar Espinoza. 286

1.2.7 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Virgilio Roel Pineda. 293

1.2.8 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Rafael Varón Gabai. 307

CAPÍTULO II. VISIONES SOBRE LA CONQUISTA DE AMÉRICA E IMAGINARIO HISTÓRICO SOBRE FRANCISCO PIZARRO. 321

2.1 EL V CENTENARIO DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA (1992). 321

2.1.1 El Quinto Centenario desde la perspectiva de los historiadores e intelectuales peruanos. 326

2.2 EL CONQUISTADOR FRANCISCO PIZARRO Y EL IMAGINARIO HISTÓRICO PERUANO. 364

2.2.1 El retiro de la estatua de Francisco Pizarro de la Plaza Mayor de Lima (2003). 364

2.2.2 La figura de Francisco Pizarro frente a los discursos históricos actuales. 386
CONCLUSIONES 399
REFLEXIÓN 408
BIBLIOGRAFÍA 414

INTRODUCCIÓN

Cuando se lee un libro de historia, antes de preguntarse por quién lo escribió, hay que preguntarse cuándo fue escrito. (Edward H. Carr)

Las representaciones históricas de Francisco Pizarro y el periodo de la conquista han oscilado entre el *pro-hispanismo* desde la historiografía criolla limeña y el anti-hispanismo desde la historiografía crítica indigenista. Pizarro aparece como un *héroe fundador-civilizador* desde la versión hispanista, y un *personaje ambicioso*, *cruel y genocida* desde la versión anti-hispanista o indigenista. La conquista española es representada como el momento del nacimiento de la "nación peruana" desde la historiografía conservadora criolla, y representada como el momento de subyugación u opresión de la "verdadera nación" desde la postura de la historiografía crítica indigenista. Estas versiones de la historia peruana han sido insuficientemente estudiadas, y están vinculadas a la construcción de los discursos sobre la "historia nacional".

A lo largo de los siglos XIX y XX se fueron configurando o consolidando estas narrativas históricas, que se asocian a la construcción de las "ideas de nación" en el Perú. El conquistador Francisco Pizarro, aparece entonces como un personaje que suscita conflicto o posiciones contrarias, en la obra de historiadores importante de este periodo. La conquista española como tema de investigación o estudio en el Perú y América, ha generado narrativas históricas contrapuestas, poco analizadas o insuficiente explicadas.

Las representaciones de Francisco Pizarro y la conquista del "Perú", reflejan las concepciones de una historiografía conservadora y otra crítica, donde las ideas de nación peruana o peruanidad son casi opuestas. Determinar el origen o desarrollo de tales narrativas dentro de la historiografía peruana es una labor pendiente, así como la explicación sobre las ideas de nación que defienden los historiadores, desde las corrientes y trayectorias a las que están asociados.

La historiografía pro-hispanista o conservadora de autores como Sebastián Lorente, Ricardo Cappa, Riva Agüero, Porras Barrenechea o Del Busto, parecieran reflejar una

narrativa criolla-limeña, mientras autores como Juan José Vega, Edmundo Guillén y Virgilio Roel Pineda asumen una narrativa anti-hispanista o pro-indigenista. La idea de "nación mestiza" de ambas historiografías, convierten al conquistador Francisco Pizarro en un padre fundador o un invasor que inaugura una etapa sojuzgamiento. La figura del conquistador, resulta irresuelta, es glorificado o censurado, según la versión histórica elegida. Sin embargo, la obra de historiadores contemporáneos, como Waldemar Espinoza o Rafael Varón, parecen brindar una representación alternativa de Pizarro y la conquista.

La historiografía sobre este periodo reflejaría proyectos distintos para "imaginar la nación". Las visiones antagónicas de nuestro pasado, se aprecian sobre todo en la historiografía sobre esta compleja etapa histórica. La relación entre los discursos históricos y los proyectos de nación peruana, solo han sido parcialmente explicados, desde las representaciones del controversial periodo de la Conquista y una figura central como Francisco Pizarro. Aún sigue siendo un problema el ubicar históricamente a Pizarro; la sombra de la *Leyenda Negra* o la *Leyenda blanca* (o dorada) sobre la Conquista, todavía se aprecia en la historiografía peruana.

Una "memoria herida" influye todavía sobre la visión de la Conquista o invasión española. En el caso peruano, además la "memoria de un bien perdido", relacionado a la destrucción del imperio incaico. Los discursos históricos regionales presentan cierta resistencia frente al discurso nacional, oficial o hegemónico limeño. La "ideología del mestizaje", aunque aparentemente conciliadora de la raza y cultura indígena y lo hispánico, fue la fórmula que disimulaba la superposición cultural, las exclusiones-imposiciones y el deseo de ubicar a lo indígena como un elemento pasadista o tradicional, a superarse bajo el horizonte de la cultura occidental.

La producción historiográfica no es una práctica aislada de la sociedad, la política y la cultura. El lugar de enunciación de los historiadores, debe también tomarse en cuenta al evaluarse su obra. El contexto socio-cultural, la coyuntura política y las corrientes de pensamiento provenientes del exterior, resultan claves para entender la obra de los historiadores. En el caso peruano, la construcción de un Estado criollo tras la Independencia, la herencia colonial, el hispanismo, el indigenismo, la ideología del mestizaje, el proyecto hispanoamericanista, el regionalismo, las teorías marxistas, la teoría de la dependencia, el nacionalismo criollo y cobrizo, etc.

La memoria mitificada sobre el pasado incaico, el peso de la *Leyenda negra* sobre España, la búsqueda de figuras fundacionales para explicar el origen de la nación peruana, hizo compleja la elaboración de una narrativa histórica equilibrada o "historia justa". La historia oficial no fue estática, y tuvo transformaciones donde lo indígena tuvo mayor espacio de reconocimiento, a través de figuras de bronce como Manco Cápac, Pachacútec o Túpac Amaru II, pero paralelamente mantenía un relato histórico conservador, lleno de silencios sobre las injusticias en torno al indio común o los grupos afrodescendientes; y bajo el paradigma de una historia de larga duración, donde lo pre-hispánico aparece solo como la antesala para el advenimiento del "Perú moderno", castellano, católico y occidental. A esta narrativa se contrapuso la versión crítica del pasado peruano, de tono más oral, donde se lamentaba las injusticias históricas y presentes. Desde los márgenes, el "trauma de la conquista" mantenía su vigencia, así como el reclamo por el expolio y el genocidio cometido; una reivindicación histórica y quizás la "Búsqueda de un Inca". La figura de Francisco Pizarro reconocida por ciertas élites blancas e ilustradas como el fundador de la nación, aparece cuestionada desde sectores populares, y sobre todo regionales. Una estatua de Pizarro era posible en la principal plaza de la capital, Lima (1935); pero inviable o imposible en la plaza del Cusco, antigua capital de los Incas. A la historia oficial construida desde Lima se contrapuso la memoria histórica de la nación indígena y mestiza regional.

MARCO TEÓRICO

No existen antecedentes directos sobre el problema de investigación planteado, pero se hallan algunos antecedentes próximos al presente trabajo de tesis, vinculados a la historiografía peruana y las ideas de nación. En primer lugar **"La historia y los historiadores en el Perú"** de **Manuel Burga (2005)**, libro que aborda diferentes aspectos sobre la construcción de los discursos históricos en el Perú, la imagen nacional del Perú en su historia, las ideas de nación y patria en el Perú, las generaciones de historiadores peruanos o peruanistas y las corrientes historiográficas en las que se inscriben. En segundo lugar, se considera como antecedente el libro **"Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX"** de **Joseph Dager (2009)**, quien explica las ideas de nación que se producen y difunden desde la historiografía peruana del siglo XIX, el desarrollo del conocimiento histórico decimonónico, y los paradigmas o cánones historiográficos que caracterizaron la segunda mitad del siglo XIX. En tercer lugar, se toma como antecedente al libro **"De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano"** de **Francisco Quiroz (2012)**. Este libro propone cuatro paradigmas o modelos de interpretación de la historiografía colonial y republicana que relacionan la idea de patria y nación con el desarrollo histórico: el paradigma incaísta-encomendero/cusqueñocentrista, el paradigma criollo hispanista/limeñocentrista, el paradigma integrador, y el paradigma criollo republicano. El texto permite conocer en detalle el desarrollo de la historiografía criolla y los discursos históricos que lo sustentan.

Destacamos también como antecedentes al artículo periodístico titulado: **"Los rostros de Pizarro"** de **Antonio Zapata (2013)**, donde se enumera rápidamente las distintas representaciones o visiones que la historiografía peruana ha tenido sobre el conquistador Francisco Pizarro. Y finalmente el artículo titulado **"El fantasma de Francisco Pizarro: debates nacionalistas en torno a una estatua"** de **Víctor Vich (2009)**; donde se discute las ideas de nación o identidades nacionales en conflicto a partir de la polémica por el retiro de la estatua de Pizarro en la Plaza Mayor de Lima el 2003. Ambos documentos, a pesar de su carácter breve, brindan ideas valiosas para abordar el complejo tema de las representaciones historiográficas y sociales del

conquistador Francisco Pizarro, y las ideas de nación que subyacen en los distintos discursos sobre este personaje, la etapa que protagonizó, y su significado para el Perú.

Para el desarrollo de la presente investigación, se utilizarán conceptos diversos, tales como: representación, historiografía y nación-nacionalismo.

La representación historiográfica

Sobre el concepto **representación**, se seguirá la propuesta por el historiador francés Roger Chartier:

> *las operaciones de recorte y clasificación que producen las configuraciones múltiples mediante las cuales se percibe, construye y representa la realidad; a continuación, las prácticas y los signos que apuntan a reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo, a significar simbólicamente una condición, un rango, una potencia; por último, las formas institucionalizadas por las cuales "representantes" (individuos singulares o instancias colectivas) encarnan de manera visible, "presentifican", la coherencia de una comunidad, la fuerza de una identidad o la permanencia de un poder* (Chartier, 2006, pp. 83-84).

Para este historiador la representación exhibe una **ausencia**, o sea una distinción clara entre lo que se representa y lo que es representado. Por otro lado, la representación es la exhibición de una **presencia** (la representación pública de una persona o cosa). En Chartier la representación es concebida dentro de las explicaciones (con un significado particular o concebida de una idea vaga). La representación resulta así, una **imagen que puede (en un tiempo dado), ejemplificarse a través de un objeto o sujeto**.

El historiador francés, partiendo de la sociología de Mauss y Durkheim y la noción de "representación colectiva", considera que la representación expresa varios aspectos. Estos serían, principalmente, según Roger Chartier:

> *… el **trabajo de clasificación y desglose** que produce las configuraciones intelectuales múltiples por las cuales la realidad está contradictoriamente construida por los distintos grupos que componen una sociedad; en segundo, las practicas que tienden a hacer reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo, significar en forma simbólica un status y un rango; tercero, las **formas institucionalizadas y objetivadas** gracias a las cuales los "representantes" (instancias colectivas o individuos singulares) marcan en forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase. De esta forma se abre una doble vía: una que piensa en la construcción de las identidades sociales como resultantes siempre de una relación forzada entre las representaciones impuestas por aquellos que poseen el poder de clasificar y designar y la definición, sumisa o resistente, que cada comunidad produce de sí misma; la otra que considera la división social objetivada como la traducción del crédito acordado a la representación que cada grupo hace de sí mismo, por lo tanto de su capacidad de hacer reconocer su existencia a partir de una exhibición de unidad"* (Chartier, 1992, pp. 56-57 énfasis añadido).

Bajo ciertas circunstancias "la representación se transforma en máquina de fabricar respeto y sumisión, en un instrumento de produce una coacción interiorizada, necesaria allí donde falla el posible recurso a la fuerza bruta" (Chartier, 1992, p. 59).

Por otro lado, para el historiador Jean Pierre Vernant, la categoría representación: "es un **cuadro mental** que, en su construcción, supone que ya se han desarrollado y dibujado netamente – en sus relaciones mutuas y en su común oposición a la mirada de lo real y del ser – las **nociones de apariencia, de imitación, de similitud, de imagen, de falso semblante"** (Vernart, 2002, p. 168 énfasis añadido).

Las representaciones del conquistador Francisco Pizarro en la sociedad peruana, resultarían así un conjunto de *presencias* y *ausencias*, que configurarían en parte nuestro imaginario histórico sobre un periodo importante de nuestra historia (La Conquista y La Colonia), y por extensión cierta idea o imagen sobre la nación en el Perú. Estas representaciones oficiales y no-oficiales del personaje, visibilizarían o "presentificarían" formas de identidad nacional, muchas veces en conflicto.

La historiografía es un concepto polisémico, pero puede considerársele como el relato mismo de la historia, el arte de escribirla, y el estudio científico de sus fuentes, productos y autores. También se utiliza el concepto historiografía para hablar del conjunto de historiadores de una nación.

Historiografía y función del historiador

En la presente investigación, se tomará el sentido de Historiografía como el equivalente a cada parte de la producción historiográfica o **conjunto de escritos de los historiadores acerca de un personaje o período histórico concreto**. La historiografía será tomada en su sentido como análisis de la historia escrita, las descripciones del pasado y específicamente de **los enfoques en la narración, interpretaciones, visiones de mundo, uso de las evidencias o documentación y métodos de presentación de los historiadores.**

Según el historiador Josep Fontana (1982), la historiografía puede ser legitimadora de determinados órdenes sociales y políticos. Sin embargo, la Historia se presenta como un discurso con pretensiones de objetividad y desligado de los intereses sociales, políticos, económicos y nacionales; que en el presente del historiador, en realidad configuran ese discurso.

Al discutir el tema del análisis histórico, el historiador francés Marc Bloch (1949), considera que hay dos maneras de ser imparcial: la del sabio y la del juez: "cuando el sabio ha observado y explicado, su tarea acaba. Al juez, en cambio, le falta todavía dictar sentencia… Durante mucho tiempo el historiador pasó por ser una especie de juez de los Infiernos, encargado de distribuir elogios o censuras a los héroes muertos" (Bloch, 2004, p. 136).

Sin embargo, no existiría una absoluta objetividad o neutralidad frente al objeto de estudio en la historia. La historia completamente "aséptica", exigida por el positivismo

sería solo una aspiración muy distante de la práctica cotidiana del quehacer histórico. Según, Carlos Antonio Aguirre:

> *... es imposible, una historia que sea realmente neutral, y que sea "objetiva", si por esto último entendemos una historia en la cual no nos involucremos de ninguna manera, manteniendo un desinterés, una distancia y una indiferencia totales hacia lo que examinamos. Pero en cambio, sí es posible una historia científicamente objetiva, en el sentido de no estar falseada conscientemente con ciertos fines de legitimar tal o cual interés mezquino o particular, o en el sentido de silenciar aquellos hechos o fenómenos que no concuerdan con una interpretación preestablecida* (Aguirre, 2014, p. 63).

Agrega el historiador mexicano Carlos Aguirre:

> *... toda historia es hija de su época y de sus circunstancias, y dado que el historiador es también un individuo que tiene un compromiso especifico con su sociedad y con su presente, toda historia reflejara necesariamente las elecciones y el punto de vista del propio historiador, los que se proyectan incluso desde la elección de los hechos que son investigados y los que no, hasta el modo de organizarlos, clasificarlos, interpretarlos y ensamblarlos dentro de un modelo más comprehensivo que les da su sentido y significación particulares... lo más honesto e inteligente por parte del buen historiador consiste en hacer explícitas las especificas condiciones que han determinado su investigación, declarando sin ambages sus tomas de posición determinadas, así como los criterios particulares de sus distintas elecciones del material, de los métodos, de los paradigmas y de los modelos historiográficos utilizados* (Aguirre, 2014, p. 64).

La Historia es un discurso legitimador o crítico, que obedece las exigencias de la realidad presente y la construcción de un futuro deseado. Los historiadores y su labor son parte esencial de la construcción del Estado-nación moderno. No puede esperarse de la historiografía la "objetividad" propia de la concepción clásica de la ciencia, aunque sí el uso o empleo de metodologías rigurosas o científicas en un sentido más contemporáneo. Finalmente, a través de la historiografía, puede leerse (con más o

menos dificultad) determinadas ideas o creencias, muy personales, que subyacen en los discursos históricos de la comunidad de historiadores.

Nación y nacionalismo

En esta investigación también se emplearán los conceptos de **nación y nacionalismo**, entendiendo estos como un fenómeno de la modernidad tal como lo sostienen teóricos como Gellner, Anderson y Hobsbawm.

Ernest Gellner en su libro *Naciones y Nacionalismo* (1983), afirma que podrían darse dos definiciones muy provisionales de lo que es la nación: "Dos hombres son de la misma nación si y sólo si comparten la misma cultura, entendiendo por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación" (Gellner, 1983, p. 20). Según el filósofo y antropólogo social Ernest Gellner:

> *Dos hombres son de la misma nación si y sólo si se reconocen como pertenecientes a la misma nación. En otras palabras, las naciones hacen al hombre; las naciones son los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres. Una simple categoría de individuos (por ejemplo, los ocupantes de un territorio determinado o los hablantes de un lenguaje dado) llegan a ser una nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación, y no los demás atributos comunes, cualesquiera que puedan ser, que distinguen a esa categoría de los no miembros de ella* (Gellner, 1983, p. 20).

Sin embargo, cabe agregar lo siguiente, según Ernest Gellner:

> *Tanto una como otra de estas definiciones provisionales, la cultural y la voluntarista, tienen sus virtudes. Cada una singulariza un elemento*

> *realmente importante para la comprensión del nacionalismo. Pero ninguna de las dos es suficiente. Las definiciones de cultura que presupone la primera definición —en el sentido antropológico más que en el normativo— se sabe que son complicadas e insatisfactorias* (Gellner, 1983, p. 20).

La primera definición es de carácter cultural, en la medida que permite deducir que los elementos cohesionadores de una colectividad, son lengua y mentalidades, costumbres y tradiciones. Mientras en la segunda definición, la nación se expresa en la voluntad de las personas de adscribirse a un ente común. El reconocimiento mutuo de deberes y derechos al ser parte de un proyecto compartido. La nación como voluntad política, pacto o acto contractual.

Gellner define también el nacionalismo como un "principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política". Para él, el surgimiento de las naciones y nacionalismos se explica básicamente en el marco de la transición de la sociedad agraria a la sociedad industrial. Este proceso de "industrialismo", marcado por profundas transformaciones sociales, económicas y culturales, ocasionaría que sea la identidad nacional la que sustituya los vacíos dejados por el cambio estructural. Las "culturas superiores", emplearían estas identidades, para hegemonizar sus sociedades en un sentido nacional.

La idea fuerza de Gellner es que, **es el nacionalismo el que antecede a las naciones. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés.** Además, el nacionalismo, según el autor, a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones, las inventa, y a veces las destruye. Afirma Ernest Gellner:

> *El nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa. No puede negarse que aprovecha —si bien de forma muy selectiva, y a menudo transformándolas radicalmente— la multiplicidad de culturas, o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente. Es posible que se haga revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren "esencias originales" completamente ficticias* (Gellner, 1983, p. 80).

Por su parte, Benedic Anderson en su famosa obra *Comunidades Imaginadas* (1983), define la nación como una **comunidad política imaginada como inherentemente**

limitada y soberana. Es ***imaginada*** ya que los integrantes de la nación no se conocerán entre ellos, aunque se conciben como parte de una misma identidad. La nación se imagina ***limitada*** porque asume la conciencia de las fronteras de su territorio. Se imagina ***soberana*** ya que desde el siglo XVIII se deslegitiman los poderes dinásticos y se difunde la idea de la soberanía popular. Por último, se imagina como ***comunidad*** porque, aunque existen desigualdades sociales, el sentido de fraternidad y la horizontalidad son aspirados (Anderson, 1983, pp. 23-25).

Eric Hobsbawm y Terence Ranger en el libro *La invención de la tradición* (1983), explican cómo la *mitificación* y el *ritual* podían crear sensaciones de antigüedad o "tradiciones", siendo en realidad fabricaciones bastantes recientes. La idea de "invención de la tradición" demostraría el **carácter reciente de las naciones** bajo esta mirada o interpretación.

Hobsbawm en su libro *Naciones y Nacionalismos desde 1780* (1997), afirman que las definiciones objetivas de nación habrían fracasado, esto debido a la presencia de "excepciones" a la hora de establecer criterios comunes. **El concepto de nación sería muy joven desde el punto de vista histórico, antiguamente aludía a una *unidad étnica*, pero en el uso reciente se recalcaría la *unidad política***. Durante la historia moderna, la misma palabra puede significar simultáneamente cosas muy diferentes. Señala el historiador británico Eric Hobsbawm:

> *... si consideramos «la nación» como una novedad muy reciente en la historia humana, así como fruto de coyunturas históricas concretas, e inevitablemente localizadas o regionales, sería de esperar que apareciese inicialmente, por así decirlo, en unas cuantas colonias de asentamiento en vez de en una población distribuida de forma general por el territorio del mundo. Pero el problema es que no hay forma de decirle al observador cómo se distingue una nación de otras entidades a priori* (Hobsbawm, 1997, p. 13).

Para el historiador inglés, los criterios que se suelen usar en la definición de nación (la lengua, la etnicidad, etc.) son también "borrosos, cambiantes y ambiguos, y tan inútiles para que el viajero se oriente, como las formas de las nubes son inútiles comparadas con los accidentes del terreno. Esto, desde luego, hace que sean utilísimos

para fines propagandísticos y programáticos, aunque muy poco descriptivos" (Hobsbawm, 1997, p. 14).

Advierte también el reconocido historiador marxista Eric Hobsbawm:

> *... definir una nación por la conciencia de pertenecer a ella que tienen sus miembros es tautológico y proporciona solamente una orientación a posteriori de lo que es una nación. Además, puede conducir a los incautos a extremos de voluntarismo que induzcan a pensar que lo único que se necesita para ser, para crear o para volver a crear una nación es la voluntad de serlo ... insistir en la conciencia o en la elección como criterio de la condición de nación es subordinar insensatamente a una sola opción las complejas y múltiples maneras en que los seres humanos se definen y redefinen a sí mismos como miembros de grupos: la elección de pertenecer a una «nación» o «nacionalidad»... Tampoco es posible, a decir verdad, reducir siquiera la «nacionalidad» a una sola dimensión, ya sea política, cultural o de otro tipo (a menos, por supuesto, que uno se vea obligado a hacerlo por la fuerza mayor de los estados). Las personas pueden identificarse como judías aun cuando no compartan la religión, la lengua, la cultura, la tradición, el origen histórico, las pautas de grupo sanguíneo ni la actitud ante el estado judío. Tampoco entraña esto una definición puramente subjetiva de «la nación»* (Hobsbawm, 1997, p. 16).

El autor concluye que las definiciones objetivas y subjetivas sobre la nación son insatisfactorias y engañosas. La desconfianza debe ser siempre el principio guía en estos estudios. Hobsbawm afirma en su libro no hacer ninguna afirmación *apriorística* de lo que constituye una nación. Finalmente, señala Eric Hobsbawm:

> *... cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una «nación». Sin embargo, que tal conjunto de personas se considere de esta manera es algo que no puede determinarse sencillamente consultando con autores o portavoces políticos de organizaciones que reivindiquen el estatuto de nación para él. La aparición de un grupo de portavoces de alguna «idea nacional» no es insignificante, pero la palabra «nación» se emplea hoy día de forma tan*

> *general e imprecisa, que el uso del vocabulario del nacionalismo puede significar realmente muy poco* (Hobsbawm, 1997, p. 17).

Para Hobsbawm es más productivo al abordar la "cuestión nacional", empezar con el concepto de nación (es decir, con el "nacionalismo") que con la realidad que "representa". El autor apunta que la nación, tal como la concibe el nacionalismo, puede reconocerse anticipadamente; mientras la nación real sólo puede reconocerse *a posteriori.* Hobsbawm no considera la nación como una entidad social primaria ni invariable. Corresponde básicamente a una etapa concreta y reciente desde el punto de vista histórico. Señala, al igual que Gellner, que es importante recalcar el *elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones*. Siguiendo a Gellner enfatiza que el nacionalismo antecede a las naciones. "Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés" (Gellner, 1983, p. 18).

Es importante resaltar también que, para Hobsbawm, las naciones son "artefactos culturales" fabricados por las élites gobernantes para movilizar a las masas en su favor. El autor relaciona la creación de las naciones con la construcción de los estados liberales (modernidad), los que rompen los estados de Antiguo Régimen. Los movimientos sociales y políticos precedentes solo serían expresiones de "protonacionalismo".

El historiador checo Miroslav Hroch en su libro *Social preconditions of national revival in Europe* (1985), asocia el surgimiento del nacionalismo a las tensiones de la modernización. Resaltando en su obra un **modelo para la "creación de naciones" en tres fases:**

Fase A. Sería la imaginación de la nación por parte de un grupo relativamente pequeño de intelectuales, normalmente expresado por fenómenos folclóricos o de "renacimiento" cultural.

Fase B. Consistiría en la formación de movimientos políticos y sociales en torno a esa idea.

Fase C. Sería el éxito a la hora de socializar a las masas en esa idea nacional, consolidando así la existencia de la nación.

El modelo de Hroch, además permite el análisis de los "nacionalismos sin Estado", pero no se adaptaría del todo a otras historias de construcción nacional.

Las interpretaciones sobre el origen de la nación tanto en Gellner, Anderson, Hobsbawm e incluso Hroch, ubican este como un artefacto de la modernidad. Pero existen posturas revisionistas como la de Anthony Smith, autor de *The Ethnic Origins of Nations* (1991), quien sostendrá que **algunas naciones no se entienden en el *estrecho marco de la modernidad* y que es necesario *remontarse a sus orígenes étnicos premodernos*.** Sin embargo, a pesar de todo, el autor reconocerá que la etnia no posee la base ideológica y fuerza política de la nación moderna. Smith en su libro *Nacionalismo. Teoría, ideología e historia* (2004), afirmará que "la dicotomía étnico-cívico resulta históricamente inexacta y sociológicamente engañosa. Son naciones étnicas muchas veces las que han ido transformándose gradualmente en comunidades basadas en un territorio y en comunidades políticas multiculturales" (Smith, 2004, p. 124).

Smith, repasa también las diferentes expresiones nacionalistas: nacionalismos revolucionarios (base de creación de naciones de masas), nacionalismos raciales y nacionalismos anti-coloniales. Poniendo de relieve tres aspectos de todos estos movimientos:

Primero: su *novedad ideológica*. Son naciones de base ideológica (fenómenos de la modernidad). Se miden a sí mismos, y son evaluados por otros, de acuerdo con los componentes del proyecto nacionalista. Las expresiones nacionalistas de la Antigüedad o la Edad Media no poseían un modelo o estándar ideológico. Sus nacionalismos eran particularistas. La nación premoderna no poseía una *teoría*. "El nacionalismo, la ideología, ha demostrado ser un punto de inflexión en el desarrollo de la asociación y comunicación humanas" (Smith, 2004, p. 142).

Segundo: importancia de la *base étnica* para las naciones modernas. Esta importancia radicaría en el aprovechamiento de los lazos y sentimientos étnicos preexistentes, definiendo una "identidad nacional" en base a un pasado cultural compartido (continuidad cultural). Se politizan los sentimientos de comunidad étnica y se reinterpretan las "tradiciones del pueblo", para convertirlas en profundas fuentes culturales, funcionales al discurso nacional moderno.

Tercero: lo expresa del siguiente modo, el sociólogo británico Anthony Smith:

> *... el mundo interior de etnias y naciones. Apelar al "pueblo" sólo es factible a través del descubrimiento y el uso de su memoria colectiva, de sus símbolos, mitos, valores y tradiciones… Descubrir y analizar estos elementos etnosimbólicos. Los recuerdos compartidos de épocas doradas, de antepasados y grandes héroes y heroínas, los valores comunales que encarnan, los mitos de los orígenes étnicos, las migraciones y la elección divina, los símbolos de la comunidad, el territorio, la historia y el destino que los distingue, así como sus diversas tradiciones y costumbres de parentesco y sacrificio, facilitan las claves para entender la relación del pasado étnico con el presente y futuro nacionales y, en especial, las conexiones y rupturas entre comunidades étnicas y naciones, sean premodernas o modernas. Ningún análisis que ignore estos componentes etnosimbólicos nos permitirá comprender la forma en que las naciones actuales se comprenden a sí mismas, o sus creencias peculiares sobre sus historias y destinos. Y sin un adecuado entendimiento de la historia interna de las naciones, seremos incapaces de valorar su futuro desarrollo en una era global* (Smith, 2004, pp. 142-143).

Por otro lado, la discusión sobre la nación en el Perú, ha tenido múltiples respuestas. Para el historiador Manuel Burga, existe una sola nación peruana, pero al mismo tiempo varios nacionalismos, casi excluyentes e intolerantes entre sí: el **nacionalismo criollo**, el **nacionalismo indianista** y el **nacionalismo andino moderno**. Señala el historiador peruano Manual Burga:

> *El nacionalismo criollo surgió como movimiento republicano nacionalista luego de las victorias de los ejércitos de San Martín y Bolívar, pero no logró elaborar un programa coherente e integrador y solamente destacaron algunas voces aisladas. Este nacionalismo incorporó a la historia indígena en su ideología, pero nunca a los indígenas, más bien los consideraba como un obstáculo y un lastre a sus proyectos modernizadores. El nacionalismo indianista es generalmente demagógico, fundamentalmente, desintegrador, sin propuestas posibles y sin el apoyo de las supuestas mismas poblaciones indígenas beneficiarias. La tercera*

> *opción, el nacionalismo moderno en el Perú, de manera indiscutible y evidente, parece derivar – aunque el nombre no parezca el mejor – de un nacionalismo andino en progresión constante. Es un nacionalismo que proviene de amplias mayorías sociales, indígenas, mestizas y criollas y de una autenticidad lograda por un largo proceso de domesticación de plantas, animales y del descubrimiento de organizaciones sociales y tecnologías que han permitido un manejo racional del entorno ecológico. Es un nacionalismo que emerge de sus imaginadas raíces propias, más andinas que indias, más populares que de las élites, más sincréticas que indigenamente puras* (Burga, 2005, pp. 73-74).

La idea de nación entre los sectores criollos, muestra inicialmente cierta animadversión o rechazo a lo colonial. Las luchas por la independencia reivindican una identidad americana contrapuesta a lo hispano-europeo. Se evoca a los incas, con su notable pasado, y se afirma una vinculación al territorio o geografía "nacional", con sus respectivos elementos o recursos naturales como se aprecia en las páginas del *Mercurio Peruano*. El indigenismo criollo se limita a una evocación al imperio incaico, y una herencia histórica que recaería sobre mestizos y criollos, quienes buscan terminar con el dominio de los peninsulares o chapetones, como señala Jorge Basadre. La búsqueda de raíces históricas, intenta legitimar el nuevo Estado y gobierno criollo. Sin embargo, a 25 años de la declaración de la independencia respecto a España, voces criollas como la del influyente clérigo Bartolomé Herrera, reclamarán la necesidad de reivindicar la herencia cultural hispana, como el idioma castellano, múltiples instituciones, pero especialmente el catolicismo, núcleo o centro de nuestra identidad como peruanos, según el padre del conservadurismo peruano.

Hacia fines del siglo XIX, el escritor Ricardo Palma será uno de los mayores exponentes de la idea de nación en el Perú. Su narrativa histórica, a través de sus escritos literarios, (destacándose sus "Tradiciones"), hablan de un país que hunde sus raíces en lo pre-hispánico, pero especialmente en lo colonial, periodo en el cual se configura la diversidad cultural y social heredada por la república. Sin embargo, en Palma lo criollo es presentado como el elemento central, donde el matiz indígena y negro resulta solo complementario.

Voces disidentes, como la de Manuel González Prada, reclaman como verdadera nación peruana, a la población ubicada en los Andes. La derrota frente a Chile, en la Guerra del Pacífico hace que se cuestione el proyecto de *Estado-nación criollo*. Sin embargo, el pacto oligárquico a fines del siglo XIX, consolida un Estado que busca renovar la idea de nación criolla, sobre todo a través del "discurso del mestizaje". Intelectuales criollos como Francisco García Calderón, Javier Prado y Alejandro Deustua, declaran que lo indio o indígena es un elemento de atraso cultural y económico. El darwinismo social es reclamado por escritores como Clemente Palma, quien escribe la tesis *El porvenir de las razas en el Perú* (1897)[1]. Aunque lo hispano es interpretado como inferior a lo anglosajón o francés, intelectuales representativos como Riva Agüero reivindicaran el legado español, y ubicaran al iniciador del periodo colonial, Francisco Pizarro, como el fundador de la peruanidad, en la medida que es el fundador de la capital, delimita las fronteras del país naciente, e inicia un proceso de mestizaje que definiría el carácter nacional.

La construcción de una historia nacional se hace imperativa para el Estado criollo decimonónico. Legitimarse a través de una narrativa histórica, como los Estados europeos. Crear o inventar incluso una tradición, donde el encuentro violento y traumático entre lo hispano y lo indígena, de paso a una nueva realidad histórica-cultural, donde nace el Perú.

Nación y memoria: el imperativo del olvido y el recuerdo

Para Jules Michelet y Ernest Renán la nación es el alma de los pueblos. Un alma constituida por un pasado histórico común, una comunidad de intereses, y un proyecto de convivencia común. El pasado cohesiona, no solo por las victorias y avances colectivos, sino por los problemas y derrotas sufridas. Las injusticias forman parte de

[1] "La raza india pura es inepta para la civilización. – Está condenada a cruzarse o a desaparecer. – El empuje de la civilización la exterminará. – El sistema yankee inadoptable. – La raza negra desaparecerá, como entidad pura, por absorción. – La raza china desaparecerá por inadaptación o por disposición gubernativa. – La única raza de porvenir es la criolla…". Clemente Palma, *El porvenir de las razas en el Perú*, tesis de bachiller, Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1897).

ello. Bajo esta perspectiva, el *olvido* y el *recuerdo* tienen una importancia similar, porque están al servicio de la construcción de una historia o conciencia nacional.

En el Perú, la figura de Francisco Pizarro, personificación de la conquista española en estas tierras, experimenta *inclusiones* y *exclusiones* por la historiografía nacional. Inclusiones en el relato criollo-conservador donde aparece como civilizador y fundador de la nacionalidad; y exclusiones en el relato indigenista, donde se reduce a invasor, genocida o destructor. En la dinámica del olvido, los historiadores de la versión criolla, omiten las crueldades del conquistador y aluden apenas a algunos valores negativos (codicia, venganza, traición), pero sí recordando sus atributos: inteligente, perseverante, valiente y creador. Por su parte, la versión crítica-indigenista, cuestiona o soslaya el aporte europeo a la cultura nacional, mientras Francisco Pizarro aparece como pieza central en el proceso de imposición cultural occidental y la destrucción de la civilización incaica o andina.

La figura de Francisco Pizarro, aparece entonces tanto como *recuerdo traumático* en la versión indigenista radical, y como personaje central en el surgimiento del Perú como tal, en la versión criolla-hispanista. La versión indigenista y crítica sobre la historia nacional, apela a la *memoria del bien perdido*, una suerte de nostalgia por una civilización destruida (el imperio andino incaico), pero cuya cultura sigue fuertemente viva a pesar del yugo español y la exclusión en tiempos republicanos. Mientras la versión criolla-hispanista, recurre a la idea de la gran nación hispanoamericana, unificada por idioma y religión (castellano y catolicismo), y a la ideología conservadora del mestizaje racial-cultural, presentado como un fenómeno casi armónico de unificación durante la Conquista-Colonia; un proceso pretendidamente homogeneizador, e invisibilizador de las identidades indígenas existentes.

Los discursos históricos y la conciencia nacional

La conciencia nacional deriva de la confección de una historia nacional, la que a su recurre a una memoria oficial. La conciencia nacional es "ampliamente influenciada y

aun manipulada por los grupos dominantes a través del uso y abuso de la historia o de la elaboración de discursos históricos dirigidos a legalizarlos o legitimarlos como tales" (Burga, 2005, p. 63).

Los discursos históricos en el Perú, según el historiador Manuel Burga, podrían ser clasificados o divididos de la siguiente manera:

a. **La versión inca de la historia andina.** Cuyo representante más notorio es el cronista mestizo Inca Garcilaso de la Vega, quien basándose en fuentes orales e historias oficiales de la nobleza cusqueña, presenta un extraordinario imperio incaico, civilización notable por su organización estatal y libre de la explotación.
b. **La versión hispana de la historia virreinal.** Tuvo al virrey Francisco de Toledo y al cronista Pedro Sarmiento de Gamboa, como sus principales artífices. Según Burga, la intención de este discurso histórico era "legitimar y legalizar la sujeción de las sociedades andinas a la monarquía española: supuestamente un gobierno civilizador, evangelizador y moralizador de un pueblo bárbaro, idólatra y sin moral ni ética" (Burga, 2005, p. 64).
c. **La versión criolla de la historia nacional.** Esta abarca desde *La Sociedad Amantes del País*, quienes publican el famoso *Mercurio Peruano* a fines del siglo XVIII, hasta la generación del 900s y la del centenario de la independencia (Riva Agüero, Porras Barrenechea, Luis A. Sánchez, Jorge Basadre). Podría incluirse a representantes tardíos o de tiempos actuales. Burga, apunta que todos ellos se diferencian por sus orígenes sociales, sus ideas políticas, formación historiográfica y por su mayor o menor apego y compromiso con el Perú criollo republicano. Este discurso encuentra numerosos aspectos negativos en el sistema colonial hispano, elogia la historia indígena, promueve un Perú mestizo y enfatiza la inevitabilidad absoluta de la aplicación de la cultura, ciencia y tecnología occidentales en el Perú (Burga, 2005, p. 64).
d. **La versión indigenista nacional.** Retoma ideas de Garcilaso de la Vega dentro de un discurso histórico reivindicativo. Este se puede encontrar en los siguientes ámbitos, según Manuel Burga:

Las fundamentaciones históricas que acompañan a las demandas de reconocimiento de nobleza de muchos descendientes de los incas en el periodo colonial. En el siglo XX, los que construyen la versión científica de este discurso son Julio C. Tello y Luis E. Valcárcel, que destacan la riqueza, singularidad y gran nivel de todos los desarrollos históricos prehispánicos y denuncian la situación de explotación y de marginación de los descendientes de esas antiguas civilizaciones. Matrices, según ellos, de nuestra nacionalidad actual. En la actualidad encontramos dos corrientes continuadoras de este discurso histórico. El discurso indianista nacionalista, demagógico, ideologizado, ficticio y oportunista y el discurso histórico antropológico de la etnohistoria, más objetivo, científico y aparentemente sin intencionalidad política (Burga, 2005, pp. 64-66).

e. **Una historia nacional crítica.** Cuyo representante más notorio fue Pablo Macera, y donde también se pueden ubicar a Luis G. Lumbreras y Alberto Flores Galindo, Heraclio Bonilla, entre otros. Es una historia que se caracteriza por lo siguiente, según Manuel Burga:

… denuncia el fenómeno colonial, critica el fracaso de la republica criolla y promueve una nueva lectura de la historia peruana desde las acciones de las sociedades andinas: sociedades conquistadas, varias veces derrotadas, pero nunca liquidadas y ahora con mayor visibilidad y lanzadas a la reconquista de espacios geográficos, políticos y sociales que antes les eran negados en el país… Lumbreras insiste mucho en el valor sistémico de lo andino y casi lo opone a lo occidental, Pablo Macera habla de lo andino como de una fuerza demoledora que produciría una suerte de inversión, Pachacuti, que haría de los dominadores de hoy los dominados o despojados del mañana. A Flores Galindo, en un esfuerzo más sistemático, trató de elaborar un discurso histórico donde lo andino – humana y culturalmente – se presenta como un mecanismo de continuidad histórica, de lucha anticolonial y de integración nacional (Burga, 2005, p. 66).

Burga también señala que la limitación mayor de este discurso histórico es la ausencia de un modelo de sociedad nacional donde los otros grupos étnicos-culturales, tales como los criollos, mestizos y etnias menores cumplan sus funciones específicas (Burga, 2005, p. 66).

Estos discursos históricos no se cancelan entre sí, sino que se superponen parcialmente, y principalmente coexisten o hasta se confunden. La historiografía sobre Pizarro, que va unida a la de la Conquista, se polariza en el marco del *discurso indianista nacionalista,* es cual a veces toma la forma de *demagógico, ideologizado, ficticio y oportunista,* y el *discurso histórico criollo hispanista*, que reivindica a Pizarro y España, como principio de la nacionalidad peruana; ubicando el elemento indígena solo como origen remoto, o como colectividad o masa a asimilarse dentro de un esquema predeterminado de Estado-nación occidental.

En el primer discurso (indianista-nacionalista), Francisco Pizarro y lo español encarnan el elemento antagónico a lo *verdaderamente peruano*, lo indígena o andino. Rechazar a Pizarro es imperativo, pues este personifica lo colonial o etapa de dominación extranjera. El elemento indígena o cobrizo, es la *esencia* del Perú como nación, mientras lo español-europeo es un elemento menor, que no modifica la *naturaleza* del Perú como país. La reivindicación de lo autóctono, en este discurso histórico se expresa de varias maneras, quizás la más interesante sea la representación, en distintos pueblos, de la *captura del inca Atahualpa en Cajamarca*, donde se reafirma el carácter invasor, bárbaro e injusto de los conquistadores y su líder Francisco Pizarro. Es la memoria de una injusticia histórica, que mantiene su vigencia a través de un Estado criollo que capturó el poder desde 1532, y margina a las mayorías de peruanos identificados con el Inca.

Manuel González Prada, identificaba a la Colonia como un periodo de dominación, abuso y crueldad, situación heredada por la República criolla (Portocarrero, 2015, p. 152). Francisco Pizarro aparece como símbolo del inicio de una tiranía que aún oprime al pueblo peruano. La obra de González Prada influyó sobremanera en las siguientes generaciones, su actitud de denuncia hacia lo colonial y su defensa del indio, serán los principios que guiaran a otros intelectuales, influyendo directa o indirectamente sobre historiadores que elaboraron la versión indígena nacional de nuestro pasado.

El historiador y antropólogo Luis E. Valcárcel, se convertirá en la segunda década del siglo XX, en uno de los principales intelectuales defensores del incaísmo o andinismo promovido en esa época. Desde el Cusco, se proclama el rechazo al centralismo limeño y se declara la necesidad de recuperar esa "patria antigua" que significaron los incas y su cultura. El Cusco se constituía como el espacio para un proyecto nacional, que no sea criollo ni centralista.

El paradigma cusqueñocentrista y limeñocentrista

La historiografía actual sobre la Conquista y la Colonia, exige una revisión de la historiografía producida durante el Virreinato, la cual se habría desarrollado bajo **dos paradigmas: cusqueñocentrista** (Garcilaso), y **limeñocentrista** (Peralta Barnuevo), según propone el historiador Francisco Quiroz en su tesis doctoral del 2012 presentada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

El **paradigma garcilasista**, podría formularse como un ***paradigma incaísta-encomendero cusqueñocentrista***, desarrollado en un contexto histórico postoledano (s. XVII). La versión histórica de Garcilaso, busca ser una respuesta a la historia oficial o imperial de algunos cronistas españoles, la cual condena incluso a los conquistadores, por su codicia y crueldad, pero defiende la acción civilizadora de la corona española. Según esta, las prácticas idolátricas, sodomitas, sacrificios humanos demuestran la barbarie de los indios, y la disminución de su población es considerada como producto del castigo divino (Quiroz, 2012, p. 38)[2].

Garcilaso responde a la "escuela toledana", que basada en cronistas que buscan demostrar la tiranía de incas y curacas, justifica así la dominación colonial española, por ser más benevolente y justa. La versión toledana, buscaba en el pasado andino los elementos para desprestigiar a los incas, convirtiéndolos en bárbaros, usurpadores,

[2] A fines del siglo XVI, el padre jesuita José de Acosta imprimió una poderosa causalidad religiosa al proceso histórico de América, al hacer girar toda la historia en torno a la voluntad y al designio de Dios. Esta versión será utilizada tanto por el Inca Garcilaso de la Vega como por Pedro Peralta Barnuevo en sus respectivos estudios históricos. Francisco Quiroz, *De la Patria a la Nación: historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano*, 2012, pág. 42. José de Acosta defiende una versión providencialista de la historia. Dios eligió a los españoles para descubrir y conquistar América. Todas las sociedades prehispánicas eran incivilizadas por desconocer la fe cristiana, cosa que cambiaría con el arribo de los hispanos.

crueles, idólatras y hasta defensores de sacrificios humanos y prácticas antropofágicas (Quiroz, 2012, p. 41).

Quiroz señala que la versión histórica de Garcilaso ha sido utilizada para dar sustento a diversas y hasta contradictorias interpretaciones de la historia peruana. Desde versiones indigenistas radicales hasta versiones conservadoras que resaltan la concordia de las razas (Quiroz, 2012, p. 44). Garcilaso no haría una historia sino *Comentarios*, que en el contexto renacentista es una tarea importante. Garcilaso quiere corregir la historia incaica presentada por los cronistas toledanos. Sus comentarios son *reales*, verdaderos pues traducen una historia incaica que escuchó y vio directamente durante su primera juventud, con la ventaja de conocer el quechua.

Garcilaso presenta **dos versiones doradas** en su obra: la de los incas y la de determinados conquistadores y colonizadores. Se opone tanto a la leyenda negra antiincaica de la escuela toledana, como a la leyenda negra antiespañola de los europeos protestantes. "La versión dorada de los incas dada por Garcilaso constituye un obstáculo para los planes ideológicos del colonialismo español, al quebrar la convicción de la justificación de la conquista por la tiranía de los gobernantes anteriores" (Quiroz, 2012, p. 55). La versión dorada de los conquistadores y colonizadores busca destacar que hubo personas de alcurnia entre estos personajes, y no solo gente del bajo pueblo y malhechores sacados de cárceles para ser incorporados a las expediciones.

En la argumentación histórica de Garcilaso, El Perú nacido tras la conquista, debía ser gobernado por los descendientes de los incas y los descendientes de los conquistadores, ambos herederos legítimos de este nuevo espacio político. El objetivo de Garcilaso no es resaltar que el Perú sea un país mestizo, como pretenden los pensadores conservadores y nacionalistas peruanos del siglo XX, sino defender la necesidad de un gobierno de dos sectores en decadencia durante su época: la nobleza incaica y la nobleza conquistadora (Quiroz, 2012, p. 56).

Garcilaso en su proyecto de reivindicación de los conquistadores, elogia incluso a Gonzalo Pizarro, considerado hasta entonces un traidor. Para Garcilaso los encomenderos tenían un papel central en el Perú, eran los llamados a conducir el país, por su conocimiento del territorio e integración con la población nativa. Los encomenderos eran cristianos y conocían el quechua, atributo relevante. Los

conquistadores habrían llegado al Perú por designio divino, "cumplen su papel providencial en el plan escatológico de Dios para llevar la verdad a los Andes y así culminan la tarea ya emprendida por los incas" (Quiroz, 2012, p. 68).

El cronista mestizo "presenta a los conquistadores como verdaderos Alcibíades y Aquiles cristianos… A falta de la nobleza de sangre en los conquistadores, Garcilaso los hace adquirir una nobleza por méritos propios" (Quiroz, 2012, p. 68). Para Garcilaso los mestizos de sangre real, constituyen el futuro deseado por el Perú, son los llamados a gobernar. De la obra de Garcilaso ha prevalecido la imagen idílica del Tahuantinsuyo, la cual ha sido aprovechada por distintos grupos incaístas o indigenistas, que la han perpetuado a través del *nacionalismo neoinca*. La perspectiva de la Conquista y la Colonia, más bien fue utilizada por intelectuales limeños como Peralta Barnuevo, por coincidir con el elogio del conquistador. Durante la independencia, los criollos adaptaran el discurso garcilasiano a sus necesidades e intereses.

La versión cusqueñista de la historia peruana, será rechazada sistemáticamente por la historiografía hecha en Lima, su obra será aprovechada más como fuente de información que como fuente interpretativa. La imagen de su obra es más de crónica que de historia, hasta el día de hoy. El positivismo del siglo XIX, la rechazara por considerarla fantasiosa, siendo Guillermo Prescott en su libro *Historia de la Conquista del Perú* (1847), el principal crítico. Sebastián Lorente, basará en gran medida su modelo interpretativo de la historia incaica y la conquista, en la obra de Garcilaso; aunque afirma rechazar las exageraciones del autor cusqueño. Los textos escolares de Lorente, de gran difusión, perpetuarán algunas imágenes garcilasistas (Quiroz, 2012, pp. 71-72).

El historiador Francisco Quiroz, destaca como ciertos sectores conservadores en el Perú de inicios del siglo XX, vieron en la obra de Garcilaso el sustento de una idea *nacional* que les ha interesado resaltar. Para estos, Garcilaso es el impulsor de una nación peruana integrada, y esencialmente mestiza. Prueba de ello, sería el prefacio de los *Comentarios Reales*, que Garcilaso dedica a sus hermanos los indios, mestizos y criollos. Sin embargo, como apunta Quiroz, la obra de Garcilaso corresponde a una **visión elitista de la historia peruana**. Señala el historiador Francisco Quiroz:

> *… lejos estuvo Garcilaso de englobar a todos los "indios, mestizos y criollos", de un lado, y a los "conquistadores", del otro. Su referente étnico-cultural y social no es el indígena ni el español común. Garcilaso tiene en mente a los indígenas y a los españoles nobles, a incas y a encomenderos… Garcilaso compartía una imagen muy peyorativa de los indios y españoles del común, similar a la que los europeos (incluyendo los humanistas) tenían de los demás pueblos del orbe. Para ellos, los indios eran iguales a los moros o turcos contra quienes combatían en guerras de exterminio* (Quiroz, 2012, p. 72).

El historiador sanmarquino concluye que el Inca Garcilaso establece un modelo de interpretación de la historia peruana distinto a los modelos o paradigmas anteriores. Escribe Francisco Quiroz:

> *Inicia una larga trayectoria en la historiografía peruana de confrontaciones y discusiones basadas en elementos etnocentristas. Su exaltación del Cusco y sus gobernantes prehispánicos será un argumento poderoso para refutar la versión colonialista oficial u oficiosa. En ese tiempo no se trataba de construir un Estado nacional moderno. La historia, tal como se conoce en el siglo XVII, servía para fundamentar reivindicaciones étnicas dentro de un sistema colonial cuya legitimidad no era cuestionada; y menos gracias a la historia* (Quiroz, 2012, p. 73).

El indigenismo peruano de inicios del siglo XX, conservará dos elementos de la obra garcilasiana: la **visión idílica del Tahuantinsuyo** y la **"memoria del bien perdido"**. La primera servirá para exaltar el legado andino, mientras la segunda para resentir la destrucción de un orden político y social, durante la conquista. El relato histórico elaborado desde el indigenismo, construirá una imagen donde se contrapone orden y desorden, civilización y barbarie, representado por lo inca y lo español. La obra de Garcilaso será un punto de apoyo en la construcción de estas imágenes legadas hasta hoy.

Francisco Quiroz explica que la influencia de la obra de Garcilaso, también se extiende a los autores criollos. Es adaptado a las necesidades discursivas de estos autores, apareciendo una suerte de *epistemología patriótica*. A inicios del siglo XVII, la obra de Garcilaso consagra y perenniza el estatuto histórico del Cusco:

> *Más bien, es Lima la ciudad que necesita de una estratagema intelectual, de un discurso historiográfico que le otorgue el sitial privilegiado que mantiene la antigua capital incaica que tras la conquista española, incluso, seguía llamándose "cabeza de los reinos del Perú". El patriotismo criollo limeñocentrista se encarga de esta difícil tarea. Y al no poder inventarse una tradición coherente, se procederá a eliminar la parte de la historia del Perú anterior al triunfo del régimen colonial que coloca a Lima como el nuevo centro político del país y que genera una versión distinta de su historia* (Quiroz, 2012, p. 74).

Quiroz explica que esta reelaboración de la tradición histórica será un proceso lento, que involucra a diversos autores que aportaran informaciones e interpretaciones dirigidas a redefinir el centro histórico del país a favor de Lima.

El ***paradigma limeñocentrista***, se desarrolla bajo la creciente hegemonía de los criollos en la Colonia, y la coyuntura adversa del inicio de las reformas borbónicas del siglo XVIII. Quiroz explica que también surgió la necesidad de los criollos letrados de "contrarrestar tanto las políticas imperiales de sustituirlos en el mando del virreinato como las pretensiones hegemónicas de los descendientes de los incas en lo cultural y lo político" (2012: 95). El siglo XVIII, por otra parte, es el tiempo de valorización del conocimiento sobre América, y su difusión hacia Europa por intelectuales "peruanos".

La figura más resaltante de la intelectualidad criolla de esa época es Pedro Peralta Barnuevo, quien es un *erudito del barroco tardío-ilustración temprana*, matemático, astrólogo, poeta e historiador. Asesor de cinco virreyes y rector de la universidad San Marcos. Las obras más resaltantes de Peralta Barnuevo son *Historia de España Vindicada* (1730) y *Lima fundada* o conquista del Perú (1732). Según Francisco Quiroz, ambas obras pueden interpretarse como una respuesta criolla desde la Lima letrada a los *Comentarios Reales de los Incas* (1609) y la *Historia general del Perú* (1616) de Garcilaso de la Vega, donde lo andino incaico es el componente fundamental de la historia peruana. El Cusco imperial incaico e hispano, es centro y Lima una simple periferia.

El contexto histórico y social de Peralta Barnuevo y su obra es de suma importancia, dado el ascenso de los borbones como nueva dinastía metropolitana durante el siglo XVIII, y la necesidad de los grupos criollos como los de Lima de defender los

derechos y privilegios conseguidos en la América española. La estrategia criolla consiste en reafirmar su lealtad a la corona, destacar su gran experiencia en el manejo de la Colonia, y reivindicar sus derechos como descendientes de los conquistadores, quienes habían sacrificado tanto recursos económicos como su vida misma. Frente al peligro de la revitalización del poder metropolitano, y el desplazamiento criollo por nuevos funcionarios peninsulares, también están las presiones de los nobles indígenas, descendientes de los incas, por conservar privilegios y ser reconocidos por la corona como el grupo local más importante. El nacionalismo neo-inca, recibe respuesta a través de obras como la de Peralta Barnuevo.

La obra histórica de Peralta, "… reconoce lo épico en la conquista como un hecho de gloria militar y divina, lo central para él es la racionalización de la conquista como un proceso político y cultural de importantes implicaciones para la conformación de nuevas identidades políticas que correspondan a una *nación* o identidad colectiva (Quiroz, 2012, p. 98). La importancia de Peralta radica en que: "… reelabora las bases de la historia peruana y la reorienta hacia una afirmación del Perú como un país criollo-hispánico en una geografía física y humana andina" (Quiroz, 2012, p. 100). Finalmente, agrega el historiador Francisco Quiroz:

> *Peralta es tributario de la larga tradición de la historia oficial imperial y pseudooficial prohispánica del s. XVI… influirá directamente en autores posteriores… encarna con claridad las limitaciones sociales y culturales del llamado nacionalismo patriótico criollo. Al abogar por la nobleza criolla, es vocero de ese sector social, no de la "nación" criolla y menos de la "nación" peruana. Empero, la imagen histórica que ha de proyectar buscará presentar a ese sector social como la encarnación del cuerpo político del Perú y su dirigencia. Peralta es heredero de la tradición del s. XVII de criollos limeños (y otros, incluso, que no eran limeños) que hacen de su patria chica el alma del Perú, en su defensa de un reducido sector social que busca tener la hegemonía cultural y política frente a los peninsulares y a los indios nobles descendientes de los incas* (Quiroz, 2012, pp. 100-101)[3].

[3] "Para Peralta, la verdadera historia del Perú comienza con la conquista española y se remonta a la tradición histórica en la península ibérica y el mundo romano clásico. Con esto niega, de manera implícita, la posibilidad de que exista una línea continua entre la tradición española y la andina en el Perú. Anteriormente, Garcilaso y Valera

Francisco Quiroz explica que Peralta Barnuevo interpreta las etapas históricas como cancelatorias entre sí. Lo andino, no es el futuro lo hispano criollo sí. Garcilaso y Blas Valera veían en el Cusco una nueva Roma, Peralta otorga ese papel a Lima. La cooperación entre una nobleza criolla y andina, no es parte del proyecto de Peralta, se aleja de lo mestizo. Peralta concibe la nación peruana como una nación hispano-criolla, pero dejando de lado al criollo plebeyo. Los criollos nobles peruanos son el sector social hegemónico en esta nación.

> *La obra de Peralta y de otros autores de los ss. XVII y XVIII está matizada con alusiones – muchas veces muy positivas – a los indios. Sin embargo, estas alusiones se refieren a los incas y no a los indios del común; a un pasado glorioso incaico que sirve para remarcar la gesta de la conquista y, posteriormente, la riqueza de un país manejado desde Lima y por los criollos* (Quiroz, 2012, p. 103).

En la obra de Peralta y otros autores de época se presenta a Lima como una ciudad ejemplar. La obra de Peralta suscribe la hispanidad de Lima, y la lealtad de las élites criollas. No hay una visión sobre orígenes indígenas. Además, la nación o patria estaría en los criollos antes que en mestizos. Los criollos aparecen como los herederos de los conquistadores. La obra de Peralta, según Quiroz, "es un alegato histórico de los méritos de los criollos limeños en la creación y la defensa del imperio en esta parte del mundo" (Quiroz, 2012, p. 107).

En su *Historia de España vindicada* (1730), la historia de España aparece una "pre-historia del Perú". Al "vindicar" a España se estaría vindicando al Perú y los criollos. La historia de España y América es más que la de una metrópoli y su Colonia, formarían unidad cultural e histórica. Se emplea al imperio romano como ejemplo. España fue la provincia más noble de Roma, al igual que América lo es ahora del España. Existe continuidad histórica y herencias como el idioma. Se destaca, además, el elemento religioso, donde España ha adquirido santos, al igual que América, como es el caso de Santo Toribio (Quiroz, 2012, p. 108).

---

habían hecho un esfuerzo enorme para incluir la historia andino-peruana en la historia occidental y cristiana. Peralta rechaza esta invención y, más bien, realiza otra al obviar la experiencia prehispánica en el Perú. Sin embargo, no hace ni puede hacer tabla rasa del evidente y largo pasado andino. Peralta reconoce la grandeza de la historia incaica, pero considera que no aporta en nada a la naturaleza peruana, que es producto directo y sin solución de continuidad de la tradición histórica occidental". Francisco Quiroz, *De la patria a la nación*…, 2012, pág. 102

A Peralta le interesa marcar distancias entre el Perú criollo y civilizado de lo indígena bárbaro (incluyendo el pasado imperial incaico). Para esto señala que el Perú y el resto de América española han dado numerosos sabios al mundo, pero que no son tenidos en cuenta por el hecho de su nacimiento. En este punto, Peralta tiene a Corneille de Pauw y a Georges-Louis Leclerc Buffon en la mira, y critica la pseudocientificidad de sus escritos: el determinismo climático y la excepcionalidad americana como fundamentos para denigrar al nuevo continente y a sus habitantes (Quiroz, 2012, pp. 108-109).

Peralta advierte que la decadencia del imperio romano, seria resultado de una sobreextracción de recursos materiales y mal uso de los recursos humanos de sus colonias. Ello le permite a Peralta una suerte de analogía entre España y sus colonias americanas, donde el deterioro del Perú estaría asociado al deterioro de la situación de los criollos, por ejemplo, en su menor acceso a cargos administrativos (Quiroz, 2012, p. 109).

El libro de mayor interés de Peralta, para recorrer la historia de la construcción de la narrativa histórica peruana, es *Lima fundada* (1732). En este, se elabora una historia peruana a partir de elementos limeños. Bajo la forma de un poema épico, se narra en diez cantos la heroica creación del Perú hispánico. La conquista del Perú encabezada por Francisco Pizarro, logra la ampliación del cristianismo por el nuevo mundo, siendo esto un hecho de máximo valor. "Lo que hicieron los conquistadores no podía ser negativo en ninguno de sus aspectos; sobre esto, Peralta redefine la actitud crítica de los autores pro hispanistas del s. XVI hacia los excesos cometidos por los conquistadores" (Quiroz, 2012, p. 110).

Lima fundada, no es un texto histórico estrictamente, sino un poema heroico fundacional de la nación, lleno de reflexiones "filosóficas" que se esperaban de los autores historiadores del siglo XVIII. Peralta destaca brevemente la grandeza incaica, siguiendo para ello la obra de Garcilaso (*Historia general del Perú*), pero solo como estrategia para realzar la verdadera historia iniciada con el arribo de los hispanos a estas tierras. Mientras más grande se presente al país conquistado, tanto será el mérito de los conquistadores, especialmente Francisco Pizarro, el "Hércules hispano", el "Otro Alejandro", el verdadero y casi único protagonista de la gesta narrada en la Lima Fundada (Quiroz, 2012, p. 112). Señala Francisco Quiroz:

Más que una continuidad entre lo prehispánico y lo hispánico, a Peralta le interesa demostrar la continuidad entre los conquistadores y los criollos del s. XVIII. Peralta, entonces, cuenta una historia de los hechos de los españoles en el Perú para pasar a una historia de los criollos en esta parte del imperio español. En su historia, Lima aparece encarnando al Perú, pero Lima no era toda la ciudad sino solo la Lima letrada, la Lima noble, la Lima española (Quiroz, 2012, p. 112).

Peralta resume el mérito de los conquistadores y por ende de sus descendientes los criollos. **"Gran Pizarro: Español Marte, a quien tanto la España, el mundo debe"**, dice Peralta. Su libro es un recuento de gobernadores, virreyes, monarcas, obispos, arzobispos, etc. Narra sus obra, descubrimientos y conquistas. La creación y funcionamiento de instituciones en la colonia (Quiroz, 2012, pp. 112-113). Explica el historiador peruano:

Para recordar a sus compatriotas y al mundo las hazañas de Pizarro, le erige un monumento, que no es una estatua, pues considera que las estatuas no son suficientes para la memoria. Más bien ***Peralta busca inmortalizar la memoria de Pizarro en una historia que reviva la proeza de la gesta que dio origen a la sociedad que devino en criolla.*** *Y lo hace en un momento importantísimo para los sectores criollos limeños* (Quiroz, 2012, p. 113 énfasis añadido).

Peralta refiere las proezas de la conquista en alusión a Lima y no al Perú. Existe una superposición del Perú por Lima, **la ciudad fundada por Pizarro simbolizaba el poder como antes lo hicieran Atenas, Roma, Florencia o Toledo** (Falla, 1999). Al momento de escribir la historia limeñizada del Perú, Peralta tiene en mente a los miembros de la nobleza criolla limeña (Brading, 1991):

... es de notar que los reyes españoles se incorporan a la historia peruana dando a entender que la historia del Perú era parte de la historia española. Peralta no presenta a los indios como ya evangelizados ni civilizados; en realidad, los indios siguen siendo barbaros. La grandeza de los incas le sirve más como preámbulo cronológico para argumentar mejor la historia que narra. No es una apropiación de la historia incaica por parte de los criollos porque la historia del Perú se inicia con los

> *españoles. Es, más bien una invención de la historia del Perú casi sin los incas, una desapropiación histórica. Y al igual que en su historia de España, Peralta aplica aquí una estratagema viconiana de* ***superación de eras a través de su descarte: la historia andina es superada porque la conquista española abre un tiempo distinto y mejor*** (Quiroz, 2012, pp. 114-115 énfasis añadido)[4].

Peralta hace recuento de las hazañas y valor de Francisco Pizarro, denominándolo el ***Hércules español*****, el *Marte extremeño*****, el *Dionisio cristiano***, destacando un supuesto ilustre abolengo. Se enfatiza los riesgos, penurias y aventuras de los viajes de exploración y descubrimiento, los enormes obstáculos para la conquista final dirigida con enorme esfuerzo por Pizarro. La fortaleza incaica de Tumbes igualada a la rica y casi inexpugnable Cartago. La conquista hispana, aunque ilegitima, porque los incas eran gobernados por grandes señores o una dinastía real, se justificaba para evitar la idolatría, los sacrificios humanos, la sodomía, entre otros vicios indígenas. La conquista liderada por Pizarro resulta particularmente heroica por la marcada inferioridad numérica de sus hombres. La resistencia cusqueña aparece como feroz, mecanismo para enaltecer la voluntad hispana y la gloria del Dios cristiano (Quiroz, 2012, pp. 115-116).

Peralta se refiere a las rencillas entre los conquistadores, presentando al bando almagrista en términos marcadamente negativos. "Para resaltar el mérito de Pizarro, al subrayar que **el conquistador del Perú dominó más que César y murió de manera más heroica que el gran conquistador romano: peleando contra muchos"** (Quiroz 2012, p. 117 énfasis añadido). Para Francisco Quiroz la historia elaborada por criollos como Peralta, busca rectificar tanto la versión imperial que los colocaba en inferioridad respecto a los peninsulares, pero también cuestionar la versión de Garcilaso que privilegia la historia desde el Cusco, a través de la nobleza inca y los encomenderos. En la narrativa histórica propuesta por los criollos, la ciudad más española del país (Lima), es tomada como centro de la historia del Perú. Se limeñiza así la historia peruana, y se occidentaliza. Para que la tradición histórica que se establezca sea coherente, se elimina historia del Perú anterior a la conquista o solo es

[4] Los indios son llamados *peruanos* por Peralta en la obra *Lima fundada*. Para Francisco Quiroz, llamar peruanos a los indios tiene una connotación trascendente, pues significa hacer un deslinde entre la Lima occidental y el Perú indígena. *De la Patria a la Nación*… 2012, pág. 116

aludida como meros antecedentes. La verdadera historia del Perú no solo comenzaría con la conquista española, la que a su vez, se remontaría a la tradición histórica en la península ibérica y el mundo romano clásico. Se reconoce la grandeza incaica, pero Peralta considera que no aporta nada a la naturaleza peruana, que es producto directo de una continuidad de una tradición histórica proveniente de occidente (Quiroz, 2012, pp. 123-124). Añade finalmente, el historiador Francisco Quiroz:

> *El Perú colonial es para Peralta un país español surgido en la tierra que antes fuera escenario de una civilización que es borrada durante la conquista y la colonización. Peralta se "des-apropia" de la historia anterior al excluir de la historia peruana a un largo periodo histórico (el prehispánico) y a numerosos sectores étnico-culturales. A Peralta le interesa resaltar la riqueza e inteligencia del Perú criollo, tanto frente a las pretensiones hegemónicas de la España imperial borbónica como frente a las aspiraciones políticas y culturales de la nobleza imperial cusqueña que, en ese tiempo, también está preocupada por su suerte* (Quiroz, 2012, pp. 124).

El trabajo de Francisco Quiroz, coincide con el trabajo del investigador José Antonio Mazzotti (2016) quien estudia el desarrollo de la conciencia criolla, la cual caracteriza como una *identidad diglósica*, entre la *Magna Hispania* (el imperio español) y la patria local (Lima o el Perú). Se conforma una identidad criolla, surgida por oposición a los peninsulares y a las naciones indígenas. El mundo criollo es complejo, y hay mucho por estudiarse, pero interesa señalar que su discurso histórico, tiene la necesidad de afirmarse tanto en la patria chica (el Perú), como en la patria grande (España). Su legitimidad no podía partir de los orígenes pre-hispánicos o pre-pizarristas, pues ese espacio de legitimidad histórica correspondía a las élites indígenas; la afirmación histórica de los criollos está en descender de los conquistadores o nuevos fundadores. Aún en el siglo XX, los grupos criollos privilegiados, basaron su prestigio en su ascendencia personificada en los esforzados conquistadores-fundadores, y la herencia cultural hispana, "la madre patria". La historiografía criolla pro-hispánica del último siglo, se debe a ese mandato de culto a los orígenes, donde Francisco Pizarro es la figura preeminente.

La tradición indigenista en el Perú

El indigenismo es un nombre genérico, que unifica a diversas experiencias, por ejemplo, intereses investigativos o académicos, proyectos de difusión artístico-cultural y reivindicaciones sociales y políticas. A finales del siglo XX e inicios del XX, se convierte en la alternativa frente al proyecto de Estado-nación criolla. Incluso partidos políticos fundados por líderes criollos-costeños, Haya de la Torre (Apra), y José Carlos Mariátegui (Partido Socialista), asimilaran el indigenismo en sus proyectos políticos: Indoamericanismo, marxismo peruano indigenista. El indigenismo, recorre un camino largo desde el siglo XVI, hasta el siglo XX. Aunque bajo denominaciones distintas o diversas variantes: indianismo, serranismo, andinismo, autoctonismo, etc., la influencia del indigenismo es muy importante en la configuración de la conciencia nacional peruana.

El historiador Jorge Basadre (1958), considera que las corrientes indigenistas o etapas de interés por lo indígena pueden dividirse históricamente de la siguiente manera:

- **Antes de la Independencia:**
    a) Basada en los escritos de Garcilaso de la Vega, y los de Bartolomé de Las Casas, origen de la llamada "Leyenda Negra".
    b) El "indigenismo hispanista", propio de los doctrineros, misioneros y lingüistas. Buscaron acercarse al indio para "redimirlo" de sus pecados (idolatría, superstición), y trataron de conocerlos a través del estudio de su idioma y formas de vida.
    c) El movimiento europeo, iniciado con Montaigne, que exaltó la bondad del hombre en estado de naturaleza, y que será retomado por Rousseau, con la tesis de "el buen salvaje". Su influencia será notable con el tiempo.
    d) La reacción europea y americana en contra de la tesis de De Pauw y de otros autores acerca de la inferioridad y degeneración de los habitantes del llamado Nuevo Mundo.

- **Durante el siglo XIX y los primeros años del siglo XX**

e) Los grupos liberales en el momento de la Emancipación que buscaron construir los nuevos Estados americanos sobre una *tradición indígena*.

f) Los exponentes del romanticismo a principios del siglo XIX. Trataron a los indios y a los Incas dentro de un plano literario. También tuvo representantes científicos como Tschudi (lingüista).

g) Los autores protestantes, sobre todo anglosajones que estudiaron con sentido crítico la obra de España en América y con simpatía a los indios. Puede incluirse a Guillermo Prescott en este grupo.

h) Los positivistas que a fines del siglo XIX, hacen una vivisección del sistema e instituciones coloniales. Terminan reivindicando el periodo anterior o pre-hispánico.

i) Los sociólogos marxistas alemanes como Cunow, interesados particularmente en el problema de la economía colectivista del antiguo Perú.

j) Los exploradores interesados por las ciencias naturales, tales como Reiss y Stubel, que contribuyeron a un mayor conocimiento de la civilización indígena u aborigen.

k) La arqueología inaugurada por Max Uhle y Julio C. Tello, a inicios del siglo XX. Realizan descubrimientos importantes sobre yacimientos culturales, ampliando el horizonte o conocimiento sobre las "culturas pre-incas". Acá se sumarán los distintos etnólogos, antropólogos y sociólogos europeos y americanos que estudiaron científicamente la cultura indígena y el pasado incaico.

l) En el plano literario e ideológico, Manuel González Prada, quien afirma que los indios constituyen "el verdadero Perú". Afirma González Prada: "Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira porque no merece llamarse República democrática un Estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley". Además, más adelante, "la cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social" por lo que hay que predicarle rebeldía, pues **"todo blanco es, más o**

menos, un Pizarro, un Valverde, o un Areche". (González Prada, "Nuestros Indios", en *Horas de Lucha,* 1908)

m) Los defensores morales o legales del indio, a mediados del siglo XIX, simbolizado en la figura de Juan Bustamante y la Sociedad Amiga de los Indios, y a inicios del siglo XX, en la Asociación Pro-Indígena con Joaquín Capelo, Pedro Zulen, Dora Mayer y otros dentro de los últimos treinta años.

n) Los marxistas-comunistas, que consideran que la revolución social tenía que ser agraria y racial. Llegaron a hablar de las "nacionalidades quechuas y aymara" aplicando a América el concepto europeo de las "minorías nacionales. Otros siguieron una prédica bajo la influencia de la revolución mexicana o incluso el *Kuo Min Tang*, chino.

o) Los intelectuales y artistas regionalistas o "serranistas", con hostilidad a Lima, a la costa y los grupos criollos o blancos mestizos.

Esta detallada división de la trayectoria del indigenismo, aunque para algunos pueda resultar arbitraria, finalmente permite distinguir variados aspectos: indigenismo americano y europeo, indigenismo científico y socio-político, indigenismo de mirada al pasado histórico e indigenismo como renovación cultural, indigenismo benevolente y tutelar (idea del *buen salvaje*) e indigenismo crítico o indigenismo afirmativo de oposición a lo criollo.

La historiografía peruana, se finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, se vio muy influido por la obra de los intelectuales indigenistas. De hecho, historiadores como Riva Agüero, desarrollarán una trayectoria intelectual donde el indigenismo es un aspecto parcialmente presente (*Paisajes Peruanos,* 1912), aunque luego deviene en un hispanismo militante. Historiadores peruanos muy influyentes de la segunda mitad del siglo XX, seguirán por distintos caminos el derrotero del indigenismo y la crítica en su producción historiográfica: Pablo Macera, Carlos Daniel Valcárcel, Juan José Vega, Edmundo Guillén, Waldemar Espinoza, entre otros. Indigenismo por sus temas de estudio, aunque también por grados de militancia socio-política en algunos de ellos.

CAPÍTULO I. LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX.

1.1 LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XIX Y LA REPRESENTACIÓN DE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA.

Un libro de historia a veces dice más de su autor que de su tema en sí.
(Heraclio Bonilla)

1.1.1 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Guillermo Prescott.

Guillermo Prescott (1796-1859), fue un reconocido historiador e hispanista norteamericano, autor de *History of the Conquest of México* (1843) y *History of the Conquest of Perú* (1847). Su obra tuvo un gran impacto en el mundo hispano y latinoamericano, tanto por su calidad y estilo (rigor académico, historia crítica y relato fluido). La historiografía nacional hereda el cuadro general de la "Conquista del Perú", elaborado por Prescott, el cual tendrá continuidad hasta comienzos del siglo XX[5]. La importancia de Prescott radica en que ofrece posibilidades tanto para la *historiografía conservadora* como para la *historiografía crítica* nacional. Por un lado, su labor documental y su reconocimiento de la labor civilizadora de España, ofrece respaldo al discurso histórico conservador próximo al hispanismo. Pero, por otro lado, la obra de Prescott, brinda a la historiografía crítica un conjunto de censuras hacia la invasión y

[5] Historiadores como Lorente, Ricardo Cappa y Riva Agüero basaron sus escritos sobre la conquista, en la obra de Prescott. Mientras Raúl Porras Barrenechea basó su primer curso (en la universidad San Marcos), sobre el periodo de la conquista, en los escritos de Prescott.

colonialismo hispano. El denominado "Paradigma Prescott" o idea de España como una nación atrasada frente al mundo anglosajón (por su fanatismo católico y absolutismo), tendrá cierta acogida en la historiografía estadounidense y europea, reforzando (o matizando) la Leyenda Negra de la conquista; la cual es reivindicada por la historiografía pro-indigenista más radical. Prescott además apela a las antiguas "referencias orientalistas" para explicar a los Estados azteca e inca, dando cierta continuidad a esta tradición occidental. Por otro lado, su obra influida por el romanticismo de la época, presenta la figura del "héroe", encarnada sobre todo en Hernán Cortés; representado por Prescott como el arquetipo del conquistador español. Francisco Pizarro será comparado con Cortés, quedando mal parado o minimizado en última instancia por Prescott. Finalmente, la idea de *Civilización* y *Barbarie* es explícita y central en Prescott, quien reconoce esos dos rasgos entre incas e hispanos, pero en diferentes grados. Historiadores tan importantes como Sebastián Lorente en el siglo XIX, seguirán en gran medida los tópicos trazados por Prescott, pero introducirán matices a algunas de las críticas planteadas por el historiador estadounidense.

En el contexto de la historiografía nacional, José Antonio del Busto, ha considerado a Prescott como "el más brillante de los historiadores extranjeros del Romanticismo que estudiara la Historia del Perú… uno de aquellos historiadores no peruanos que más nos ayudaron a conocer, edificar y difundir nuestro pasado" (Del Busto, 1959, p. 1). Su libro *Historia de la conquista del Perú* (1847), es considerado como "un libro clásico de nuestra historiografía", por Gustavo Pons Muzzo (1972, p. 10). Los sociólogos Patricia Oliart y Gonzalo Portocarrero, no dudan en señalar que "La deuda de la historiografía peruana para con Prescott no ha sido lo suficientemente analizada, y, menos aún, reconocida" (1989, p. 25).

Guillermo Prescott fue apreciado por su notable manejo documental (crónicas, cartas, testimonios y documentos diversos), a pesar de las limitaciones de su época. Desarrolló una obra muy adelantada a su tiempo, ello gracias a que logró disponer de copias de manuscritos de numerosos cronistas españoles del siglo XVI; textos que solo serían publicados a fines del siglo XIX.

Sobre este punto, explica el historiador José Antonio del Busto:

> *Prescott había incursionado por la ruda prosa de los cronistas y extractado del desorden de sus líneas no solo lo que consideró útil sino también necesario. Sarmiento de Gamboa, el licenciado Polo y el Inca Garcilaso sobresalían en la primera hilera; en la segunda militaban Cieza, Gómara, Zárate el Palentino, los jesuitas Acosta y Cobo, el Visitador Montesinos y cerraba filas el fantasioso Padre Velasco. Estas crónicas configuraron el esqueleto de su obra y al hacerlo, su trabajo fue muy grande, porque aún no habían aparecido las colecciones documentales ni sus prolijos índices* (Del Busto, 1959, p. 7).[6]

Sin embargo, la innovación que su obra representa, no sólo dependerá de su acceso privilegiado a fuentes inéditas, sino también por su preocupación permanente de cultivar un "juicio ponderado" (Oliart y Portocarrero, 1989). Prescott habría seguido el antiguo lema de los historiadores: "no llorar, no reír, comprender" (Del Busto, 1959).

A pesar de ello, Prescott no fue ajeno a ciertos juicios moralizantes. Su condición casi puritana (protestante), visión romántica e ideología liberal, influyen en su obra, aunque sin devaluarla necesariamente. Prescott sigue la tradición de la *historia crítica* o *filosófica,* caracterizada por interpretaciones críticas, enjuiciamiento de personajes y hechos, así como un propósito aleccionador. Diversas citas evidenciarían cierto ánimo de Prescott de ejercer determinada pedagogía sobre sus lectores, desde un particular discurso histórico. En torno a esto, el historiador Francisco Quiroz ha señalado:

> *Prescott pensaba que el discurso histórico debía ser instructivo, pues debía contener lecciones o moralejas. Al mismo tiempo, la historia debía ser entretenida y accesible a una gran audiencia. Sin embargo, el deseo de escribir una historia narrativa viva, animada y atractiva no debía excluir*

[6] Las crónicas formaron parte de los mecanismos imperiales españoles de subalternización. En su narrativa se observa operaciones de exotización y obliteración. "La exotización del Otro/a lo/la vuelve particular, y por tanto, inferior, al mismo tiempo que vuelve universal y superior al colonizador. La obliteración del/la Otro/a hace que las reglas españolas de reconocimiento o percepción sean las únicas disponibles, y vuelve inteligibles los actos de todos los actores solo a través de las formas españolas de dar sentido, arrinconando implícitamente en el sinsentido a otras maneras de vivir y de pensar el mismo presente". La lógica occidental pretende erigirse en la única posible. Gonzalo Lamana, *Dominación sin dominio. El encuentro inca-español en el Perú colonial temprano*, 2016, pág. 15

el rigor académico ni conducir a la falsificación de los hechos del pasado (Quiroz, 2005, p. 164)[7]

Prescott, como ya se mencionó, es un autor donde el liberalismo y el romanticismo de la época, influyen directamente sobre su obra, generando juicios que podrían ponerse hoy en cuestión, como sus apreciaciones sobre el nivel civilizatorio de las culturas precolombinas (aztecas e incas), o el retraso de la España católica respecto a las naciones anglosajonas de religión protestante.

En el primer tomo de la *Historia de la Conquista del Perú* (1847), Prescott dedicará los primeros capítulos a desarrollar observaciones sobre la civilización incaica, asignándole algunas virtudes o matizándolas: "sabia legislación", "raza extraordinaria", "despotismo templado", etc. Pero si bien produce la primera visión contemporánea, crítica y razonada del imperio, también no escapará del etnocentrismo (Oliart y Portocarrero, 1989, p. 26)[8].

Del Busto explica que las ideas democráticas de Prescott, basadas en el gobierno representativo definido por Locke, le hicieron ver la forma gubernamental peruana como "muy poco satisfactoria para la dignidad de la naturaleza humana" (Prescott, citado por Del Busto, 1959, p. 8). Acorde con ese espíritu liberal decimonónico, afirmará Guillermo Prescott:

Si es el mejor gobierno aquel que menos se siente, el que usurpa menor parte de la libertad natural del súbdito, la parte esencial a la conservación de la subordinación civil, entonces, de todas las clases de gobierno inventadas por el hombre, la de los peruanos es la que menos

[7] El historiador Francisco Quiroz, en el mismo artículo dedicado a la historiografía anglosajona, considera que: "Prescott encontraba que los conquistadores españoles estaban guiados más por la avaricia que por la religión. Esta conclusión fue utilizada hábilmente en la comparación de Hispanoamérica y Norteamérica, dado que se decía que en contraste los anglosajones en el Nuevo Mundo estuvieron motivados por la independencia religiosa y política. Esta forma de entender a España como la antítesis de Norteamérica es lo que Richard Kagan ha llamado el «paradigma Prescott». Es decir, un enfoque de la historia de Norteamérica e Hispanoamérica como una dicotomía entre la civilización y la barbarie. De hecho, la contrapartida de la noción del «excepcionalismo norteamericano» era, según Prescott, la idea de un excepcionalismo invertido de España como un país europeo no moderno condenado a la ruina. Tan providencial había sido la conquista de México y el Perú por España como lo sería la conquista de la Hispanoamérica católica y decadente por los Estados Unidos progresistas y protestantes en su marcha hacia la civilización". Francisco Quiroz, *Clío contra el Imperio. Historiografía anglosajona sobre Hispanoamérica en los siglos XVII*, 2005, pág. 166

[8] Prescott nos dirá sobre los incas: "El gobierno del Perú era despótico templado en su carácter, pero puro y absoluto en su forma". *Historia de la conquista del Perú*, tomo I, 1972, pág. 31

> *derecho tiene a nuestra admiración* (Prescott, citado por Del Busto, 1959, p. 8)[9].

El republicanismo liberal de Prescott, junto a la historia crítica que cultiva, lo llevarán a afirmaciones similares a lo largo de su obra. En ese sentido, José Antonio Del Busto no duda en criticar a Prescott también por su proximidad a la *Leyenda Negra* y el afán de superioridad anglosajón-protestante frente al mundo hispano. Señala José Antonio del Busto:

> *Aunque Prescott no se sienta muy seguro, la verdad es que sigue siendo anglosajón. Todavía funcionan en él complejos racistas de superioridad, antipatía frente a la Iglesia de Roma, prejuicios ante el Imperio Español. Por esta razón nunca llegó a explicarse el fanatismo de los conquistadores españoles del siglo XVI, aunque en su Historia de la Conquista de Méjico estuvo a punto de lograrlo. En el fondo y sin que él se diera cuenta había una casi aversión hacia los soldados españoles. Le gustaba compararlos con el avanzar pacífico de los puritanos del "My Flower" y se regocijaba pensando en ese barco que logró tantas conquistas sin cañones. Su planteamiento hacia los conquistadores se podía resumir en diez palabras: "Así fue, pero es que así no debiera haber sido* (Del Busto, 1959, p. 8)[10].

A pesar de estas observaciones hacia Prescott y su obra, Oliart y Portocarrero, consideran y precisan que la admiración (matizada) de Prescott por lo indígena, mostrada en su obra, no desemboca en la satanización de lo español (1989, p. 65).

En resumen, se apreciarían así, visiones encontradas sobre la obra de Prescott; por un lado, se destaca su ponderación, imparcialidad y profundidad histórica, pero por otro

[9] Cabe destacar que, a largo de toda su obra, Prescott se referirá a los incas como "peruanos", mientras a los conquistadores como "españoles".

[10] La apreciación de José Antonio del Busto contrasta con la postura de Pons Muzzo quien ha señalado que, frente a la Leyenda Negra sobre la obra de España en América, surgieron autores que: "han tratado con serenidad imparcial y riguroso juicio histórico de hacer justicia a la obra de España en América. Uno de esos autores que hace algo más de un siglo alcanzó fama universal por la serenidad y profundidad históricas con que estudio el descubrimiento y la conquista de las más importantes posesiones españolas en el Nuevo Mundo, fue el historiador norteamericano Guillermo Hickling Prescott". En nota preliminar a *Historia de la conquista del Perú* de Prescott (1972), pp. 7-8.

se critica su "etnocentrismo", y liberalismo político enjuiciador de lo incaico e hispánico. Esta mirada contradictoria sobre la obra de Prescott parece no haber sido suficientemente explicitada y explicada por nuestra historiografía. En lo que coinciden los distintos autores, es que la obra de Prescott constituye un hito importante en la construcción de la narrativa histórica del Perú, de periodos como el incaico, pero especialmente de la etapa de la conquista, sobre la cual se concentró su investigación.

La *Historia de la conquista del Perú* (1847), de Prescott, al igual que el libro dedicado a la historia de la conquista de México, comienza haciendo un retrato de las civilizaciones incaica y azteca. Prescott se propone describir detalladamente las características culturales, valores y elementos distintivos de estos pueblos, antes de relatar la conquista española. Estas apreciaciones son particularmente interesantes, para contrastarlas con el retrato que se hará de los conquistadores, la civilización hispana y europea en general.

En primer lugar, destacan las comparaciones con las civilizaciones de Oriente (Indostán, China); una práctica común desde la época de la Europa renacentista, donde pensadores y escritores vieron semejanzas muy tempranamente entre los pueblos asiáticos y amerindios. No podían explicar al Nuevo Mundo, sino tomando como referencia a la civilización oriental, espejo que, a su vez, permitió construir la idea o imagen de una civilización occidental: "Es indudable que la historia peruana sugiere puntos de analogía con algunas civilizaciones orientales…" (Prescott, 1972, p. 125 tomo I). Agrega el historiador norteamericano:

> *Como más de una vez he observado, se descubren más puntos de analogía entre las instituciones peruanas y algunos de los gobiernos despóticos de Asia en su parte más oriental; esos gobiernos en que* ***el despotismo se presenta bajo formas más templadas****, y donde todo el pueblo, bajo el mando patriarcal de su soberano, parece no componer más que una inmensa familia. Tales son los chinos, por ejemplo, a quienes se parecerían los peruanos en su obediencia implícita a la autoridad… Otra analogía, aún más estrecha puede descubrirse con los naturales del Indostán en cuanto a su división en castas, su adoración a los cuerpos celestes y a los elementos de la naturaleza, y su conocimiento de los*

> *principios científicos de la agricultura. También se parecían bastante a los antiguos egipcios en los mismos puntos, como igualmente en aquellas ideas sobre una existencia futura que los incitaba a dar tanta importancia a la conservación del cuerpo* (Prescott, 1972, p. 121 tomo I énfasis añadido).

Sin embargo, Prescott concluye que nada en Oriente se parece al predominio absoluto que ejercían los incas en sus súbditos. Porque en Oriente el predominio se fundaba en la fuerza física y los recursos exteriores del gobierno, y entre los incas a esto se sumaba el poder teocrático (Prescott, 1972, p. 121, Tomo I). Para el historiador estadounidense: "El asombroso mecanismo de la política peruana solo pudo resultar de la autoridad combinada de la opinión y del poder efectivo hasta un exceso desconocido en ninguna época de la historia del hombre" (Prescott, 1972, p. 123 tomo I).

Por otro lado, una característica de la obra de Prescott, fue introducir breves comparaciones entre incas y aztecas, por ejemplo, a partir de sus tipos de campañas militares y formas de gobierno. Refiere Guillermo Prescott:

> *Los aztecas animados por el espíritu más feroz, hacían una guerra de exterminio, señalando los triunfos con el sacrificio de hecatombes de cautivos; mientras que los incas, aunque seguían la carrera conquistadora con igual tenacidad, preferían una política más suave, sustituyendo a la violencia la negociación y la intriga, y tratando a sus antagonistas de modo que no se entorpeciesen sus recursos futuros, y que viniesen al seno del imperio como amigos y no como adversarios* (Prescott, 1972, p. 119 tomo I).

Prescott, al igual que los cronistas españoles defensores de la colonización, considera que los "vasallos mejicanos" estaban agobiados por contribuciones excesivas y conscripciones militares, descartándose el bienestar personal, ejerciendo la fuerza e imponiendo el sufrimiento: "Se les hacía sentir que no formaban parte de la nación, sino que se les subyugaba solamente como a pueblo conquistado" (Prescott, 1972, p. 119, tomo I). En contraste, Prescott afirma que en el Perú: "Los incas, al revés, concedían en el acto a sus nuevos súbditos todos los derechos que disfrutaba el resto

de la nación; y aunque los obligaban a conformarse a las leyes y usos del imperio, velaban por su seguridad personal y por su bienestar con paternal cuidado" (Prescott, 1972, p. 119 tomo I).

El historiador norteamericano, siguiendo de cerca a los cronistas Sarmiento de Gamboa, Polo de Ondegardo y Garcilaso de la Vega, afirma que la situación del pueblo bajo el régimen incaico era mejor en comparación con otras regiones del mundo; sin embargo, en última instancia Prescott suscribe la idea de que se trataba de una civilización patriarcal que otorgaba protección, a cambio de suprimir derechos o libertades, cuyo advenimiento solo se logrará con la presencia europea.

> *Las leyes tenían por objeto especial defenderles y asegurarles su bienestar. No se permitía ocupar al pueblo en trabajos que pudieran ser nocivos a su salud, ni se le agobiaba* ***(¡triste contraste con su destino posterior!),*** *con tareas impuestas, demasiado pesadas para su fuerza. Jamás eran las clases bajas víctimas del robo público o particular, y una previsión benévola velaba cuidadosamente por sus necesidades, y proveía a su subsistencia durante su enfermedad. El gobierno de los incas, por arbitrario que fuese en sus formas, era verdaderamente patriarcal en su espíritu. Todo esto es muy poco satisfactorio para la dignidad de la naturaleza humana.* ***Lo que tenía el pueblo se le concedía como un favor, no como un derecho.*** *Cuando una nación se sometía al cetro de los incas, resignaba todos sus derechos personales, hasta los derechos más caros al género humano* (Prescott, 1972, p. 123 tomo I énfasis añadido)[11].

Prescott reconocerá los logros incaicos en lo productivo o económico, y su ventaja sobre la Europa feudal: "El hambre azote tan común también en aquella época en todos los países de la Europa Civilizada, era un mal desconocido en los dominios del Inca" (Prescott, 1972, p. 123, tomo I). Sin embargo, ello constituirá un logro menor,

[11] Reflexionando sobre las leyes, el derecho y la moral de los incas, apunta Prescott: "Donde no hay libre albedrío, no puede haber moralidad. Donde no hay tentación, pocos derechos pueden haber a llamarse virtuosos. Donde la ley dispone rigurosamente la rutina, a la ley y no al hombre pertenece el mérito de la conducta. Si es el mejor gobierno aquel que menos se siente, el que usurpa menos parte de la libertad natural del súbdito, la parte esencial a la conservación de la subordinación civil, entonces de todas las clases de gobierno inventadas por el hombre, la de los peruanos es la que menos derecho tiene a nuestra admiración". *Historia de la conquista del Perú*. Tomo I, 1972, pág. 125

frente a la ausencia de libertad política, económica y de pensamiento. Añade más adelante, Guillermo Prescott:

> *... no debemos desconocer la verdadera magnitud de los resultados que alcanzó el gobierno de los incas; no debemos olvidar que bajo su mando el hombre más humilde del pueblo disfrutaba mucho más bienestar personal, y estaba más libre de padecimientos físicos que las clases correspondientes en todas las demás naciones del continente americano, y quizás mucho más que esas mismas clases en la mayor parte de los países de la Europa feudal. Bajo su cetro, las clases altas habían hecho en muchas artes adelantos que eran dignos de una nación civilizada. Se habían echado las bases de un gobierno de orden que, en un siglo de robo y saqueo, aseguraba a sus súbditos los incalculables beneficios de la paz y de la seguridad…* (Prescott, 1972, p. 125 tomo I).

Al abordar el tema de la conquista española sobre el Perú incaico, Prescott señala el elemento, que a su parecer, explica la derrota final de este pueblo, y que se relaciona a su argumentación sobre la ausencia de un espíritu libertario entre los pueblos amerindios. Reflexiona Guillermo Prescott:

> *Verdad es que el espíritu de independencia no podía ser muy enérgico en un pueblo que no tenía propiedad alguna en el territorio, ni derechos personales que defender; y la facilidad con que cedió al invasor castellano calculando en todo su valor su inferioridad comparativa, indica una deplorable falta de aquel sentimiento patriótico que considera en poco la vida cuando se trata de la libertad* (Prescott, 1972, p. 123 tomo I).

La reflexión crítica de Prescott sobre la civilización incaica, como un pueblo superior culturalmente, pero falto de libertad y de capacidad para generar una identidad patriótica entre sus diversos grupos, será una idea que se reiterará en otros autores, destacándose Sebastián Lorente en el Perú, durante la segunda mitad del siglo XIX.

El libro *Historia de la conquista del Perú* (1847) de Prescott, buscó complementar a su obra más ambiciosa y exitosa comercialmente, *Historia de la conquista de México*

(1843). En ambas, el historiador estadounidense busca combinar tanto el rigor de la investigación, la reflexión detenida y el relato vívido o novelado de los hechos; refiere Guillermo Prescott: "Mi objeto ha sido presentar al lector la misma historia con todos sus poéticos pormenores; no simplemente retratar los rasgos característicos de la conquista, sino realzar los perfiles con un colorido animador, de modo que presente una minuciosa y fiel pintura de aquellos tiempos" (Prescott, 1972, p. 16 tomo I).

Prescott ve en la conquista un capítulo formidable de la historia de España, y además le parecía que: "Es indudable que las más brillantes páginas de la historia de España en el Nuevo Mundo, son las que refieren las conquistas de Méjico y del Perú…" (Prescott, 1972, p. 13 tomo I).

La narración de Prescott sobre la conquista, comienza destacando las dificultades que enfrentarán los expedicionarios hispanos, en las islas del Caribe y en Tierra Firme (Centroamérica), comparándolos a los viejos caballeros andantes de la literatura medieval. Señala Guillermo Prescott:

> *El hambre, la sed, el cansancio, las emanaciones mortíferas de los terrenos pantanosos, con sus innumerables enjambres de venenosos insectos, el frio de las montañas, el sol calcinador de los trópicos; tales eran los enemigos del caballero que iba a buscar fortuna al Nuevo Mundo. Era la realidad de la novela. La vida del aventurero español constituía un capítulo más, y no de los menos extraordinarios, en las crónicas de la caballería andante* (Prescott, 1972, p. 145 tomo I).

Para este autor, los guerreros hispanos eran hombres orgullosos, vanos e inflamados por la esperanza de un gran porvenir. Pensaba que al soldado o aventurero español lo acompañaba una invencible confianza en sus recursos y que ningún peligro o difícil tarea podía descorazonarlo: "Al contrario, cuanto mayor era el peligro, mayores eran sus encantos; porque se deleitaba en obrar a impulso de grandes estímulos, y la empresa sin riesgo carecía de la espuela novelesca indispensable para despertar su energía" (Prescott, 1972, p. 145 tomo I).

El historiador estadounidense, como se observa, apuesta por un retrato novelesco de los conquistadores, pero no lo exime de dirigir duras críticas hacia los hispanos, sobre todo por las causas inicuas de la colonización y la abominable crueldad mostrada. Señala Guillermo Prescott:

> *Se mezclaban de una manera extraña las influencias mezquinas con las aspiraciones más nobles, y lo temporal con lo espiritual. El oro era el estímulo y la recompensa, y al correr tras él su naturaleza inflexible pocas veces vacilaba ante los medios. Su valor estaba mancillado por la crueldad, crueldad que, por extraño que parezca, dependía tanto de su avaricia como de su religión; religión, es decir cómo se entendía en aquel siglo: la religión del Cruzado. Era el manto cómodo que cubría una multitud de pecados, que se los ocultaba a él mismo. El castellano demasiado orgulloso para ser hipócrita,* ***cometió más crueldades en nombre de la religión, que las que cometieron jamás los paganos idólatras o los fanáticos musulmanes*** (Prescott, 1972, p. 146 tomo I, énfasis añadido).[12]

La representación de Francisco Pizarro en su *Historia de la conquista del Perú* (1847), comienza por señalar que "ocupó en la conquista del Perú el mismo puesto eminente que Cortés en la de Méjico" (Prescott, 1972, p. 150 tomo I). Sobre los orígenes del soldado trujillano y las leyendas alrededor de este, afirma:

> *Poco se sabe de los primeros años de nuestro héroe; y aún ese poco no siempre es digno de fe. Según unos, sus padres lo abandonaron, dejándolo como expósito a la puerta de una de las iglesias principales de la ciudad.* ***Añádase que hubiera muerto a no haberle dado de mamar una puerca,***

[12] Dentro de su censura al catolicismo que acompañó a la conquista, y el contraste con el accionar de los anglosajones en América, señala Prescott: "Triste y humillante consideración es que el espíritu más feroz de intolerancia, el del inquisidor en cuanto a lo domestico, y el cruzado en cuanto a lo exterior, haya emanado de la religión que predicaba paz en la tierra y amor entre los hombres. ¡Qué contraste presentan estos hijos del Mediodía de la Europa con la raza anglosajona que se derramó por la gran división del Norte del hemisferio occidental! El principio de acción en estos hombres no era la avaricia, ni el pretexto del proselitismo, sino la independencia, la independencia religiosa y política. Para asegurar estos beneficios, se contentaban con ganar la subsistencia a fuerza de privaciones y de trabajo. Nada pedían al suelo que no fuese el interés legítimo de este trabajo. No había para ellos visiones doradas que cubriesen su carrera con un velo engañador, y que los impulsase a caminar a través de mares de sangre para echar por tierra a una inocente dinastía". *Historia de la conquista del Perú*. Tomo I, 1972, pág. 146.

> ***nodriza más improbable aún que la que se señala a Rómulo.*** *La historia de los primeros años de hombres que después se han hecho famosos, lo mismo que la historia primitiva de las naciones, ofrece un campo fértil a la invención* (Prescott, 1972, p. 153 tomo I, énfasis añadido).

En su relato sobre los orígenes del conquistador extremeño, añade Guillermo Prescott:

> *Parece cierto que el joven Francisco fue poco atendido por sus padres, y se confió su educación a la naturaleza. No se le enseñó a leer ni a escribir, y su principal ocupación fue la de* ***porquerizo****. Pero este sistema de vida no convenía al carácter ardiente de Pizarro cuando creció en años, y oyó referir las noticias del Nuevo Mundo, tan seductoras para la juventud, y que eran el asunto principal de todas las conversaciones* (Prescott, 1972, p. 153 tomo I, énfasis añadido).

Prescott, como otros historiadores recogerán la versión o "leyenda" del joven Pizarro "porquerizo". El origen de esta leyenda estaría en la obra del cronista López de Gómara, quien fuera cronista oficial de Hernán Cortés, y totalmente contrario a Pizarro, a quien buscaría desprestigiar para realzar al conquistador del imperio azteca (Mira Caballos, 2015)[13].

El historiador de Boston, describe como el joven Pizarro escucha atentamente las noticias del Nuevo Mundo, y como el contagió del entusiasmo popular, lo deciden a dejar España. Dice Guillermo Prescott: "… aprovechó de un momento oportuno para **abandonar su innoble empleo** y escaparse a Sevilla, puerto en que embarcaban los aventureros españoles para ir a buscar fortuna en el Occidente. **Pocos de estos podían**

[13] El historiador español Esteban Mira Caballos, ha dedicado un sugerente artículo a la campaña propagandística de Hernán Cortés y la infravaloración hacia Francisco Pizarro, quien podía igualarlo en importancia o prestigio durante la conquista. Dice Mira Caballos: "Empezando por la leyenda porcina diremos que fue creada y divulgada por Francisco López de Gómara, quien no dudó en atacar y ridiculizar a todo aquel que pudiera hacerle sombra a su héroe. Según su testimonio, no sólo se pasó su infancia y juventud rodeado de piaras a las que cuidaba, sino que en el momento de su nacimiento fue amamantado por una cerda. Aquello guardaba parentescos con el origen legendario de Rómulo y Remo, pero obviamente no eran exactamente equivalentes la leyenda lupina y la porcina. La primera trataba de ensalzar a sus protagonistas y la segunda justo de lo contrario. Pero lo peor de todo es que esta leyenda se ha perpetuado hasta el mismísimo siglo XXI". http://estebanmiracaballos.blogia.com/2015/062101-hernan-cortes-y-la-batalla-de-la-propaganda.php

abandonar su patria con menos motivos de pesar que Pizarro" (Prescott, 1972, pp. 153-154 tomo I énfasis añadido).

Prescott alude nuevamente al supuesto (o falso) pasado porquerizo de Pizarro, caracterizándolo además como quehacer innoble, y destacando la disposición de Pizarro a dejar su tierra natal.

Francisco Pizarro y sus años en el Caribe y tierra firme son descritos con brevedad por Guillermo Prescott:

> *... a la edad de cincuenta años el capitán Pizarro se encontró en posesión solamente de un trozo de tierra malsana cerca de la capital (Panamá), y de un repartimiento de indios proporcionado al valor de sus servicios militares. El Nuevo Mundo era una lotería en que eran tan escasos los premios grandes, que casi todas las probabilidades estaban contra el jugador, y a pesar de esto* ***estaba dispuesto el jugador a aventurar su salud, su fortuna, y aun muchas veces su honor mismo*** (Prescott, 1972, p. 155 tomo I énfasis añadido).

Prescott subraya el carácter aventurero y peligroso de la empresa conquistadora. Pizarro encarnaría particularmente este espíritu de arrojo, riesgo, y actitud inescrupulosa durante la conquista de tierras americanas.

Siguiendo su estilo narrativo de tono heroico o romántico, el historiador norteamericano refiere las dificultades de la primera expedición de Pizarro en busca del Birú hacia 1524. Escribe Guillermo Prescott:

> ***Pizarro, sin embargo no se descorazonaba, y trataba de reanimar el valor de los suyos****, rogándoles que no se desanimasen por dificultades que un corazón intrépido sobrepuja siempre, sin duda alguna, y les recordaba al mismo tiempo el premio de abundante oro reservado para los que perseverasen en la empresa* (Prescott, 1972, p. 157 tomo I énfasis añadido).

Prescott continúa con el retrato de buen capitán y hombre calculador, que hace del conquistador español. Señala el historiador norteamericano:

> *… Pizarro estaba dispuesto a combatir males y desgracias aún mayores que éstas antes de volver a Panamá con su crédito arruinado, y para ser objeto de la burla general como visionario que había incitado a otros a embarcarse en una empresa que él no había tenido el valor suficiente para llevar a cabo. La ocasión presente contenía su única esperanza. Volver era arruinarse para siempre. Empleó, pues, todos los argumentos que el* ***amor propio herido y la avaricia*** *le podían suministrar para disuadir a los suyos de su propósito; les hizo ver que estas eran las desgracias naturales que encontraba siempre el descubridor en su carrera, y les recordó las brillantes hazañas de sus compatriotas en otras regiones* (Prescott, 1972, p. 159 tomo I, énfasis añadido).

Prescott reconoce en Francisco Pizarro todos los rasgos que otros historiadores reconocerán en el conquistador, a pesar de sus posturas conservadoras o críticas: perseverante, arrojado, decidido, aventurero, valeroso, calculador, ambicioso o avariento.

Describiendo las peripecias de Pizarro en la costa colombiana, en su búsqueda de llegar a las tierras del Birú, narra el enfrentamiento con los grupos locales y la decidida actitud del capitán español. Señala Guillermo Prescott:

> *Pizarro era soldado de demasiada experiencia para dejarse coger desprevenido… el capitán español se retiraba por el declive de la colina, defendiéndose como mejor podía con su espada y broquel, cuando resbaló y cayó al suelo. El enemigo lanzó un alarido feroz de triunfo, y algunos de los más audaces se acercaron a él para acabarlo. Pero Pizarro volvió a ponerse en pie en un momento, y matando a dos con su mano vigorosa, mantuvo a los demás a respetuosa distancia mientras que acudían sus demás soldados a defenderlo.* ***Asombrados los bárbaros al ver tanto valor, empezaron a vacilar****…* (Prescott, 1972, p. 164 tomo I, énfasis añadido).

El valor, arrojo, habilidad y fuerza de Francisco Pizarro, serán elementos que Prescott subraya a lo largo de su *Historia de la conquista del Perú* (1847). Rasgos en que coinciden todos los que han escrito sobre el personaje. Aunque la historiografía indigenista y crítica, naturalmente enfatizará los rasgos negativos como el egoísmo, ambición desmedida y crueldad.

Por otro lado, reflexionando sobre el carácter de la colonización española, señala Guillermo Prescott: "Debe hacerse al gobierno español la justicia de confesar que en todas las disposiciones parecía guiado por una política muy humana y muy condescendiente, si bien la avaricia del colono y la caprichosa crueldad del conquistador frustraban constantemente sus buenos deseos" (Prescott, 1972, p. 172 tomo I).

Acá Prescott establece una diferencia clara entre el gobierno español y las acciones de los conquistadores o colonos. La legislación de indias será hasta cierto punto benevolente en el trato a los indígenas, a quienes se reconocería como súbditos de la corona hispana, y por lo tanto sujetos a derechos o protecciones especiales por su condición de nuevos cristianos. Prescott culpa más bien a los conquistadores y colonos por la crueldad y avaricia en sus acciones, dejando así a la corona española como ejemplar, pero incapaz de controlar a los hispanos llegados a América. Esta idea expuesta por el historiador norteamericano, será un tópico entre algunos autores cercanos a la defensa de la labor colonizadora de España en América.

Prosiguiendo con el relato de la conquista, Prescott se refiere a la firma del Contrato de Panamá, suscrito por los conquistadores Francisco Pizarro, Diego de Almagro y el religioso dominico Hernando de Luque:

> *... tres individuos oscuros se repartieron tranquilamente entre sí un imperio… El tono religioso de este documento es uno de los rasgos más singulares, especialmente si lo ponemos en contraste con la política cruel que siguieron los mismos hombres que lo firmaron en su conquista del país. "En el nombre de un Dios de paz, dice el ilustre historiador de América, ratificaron un contrato cuyo objeto era saquear y derramar sangre humana"* (Robertson). *Esta observación parece muy justa. Sin*

embargo, al criticar lo que se hace, lo mismo que lo que se escribe, debemos tener muy presente el ***espíritu de la época****. La invocación del cielo era natural, cuando en parte era religioso el fin de la empresa.* ***La religión formaba, a lo menos en teoría, el pretexto de las conquistas de los españoles en el Nuevo Mundo.*** *Que* ***se mezclaron motivos viles con estos otros elevados****, y en diferentes proporciones según el carácter de los individuos, es cosa que nadie negará. Y pocos son los que se han propuesto a sí mismos una larga carrera de acción sin mezcla de algún motivo vulgar y personal, fama, honores o riqueza ... en esos hechos supersticiosos de la misma soldadesca empedernida, que por más que se atribuyan al fanatismo, eran demasiado sinceros para que puedan admitir la acusación de hipocresía. Realmente* ***fue una cruz de fuego la que se paseó por ese desgraciado país, abrasándolo y consumiéndolo en su terrible carrera; pero al cabo era la cruz, el signo de la redención del hombre, el único signo mediante el cual podían salvarse las generaciones venideras de la eterna perdición*** (Prescott, 1972, pp. 173-174 tomo I, énfasis añadido).

Prescott interpreta la conquista como cruzada religiosa, no descartando las mezquinas ambiciones materiales de muchos españoles. Alude a un espíritu de época, hoy entendido como un contexto histórico particular, de hegemonía de lo religioso o afirmación de las alianzas entre el poder monárquico y eclesiástico. La fe como principio guía, en muchas acciones de los españoles en su tarea colonizadora y "civilizatoria". Señala Guillermo Prescott:

Los esfuerzos hechos para convertir a los gentiles son un rasgo característico y honroso de la conquista española. *Los puritanos, con igual celo religioso, han hecho comparativamente menos por la conversión de los indios, contentándose, según parece, con haber adquirido el inestimable privilegio de adorar a Dios a su modo. Otros aventureros que han ocupado el Nuevo Mundo, no haciendo por sí mismos gran caso de la religión., no se han mostrado muy solícitos por difundirla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles, desde el principio hasta el fin, han mostrado profundo interés en el bienestar espiritual de los*

naturales. Bajo sus auspicios se levantaron magnificas iglesias, se fundaron escuelas para la instrucción elemental, y se adoptaron todos los medios racionales para difundir el conocimiento de las verdades religiosas… Al recorrer las paginas sangrientas de la historia colonial española, justo es, y al mismo tiempo satisfactorio, observar que la misma nación de cuyo seno salió el endurecido conquistador, envió, asimismo, al misionero para desempeñar la obra de beneficencia y ***difundir la luz de la civilización cristiana por las regiones más apartadas del Nuevo Mundo*** (Prescott, 1972, pp. 148-149 tomo II énfasis añadido).

Para Prescott, la mejor apología de la conquista es el haber sido una cruzada religiosa para asimilar a pueblos en estado de barbarie y salvajismo. Pero al comparar a Pizarro y Cortés en este punto, juzga que, en el conquistador del Perú, no hubo el carácter fanático que sí estuvo presente en el conquistador del México. A Pizarro lo guían motivos más viles en la conquista, según Guillermo Prescott.

(Pizarro) no era fanático como Cortés. El fanatismo es la perversión del principio religioso; pero en Pizarro era el principio mismo el que faltaba. La conversión de los infieles era uno de los motivos que predominaron en Cortés para emprender su expedición… Su gran propósito era purificar la tierra de las brutales abominaciones de los aztecas sustituyendo a ellas la religión de Jesús… pero ***los motivos principales que guiaron a Pizarro, a lo menos según el juicio humano puede deducirlos, fueron la avaricia y la ambición*** (Prescott, 1972, p. 33 tomo III, énfasis añadido).

La segunda expedición de Pizarro y sus hombres de Panamá, en búsqueda del imperio austral de los incas, tiene un momento clave con los hechos de la Isla del Gallo (1528). Nos dice Guillermo Prescott:

Ejerce un poderoso influjo en la imaginación el espectáculo de este puñado de valientes consagrándose así a una arriesgada empresa, tan superior a sus fuerzas, y al parecer como la más exagerada que recuerden los anales fabulosos de la caballería andante. Una docena de hombres, sin alimentos, sin vestido, casi sin armas, sin conocer el país que iban a

buscar, sin buque para transportarlos, se quedaban así en una roca solitaria en medio del Océano con el fin de llevar adelante una cruzada contra un poderosos imperio jugando sus vidas en el éxito. ***¿Qué se podrá encontrar en las leyendas de la caballería que sobrepuje a esto?*** (Prescott, 1972, pp. 190-191 tomo I énfasis añadido).

El historiador norteamericano destaca la actitud modélica de Francisco Pizarro en ese episodio tan complicado y decisivo en la futura conquista. Reflexiona así Guillermo Prescott:

Este era el momento de la crisis para la suerte de Pizarro. Momentos hay en la vida del hombre que según se abandonen o se aprovechen, así deciden del destino futuro. ***Si hubiera vacilado Pizarro en su enérgico propósito y cedido ante las tentaciones que le ofrecía la ocasión para salir él y los suyos de la difícil posición en que se encontraban, su nombre estaría hoy sepultado en el olvido****, y la conquista del Perú hubiera quedado para otros y más felices aventureros.* ***Pero su constancia estaba al nivel de las necesidades de la ocasión****; y la conducta que en ella observó probaba su aptitud para el puesto peligroso que había admitido, e inspiró a los demás una confianza en él que era la más segura garantía de buen éxito* (Prescott, 1972, pp. 190-191 tomo I, énfasis añadido).

El conquistador español seguirá esa línea de acción marcada por la constancia, empeño y casi testarudez. Por otro lado, el historiador estadounidense alude también al carácter religioso que tuvo la empresa de Pizarro, tanto por su convicción, así como, por consideraciones estratégicas. Explica Prescott:

Pizarro no omitió medio alguno para reanimar el espíritu abatido de sus compañeros. Todas las mañanas se rezaba, y por la tarde se desempeñaban otros deberes religiosos, guardándose escrupulosamente las fiestas de la iglesia; y ***el comandante se esforzaba en todo lo posible para dar un carácter religioso a su empresa, y para inspirar a sus rudos compañeros confianza en la protección del cielo, que los sostendría en***

medio de todas las dificultades (Prescott, 1972, p. 191 tomo I, énfasis añadido).

Guillermo Prescott prosigue su relato sobre la conquista del "Perú", describiendo el retorno de Pizarro a España tras haber descubierto el reino o imperio de los incas: "Pizarro, que había huido de su país como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, después de una ausencia de más de veinte años pasados casi todos en medio de padecimientos y trabajos…" (Prescott, 1972, p. 9 tomo II).

Francisco Pizarro ante su entrevista con el emperador Carlos V y su corte, describe los hechos de sus expediciones, los descubrimientos y riquezas halladas. Nos dirá en torno a ello Guillermo Prescott: "Pizarro, lejos de sentirse cortado por su nueva posición, **conservo su acostumbrada calma y sangre fría**, y manifestó en sus tratos **aquel decoro y aun dignidad que son naturales al castellano"** (Prescott, 1972, p. 10 tomo II, énfasis añadido).

El retrato del conquistador Francisco Pizarro, como hombre sereno, calmo, estratégico y calculador es recogido por los distintos cronistas que describieron al personaje. Prescott seguirá esa línea, que ve en Pizarro, además, a un hombre hermético, introspectivo y taciturno.

Durante su permanencia en España, Francisco Pizarro toma contacto con su hermano Hernando Pizarro, quien se integra a la empresa conquistadora, junto a los demás hermanos. El autor describe a Hernando y lo contrasta con su hermano mayor Francisco; señala Guillermo Prescott:

Sus facciones eras feas y aún desagradables; pero era de buena estatura, y, como su hermano Francisco, tenía una presencia imponente. En su carácter combinaba todos los peores defectos del castellano. Era excesivamente celoso, rencoroso; no solo cuando se trataba de una afrenta, sino del más leve desaire, e implacable en su resentimiento. Era resuelto en sus medidas, y tenía pocos escrúpulos en cuanto a su ejecución. Ni el más leve asomo de compasión detenía su brazo. Su arrogancia era tal, que siempre estaba lastimado en el amor propio… En

esto se diferenciaba de su hermano Francisco, cuyos modales corteses suavizaban sus dificultades, y le aseguraban la confianza y la cooperación de los demás en sus empresas (Prescott, 1972, p. 14 tomo II).

El historiador estadounidense, alude al posible apoyo de Hernán Cortés hacia el capitán Francisco Pizarro, en estos meses de preparativos para la conquista del Tahuantinsuyo: "Dícese que Pizarro no hubiera podido reunir los fondos que necesitaba, a no haber sido por el oportuno auxilio de Cortés, natural de Extremadura como él, su compañero de armas en sus primeros tiempos y según dicen, su pariente" (Prescott, 1972, p. 15 tomo II). Al respecto, no hay registro de un posible encuentro entre ambos conquistadores[14]. Sin embargo, pudo haber algún tipo de apoyo, dada la influencia de Cortés en la corona.

Más adelante, el historiador estadunidense recoge la idea muy divulgada, de Pizarro imitador de la conquista encabezada por Hernán Cortés, de quien, supuestamente, distaría de igualar. Dice Guillermo Prescott:

Por los indios de Tumbes supo que hacía algún tiempo que el país se hallaba agitado con una guerra civil entre dos hijos del último monarca, competidores al trono. Pizarro consideró esta noticia como cosa de la mayor importancia, porque recordaba el uso que había hecho Cortés de disensiones análogas entre las tribus Anahuac. Es verdad que Pizarro parece haberse propuesto por modelo y ejemplo a su gran predecesor en muchas ocasiones además de ésta. Pero se quedó a mucha distancia de su modelo; porque a pesar del freno que a veces se imponía a sí mismo, ***su naturaleza más grosera y su carácter más feroz rompían a menudo todos estos lazos y lo inducían a observar una conducta diametralmente opuesta a la que una política prudente le indicaba, y que jamás hubiera***

[14] Ha señalado al respecto el historiador español Esteban Mira Caballos: "Hay quien dice que coincidieron en España, según unos en La Rábida, mientras que otros afirman que en Toledo o en Sevilla. Las fechas no coinciden ni para La Rábida ni para Toledo ni tan siquiera para Sevilla, en los primeros meses de 1530 cuando ambos gestionaban su reembarcarse, uno para Nueva España y el otro para Nueva Castilla. Por tanto, todo parece indicar que no coincidieron personalmente…". http://estebanmiracaballos.blogia.com/2015/062101-hernan-cortes-y-la-batalla-de-la-propaganda.php

> ***aprobado el conquistador de Méjico*** (Prescott, 1972, p. 23 tomo II énfasis añadido).

Prescott, quien recogió testimonio de diversos cronistas, también lo hizo de los biógrafos oficiales de Cortés, como Francisco López de Gómara o de Francisco Cervantes de Salazar, quienes fueron su vez, activos propagandistas de los méritos del conquistador de Tenochtitlán. La exaltación de Cortés fue alentada por el mismo conquistador, opacándose a figuras como Pizarro. Al respecto, no ha dudado en señalar, el muy documentado historiador español Esteban Mira Caballos:

> *La leyenda perpetuada por el mismísimo Hernán Cortés, decía que el trujillano fue un mero imitador de las estrategias de su sobrino (Pizarro). Efectivamente, la literatura se ha encargado de vincular la conquista del Perú con la de México y de convertir a aquella en deudora de ésta. Desde el mismo siglo XVI se generalizó la idea de que el trujillano lo tuvo presente en todo momento, entre otras cosas por la mayor antigüedad de la obra cortesiana que, desde mediados de los años veinte del siglo XVI, todo el mundo conocía. Y se aducía que el trujillano admiraba tanto al Gran Capitán como a su pariente Hernán Cortés, pues además de usar zapatos y sobreros blancos como el primero, en ocasiones especiales, como en su entrada en Cusco tras la ejecución de Almagro, le gustaba ponerse* un ropaje de martas *que le había regalado el segundo… esta supuesta deuda no es más que otro apartado de la leyenda cortesiana.* ***Una leyenda que se encargó de situar en un primer plano a Hernán Cortés y la conquista de México y a la sombra de éste, en un velado segundo plano, a Francisco Pizarro y la conquista del Perú*** (Mira Caballos, 2015 énfasis añadido).

Guillermo Prescott no cultiva el "antipizarrismo" de algunos cronistas e historiadores españoles, pero no deja de tener como referente central de figura conquistadora a Hernán Cortés. Su admiración por Cortés supera largamente a cualquier aprecio o estima sobre Pizarro.

En la descripción de la tercera y definitiva expedición de Pizarro, Prescott retrata una constante del accionar del conquistador, y que le permitiría el éxito en su empresa: "(Pizarro) Conservó durante toda esta marcha una disciplina severa, mandando a sus soldados que se abstuviesen de toda agresión, y castigando la desobediencia de la manera más rápida y vigorosa" (Prescott, 1972, p. 41 tomo II). Pizarro haría al parecer un uso selectivo de la fuerza y violencia, donde la crueldad tuvo lugar, pero no era un elemento central o de disfrute sádico. El tema de la crueldad en la conquista concebida y dirigida por Pizarro será una de las controversias entre historiadores de sesgo hispanista e indigenista, durante los siglos XIX y XX, los primeros tratando de atenuarla, y los segundos destacándola.

Otro retrato de Pizarro, se vincula al rol de la fe cristiana en la conquista, y la justificación divina y terrenal de esta: "Por todas partes hacía proclamar Pizarro que venía en nombre del santo vicario de Dios y del soberano de España, exigiendo la obediencia de los habitantes para con amo y señor" (Prescott, 1972, p. 42 tomo II).

La famosa ruta de Pizarro hacia Cajamarca (1532), donde se hallaba el inca Atahualpa, es descrita por Prescott en tono exaltador, comparándola nuevamente a la épica caballeresca. Nos dice Guillermo Prescott:

> *(Pizarro) Poniéndose en seguida al frente de sus tropas, penetró audazmente en el corazón del país, en la dirección que lo había de conducir, según le habían dicho, al campamento del inca. Atrevida empresa era por cierto aventurarse así con un puñado de combatientes a penetrar en el corazón de un poderoso imperio, presentarse cara a cara ante el monarca peruano en su campamento mismo, rodeado por la flor de su ejército victorioso. Pizarro había experimentado ya más de una vez cuán difícil era contrarrestar las tribus salvajes del norte, tan inferiores en número y fuerza a las legiones disciplinadas del Perú. Pero lo peligroso del juego, lo imprevisto de los resultados, eran, como repetidas veces lo he observado, las circunstancias; que constituían la mayor parte de su mérito a los ojos del español.* ***Las brillantes hazañas de sus compatriotas en circunstancias análogas, con tan escasos medios, le inspiraban confianza en su buena estrella, y esta confianza era ya una***

> ***gran garantía de buen éxito***. *Si hubiera vacilado un solo instante; si se hubiera detenido a calcular las probabilidades, hubiera perdido su causa irremisiblemente; porque la desproporción era demasiado gigantesca para luchar con ella racionalmente. Lo único que la podía vencer era el* ***espíritu caballeresco*** (Prescott, 1972, p. 45 tomo II, énfasis añadido).

A pesar de sus críticas a la conquista española, tanto por sus causas y atrocidades, Prescott no esconde su admiración hacia las "hazañas" protagonizadas por los hispanos en su lucha contra los pueblos indígenas, superiores siempre numéricamente. De esta manera, el soldado español, aunque avaricioso y sanguinario por lo regular, no deja de ser admirable en su valor o temeridad, según Prescott, y por los historiadores que vieron en la Conquista un conjunto de hazañas memorables, opacadas solo por "excesos" o "crueldades innecesarias".

Prosiguiendo con la característica narrativa histórica novelada, señala Guillermo Prescott:

> *Que todos, decía el intrépido capitán, cobre ánimo y avancen como buenos soldados, sin arredrarse por lo escaso del número; porque en los grandes riesgos, siempre combate Dios con los suyos; y no dudéis que él humillará la soberbia del pagano y lo traerá al conocimiento de la verdadera fe, el gran objeto y fin de la conquista* (Prescott, 1972, p. 52 tomo II).

Nuevamente se alude a Hernán Cortés, pero esta vez para destacar una virtud o talento del capitán trujillano. Dice Guillermo Prescott:

> *Pizarro, como Cortés, tenía mucha de esa elocuencia franca y varonil que llega al corazón del soldado más que la retórica más culta y más que los discursos peinados. Él era soldado también, y experimentaba las mismas sensaciones que los demás; sus mismas esperanzas; sus alegrías y abatimiento. La educación y el rango no habían intervenido para evitar que simpatizase con el más ínfimo de sus compañeros. Todas las cuerdas de su corazón vibraban unísonas con las de sus soldados, y la conciencia*

de esta verdad le daba un absoluto poder sobre ellos (Prescott, 1972, p. 41 tomo II)[15].

El tono épico, heroico y novelesco también está en los cronistas españoles. Prescott no prescinde se ese tono, e incorpora a su relato de la conquista, fragmentos breves de las descripciones y exaltaciones de algunos cronistas, tales como Oviedo, Zárate, Xerez, Pedro Pizarro, entre otros. El historiador estadounidense retrata en tono romántico pasajes de la conquista, como los momentos previos al encuentro de Cajamarca, entre el inca y su ejército, con las huestes de Pizarro:

> *Sin embargo,* ***había un corazón en el seno de aquella pequeña hueste en que no lograban penetrar ni el abatimiento ni el temor. Este era el de Pizarro****, que, al revés, estaba lleno de satisfacción al ver que por fin habían llegado las cosas a la crisis que él había ansiado durante tanto tiempo. Vio la necesidad de dar pábulo a un sentimiento análogo en los suyos, sin lo cual todo se había perdido; y así, sin revelar sus planes, habló con sus soldados y les suplicó que no desmayasen en semejante circunstancia cuando ya se encontraban frente a frente con el enemigo que tan constantemente habían buscado. Rogóles que confiasen en su propio valor y en el auxilio de aquella Providencia que los había salvado en tantas pruebas terribles; en es Providencia que no los abandonaría ahora. Y si la ventaja del número, por grande que fuese, estaba en favor del enemigo, ¿Qué importaba si el brazo de Dios estaba en favor de los españoles?* ***El soldado español obraba a impulsos de la doble influencia del espíritu caballeresco y del entusiasmo religioso. Este último era el más eficaz en la hora del peligro****; y Pizarro, que entendía bien el carácter de la gente que tenía que manejar, presentando la empresa bajo el carácter de una cruzada, reanimó el fuego entre las cenizas del entusiasmo en los pechos de sus soldados y restableció en ellos su decaído ardor* (Prescott, 1972, p. 65 tomo II, énfasis añadido).

[15] Más adelante agrega Prescott: "En este atrevido proyecto del jefe español (Pizarro) era fácil ver que había querido imitar la brillante hazaña de Cortés cuando prendió al monarca azteca en su capital". *Historia de la Conquista del Perú*, pág. 67.

Pizarro, aquel "fanático caballero", veía la "providencia" en como finalmente el emperador Atahualpa decidía partir hacia el encuentro con los hispanos, tras algunas demoras o retrasos en la ruta hacia la plaza de Cajamarca. Pizarro poco antes, temía que el valor y constancia de sus hombres se trastoque en nerviosismo y temor, por la inacción y larga espera (Prescott, 1972, p. 73 tomo II).

El historiador decimonónico esta vez toma la voz del emperador Atahualpa, y ante la propuesta del padre Vicente Valverde de someterse al Dios cristiano, el emperador Carlos V, y la autoridad del papa, el inca responde en la versión de Guillermo Prescott:

> *No quiero ser tributario de ningún hombre, yo soy más que ningún príncipe de la tierra: vuestro emperador puede ser un gran príncipe de la tierra, no lo dudo, pues veo que ha enviado a sus vasallos desde tan lejos y cruzando los mares, y por lo mismo quiero tratarle como hermano. Respecto al papa de quien me habláis, debe chochear si trata de dar reinos que no le pertenecen: en cuanto a mi religión, no quiero cambiarla: vuestro dios, según decís, fue condenado a muerte por los mismos hombres a quienes había creado; pero el mío – añadió señalando a su deidad que entonces se hundía tras de las montañas – , vive aún en los cielos y desde allí vela sobre sus hijos* (Prescott, 1972, pp. 75-76 tomo II).

En el propósito de un relato vívido, como se aprecia, Prescott se permite insertar probables alocuciones entre los personajes de la trama. Sobre el cautiverio del inca Atahualpa en Cajamarca, comenta Guillermo Prescott:

> *Trató Pizarro con mucha consideración a su regio cautivo y procuró aligerar, ya que no podía disipar, la tristeza que a despecho de su aparente conformidad se advertía en el monarca. Aconsejóle que no se dejase abatir por los reveses, porque* ***la misma suerte que él habían tenido todos los príncipes que habían opuesto resistencia a los blancos****. Díjole que habían llegado a aquel país para proclamar el Evangelio, la religión de Jesucristo, y que* ***no era maravilla que venciesen, pues que el escudo de Dios les protegía, que el cielo había permitido que quedara***

> ***humillado el orgullo de Atahuallpa por haberse manifestado hostil a los españoles y por el ultraje que había hecho al sagrado libro****; pero que le suplicaba tuviese ánimo y que sólo hacían la guerra a los que se les oponían, y se mostraban clementes con los que se les sometían. Atahuallpa debió quedar convencido con este discurso de que la matanza de aquel día no probaba nada contra esta ponderada clemencia* (Prescott, 1972, p. 79 tomo II énfasis añadido).

Prescott presenta acá a Pizarro como hombre razonable, capaz de consideración al enemigo y de profunda fe. Por el contrario, Atahualpa será retratado en este punto como soberbio, iracundo, sanguinario y pagano[16]. Prescott aludirá nuevamente a la acción de la divina providencia en favor de los hispanos, no quedando claro si lo afirman sólo los conquistadores, o también lo cree el mismo historiador.

Sobre el tratamiento a los prisioneros indígenas y la conducta del líder hispano, refiere Guillermo Prescott:

> ***El número de los prisioneros indios era tan grande, que algunos de los conquistadores fueron de opinión que se les debía matar a todos, o por lo menos cortarles las manos****, así para evitar que se entregasen a actos de violencia, como para infundir terror en los demás de su nación. Esta proposición provino sin duda de la soldadesca más baja y feroz, pero el haberse hecho muestra qué clase de elementos entraban en la composición de las tropas de Pizarro.* ***El jefe la desechó desde luego por no menos impolítica que cruel y envió a los indios a sus respectivos hogares, asegurándoles que a ninguno se haría daño mientras no hiciesen resistencia a los blancos.*** *Quedáronse sin embargo los conquistadores con suficiente número de ellos para su servicio, y en este punto se proveyeron con tal abundancia, que el soldado más inferior tenía tantos criados como*

[16] Sobre el asesinato de Huáscar por orden de su hermano Atahualpa, quien se hallaba prisionero en Cajamarca, comenta Prescott: "Este crimen, que el parentesco inmediato entre su autor y la víctima pinta a nuestros ojos con más negros colores, no era tan enorme entre los Incas, en cuyas múltiples familias los lazos de fraternidad debían ser muy débiles para contener el brazo de un déspota deseosos de remover toda clase de obstáculos". *Historia de la conquista del Perú*, II tomo, pág. 85.

hubiera podido tener el noble más rico y gastador (Prescott, 1972, pp. 80-81 tomo II, énfasis añadido).

Prescott introduce una crítica a la soldadesca española (crueldad, violencia innecesaria), pero distingue a Pizarro, quien reflejaría una actitud más benevolente, auténticamente cristiana y de cierta sabiduría política.

Finalmente, la muerte o ejecución del inca Atahualpa en 1533, es descrita por Prescott como un episodio complejo, donde se mezcla el contexto de sospechas sobre posibles ataques del ejército inca, y la disputa entre personajes como Almagro (y sus "secuaces"), quienes deseaban abandonar Cajamarca y penetrar en el país para acceder a las riquezas que no obtuvieron en el reparto por la captura del inca, ya que no tuvieron participación directa. Pizarro habría dudado mucho, sobre el destino de su valioso prisionero, y finalmente fue sobrepasado por la presión de los otros, al juzgar de Prescott.

Atahualpa a pesar de una conducta amistosa y benévola, fue pagado con "prisión, despojo y muerte"; sentencia así Guillermo Prescott:

> ***El tratamiento que recibió Atahuallpa desde el principio hasta el fin, forma, en efecto, una de las más negras páginas en la historia de las colonias españolas.*** *Pueden haberse cometido homicidios en más extensa escala; puede haber habido ejecuciones con circunstancias de más refinada crueldad; pero* ***los sangrientos anales de la conquista no presentan un ejemplo semejante de fría y sistemática persecución, dirigida no contra un enemigo, sino contra un hombre que constantemente se había manifestado amigo y bienhechor****. Desde el momento en que Pizarro y sus soldados habían entrado en la esfera de la influencia de Atahuallpa, habíanles tendido los indios una mano amistosa. Sin embargo, su primer acto al cruzar las montañas, fue apoderarse del monarca y matar a sus vasallos.* ***La captura del Inca podría encontrar justificación de que era indispensable para asegurar el triunfo de la cruz; pero no puede disculparse del mismo modo la matanza, tan***

innecesaria como inicua, de la desdichada e inerme población (Prescott, 1972, p. 117 tomo II, énfasis añadido).

Prescott juzga que, desde el principio hasta el fin, la política de los conquistadores hacia el real prisionero, llevó "el sello de la barbarie y del fraude". Sobre Pizarro considera finalmente que: "No es fácil descargar a Pizarro de cierto grado de responsabilidad en esta política. Sus partidarios han procurado demostrar que le obligó a usarla la necesidad del caso, y que especialmente en la muerte del Inca accedió con repugnancia a las importunidades y exigencias de sus secuaces (Prescott, 1972, p. 118 tomo II). El historiador estadounidense señala que "la persecución de Atahuallpa es considera, con justicia, como una mancha indeleble sobre las armas españolas en el Nuevo Mundo" (Prescott, 1972, p. 120 tomo II).

El cuadro final que ofrece Prescott sobre Pizarro es el de un hombre "atrevido en la acción y firme en su propósito" (Prescott, 1972, p. 30 tomo III). Un hombre difícil de disuadir, y que solía meditar mucho antes de tomar una decisión definitiva. Un hombre acostumbrado a contestar "no" a los que iban a pedirle un favor, pero que luego de reflexionar detenidamente, concedía lo que creía deber conceder. El ánimo inflexible de Pizarro se observó en varios momentos, destacando los hechos de la isla del Gallo. Sin embargo, el balance final sobre la figura del conquistador del imperio incaico es negativo, a pesar del reconocimiento de su carácter firme, osadía, perseverancia y otras cualidades. Prescott coloca a Pizarro debajo de Cortés en talento militar y capacidad política. Su éxito se debió más a la fortuna que a estrategia político-militar, según el historiador de Boston:

Cuando Pizarro desembarcó en el país, le encontró dividido por una lucha en que se disputaba la corona. Parecía que estaba en su interés excitar un partido contra el otro, declarándose después en favor del que más le conviniera. En vez de esto recurrió a un acto audaz de violencia que confundió a los dos paridos. Su carrera posterior no presenta muestra alguna de la profundidad política que desplegó Cortés cuando reunió bajo su bandera naciones desunidas entre sí y las dirigió contra el enemigo común. Todavía tuvo menos oportunidad de desplegar la táctica y admirable estrategia de su rival. Cortés sujeto sus operaciones militares a

> *los principios que sirven de norma a un gran capitán que manda una poderosa hueste.* ***Pizarro aparece solamente como un aventurero, un caballero andante afortunado****. De un solo golpe destruyó el encanto que por tanto tiempo había conservado el país bajo el dominio de los Incas. Quedó el encanto destruido y la aérea fábrica del imperio, construida sobre la superstición de muchos siglos, se desvaneció al contacto de la realidad. Pero esto último fue* ***una fortuna, más bien que el resultado de un cálculo político*** (Prescott, 1972, p. 32 tomo III, énfasis añadido).

El historiador estadounidense, cuya admiración romántica hacia Cortés es evidente, tiene sobre Pizarro una posición ambivalente, pero al final de su relato sobre la trayectoria del conquistador del Perú, no duda en juzgarlo como desleal, traidor o infame. Afirma Prescott:

> ***Pizarro era eminentemente pérfido****, y nada más opuesto a la sana política… Con la pérfida conducta que observó con Almagro, se enajenó Pizarro los ánimos de los españoles. Con el pérfido tratamiento que dio a Atahuallpa y después al Inca Manco, disgustó a los peruanos. El nombre de Pizarro llegó a ser sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil; Manco con una insurrección que estuvo a pique a costar a Pizarro su poder. La guerra civil terminó en una conspiración que le costó la vida. Tales fueron los frutos de su política.* ***Pizarro puede ser considerado como un hombre astuto, pero no como hombre político****, según se han complacido muchas veces en pintarle sus compatriotas* (Prescott, 1972, p. 32 tomo III énfasis añadido).

Prescott, alude nuevamente a la avaricia del conquistador, y señala su inevitable solidaridad con las víctimas de los crímenes hispánicos. Escribe Guillermo Prescott:

> ***Pero lo que principalmente movió a Pizarro y sus secuaces en la conquista fue la sed de oro. Este era el verdadero estímulo de su trabajo, el premio de la perfidia y el más precioso galardón de sus victorias****. Esto dio un* ***carácter bajo y mercenario a la empresa****; y cuando comparamos la feroz codicia de los conquistadores con las apacibles e inofensivas maneras de los vencidos,* ***nuestra simpatía, y aun la simpatía de los***

> ***españoles, está necesariamente del lado del indio*** (Prescott, 1972, p. 34 tomo III énfasis añadido).

Prescott como otros historiadores venideros, no puede evitar apreciaciones contradictorias en su examen sobre la figura de Francisco Pizarro. Por ejemplo, sobre su crueldad durante la conquista y la posterior represión hacia el bando de Manco Inca, líder de la resistencia incaica, nos señala:

> ***Pizarro, en su carrera, aunque nada le detenía para llevar a cabo sus proyectos, no se había entregado a aquellos actos superfluos de crueldad*** *que tantas veces mancharon las armas de sus compatriotas en otros puntos del continente, y que en pocos años exterminaron casi toda una población en Hispaniola. Había dado un gran golpe con la captura de Atahuallpa y parecía contar con él para inspirar terror a los indios, no creyendo necesarios otros nuevos* (Prescott, 1972, p. 169 tomo II, énfasis añadido).

Sin embargo, el historiador norteamericano no puede dejar de referir la atroz venganza de Pizarro contra Manco inca, a través del sacrificio sangriento de una de sus esposas (Azarpay), cuyo nombre es silenciado inexplicablemente por Guillermo Prescott:

> *Entre los prisioneros indios se hallaba una de las mujeres del inca, joven y hermosa, a quien se decía que aquel monarca amaba mucho. El gobernador mandó que se la desnudasen y se la atase a un árbol, y después en presencia de sus tropas, la hizo azotar con varas y asaetear hasta que murió. La desgraciada víctima sufrió la ejecución de la sentencia con sorprendente fortaleza. No quiso pedir merced a quien sabía que no había de concedérsela, y ni una queja y apenas un gemido se le escapó durante sus terribles tormentos.* ***Los duros conquistadores quedaron asombrados al ver tanta resistencia en una mujer delicada, y manifestaron su admiración, al paso que condenaron la crueldad de su jefe, en lo íntimo de sus corazones.*** *Sin embargo, la constancia en medio de los tormentos más atroces que la crueldad humana puede imponer, es*

> *el rasgo característico de casi todas las razas de América* (Prescott, 1972, p. 236 tomo II, énfasis añadido).

En la obra de Prescott, historia y literatura se complementan, cultiva la historia romántica. El historiador norteamericano recoge la historia medieval y renacentista de España, y reconoce su gran valor como testimonio de fuerza, ánimo frente a la adversidad, aventura y afán de progreso, sentido religioso y tragedia también. El relato es dinámico, priorizando lo descriptivo, y ubicando a los personajes dentro de la estructura de relato de viaje, tragedia, drama o epopeya. Los conquistadores como Cortés y Pizarro se convierten en héroes del relato, protagonistas de las hazañas, portadores de la virtud y mezquindad, hombres que alcanzan la gloria y sufren un desenlace finalmente trágico (el asesinato de Pizarro, por ejemplo). Prescott siguiendo la propuesta de una historia novelada, permite un conocimiento más profundo de los hechos de la conquista y la historia española:

> *Para los norteamericanos de aquella época, lo hispánico se asociaba con el fanatismo religioso de la Inquisición, con la crueldad desmedida de la 'leyenda negra', con el fastuo de la liturgia católica. Pero al principio del siglo XIX, por medio de las obras de Washington Irving y William Hickling Prescott, surge en Estados Unidos una comprensión más profunda de lo hispánico* (Rodríguez, 2005, p. 235).

Pero el discurso histórico de Prescott no puede escapar de la imagen *civilización-barbarie*. Pizarro encarna al guerrero cristiano, mientras el inca es el déspota oriental. Y en última instancia, para Prescott, aunque España no expresa lo mejor de la civilización occidental[17] (como el progreso anglosajón y el espíritu protestante), la civilización que porta es superior al estado de *semi-barbarie* y despotismo que encarnan los incas.

[17] El historiador norteamericano Richad Kagan, ha denominado "Paradigma Prescott" a la idea de una España como antítesis de Estados Unidos. Mientras España arrastraba el legado del fanatismo católico, expresado en la inquisición, y la herencia del absolutismo monárquico del siglo XVI, EE.UU. representaba la libertad (política, económica, de pensamiento), y el progreso propio de las naciones protestantes. *El paradigma Prescott: la historiografía norteamericana y la decadencia de España* (1998).

Cortés y Pizarro encarnan a España, la civilización y el cristianismo. Aunque Prescott reconoce los avances culturales de aztecas e incas, estos no superan el estatus de "semi-civilización". La superioridad hispana es de *nación y raza*, según se desprende de la obra de Prescott. Las civilizaciones americanas son de tipo "asiáticas" u orientales, e inferiores al occidente europeo. La historiografía americana tendrá que matizar algunas ideas de Prescott, como su anti-catolicismo y críticas desde su liberalismo político, pero recogerá varias ideas que finalmente destacan el legado civilizatorio de España en sus antiguas colonias. Cortés y Pizarro son reivindicados, como figuras históricas y fundadores de la alta civilización en América (México y Perú). Sin embargo, es Cortés quien encarna el arquetipo o ideal del conquistador para Prescott. El historiador norteamericano, juzga la labor de Cortés en México como civilizadora antes que destructora. Mientras en Pizarro los mezquinos intereses materiales, son más firmes que cualquier propósito civilizador. Parece que Prescott se deja contaminar por la temprana propaganda anti-pizarrista, difundida por cronistas como López de Gómara y otros hagiógrafos de Cortés.

La historiografía peruana de los siglos XIX y XX, es deudora de la obra pionera de Guillermo Prescott. La representación de la Conquista como conjunto de hazañas, y Pizarro como guerrero civilizador, tuvo continuidad en la historiografía conservadora o pro-hispánica. La obra notable de Prescott no fue soslayada por la historiografía crítica-indigenista, que reconoció su valioso aporte para la reconstrucción de los hechos de la caída del imperio incaico, y suscribe las críticas a España y los conquistadores, introducidas por el historiador norteamericano en su relato.

El denominado "Paradigma Prescott" al igual que la Leyenda Negra, tienen vigencia entre cierta historiografía militante anti-hispanista. Pero Prescott a su vez, no encarna a la literatura contraria al legado histórico del mundo hispánico. La posición de Prescott es moderada frente a los libros surgidos del nacionalismo cobrizo o indigenista en el siglo XX. Historiadores como Sebastián Lorente y Ricardo Cappa, basarán sus relatos de la conquista, en los textos dejados por Prescott sobre este periodo. Aunque toman distancia del paradigma Prescott, asumen varias posiciones suyas como el discurso de Civilización y Barbarie, el cual a su vez permite justificar la conquista. Lorente desde una postura liberal o moderada, y Cappa desde una visión reaccionaria y ultraconservadora.

1.1.2 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Sebastián Lorente.

A mediados del siglo XIX, la representación de la historia peruana sigue siendo parcelada, segmentada o discontinua, y el discurso anti-hispánico de los días de la Independencia, todavía tiene cierto eco. El periodo colonial era visto por muchos como una época de dominación cruel, y de pre-modernidad. El proyecto de Estado-nación peruano, requería una narrativa histórica unificadora y progresista. En el contexto del auge guanero, y la modernización de los programas educativos, surge la obra del historiador Sebastián Lorente, quien funda la "moderna narrativa genealógica de la civilización peruana" (Thurner, 2012, p. 267), la cual parte de una grandiosa civilización antigua (los incas), cuyo espíritu comunal es la base del "alma nacional" consolidada bajo el dominio colonial, y liberada por la revolución republicana. En la obra de Lorente, la conquista española aparecerá como una conquista espiritual y civilizatoria, que acrecenta los notables avances culturales de las sociedades originarias. Aunque cruel, ambiciosa e injusta, la etapa de la conquista supone también la asimilación de los pueblos a un nuevo y superior orden civilizatorio; la adquisición de bienes espirituales (fe católica) y materiales (desarrollos tecnológicos). Lorente estructura un relato nacional único, donde lo pre-hispánico no es cancelado o excluido, sino incorporado a un proceso evolutivo o devenir histórico, que nos lleva al Perú moderno o contemporáneo con los rasgos compartidos que nos hacen una nación. Lorente inaugura la "historia del Perú" o historia nacional, cuyos contornos se mantienen hasta hoy, y que la historiografía conservadora o crítica, no ha modificado sustancialmente. Se podría hablar así de un "paradigma Lorente", que influirá directa o indirectamente en la obra de historiadores decisivos del siglo XX: Carlos Wiesse, Riva Agüero, Porras Barrenechea y José Antonio del Busto. Este paradigma se caracterizaría principalmente por alentar una historiografía nacional-patriótica, crítica frente a los "excesos de la conquista", pero unificadora de lo indígena y blanco bajo el discurso u horizonte de la "nación mestiza" peruana. Aunque insuficientemente

reconocido, Lorente elabora una obra historiográfica fundacional para el Perú republicano.

Sebastián Lorente (1813-1884), fue un destacado intelectual (maestro, historiador, político) nacido en España, pero radicado en el Perú desde mediados del siglo XIX. Se convirtió en esos años en uno de los principales representantes del pensamiento liberal en el país. Dirigió el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe (1844-1849), y posteriormente fue decano de la Facultad de Letras de la universidad San Marcos (1868-1884). Su labor coincide con una etapa de modernización educativa, en el contexto de la llamada Era del Guano.

Lorente desarrolló una considerable obra, la cual abarcó temas de historia, filosofía, geografía, e incluso higiene. Entre sus libros sobresalen los dedicados a la historia del Perú. Así tenemos títulos como: *Pensamientos sobre el Perú* (1855), *Historia antigua del Perú* (1860), *Historia de la Conquista del Perú* (1861), *Historia del Perú bajo la dinastía austríaca: 1542-1598* (1863), *Relaciones de los virreyes y audiencias que han gobernado el Perú* (1867). *Historia del Perú bajo los Borbones, 1700-1821* (1871), *Historia del Perú desde la proclamación de la Independencia 1821-1827* (1876), *Historia del Perú compendiada para uso de los colegios y de las personas ilustradas* (1876) e *Historia de la civilización peruana* (1879).

Sebastián Lorente es considerado el iniciador de la divulgación de la historia del Perú (Oliart y Portocarrero 1989; Thurner 2005), y se caracterizó por imprimir a sus textos un carácter de síntesis, magistralmente redactadas. El legado de Lorente es considerable en la elaboración de la narrativa histórica nacional. El historiador norteamericano Mark Thurner, ha destacado los méritos de la obra de Lorente, y su significado para la historiografía peruana:

> *... sin embargo, lo importante de la obra de Lorente no está en la mera productividad y difusión. Lorente es para la historia peruana lo que San Martín y Bolívar para la política peruana. Fue el primero y más consecuente en gestionar una historia total del Perú que no fuera "dinástica" sino, más bien, de la "evolución" de la "civilización" de un pueblo y que se llamara "peruana". Al escribir una "historia filosófica y*

> *crítica" de la "civilización peruana" que "contemplaba el desarrollo nacional" en su más sublime "armonía entre todos los elementos civilizadores", desde lo más primitivo hasta lo más contemporáneo, Lorente trazó las líneas fundamentales del discurso histórico peruano… Inicia el discurso histórico genealógico integral y total del Perú, hoy en día identificado con Jorge Basadre, como continuidad dinámica de un gran "espíritu nacional" con "destino histórico* (Thurner, 2005, p. 30).[18]

Thurner ubica así a la obra de Lorente como uno de los *escritos fundacionales* de la historia peruana. Lorente al igual que el historiador francés Jules Michelet, establece una concepción de la historia de un pueblo como un todo unitario, que parte de momento original hacia un destino común, constituyendo su propia "alma nacional" (Thurner, 2005, p. 30).

Son importantes también las consideraciones de Lorente sobre los vacíos y desafíos de la elaboración de una historia peruana integral, que finalmente él realizará. Señala Sebastián Lorente:

> *… la historia del Perú ofrece muy serias dificultades; porque todavía no se ha publicado ningún trabajo completo y porque el descubrimiento de la verdad y la apreciación de los hechos encuentran obstáculos, no sólo en la oscuridad del pasado, sino también en las pasiones del presente. Un historiador concienzudo y que aspira a ser verdaderamente útil, necesita reflexionar mucho para no adoptar ciegamente errores acreditados por la tradición y por escritores poco severos, para no dar por cosa averiguada las simples conjeturas acerca de una antigüedad misteriosa y para no juzgar de la actualidad ligeramente, cuando todavía los hechos no están consumados o el interés no permite apreciarlos con la debida imparcialidad* (Lorente 1876, citado por Thurner 2005, p. 80).

[18] En su estudio introductorio a la obra de Sebastián Lorente, afirma también el historiador Mark Thurner: "La visión histórica del indio y de la civilización peruana elaborada por Lorente anticipó plenamente no sólo los argumentos o narrativas indigenistas (Castro Pozo, Valcárcel, hasta cierto punto Mariátegui también) sino igualmente los historicistas o "peruanistas" totalizadores (Belaúnde, Porras, Basadre) del siglo XX. Por eso, resulta clave la relectura critica de su obra, pues nos presenta una visión genealógica y filosófica que representa la más lograda articulación fundacional de un discurso histórico nacional que se ha vuelto inconsciente por su condición de ser ampliamente compartido, vale decir, por constituirse en "sentido común" o prefiguraciones epistemológicas de las explicaciones históricas actuales que se ofrecen acerca de la "realidad nacional peruana". Sebastián Lorente. *Escritos fundacionales de historia peruana*, 2005, pág. 70.

Sobre Sebastián Lorente, influyen diversas corrientes: ilustración, liberalismo, romanticismo, positivismo (idea de progreso)[19], pero principalmente la doctrina católica, como se evidencia en sus textos. Sin embargo, aunque Lorente es un representante del liberalismo político en el Perú, también encarna un *liberalismo-conservador*, con una visión paternalista sobre el indio, y que cifra el progreso del Perú en la nación mestiza (proyecto desindigenizante).

Lorente realiza una historia patriótica y nacionalista, ni *cusqueñocentrista*, ni *limeñocentrista,* como caracterizó a los relatos históricos propuestos entre los siglos XVI y XVIII[20]. Inicia un nuevo paradigma en la historiografía peruana, caracterizada por ser una visión abarcadora e inclusiva (periodos, territorios), y conciliadora (grupos sociales y étnicos), un "paradigma integrador" (Quiroz, 2012, p. 296). El propósito de Lorente no es tanto fundar una escuela historiográfica, sino consolidar una *conciencia nacional*. Para Lorente la historia patria es la más importante después de la historia sagrada. En ese sentido, tratará de armonizar lo indio y lo español, presentándolos como complementarios y no antagónicos (Oliart y Portocarrero, 1989, p. 30).

> *Tiene muy presente que escribe para ordenar y vivificar la memoria colectiva de la juventud. Es consciente de que en el país existe un abismo social, pero, imbuido de la ideología del progreso, cree que el "avance de las luces" y de la industria lo cerrará, de forma que se produzca la "fusión nacional, que es para el Perú la gran condición de estabilidad y grandeza" (Lorente, 1869). Esta es una forma de negar los hechos en función de las buenas intenciones; de no ver las realidades, sino solo las promesas* (Oliart y Portocarrero, 1989, p. 30).

[19] Sobre el positivismo, Joseh Dager explica que este tuvo una influencia que debe analizarse con cuidado, por ejemplo, en el hecho de que en el Perú, los autores positivistas no cuestionaron la religión. Según Dager: "el positivismo… no desarrolló todas sus implicancias en la historiografía peruana del momento. Los historiadores peruanos del siglo XIX, si bien se fascinaron con las teorías de Spencer, no trataron de encontrar las leyes por las que se regiría la historia, por lo que, creemos, deben asociarse con la historia narrativa y romántica, la cual devino en lo que se ha denominado como escuela metódica". El trabajo de Lorente sobre la civilización incaica, exhibe la influencia del positivismo spenceriano, tal como la noción evolucionista. De este modo, la historia como devenir, obedece a un orden establecido y constante (causas y efectos). La humanidad estaría regida por "leyes físicas y morales", según Lorente. "Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX", Lima, 2009, pp. 162-167.

[20] El historiador Francisco Quiroz, propone cuatro paradigmas en la construcción de la narrativa histórica peruana, desarrollados entre el periodo colonial-republicano, y relacionados con la idea de patria y nación peruanos: el paradigma incaísta-encomendero/cusqueñocentrista, el paradigma criollo hispanista/limeñocentrista, el paradigma integrador, y el paradigma criollo republicano. "De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano" Lima, 2012.

El relato histórico que propone Lorente en sus libros, busca ser contínuo o fluido, y accesible para el mayor público. La información que presenta es abundante y su estilo narrativo admirable; pero como historiador prescinde de notas y referencias a documentos históricos en que apoya sus descripciones y explicaciones. Lo que ha llevado a algunos historiadores (Toribio Polo, Barros Arana, Riva Agüero), a criticar el rigor de su obra. Riva Agüero, por ejemplo, en su tesis doctoral *La Historia en el Perú* (1910), caracteriza a Lorente como "vulgarizador", concediéndole apenas un par de páginas, en un libro que tuvo más de quinientas. Para Riva Agüero, Lorente no merecía ser calificado como pensador, sino como modesto expositor. No sería un investigador, sino un narrador agradable, pero superficial en última instancia.[21]

Mark Thurner en su estudio introductorio a la obra de Sebastián Lorente (2005), ha cuestionado esta postura radical de Riva Agüero. Señala el historiador norteamericano:

> *Es notable que los "prolijos y pesados" historiadores que son para Riva Agüero "antítesis perfecta" del Lorente "agradable pero superficial" merecen capítulos enteros de detenido estudio a pesar de que, como ya hemos aclarado, ni Mendiburu ni Paz Soldán escribieron Historia en el sentido contemporáneo de la palabra. Resulta que a Riva Agüero le interesaban sus escritos por la utilidad de sus datos, es decir, por su "contribución" erudita. Así Mendiburu y Paz Soldán son incluidos en el "museo erudito" de "La Historia del Perú" mientras que Lorente queda fuera* (Thurner, 2005, p. 65).[22]

[21] Riva Agüero se refiere a Lorente y su obra en los siguientes términos: "Sus libros históricos (…) resúmenes vivos y amenos de las noticias ya adquiridas, sin comprobaciones ni referencias de ninguna clase, prescindentes de todo lo relativo a instituciones, cultura y movimiento literario, concretados a lo puramente político y en ello mismo no libres de graves deficiencias y equivocaciones, se leen sin embargo con agrado por el aseo y fluidez del relato, a pesar de que con frecuencia lo malean declaraciones triviales, adornos de barata literatura y flores de anticuado gusto". Riva Agüero, Obras completas, *La Historia en el Perú*, tomo IV, [1910] 1965, pp. 539-40.

[22] Según Mark Thurner, existiría una razón distinta para explicar la apreciación negativa de Riva Agüero sobre Lorente: "Sugerimos que hay una razón más profunda y hasta inconsciente para la exclusión de Lorente de la tesis de Riva Agüero. Yace en el hecho "gramatical" o "funcional-estructural" de que el propio discurso histórico de Riva Agüero se aproxima demasiado al del "Vulgarizador". No hay, por ejemplo, ninguna diferencia apreciable entre el método "crítico" de Riva Agüero y el de Lorente. Ambos emplean las "pruebas" simples de la "comparación" libre, entonces llamada "historia crítica", secundadas por una amplia dosis de "sentido común". Este hecho no tiene por qué sorprendernos: el maestro de Riva Agüero era Carlos Wiesse, quien se basaba en el método y en los textos de Lorente. La unión sagrada y fundacional entre patriotismo e historia queda manifiesta en la integridad de las obras de ambos historiadores, aunque desde ideologías distintas. La narrativa maestra de la historia peruana en ambos es la del "gran Perú" y esta tiene raíces en la historiografía colonial". Sebastián Lorente. *Escritos fundacionales de historia peruana*, 2005, pág. 65

Una visión teleológica o lineal de la historia peruana, está presente en el ambicioso proyecto de Lorente (historia síntesis o integral). De esta manera se aprecia una visión evolutiva que parte desde los orígenes o pasado remoto (época de los pueblos bárbaros y salvajes), a la organización curacal, el surgimiento del imperio Inca, el periodo de la Conquista-Virreinato, hasta el advenimiento de la Independencia y República. Aunque Lorente reconoce dificultades en el proceso histórico nacional, la visión positiva o de progreso de la historia del Perú le resulta evidente. Dice Sebastián Lorente:

> *La época de los Curacas, que ofrece la civilización más antigua del Perú, no puede trazarse sino a grandes rasgos: todo es en ella igualmente incierto, fechas, lugares y personajes. La época de los Incas presenta sucesos muy brillantes, instituciones bien determinadas, un término fijo y ciertos personajes prominentes; pero la mayor parte de los sucesos están envueltos en fábulas. La época de la Conquista es una violenta y rápida transición del Imperio de los Incas al régimen colonial; pero abunda en interés dramático y fue de suma trascendencia social. La época de los virreyes, que ha durado cerca de tres siglos, aunque poco variada en su marcha y lenta en sus movimientos, no deja de presentar lecciones muy importantes, tanto para comprender el presente, como para influir en el porvenir. La brevísima época de la Emancipación palpitante de actualidad es muy rica en hechos y se presta a reflexiones transcendentales. La época de la República en que estamos recién entrados, puede estudiarse con mucho provecho en sus numerosas vicisitudes políticas y en los grandes progresos que no obstante los mayores obstáculos ha realizado ya el Perú independiente* (Lorente, 2005 [1876], p. 81).

El historiador de origen español cultiva la *historia crítica* o filosófica, ilustrada y decimonónica. Los orígenes nacionales se confunden entre la evidencia histórica y el mito, en su examen histórico. La modernidad en el Perú, sigue arrastrando elementos arcaicos y primitivos, como los pueblos de la selva. Pero finalmente estos elementos resultan asimilables dentro de la gran corriente del progreso lineal, según Sebastián Lorente:

> *El Perú ofrece una cultura muy antigua, muy variada, a la vez misteriosa, brillante y frágil. Si todavía yacen envueltos en feroz rudeza los chunchos, que vagan entre los espesos bosques de la montaña, desde siglos remotos aparecen en la sierra y en la costa seguros indicios de una civilización dulce y progresiva. El Perú ha presentado todas las formas de gobierno: comunidades, confederaciones, señoríos, el más vasto imperio, un extensísimo virreinato sujeto al extranjero y una república independiente. La más grosera idolatría se ha unido a nociones elevadas sobre el creador del universo. La barbarie ha tocado de cerca a una civilización refinada* (Lorente 2005 [1876], p. 79).

La historia peruana está marcada por obstáculos y dificultades que harían desconfiar de su porvenir. Pero el progreso histórico, a pesar de ello resulta posible, a condición de cultivar la libertad y confiar en la providencia. Liberalismo y espiritualismo no se excluyen en las consideraciones de Sebastián Lorente:

> *... en las situaciones más esplendentes y envidiables han ocurrido catástrofes impensadas, trastornos violentísimos e invasiones destructoras que harían desconfiar del porvenir del Perú; si su grandeza pasada, sus elementos actuales y sus condiciones indestructibles de progreso no le aseguraran días más y más prósperos; siempre que sepa sentir todo el valor de la libertad y marche según las miras de la Providencia* (Lorente, 2005, [1876], p. 79).

Francisco Quiroz ha explicado que Lorente como racionalista y creyente, resulta ambiguo en sus bases filosóficas (2012, p. 300). Para el Lorente de la etapa final de su producción, la evolución de la humanidad está sujeta a las leyes físicas y morales por la doble acción de la providencia y la libertad humana. De tal manera que "para Lorente la providencia divina rige la naturaleza mientras que la sociedad está sujeta a la voluntad humana. Por ello, a diferencia de los providencialismos historiográficos anteriores, para él Dios no toma parte en los acontecimientos históricos" (Quiroz, 2012, p. 300). Por otro lado, para Quiroz, Lorente privilegia la reflexión en torno al acontecimiento histórico que a su descripción. Lorente, aunque considera que los hechos deben hablar por sí mismos, reconoce la importancia de sugerir al lector

reflexiones. En tal sentido "la obra de Lorente es tan tributaria del empirismo como del romanticismo nacionalista" (Quiroz, 2009, p. 301).

La visión de los Incas, en Lorente será próxima a la de Prescott: un pueblo de características orientales y de rasgos despóticos. Sin embargo, reconoce el admirable desarrollo del imperio inca, superior a muchos pueblos del mundo y capaces de generar un bienestar social-material muy por encima a la Europa feudal. Mark Thurner señala que la interpretación de la civilización incaica de Lorente es menos condenatoria y orientalista que la de Prescott (Thurner, 2012, p. 265). La influencia de Garcilaso fue mayor en Lorente (Prescott fue un severo crítico del cronista mestizo), autor que se propuso elaborar un relato sobre los orígenes de la nación peruana, colocando al centro al gran pueblo incaico. Sin embargo, para Lorente los peruanos no eran bárbaros al aparecer Manco Cápac (figura civilizadora en Garcilaso). De hecho, Lorente prefiere denominar civilización del Perú bajo los incas al imperio del Tahuantinsuyo, como apunta Quiroz (2009, p. 299).

Lorente describe a los incas bajo la imagen de un socialismo bienhechor, cuya virtud era asimilar y civilizar a los pueblos bárbaros que lo rodeaban, pero que finalmente resultaba un Estado efímero por la ausencia de libertades y la concentración del poder en una sola cabeza. Señala Sebastián Lorente:

> ***Los Incas realizaron el socialismo en la escala más vasta, en toda la pureza posible*** *y con tanta constancia como si durante doce reinados no hubiese gobernado sino un solo soberano. Llamándose hijos del Sol marcharon a la conquista del mundo para imponerle su culto y doblegar la sociedad a sus órdenes. Su voluntad sojuzgaba las almas; todos los bienes y todas las vidas como toda actividad pendían de sus palabras; así hicieron de un vastísimo imperio una sola familia sin ociosos, ni mendigos, y un convento reglamentado en todos los instantes y en todas las prácticas de la vida. Su civilización, muy superior a la de los bárbaros entre quienes se desarrollaba, tenía una fuerza inmensa para difundirse; pero no podía durar, porque contrariando los más poderosos sentimientos de libertad, propiedad y familia debía debilitarse y corromperse a medida que se extendiera, y de continuo estuvo expuesta a una destrucción súbita,*

> *porque la jerarquía social dejaba el destino de todos pendiente de una sola cabeza* (Lorente, 2005 [1876], p. 96 énfasis añadido).

La organización socialista de los incas, capaz de desterrar el hambre del territorio, y desarrollar solidos principios morales como el *ama sua, ama llulla, ama quella*, según Lorente; sin embargo, era poseedor de costumbres criticables y un carácter que los convertía en un pueblo indolente e incapaz frente a algunos escenarios, como fue la conquista:

> *... apego a la rutina y a las formas, la sumisión absoluta, el espíritu de corporación, la escasa caridad para con los individuos, la falta de aspiraciones, la dulzura de costumbres, la ausencia de crímenes, la debilidad de carácter, la poca elevación de sentimientos y la afición a los placeres sensuales… el estado habitual de los indios era la melancolía, mezclándose el llanto a los cánticos, al baile y aun a la bebida* (Lorente, 2005 [1876], pp. 103-104).

El liberalismo de Lorente lo llevó a criticar el socialismo de los incas, por el excesivo control estatal, y la limitación de la libertad y creatividad individual. Ello sería la causa del fin o caída del imperio. En ese sentido, "Lorente se adelantó cincuenta años a las tesis sostenidas por Louis Baudin en *El imperio socialista de los incas*, libro escrito en 1928 no tanto para reconstruir la organización política incaica cuanto para censurar fuertemente al socialismo como un sistema opresor" (Dager, 2009, p. 131).

La *Historia de la conquista del Perú* (1861) de Sebastián Lorente le debe mucho a la obra de Guillermo Prescott (Dager, 2009, p. 144), al igual que su texto *Historia del Perú compendiada para uso de los colegios y de las personas ilustradas* (1876). En su historia de la conquista, Lorente al igual que Prescott, considera que la conquista hispana, aunque feudal y fanática, fue un paso adelante al liberar a los indios del despotismo incaico. Lorente alaba a los conquistadores, pero no hace lo mismo con los conquistados, salvo el caso de Cahuide y parcialmente al general atahualpista Calcuchímac. Señala Francisco Quiroz:

> *El elogio a la conquista y a los conquistadores exime de responsabilidad tanto a la Corona como a los conquistadores en su conjunto por los excesos cometidos. La conquista está llena de "terribles estragos", pero*

> *Lorente los matiza al hacer aparecer como víctimas tanto a los indios como a los españoles. La conquista produce destrucción de caminos, acueductos, palacios, templos y ciudades, despoblamiento de provincias (sobre todo en la costa), muertes en los campos de batalla y en las minas bajo tareas insoportables, vicios, pero también "los mismos opresores perecen en el espantoso desenfreno de la codicia, la ambición y otras malas pasiones, siguiendo de cerca de las víctimas los despiadados verdugos (Lorente, 1866). De todas maneras, la imagen que proyecta de los conquistadores es positiva* (Quiroz, 2012, p. 319).

En la *Historia de la Conquista del Perú* (1861), Sebastián Lorente, nos presenta la conquista en clave de gesta heroica, llena de ambiciones materiales y espirituales (riquezas, aventura, propagación de la fe). Desde su liberalismo católico, describe el ánimo evangelizador y civilizador de los hispanos del siglo XVI. Sin embargo, Lorente declara que "La caída de los Incas oprime el corazón y turba la cabeza" (1861, p. 500), y que afligieron cuatro azotes terribles sobre el país: la violenta caída de instituciones seculares, la conquista, la servidumbre de raza y la sujeción colonial. Pese a ello, "Los españoles trajeron al Perú las creencias vivas que crean las naciones y las conservan, las cualidades heroicas del carácter que las elevan, la generosidad que estrecha y dulcifica las relaciones sociales y todas las adquisiciones de la humanidad hasta el siglo XVI" (Lorente, 1861, p. 497). Lorente argumenta que la conquista trajo consigo a hombres europeos indignos de representar al cristianismo y los valores castellanos (honor, justicia), pero con Pizarro llegaron también hidalgos o caballeros de alto nacimiento, que "con su sangre y con su influencia se inocularon en el carácter nacional las más bellas dotes de la nobleza castellana, y la familia conoció las dulzuras íntimas que dan a la sociedad actual sus más preciosos encantos" (Lorente, 1861, p. 497). Los linajes rivales indígenas se mezclan entre sí y con la "noble raza" castellana, así es como los pueblos que sólo estaban "yuxtapuestos", se cohesionan y conforman la base de la unidad nacional, donde la religión nueva cumplirá un papel principal. El Perú moderno nacido del encuentro con Occidente, supone para Lorente que "el amor a la patria sucede à la supersticiosa veneración por un hombre, la conciencia à la obediencia servil, la ley à la palabra del principal, la fuerza moral à un mecanismo frágil, gastado y degradante" (Lorente, 1861, p. 497). Nace la "generación Hispano-

peruana", heredera del corazón bondadoso de las madres y el espíritu elevado de los padres, al decir de Lorente.

La representación del conquistador Francisco Pizarro, se asemeja a la realizada por Guillermo Prescott. Lorente describe al capitán español como un personaje admirable en su valor, constancia y hasta devoción, pero censurable por su avaricia y crueldad. Un hombre enmarcado es un contexto histórico-espiritual, que es descrito al inicio de su *Historia de la conquista del Perú* (1861). Los conquistadores son descritos en términos similares, aunque posteriormente se introducen censuras a su terrible accionar:

> *Los **atrevidos aventureros** se dirigieran en busca de tan poderoso imperio… poseían aquel **valor prodigioso** que Dios concede a ciertos hombres, a quienes elige para cambiar la faz de las naciones. Habían sido conducidos tan lejos de su patria por el **espíritu emprendedor** del siglo diez y seis y por la **voluntad enérgica** de la Iberia, que colocada a la vanguardia de la Europa, quería llevar a entrambas Indias su dominación y su cultura. Aguijoneabalos para descubrir nuevos países y para sojuzgar sus habitantes los más poderosos móviles de la actividad humana: la **pasión de las riquezas** que trastorna el universo, el amor a las aventuras que produce los héroes y los locos, y el **entusiasmo religioso** que animó a los cruzados y a los mártires… creiase en aquella época que los Papas eran señores de toda la tierra y que los Reyes de España lo eran también de América por la donación que, al saber los descubrimientos de Colón, les había hecho Alejandro VI en obsequio de la propagación de la fe: la conquista se llamaba entonces pacificación, y a los que a ella resistían, rebeldes… el invadir pueblos, el cautivar los infieles y el exterminar a los que defendían tenazmente la idolatría y la independencia, se juzgaban actos que merecían la alabanza de los hombres y la protección del cielo. Por eso los **cruzados de América** combatían sin temor y sin escrúpulos, sostenidos a la vez por el **temple férreo del carácter español**, por el honor militar y por la firme convicción de que siendo su causa la causa de Dios…* (Lorente, 1861, pp. 1-3 énfasis añadido).

Sebastián Lorente recurre a una narrativa que combina las descripciones de los hechos, con consideraciones históricas, apreciaciones crítico-filosóficos, y hasta alusiones románticas al pasado medieval. El catolicismo e hispanismo de Lorente, se reflejan en su obra. La conquista militar es posible por el espíritu religioso que guía los guerreros cristianos, y su temple proviene en parte de los ocho siglos de lucha contra los moros o infieles. Escribe Sebastián Lorente:

> *El **valor sobrehumano** que semejante convicción infundía, se inflaba por las ilusiones de un mundo nuevo que enardecían la fantasía y llenaban el corazón de aspiraciones quiméricas. en este país encantado, más bien imaginado que descubierto, hombres, animales y plantas, cielo, mares y tierra ofrecían maravillas nunca vistas; el **entusiasmo guerrero** se alimentaba de proezas no inferiores a las de la antigua caballería; el **espíritu religioso,** exaltado por la lucha de ocho siglos contra los Moros, hallaba innumerables gentes que ganar a la fe… Animados con tales creencias e ilusiones, se embriagaban los **intrépidos guerreros** con el peligro y se fortalecían en medio de los sufrimientos… necesitaron de toda su fe, de todas sus esperanzas y de su constitución de hierro para acometer y llevar a cabo sus **titánicas empresas*** (Lorente, 1861, p. 3, énfasis añadido).

Lorente en su "Historia de la conquista del Perú" (1861), destacará repetidas veces, el carácter y méritos de Pizarro y los demás conquistadores: *atrevidos aventureros, valor prodigioso, espíritu emprendedor, voluntad enérgica, pasión de las riquezas, entusiasmo religioso, cruzados de América, temple férreo del carácter español, valor sobrehumano, entusiasmo guerrero, espíritu religioso, intrépidos guerreros, titánicas empresas.* Francisco Pizarro, aparece así como, guerrero católico, cruzado cristiano y militar ambicioso. La conquista es presentada como una gesta material y espiritual, un legado digno de aprecio u orgullo, no sólo para los españoles, sino también para los criollos americanos.

En la obra de Lorente e historiadores como Riva Agüero, Porras y Del Busto, la figura de Pizarro es la de un "héroe cultural" o "héroe civilizador", un tópico en la historiografía romántica del siglo XIX. Este personaje proviene de tiempos lejanos, y

alude a una figura mítica o religiosa, que otorga a un pueblo sus conocimientos (agricultura, oficios, ritos religiosos, leyes), y crea un nuevo orden social (fundación de ciudades o una nación). El héroe civilizador es entonces elemento ordenador del caos, y también ordenador social y político. En el mundo occidental, el personaje griego Heracles es uno de los que mejor encarna la idea de héroe cultural. Señalan Jaime Alvar y José M. Blázquez:

> (la) *geografía salvaje y desconocida es sometida por Heracles en tanto que se manifiesta como un espacio por conquistar, por someter a parámetros racionales. Sus habitantes, monstruos y barbaros agresivos con los extranjeros, son derrotados y dominados por Heracles que como héroe cultural abre rutas, instaura estirpes heracleas y cultos, funda ciudades, elimina bandidos y piratas, al tiempo que reordena el paisaje haciendo lagos y cambiando el curso de los ríos o desecando llanuras, de manera que ese espacio desconocido occidental se transforma en un espacio reordenado, pacificado, civilizado, contenido en los límites racionales del universo de la polis y destinado al uso de los hombres, es decir de los griegos* (Alvar y Blázquez, 1997, pp. 61-62).

La acción del héroe cultural representa la victoria de la civilización contra la barbarie. Trae la luz al mundo de las tinieblas. Los hombres dejan el estado de semi-infancia colectiva y alcanzan la adultez o madurez cultural. El héroe civilizador desprecia la concepción primigenia del pueblo al que llega, e instituye las leyes de *la cultura*, inicia o funda la *verdadera historia*.

De igual manera, bajo esta idea, Pizarro y Cortés, no sólo son valerosos conquistadores, sino que constituyen figuras civilizadoras o fundadoras del nuevo orden político-social. Bajo la narrativa histórica de Lorente y sus continuadores, la cultura incaica o andina abandona su estado de *semi-civilización*, y se beneficia de los aportes de una civilización superior, la occidental. Pizarro bajo el prisma de la historiografía conservadora peruana, encarna al "héroe civilizador". Esto no es explicitado naturalmente, pero, aunque se amoneste los excesos del conquistador

trujillano, no deja de ser para ellos, la figura central que funda el orden del nuevo Perú y lo incorpora a la verdadera historia, la Occidental.[23]

Lorente nos comentara sobre los orígenes y formación de Francisco Pizarro:

> *… tenía por madre a Francisca González, pobre mujer de Trujillo, y se reconocía como hijo natural del coronel Gonzalo Pizarro, uno de los guerreros que habían brillado en Italia a las órdenes de Gonzalo de Córdoba. También tomó parte en estas campañas el joven Francisco, que había pasado sus primeros años en el humilde oficio de porquerizo y no teniendo en su patria posición que renunciar, cedió después al entusiasmo que en aquella época arrastraba a los españoles a las peligrosas cuanto fascinadoras expediciones del Nuevo-Mundo* (Lorente, 1861, p. 32).

Como en la obra de Prescott, se destaca el origen humilde de Pizarro, su condición de hijo natural y su labor de criador de cerdos. Finalmente, la de un hombre a quien nada ata a España y puede emprender ruta a América. Lorente describe el espíritu de Pizarro en sus primeras expediciones hacia la costa colombiana, donde:

> *... la enormidad de los riesgos y las insoportables privaciones habían desalentado a los de menos corazón y hecho prorrumpir a otros en amargas quejas… Pero Pizarro supo contener a estos con su discreción, y dio ánimo a aquellos, haciendo brillar en sus pechos abatidos risueñas esperanzas… Ya habían muerto veinte, y los demás solo eran sostenidos por* ***la voluntad heroica de Pizarro****. En el digno discípulo de Balboa jamás se notaba turbación, ni impaciencia: siempre* ***tranquilo y animoso*** *consolaba a sus compañeros, hablándoles de la grandeza que iban a alcanzar y de la protección del cielo…* (Lorente, 1861, pp. 35-38 énfasis añadido).

[23] El historiador José Antonio del Busto, sostiene esta postura y la expone del siguiente modo: "… el ingreso del Perú a la Historia se debe a Francisco Pizarro. Antes de Pizarro, el Perú se le desconocía en Europa, Asia, América y Oceanía, también en América del Norte. Pero debido a Pizarro nuestro país ingresó a la Historia del Perú, a la Historia de América, a la Historia de España y a la Historia Universal. Así acabó el Perú como mito (el Birú), también como leyenda (el Pirú), y se convirtió en historia auténtica (el Perú)". Seminario *Forjadores de la Identidad Peruana* (2004), organizado por la Universidad Católica Sedes Sapientiae.

En su peligrosa trayectoria hacia las tierras del Birú, Pizarro y sus hombres sufren el duro y feroz ataque de los locales. Refiere Sebastián Lorente:

> *No era Pizarro un hombre que se dejara sorprender de salvajes. Al conocer su aproximación, reúne la débil guarnición y, tentando un esfuerzo supremo, los acomete en sus trincheras; obligado a retroceder, porque han reconocido en él al jefe y le cargan todos a la vez, resbala y cae por una ladera; pero, cual el semi-dios que recobraba sus fuerzas al tocar la tierra,* ***álzase el héroe con arrogancia sublime****, atraviesa a dos salvajes con su espada, y contiene a la multitud, que corriera a acabarlo con algazara infernal* (Lorente, 1861, p. 42 énfasis añadido).

Tanto en la narrativa histórica de Prescott, Lorente, Porras y Del Busto, se hace presente la concepción de Pizarro como héroe o personaje central del relato. Movimiento, acontecer y transformación, conforman toda narrativa heroica, así como también la inclusión de categorías dicotómicas o tricotómicas: caos-orden, vida-muerte, pasado-presente-futuro. Pizarro, bajo el relato heroico, atraviesa duras pruebas, triunfa sobre el miedo y la adversidad. El héroe conquistador desencadena cambios, instaura orden y funda épocas. Pizarro es poseedor de virtudes especiales: fortaleza física, templanza, valentía, ingenio, prudencia y sagacidad. Sus hazañas son grandes, aunque terribles para sus enemigos. El héroe logra lo "imposible" sin dejar de ser vulnerable.

> *Obrar hace al héroe; aunque éste no alcance sus prodigiosas hazañas porque sea héroe, sino que es héroe porque consigue las hazañas que posteriormente cantan los hombres. Así se convierte en el punto donde se ancla su gloria. La condición heroica no se establece como un a priori, a pesar de la predestinación desde antes de su nacimiento; la dynamis, el movimiento y la aventura son las acciones que determinan lo heroico y que signan el camino. La predestinación se confirma en tanto hay actos que materializan las hazañas. Eso evidencia que desde el pasado, el héroe tenía el camino señalado y definida la gloria que, por medio de la palabra (fama), le haría conquistar la inmortalidad* (Cardona, 2006, p. 54).

El relato mítico del héroe, donde la predestinación es central, da paso al relato histórico de los héroes ayudados por la *divina providencia*. Pizarro como héroe civilizador, instituye las leyes de la cultura, entrega el fuego del saber a los hombres e impone orden frente al caos[24]. Como muchos héroes, su final es trágico, aunque su gloria mayor. Para Lorente, Pizarro puede resultar incluso un anti-héroe por momentos, pero sin dejar de ser admirable por sus aventuras, hazañas y legado histórico.

Pizarro "siempre cauteloso y dueño de sí mismo", prosigue su larga marcha hacia Cajamarca (1532). Capaz de enfrentar el miedo más grande, el capitán español se dirige a sus hombres, alentándolos y recibiendo digna respuesta de estos. Escribe Sebastián Lorente:

> *Para animar a sus compañeros, les dijo que todos debían portarse como solían hacerlo los buenos españoles, no temiendo la innumerable multitud de enemigos y confiando en la ayuda de Dios que nunca abandona a los suyos en la necesidad. Ellos contestaron con firme resolución: «id por el camino que quisiereis y ved lo que más conviene; os seguiremos con buena voluntad, y el tiempo os dirá lo que cada uno de nosotros hace en servicio de Dios y del Rey»* (Lorente, 2005 [1876], p. 111).

Lorente describe como Atahualpa, acompañado por más de treinta mil soldados y de una corte magnífica, recibió a los españoles con aterradora majestad. Pizarro en vez de vacilar en su empresa, resolvió la captura del Inca cuando viniera a visitarle, "olvidando la perfidia y la iniquidad del ataque" con los riesgos extremos de la situación. Prepararon las armas, invocaron el auxilio divino y coordinaron hábilmente la manera de atacar, esperaron los españoles ocultos y cada uno en su puesto la venida

[24] El criollo Fray Diego de Córdova Salinas (s. XVII), minimizaba la historia peruana anterior a la llegada de los hispanos y la fe cristiana. La historia inca solo es prolegómeno de la historia española y cristiana en el Perú. Minimizando la grandeza de los incas y su centro el Cusco, se realza a Lima como centro histórico del Perú. El cristianismo traído a América por España, salva las almas de los nativos y por ello la conquista se justifica plenamente. Para Diego de Córdova, **la conquista iniciada por Francisco Pizarro constituye el inicio de la historia del Perú**. La historia prehispánica solo aparece como un antecedente de la historia gloriosa del Perú cristiano y letrado. Francisco Quiroz. *De la patria a la nación*…, 2012, pp. 85-86

del Inca. Finalmente, frente al inca y sus sirvientes o corte, lanza su ataque Francisco Pizarro. Narra el historiador:

> *La caballería, rápida como el huracán, acrecienta el espantoso estruendo con las herraduras y cascabeles, y difunde el terror y la muerte con los botes de lanza y con la impetuosa sacudida de los caballos. Las espadas, brillando entre el denso humo de la pólvora, como el rayo en las tempestades de las alturas, hielan de espanto à los que todavía no han herido de muerte; y la pasmada muchedumbre ò la recibe clavada en el sitio, en que le alcanzó el ataque, ò huye sin saber à donde. Caen algunos à los piés del fiero bruto y presentan otros el pecho al penetrante acero* (Lorente, 1861, pp. 152-153).

Lorente concluye que las armas se sobrepusieron al número, la táctica al tumulto, la voluntad a la indecisión, y la audacia al terror. Posteriormente se pone en boca de Pizarro las siguientes palabras dirigidas al inca ya cautivo, en la versión de Sebastián Lorente:

> *... permite Dios, que, siendo tan pocos, conquistemos tanta multitud de gentes, para que salgáis de la vida bestial y diabólica en que vivis. Ya agradeceréis el beneficio que os ha traido nuestra venida, cuando conozcáis vuestros errores; por ahora tened á dicha no haber caído en poder de gente cruel, como sois vosotros que quitáis la vida à los prisioneros; los cristianos usamos de piedad con los vencidos, no hacemos guerra, sino à los que nos la hacen y, pudiéndoles destruir, los perdonamos, como yo hice con los caciques de la Puná, Tumbez y otros. Si tú fuiste preso y tu gente muerta, ha sido, porque venias con gran ejército contra nosotros, habiéndote rogado que vinieses de paz, y porque echaste á tierra el libro donde están las palabras de Dios; por esto permitió Nuestro Señor, que fuese abatida tu soberbia y que ningún Indio pudiera ofender á Cristiano* (Lorente, 1861, pp. 156-157).

Describe Lorente que algunos "hombres feroces" propusieron matar a los indios guerreros capturados o por lo menos cortarles las manos; sin embargo, "menos

inhumano y más cuerdo" Pizarro, contestó "á los bárbaros que querían dominar por el terror", lo siguiente, en la versión de Lorente:

> *No nos estaría bien ser tan crueles. Si Atahualpa con su gran poder puede recojer mucha gente, mayor es el de Dios que ayuda à los suyos. Como nos libertó ayer del peligro, nos libertará en adelante. Pensando nosotros, cual cristianos en atraer estas gentes al conocimiento de la Santa Fe Católica,* ***no queramos serles semejantes en las crueldades, sacrificando á los prisioneros****. Basten los muertos en la batalla ¡Desdichados que fueron traídos como ovejas al redil!* (Lorente, 1861, p. 158 énfasis añadido).

Pizarro aparece como un conquistador ávido de riquezas y gloria, pero por encima de la crueldad injustificable de muchos de sus hombres, y sin perder de vista el horizonte evangelizador o divino de la empresa. Pizarro es censurado en varios momentos, por ejemplo, en su pasividad frente al juicio y ejecución del inca, o su poca habilidad frente a cosas de gobierno, pero no deja de ser el personaje guía y hasta cierto punto ejemplar, en el relato de Lorente. Las sombras u oscuridades del conquistador extremeño, no borran su labor de asimilación cultural y fundación de la etapa histórica que inaugura la modernidad en el Perú.

Lorente señala que los conquistadores veían con gran satisfacción que "en sus guerras divinas y humanas con solo vencer á pocos, ganaban fácilmente á Cristo muchas almas perdidas" (Lorente, 1861, p. 160). La docilidad de los indios en cada pueblo contribuía a avanzar con la conquista, pero la "impaciente codicia de los aventureros" los llevaba a tratar a los nobles indígenas con insolencia y "à la plebe como à un animal de su servicio" (Lorente, 1861, p. 178). En el Cusco los españoles se encarnecieron en el hurto, como los objetos de culto, y abusaron de las acllas o escogidas: "… no merecían otra suerte aquellos hombres indignos que, olvidando las prevenciones de su caudillo, los deberes de gratitud y los peligros de su situación, no supieron respetar à los naturales, ni respetarse à si propios" (Lorente, 1861, p. 178). Lorente lamenta los excesos de los soldados hispanos, pero no el proceso de conquista en sí mismo. El camino del progreso también está manchado de sangre, y sólo quedaría la esperanza de superar o reparar en el futuro esas injusticias.

El historiador de origen español, hace una breve reflexión de la conquista. Concluye Lorente:

> *Estaban realizadas las esperanzas de Balboa y cumplidas las promesas de Pizarro. Jamás un puñado tan corto de aventureros se había enriquecido tanto y tan en breve; y ciertamente que merecerían su fortuna, si alguna vez fuesen justas esas depredaciones en grande que se llaman conquistas, y si bastasen á legitimarlas el entusiasmo por los grandes hechos, la osadía la actividad y la constancia. Pero la opinión del género humano reprueba con razón la opulencia improvisada con violentos despojos, y nunca deberemos esperar de ella los frutos duraderos reservados por la Providencia á las lentas adquisiciones del trabajo que todo lo fecunda y á todos aprovecha* (Lorente, 1861, p. 182).

La posición moral de Lorente es de rechazo a las injusticias de la invasión hispana, pero de aceptación general del proceso que lleva a una nueva civilización, una superior. Lorente describe la prisión del inca, destacando las consideraciones de los castellanos hacia el real prisionero o majestad en desgracia. Pizarro es considerado de "animo irresoluto y débil" en las cosas de gobierno. Su "falta de principios" lo desviaba de una "política sabia y justa". La ambición excesiva del capitán y su celo con los intereses de la corona, se anteponían a sus buenas intenciones y el cuidado de su buen nombre (Lorente, 1861, p. 189). Pizarro quería salvar al real prisionero "cuya persona le obligaban à mirar como sagrada, la humanidad, el honor y la ley de las naciones", pero el temor y presión de su gente, lo hicieron traicionar su palabra hacia Atahualpa: "natural era pues que el rudo Conquistador, más impresionable por la pasión y por las exigencias de su carrera que por la razón y el derecho, sacrificase al fin una víctima que reclamaban à la vez codicia, el miedo, la venganza y las torpes sugestiones de una política invasora y de la pasión enconada" (Lorente, 1861, p. 190).

Lorente recrimina a aquellos que gustan atribuir los grandes sucesos a pequeñas causas. Por ejemplo, la "conducta indigna" de Pizarro por un mezquino desquite de amor propio, el cual habría sucedido cuando el inca descubre el analfabetismo del capitán español (a diferencia de los otros hispanos), y no pudo ocultar cierto desprecio, por la menor instrucción de Pizarro frente a sus subalternos.

La “satisfacción de intereses ciegos e intolerantes”, sobrepasaron a Pizarro y su intención de salvar al inca. Los argumentos de castigar al bárbaro cacique, usurpador del imperio, feroz con los vencidos, fratricida, idólatra, incestuoso, conspirador, etc., triunfaron para justificar la condena a muerte del inca. “Pizarro no tuvo bastante penetración y sangre fría para resistir à tan criminal demanda. Mas, consintiendo en el sacrificio del Inca, quiso dar à la iniquidad las apariencias de justicia, como si el crimen no se hiciera mas abominable, cuando invoca en su apoyo la santidad de las leyes” (Lorente, 1861, p. 194).

Lorente señala como forjadores de este funesto proceso a Valverde y el escribano. La acumulación de cargos, en vez del deseo de proceder con equidad, revelaba la intención de hallar motivos suficientes para emitir la sentencia capital. El “inicuo tribunal” condena a Atahualpa a ser quemado vivo, “con esa precipitación vergonzosa que convierte las sentencias mas justas en asesinatos legales” (Lorente, 1861, p. 196). Si bien Lorente acusa la arbitrariedad del proceso, a continuación, matiza la acusación y señala que “La iniquidad era sin embargo tan manifiesta y la mancha que iba á recaer sobre la honra española tan negra, que no podían faltar en una hueste de Castellanos quienes alzaran su voz en favor de la justicia, protestando contra el crimen á nombre de la España” (Lorente, 1861, p. 196).

Lorente desarrolla una interesante argumentación donde desaprueba el proceso general al inca Atahualpa. Escribe Sebastián Lorente:

> *Las faltas de idolatría y poligamia, que estaban autorizadas por la ley, por la costumbre y por la opinión, no podían recibir el castigo reservado à crímenes atroces; la usurpación del imperio, las injusticias de la guerra, la muerte de Huáscar y la malversación de la Hacienda, por graves que fuesen, y aun estando bien averiguadas, estaban por fuera de la jurisdicción de todo poder extranjero; y los proyectos contra los invasores, aunque no se tomara en cuenta el derecho de toda nación para defender su soberanía, necesitaban estar mejor probados, ser objeto de precauciones militares, no de ejecuciones bárbaras, y en el último extremo ponerse en conocimiento del Soberano Español, para que resolviera sobre la suerte del augusto prisionero* (Lorente, 1861, pp. 196-197).

Puede afirmarse que el *canon historiográfico* peruano (y mundial) del siglo XIX, fue el relato concentrado en la edificación del *Estado-nación* (Dager, 2009, p. 154). Con ese propósito, la obra de Lorente no sólo buscó *peruanizar a los incas*, sino también sancionar su trágico fin. Aunque Atahualpa no era una figura inocente, representaba a los peruanizados incas frente a los invasores (proto-peruanos)[25]. Al igual que la mayoría de los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX, la conquista española es reprobada, al igual que algunos hechos del periodo colonial, pero finalmente se reconoce que es momento fundacional del Perú moderno, y se integran a una línea de continuidad, la historia nacional o historia general del Perú (Dager, 2009, p. 101).

Una idea central de Lorente para explicar el fin del imperio de los incas, fue el advenimiento de la anarquía entre la población, tras la muerte del inca. La crítica de Lorente a la fragilidad del Estado incaico por su carácter despótico se hace presente: "las instituciones artificiosas de pura convención caen siempre por sí mismas. Así el socialismo de los incas, que suponía un gobierno divino y un pueblo sin pasiones, nunca pudo establecerse de una manera sólida" (Lorente, 1861, p. 203). La cruzada civilizatoria de Manco Cápac, fue reemplazada por conquistas que alimentaban el orgullo de gobernantes como Huayna Cápac, quien abandona y depreciaba así a otros pueblos de la periferia. La clemencia fue dejada de lado, y se buscaba asegurar la dominación de las provincias con sangrientas ejecuciones, señala Lorente: "Fiel a su política de terror, exterminaba Atahualpa á sus enemigos; y en vez de mirar á sus vasallos con la ternura de padre los creía animales destinados a su servicio" (Lorente, 1861, pp. 204). Lorente refiere que los incas se habían alejado de los sentimientos de humanidad y justicia que habían afirmado y extendido su poder, que les permitió atraer a los pueblos "por el amor, más que sujetándolos por la fuerza" (Lorente, 1861, p. 204).

La argumentación de Lorente es que el prestigio de los hijos del sol y toda su majestad desaparecen cuando Huáscar sufre la muerte indigna que le deparó su hermano. Desde

[25] Lorente cierra su capítulo sobre el proceso a Atahualpa, del siguiente modo: "En cuanto al desventurado hijo del sol, la muerte que recibió como un criminal oscuro, santificó su memoria, que el largo cautiverio había purificado. No fué en verdad un modelo de reyes ni de hermanos; pero las circunstancias de la época atenúan sus faltas, y personificados en él los infortunios seculares de toda una raza, rodean á su nombre las simpatías de la persecución no merecida. Aun sin tener en cuenta su trágico fin, excitará la admiración por grandes dotes de inteligencia y de carácter, á que hicieron justicia sus mismos enemigos". Sebastián Lorente, *Historia de la conquista del Perú*, 1861, pp. 200-201.

que la corona imperial ciñió las sienes del hijo de una mujer quiteña y no cusqueña (Atahualpa). Los generales atahualpistas Quizquiz, Calcuchímac, y Rumiñahui, sobrepusieron su férreo poder a la nobleza cusqueña y regional. La guerra civil incaica arrastró a los curacas y sus hombres, a tomar partido de un bando, y sufrir la feroz venganza del otro bando, como hizo Atahualpa. "El pueblo, condenado à sufrir el peso de la guerra y las intolerables exacciones del déspota victorioso, ni tenía interés en sostener aquel fantasma del antiguo y amado régimen" (Lorente, 1861, pp. 205). Para Lorente la ausencia de la energía de las emociones procedentes de la libertad, la patria, la propiedad y la dignidad personal, inmovilizaron finalmente al pueblo. Esos valores liberales y republicanos recién llegarían a tras la independencia, teniendo como espacio de formación el periodo colonial donde surgiría la idea de patria en el sentido moderno, según Lorente.

Es así como, "La presencia de los Españoles en el Perú bastaba para que viniese á tierra el vacilante edificio" (Lorente, 1861, p. 205). El Estado incaico estaba condenado a desaparecer a causa de su fragilidad interna. La conquista fue un gran mérito de las huestes de Pizarro, pero habría sido inviable sin las circunstancias descritas, como las "contradicciones internas" que hoy la historiografía explica, aunque Lorente atribuye también los hechos a cierta providencia divina:

> *El poder de los hijos del Sol se anonadaba ante la fascinación producida por los hijos de la Cruz, con sus armas infinitamente superiores, con su audacia más que humana, y con su cultura evangélica à la que doctrinas humanitarias y la fuerza de la verdad daban un poder irresistible sobre los dóciles esclavos de una idolatría sin dogmas* (Lorente, 1861, p. 205).

El discurso del binomio *Civilización-Barbarie*, atraviesa toda la obra de Lorente. La religión cristiana debía triunfar sobre la idolatría de los naturales. Las armas de la civilización eran superiores a la de pueblos acostumbrados a la servidumbre. Cobran valor simbólico para Lorente, hechos como la destrucción del ídolo de Pachacámac por Hernando Pizarro (fin de la idolatría), y que los españoles fueran llamados *Viracochas* en el Cusco (salvadores o redentores): "su aspecto de noble belleza y sus hazañas prodigiosas, inclinaban también á creer que habían salido de la espuma del Océano, como Viracocha" (Lorente, 1861, p. 206).

Para Lorente, la ausencia de autoridad tras la muerte del inca, provocó que "aquella complicada máquina de civilización" se derrumbara. El Estado incaico sufría las "terribles convulsiones de la anarquía", y el desorden o caos sería más profundo "cuanto que el individuo, la familia la comunidad, la sociedad entera se confundían con el gobierno" (Lorente, 1861, p. 206). Los yanaconas se alzaban contra sus amos, los barrios bajos luchaban sangrientamente con los barrios altos, los mitimaes se enfrentaban a los originarios, y la nobleza cusqueña quería sacudirse del yugo de los quiteños:

> *"Muchos curacas se sentían inclinados á aceptar el yugo de los Españoles, que presentándose tan poderosos como los hijos del Sol y mucho mas ilustrados, les exigían homenajes mas llevaderos, y les dejaban una autoridad mas independiente. Era un caos de aspiraciones encontradas, la mas espantosa confusión de ideas, el choque mas violento de pasiones è intereses"* (Lorente, 1861, p. 207).

Para Lorente, esta revolución política y social hundía rápidamente a la "civilización antigua". Además, la falta de frenos a la multitud, que "no había aprendido á dirigirse á si misma", los llevaba a ceder a las tentaciones y excesos, cometiéndose crímenes que antes eran casi desconocidos: "la gran mayoría que obedecía las leyes morales, no por la conciencia clara del deber, sino por respeto al Dios-Monarca" (Lorente, 1861, p. 208), ahora se hallaba en desenfreno. La infantilización de los indígenas o incapacidad de valerse por sí mismos, es recurrente en los argumentos que buscaron justificar la conquista y colonización. Aunque Lorente es crítico del régimen de opresión colonial, considera que la población indígena sólo madurará en su autonomía y libertad tras el fin del imperio incaico.

Se deduce que para Lorente el *buen salvaje* fue sucedido por el indio sólo salvaje, que en esos días saqueó, incendió pueblos, asesinó, cometió excesos brutales, atentados sacrílegos y abandonó su vida recatada (como las acllas o virgen del sol). "No obstante el ilimitado desorden, conservaba la nacionalidad peruana elementos bastantes para que un poder inteligente levantara, sobre las ruinas de la antigua civilización, una sociedad mas floreciente y gobernada con la justicia" (Lorente, 1861, p. 208). La

nacionalidad peruana, cuyo embrión era el espíritu comunal pre-hispánico[26], sobrevivirá al fin de la civilización incaica, y sobre ella surgirá la civilización peruana moderna.

Para Lorente la nacionalidad peruana existía "fuera de los vínculos con que la providencia ha salvado mas de una vez la unidad nacional, el espíritu de comunidad, la dulzura de carácter, los hábitos de orden, la lengua, la industria, las tradiciones y otros principios comunes". Por todo ello, "la desorganización atacó mas bien al gobierno gastado, que à la sociedad, en la cual las violentas agitaciones de la superficie alteraban muy poco el fondo" (Lorente, 1861, pp. 208-209). La sociedad y el espíritu comunal peruanos, permanecen y evolucionan, a diferencia del Estado caduco de los incas.

Francisco Pizarro y su hueste no eran totalmente conscientes de la gran transformación que estaban realizando en la sociedad y su futuro: "Ni la educación, ni la experiencia permitían á Pizarro comprender la profunda revolución de que el mismo era el principal autor" (Lorente, 1861, pp. 210). El instinto del conquistador indicaba muy claramente al rudo soldado la ruta para coronar la empresa. Su misión de cruzado y las instrucciones de la corona, lo obligaban a seguir una política prudente, seductora y benévola con los pobladores, antes que utilizar la fuerza de las armas. En ese sentido, apunta Sebastián Lorente:

> *Su carácter formado en la escuela de Balboa y su edad avanzada hacían gustar mas á Pizarro de las alianzas que de los ataques; y la situación del imperio se prestaba admirablemente á los triunfos pacíficos. Muchos curacas de las cercanías y de la costa se habían sometido espontáneamente, sobre todo después de la muerte de Atahualpa à quien temieron como un tirano* (Lorente, 1861, p. 211).

La designación de Manco Inca representa para Lorente, los "últimos resplandores de una dominación que se extinguía con la misma suavidad y con los mismos medios que

[26] Joseph Dager explica que Lorente definió el carácter peruano en el "espíritu comunal". En ese sentido: Al definir el carácter comunal y solidario de la población andina como existente previamente a la llegada de los incas y que sobrevive a su caída, no atribuye esta característica a la obra civilizatoria de aquellos gobernantes, sino que dicho carácter le seria esencial al poblador andino. El "genio" del pueblo del que hablaba Herder, o el "ser" nacional al que se refería Fichte, sería el "espíritu comunal" en el caso de la población peruana andina, a quien Lorente llama "peruana", para hacer más evidente la continuidad y comunidad históricas. *Historiografia y nación en el siglo XX*. 2009, pp. 130-131

se había levantado". El nuevo inca venía a derramar los beneficios de la civilización sobre la dócil muchedumbre que lo acompañaba, pero "Pizarro anunciaba también en nombre del cielo una cultura superior que formaría un día una nacionalidad mas poderosa y gobernada con mas justicia" (Lorente, 1861, p. 227).

Lorente señala que el pueblo cedía instintivamente y quizás guiado por la providencia al nuevo poder que se levantaba: "El amor, los beneficios y la estimación recíproca establecían **la alianza entre dos pueblos y dos civilizaciones que iban á confundirse para asegurar los progresos del Perú** y darle después de algunos siglos el lugar que la naturaleza le reserva entre las grandes naciones" (Lorente, 1861, p. 227 énfasis añadido). El historiador español alude a lo que considera el primer momento de fusión o mestizaje, pero también a los obstáculos surgidos en esa coyuntura:

> *Las dulces relaciones de familia principiaban a hacer un solo pueblo, casándose con españoles las hijas de Huaina-Capac y Atahualpa y con españolas algunos descendientes de Manco-Capac. Las dulzuras y porvenir de la nueva civilización no pueden hacernos desconocer los terribles estragos de la conquista. Derrúmbanse los caminos del imperio; obstrúyense los grandes acueductos; son destrozados los palacios, fortalezas y templos; Vilcas, Pachacamac, Huánuco el viejo y otras capitales quedan reducidas a escombros* (Lorente, 1876, p. 128).

Para Lorente, este primer propósito de conformación de una nación hispano-incaica o hispano-peruana, desde las élites o grupos dominantes, tuvo pronto fin, debido al "demonio de la codicia" que tanto poder ejercía sobre los conquistadores. Turbó las buenas relaciones, y rompió la "armonía entre Españoles y Cuzqueños". El saqueo de la ciudad imperial y el maltrato terrible sobre la nobleza y pueblo, acabaron con esta primera oportunidad de unión y alianza entre ambas civilizaciones. Por otro lado, en Lorente, aunque Pizarro toleró las tan "funestas pasiones" de sus hombres, traducidas en vicios, deshonra y miseria, permaneció "fiel á su alta misión". Ni la adquisición de grandes riquezas, lo hizo olvidar los cuidados de gobierno. Afirma Lorente:

> (Pizarro) ***echó las bases de la civilización con la fundación de la iglesia y la municipalidad, dos instituciones sobre las que reposan en gran parte la libertad y el progreso de las naciones modernas***. *Al templo del sol cerrado á la muchedumbre sustituía el templo cristiano donde el grande y*

> *el pequeño, el blanco, el indio y el negro se reconocen hermanos é invocan con igual confianza la justicia del cielo; y al mismo tiempo se fundaba el municipio cuna de los sentimientos patrióticos y del gobierno del pueblo por el pueblo* (Lorente, 1861, p. 229 énfasis añadido).

Pero, el "espíritu de la civilización cristiana" no podía penetrar tan rápidamente entre los indígenas, y estos no soportarían las vejaciones de sus huéspedes en nombre de lejanas ventajas que debía traer la civilización occidental al Perú. Pronto se produjeron los levantamientos o guerras de resistencia, como la encabezada por Manco Inca. Sin embargo, "El imperio, desorganizado por la anarquía, destrozado por los combates y abatido por las alianzas, se disolvió rápidamente, faltándole la fuerza moral que tenía sujetos á los súbditos, y la fuerza de las armas que imponía á los espíritus rebeldes" (Lorente, 1861, p. 251). La acefalia tras la ejecución del inca Atahualpa, y la debilidad militar y moral de los súbditos indígenas frente a los hispanos, determinan la derrota de los incas:

> *Sobre las ruinas del imperio de los incas quiso levantar Pizarro un imperio colonial; y madurando entre los ocios de la paz, los vastos proyectos que nunca abandonara entre los cuidados de la guerra, se ocupó, ante todo, en fundar una capital que satisfaciera á las necesidades de la naciente colonia, y que, en los futuros siglos, no se hallara inferior à la grandeza de un Estado de primer orden* (Lorente, 1861, p. 253).

La conquista da paso a la colonización, entendida esta como la labor de ocupación, fundación y organización administrativa-productiva. El Pizarro conquistador es censurado, pero se exalta al Pizarro colonizador. La fundación de Lima en 1535, constituye su mayor logro, pues funda el que será el centro de la nación peruana[27]. Cusco representara el antiguo poder y riqueza del incario derrotado, pero Lima se convierte en fuente de poder político o sede del nuevo gobierno: "Grato era ver al fiero guerrero, que, dejando la espada por los instrumentos de la industria, y elegida una

[27] La grandeza del Perú hispano es expresada en la grandeza material, intelectual y espiritual de Lima, donde la labor de civilización y evangelización habría terminado. La obra de Fray Diego de Córdova, por ejemplo, representó en cierto modo el fin del interés de los criollos del siglo XVII por la historia incaica, en favor de una historia criolla limeña. La identidad criolla se aprecia en como los grupos criollos se reconocen como miembros de una comunidad mayor, la española, pero a su vez parte de una especificidad de un territorio y tradición propia, la América hispana. Finalmente, la exaltación de la santidad de Lima (aparición de santos locales), será otro argumento de los criollos para afianzar su identidad. Francisco Quiroz, *De la patria a la nación*…, 2012, pp. 87-88

capital la mas conforme á las exigencias de la política y del comercio, presidia todos los trabajos y disputaba con los que se tenían por inteligentes, sobre el plan mas acertado del trazo de la ciudad" (Lorente, 1861, p. 255).

Aunque Lorente desarrolla un "paradigma integrador" en su narrativa histórica del Perú, superando el *cusqueñocentrismo* de Garcilaso, y el *limeñocentrismo* de Peralta Barnuevo (Quiroz, 2010), no deja de subrayar la gravitación de Lima, como nuevo centro fundacional del país. De hecho, la historia que desarrolla Lorente y los historiadores conservadores que le siguieron (Wiesse, Riva Agüero, Porras, Del Busto, Lohman) es una historia confeccionada desde Lima o España, antes que desde las provincias. Se trata de integrar al país bajo un mismo relato histórico, pero desde el punto de referencia limeño. Cumple así Lorente con el canon historiográfico decimonónico de contribuir a la construcción del Estado-nación, a través de un relato histórico integrador de la nación elaborado desde la capital[28].

Pizarro tuvo un "breve periodo de glorias puras", como gobernador, atendiendo las necesidades de sus hombres (repartimientos), haciendo justicia a los indios (curacas), y facilitando los beneficios del gobierno, según Lorente. "Mas la nueva civilización estuvo cerca de ser ahogada en su cuna, por la discordia de los colonos, y por el levantamiento de los naturales (Lorente, 1861, p. 257).

La "conquista espiritual" fue facilitada por el marqués gobernador. Refiere Lorente, que mientras los guerreros hispanos se convertían en "soldados del evangelio", decenas de misioneros propagaban la cultura castellana, en su labor apostólica. Sin embargo, no faltarían por desgracia, "indignos ministros de la religión" que optaron por la violencia de la conquista, que al uso de "la fuerza de la palabra divina". En vez de convertir a los indígenas, algunos religiosos se ocuparon en explotarlos, o haciéndoles instrumentos de desenfrenadas pasiones. No obstante, esas excepciones lamentables, resultó más fuerte "el celo de la nación por la conversión de los infieles… Ellos plantaron la Cruz en los desiertos, en las selvas y entre las nieves… llevaron la

[28] En la historia criolla, la historia indígena es dejada de lado, para presentar un país católico y civilizado. *Lima, la menos andina de las ciudades del Perú* servirá para este propósito. **Francisco Pizarro, será ubicado como el prototipo del "gran soldado católico".** Además, "el Perú- y en particular Lima – aparece como un campo de batalla entre las fuerzas satánicas y las divinas, entre la idolatría y el paganismo y, de otro lado, la santidad. Lo que simboliza esta lucha y el triunfo del bien es la consolidación del Perú como un país cristiano, español, occidental y no andino". Francisco Quiroz, "De la patria a la nación…", 2012, pág. 93.

palabra de paz y de consuelo á las víctimas del cruel conquistador y del ávido colono (Lorente, 1861, p. 272). Para el historiador Francisco Quiroz, resulta claro que Bartolomé Herrera es uno de los inspiradores de las nociones del significado religioso de la conquista, que asume Lorente (Quiroz, 2012, p. 320).

Señala también Lorente, que las virtudes apostólicas, verdades evangélicas y principios de justicia divina que se invocaban, acercaron a los indígenas a la "raza invasora". Las mujeres aceptaban con entusiasmo la religión cristiana, que las declaraba compañera de los hombres y proponía la veneración de una virgen-madre. El historiador de origen español destaca la inclinación amorosa de muchas mujeres indígenas hacia los invasores hispanos:

> ***Su corazón lleno de ternura se sintió arrastrado hácia guerreros á quienes presentaban dignos de amor cuanto puede fascinar al sexo débil, la pasión y la belleza, el valor y la inteligencia, el poder y la generosidad.*** *Algunas lloraban por los españoles el día en que Pizarro entró á Cajamarca y á la maña siguiente se vinieron voluntariamente à la ciudad mas de cinco mil. En adelante las princesas se envanecieron con el cariño de los caudillos; las familias mas distinguidas, acostumbradas á que las mas bellas vírgenes fuesen destinadas á la raza dominante, en vez de creerse deshonradas con la alianza española,* ***se declaraban partidarias celosas de los conquistadores*** (Lorente, 1861, pp. 273-274 énfasis añadido).

Lorente propone acá la idea de la *conquista erótica* del Perú incaico. Según este planteamiento, las muchas mujeres indígenas se adhirieron voluntariamente y con entusiasmo a los españoles[29]. Por razones que abarcan el poder, la estética y el prestigio, las mujeres nobles y comunes se unen a los conquistadores. Si bien es cierto que se produjeron matrimonios mixtos (hispano-indígenas) tempranamente, como la unión de Pizarro y la princesa Inés Huaylas, o numerosos concubinatos, también es cierto que la idea de la "conquista erótica de las Indias", comenzó en Centroamérica y

[29] Añade también Sebastián Lorente: "Las mujeres se hacían eficaces auxiliares de la conquista atraídas por el amor y por los sentimientos religiosos, envaneciéndose las princesas con el cariño de los caudillos españoles, y siendo en las familias más distinguidas un poderoso elemento de unión el nacimiento de los mestizos". *Historia del Perú compendida para el uso de los colegios y de las personas ilustradas* (1876), pág. 119.

el Caribe, y sirvió para propagar en el imaginario europeo una visión sensualizada del Nuevo Mundo, o para justificar abusos y violencias sexuales (Herren, 1991). Lorente señala los abusos y crímenes de los conquistadores en varios pasajes de su obra, pero no refiere directamente los crímenes sexuales cometidos, esto explicable sólo en parte, por el hecho de que los mismos cronistas de la época pocas o ninguna vez los refieren. La entrega "voluntaria" de centenares de mujeres a los europeos, representa también el alejamiento de la idea del nacimiento de la nación como parte de una violación (histórica).

De forma semejante, los yanaconas se adhirieron a los conquistadores, pero para liberarse de la "odiosa esclavitud" a la que estaban sometidos por los nobles del incario. Aunque los nuevos amos no siempre actuaron como buenos cristianos, "era por lo común su trato dulce, mostraban generosidad, fascinaban por sus grandes hechos y tenían á veces rasgos de ternura que conquistaban los corazones de infelices hechos á ser tratados con suma dureza" (Lorente, 1861, p. 274). El mismo Pizarro alguna vez arriesgaría su vida para salvar a su criado indígena, que estaba a punto de morir ahogado en un río.

Lorente refiere que los curacas que fueron desposeídos por los incas, aspiraban a recobrar bajo el régimen hispano sus antiguas posesiones, y "aun muchos de los favorecidos por los hijos del sol preferían un gobierno que los dejaba mas dueños de sus acciones y con una autoridad mas independiente" (Lorente, 1861, p. 275). Esto último, no discuerda con las investigaciones de décadas recientes, donde se verifica que efectivamente muchos curacas de regiones anexadas por los cusqueños, vieron en el régimen hispano la oportunidad de recuperar privilegios perdidos o asumir posiciones ventajosas territorial o administrativamente bajo el sistema colonial, como lo señalan los historiadores Waldemar Espinoza y Marina Zuloaga, esta última en su libro, *La conquista negociada: guarangas, autoridades e imperio en Huaylas, Perú (1532-1610)* del 2012.

Ya sea por vínculos de servicio o de interés, los grupos indígenas cedían al **"prestigio irresistible de una civilización superior"** como antes lo habían hecho frente a los incas (Lorente, 1861, p. 276). La labor civilizatoria hispana, tendría al mercader como puntal, quien traía nuevas ideas y nuevos goces que cautivaron a hombres que desconocían la libertad y estuvieron encerrados en sus respectivas provincias. Por otro

lado, “El gobernador del Perú contribuía con su administración al progreso de la colonia. Su autoridad era dictatorial, como pedían las ideas de aquel siglo, los hábitos de aquella sociedad y las necesidades de la nueva nacionalidad que se formaba. Pero ni sus órdenes era enojosas, ni su voluntad tiránica (Lorente, 1861, p. 277). Para Lorente, el despotismo “oriental” de Atahualpa, no es comparable al régimen de mano dura, pero paternal y benevolente del líder hispano. Mientras el inca era un tirano usurpador, Pizarro resulta un gobernante moderado, justo y admirable. Sin embargo, otro líder (Manco Inca) emergía como peligro para la gobernación de Pizarro: “Los progresos de la colonia eran incompatibles con la conservación del imperio: ni los colonos podían adorar al hijo del sol; ni el Dios Rey había de reconocerse humilde vasallo del Rey de España” (Lorente, 1861, p. 281). Ni las “dulzuras de la nueva civilización”, podían frenar el ánimo de venganza de los seguidores de Manco Inca ante los llamados inicialmente Viracochas.

El otro personaje que resultará un obstáculo para el buen gobierno de Pizarro, es el antiguo socio Don Diego de Almagro, con quien se enfrentaría en una cruel y trágica guerra civil. Lorente, toma partido por Pizarro, y concluye al final del relato sobre Almagro que: “La historia sin olvidar que la mayor parte de sus faltas fueron hijas de circunstancias fatales y que presto inapreciables servicios así en el descubrimiento como en la conquista, no puede acordarle grandes elogios ni como capitán, ni como hombre de gobierno (Lorente, 1861, p. 395).

En el contexto de las luchas entre los conquistadores, Pizarro se hacía “cómplice de las vejaciones” de sus hombres contra la población indígena. Es así como “El guerrero cuya voluntad irresistible hacia milagros en el campo de batalla, flaqueaba en la administración no por abusos de autoridad, sino por condescendencias casi forzosas” (Lorente, 1861, p. 435). Pizarro es censurado por Lorente por su omisión en su deber como gobernante, aunque es justificado por las circunstancias.

El retrato final que hace Lorente sobre el conquistador y gobernador Francisco Pizarro, lo realiza tras describir su asesinato por los almagristas, quienes toman por asalto el palacio de gobierno. Sintetiza su visión del conquistador trujillano, del siguiente modo Sebastián Lorente:

> *El hijo desgraciado de un amor ilegitimo, porquerizo en su niñez, soldado de Italia en su juventud, domador de salvajes en la edad madura, jefe de*

> *cruzada y gobernador de turbulentos colonos en sus últimos años, no ofrece uno de esos caracteres completos cuyo genio admiramos y cuyo excelente corazón inspira amor; mas* ***sus faltas que fueron las de su carrera, las de su siglo y las de su educación no destruyen ni los altos hechos, ni el sentimiento de lo grande, ni otras bellezas morales que le colocan entre los hombres extraordinarios***. ***España debió á Pizarro su mas preciosa conquista y el Perú las primeras ciudades cristianas, junto con los gérmenes de su actual prosperidad*** (Lorente, 1861, pp. 450-451 énfasis añadido).

La representación de la conquista y Francisco Pizarro que ofrece Sebastián Lorente, debe mucho a la influyente obra de Guillermo Prescott. De hecho, varios pasajes de "Historia de la conquista del Perú" (1861) de Lorente, son casi exactos a la "Historia de la conquista del Perú (1847) de Prescott. Sin embargo, la interpretación teñida de catolicismo de Lorente, dista de los criterios o principios del "Paradigma Prescott". Otro tanto, debe Lorente a la obra de Garcilaso. La obra de Lorente responde al *canon historiográfico decimonónico* de legitimar el Estado-nación, a través de un discurso histórico unificador o cohesionador. La narrativa histórica de Lorente, presenta al Perú como un *continuum* que abarca los tiempos primitivos, el imperio incaico, la conquista y colonia, la emancipación y el periodo republicano. Una visión evolutiva de la civilización en el Perú, que tiene su completa realización tras la independencia, con el advenimiento de la república liberal. La conquista representa un momento de quiebre y a la vez de continuidad. El "espíritu comunal" desarrollado en el Perú antiguo es la base de la nacionalidad peruana, a la cual se agrega la espiritualidad cristiana traída por los castellanos, elemento definidor de la nación peruana moderna. Lorente supera los paradigmas *cusqueñocéntricos* y *limeñocéntricos*, representados en la colonia por Garcilaso y Peralta Barnuevo respectivamente (s. XVI y XVIII). Representa para la historiografía el "paradigma integrador" (Quiroz, 2012), que edifica una historia patriótica y nacionalista, que incluye a los diferentes grupos étnicos y sociales. Intenta desarrollar el gran relato unificador de la nación peruana, al presentar una historia no de incas e invasores españoles, sino de la "civilización peruana".

Lorente a su vez escribe desde su propia época, el contexto de la república del auge guanero y la emergencia de una burguesía local, que requiere un discurso homogeneizador del país y afianzador del proyecto del Estado-nación peruano. Lorente ocupa lugares en la administración pública (inspector de instrucción pública), y espacios como la dirección del colegio Guadalupe y el decanato de letras en la universidad San Marcos; es desde ese ahí que se desenvuelve su obra y proyectos. Lorente escribe una historia que puede verse hoy como la "historia oficial" (Ramón, 1995), promovida desde el Estado peruano de los años de auge guanero. La versión de la historia peruana de Lorente, puede ser considerada hoy conservadora, sin embargo, representa en su contexto de un sincero proyecto de unificación nacional bajo el modelo de la nación mestiza y el ideal de un Estado liberal-progresista.

La representación de Francisco Pizarro y la conquista, de particular interés en la medida que articula dos periodos clave de la historia nacional: el imperio incaico y el periodo colonial. La conquista, aunque cruel y llena de abusos, va más allá y representa el comienzo del Perú moderno, a partir de la asimilación del cristianismo y la cultura occidental. El abandono del absolutismo incaico, despotismo oriental o tiranía, y el surgimiento de un poder más benévolo, capaz de brindar cierta libertad o autonomía, que logra su maduración final en el siglo XIX, dando paso a la etapa de emancipación americana. La conquista militar, va acompañada por la conquista espiritual del país, la idolatría y cultos diversos serán gradualmente reemplazados por la fe cristiana, gracias a la labor evangelizadora de los misioneros, conquistadores y el auspicio de Pizarro. La construcción de iglesias y templos, en Cusco y dentro de las nuevas ciudades, representan parte de la labor civilizatoria de los hispanos.

El discurso de *Civilización-Barbarie*, también se presenta en la historia de la conquista que realiza Lorente. La civilización occidental se impone a la barbarie indígena; sin embargo, la civilización occidental representada por España, queda manchada en parte por las atrocidades de la invasión y conquista, y la barbarie indígena, es en realidad un estado de *semi-civilización* representado principalmente por los incas. La superioridad militar y moral de los hispanos, se refleja en su victoria sobre el decadente imperio incaico. La antigua civilización peruana, caracterizada por avances notables, pero atada a cultos idólatras, obediencia ciega al gobernante, y estados de semi-esclavitud en muchos casos, encuentra en la cultura occidental, la posibilidad de progreso material y espiritual o moral. La nueva civilización peruana, a través del camino de la

maduración de la nación durante la etapa colonial, finalmente arriba al bienestar general que asegura la República liberal.

El relato de la conquista, refiere también la adhesión de muchas mujeres indígenas a las huestes hispanas. La unión entusiasta o entrega voluntaria de las mujeres a los soldados españoles, conforma la imagen de la *conquista erótica* de los territorios americanos. Esta idea, procedente de la conquista del Caribe, que significaba la sensualización de los nuevos territorios en el imaginario europeo, también permitió reemplazar las informaciones de abusos sexuales (violaciones, secuestros), por la imagen de entrega voluntaria de las mujeres a una "raza superior" y más bella. Lorente no habría sido ajeno a esta idea, donde el tráfico de mujeres, es percibido como actos de atracción hacia los vencedores.

El relato histórico nacional, requiere sujetos que personifiquen los momentos clave e hitos fundacionales del pasado común. Manco Cápac representa un momento de afirmación civilizatoria de los pueblos, Pachacútec un momento de expansión y colonización admirable, Atahualpa un momento de declive político, y Pizarro el que inaugura la nueva civilización peruana. La *peruanización de los incas*, permite asimilarlos al gran relato nacional, cohesionador e integrador. Aunque Atahualpa fuera un gobernante sanguinario y tiránico, de alguna manera su injusta muerte lo absuelve. Víctima de los invasores o extranjeros, el inca representa lo propio o nacional. Pizarro a su vez, aunque foráneo, aparece como el creador del Perú moderno (cristiano y castellano), y por ello resulta admirable en el horizonte de la visión histórica peruana. Lorente censura hechos particulares de la conquista (saqueos, asesinatos, vejámenes), pero destaca en el plano general el significado final de la conquista: el progreso o avance de la civilización peruana gracias al arribo de la modernidad occidental.

La historiografía peruana tomará el paradigma integrador de Lorente, y su vigencia parece clara hasta hoy. Aunque a fines del siglo XIX, la *historia nacionalista criolla-republicana* (Quiroz, 2012) de autores como Paz Soldán, buscaron la esencia de la nación peruana en la independencia y los comienzos de la república, descartando al periodo incaico y colonial como fuentes de ella, la versión de Lorente se impuso en el siglo XX. La historia integradora de Lorente, la historia nacional peruana, tendrá como base el reconocimiento de la gran importancia de la antigua civilización peruana hasta el esplendor del imperio incaico, y la incorporación de lo hispano-peruano como

elemento constitutivo de la civilización peruana moderna, cuyo desarrollo pleno se alcanza durante la emancipación y república. La historiografía conservadora del siglo XX, asume esta visión histórica evolutiva, y el discurso del mestizaje implícito de Lorente.

1.1.3 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Ricardo Cappa.

Ricardo Cappa, nacido en Madrid (1839-1897) es un historiador jesuita, geodesta, profesor y americanista, que llegó al Perú en 1879, en el contexto de la guerra contra Chile, siendo capellán del ejército peruano hasta 1882, y profesor en el Colegio La Inmaculada de Lima. "En 1886 publicó en Lima la *Historia del Perú,* mostrándose peleón, lanzado, mordiente. Este texto escolar hirió los sentimientos nacionales peruanos por calificar de bárbara a la civilización incaica, alabar demasiado a la colonización española y trasladar juicios peyorativos sobre los héroes de la independencia peruana" (O'neill y Domínguez, 2001). Cappa, volvió a España en 1887 y fue destinado a la influyente y laboriosa residencia de Isabel la Católica de Madrid. Allá finalizó su ambiciosa obra *Estudios críticos acerca de la dominación española en América* (1887), en veinte volúmenes.

El historiador jesuita escribió una historia de la Conquista que buscó reivindicar a España frente a sus detractores o críticos (peruanos, americanos, anglosajones), cuestionando la historia criolla, que no valoraba y defendía suficientemente el legado hispano. Cappa elabora un relato histórico discontinuo, donde el pasado incaico es un periodo cancelado, y sin mayor continuidad respecto al Virreinato creado por el imperio español. Esto contradecía el proyecto de una historia nacional, que empezaba con las "culturas antiguas" (o primeras civilizaciones), y el imperio incaico, y transitaba hacia una etapa hispano-incaica o hispano-peruana, como sostenía Sebastián Lorente. Basado además en una visión de "Civilización-Barbarie", mucho más marcada que en otros historiadores decimonónicos. Las ideas racistas se traslucen en sus reflexiones sobre la población indígena, y su significado histórico; nada valioso

habría en ellos para la cultura moderna actual, según Cappa. El canon historiográfico centrado en consolidar el Estado-nación, a través de un relato histórico cohesionador, tuvo en Lorente a su mayor representante, y en Cappa a un detractor de la tendencia de "peruanizar a los incas", y exaltar a los criollos-mestizos, verdaderos responsables de los malestares nacionales, antes que España y su legado colonial. La Conquista es presentada en clave de "Leyenda Blanca o Dorada"[30], donde se rescata las hazañas de los conquistadores, se juzga la barbarie de los nativos, se exalta a la civilización cristiana y se responde a las imágenes difundidas por la "Leyenda Negra" (denominada así por Julián de Juderías, 1914). Cappa en su propósito de difundir una verdadera historia de la Conquista, termina realizando una historia de defensa cerrada de España, donde la *Leyenda Blanca* se contrapone a la *Leyenda Negra* (mito contra mito). La historia de la Conquista escrita por Cappa, tomará como referencia a varias crónicas, pero también a la influyente obra de William Prescott, a quien en varios momentos cuestiona o responde, dentro de la misma obra. El historiador jesuita, citará además, en varios pasajes, al sacerdote peruano Bartolomé Herrera, quien reivindica la obra civilizadora de España, y su herencia como la base de la nación peruana. Las posturas conservadoras o ultraconservadoras respecto a la lectura del pasado peruano, parecen eco de las ideas ya divulgadas por el influyente religioso Bartolomé Herrera. Cappa, sin embargo, realiza una historia detallada de la Conquista, desde el descubrimiento de Colón, llena de reflexiones críticas sobre varios aspectos de la Conquista y colonización. Antes que asemejarse a la historia de la conquista de Garcilaso, Prescott o Lorente, la historia del padre Ricardo Cappa es más próxima a la visión de Peralta Barnuevo, y su mirada integral del imperio español, donde se insertaría la historia del territorio denominado Perú.

[30] La "Leyenda Blanca" surge como oposición o respuesta a la "Leyenda Negra" sobre la Conquista. Defiende un papel más benigno de España respecto al Nuevo Mundo. La defensa del rol del imperio español en sus colonias americanas, es temprana, pero en siglo XVIII historiadores como Juan Nuix de Perpina, refutan las críticas hechas a la colonización hispana. Buscando demostrar que los excesos de los conquistadores no fueron la causa principal o única de la tragedia en América. Sostuvo que la minería y las infladas estimaciones de la población indígena realizadas por los hispanos, llevaron a diferencias dispares entre la población original y la actual en América. La leyenda blanca o dorada, aunque no recibió ese nombre hasta el siglo XX, se resume como la defensa cerrada España, respecto a los horrores de la Conquista, negándose las cifras de mortandad, y considerando exageradas las versiones sobre los sucesos de crueldad y explotación de los indígenas, descritos por personajes como el padre Bartolomé de las Casas. El discurso civilizador, la barbarización del otro, la negación histórica y principalmente la refutación a la Leyenda negra, promovida originalmente por los anglosajones, son la base de la leyenda blanca o dorada. Actualmente, la estrategia argumentativa más frecuente, de los defensores de esta postura, es denominar Leyenda negra, a casi cualquier crítica sobre la conquista española y los siglos de colonización.

Oliart y Portocarrero han explicado que Cappa lleva a la historiografía el ideario político del sacerdote Bartolomé Herrera, así como el enjuiciamiento de lo indígena, que hace este. De esta manera encontramos en Cappa la "afirmación del carácter fundamentalmente español del Perú y la desvalorización de la cultura andina pre-hispánica" (Oliart y Portocarrero 1989, p. 38). Ricardo Cappa inicia su obra *Historia del Perú* (1885), con los Reyes Católicos y Colón, donde sostiene que las "consecuencias morales", de la conquista son superiores a las "ventajas materiales"; exponiendo a continuación el derecho hispano a la conquista de América (derecho divino y misión civilizadora). A partir de acá, dedica espacio en su obra al "Perú primitivo y Perú incásico", donde Cappa "emprende una labor de sistemática subestimación de los logros del Imperio Incaico" (Oliart y Portocarrero, 1989, p. 38). Cappa glorificará la obra de España en América, y considerará al periodo de la Conquista-Colonia como la época de formación del Perú y las demás naciones del continente, una idea central entre los promotores del hispanoamericanismo[31].

Cappa al llegar a América enfrenta los juicios marcadamente anti-hispánicos que circulan en diversos sectores, algunos de ellos coincidentes con interpretaciones como la del historiador norteamericano John Draper (1811-1882), quien atribuía el estado de pobreza y atraso de España, a un castigo providencial por la antigua barbarie española, que los llevaría a destruir a grandes civilizaciones indígenas, incluso superiores a la suya. "Refutar este y otros absurdos conceptos que hoy pasan como verdades en la llamada historia del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo: tal fue sin duda el fin que se propuso el P. Cappa… (caracterizado por) la erudición y sagacidad de la crítica rectamente encaminada" afirmará el español Luis Vidart desde la revista hispanoamericanista, *El Centenario* (1892, p. 298).

> *Cuando el P. Ricardo Cappa comenzó a escribir sus Estudios críticos, se aceptaban como verdades incontrovertibles en la historia del*

[31] El historiador Francisco Quiroz, explica que en el siglo XVII la historiografía tuvo la forma de crónicas de órdenes religiosas. Los criollos buscan justificar la presencia de las órdenes en América y el Perú, y mejorar sus posiciones en sus instituciones en la colonia, por ello se recurre a una justificación histórica. Entre los autores se pueden mencionar a Mejía de Ovando, autor de la *Ovandina* (1621), donde se presentan historias que resaltan lo español de Lima y soslayan lo andino del Perú. También al autor jesuita Rodrigo de Valdez con su *Poema heroico hispano-latino penegyrico de la fundación y grandezas de la muy noble y leal ciudad de Lima* (1687). Se puede también agregar textos como *Historia del Nuevo Mundo* y *Fundación de Lima* de Bernabé Cobo, escritos entre 1620 y 1630. "Lima, la zona más española y menos andina del país, es tomada como el centro de la historia del Perú; y este es un primer paso firme hacia la sustitución del Cusco por Lima en el discurso histórico de los criollos limeños". Francisco Quiroz, *De la patria a la nación…* 2012, pág. 77.

> *descubrimiento y conquista de América y Oceanía los errores que prolijamente hemos señalado… en el plan de esta obra aparece clara la idea de vindicar a España de las falsas imputaciones con que han querido oscurecer sus glorias algunos historiadores extranjeros, y la prioridad en la realización de tan noble propósito nadie podrá negársela al docto jesuita* (Vidard, 1882, p. 303).

A esta visión afirmativa y elogiosa de la obra de Cappa desde España, se opone, sin embargo, el rechazo enfático de autores criollos como Ricardo Palma, quien ante la aparición del *Compendio de la Historia del Perú* (1885) de Cappa, lo critica duramente por la visión distorsionadora y nociva del pasado peruano, y el pretender contagiar esos juicios malintencionados a los estudiantes peruanos[32]. Según Joseph Dager (2009), Ricardo Palma comprende que el padre Cappa busca avivar el odio entre los americanos, sobre todo del pueblo hacia los criollos, lo cual es un proyecto contrario al afán cohesionador de los historiadores decimonónicos (idea de patria). Palma también se opone a la postura radical del jesuita, quien prácticamente afirma que solo la época virreinal, seria admirable dentro de la historia peruana.

En el libro *Historia del Perú* (1885), Cappa defiende las motivaciones morales de la Conquista, y los resultados benéficos para la América indígena: "… **se sacó a todo un mundo de la idolatría, trayéndole al conocimiento del verdadero dios y de su iglesia. La tiranía y el despotismo en sus leyes y caciques fue sustituida por leyes que garantizaban la dignidad personal, y se extinguió, casi totalmente la**

[32] Escribe Ricardo Palma sobre Cappa y el libro en cuestión: "El padre Ricardo Cappa, sacerdote prestigioso en el cardumen de jesuitas que, como caído de las nubes y con escarnio de la legislación vigente, ha caído sobre el Perú, acaba de echar la capa, ó, mejor dicho, de tirar el guante á la sociedad peruana, publicando un librejo ó compendio histórico en que la verdad y los hechos están falseados, y en el que toscamente se hiere nuestro sentimiento patriótico. A fe que el instante para insultar á los peruanos ha sido escogido con poco lino por la pluma del jesuita historiador… Valiente historia la que el padrecillo pretende enseñar á nuestros hijos! Los Incas, bárbaros opresores dignos de ser condenados; el coloniaje, todo bienandanza y todo tratarnos con excesivo mimo; la República, una vergüenza; los próceres de la Independencia, ambiciosos sin antecedentes y verdaderos monstruos; la Inquisición, una delicia cuyo restablecimiento convendría; la libertad de imprenta, una iniquidad; Bolívar, San Martín y Monteagudo, tres peines entre los que distribuye los calificativos obsceno, cínico, pérfido, aleve, inmoral, malvado, y sigue el autor despachándose á su regalado gusto; el padre Cisneros, un impío; el canónigo Arce, un blasfemo; Mariátegui, un libérrimo; Luna bizarro y Rodríguez de Mendoza, sembradores de mala semilla; nuestro clero tratado con menosprecio; nuestra sociedad de Beneficencia, satirizada; en una palabra, toda nuestra vida independiente no significa para el padre Cappa sino retroceso, corrupción y barbarie… Pero no es la vindicación de Valverde el florón más hermoso del INFAME librejo del padre Cappa. Vamos á presentar en toda su desnudez la conciencia jesuítica de doble fondo moral, de dos caras como Jano, conciencia que sostiene la doctrina de que el fin justifica los medios" (Palma, 1886).

antropofagia" (Cappa, 1885, p. 80 LI). El discurso de la obra civilizadora de España, elaborado por Cappa, destaca además los beneficios económicos de la colonización, frente al estado despoblado de la extensa América pre-hispánica: "… el incremento extraordinario que tomó el comercio proporcionando a gran número de habitantes del globo comodidades y bienestar de que antes carecían; la escases de su población y lo dilatado de sus costas y llanuras, ofrecía abrigo a cuantos europeos quieran emigrar…" (Cappa, 1885, p. 81 LI). La idea de los territorios americanos como espacios despoblados o semivacíos, conforman parte de su discurso sobre la Conquista-colonización.

El jesuita aludirá a la fuerza de España, emanada de su *virilidad* proveniente de su fuerte identidad cristiana: "… las demás naciones de Europa aprendieron a conocer la virilidad de que es capaz lo que se llama pueblo, cuando criado en los sanos principios de la moral cristiana, se le saca del círculo de hierro en que fuera de España e Italia, lo tenía encerrado el bárbaro abuso del sistema feudal" (Cappa, 1885, p. 80 LI). La virilidad cristiana de los hispanos tendrá como contrapunto la femineidad pagana de los nativos americanos, desde la concepción del historiador jesuita.

Cappa, además defiende la vieja imagen sobe la "natural propensión de las mujeres a los españoles, pues en ellos reconocían una raza vigorosa y fuerte cuyo contraste con la debilidad y apatía de los indios tenían bien de manifiesto" (Cappa, 1885, p. 13 LI). Idea proveniente del imaginario hispano en los años de conquista, y que se convirtió en el discurso histórico de la "conquista erótica" de América; donde se destaca la "inclinación" de las mujeres aborígenes a unirse con los europeos. Ello se une al prejuicio racial, de la "debilidad" y "apatía" indígena, que se desarrolló durante la Colonia y persistió hasta la república de inicios del siglo XX.

La polémica actitud de la corona española frente a Colón, limitando sus derechos y beneficios por el descubrimiento y conquista, permite a Cappa señalar la necesidad de anteponer el bien común a los beneficios particulares. Los intereses de la corona y el pueblo, son superiores a los intereses de los conquistadores, nada justificaría lo contrario.

> *Los españoles hicieron con Colón y sus descendientes, lo que toda nación hubiera hecho, es una utopía creer que se pueda autorizar a un particular para tener un poder material capaz de hacer frente al gobierno… La rebelión de Gonzalo Pizarro puede proporcionar un luminoso ejemplo. El legítimo derecho de un particular, puede y debe ceder al bien común* (Cappa, 1885, p. 14 LI).

Cappa sostiene que las acciones de los conquistadores, deben enmarcare en **la natural propensión de los fuertes de imponerse ante los débiles.** Siendo además los conquistadores, "benignos" a pesar del espíritu violento y cruel que predominaba en Europa. No debería juzgar o evaluar ese pasado, desde los códigos y la suavidad de la Europa de tres siglos después.

> *Si los españoles cometieron en la conquista los inevitables desafueros del fuerte contra el débil, si mancharon sus manos y las páginas de su historia con sangre inocente, fueron con todo los conquistadores más benignos de que hay memoria.- Preciso se nos hace recordar al lector que* ***la suavidad que distingue a nuestra época, no podía pedirse a los españoles de aquella****. Donde todo se resentía de la edad de hierro, no podían los españoles hallarse exentos de la influencia que ejerció en toda la Europa* (Cappa, 1885, p. 16 LI énfasis añadido).

Ricardo Cappa, en su descripción y evaluación histórica de la Conquista, critica a Fray Bartolomé de las Casas, considerándolo: "el hombre que tantas armas ha suministrado a los enemigos de España en su conquista de la América". (Cappa, 1885, p. 27 LI). Aunque reconoce que el padre Las Casas dejó un recuerdo imperecedero, siendo su nombre indisolublemente ligado al de América: "Tuvo grande aborrecimiento á la opresión y detestó la injusticia; fué siempre muy desinteresado e incansable en el trabajo de mejorar la suerte de los indios—por tan santa y noble causa sufrió gravísimos disgustos; y devoró amargos y frecuentes sinsabores" (Cappa 1885, p. 30 LI). Sin embargo, para Cappa ello no exime a Las Casas, de ser considerado un "arrebatado" e "imprudente"; temerario y poco conocedor de los hombres, donde: "Su error principal fué el querer tomar a españoles e indios como debían ser, y no como eran" (Cappa, 1885, p. 30 LI). Cappa considera los relatos de Las Casas, "ajenos a la

verdad", con contradicciones y asertos de cosas dudosas; además de emplear un lenguaje lleno de "acritud" y "exageración"; presentando un "torrente de bilis" que nada perdona.

La mirada de Cappa sobre Fray Bartolomé de las Casas y su obra, es particularmente interesante, en la medida que revela las concepciones del jesuita sobre la naturaleza del mal, la necesidad moral de sojuzgar violentamente a los indios, el orden natural donde el fuerte puede abusar del débil, etc. Cappa no está lejos entonces de las ideas defendidas por Ginés de Sepúlveda[33] hacia el siglo XVI, durante el debate de Valladolid.

> *Pero lo que no pudo sospechar el infatigable Las Casas-, fue que con sus continuas quejas y virulentos escritos estaba levantando a la dominación española el más bello monumento de que hay tradición en los fastos de los hombres.— Porque a la verdad; que leyes más justas y templadas que las de las nuevas ordenanzas? En las provisiones reales que no alcanzó siempre en beneficio de los indios? ¿Qué vez dejó de ser oído en España cuando hablaba en favor de los indígenas, no obstante los poco favorables informes que de el se recibían y de las imprudencias de sus discursos de que todos, incluso el mismo rey, fueron testigos?* ***Que los españoles cometieron desórdenes y abusos en los primeros años de la conquista, nadie lo niega y hasta había necesidad moral de ello, pues eran hombres, y ley es que el vencido sufra más ó menos las extorciones del vencedor, y el débil las del fuerte****; ley que jamás derogarán los autores do folletos filantrópicos y elegantes.—Pues las obras de Las Casas, purgadas de sus falsedades y exageraciones dicen bien hasta donde llegaron las sinrazones y crueldades de los conquistadores, ellas mismas son la mejor apología de la conquista* (Cappa, 1885, p. 30 LI).

[33] Ginés de Sepúlveda, concebía al indio como un ser idólatra y barbarizado (caníbal, polígamo, incestuoso), un ser inferior. La *guerra justa* de los cristianos contra los indios, era tal en la medida que estos serían evangelizados y tutelados (protegidos y guiados) los hispanos y la corona: "Digo que los bárbaros, se entiende como los que no viven conforme a la razón natural y tienen costumbres malas públicamente entre ellos aprobadas…. ora les venga por falta de religión, donde los hombres se crían brutales, ora por malas costumbres y falta de buena doctrina y castigo… No digo que a estos bárbaros se les haya de despojar de sus posesiones y bienes, ni que se les haya de reducir a servidumbre, sino que se debe someter al imperio de los cristianos" (Ginés de Sepúlveda). http://hahr-online.com/la-america-colonial-entre-la-conquista-los-debates-y-la-legislacion-indiana/

El padre Cappa hace un recorrido por los tres viajes de Francisco Pizarro en su búsqueda de las tierras del *Birú*, describiendo abundantes detalles y emitiendo juicios diversos. Así, durante el primer viaje y la salida del Puerto del hambre, Cappa aprovecha para volver sobre el tópico del *canibalismo* nativo, imagen del esquema Civilización-barbarie: "Entraron estos en sus chozas y hallaron toscos adornos de oro de algún valor, y en las ollas que estaban al fuego, **hervían, con otras viandas, pies y manos de hombres. Retrocedieron los españoles horrorizados de éste espectáculo"** (Cappa 1885, p. 13 LI énfasis añadido). Cappa insistirá a lo largo de su obra en el carácter incivilizado o salvaje de los pueblos amerindios, justificación primera para la conquista hispana.

Francisco Pizarro es retratado en sus dificultades durante sus expediciones, pero será destacado en su liderazgo, voluntad y fuerza, siendo capaz de reponerse rápidamente de sus heridas y alentar a sus hombres a continuar. El ánimo de Pizarro resultaría admirable, así como su muy acertado criterio para evaluar las situaciones más complicadas. Pizarro protege sus intereses, aun con decisiones arriesgadas, pero pertinentes.

El paso es penoso a través de una geografía nunca explorada por los hispanos. Cappa describe las dificultades de Pizarro y sus hombres en clave de *gesta o expedición heroica*. La naturaleza o espacio salvaje, se erige como reto o dificultad, para los agentes de la cultura o guerreros civilizadores. Describe Ricardo Cappa:

> *... tardía marcha del soldado atollado en las ciénagas: un calor sofocante producido por los vapores que se desprendían de un suelo húmedo herido perpendicularmente por los rayos del sol, ahogaba á los españoles embutidos en sus armaduras de hierro y aforrados con telas de enguate. No había mas perspectiva á estos sufrimientos sino una sucesión de montes cada vez mas empinados y cubiertos de perpetuas nieves…* (Cappa, 1885, p. 15 LI)[34].

[34] Posteriormente Cappa, describe el territorio en tono de admiración, y reto final para los hispanos: "Al abrigo de sus inmensos manglares contemplaban los españoles los formidables montes de los Andes que á pocas leguas se elevaban cubiertos de nieves perpetuas, majestuosos é imponentes como vedando á los atrevidos descubridores el buscar los fragmentos del Imperio de los Sciris. Pizarro veía con placer extraordinario acercarse el feliz término de sus penosos trabajos". Ricardo Cappa, *Historia del Perú*, libro II (1885), pág. 19

Cappa describe el enfrentamiento entre Pizarro y Almagro, la denominada porfía de Atacames, durante la segunda expedición en búsqueda del Perú. El retrato de los conquistadores es elocuente, y permite apreciar los conflictos internos, reforzando el mérito hispano de sobreponerse a las disputas, para continuar y alcanzar las tierras tan ansiadas. Señala el padre Ricardo Cappa:

> *... trajo á la imaginación de Pizarro los sufrimientos anteriores, y así con ruda franqueza, dijo que no era lo mismo ir y venir á Panamá con buques bien pertrechados que quedarse entre manglares y pantanos con hambre constante y enfermedades continuas y enemigos perpetuos. Respondió Almagro con algún calor que él no rehusaba los padecimientos expuestos por Pizarro, y así que este fuera á Panamá para procurar lo que convenía, y que él quedaría al frente de los leales que no cejaran en la empresa acometida. La querella tomó mas cuerpo y ya habían echado ambos capitanes mano á las espadas,...* (Cappa, 1885, p. 17 LII).

En la descripción de los famosos hechos de la isla del Gallo (1527), Pizarro es representado como hombre de más obras que palabras. Los tres socios de Panamá eran percibidos por sus detractores, según Cappa, como: *obstinado sin entrañas* (Pizarro), *embaucador* (Almagro) y *padre loco* (Luque) (Cappa, 1885, p. 18 LII).

Cappa, influido por la historiografía romántica, apela a una narración vívida o novelada en muchos pasajes de su obra. De esta manera, a través de este recurso, logra representar los altos grados de heroísmo de Pizarro en momentos clave como la disputa en la isla del gallo. Pizarro, que no tuvo a la elocuencia como una de sus virtudes, puede llegar afirmar así en la obra del jesuita:

> *Camaradas y amigos: por aquí se vá á recojer el fruto de nuestros sudores y trabajos; por allí á Panamá á vivir en la pobreza y el olvido. Si oprimidos por la necesidad hemos padecido cuanto sabéis, testigos sois que siempre fui el mas falto de todo; y si ha precisado desenvainar la*

> *espada, siempre me hallasteis el primero en el ataque y el último en la retirada. Como hasta aquí seguiré si no me abandonáis en empresa tan gloriosa cual es la comenzada.— Sígame el que sea buen castellano. Y pasó intrépido la raya* (Cappa, 1885, p. 18 LII).

Los llegados de Panamá por orden del gobernador, aunque contrarios a Pizarro, no podrán evitar "hacer honor a la **sagacidad de Pizarro**".

El padre Cappa representa a Pizarro como buen militar y líder expedicionario, pero también como hombre de fe o soldado de dios. "**Pizarro profundamente arraigado**, **como todos los hombres de su tiempo, en los principios religiosos, cuidó que el espíritu tuviera su alimento**, toda vez que el ocio de las armas en la soledad invitaba á ello. Mañana y tarde se reunían para rezar en común" (Cappa, 1885, p. 86 LII énfasis añadido)

El historiador jesuita narra cómo Pizarro y los suyos llegaron a los valles de Lambayeque, donde "fueron muy obsequiados los españoles". Al acabarse uno de los festines, describe Ricardo Cappa:

> *... tomó Pizarro en sus manos la bandera de España, y habiendo hecho á los indígenas un breve discurso acerca de lo satisfecho que estaba de la hospitalidad que le habían dado, les dijo que el volvería con otros que les enseñaran el conocimiento del verdadero Dios, que se reconocieran súbditos del poderoso monarca de Castilla, y que en señal de ello levantasen tres veces la bandera. Hiciéronlo los indios sin saber lo que aquello significaba. Pizarro con este acto probablemente pretendió solo asegurar sus derechos á la conquista contra las pretensiones de otros aventureros. Con todo es muy posible que en el estuvieran entrañados otros dos, — el celo de la Religión y el engrandecimiento de su patria* (Cappa, 1885, pp. 21-22 LII).

Ricardo Cappa describe el éxito de Pizarro, y su triunfo sobre sus detractores: "La llegada de Pizarro con las nuevas de su descubrimiento alborozó á los mismos que pocos meses antes lo llenaban de dicterios" (Cappa, 1885, p. 22 LII). Destaca además

las virtudes de Pizarro, para su final elección como representante de los socios de Panamá ante la corona:

> *Solo se trataba de hallar una persona capaz de desempeñar este cometido, y de hacer valer en la corte las pretensiones de los tres socios. Luque no podía faltar de Panamá, con arreglo á los sagrados cánones. Almagro si bien no carecía de aquella elocuencia que se inspira con la nobleza y rectitud de sentimientos, carecía del exterior agradable y finura de modales que facilita en las cortes el benévolo despacho de las peticiones. Almagro era de estatura pequeña, tosco y feo de rostro, estaba aun mas desfigurado con la pérdida de un ojo.* ***Pizarro por el contrario era de figura agradable é imponente, discreto y prudente á toda prueba, hablaba con facilidad y aun con elocuencia; solo pudiera temerse de él que no llevara con paciencia las dilaciones y antesalas****.— Estaba para partir el licenciado Corral, y Luque fué de opinión que este se encargara de presentar al rey las peticiones. Pero ni á Almagro ni á Pizarro plugo esta elección, y fué necesario allanarse á la noble reflexión de Almagro puesto que* ***«nadie sino el héroe del descubrimiento, sabría exponer mejor la importancia de la conquista y buscarse empeños eficaces para ella»****. Se concertó pues el viaje de Pizarro á España aunque con repugnancia de Luque, que conocedor del corazón humano, dijo proféticamente: "Plegué á Dios, hijos, que no os hurtéis la bendición de Dios el uno al otro como Jacob á Esaú; yo todavía holgaría que á lo menos fuerais entrambos* (Cappa, 1885, p. 22 LII, énfasis añadido).

Una vez más el historiador jesuita recurre a un relato casi literario, pero basado en la obra del historiador norteamericano Guillermo Prescott, quien es una fuente relevante en la elaboración de su obra y de otros autores sobre la Conquista. Escribe Ricardo Cappa:

> *Pizarro, lejos de sentirse cortado ante auditorio tan nuevo para él* ***«conservó su acostumbrada calma y sangre fría, y manifestó en sus tratos aquel decoro y aun dignidad que son naturales al Castellano»*** *(Prescott). La patética descripción de sus trabajos sin cuento tenía*

> *suspensa á la corte toda; mas cuando llegó á describir la heroica resolución de los trece en la isla del Gallo,* ***cuando los pintó abandonados á una roca solitaria, arrancó lágrimas á todos los circunstantes****. Carlos V. que hasta el presente había recibido utilidades demasiado cortas de sus posesiones trasatlánticas para concederles toda la atención que merecían (Prescott) encargó este asunto al Consejo de Indias recomendándolo con especialidad. Este sesudo tribunal no iba ni podía ir tan deprisa con sus providencias, como Pizarro deseara. El 26 de Julio de 1529, por influjo de la reina, se estipuló la capitulación* (Cappa, 1885, p. 23 LII, énfasis añadido).

Pizarro recibe varias mercedes de parte del rey, y Ricardo Cappa alude al origen ilegítimo de Pizarro y la leyenda porcina, para resaltar la nueva posición social del conquistador:

> *Por último, se le dio derecho á usar dé las armas paternas, realzadas con los símbolos de la conquista y la divisa del emperador. Con este blasón real hacía justicia el rey de España, al que le regalaba un reino,— Carlos V, daba su águila imperial al* ***espúreo que guardó puercos en Trujillo.*** *Sin duda el capitán español estimó más esto que todas las otras mercedes juntas. El lema del escudo era este: "Caroli Csesaris auspicio et labore, ingenio et impensa ducis Pizarro inventa et pacata. " Este lema prevenía sin duda el brillante porvenir del que lo recibía* (Cappa, 1885, pp. 24-25 LII).

El historiador jesuita introduce una crítica a Pizarro, basado en la duda sobre si incumplió o no su pacto a Almagro, o si saco ventaja a costa de los intereses de sus socios. Señala Ricardo Cappa:

> ***Una duda muy grave deja no poco oscurecida la memoria de Pizarro****. Según lo pactado en Panamá, debía Pizarro alcanzar para Almagro el título de adelantado; Pizarro regresó sin él. ¿Hubo deslealtad en no pedirlo y en dejar la figura de Almagro en segundo término, ó como dice el cronista Pedro Pizarro, se negó el consejo de Indias á otorgar el título*

> *de adelantado á Almagro temeroso de que dividiendo el mando, se suscitaran las dificultades de que se tenía harta experiencia? El tiempo acaso zanjará la duda* (Cappa, 1885, p. 25 LII énfasis añadido).

El historiador español Ricardo Cappa se da espacio para describir los posibles sentimientos de Pizarro al retornar a su Trujillo natal, y alude al supuesto parentesco y amistad de Pizarro con el conquistador Hernán Cortés:

> *Pizarro salió de Toledo para Trujillo, ya porque le pareció que hallaría allí voluntarios que le siguieran, ya para satisfacer el natural deseo de ver los sitios queridos donde se pasó la infancia, ya para gozar algunos días de descanso y solaz entre sus hermanos, ya en fin para saborear más á gusto las merecidas alabanzas y honores de aquellos que le vieron huérfano y desvalido… Parece que Pizarro hallaba más dificultades en reunir su corta hueste de las que se había imaginado. Hernán Cortés, su amigo y pariente, le ausilió generosamente en este apuro; gracias á él casi alistó el número de soldados que, según lo pactado con la corona, debía sacar de España* (Cappa, 1885, p. 25 LII).

Un aspecto relevante en la obra del padre Ricardo Cappa, son sus argumentos para defender el derecho hispano de conquistar América, una argumentación basada en la vieja justificación de la conquista elaborada por cronistas y otros autores desde el mismo siglo XVI. Señala el padre jesuita:

> *Que las vastas regiones á que el inmortal Colón abrió el camino estaban sumidas en la más absurda idolatría y encenagadas en los vioios que de ella se siguen, hecho es patente por la historia:* ***los sacrificios humanos, las hordas antropófagas, el despotismo envilecedor del hombre, las obscenidades mas repugnantes, etc****. etc. están fuera de duda en probadísimos autores.* ***La imperiosa ley del amor á nuestros semejantes autorizaba, á quien pudiera hacerlo, á sacar la América de tan degradante estado*** (Cappa, 1885, p. 26 LII, énfasis añadido)

El historiador español explica que la nación que asuma la obligación de civilizar a los pueblos salvajes, no podrá valerse solo de medios pacíficos; y ante los costos de civilizar a estos pueblos, bien podrán los europeos aprovechar los recursos existentes en esas tierras. Expone Ricardo Cappa:

> *La nación que en el orden puramente humano tomara sobre sí esta obligación ¿de qué medios había de valerse para cumplirla? Mandaría su legados á pueblos tales como simples oradores ó civilizadores, sin fuerza que los diera á guardar y respetar? Si oida su voz, lograra llevar al cabo de algún tiempo el conocimiento á la mente de una parte de ese pueblo, si esta parte se le uniera espontáneamente para vivir siquiera como racionales ¿no se creería esta nación obligada á poner á dicha porción al abrigo de los inevitables desmanes de los aún inciviles habitantes? Y de qué manera conseguiría garantizar tan indisputables derechos, como son los de defender las vidas y propiedades de los nuevos adeptos? Sin duda con* ***la fuerza, pues es la única.*** *Que* ***la nación proporcionados de los elementos civilizadores, se indemnizara de las pérdidas que sufra por tal causa, y que para ello explote el terreno y riquezas de la nación donde ha desenvuelto su misión civilizadora, en una escala proporcional al perjuicio recibido****, ensanchando de este modo la esfera de su acción comercial, fuente de riqueza para ambos pueblos, me parece tan justo, que sobre ello no cabe cuestión, y tanto mas justo si el pueblo que empieza á ser civilizado recibe del civilizador nuevos manantiales de riqueza con la importación de valiosos productos de que aquel carecía, si fecunda sus campos con los sudores de los hijos de que se desprende, si planta nuevas y productivas industrias, si en fin se dictan leyes adecuadas á las nuevas necesidades y variados accidentes que necesariamente han de surgir en el nuevo orden de cosas; pero ¿qué es esto sino conquistar?* (Cappa, 1885, p. 26 LII)

Apelando al argumento del *derecho natural*, Cappa justifica la conquista y describe prácticas incaicas contrarias a los valores civilizatorios, para reforzar a su posición. Finalmente, destaca el mérito hispano de asumir la difícil tarea de incorporar el mundo indígena a la verdadera civilización (cristiana y europea):

> *Aceptadas estas conclusiones emanadas tan solo del derecho natural, solo falta ver si todo esto se cumplió en la conquista española.— Si se cumplió tuvieron los españoles derecho á poseer lo que poseyeron en las regiones del Nuevo-mundo.— Que el estado de la América exigía la conquista siquiera en nombre de la humanidad ultrajada en toda ella, fácilmente se echa de ver con solo recordar que en lo mas civilizado que era el Perú, se tributaban honores divinos á sus incas, teniendolos por descendientes del sol, deidad del imperio: los sacrificios humanos no escaseaban en las fiestas, y los suicidios para acompañar y servir á los difuntos en la otra vida eran tan numerosos como comunes.— **Los españoles que fueron los primeros en tener noticia de un Nuevo-Mundo y del estado en que se hallaba, que por su situación floreciente y por el respeto de que en el exterior gozaban, podían tomar sobre sus robustos hombros tan pesada y dispendiosa carga, no se eximieron de ella*** (Cappa, 1885, p. 26 LII, énfasis añadido).

El padre Cappa enfatiza que la corona encarga tanto a los conquistadores, como a los religiosos, la conversión a la fe cristiana de los indios y el "sacarlos de la ignorancia en que se hallaban, civilizándolos y reintegrándolos en sus derechos de hombre" (Cappa, 1885, p. 27 LI). En su justificación de la conquista española, también señala el historiador jesuita:

> *Si los españoles se separaron á veces de esta senda que su religión y su gobierno les prescribían, otras muchas mas veces la siguieron; si á veces despojaron injustamente á los indios de algún oro (que en general estimaban en poco) quedarían obligados á restituirlo, y no á dejar de conquistar.— Que en todas partes de la América hallaron siempre los españoles, muchos indígenas que se les unieron con lazos mas ó menos fuertes, sea prueba de ello el cacique Gnaeanngarí en la Española, Comagre en Tierra-Firme, los de Zempoala en México, los Cañaris en el Perú, etc. etc. y un sin número de mujeres que de los conquistadores procrearon hijos. — Si los españoles se aprovecharon de las riquezas del Nuevo Mundo, en su derecho estaban, pues su trabajo é industria puso al*

poco tiempo á la América en un estado de adelanto moral y material extraordinario; y poco después de establecidos en ella la levantaron á un grado de civilización y prosperidad tal que probaremos era superior al de no pocas naciones europeas (Cappa, 1885, p. 27 LI).

Cappa cita al profesor suizo Watel, para quien "**Basta para conquistar un pueblo que mejore en su situación moral y material.** Nadie creo negará que estas dos condiciones han sido sobradísimamente satisfechas en América por los españoles" (Cappa, 1885, p. 27 LI énfasis añadido).

En su argumentación Cappa compara la labor conquistadora y civilizadora de los incas sobre otros pueblos, con la expansión española. Halla particularmente incongruente que la primera se juzgue como benigna, y la segunda abominable. Refiere Ricardo Cappa:

*Pero muy en especial para los peruanos debe tener este argumento gran fuerza; las alabanzas á los incas se prodigan largamente en cuantas historias han escrito, y por cierto que no seremos nosotros quien se las quite en lo que las merecen, no obstante de estar mucho mas atrasados aun en su apogeo de lo que entonces estaba el Indostán etc; pero qué eran los incas?—Unos incansables conquistadores de pueblos libres; conquistas que se alaban y celebran porque redujeron á vida mas razonable tribus antropófagas, ó de parecidas costumbres. —Estas conquistas son alabadas por el general peruano Mendiburu en su Diccionario biográfico, nombre Atahualpa, donde después de algunos repulgos acaba por decir «la ambición implacable de los incas de extender sus dominios merecía perdonarse, en vano se diga que las tribus en que se empleó el rigor eran libres, porque su licenciosidad y barbarie dañaban al género humano y sus régulos jamás las hubieran sacado de las tinieblas y degradación en que se hallaban sumergidas».— **Si se prodigan tantas alabanzas á los incas porque en sus conquistas supieron hacer de pueblos salvajes un pueblo autómata ¿por qué se vituperan tan acremente las conquistas de los españoles que supieron hacer de idólatras, cristianos, de incultos, civilizados; de esclavos, ciudadanos***

> ***libres; de tribus sanguinarias y belicosas, los pueblos más pacíficos del mundo? En esto hay falta de lógica y sobra de pasión*** (Cappa, 1885, p. 27 LI, énfasis añadido).

El historiador español, recurre a los planteamientos del sacerdote Bartolomé Herrera, quien defiende la obligación moral de los hombres civilizados, de sacar a los pueblos salvajes o barbaros de ese estado. Los hombres civilizados, además, están instintivamente predispuestos a la dominación. Dominar e ilustrar correspondería a la divina providencia, según el religioso[35].

Cappa acude también al antiguo derecho romano, y cita el derecho de ***bona vacantia*** (bienes vacantes), para justificar la toma de posesión de tierras por parte de los exploradores hispanos. Explica Ricardo Cappa:

> *¿Pues qué diré del perfecto derecho que hay para tomar posesión de aquellos terrenos que los juristas llamaron «bona vacantia»? Ninguna de las expediciones que los españoles hicieron á través de los grandes bosques, montes y ríos de la América, dio conocimiento de que estas grandes extensiones de tierra estuvieran pobladas.— Alguna que otra pequeña tribu fué lo que en general encontraron en todo el continente, exceptuando las desembocaduras de los ríos y los sitios mas fértiles.— En el apéndice correspondiente á la población antes de la conquista, veremos que en el Perú había terreno que el derecho general califica de "bona vacantias"* (Cappa, 1885, p. 28 LI).

[35] Escribe, además, Ricardo Cappa: "El Ilustrísimo señor (Bartolomé) Herrera ha sido en este punto tan explícito que nada deja que desear, dice así: "¿Nuestra República tendría escrúpulo en dominar por medio de las armas á los habitantes de la montaña? ¿No se ha pensado en esto mil veces, como en una medida civilizadora de esos infelices, é importantísima para nuestro engrandecimiento?— Se dirá tal vez que los indios de la montaña son bárbaros y que no lo era el pueblo de los incas.— Respondo que el pueblo de **los incas era culto respecto de los araucanos; pero bárbaro respecto de España** No hay que hacer diferencias entre la conquista del pueblo de los incas y la de la montaña.— Se debe si observar que **estaría muy fuera del orden natural de las cosas que un hombre civilizado, fuerte y amante de la verdad, se quedase delante de un salvaje con los brazos cruzados, sin sentirse movido á dominarlo é ilustrarlo**.— Este instinto de dominación y de proselitismo justo y necesario hasta cierto punto sirve á las miras de la Providencia, y le sirvió en la conquista: acontecimiento que no se comprenderá mientras permanezcamos esclavos de los errores que nos dejaron los hombres de 1821". Ricardo Cappa, *Historia del Perú*, Libro I (1885), pp. 27-28, énfasis añadido.

La justificación de la conquista por parte del padre Cappa, retorna nuevamente a su tesis central: la labor cristianizadora o salvadora de almas, una obligación de España como reino verdaderamente católico, y poseedora de una iglesia superior a las demás de Europa. Argumenta Ricardo Cappa:

> *Apoyemos el derecho de conquista tomándolo de otra fuente que es la piedra de escándalo de los modernos pueblicistas de la América.— Descubrióse el Nuevo-mundo y se le halló habitado por individuos de la gran familia humana;* ***asistíalos un perfecto derecho de ser instruidos en el conocimiento del verdadero Dios y de su Iglesia****; eran ovejas apartadas de aquel rebaño místico cuyo Pastor supremo, Pedro, vive en sus sucesores.— Á este pues tocaba, como Cabeza de la Iglesia, designar quienes debían trabajar en llevar á feliz término por medio de la predicación de la fé, la incorporación de las recién descubiertas regiones al gremio de la Iglesia. El Sumo Pontífice Alejandro VI. dio tan honroso cargo á los españoles, pues su fe brillaba pura y sin mancha bajo el reinado de aquellos Reyes que tan justamente merecieron el renombre de católicos. La indisputable superioridad del clero español sobre el restante de Europa, lo adelantado y prepotente de la nación, y el haberse hecho el descubrimiento á sus expensas, títulos eran para la preferencia dicha. — Ahora bien, la Bula de Alejandro VI. dio á los españoles la posesión material y el dominio directo del Nuevo-Mundo á condición de cristianizarlo, ó concretó tan solamente en ellos el incuestionable derecho de la Sede Apostólica de anunciar en aquellos países el Evangelio dejando á los indígenas en plena libertad de gobernarse por sí mismos?— Yo no pretendo ahora dilucidar esta cuestión, pues* ***una y otra disyuntiva me llevan á aprobar el derecho de conquista*** (Cappa, 1885, p. 28 LI énfasis añadido).

El historiador jesuita resume sus argumentos e ideas sobre el derecho a la conquista por parte de los españoles en América. Dice así Ricardo Cappa:

> … ***el que tiene derecho á una cosa, lo tiene á los medios lícitos para adquirirla, teniendo los españoles derecho á implantar la fe en América***

> ***en virtud de la bula de Alejandro VI., lo tenían á la conquista, único modo de implantarla.*** *Bien veo que esta expresión se hará dura á no pocos, y que contestarán á ella diciendo que ante todo debieron emplearse medios pacíficos y suaves, doctrinando, exhortando, convenciendo y solo apelando á la conquista como último extremo.— Asi es en abstracto: esta bellísima teoría podrá tener lugar al tratarse de sociedades adelantadas como lo era el Imperio Romano al empezar los Apóstoles su predicación, ó como la del Japón cuando San Francisco Javier predicó en él la fé de Cristo.—* ***Estas sociedades podían ser, digámoslo así, arrastradas á la verdad con la disensión y con la vida ejemplarísima de sus primeros cristianos****.— Pero en pueblos donde el desarrollo intelectual era tan limitado como en la América, donde había suma dificultad y hasta imposibilidad de reducir millones de indios á una vida social tal cual se necesitaba para implantar en ella la civilización cristiana.* ***Necesario fué que la ciega espada del soldado abriera camino á la brillante antorcha de la civilización verdadera y del verdadero progreso****.- Con esto estamos muy lejos de decir que la Religión se haya de imponer por la fuerza; lo que decimos es que fué necesaria la fuerza para reducir la América á aquella vida social indispensable para que tuviera cabal noticia de la Religión de Jesucristo Redentor de los hombres todos* (Cappa, 1885, p. 29 LI énfasis añadido)[36].

Cappa explica en tiempos de la conquista, hubo hombres eminentes tanto por su santidad como doctos en derecho, ninguno de los cuales reclamaría contra el derecho de la conquista. El que cuestionó el "modo de conquistar" fue el padre Bartolomé de Las Casas, quien es ensalzado por los enemigos de España, y además: "… con todo á varón tan integérrimo y equitativo, no se le hizo escrúpulo de tomar una gobernación de doscientas y setenta leguas de costa y cuantas quisiera al interior, ni jamás se le

[36] Cierra su reflexión afirmando el padre Ricardo Cappa: "Luego si la Iglesia tuvo la estricta obligación de predicarla, y fué necesario dar a los pueblos la forma social indispensable para que pudieran conocerla todos y abrazarla los que quisieran, necesario fué que donde este conocer y abrazar quisiera estorbarse, hubiera un poder capaz de remover esta injuria, lo cual generalmente hablando, solo puede competir á la potestad secular,— Pero la potestad secular no puede, como antes dijimos, ejercerse en territorio ajeno de un modo fijo y constante, como las circunstancias lo pedían, sin que de hecho deje de asociarse á este ejercicio necesario la idea de conquista.-- Una observación haré de paso, y es que ni la Inglaterra protestante, ni la Holanda luterana tienen este título de conquista, pues ni el error tiene derecho á difundirse, ni la potestad secular á patrocinarlo". *Historia del Perú*, Libro I (1885), pág. 29

pasó por las mientes que los españoles obraran injustamente por el mero hecho de conquistar" (Cappa, 1885, p. 29 LI). Los españoles conquistaron gran parte de América empleando toda clase de derechos, iguales o superiores a los usados por los ingleses, franceses y hasta los norteamericanos para con México en 1848. "Ya veremos cual de las naciones coloniales cumplió mejor con su tarea civilizadora" (Cappa, 1885, p. 29 LI).

Para Cappa, además si el espíritu comercial de su época ha santificado los cañonazos que echaron abajo las puertas del Celeste Imperio (China), no habría motivo para ensañarse contra las ballestas y arcabuces españoles, sino ensalzarlos, pues "ellos solos contribuyeron más al movimiento mercantil del mundo que todas las naciones juntas por solo el hecho de conquistar y civilizar la América" (Cappa, 1885, p. 29 LI).

Ricardo Cappa, finalmente termina su texto sobre el derecho a la conquista española, respondiendo a las objeciones más comunes que hay a esta.

En primer lugar, dice Ricardo Cappa:

> ***No fué el deseo de civilizar y propagar la fé lo que movió á los españoles á la conquista, sino la "codicia".—*** *Respuesta. Es muy cierto que en no pocos prevaleció el deseo del oro, sin cuidarse en los medios de obtenerlo.— Pero no es menos cierto que* ***en muchos prevaleció el deseo de civilizar por la propagación de la fé.—*** *Muchos capitanes y soldados eran buenos cristianos, y como tales trabajaron en la reducción de los indios al gremio de la Iglesia* (Cappa, 1885, p. 29 LI énfasis añadido).

Cappa explica que el número de sacerdotes españoles afincados en América fue de uno por cada diez habitantes, quienes cumplieron las determinaciones más importantes que dieron los reyes sobre el buen trato que se debía dar a los indios, y el esfuerzo por doctrinarlos é instruirlos: "… las leyes generales de Indias están todas impregnadas de este espíritu, como las particulares de cada vireynato, las sinodales diocesanas, los capítulos de las órdenes religiosas, etc, etc." (Cappa, 1885, p. 29 LI)[37].

[37] En este punto Cappa cita nuevamente a Bartolomé Herrera: "No digo yo que los conquistadores de América no desearan el oro. Lo deseaban y no podía dejar de ser; pero sabían que mucho más arriba del oro hay una esfera en

Responde a la segunda objeción así, Ricardo Cappa:

> ***No se compadecen bien las disensiones y guerras entre los españoles, por solo la propagación de la fé.*** *Ya hemos dicho que en América se requería que el soldado fuera delante del sacerdote; no es pues de extrañar que entre aventureros hubiese sus disensiones, pues muchísimos de ellos eran hombres de gran corazón, valientes en sumo grado, y de no vulgares dotes de mando, todo lo cual si no va regido y moderado por una virtud heroica, avis rara, difícilmente deja de querer prevalecer.— En un mismo puñado de hombres estaban Vasco Nuñez de Balboa, Pizarro y Almagro* (Cappa, 1885, p. 30 LI, énfasis añadido).

Finalmente, responde a la tercera objeción al derecho de conquista española, Ricardo Cappa:

> ***Las vejaciones y malos tratamientos hechos á los indios tampoco dicen con la mansedumbre que pide el civilizar cristianamente.*** *Respondo que en los principios particularmente no dejaron de hacerse daños injustos y de darse malos tratamientos en algunas partes á los indios; con todo, se afirma sin riesgo de equivocación, que* ***estos excesos no han podido viciar lo mucho y bueno que en todas partes se ha hecho en beneficio de los indios, no solo trayéndolos al conocimiento de Dios, sino quitándoles el yugo de hierro de sus antiguos caciques; yugo fué el de España en gran manera suave, como saben los que han estudiado á fondo la historia de América, y donde en general haya sido duro, haremos ver que no lo imponían los españoles de España.— Añádase que no pocas veces los indios provocaban á los españoles engañándolos*** *v. g. internándolos en bosques malsanos é intrincados, ó asesinándolos en los caminos ó haciendas cuando de ellos no recibían agravio alguno.— Y* ***con demasiada frecuencia excitaban el enojo de las autoridades locales*** *y aun*

---

que el hombre se engrandece sirviendo á Dios y á la humanidad: deseaban gloria y deseaban propagar la religión, que en medio de la flaqueza de la pobre humanidad, amaban con ardor la España, A Felipe II". *Historia del Perú*, Libro I (1885), pág. 29

> *superiores, prometiendo con la mayor humildad y sumisión hacer tal ó cual cosa, y no pareciendo ninguno de ellos en muchas leguas á la redonda el día señalado.— Puede verse en Melendez la pesada burla que los indios chiriguanos hicieron al virrey Toledo, aunque no faltó quien tratara de abrirle los ojos, pero en vano* (Cappa, 1885, p. 30 LI énfasis añadido).

Cappa señala que los historiadores modernos como Prescott, "no ven otro resorte capaz de poner en movimiento á los conquistadores, sino la sed del oro; esto es una vulgaridad". Aunque reconoce que el interés y la codicia del oro estaban muy presentes en la conquista, no era lo único o lo primero. Para Cappa, los conquistadores, como Pizarro, "estaban persuadidos, que si el Pontífice había hecho donación á los reyes de España de los países del nuevo mundo, era para cristianizarlos; y que ellos, aunque soldados, eran eficaces cooperadores á esta grande obra" (Cappa, 1886, p. 7 LII).

El historiador jesuita, describe otros pormenores y apreciaciones de los viajes de Francisco Pizarro, a quien considera "**tan guerrero como político, y tan valiente como cauto**" (Cappa, 1885, p. 8 LII). Pizarro fue el extraordinario hombre que encabezó la "heroica marcha de solo ciento setenta y siete hombres al corazón de un poderoso imperio, y á la presencia de un déspota que podía reclutar sin esfuerzo ciento cincuenta mil combatientes, en más de mil leguas cuadradas" (Cappa, 1885, p. 9 LII).

Cappa destaca el ojo avizor de Pizarro se percata rápidamente del temor que cundía en sus filas al avanzar en territorio incaico: "para que no tomara cuerpo, se hacía necesario atajarlo; **su bravura y prudencia** le hicieron tomar una de esas determinaciones que le eran tan peculiares" (Cappa, 1885, p. 11 LII énfasis añadido). En este caso instar a los que sintieran temor, a volver a San Miguel de Tangarará, y no continuar hacia Cajamarca.

Francisco Pizarro disimula bien ante los enemigos y actúa eficazmente. El historiador español describe los momentos previos al famoso encuentro con el inca en Cajamarca, y destaca siempre el temple del capitán extremeño:

> ***Pizarro no titubeó ni un solo instante**, su poder estaba en el prestigio; no marchar directamente al encuentro de Atahualpa, sobre todo*

habiéndoselo prometido, era revelar un temor presagio cierto de la derrota". Arrojarse á las profundas quebradas de la sierra, bajarlas por escabrosísimas sendas para coronar en la subida las mesetas donde los destemplados vientos están en continua pugna, mostrarse inaccesibles, en una palabra, á los rigores de la naturaleza é incontrastables á los hombres, era lo que á juicio del ***indomable jefe*** *debía hacerse sin demora.* ***Arengólos con aquella elocuencia sencilla y enérgica que tan bien poseía****, díjoles que, pues su principal objeto era la dilatación de la fé en tan vasto reino, no faltaría Dios en ayudarlos en la necesidad, como hasta entonces lo había hecho* (Cappa, 1885, p. 12 LII énfasis añadido).

Pizarro llamaría a sus principales hombres para deliberar con ellos como debía hacerse la jornada, ya que el conquistador "nunca emprendía cosa de importancia sin aconsejarse", describe Cappa. Para el padre jesuita: "… había llegado el **momento señalado por la Providencia** para que el vasto imperio de los incas fuera iluminado por los rayos de la fé, con el conocimiento del Dios verdadero y de la dignidad del hombre, y pasaría a formar parte de la monarquía más cristiana, más grande y más civilizadora, de que hay mención en los anales del mundo (Cappa, 1885, p. 14 LII énfasis añadido). Cappa introduce una cita de Tomás Bossio, quien señala que: "Desde que Adán tuvo hijos, no ha habido nación alguna que haya atraído tantos pueblos al conocimiento de la religión verdadera, ni que los haya reducido á la observancia de unas mismas leyes, como lo ha hecho la nación española (Cappa, 1885, p. 14 LII).

Cappa repite la famosa versión de como un castellano alza la espada para descargarla sobre Atahualpa, durante la emboscada en Cajamarca, donde Pizarro ampara el golpe en su mano y grita desaforado «nadie hiera al indio pena de la vida» (Cappa, 1885, p. 17 LII). El jesuita señala que la conducta de Pizarro ha recibido los injustos calificativos de *pérfida, vandálica, inicua*, etc.; los cuales rechaza. Sería absurdo esperar pasividad en los conquistadores, además, argumenta Ricardo Cappa:

Y para causar el debido patético efecto, pintan, como es natural, á Atahualpa cual manso cordero y confiado joven. Aunque estemos completamente persuadidos que Pizarro abrigó siempre en su pecho y acarició en su mente la idea de apoderarse del inca, al menos desde el momento que tomó la ruta de Cajamarca, ***no por eso creemos que la***

> ***conducta de este gran conquistador merezca los susodichos dicterios***. *Ante todo, es necesario recordar la situación crítica á que los españoles se veían reducidos, y las inequívocas pruebas que tenían de las intenciones del inca. ¿Qué habían de hacer? ¿Dejarse coger para ser ofrecidos en sacrificio al Sol, dios del imperio, ó esperar resignadamente á que las tropas del inca tomaran las posiciones que quisieran, para así apoderarse de ellos con más comodidad?* (Cappa, 1885, p. 18 LII énfasis añadido).

El historiador Ricardo Cappa, plasma en su obra dos argumentos centrales para justificar la conquista y el accionar de Francisco Pizarro frente a Atahualpa:

> ***Pizarro y los suyos defendieron sus vidas valiéndose del derecho que todo hombre tiene cuando es atacado por quien cree injusto agresor;*** *y que para aquellos españoles era tenido Atahualpa por tal. Es claro como la luz del día, desde el momento que consideraban sus dominios como pertenecientes de derecho al rey de España, de quien los conquistadores se llamaban súbditos* (Cappa, 1885, p. 19 LII énfasis añadido).

En segundo lugar, añade Ricardo Cappa:

> ***La prisión de Atahualpa fue además de justa, política, porque con ella se allanaba la conquista sin sangre****; fue noble, pues solo se empleó para ello un ardid de guerra y con un enemigo no solo inmensamente mayor en número, sino disponiéndose a jugar las armas que llevaba ocultas, y á corta distancia de 20,000 y más que las tenían en las manos* (Cappa, 1885, p. 19 LII énfasis añadido).

Cappa rechaza la "candidez" de algunos historiadores de su época, quienes sostenían que Atahualpa no tuvo la menor intención de apoderarse de los españoles. Considera que las crónicas son claras al respecto. "Lo que sí aparece con bastante claridad es, que este (Atahualpa) los tuvo en poco, y así los dejó internarse bien adentro con la seguridad que se había de cumplir el oráculo que consultó, cuya respuesta fué, como hemos dicho antes, favorable á las armas del inca" (Cappa, 1885, p. 19 LII).

Cappa juzga en extrema la pasividad de los indios en Cajamarca, y resalta el rechazo de Pizarro hacia la crueldad inútil, además de su extrema previsión frente a lo que podría acontecer próximamente. Nuevamente, se alude a una supuesta entrega sexual

(masiva) de las mujeres indígenas hacia los vencedores hispanos; un tópico dentro de las crónicas sobre la conquista de Centroamérica, y que se ha venido en llamar hoy la "conquista erótica de las Indias". Escribe Ricardo Cappa:

> ***Los indios se dejaban tomar como las llamas****; de estas y de aquellos trajeron en tanto número que Pizarro los soltó á casi todos. Algunos soldados españoles temerosos de que volviendo en sí los indios se reunieran de nuevo y atacaran,* ***propusieron que se les cortara la mano derecha; rechazó Pizarro tan cruel medida****, y se contentó con inutilizar cuantas armas pudieron haberse.* ***Tras los treinta ginetes se vinieron cinco mil indias que holgaron con los vencedores.*** *Pizarro que no se dormía á la sombra de los laureles, comunicó sin pérdida de tiempo la noticia á San Miguel, para que en la primera oportunidad la remitieran á Panamá, seguro que ella atraería voluntarios para finalizar la conquista, Y como era* ***capitán en extremo prudente****, no dejó tampoco que sus soldados se entregaran á la licencia (casi siempre inevitable después de la victoria) sino que los ocupó en sustituir la cerca de la plaza con una muralla de quinientas cuarenta varas de longitud por tres de altura, y en otras obras de fortificación que juzgó necesarias para la seguridad de su pequeña columna* (Cappa, 1885, pp. 20-21 LII énfasis añadido).

Cappa dedica espacio a la descripción de la expedición de Hernando Pizarro hacia Pachacámac, quien al ver a los indios, procuró "desengañarlos de sus idolatrías", destruyendo el ídolo de madera que se hallaba en el centro ceremonial. También se describe el traslado de los metales preciosos hacia Cajamarca:

> *Con las cargas de oro y plata que los caciques del tránsito proporcionaron, y el poco oro oxidado que se halló en Pachacamác, tomó Hernando la vuelta de Cajamarca.* ***El pueblo veía esto con la mayor indiferencia****; no por pura sencillez como indican los historiadores poetas, sino con aquella* ***indiferencia con que en general vemos todos disponer de lo que ni nos pertenece ni nos sirve*** (Cappa, 1885, p. 23 LII énfasis añadido).

El padre Cappa censura la conducta que en el Cuzco tuvieron los tres enviados de Pizarro (Soto, Belalcázar y Mena); para el historiador jesuita la actitud o

comportamiento de los capitanes "fué no solo impolítica, sino descomedida y brutal. Burláronse de las costumbres de la corte inca y de sus nobles; violaron las vírgenes del Sol y exigieron con demasiado imperiosos tesoros del templo. Afortunadamente solo permanecieron en el Cuzco algo mas de una semana" (Cappa, 1885, p. 23 LII). Cappa critica la innecesaria crueldad y accionar abusivo de los hispanos en este escenario, en la medida que resultaba algo impolítico o no adecuado para los intereses de los conquistadores. Refiere el padre Ricardo Cappa:

> *El camino fué una ovación completa, y su recepción en el Cuzco sorprendente. Pero abusando de la autoridad del inca, se enagenaron las simpatías de la corte y del pueblo por sus reiteradas tropelías, y procuraron despacharlos cuanto antes con todo el oro que pudieron recoger.* ***Jamás se habrá presentado en la historia de las conquistas de todo el mundo una ocasión mas propicia que esta para acabar pacíficamente con un grande imperio*** (Cappa, 1885, p. 23 LII énfasis añadido).

Para Cappa, con mejor discernimiento, estos tres hombres hubieran predispuesto en favor de los conquistadores, a toda la nobleza incaica y su pueblo. Cappa tambièn aborda el tema de la futura discordia en Pizarro y Almagro, alimentada por subalternos interesados. Sin embargo, juzga Ricardo Cappa:

> *... debemos confesar que la conducta de ambos caudillos estuvo muy por encima de la que en semejantes casos se sigue de ordinario, no por hombres de la condición de los conquistadores del Perú, sino de personas de mas alta gerarquía, educación y posición social. Pizarro fué prudente, no dio crédito á las hablillas del vulgo; juzgó como debía de la natural rectitud y bondad de Almagro* (Cappa, 1885, p. 25 LII).

Se describe la férrea disciplina de los jefes conquistadores frente a sus hombres, prohibiéndose severamente, por ejemplo, que los soldados molesten a los indios de tránsito. Dice Cappa: "Pizarro que hizo ahorcar á un soldado español en Cajamarca por haber arrebatado á una india sus adornillos de oro. Con esto mantenía el conquistador la disciplina entre los suyos, y se hacía, por su justicia, formidable á los indios" (Cappa, 1885, p. 25 LII).

Sobre el botín reunido en Cajamarca, y las demás riquezas como las halladas en la ciudad del Cusco, afirma el padre Ricardo Cappa:

> *(no) habrá ejemplo en la historia de botín tan honradamente y por tan largo tiempo custodiado por aventureros, y entre ellos repartido… Se hizo el reparto según la voluntad de Pizarro, quién invocó el auxilio de Dios, para hacerlo con toda justicia según los méritos de cada cual… fué el conquistador bastante moderado en lo que se tasó (para sí mismo). Los demás participaron del botín según sus méritos. La repartición dejó contentos á todos, pues ningún autor acreditado hace mención de lo contrario* (Cappa, 1885, pp. 26-28 LII).

Según Cappa, el crimen de Pizarro no fue dar muerte al inca Atahualpa, pues en realidad no lo deseaba, sino el no esperar al capitán Hernando de Soto, quien junto a cincuenta españoles más, se oponían a la muerte del soberano. Pizarro quizás por temor a un motín militar, reunió finalmente a un consejo de guerra que "hizo al inca doce cargos, impertinentes once de ellos al asunto principal que constituía el duodécimo, y al que el inca satisfizo debidamente. Tergiversadas en parte y maliciosamente por el intérprete Felipillo las contestaciones de Atahualpa" (Cappa, 1885, p. 28 LII). Finalmente prevaleció entre la tropa el deseo de quitarle la vida a Atahualpa, condenándosele a ser quemado vivo.

Las preguntas al inca durante su juicio giraban en torno a su ascenso poder (legitimidad), la idolatría, el concubinato o poligamia, la muerte de su hermano Huáscar, el incesto, etc. Cappa afirma que "Aunque la materia de las once primeras preguntas era ajena la cuestión principal, nótese el recto juicio que en todas ellas se descubre para la acusación contra un monarca" (Cappa, 1885, p. 29 LII). La última pregunta se dirige a un supuesto plan del inca, para coordinar un ataque militar sobre el campamento español en Cajamarca.

Cappa describe el terror de los indios y las muestras de sentimiento que por la muerte del inca hicieron sus hermanas y concubinas. Quienes entraron en tropel al templo donde se celebraban los funerales de Atahualpa, entre gritos y lamentos muchas se quitaron la vida para poder servir al inca en el más allá. Poco después llegaría Hernando de Soto de su expedición, testificando que no había los ejércitos de Atahualpa listos para atacar, y que el país estaba completamente tranquilo:

> *Pizarro vestido de luto por la muerte del inca, oyó un justo reproche del honrado Soto: disculpóse aquel con Valverde y Riquelme, y estos con él; pero* ***el crimen estaba consumado.*** *Murió Atahualpa á los nueve meses y medio de haber sido tomado, y á los dos y medio de repartidos sus tesoros.* ***Dio pruebas de buen entendimiento y de no común perspicacia. En libertad hubiera sido un enemigo terrible. Si sus crueldades lo hicieron odioso á sus subditos, su trájico fin y lo injusto de su muerte rehabilitó su memoria*** (Cappa, 1885, p. 30 LII énfasis añadido).

El padre Cappa, señala que la clase más vejada durante el incario, era la de los yanaconas, quienes fueron los primeros en lanzarse contra sus antiguos amos. Además, "los caciques desposeídos por Atahualpa vindicaron ó trataron de vindicar lo suyo: hubo incendios, robos, muertes, etc. Los españoles hallaron pronto aliados, como no podía menos de suceder; las mujeres en especial manifestaban su predilección por ellos" (Cappa, 1885, pp. 30-31 LII). El general indígena Rumiñahui se presentaría en Quito con sus tropas; donde mató a los hijos de Atahualpa, y se propuso coronarse separando a Quito del Cuzco. "En una ocasión dijo á unas indias nobles que si los barbudos se apoderaban de Quito, ellas holgarían con ellos, hizo enterrar vivas á cuantas no desagradó la sospecha" (Cappa, 1885, p. 31 LII).

Al igual que otros historiadores, Cappa describe que: "Pizarro temiendo las consecuencias de aquel desborde social, y deseando dar á entender á los indios que no querían destruir el imperio, juzgó necesario dar al pueblo un rey de la raza inca que con el apoyo de los conquistadores pudiera tenerlo á raya" (Cappa, 1886, p. 31 LII). Nombrándose finalmente a Toparpa como soberano inca. Cappa, se adelanta a varios historiadores del siglo XX, y reconoce el colaboracionismo de varios pueblos para la conquista hispana, **"Aunque los historiadores nada dicen de las tropas indias auxiliares, creemos que á ellas se debería en gran parte el buen éxito de esta acción"** (Cappa, 1885, p. 32 LII).

Durante la marcha hacia el Cusco, Pizarro y los suyos tienen contacto con el general incaico Calcuchímac, quien finge aliarse a ellos, y finalmente da muerte al nuevo inca Toparpa, por ello: "se le quemara vivo, castigo que en aquella época se aplicaba á los gentiles, reos de muerte por delitos, y a los herejes obstinados. El viejo guerrero **se**

revistió del estoicismo de la raza india, y se echó al fuego gritando Pachacamác, Pachacamác…" (Cappa, 1885, p. 33 LII énfasis añadido).

Cappa, nuevamente destaca la disciplina que Pizarro había establecido entre sus soldados, al punto de que ninguno se atrevería siquiera a tomar una mazorca de maíz sin su permiso; y que más bien fue: "por el deseo que tendrían los de Almagro de igualarse en riquezas á los participantes del rescate, podemos fundadamente creer que los de este caudillo serían los más activos en las requisas que se hicieron en los edificios públicos. Las casas particulares fueron respetadas de orden de Pizarro" (Cappa, 1885, p. 34 LII). Por otro lado, destaca que: "Los indios veían con indiferencia pasar el oro de los palacios de los incas al poder de los conquistadores; no lo perdían, pues nunca lo habían poseído, ni conocían aún la necesidad que de él tendrían en breve" (Cappa, 1885, p. 34 LII).

En otro fragmento, apunta Ricardo Cappa: "Si es cierto como cree Prescott apoyándose en dos historiadores españoles y de la conquista, que Pizarro dijo á Manco que él había venido desde España para hacer justicia á Huáscar y deponer á su rival, nos vemos en la necesidad de colocar á **Pizarro casi, casi al nivel de los mas acreditados diplomáticos modernos"** (Cappa, 1885, p. 34 LII, énfasis añadido).

Señala Cappa, que el juego, vicio fatal inherente a todo campamento, tomó serias proporciones, pero a pesar de ello: "Pizarro aunque muy aficionado á este funesto entretenimiento, no descuidaba los asuntos más urgentes para el establecimiento de un gobierno sólido y duradero" (Cappa, 1885, p. 34 LII). Así, por ejemplo, el templo del Sol fue convertido en el convento de Santo Domingo, "aquel Coricancha donde solo penetraban algunos pocos de la estirpe real y en determinados días, estaba de continúo abierto á indios y españoles, **no ya para repugnantes sacrificios humanos**, sino para la inmolación del hijo de Dios en el incruento sacrificio de la misa" (Cappa, 1885, p. 34 LII, énfasis añadido).

Ricardo Cappa, a lo largo de sus páginas sobre la historia de la conquista, destaca el valor y brillo de otros jefes españoles, sus sacrificios durante las duras expediciones, la lealtad y sentido del honor en líderes como Diego de Almagro, así como también la conducta incivilizada de los aborígenes, como el canibalismo de los centroamericanos traídos a estas tierras del sur. Finalmente, reflexiona sobre la colonización emprendida

por Pizarro en el territorio incorporado al imperio español y el mundo cristiano. Señala el historiador jesuita Ricardo Cappa:

> *Muchos españoles escogieron la provincia que mas les plugo para vivir en ella tranquilamente, á los cuales el gobernador asignaba un cierto número de indios que el colono instruía en la doctrina, y en las artes propias del oficio que tenía. Así empezaron á fundarse muchos pueblos que, gobernados en su auge por el primer poblador y por el cura ó fraile que aquel tenía cuidado de llevar, fueron la genuina expresión del sentimiento nacional, compendiada en estas tres palabras religión, autoridad, trabajo. Cuando exprofeso tratemos de la colonización, veremos la vida de estos libérrimos procomunales, la gran industria que desarrollaron y la necesidad absoluta de suprimirlos, materia tan importante como desconocida, y que fué repetimos la base de la gran civilización y adelanto que el Perú alcanzó desde mediados del siglo XVII hasta acabar el siguiente.* ***Los espíritus belicosos tenían dilatadas provincias que conquistar, y los misioneros ancho campo en que ocupar su celo****. Todo prosperaba en este corto periodo de paz* (Cappa, 1885, p. 38 LII énfasis añadido).

Sobre el accionar político de Pizarro y Almagro en torno a las posesiones territoriales, explica Ricardo Cappa: "necesario es reconocer en la conducta de estos dos capitanes mucha ligereza; en Almagro, en arrogarse las facultades que todavía no había recibido del rey, y muy pocas ganas ó ningunas en Pizarro, de cumplir lo que suponía había de traer su hermano Hernando" (Cappa, 1885, p. 39 LII). A pesar de todo, señala Cappa: "… tal como estaban las cosas pudo Pizarro, sino con prudencia y magnanimidad, al menos sin injusticia transferir el mando de manos de Almagro al de otro, puesto que por vía de hecho y de derecho, el mando general estaba íntegro en las del adelantado y gobernador D. Francisco Pizarro" (Cappa, 1885, p. 39 LII).

Atención merece las apreciaciones de Cappa sobre los incas, la nobleza y el divisionismo alentado por los "beneficios" traídos por el dominio hispano. Afirma el padre Ricardo Cappa:

> *Si la nobleza y el sacerdocio incas se veían descendidos de su alto rango, natural era que pugnaran por conquistarlo; mas el pueblo en general, y*

> *los yanaconas y mitimaes en particular, se gozaban en la humillación de aquellos, y no estaban por volver á tomar la conyunda de los incas, toda vez que saboreaban en las encomiendas, los beneficios de la conquista* (Cappa, 1885, p. 43 LII).

Otro beneficio de la conquista hispana sería el alimenticio, según Ricardo Cappa: "… prolongado ayuno á que sus incas lo tuvieron reducido. Juzgo que la prodigalidad de los españoles quedó reducida á dejar comer á los indios peruanos cuanta carne y maiz quisieran" (Cappa, 1885, p. 48 LII).

En última instancia, el fracaso del sitio del Cusco por Manco Inca en 1536, se debería a la falta de cohesión de los indios, y que muchos de estos verían más favorable un gobierno hispano antes que uno incaico, según Ricardo Cappa:

> *Es innegable que si todo el ejército inca hubiera peleado con el tesón que nuestro guía en este famoso sitio supone, no habría sido posible el que tan pocos españoles hubieran llevado á cabo tantas proezas. Creemos sí que la nobleza inca y los sacerdotes que eran muchos miles, serían los verdaderamente denodados, y esto basta para no disminuir en lo más mínimo la heroicidad de los sitiados, y para probar que* ***el pueblo no tomó con tanto empeño el exterminar á los conquistadores, con los que se avenía mucho mejor que con sus incas y curacas*** (Cappa, 1885, p. 49 LII énfasis añadido).

Las virtudes de los soldados hispanos son reconocidas a lo largo de las páginas escritas por el padre Cappa, introduciendo citas como las del religioso Bartolomé Herrera (1846): "Confesémoslo, y confesémoslo con placeres: mientras no se mude la naturaleza humana, mientras conserve el sentimiento de lo sublime, los conquistadores excitarán la simpatía, y serán el pasmo universal" (Cappa, 1885, p. 55 LII).

En el relato de la guerra civil que enfrento a los conquistadores, Cappa muestra su juicio favorable a Pizarro y sus críticas al accionar de Almagro, a quien se le reconoce varios méritos, pero se lo juzga negativo en el último tramo de la conquista[38].

[38] Reflexionando sobre el rol del otro socio de la conquista, nos dice Ricardo Cappa: "Acabó D. Diego de Almagro su vida cerca, á lo que parece, de los setenta años. Su franqueza y su prodigalidad le levantaron y le abatieron; era bien visto por ellas, pero no respetado. Juguete de hombres ambiciosos, lo encendían ó aplacaban según sus miras, aunque de suyo se inclinaba a la mansedumbre. Enemigo de hostilidades, hubiera sido leal y fiel en sus

Fallecido Diego de Almagro, el capitán Diego de Alvarado pidió al marqués Francisco Pizarro, la gobernación de la Nueva Toledo para Almagro "el mozo", según había dispuesto el padre de este en su testamento. Pizarro habría contestado que Almagro debido a su rebelión perdía todo derecho, y que "él tenía bajo su mando todo el Perú hasta Flandes", según relata Cappa y otros autores. Añade el historiador de origen hispano:

> *Pizarro ensoberbecido con la victoria de las Salinas, lejos de seguir la conducta conciliadora que había iniciado Hernando para con los partidarios de Almagro, los despojó de sus tierras, y las dio á los de su bando. Con estas medidas andaban los de Almagro tan pobres y desarropados, que apenas podían comprar ropas de indios para cubrirse; salíanse á los despoblados, pues no osaban aparecer entre españoles. Cosa á la verdad triste, pero manifiesto castigo de la providencia, por lás vejaciones que habían hecho á los indios* (Cappa, 1885, p. 68 LII).

Llama la atención la censura de Cappa a la conducta cruel de los almagristas hacia los indios, pero no aparezca una crítica similar respecto a los seguidores de Pizarro durante todas sus expediciones y tomas de ciudades.

Por otra parte, en su lucha contra la resistencia de Manco Inca, Pizarro comete un hecho en particular (asesinato de Azarpay), que amerita la censura del historiador Cappa, aunque solo en una nota de pie de página, o sea marginalmente. Escribe Ricardo Cappa:

> *Pizarro le envió de regalo un hermoso caballo, ropas de seda y otras cosas; pero Manco salió al camino y mató traidoramente á los que le llevaban el presente de Pizarro. Sintió este tanto el hecho, que en el mismo lugar donde se cometió el asesinato, hizo azotar y asaetear á una de las mujeres de Manco que habían tomado presa los españoles.* ***Desagradó***

palabras y contratos, si se hubiese gobernado por sí mismo. En la rivalidad de los Pizarros mas fué sostenido como instrumento para dañarlos, que por sus dotes de mando… Si bien es cierto que sin Almagro no se hubiera llevado á cabo (cuando se llevó) la conquista del Perú, no lo es menos que fué el hombre mas perjudicial que á él vino. **Como segundo de Pizarro hubiera sido el ídolo de todos; como antagonista, le fué muy inferior. Con capacidad para concebir un vasto plan, y sin constancia para ejecutarlo, fué una gran remora para que Pizarro no desenvolviera, sino en parte, el de conquista y colonización; dejó en el país el germen de la gran guerra civil que se siguió á esta primera, y quizá dé la segunda. Su muerte, si bien dolorosa, fué en cierto modo necesaria: con ella se abrió camino á la civilización de los chunchos y á la conquista de Chile".** *Historia del Perú*, libro II (1885), pp. 62-63, énfasis añadido.

este desquite pues fué, á la verdad, muy poco digno (Cappa, 1886, p. 67 LII, énfasis añadido).

Ricardo Cappa, finalmente tras un relato vívido de la conspiración almagrista, y el fatal desenlace de Francisco Pizarro hacia 1541, hace una larga semblanza del conquistador español:

> *Don Francisco Pizarro es un elocuente ejemplo, del fatal vacío que en el hombre deja el descuido de la educación en la niñez, y el de la instrucción en la juventud.* ***Si a las excelentes dotes que recibió de la naturaleza se hubiera añadido el cultivo de ellas, la figura de Pizarro descollaría acabada entre los grandes hombres que han no solo domeñado pueblos, sino dándole leyes y fundado imperios****. Dotado de un entendimiento perspicaz y claro, se posesionaba al punto de la cuestión y la hería de lleno en su parte más vital. Poco escrupuloso en los medios,* ***unía al rudo lenguaje del soldado cierta elocuencia varonil, y el oculto artificio del moderno diplomático. Una voluntad de hierro y una prudencia poco común en los azares de la guerra y en el tráfago de los negocios, le dieron siempre el disputado triunfo****. Nunca fué derrotado ni sorprendido; su puñado de aventureros se tomará en todas partes como modelo de disciplina militar, donde todo convide al desenfreno y al pillaje. Cada paso de Pizarro dejó en el Perú una huella indeleble. Piura, Trujillo, Jauja, Lima, Huamanga, La Plata, Arequipa y Huánuco; ocho ciudades fundadas en menos de siete años; Túmbez, Cajamarca, Puerto Viejo y el Cuzco notablemente mejorados y todo entre los azares de lo conquista y de la guerra civil,* ***serán siempre el pedestal sobre que se eleve la gloria de Pizarro****.* ***Con estas grandes fundaciones echó el cimiento al comercio y las artes, y quebró los bríos de las tribus rebeldes****. Con las encomiendas planteó la agricultura y la industria, la prosperidad y el trabajo organizado, la cultura moral y religiosa, y por la fuerza de las cosas, el espíritu de insubordinación y los abusos,* ***Pizarro igualó en disimulo á Atahualpa y lo superó en astucia****. Venció en el terreno de las felonías á los consejeros de Almagro, y supo conservar su puesto entre los muchos azares de su vida, y sin primados que lo gobernasen. La muerte de Atahualpa le dio el dominio de sus tierras, y la paz de ellas, la de*

Almagro; criminal con aquel, severo con este, lo embarazoso de entrambas situaciones pudiera atenuar resoluciones tan extremas. La elevación al trono de un inca de la sangre después de la muerte de Atahualpa para hacer á su sombra la ***conquista moral y material del Perú****, envuelvo una idea benéfica que honrará siempre á Pizarro, y que unida á otras muchas de sus determinaciones en todo género, lo proclamará consumado político. Enorgullecido con la rota de Almagro, humilló el principio á los partidarios de este más de lo justo, y aunque sin esperanza de arreglo por la altivez de aquellos, debió tantear con dádivas la fusión de ambos partidos, antes de que se hubiera llegado al a tirantez postrerma. Rebeldes y obstinados los de Chile, hubiéralos domado enviando á España á D. Diego, y dispersando á sus secuaces—sano consejo de Hernando—pero temió la presencia del hijo de Almagro en la corte de España, y la ambición del mando deteniéndole á su lado, le acarreó la muerte. Se acusa á Pizarro de poco precavido en esto; pero, era prudente exasperar á los de Chile con medidas ostensivas de fuerza, ó dar pábulo con ellas á interpretaciones de rebelión contra el comisario regio, próximo á llegar?* ***Prodíganse también al conquistador Pizarro los dicterios de pérfido, doblado y falso y otros análogos, con sobrada pasión, sin querer ver que usó de iguales armas que sus contrarios, y que defendió mejores causas.*** *Se valió de allegados para cargos honrosos, y recogió los consiguientes daños; mas aún en la elección fué cuerdo. Hernando no obstante su altivez, fué gran político y gran protector de los indios. Juan fué un excelente capitán y camarada; llamósele el Bueno. Gonzalo el paladín de la conquista, fué siempre el ídolo de los soldados. Volviendo al marqués Pizarro,* ***ningún aventurero conquistó más tierras, ni tuvo menos recursos para conquistarlas, ni cambió mas pronto benéfica y radicalmete el modo de ser de ellas, ni dio más riquezas á su patria, ni le fué mas fiel, ni le gastó menos, ni atesoró más, ni les dio mejor empleo.*** *Era sobrio en la comida, vestido y sueño; llano en el trato con todos, aunque algo áspero de condición; puntual é incansable para el trabajo; maduro en el resolver y pronto en el ejecutar; caritativo sin humillar al que daba; enemigo de gastos superfluos, empleó grandes sumas de su pertenencia en obras de utilidad común;* ***nunca tomó***

> ***posesión de un gran territorio con veinte mil indios de encomienda que le concedió la corona, y se le llama avaro! En Pizarro, tanto lo bueno como lo malo, vá revestido de cierta frialdad política (así á lo Bismark) tal, que en lo primero admira sin cautivar, y en lo segundo irrita.*** *Con buena educación en la niñez, hubiera pulido aquella gran energía de alma y quitádole la aspereza que en él desarrolló la vida del campamento, ó entre salvajes, ó en los manglares, ó al frente de soldados voluntarios y atrevidos, ó gobernando colonos turbulentos. Con la instrucción hubiera dado á sus grandes hechos ese brillo que tanto agrada y que solo es capaz de dar el bien cultivado entendimiento.* ***Las simpatías de la América en general están por Almagro, que nada hizo en ella de notable sino oponerse á Pizarro; y Pizarro por lo mucho que hizo en ella de notable, solo cuenta en la América con una mortal antipatía. El nuevo-mundo propende á olvidar y despreciar lo que recibió del viejo, y por eso su amor propio se rebela contra el hombre que echó los grandes cimientos del bienestar moral y material de toda la América del Sur que baña el mar Pacífico*** (Cappa, 1886, pp. 73-74 LII, énfasis añadido).

El historiador Ricardo Cappa, representa al conquistador Francisco Pizarro como un personaje de la mayor valía, y de un legado que trasciende largamente lo material (fundación de ciudades, introducción de modos de producción, comercio, etc.). Solo la ausencia de una educación formal, limitaría a Pizarro el alcanzar el rango de personaje universal. Aun así, se reconoce en él ser el portador de los dones de la civilización europea, para trasladarlos y afincarlos como ningún otro, a esta región de América. Pizarro demostró sobradamente su superioridad sobre otros destacados personajes, como el emperador inca Atahualpa o su socio Almagro, al decir de Cappa.

El historiador jesuita iguala y supera a historiadores como Sebastián Lorente, en su visión afirmativa de Pizarro y su aporte a la historia americana. Cappa da continuidad de las ideas y juicios de Bartolomé Herrera, en torno al significado de **la conquista española como cruzada moral y cristiana**. Cappa sobresaldrá aún en España, como autor que busca cultivar la historia de la grandeza hispana, y su huella positiva y definitiva sobre América. En ese sentido, afirma Ricardo Cappa:

> *Y una vez conquistado el imperio de los incas, Pizarro lejos de absorber la acción de sus compañeros centralizándolo todo en su mano, dejó á cada cual en libertad de gobernar su encomienda á su modo, y á los que fundaban pueblos, que se dieran las leyes municipales más en armonía con sus necesidades. Únicamente se encargaba á todos la conversión y buen trato de los indios. Esta conducta no solo estaba en consonancia con la índole de aquellos que se pusieron á las órdenes de Pizarro porque quisieron, sino con* ***el carácter de este gran conquistador poco amigo de pequeñeces*** *y sacudido, y más aun porque surgía de la misma necesidad que reclamaba* (Cappa, 1886, p. 76 LII, énfasis añadido).

El conquistador militar convive con el colonizador pacífico, ambos permiten construir un país, sobre los escombros de la nación india, según Cappa. Se elogia además el carácter privado de la conquista, la iniciativa personal y sin apoyo de la corona. La conquista de América es la mayor epopeya hispana del siglo XVI en la visión del historiador jesuita y otros autores nacionalistas. Escribe el padre Ricardo Cappa:

> *Esta virilidad se extendía no solo á las fundaciones de pueblos y plantíos; abarcaba además un espíritu de descubrimiento tanto mas levantado cuanto mayores eran los peligros que ofrecía cada expedición. Los que gustaban de esta clase de vida se agrupaban voluntariamente en torno de algún capitán atrevido, y se lanzaban á nuevas conquistas tras imperios á quienes llevar la fé, y tras quiméricos tesoros. Los de índole mas suave é inclinados á la tranquilidad de la vida agrícola, ó se metían en sus encomiendas si las tenían, ó se agregaban á algún puñado de colonos que sin más preeminencias unos que otros, trataban de consuno en adelantar con su trabajo el pueblo que fundaban. Esta fué la base, eminentemente democrática, del coloniaje. Hubo pues una completísima libertad de acción, necesaria al principio y necesariamente restringida después que los españoles con su sudor y con su sangre, ó derramada ó mezclada con la de las mujeres del país, formaron un nuevo pueblo, parte con los escombros del de Manco, parte con los nuevos elementos de creencias y cultura que de los conquistadores recibieron los antiguos peruanos. Cuando el historiador inglés Mill sentaba como principio de economía política que «siempre que la cosa pueda ser mejor hecha por los*

> *particulares que por el estado, lo que sucede de ordinario, confiaos en la industria privada» quizás tuviera ante los ojos que los españoles, sin cursos de economía política, habían, decennios antes que el naciera, planteado su flamante teoría. Por igual libertad de acción individual aboga el escritor colombiano Sr. Samper en su "Ensayo sobre las revoluciones, etc.", aunque á juzgar por el contexto de su primer artículo parece que ignora cuan grande fué en la conquista. Con el parecer de estos dos escritores y más aun con la* ***exhuberancia de virilidad desplegada por los hijos del pueblo español en esta gran epopeya de la conquista del nuevo mundo****, forma desapacible contraste la idea enunciada por el Sr. Mendiburu en su Dic. Biográfico del Perú, nombre Pizarro (D. Francisco), de que la conquista debió haberse hecho á espensas del gobierno, con jefes y soldados militarmente organizados* (Cappa, 1885, p. 77 LII, énfasis añadido).

Se rechaza el discurso liberal que pregona la leyenda negra sobre España. Para Cappa, el liderazgo de España es notable, por defender el catolicismo ante el avance del protestantismo, al cual frena; o por tener una Inquisición que antes que derramar sangre, ahorró mucho de ella en el cumplimiento de sus altas funciones. España sobresale así ante las otras naciones europeas[39].

El padre Ricardo Cappa apunta: "Si supo ó no la España llevar con el debido pulso la conquista, díganlo los hechos". Y se responde que ya a los setenta años de descubierta la América, los hispanos no solo habían cruzado y rodeado el continente, sino que habían fundado dos grandes virreinatos, cuya cúspide se aprecian en el siglo XVIII (Cappa, 1885, p. 78 LII).

[39] Al respecto señala el padre Ricardo Cappa: "Al decir de los liberales, la España era fanática, tenía una Inquisición que amordazaba el pensamiento, unos reyes déspotas, y un pueblo que ni pizca entendía de sus derechos: batallábamos neciamente en contra de la Alemania, Inglaterra y Holanda protestantes, y de la Francia calvinista (y favorecedora del turco.) Al decir de los anti-liberales, la España luchaba sola contra toda la Europa para atajar el fanatismo luterano y calvinista, tósigos religiosos y sociales; tenía una Inquisición que ahorró mucha sangre con su (aunque se escandalicen algunos cándidos lectores) prudencia, suavidad y enérgica constancia; unos reyes que, si como hombres tuvieron sus defectos, fueron excelentes monarcas, y un pueblo que mas se cuidaba en desechar torcidos que en buscar derechos. Cualquiera de los dos cuadros que abracemos, nos diferencia esencialmente del resto del mundo civilizado y por civilizar". *Historia del Perú*, libro II (1885), pág. 77

Cappa replica los escritos del colombiano Samper, para quien los conquistadores pertenecían a pueblos muy distintos: castellanos, aragoneses, andaluces, vascongados, algunos portugueses o italianos; sin embargo, todos tenían el mismo pensamiento, la misma aspiración: el oro. Cappa considera que los altos fines religiosos, no están divorciados de la naturaleza humana (deseos de gloria y riquezas), y que las armas hispanas no pueden limitarse a las palabras de prédica. Señala Ricardo Cappa:

> *Discordamos en el objeto principal de la identificación de pensamientos y aspiraciones. Analizaremos rápidamente el porque siendo los conquistadores de caracteres tan diversos como los puntos donde nacieron y se criaron, fueron tan unos en las tan variadas naciones que conquistaron. Dos fuerzas concurrieron simultáneamente en los hombres que emprendieron y dieron cima á la conquista, que fué la resultante de aquellas.* ***El deseo vehemente de dilatar la fé católica, y el de adquirir un nombre glorioso*** *á los ojos de sus conmilitones;* ***no excluyeron estos dos fines el de adquirir riquezas****; entró también este fin, pero como secundario. Es necesario no olvidar que los españoles conquistadores de América eran ramas del mismo árbol que las extendía sobre la Alemania protestante, y que todas estaban alimentadas de la misma savia.* ***Unos hijos de España peleaban en el centro de Europa con la palabra, y con las armas cuando era necesario; otros en la América solo con estas, porque eran las únicas que podían esgrimirse en un pueblo tan rudimentario****; el fin, el mismo en uno y otro mundo; en el viejo conservar la verdadera fé, y en el nuevo disponerlo para recibirla; en aquel pelear por la verdad, y en este por introducirla; en uno y otro por la única libertad posible, por la razón, por la justicia, por la dignidad humana.* ***Se necesita ser muy miope en historia para no ver que los hombres pueden proponerse sinceramente fines en gran manera religiosos, y sin embargo mostrar en la ejecución que no se despojaron de la naturaleza humana*** (Cappa, 1886, p. 79 LII, énfasis añadido).

Según Cappa, el espíritu general de las cruzadas estaba muy arraigada en la Europa anterior a la conquista: “fue una gran fé arraigada en pueblos guerreros que se propusieron realizar una idea religiosa; la de libertar los Santos Lugares del poder de los infieles, y quebrar los brios á los invasores musulmanes” (Cappa, 1886, p. 79

LII)[40]. Cappa rechaza que los altos ideales y objetivos de las cruzadas sean reducidos a simples ánimos de devastación y pillaje[41].

El padre jesuita argumenta que las faltas de los conquistadores fueron faltas comunes, y que su supuesta codicia y avaricia contrasta con sus vidas, pues la mayoría de ellos murieron sin mayores riquezas. Escribe Ricardo Cappa:

> *Si cada mina y aun cada veta que se descubre, aun ahora ocasionan homicidios y todo género de delitos, es mucha simplicidad alborotarse por los excesos de la conquista: lo raro no es esto, sino lo otro que hizo aquel puñado de hombres cuyo molde se quebró.* ***Los que se contentan con superficialidades no ven en los españoles de la conquista mas que unos hombres desaforados y codiciosos, sin detenerse á estudiar que en ellos había otras buenas cualidades****, no siendo la menor un desinterés que contrasta con el deseo de adquirir, porque este no era el que engendra la sórdida avaricia, sino el que brota del deseo de singularizarse en la ostentación y despilfarros. Rarísimo fué el conquistador que murió rico* (Cappa, 1885, p. 80 LII, énfasis añadido).

El padre Cappa juzga exageradas los relatos sobre la destrucción de edificios y objetos en ciudades como el Cusco, considerando estos de poco valor, y enfatizando el marcado ánimo anti-hispano cuando se denuncian estos eventos. Cappa compara el valor estético y cultural de los objetos incaicos (cerámica, escultura) respecto al arte y cultura mediterránea, considerando a los primeros como simples "mamarrachos":

> ... ***los daños causados en el templo del Sol, quipus, etc., no es otra cosa sino exprimir la materia para ver si da siquiera una gota más de odio***

[40] Apunta sobre esto el historiador jesuita Ricardo Cappa: "Los excesos cometidos en Semlín por las tropas de Pedro el Ermitaño, las tropelías de los cruzados acaudillados por Gosschalk y acuchillados por los búlgaros; los saqueos de las casas, palacios é iglesias de Bizancio; los tres incendios que sufrió, y los crímenes en ella y otras partes perpetrados hasta excitar las quejas é indignación de Inocencio III, materia es que angustia el ánimo. Las discordias nacidas en el sitio de Charan entre Bohemundo, Tancredo, Balduino del Bourg y Josselin de Courtenay; las rivalidades entre el rey de Francia Felipe Augusto y el de Inglaterra Ricardo Corazón de León, malograron en parte tantos y tan generosos esfuerzos del Occidente. ¿Diremos, con todo, que las cruzadas fueron una especulación á mano armada sin mas pensamientos ni aspiraciones que la devastación y el pillaje?" *Historia del Perú*, libro II (1885), pp. 79-80

[41] El padre Cappa apela nuevamente a las reflexiones del obispo de Arequipa, Bartolomé Herrera: "No digo yo que los conquistadores de América no desearan el oro. Lo deseaban y no podía dejar de ser; pero sabían que mucho mas arriba del oro hay una esfera en que el hombre se engrandece sirviendo á Dios y á la humanidad; deseaban gloria, y deseaban propagar la religión que en la flaqueza de la pobre humanidad, amaba con ardor la España" *Historia del Perú*, libro II (1886), pág. 80

> ***contra los conquistadores. Lo único que en el Coricancha valía algo, era la materia bruta de oro y plata que en él había. Por lo demás era un casuchón techado de paja***. *Pero si lo perdido en la toma del Cuzco, guardara proporción con los aspavientos de algunos escritores, mayor sería el duelo de los sabios y artistas por la pérdida de los quipus, que por la riquísima biblioteca de Constantinopla formada por Focio, en la que perecieron las obras clásicas de Polibio y de Diodoro; parte de las de Aristóteles, las de Dionisio de Halicarnaso y otros excelentes escritores de la Grecia. Al oir hablar de la destrucción de las estatuas que representaban á los incas y sus mujeres, (que por cuanto de la escultura hallada en los huacos podemos juzgar* ***serían unos mamarrachos****); no parece sino que los conquistadores despedazaron la estatua de Beleforonte montado sobre el Pegaso, ó la de Paris en actitud de entregar á Venus la manzana de oro* (Cappa, 1885, p. 81 LII énfasis añadido).

La guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, para Cappa, citando al cronista Oviedo, fue una carnicería donde hombres, mujeres y jóvenes fueron aniquilados o repartidos entre los vencedores. En ese sentido, Cappa escribe: "Calcúlense las víctimas de esta guerra inevitable, y véase que son en su comparación los tres ó cuatrocientos que morirían en Cajamarca, y los quince ó veinte mil indios que morirían á manos de los españoles en cuantos encuentros tuvieron, hasta la completa pacificación de la tierra" (Cappa, 1885, p. 81 LII). Comparativamente entonces la conquista española, deja menos víctimas que la guerra civil entre los incas, según Cappa. Por otro lado, el contacto con España supondrá para los indígenas, el acceso a numerosos bienes, entre ellos diversos animales y cultivos. La superioridad moral y material europea sobre los incas resulta evidente para el padre Ricardo Cappa:

> *Si bajo este aspecto* ***la conquista fué un beneficio, fuélo también bajo el de los grandes elementos de riqueza y prosperidad que en la América introdujeron los españoles***. *En la idea que dimos de la* ***constitución interna del imperio de los incas****, vimos que* ***no tenía elemento alguno de prosperidad ni moral, ni material***. *Sin propiedad individual, sin moneda, sin conocimientos del arte de escribir, despotizados por hombres que se decían de raza divina, etc.,* ***no es de extrañar que en doscientos cincuenta ó trescientos años de dinastía incásica, no se dieran mas pasos que los***

> ***iniciados por Manco-Capac***. ***Ninguna probabilidad había al tiempo de la conquista de que el Perú entrara en la carrera de la civilización*** (Cappa, 1885, pp. 81-82 LII énfasis añadido)[42].

Otro beneficio de la conquista hispana seria la liberación de las mujeres aborígenes de la opresión de sus propios pueblos, según Cappa. La subyugación de la mujer indígena, cambio hacia una sociedad más tolerante y respetuosa de los derechos femeninos. Las uniones matrimoniales entre españoles e indias, legitimaba a estas en su calidad de esposas, ahora portadoras de derechos, al decir de Cappa.

> *A estos gérmenes de pública prosperidad deben añadirse otros que dulcificaron las costumbres.* ***La igualdad cristiana entre los cónyuges libertó á las mujeres de la bárbara opresión en que las tenían los hombres, haciéndolas trabajar y cargar como bestias. ¡Qué revolución moral tan benéfica no causaría en el Perú, ver á aquellos conquistadores tan pujantes en las batallas y siempre victoriosos tomar las indias por lejítimas esposas!*** (Cappa, 1886, pp. 82-83 LII énfasis añadido).

Los hispanos demostraban su grandeza moral al admitir estas uniones, igualándose así a los indígenas y la descendencia mestiza. Sin embargo, según Cappa, serán los criollos ("raza blanca peruana"), los que alentarán el desprecio hacia los indios y mestizos, mas no los españoles peninsulares. Escribe Ricardo Cappa:

> ***¡De qué pensamiento tan grande, tan cristiano, tan humanitario, estaban poseídos los conquistadores al contraer y fomentar estos enlaces! La raza indígena absorbida así en gran parte por la española, hubiera entrado en el goce de multitud de derechos, disminuido en buena parte, y formándose un pueblo nuevo, vigoroso é inteligente, caracteres propios***

[42] En el mismo texto, agrega Ricardo Cappa: "Sus muchas y ricas minas no les eran de utilidad, pues ni sabían beneficiarlas debidamente, y los pocos productos que de ellas sacaban, estaban destinados solamente al inca ó á los suyos: de nada le servía la feracidad de alguna parte do su suelo para salir del atraso en que el Perú se hallaba; porque, como el resto de la América, carecía de las semillas y cereales que ahora le producen no despreciables sumas, y de los medios de exportación y acarreo que con la introducción del ganado gozaron poco después de la conquista. La traída del ganado caballar, vacuno, lanar y de cerda, no solo proporcionó medios de comunicación y alimentos nutritivos y sanos, sino que dio vida á la industria agrícola y manufacturera; la vid, el olivo, la morera y otras plantaciones ya importadas de España, ya cambiadas entre las diversas regiones de la América, fueron otro adelanto desprendido inmediatamente de la conquista; pero adelanto tan grande y positivo, que como en otra parte hemos dicho, y en su sitio quedará probado, **la riqueza de que hoy disfruta la América latina, la debe en su mayor parte á los productos que recibió con la conquista".** *Historia del Perú*, libro II (1885), pp. 81-82, énfasis añadido.

> ***de los cruzamientos de razas tan distantes***. *Pero mientras que los españoles (de España) no se desdeñaban de unirse con las mujeres del país, y los hijos de estas uniones (los mestizos) eran tan considerados como sus padres, los españoles (del Perú), es decir los peruanos blancos ó que tiraban á blancos, desplegaban un odio y saña á muerte contra sus paisanos los indígenas, tan violento, que completamente tronzaron tan bellas y fraternales disposiciones, é hicieron írritas las órdenes expedidas por la corona para que, cuanto fuera compatible con la libertad del hombre, se obligara a los españoles (de España) solteros y más considerados en él Perú, á casarse con las fuisteis ó doncellas nobles de raza inca, para que elevadas á la dignidad de esposas, favorecieran con su posición é influjo á los indígenas, y para que estos vieran que los conquistadores lejos de mirarlos como una raza abyecta la igualaban á ellos. Cuantas veces se presente la ocasión de hacer ver que los criollos (peruanos de raza blanca) fueron los que dieron del pié á esta gran idea, no lo dejaremos pasar desapercibido, porque es de trascendencia en la historia del Perú* (Cappa, 1886, pp. 82-83 LII, énfasis añadido).

Por otro lado, Cappa apela nuevamente al discurso de la "providencia" o voluntad de dios, y compara el imperio inca al imperio romano, en cuando eran naciones unificadas bajo un solo poder político y una lengua, lo que permitiría la labor evangelizadora o asimilación del cristianismo: "**La providencia del Señor resplandece también en la conquista, pues haciendo El todas las cosas en número, peso y medida, esperó á que el imperio de los incas estuviera preparado, en cierto modo como el romano, para recibir el Evangelio"** (Cappa, 1885, p. 83 LII)[43].

El historiador jesuita se propone refutar las diversas acusaciones de maltrato de los hispanos sobre la población indígena. Para Cappa, los abusos de fuerza son comunes entre hombres, pero sobre todo, las buenas acciones de los españoles superan largamente a los malos tratos otorgados a los indios. Afirma el historiador español:

[43] Finaliza el texto señalando Ricardo Cappa: "Porque así como Augusto reunió bajo su cetro multitud de naciones, y la lengua del Lacio era la más generalizada, así Huaina-Capac reunió pacíficamente bajo el suyo muchos pueblos, siendo la sujeción grande en que estuvieron, excelente disposición para recibir el cristianismo. La diversidad de lenguas desapareció en cierto modo por el cuidado constante de los incas, en introducir el quechua que corrió en todos sus dominios, y que facilitó la predicación sobremanera". *Historia del Perú*, libro II (1885), pág. 83.

> *Pasemos á otro punto de acusación que ha llenado mucho papel, y es el mal trato que los conquistadores daban á los indios; y aunque en esto nos ocuparemos con la extensión que ello pide al tratar de las encomiendas, mitas y repartimientos, creo sería empeño asaz embarazoso para un historiador prudente, concretar esta materia de modo que pudiera arrojar de sí datos suficientes para formular contra los conquistadores una acusación en regla. Porque aducir hechos aislados emanados del abuso de fuerza, (cuando faltará entre hombres?) es de muy poca monta para una acusación de la gravedad que se hace á los españoles, y que* ***fácilmente se eluden con otras muchas buenas acciones que de los conquistadores recibieron los conquistados*** (Cappa, 1886, pp. 83-84 LII, énfasis añadido).

Para el jesuita historiador resulta injusto representar a los españoles como bárbaros e inhumanos, todo lo contrario, ya que la corona impulsó desde muy temprano el darle bienestar a la población indígena, tanto como a los mismos europeos. Cappa subraya la idea de Bartolomé Herrera de que la condición humana no está libre de la comisión de excesos, contrarios a una recta actitud cristiana. El padre Cappa cita así al sacerdote ideólogo conservador Bartolomé Herrera:

> *Llegaron en fin á España abultadas las noticias de la esclavitud de los indios, y del mal trato que de los conquistadores recibían, y los reyes y el pueblo siguiendo el camino que trazaron Fernando é Isabel, trabajaron con todo empeño en cortar los abusos que realmente hubo, y en ir mejorando por momentos la suerte de los indios hasta crearles un bienestar incomparablemente superior al que todo el pueblo de Europa ha disfrutado desde la conquista hasta el presente. No nos dejemos alucinar con el prurito de pintar á los conquistadores como unos trogloditas, ni nos fijemos solo en sus faltas; «porque si ante la magnificencia sublime del cuadro de la conquista hay corazón capaz de ponerse á descubrir los lunares que no pueden faltar á nada de aquello en que interviene el hombre, ese corazón infeliz debe esconder de la vista del género humano su monstruosa carencia de sentimiento (excelentísimo. Sr. Herrera)* (Bartolomé Herrera, citado por Cappa, 1885, p. 85 LII).

Ricardo Cappa, argumenta también contra la extendida idea de que la guerra civil incaica había debilitado el imperio del Tahuantinsuyo, y ello habría facilitado la conquista española. Considera que el imperio inca estaba unificado bajo el liderazgo de Atahualpa, quien además gozaba de la coyuntura de la victoria sobre los ejércitos de su hermano Huáscar, y tenía a su disposición de millares de soldados o guerreros. Así, Pizarro y sus hombres tenían más bien un escenario adverso o complicado. El autor jesuita, finaliza, recurriendo nuevamente la idea de la providencia a favor de España, dice Ricardo Cappa:

> *Mucho hincapié se ha hecho en algunas historias para asentar que los españoles no se hubieran apoderado del Perú, sin la circunstancia de la guerra civil entre Huáscar y su hermano paterno el quiteño Atahualpa. Las razones de este aserto escasean, y la única que tiene algún peso aparente, es la de que, concentrado todo el poder del imperio en una sola mano, se hubiera puesto una barrera insuperable á la audacia de los conquistadores. Pero, no era esta la situación del Perú cuando desembarcó en él Pizarro? Huáscar quedó preso en la primavera de 1532 (según Prescott), esto es, unos pocos meses antes que desembarcasen los españoles; con la prisión de Huáscar y su encierro en la fortaleza de Jauja, y con tener las tropas del quiteño en su poder el Cuzco, tan por terminada se dio la guerra, que Atahualpa tomó la borla. A mi me parece que esta ocasión fué la más desfavorable para los españoles, pues marchaban á conquistar un imperio, cuyas fuerzas todas estaban en una sola mano que, robustecida por la victoria, acababa de aniquilar á su contrario; disponía además Atahualpa de miles de guerreros con las armas en las manos, situación que lleva ventaja á tenerlos que levantar y reunir.* ***Las ventajas de la guerra civil para los españoles hubieran estado en haberse aliado con uno ú otro, y asi, so capa de favorecer al uno, acabar con los dos. Esto no sucedió****; por lo tanto, el único sentido que cabe dar á la frase de que «la guerra civil favoreció la conquista», es que los partidarios de Huáscar vieron con regocijo a su rival en manos de los conquistadores, y que no tenían empeño en ponerle sobre el trono de su padre.* ***El Perú una vez descubierto, tenía irremisiblemente que venir á poder de España*** (Cappa, 1885, p. 88 LII énfasis añadido).

Sobre el asesinato del inca Atahualpa en Cajamarca, Cappa cuestiona como este hecho ha sido sobredimensionado, para ubicarlo como una de las mayores infamias de la historia. Cada vez que se quiere criticar a España se recurre al tópico de los crímenes durante la conquista de América, a decir del historiador:

> *Ya que en honor dé la justicia hemos condenado la conducta de cuantos tuvieran parte en la muerte de Atahualpa, séanos permitido volver sobre este asunto, al que se ha dado una importancia tal, que no parece sino que este asesinato ha sido el siguiente al del justo Abel, y que con él se ha cerrado la lista de los crímenes del mundo.* ***Cuando se buscan golpes teatrales, ó se quieren escribir conmovedoras elegías, se acude, como á bien abastecido arsenal, á la conquista de la América"*** (Cappa, 1885, p. 91 LII énfasis añadido).

Cappa critica la actitud de los americanos contemporáneos, quienes despotrican contra aquellos conquistadores que permitieron fundar las futuras naciones latinoamericanas, y asumen la defensa de un autócrata o tirano como Atahualpa. El origen humilde de Pizarro y Almagro más bien honra a España, por las proezas alcanzadas. Refiere Ricardo Cappa:

> *Deprimen (los modernos americanos) á los conquistadores del Perú diciendo que fueron, y es verdad, un porquerizo y un expósito; y turba de aventureros llaman á los que los secundaron en la conquista. Se repite que ni Pizarro ni Almagro sabían escribir (y es probable que ni aún leer), y se les exige en todos sus actos un proceder acomodado á esa cultura que dá la cuna, la buena educación y los estudios, cosas da que ambos carecieron. Del pueblo, y muy del pueblo, fueron los conquistadores de la América, lo cual es grande honra para la España, no ciertamente por lo mucho que hicieron, sino por lo grande que ejecutaron; pero la moderna democracia de la América latina, que proclama (de boca) el enaltecimiento del pueblo, y (de corazón) sentencias anti-monárquicas, ha cambiado tan diametralmente los papeles, que* ***un déspota sanguinario como Atahualpa le arranca plañideros ayes, y los hijos del pueblo que con su valor, constancia y talento allanaron los Andes y fundaron***

> ***naciones, solo les merecen dicterios y reproches*** (Cappa, 1886, p. 91 LII énfasis añadido).

Cappa considera excesiva la censura hacia a Pizarro por dar muerte al monarca inca. Argumenta que el regicidio fue protagonizado también por personajes notables como Isabel de Inglaterra (victimaria de María Stuart, reina de Escocia), o Catalina II en contra de su esposo, el rey Pedro III de Rusia. Cappa, se pregunta y sentencia: "¿Por qué tanto encono contra Pizarro y tanta indulgencia con ellas?—Hipócritas" (Cappa, 1886, p. 92 LII).

Francisco Pizarro es descrito en su personalidad, carácter, rectitud y bondades a través de su accionar durante diferentes situaciones de necesidad de sus allegados, soldados y otros. Cappa brinda una imagen loable del duro conquistador, lo caracteriza como hombre justo, solidario y desprendido. Para el historiador jesuita, Pizarro fue tan buen cristiano, como capitán, gobernador y súbdito de la corona. Señala el jesuita Ricardo Cappa:

> *Cuando le pedían algo, tenía por costumbre decir: "nó"; pero luego á solas reflexionaba, y si era justa la petición, lo otorgaba, en lo que no era difícil. Aborrecía mucho que se supieran sus limosnas; cuando sabia que alguno estaba necesitado, lo llamaba y lo convidaba á jugar á lo que él quisiera; si á las cartas, jugaba el marqués con malos juegos ó bacía malas jugadas para que ganara el otro, y así en otro cualquiera entretenimiento. Supo que aun soldado se le había muerto un caballo (gran pérdida en aquel tiempo), y pensando hallarlo en el juego de pelota de su casa, bajó á él con ún tejo de oro de diez libras de peso, para dárselo de su mano. No estaba allí el soldado y concertóse entretanto un partido de pelota, y jugó el marqués, sin desnudarse el sayo, porque no le mirasen el tejo. Tres horas duró la partida, y al cabo de ellas, viendo al soldado que esperaba, lo llamó á parte y le dijo sacando del seno el tejo «tomad esto en buena hora; os aseguro que hubiera dado tres tantos más por no llevarlo tanto tiempo.» Ibase á comer, sin ceremonia, en casa de los amigos, y en la suya comían cuantos querían. Fué muy cuidadoso de remunerar á sus criados y servidores, y les tuvo gran afecto. Pasando en una ocasión el rio llamado de la Barranca, arrebató la corriente á uno de*

> *los indios del servicio de Pizarro que llamaban Yanaconas; echóse el marqués tras él, y lo sacó a la orilla con gran peligro suyo, pues la furia del agua era tal, que ninguno de los mancebos del ejército, se atrevieron á hacer lo que él hizo; y reprendiéndole algunos capitanes su osadía, les respondió «ustedes no saben lo que es querer bien a un criado». Fué también muy gran subdito del rey; tanto que se abstenía de hacer muchas cosas que por su cargo podía, solo porque el rey no dijese que mandaba demasiado. Cuando en las fundiciones cortaba el cincel lo perteneciente á los quintos reales, se levantaba de la silla y recogía los granitos de oro y plata que saltaban, diciendo que á no haber otro modo, con ¡aboca se había de allegar la hacienda real. En hacer la iglesia mayor de Lima y los conventos de Santo Domingo y la Merced, puso mucha diligencia dando indios para levantarlas, y para que trabajaran en las tierras que les asignó* (Cappa, 1886, p. 97 LII).

La representación de la Conquista por parte del padre Cappa, está basada en una visión españolista o de reivindicación hispanista. Su objetivo principal es responder a los historiadores críticos de la Conquista y el legado hispánico en América. Durante la Independencia, los discursos anti-hispánicos tuvieron mucha difusión, el sentimiento anti-español era arraigado, y los defensores del proyecto republicano-liberal veían el pasado colonial como un periodo oscurantista, despótico y de despojo sistemático. El colonialismo español era presentado, en cierta medida, bajo la perspectiva de la "Leyenda Negra" anglosajona. Cappa pertenece a una de las corrientes más conservadoras o reaccionarias en España, y buscaba elaborar un relato histórico que reivindique la herencia hispánica, ante los detractores americanos. En su obra describe y comenta todo el proceso de la Conquista, desde los viajes de Colón hasta la fundación de los virreinatos. Hace uso selectivo de las crónicas, y aprovecha el trabajo de Guillermo Prescott, a quien cita y también critica[44]. Su discurso histórico es

[44] Una crítica muy descriptiva del padre Cappa a Guillermo Prescott, es señalar que este escribía su historia de la conquista del Perú, durante el auge de las ricas minas de oro halladas en "las Californias", arrebatadas por los EE.UU. a México, y que: "Iban a ellas tan honrados aventureros, que los vapores que los conducían desde Panamá, los llevaban separados del resto de los pasajeros por una gran verja de hierro. Lo que sucedía en las minas todo el mundo lo sabe; asesinatos sin cuento para robarse mutuamente el oro que cada cual había logrado. Solo prevalecía allí la ley del más fuerte **¿Por qué el erudito Prescott no exhortaba a aquellos aventureros a que se dedicaran a la agricultura y dejaran las minas, ya que esto reprende en los conquistadores del Perú y en general a los españoles que lo poblaron?"** *Historia del Perú*, libro I (1886), pág. 26, énfasis añadido.

confrontacional, y recoge las tesis de Bartolomé Herrera para afirmar su postura reivindicadora del legado hispano en América y el Perú.

La postura de Cappa frente al significado de la Conquista o el derecho de España a colonizar los territorios, no difiere en gran medida a los argumentos presentados por Ginés de Sepúlveda durante el debate de Valladolid[45]. España en tanto nación civilizada tiene la obligación moral de sacar a las tribus indígenas de su estado de salvajismo o barbarie. A través de la cristianización y la implantación de las costumbres civilizadas, se hará el mayor de los bienes a los distintos pueblos nativos; además de "incorporarlos a la historia", pues sólo las sociedades civilizadas tienen historia, mientras las tribus tienen un pasado limitado a burdos mitos.

La visión de **civilización-barbarie**, es particularmente importante en la historia de la Conquista que propone el padre Cappa, incorporando además otras contraposiciones: cristiano/pagano, primitivo/avanzado, civilizado/salvaje, cultura/naturaleza, superior/inferior, fuerte/débil, masculino/femenino, valiente/temeroso, noble/ruin, etc. La historia, además, está irremediablemente establecida o prefijada, los pueblos civilizados deben imponerse a los débiles y moralmente inferiores.

Ricardo Cappa, a diferencia de Sebastián Lorente, no busca contribuir al proyecto de Estado-nación, a través de un relato histórico nacional o unificador. El proyecto historiográfico del jesuita, es de revisión histórica frente a las versiones conciliadoras o abiertamente hostil (o de respuesta) frente a las versiones anti-hispánicas o críticas del legado español en América. La historia de la Conquista de Cappa, es un relato exaltador de la gesta o cruzada hispana en la América bárbara, donde presenta diversos argumentos para refutar cada una de las críticas a los conquistadores y la corona.

La representación de Francisco Pizarro se inscribe el modelo del "héroe civilizador" empleado por Lorente, y más lejanamente por Peralta Barnuevo (s. XVIII). El conquistador español, resulta un símbolo de la nobleza castellana, el valor del guerrero hispano, la fe auténtica y férrea del buen cristiano, y la capacidad derivada de pertenecer a una civilización de orden superior.

[45] Sepúlveda era sobre todo un filósofo de formación renacentista que basado en Aristóteles declaró que los indios eran bárbaros, amentes y siervos por naturaleza. Defendió el derecho natural de los pueblos más cultos a someter a los más retrasados en cultura; reivindicaba así, el derecho de España a someter, incluso con las armas, a los indios. Castañeda Delgado, *La teocracia pontifical en las controversias sobre el Nuevo Mundo,* México: UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas.1996, pág. 492

Los cronistas, y especialmente los "cronistas conventuales", justificaban la conquista por ser una obra civilizadora y evangelizadora. El legado cristiano constituirá el aporte más destacado de Occidente, ello gracias a la obra iniciada por Francisco Pizarro y los colonizadores. Este discurso será continuado en el siglo XIX y XX, por los intelectuales conservadores católicos, como Ricardo Cappa o incluso el historiador jesuíta Rubén Vargas Ugarte.

1.2 LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XX Y LA REPRESENTACIÓN DE FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA.

Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que

es el punto de vista el que crea el objeto (Ferdinand Saussure)

1.2.1 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de José de la Riva Agüero.

Riva Agüero desarrolló una historia integral o totalizadora del Perú, desde los tiempos primitivos hasta la época republicana. Una obra abarcadora, sólo comparable a la obra de Sebastián Lorente, el cual, sin embargo, nunca pudo superar la etiqueta de autor español, mientras Riva Agüero aparece como el historiador peruano por excelencia. Riva Agüero postula (o afirma) el esquema dual que explica la historia peruana: *periodo pre-hispánico* / *hispánico*. Bajo este esquema, la Conquista es el parteaguas de la historia en el Perú, ya que inaugura el periodo moderno y de formación de la nación peruana, bajo una doble herencia: indígena y española. La larguísima etapa pre-hispánica, aparece como antecedente o prolegómeno de la etapa principal inaugurada por la Conquista.[46]

La Conquista es representada por Riva Agüero, como una gesta heroica donde la Civilización Hispánica se impone a la Barbarie indígena, dotándola de los elementos culturales que fundan la nacionalidad peruana: el idioma castellano, el catolicismo, así como nuevas expresiones artísticas e incorporación de elementos científico-técnicos. Surge la nación criolla, la cual incorpora lo indígena a través del mestizaje racial y cultural. Los criollos al adquirir su plena madurez, buscaran la emancipación de España, y la fundación de un Estado autónomo sustentada en una nación forjada a lo largo de los tres siglos del pasado virreinal. Esta versión, ya presente en Lorente, logra una difusión considerable a inicios del siglo XX, y se consolida con la *generación del Centenario* (1921).

Francisco Pizarro es representado como el padre fundador del Perú y la nueva nacionalidad. Se destaca su obra colonizadora-civilizadora, y se matiza o justifica la

[46] Riva Agüero divide el periodo el periodo Pre-hispánico en: etapa pre-incaica e incaica (centralidad de lo incaico), mientras el periodo Hispánico en: Conquista, Virreinato, Emancipación y República. Clasificación dominante hasta hoy en la historiografía y la historia oficial, pero cuestionada por autores como Pablo Macera con la versión de Etapa de Autonomía, Dependencia y Semi-dependencia, de la historia peruana.

acción conquistadora (destructora-expoliadora). Pizarro inaugura el legado hispano, espiritual y material, que sienta las bases de la peruanidad, al superponerse al legado indígena[47]. Aunque esta narrativa ya se puede leer en la obra de Lorente, es con Riva Agüero que se consolida e incorpora totalmente al relato oficial peruano. Historiadores como Raúl Porras Barrenechea, Agustín de la Puente Candamo, José Antonio del Busto o Rafael Sánchez-Concha, han mantenido esta narrativa histórica base de la historiografía conservadora peruana.

José de la Riva-Agüero y Osma, nació en Lima, hacia 1885 y entre sus ascendientes más notables se encuentra *Nicolás de Ribera "el Viejo",* uno de los compañeros de Francisco Pizarro en la conquista del Tahuantinsuyo. Formado en la Universidad Mayor de San Marcos a principios del siglo XX, recibió la impronta positivista de la época, que se refleja en sus primeros *ensayos* y opiniones. Perteneció a la *generación del Novecientos* y el grupo de los *arielistas*. Dos Obras fundamentales, constituyeron sus primeras grandes contribuciones al trabajo histórico: *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* (1905) y *La Historia en el Perú* (1910).

Se debate sobre los cambios ideológicos que tuvo Riva Agüero a lo largo de su trayectoria. Queda claro, el tránsito de un inicial liberalismo, hacia posiciones conservadoras. Del Riva Agüero de *Paisajes Peruanos* (1912), al autor de los textos "reaccionarios" de los años 30s. Si bien el autor se declara a sí mismo como "hispanista", ello no debe llevar a considerarlo como anti-peruano, todo lo contrario, en Riva Agüero el hispanismo significa la valoración de la innegable herencia española, sin la cual, obviamente no existiría el Perú actual. Como explica el historiador Guillermo Lohmann Villena:

> *... se clasifica a Riva Agüero como un anacrónico «colonialista», con toda la carga peyorativa que connota tal adjetivo en el mundo ideológico hispanoamericano. Como hay palabras que en determinado momento histórico se cargan de electricidad, en las postrimerías de los años veinte el término de hispanista se convirtió en un vocablo conflictivo y se hizo sinónimo de reaccionario en ideas políticas, de desconocedor desdeñoso*

[47] El discurso del mestizaje divulgado por Riva Agüero, aunque habla de una tranquila fusión de lo hispano e indígena a lo largo del Virreinato, finalmente deja implícito que se trató de una superposición cultural, pero más armónica que conflictiva. Los defensores del indigenismo plantearan la idea del mestizaje, pero originada por la "imposición cultural" o el "etnocidio cultural", como argumenta el historiador Edmundo Guillén.

del legado nativo y de apologista del encomendero, de los Corregidores y de la Inquisición. Riva-Agüero era todo esto, y algo más. Hasta llegó a calificársele de típico «neo-godo», ultramontano y cavernícola mote que por cierto él admitió como un timbre de honor (Lohman, 1968, p. 20 tomo VI).

Riva Agüero dedica gran parte de su obra a estudiar a los incas, y en su juventud forma parte de la directiva de la Sociedad Pro-Indígena. Sin embargo, aunque Riva Agüero busca reivindicar la herencia incaica y está a favor de la defensa del indio bajo un opresor régimen republicano, ello no lo aproxima en alto grado a las posturas indigenistas de los años veintes. El proyecto intelectual de Riva Agüero es de asimilar lo indígena a una narrativa histórica criollo-mestiza, que exalta el incario en tanto pasado glorioso que refuerza las bases o raíces históricas del Perú moderno, definido por lo hispánico. Ello no impide que Riva Agüero tuviera inicialmente textos donde lamenta el estado abandono o miseria del legado indígena[48].

En *El Perú histórico y artístico* (1921), Riva Agüero realiza una interpretación de la vida y la cultura incaica, destacando "el alma quechua" y sus virtudes. Cuestiona el valor de las informaciones toledanas y la crónica de Sarmiento de Gamboa, contrarias al Tahuantinsuyo. Rechaza a todos los negadores del enorme valor del imperio incaico: Tschudi, Bandelier, el "atrabiliario jesuita" Padre Cappa y Charles Lummis, a quien denomina "indiscreto apologista de Pizarro". Escribe Riva Agüero:

Mucho se ha discutido en los últimos cuarenta años sobre la civilización de los Incas. Por explicable reacción contra los panegíricos del siglo XVIII, han propendido a rebajarla Tschudi y Bandelier en sus postreras obras. Los que más se han excedido en la tendencia hostil, han sido el atrabiliario jesuíta P. Cappa, llevado por la pasión antiamericana; y el vulgarizador norteamericano Lummis, indiscreto apologista de Pizarro.

[48] Lohman Villena en el prólogo a la historia de la Conquista y el Virreinato de Riva Agüero, nos indica: "en un fragmento extraído de sus Paisajes Peruanos hallamos una confesión muy expresiva y que importa recordar ahora. Al razonar la dolorida angustia que despertaba en su sensibilidad el ambiente vetusto y decadente del Cuzco, puntualiza con énfasis: «No era la dulce tristeza que he gustado después junto a las ruinas romanas, o en la tortuosa Toledo y la torreada Avila; porque no provenía de la mera curiosidad artística, ni la inspiraba el tibio saludo de respeto a las lejanas influencias mentales, ni el homenaje enternecido pero rápido a la ascendencia carnal, ya tan remota y vaga, sino que la nutrían la acerba congoja y la preocupación íntima y rebosante por el destino de mi propio pueblo y por la suerte de mi patria, cuya alma original, mixtión indígena y española, habita indestructible en la metrópoli de los Andes» Lohmann Villena, *Historia de la Conquista y el Virreinato*, tomo VI, 1968, pág. 21

> *En España ha tenido que agradar -máxime hecho por un yanqui- el encarecido elogio de nuestros grandes conquistadores (por más que resulte desatinada manera de ensalzarlos, desconocer la importancia de los imperios que dominaron). Se comprende, por eso, la favorable acogida que le dispensaron autorizadas plumas; pero hay que poner en guardia al público español contra los crasos errores de Lummis, mero y superficialísimo aficionado, cuyas buenas intenciones no bastan a comunicar a sus juicios sobre la época prehispana el menor valor ante la crítica histórica. Para probar cumplidamente la efectividad y prosperidad de la civilización incaica, no es menester más que considerar las ruinas que llenan todo el Perú y leer los textos de los cronistas castellanos* (Riva Agüero, 1968, pp. 106-107 tomo V).[49]

Riva Agüero, quien ha dedicado un estudio detenido a las crónicas sobre los incas, defiende el valor de estos como civilización e imperio. Rechaza así las críticas que buscaban disminuir el valor de este pueblo ubicado en la base de la nacionalidad peruana. Riva Agüero, aunque hispanista, no ve conveniente inferiorizar al otro elemento histórico (racial-cultural), que nos constituye como nación, según el discurso del mestizaje[50].

Cabría destacar que Riva Agüero opta por denominar "civilización" a los Incas, antes que cultura, término reservado a sociedades incipientes o en proceso de adquisición de complejidad (sociedades pre-incaicas). De esta manera la "civilización" en el Perú, comienza formalmente con los Incas y en mayor grado con la llegada de los españoles durante la Conquista. Dice José de la Riva Agüero:

[49] Según Riva Agüero: "pedominaban en nuestra historia prehispana dos corrientes antagónicas, por igual peligrosas y funestas. Era la una la aceptación rutinaria de las fábulas indígenas, el idilio de los Incas, que aun testaba manuales y libros de texto, y que aceptaba a ojos cerrados las aserciones del tardío recopilador Garcilaso, cuya utilidad y buena fe he defendido y defiendo, pero al que jamás he reputado el más fidedigno, seguro y completo analista del Tahuantinsuyu. En oposición a la manida y yerta escuela tradicional, mantenida entonces aquí por los herederos de Lorente, nos llegaba el eco rabioso del antigarcilacismo europeo, que extremaba el escepticismo y la hipercrítica contra las tradiciones incanas, y todo lo sacrificaba en aras del aymarismo, hasta expulsar a la raza quechua de su área indiscutida, atribuir a los Incas origen aymara, y llenar todo el ámbito del Perú autóctono de dudosas o descabelladas etimologías collas". *Obras completas*, tomo VI, 1968, pág. 299

[50] Resulta de particular claridad, las siguientes palabras sobre el hispanismo y el mestizaje de Riva Agüero: "Ninguno de los que somos naturales representantes y voceros del hispanismo, habríamos podido decir más y mejor. Nunca hemos desconocido la realidad y hondura de los cimientos indios, de las pétreas bases que los Incas dejaron. Nunca hemos predicado la intransigencia e incompatibilidad de las diversas razas que pueblan y se mezclan en nuestro país. Sólo hemos insistido, contra la incomprensión del vulgo y la ceguedad de las banderías enconadas, en que el cuerpo de nuestro edificio social, sus columnas y la clave de sus bóvedas son obras insignes e intangibles de la redentora Conquista castellana". *Obras completas*, tomo VI, 1968, pág. 434.

No faltará quien repute anticuado el término de civilización y prefiera el reciente de cultura. La inconsiderada repetición de esta palabra y de sus derivados cultural y culturizar, con que a diario nos menudean los mismos que ignoran la significación y proyecciones del movimiento etnológico, ha llegado a tal extremo que produce saciedad intolerable. Pero no sólo es el hastío del vocablo prodigado, lo que determina mi elección del substituto, sino la mayor amplitud en la acepción del segundo. En efecto, los ecos de la escuela de Graebner y Frobenius, difundidos por Spengler, han aplicado la denominación de culturas a todas las formas e instituciones sociales, aún a las más simples y rudimentarias. No extraña por eso hoy que arqueólogos e historiadores hablen con singular énfasis de las culturas de sacrificios humanos y cabezas cortadas como trofeos y usadas como vasos, y hasta de culturas antropófagas (Riva Agüero, 1968, p. 178 tomo V)[51].

Sin embargo, la defensa del alto grado de desarrollo cultural incaico, no impide que Riva Agüero critique las crueldades de los incas, especialmente las vinculadas a Atahualpa. Ello servirá para argumentar que si bien Francisco Pizarro y los demás conquistadores, cometieron actos rechazables, finalmente reprimieron y reemplazaron las bárbaras prácticas de los habitantes originarios:

Cuando volvían de Pachacámac, Hernando Pizarro y sus compañeros hallaron en la plaza de Jauja a Challcochima, cuyas tropas llevaban lanzas en que aparecían clavadas cabezas, lenguas y manos de los partidarios de Huáscar. El aspecto era tan espantoso que los duros conquistadores se sobrecogieron y espeluznaron. Digno amo de Quizquiz

[51] Riva Agüero, en su reflexión sociológica, además toma cierta distancia del racismo científico europeo: "Los hechos sociales son productos de factores de tres distintas clases: físicos o geográficos, étnicos o raciales, y psicológicos o propiamente sociales. Los dos primeros se estudian en la geografía antropológica y en la antropología, y tienen el carácter de necesarios y mecánicos. Los psicológicos ponen de manifiesto la espontaneidad y libertad humanas, abren posibilidades de novedad- mucho mayores y han de estudiarse descriptivamente, no pudiendo sus leyes versar sino sobre la mera probabilidad y las frecuencias en grandes conjuntos, con líneas harto más grandes y flexibles que en lo físico y en lo fisiológico. Por esto nos distinguimos de los fatalistas, que sostienen, desde Montesquieu hasta Taine y la escuela de los caracteres locales, el determinismo del medio físico, y de los racistas, como el Conde de Gobineau y sus discípulos del nacismo alemán, que defienden la decisiva influencia de la raza. El hombre domina el medio; y la civilización puede prevalecer sobre la filiación biológica y la sangre". *Obras completas*, tomo V, 1968, pág. 180.

y Challcochima era Atahuallpa. Ya preso, usando de las mismas pérfidas cautelas con que ordenó matar a Huáscar y a toda su familia y comitiva, hizo que en el camino del Cuzco asesinaran a otros dos hermanos suyos, a quienes fingió autorizar para el viaje. Bebía chicha en el cráneo de otro hermano, según de ello se jactaba ante los asqueados y atónitos españoles. Sus ojos encarnizados, rojizos, sanguinolentos, patentizaban la ferocidad del ánimo. Mas, a pesar de su tan decantada dignidad y entereza, se mostraba alegre, locuaz y casi jocoso con sus sojuzgadores y carceleros. Llamaba perros a sus súbditos de Manta y Túmbez. Lloró cuando se supo condenado a muerte; y al fin resignado a morir, dio a los blancos el infame consejo de matar, después de sus días, a la mitad de los indios en cada provincia, para asegurarse la docilidad del resto. ***Al estudiar la historia de los conquistadores castellanos y lamentar las crueldades con que se mancharon, como suele ocurrir en todas las guerras, debemos recordar los sucesos que habían antecedido, y comparar aquellas discutibles responsabilidades con las inmensas de los que Pizarro y los suyos reprimieron y reemplazaron*** (Riva Agüero, 1968, pp. 362-363 tomo VI énfasis añadido).

Hacia 1941, Riva Agüero participa de los homenajes a Francisco Pizarro por el cuatricentenario de su muerte[52], donde elabora un texto donde destaca las virtudes del conquistador y su significado para la historia nacional; se propone entonces: "Glorificar la épica personalidad del Descubridor del Perú y Fundador de Lima". Riva Agüero declara adherirse a la iniciativa del gobierno peruano, de destacar la importancia de la empresa de Pizarro, "… portadora al Perú de la civilización europea, de la lengua y la religión, elementos esenciales de nuestra nacionalidad; colonización ampliadora de la cultura hispánica y continuadora expansiva de la indígena (Riva Agüero, 1968, p. 433 tomo VI)[53].

[52] Discurso de contestación del director de la Academia Peruana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, al académico recipiendario D. Raúl Porras Barrenechea, en la sesión solemne de homenaje a Francisco Pizarro en el cuatricentenario de su muerte. Las primeras ediciones de este discurso son de El Comercio (27 de junio de 1941), pp. 3-5; Mercurio Peruano, nº 9, 172 (julio de 1941), pp. 401-411, Finalmente aparecido en "Afirmación del Perú" (Antología), Lima, 1960, T. 1, El Perú en su Historia, pp. 141-155.

[53] El discurso comienza declarando Riva Agüero: "En medio de las tibiezas, engaños y desvíos de la opinión, frecuentes donde quiera, y en los eclipses de las legítimas tradiciones nacionales, fáciles siempre dentro de las sociedades contemporáneas, y más aún en las americanas, inciertas y juveniles, y por lo mismo tan a menudo ilusas, olvidadizas y mudables, sobrevienen, no obstante, aciertos de clarividencia unánime y feliz, que significan la

Según el historiador, Pizarro funda un nuevo y superior orden a partir de la conquista. Se trata de una "destrucción creadora", incomprensible para los que desconocen el devenir histórico.

> *El Marqués D. Francisco Pizarro, el iletrado prudente, el muy sagaz analfabeto, trajo a esta tierra, con el empuje heroico de las armas, toda la rica y soberbia civilización de Castilla, heredera indiscutible de la romana; y no es primera vez que en la historia la mera acción prepara las vías al triunfo de la inteligencia, y la guerra engendra un superior ordenamiento, pese a remilgados o mentidos escrúpulos, y a sentimentales e incomprensivas quejumbres…* (Riva Agüero, 1968, p. 434 tomo VI).

Riva Agüero coloca a Pizarro como patriarca de la nación, fundador de la capital y los cimientos del Perú moderno, además de brindar los medios para convertir al Perú en una sociedad letrada capaz de reconocer su legado. Afirma José de la Riva Agüero:

> *Desconocer las excelencias religiosas y éticas, filosóficas y artísticas de la gran cultura española, que con los esfuerzos de Pizarro y sus compañeros se nos hizo consubstancial, sería un dislate tan enorme… conmemorar y alabar al férreo y venerable* ***abuelo del moderno Perú****, al soldado y fiel discípulo del Gran Capitán, al émulo en proezas y vencedor en persistencia de Hernán Cortéz y de Albuquerque, al que merece llamarse el* ***Alejandro anciano de la expansión española, constructor inolvidable de esta Alejandría del Pacífico, que fue y es Lima, y de tantas otras ciudades peruanas; al caudillo invencible que, si no supo leer y escribir, quiso que los demás aprendieran, puso los medios para ello necesarios y***

recuperación de la plena conciencia histórica. Por tal ha de tener todo entendimiento no ofuscado ni ignorante en demasía, este homenaje en memoria de D. Francisco Pizarro, con el que reitera sus tareas la Academia, en voluntario y entusiasta obedecimiento al Supremo Decreto, expedido hace menos de un mes, para glorificar la épica personalidad del Descubridor del Perú y Fundador de Lima. Cordialmente me complazco en tributar, de manera pública y espontánea, mi aplauso más fervoroso al mandato del Presidente de la República, presente en este recinto…" *Francisco Pizarro*, en *Obras completas* (1968), tomo VI, pág. 433.

> ***dio amplia materia para que la posteridad letrada encomiara sus hazañas*** (Riva Agüero, 1968, pp. 434-435 tomo VI énfasis añadido).

Para Riva Agüero, siguiendo la tendencia hispanofílica de la época, *Pizarro es un personaje de epopeya de la más elevada talla*, y la gran contribución del hispanismo es promover el reconocimiento a esa fuente u origen. Afirma el historidor limeño:

> *... los decrépitos lugares comunes liberales, de crasos errores, voluntarios y renuentes, de ilogismos demagógicos, de retóricos oropeles mil veces trasnochados, deslustrados y mustios, amontonados por la rutinaria o falsificadora tradición dieciochesca y enciclopedista, de libros y textos mendaces…* (los estudiosos hispanistas), *hemos tenido que excavar afanosos para que, al fin, brotara, fresca y limpia, la verdadera tradición, la vital, la genuina, la atávica fuente perenne y saludable de lozanía y de fecundidad para los pueblos y las razas que no quieren renegar míseramente de su espíritu, de su paterna sangre…* (Riva Agüero, 1968, p. 437 tomo VI).

Riva Agüero cita a Porras Barrenechea, y ubica a Francisco Pizarro, como el "**patriarca de la nación hispano-peruana"** y de su ciudad capital (1968, p. 437 tomo VI). Por otro lado, Riva Agüero niega la leyenda porqueriza que cae sobre Pizarro, y cuestiona la tendencia de rebajar a Pizarro por su condición de analfabeto, algo muy común en la época del conquistador: "Ni la condición de iletrado era tan excepcional y oprobiosa cuando estaban arraigadas todavía las costumbres mediovales, según las que, hasta en las doctas Francia y Alemania, los más de los militares no sabían firmar"[54]. El historiador limeño califica además de burda patraña, la versión sobre la casi miseria de Pizarro en su vida en las Indias:

[54] Apoyándose en los trabajos de Porras Barrenechea, señala Riva Agüero: "Acérrimo impugnador de inexactitudes y confusiones, habéis extirpado la maleza de fábulas que obscurecían e infaman los orígenes y los. hechos de nuestro invicto Gobernador. Una de ellas, la conseja risible de haber sido porquero en su infancia y adolescencia, invención que no sin verisimilitud atribuís, en calidad de chistes deslenguado, al mentiroso y bufonesco Alonso Enríquez de Gusmán, propalada luego por Gómara con su habitual y chismosa ligereza, y contra la que ya se inscribieron el Inca Garcilaso y Quintana, graduándola aquél de maliciosa y novelesca especie, parto de la envidia". *Francisco Pizarro*, en *Obras completas* (1968), tomo VI, p. 438.

> … *antes de conquistar el Perú.* (Pizarro fue) *Deudo de Hernán Cortés y muy su amigo, desde la isla de Santo Domingo, como lo atestiguan las Décadas de Herrera, ascendió después a teniente favorito de Ojeda en Urabá y Cartagena, y de Pedrarias en Darién, Tierra Firme y Veragua, y a Encomendero muy bien hacendado allí, como lo declaran de consumo Herrera y Jerez. Por consiguiente, no era el famélico aventurero que sus detractores pintan* (Riva Agüero, 1968, p. 438 tomo VI).

Riva Agüero busca refutar las versiones basadas en la Leyenda negra que cae sobre la colonización hispana en América. Encuentra cierta hipocresía en los críticos anglosajones, quienes habrían llevado una colonización más fiera y codiciosa. Justifica el ánimo de lucro de toda empresa conquistadora, como la llevada a cabo por Pizarro:

> *Simpleza infantil sería suponer que no lo empujara a sus campañas la codicia de bienes materiales, el apetito de riquezas, incentivo de Colón y de casi todos los exploradores conocidos, móvil de inmensa parte de la actividad humana; pero nos parece extraño y estupendo que se lo enrostren los hijos de las razas en que es más violenta e insaciable la sed de lucro, y creemos inícuo que descarten o amenguen la sinceridad e importancia, en los conquistadores castellanos, del encendido proselitismo religioso, del fervor nacional y monárquico, y de la ansia viva de honra y fama, ideales superiores tan ostensibles y característicos de la gente de España, y más aún en aquel apogeo de su genio y cultura* (Riva Agüero, 1968, pp. 439-440 tomo VI).

La defensa a Pizarro que hace Riva Agüero, se extiende a destacar virtudes diversas en el conquistador: religiosidad, caballerosidad y consideración. Se incluye una alusión a Prescott, cuyos juicios objeta.

> *¿Quién dudará hoy de veras de la ardiente y devotísima religiosidad de Pizarro, temerariamente negada por Prescott; de su culto caballeresco por la familia y el blasón, no obstante el irregular origen; de su honrado deseo de reconciliarse con Almagro, antes de la definitiva crisis, que él*

> *no procuró ni aceleró por cierto; de su cariñosa solicitud por parientes y criados, esclavos e indios…* (Riva Agüero, 1968, p. 440 tomo VI).

La representación de Pizarro que hace Riva Agüero, se basa en gran medida en desmentir las falsedades que se atribuyen al conquistador español:

> *No fue Pizarro el viejo egoísta que se ha dicho y repetido. Ante todo, no estaba tan avanzado en años cuando emprendió el descubrimiento, pues no contaba sino con cuarenta y seis en 1524.* ***La conquista del Perú fue la obra metódica, equilibrada y circunspecta de un quincuagenario, de un caudillo*** *en el cenit de su madurez mental: sin arrebatos, extremosidades ni atropellamientos, pero conservando y administrando los arrestos de la más broncínea y sobre humana energía, regidos y moderados por comedimiento ejemplar. Todos los testimonios contemporáneos y fidedignos concuerdan en su apacibilidad de ánimo, en su propensión a la benevolencia* (Riva Agüero, 1968, p. 440 tomo VI, énfasis añadido).

Riva Agüero, destaca el buen carácter de Pizarro, tanto en equilibrio y generosidad. Se basa en diferentes apuntes de cronistas:

> *Hasta el mismo descarado almagrista Enríquez de Guzmán lo reconoce "muy buen cristiano y muy buen compañero, sin presunción, vanidades ni pompas, muy amoroso y afable". El Inca Garcilaso que recogió la tradición oral de los conquistadores, agrega: "fue el Marqués tan afable y blando de condición, que nunca dijo mala palabra a nadie* (Riva Agüero, 1968, p. 441 tomo VI).

El cuadro que hace Riva Agüero sobre Pizarro, siguiendo a Garcilaso, es el de un hombre: “Prudente y reflexivo, sufridor y callado, algo lento en determinarse, aunque inmutable y de entereza heroica cuando ya se había resuelto; sobrio y sencillo en su trato, hasta caer en la excesiva llaneza; sólo severo y rigoroso cuando la necesidad lo obligaba y compelía (Riva Agüero, 1962, p. 441 tomo VI). Suscribiendo un juicio de Porras Barrenechea, para Riva Agüero, el conquistador del Perú, “no deslumbra como Cortés, pero fue mucho más sólido y persistente” (1968, p. 441 tomo VI).

Riva Agüero señala que se ha desestimado la ecuanimidad y templanza del conquistador, la que a veces frisaba con la lenidad y la remisión, hasta que apretaba un gran peligro. Reflexiona Riva Agüero:

> *¿Qué fueron sus infidencias ni los escarmientos que empleó, cuando se comparan con lo que soberanos y ministros usaban en toda la Europa del Renacimiento? Sin cesar contenía y refrenaba su hueste, y a sus propios hermanos, jóvenes, y por tanto impetuosos y díscolos. Tan meritorios esfuerzos no se le han tenido en debida cuenta* (Riva Agüero, 1968, p. 441 tomo VI).

Riva Agüero critica los adjetivos o epítetos que caen sobre Francisco Pizarro, entre los cuales figuran los de: *felón, vengativo, engañador, cruel* y *protervo*, prodigados incluso por historiadores como Manuel de Mendiburu. Citando a Porras Barrenechea, Riva Agüero considera estas posturas contrarias a Pizarro como *románticas exageraciones*, ubicando, "sus turbias fuentes en los amañados informes del embustero fray Marcos de Niza, en la índole alharaquienta y visionaria del P. Las Casas, y en la emponzoñada parcialidad almagrista de Oviedo" (Riva Agüero, 1968, p. 441 tomo VI).

Riva Agüero aludiendo a Porras, refiere lo siguiente:

> *Ha probado, y es punto capital, que en la asechanza de Cajamarca, lícito ardid bélico, los dos adversarios se esmeraban en tramar recíprocas tretas. Es sabido que la comitiva de Atahualpa traía armas ocultas, y que llegó con taimada tardanza, por creer que de noche los temibles caballos de los invasores se desensillavan y no combatirían* (Riva Agüero, 1968, p. 441 tomo VI).

Antes que una emboscada ruin de Pizarro, se trata mas bien del triunfo y derrota de dos hábiles estrategas que se encuentran en Cajamarca.

Sobre la ejecución del inca Atahualpa, donde Pizarro es denostado como mentiroso y cruel, Riva Agüero subraya la versión que atribuye a Almagro y los recién llegados a Cajamarca, la responsabilidad de este hecho, pero sobre todo al legitimo temor frente un posible ataque de las tropas del emperador inca. La acusación de conspiración resulta verídica, y por lo tanto la condena a Pizarro por la ejecución del inca es injustificable o debería amenguarse:

> "(La muerte de Atahualpa) *no fue, en manera alguna, iniciativa de Pizarro, sino imposición de la gran mayoría de su ejército, sobre todo de los de Almagro y de los oficiales de Hacienda, contra el sentir expreso del Gobernador y de su íntimo grupo extremeño, el de los Chaves. Fue el incontenible estallido de la muy explicable nerviosidad de tan breve columna conquistadora, aislada en el corazón de un enorme y fragoso país bárbaro. Se sentían amagados de contínuo por los guerreros de Quito, que habían recibido órdenes repetidas de libertar a viva fuerza a su soberano. El hecho de que los generales de Atahualpa retrocedieran varias veces, obedeciendo a contraórdenes circunstanciales, no disipaba por cierto la amenaza, que habría aumentado en proporciones catastróficas, si recuperaba su libertad el Inca. Demostrada la conjura de éste, antes y después de su prisión, para atacar y exterminar a los españoles, por confesión de Chalcuchima, y de varios otros caudillos indios, queda atenuadísimo el cargo más grave que la historia formula contra Pizarro y sus consejeros"* (Riva Agüero, 1968, p. 442 tomo VI).

Atahualpa, usurpador del trono incaico y cruel gobernante, estaría lejos de encarnar un héroe peruano, según el historiador limeño. Pizarro por lo tanto podría aparecer como la contraparte positiva. Dice Riva Agüero:

> *... a los ojos del patriotismo documentado, y hasta del puro sentido común Atahualpa no puede ser nunca el héroe símbolo de la peruanidad, sino muy al contrario, vociferen lo que quieran la ignorancia y la ciega pasión. Atahualpa es el torvo usurpador forastero, el invasor fementido que viene de la región quiteña a destronar y asesinar a su hermano el monarca legítimo y cuzqueño, a profanar las tumbas imperiales, como*

hizo con la de Túpac Yupanqui, a destruir los recuerdos de los quipus y a diezmar los sagrados clanes incaicos por medio de repugnantes crueldades que resaltan, con palmaria evidencia, en los cronistas primitivos (Riva Agüero, 1968, p. 442 tomo VI).

Riva Agüero relata brevemente el sitio del Cusco por Manco Inca, destacando como los indios se encarnizaban contra los caballos, "se precipitaban con gritería redoblada y le cortaban manos y pie". Además de lanzar con frecuencia al campo de los españoles las cabezas degolladas de los cautivos: "… un día, por el mismo arrabal de Carmenca que ya he nombrado cuando el ataque de los chancas, cayo rodando un saco: encerraba ocho cabezas de infelices Encomenderos degollados" (Riva Agüero, 1968, p. 316 tomo VI). La fortaleza de Sacsayhuamán fue finalmente retomada por impulso de Juan Pizarro. Describe Riva Agüero:

Era una inundación espumosa e infinita, como un océano desencadenado. Calculan los cronistas que los sitiadores serían hasta dos cientos mil, de ellos ciento veinte mil guerreros, y ochenta mil indios de carga y bagajes. Los testigos más moderados no bajan de la cifra de cincuenta mil asaltantes. Para oponerse a tal ingente masa no había sino doscientos españoles, ciento veinte de a caballo y ochenta peones… Al amanecer emprendieron el asalto de la fortaleza. Cayó Juan Pizarro con el cráneo roto por un peñasco que le echaron de la torre mayor; y se lo llevaron exánime al Cuzco, donde agonizó por quince días. Pero sus hermanos al frente de una nutrida columna escalaron y ocuparon las torres del grandioso monumento, que ahora se explora en su complicada integridad. Era defensor del torreón principal un indio noble, al que la tradición apellida Cahuide, sin que yo recuerde haber leído este nombre en ninguno de los documentos primitivos. Alma de la resistencia, el valeroso orejón mataba a sus compañeros que trataban de rendirse, rompía las escalas de los castellanos y los precipitaba al abismo, manejaba con extraordinaria bizarría las armas españolas de que se habían adueñado; y cuando vio imposible toda resistencia, se cubrió con el manto la cabeza y se estrelló en la profundidad del campo inmediato (Riva Agüero, 1968, pp. 314-317 tomo VI).

En los días que siguieron, hubo una serie de "lances singulares, hazañas heroicas que parecen desprendidas de los romances fronterizos de fines de la Reconquista o de las octavas del Ariosto y del Tasso". El cronista Pedro Pizarro "ofrece una galería de proezas, como en un cantar de gesta. Allí relumbran los hechos de Gabriel de Rojas, de Gonzalo Pizarro, de Maldonado, de Pedro del Barco y de Miguel Cornejo, apellidado el Bueno por antonomasia" (Riva Agüero, 1968, p. 318 tomo VI).

Siguiendo la tendencia de los cronistas de época, Riva Agüero destaca en su relato la barbarie y salvajismo indígena, y el heroísmo romántico o gesta de los guerreros ibéricos. La turba india versus los caballeros hispánicos, en desventaja numérica, pero dotados de valor prodigioso. Se destaca excepcionalmente, el valor y orgullo de Cahuide, pero se enfatiza la crueldad indígena, omitiendo cualquier relato de la crueldad hispana en combate, como hacían casi todos los cronistas.

Riva Agüero, representa también en términos negativos al conquistador Diego de Almagro, considerándolo el responsable de la primera guerra civil entre los españoles, y haber tenido una conducta censurable. Señala el historiador peruano:

> *No es dudoso tampoco en favor de Pizarro, que cuando la guerra civil de Las Salinas la provocación salió de Almagro. No respetó las setenta leguas añadidas a la gobernación de su socio, ni la quieta posesión que éste gozaba en el Cuzco; no atendió ni se sometió a los técnicos dictámenes de los pilotos; se recibió contra el fallo arbitral, previamente consentido, del Padre Bobadilla, rechazó las avenencias que Pizarro varias veces le propuso, siendo emisarios Ribera el Viejo y el Licenciado Espinosa. El Emperador estigmatizó su conducta, en memorables y tremendas palabras: "Pospuesto el temor a Dios y a nuestra justicia, con mucho desacato de servicio, ha tomado y saqueado la ciudad, y prendido a los Oficiales Reales, cosa tan fea y de mal ejemplo, digna de gran punición y castigo" (Barcelona, 14 de Marzo de 1538). Así lo juzgó el supremo poder regio. La simpatía que inspira el vencido no alcanza a borrar su abrumadora responsabilidad, al haber desencadenado las luchas fratricidas* (Riva Agüero, 1968, p. 443 tomo VI).

La crítica, censura o descalificación de Atahualpa y Almagro, permiten a Riva Agüero, colocar a Pizarro como el rostro opuesto, un hombre recto a pesar de todo.

Considerando el destino territorial del Perú, como base de la nación, Riva Agüero arguye sobre el peligro que habría supuesto Almagro para los futuros intereses nacionales del Perú, representados por el respeto a la integridad de las posesiones de Francisco Pizarro:

> *No podemos desconocer que la victoria de Almagro y sus secuaces los de Chile habría equivalido desde entonces a la escisión y destrozo de la unidad peruana geográfica e histórica a la segregación del Alto Perú y de todo el Sur, prefigurando y anticipando así nuestras peores desdichas en los posteriores siglos… ¿No véis en la gobernación de Almagro el presagio de los conflictos más ominosos y mortales del Perú, el de 1838 y el de 1879? Y en sus extralimitaciones y desbordes máximos, que exacerbaron esa primera guerra intestina entre los conquistadores, ¿No véis algo todavía más vitando y funesto, pésimo sobre toda ponderación, la ruptura del indispensable núcleo, la remoción de la base intangible para la subsistencia de un Perú viable, tanto indio como blanco, tanto incaico como virreinal o republicano, pues, a más de Charcas, Almagro nos arrebataba las provincias vitales del Cuzco y Arequipa? ¿Cómo hemos de blandear por su causa que preludiaba ya nuestros desmedros de jurisdicción, desde tan remota fecha, aún los amagos de nuestra más completa ruina imaginable*, *erigiendo a pocas leguas al Sur de Lima la capital competidora de Chincha?* **¿Cómo no hemos de aplaudir y defender a Pizarro, que desde los momentos primeros de gestación representó nuestros intereses territoriales más legítimos?** (Riva Agüero, 1968, p. 444 tomo VI, énfasis añadido).

Riva Agüero justifica la actuación de Pizarro, bajo la lógica del colonizador que debe enfrentar la hostilidad y barbarie del territorio y pueblo a colonizar. Rechaza con énfasis las descalificaciones hacia el conquistador, sobre todo la proveniente desde la

propaganda extranjera. Señala falsas las versiones de Prescott y Mendiburu sobre un supuesto abandono a Pizarro durante el ataque almagrista que causó su muerte, y que no fuera esto repudiado en Lima. Afirma Riva Agüero:

> (Pizarro) *No fue infalible ni impecable ciertamente. Cometió faltas y errores, sin duda, como todos los que asumen la agobiadora tarea de mandar, y más en el teatro dificilísimo de las conquistas indianas, con obstáculos tan árduos, increíbles, gigantescos; con tan escasos recursos; y colaboradores tan indóciles, movedizos y ávidos.* ***Tuvo que tolerar o permitir a veces tropelías, crueldades y desmanes, inevitables por desgracia en guerras de comarcas bárbaras; pero fueron mucho menores de cuanto se ha alborotado y encarecido****. Me parece que se excedió al fin en los derechos de la defensa propia y de la represión, hasta trocarse implacable contra su derrotado e infeliz socio, y a ratos en harto desconfiado de sus antiguos y probados compañeros. A términos tan deplorables y calamitosos lo arrastró principalmente, a nuestro ver, su extrema condescendencia para con sus bulliciosos y soberbios hermanos.* ***Pero no fue, de ningún modo ni en tiempo alguno, el arquetipo de maldad empedernida y diabólica, el desalmado infernal que exhiben con falsedad impúdica los manuales históricos vulgares y las sórdidas propagandas extranjeras****. Muy al revés, puede sostenerse que Pizarro sucumbió, hace cuatrocientos años, por la exageración de sus buenas cualidades, por haber desoído al cabo los severos consejos de vigilancia y dureza que al partir le dio su sañudo hermano Hernando; por esa "mansedumbre y piedad" con que Garcilaso reconoce que descuidaba y hasta disculpaba "los atrevimientos y desverguenzas" de los almagristas. No es verdad que, como escriben Quintana, Prescott y Mendiburu, no fuera deplorada en Lima su muerte, ni acudiera a auxiliarlos sus tenientes y amigos* (Riva Agüero, 1968, pp. 444-445 tomo VI, énfasis añadido).

Para Riva Agüero es imperativo como acto de peruanidad, destacar a la egregia figura de D. Francisco Pizarro. El conquistador español, no solo se asocia a la determinación de la integridad territorial del futuro país (guerra con Almagro y *los de chile*), sino a "un empeño constante para fundir en una las dos sociedades que han formado nuestra

patria, la española y la india". Para Riva Agüero, Pizarro debería ser representado como, **"el auténtico creador del Perú actual, hispano y católico, que es nuestra nacionalidad real y duradera"** (1968, p. 446 tomo VI).

A propósito del IV centenario de la fundación de Lima, Riva Agüero escribió el ensayo "Algunas reflexiones sobre la época española en el Perú" (1935)[55], donde resume también su visión del significado de la Conquista para la historia peruana, en este señala Riva Agüero:

> *... equivalió la conquista castellana a un avance enorme, que elevó a nuestro país desde la tenue y borrosa penumbra prehistórica, la incipiente edad del bronce, el aislamiento bárbaro, la extrema exigüidad primaria de elementos de vida y alimentación, muy deficiente tracción animal, suma pobreza mecánica y desarrollo intelectual rudísimo, hasta la plena luz de la magnífica cultura europea renacentista. Todos los innegables adelantos y provechos que se cifran en la obra de los conquistadores y colonizadores españoles, no eran presumibles ni posibles entonces sin la forzada incorporación del Perú dentro de la gloriosa monarquía hispana, que emprendió y encabezó la tarea de civilizar la América indígena* (Riva Agüero, 1968, p. 345-346 tomo VI).

Esto lleva a Riva Agüero a criticar a los liberales decimonónicos, y su mirada indigenista o incaista, donde se censura a la conquista hispana:

> *La desorbitada mentalidad liberal del pasado siglo llegó, hasta escritores equilibrados como Mendiburu (Prólogo del Diccionario), a lamentar que el imperio de los Incas, por inferioridad bélica, no hubiera podido frustrar la empresa de Pizarro y detener de modo permanente la invasión española. A los ojos de la experiencia histórica, ese voto retrospectivo o*

[55] Riva Agüero también alude a la colocación de la estatua de Pizarro en la plaza mayor de Lima (1935), como parte de las celebraciones por el cuatricentenario de la fundación de la ciudad: "Es de equidad recordar que la estatua fue obsequio de una dama de Norteamérica, de la escuela de Lummis, hispanófila, rehabilitadora y pizarrista, tendencia que en los Estados Unidos también existe y prospera, como si quisiera compensar y resarcir los denuestos de Harrise; los recelos, prevenciones hostiles y restricciones estrechas de Prescott; y las huecas declamaciones calumniosas de otros innumerables". Riva Agüero, *obras completas*, 1968, tomo VI, pág. 437.

añoranza nos parece de todo punto desatinado e impío (Riva Agüero, 1968, p. 346 tomo VI).

El historiador limeño, además advierte lo negativo que habría resultado una tardía incorporación de los pueblos andinos a la cultura occidental:

Si la nacionalidad incaica, por caso de milagrosa preservación, se hubiera conservado algunas centurias soberana, su tenaz barbarie habría impedido por largo tiempo la pacífica propagación en nuestras comarcas de la cultura de Europa; y cuando al cabo de tan nocivas tardanzas, ésta se hubiera impuesto victoriosamente, la retardada irrupción habría acarreado al Perú autóctono la misma infeliz suerte que hoy toca a los países mongólicos menores, a las Chinas secundarias y subalternas, Corea, Anam, Tonquín, *Tibet, Birmania, y cuando más Siam; ya que toda especie de conjeturas y probabilidades veda suponer en la psicología incaica una transformación como la estupenda japonesa, que tiene raíces y antecedentes en el carácter y el pasado nipones* (Riva Agüero, 1968, p. 346 tomo VI).

Según Riva Agüero, la conquista encabezada por Francisco Pizarro, no significó una sujeción "colonial", en el sentido de dominio opresivo y políticas excluyentes hacia los nuevos territorios incorporados. Por el contrario, autor ve un proceso de asimilación, mestizaje e incorporación política, bajo la condición de "nuevos reinos". Reflexiona Riva Agüero:

La conquista y colonización española fueron de tal entidad y trascendencia (iguales cuando menos para nosotros a lo que fueron las romanas para las clásicas Galias o Hispanias), que fijaron de manera irrevocable la naturaleza y fisonomía del Perú: se formó perdurablemente un país mestizo, de habla y espíritu castellanos, constituido, no sólo por la coexistencia, sino por la fusión de las dos razas esenciales, que comenzó muy luego. El Perú tras la Conquista no quedó sojuzgado como región vasalla, sino unido a la Corona de Castilla como parte integrante de ella, como su ampliación o auctuario, del propio modo que todas las demás

Indias Occidentales, y en igual forma que cuando la Reconquista se agregaron los reinos andaluces. Así lo había ya dispuesto, desde 1519, el Ordenamiento de Carlos V en Barcelona, para las regiones descubiertas y por descubrir. No pudieron éstas, en consecuencia, con estricta propiedad reputarse colonias, sino, por el régimen asimilador e incorporativo que España instituyó, meras porciones o ensanches del Reino de Castilla… (Riva Agüero, 1962, pp. 346-347 tomo VI)[56].

Para el historiador limeño, los siglos XVI y XVII, de la hegemonía mundial española bajo los Austrias, "fueron muy en particular los del apogeo y opulencia peruanos".

Con España florecimos y decaímos, íntimamente ligados a ella. Nos enorgullecemos de nuestro perdurable españolismo, como el hijo predilecto y mimado se ufana en advertir el parecido de carácter y facciones con la madre adorada. Tal ha sido y es nuestra fisonomía, nuestro evidente destino, al cual no podemos ni queremos renunciar. Hasta la naturaleza de nuestro suelo parece determinarlo (Riva Agüero, 1968, p. 200 tomo VI).

A partir de estas consideraciones, concluye el historiador Riva Agüero:

Todo género de vínculos, espirituales y materiales, de cultura y de sangre, nos lleva a reconoceros y saludaros con agradecida ternura como progenitores nuestros. O mejor dicho quizá, sois nuestros hermanos mayores; pues unos y otros, los españoles de acá y los hispañoles de allá, somos los hijos genuinos, y Dios quiera que no ingratos, de la gran madre difunta, de la excelsa España del Antiguo Régimen, que pudo tener, como todas las dominaciones, sin ninguna excepción, sus caídas y sus sombras, pero de la cual a boca llena me enorgullezco, y frente a las ruindades y

[56] Los estudios sobre el imperio español y los virreinatos en América, demuestran que formalmente México o el Perú eran reinos bajo la condición de vicerreinos del gran imperio hispano, asumiendo por ello ciertos grados de autonomía (Fausto Alvarado, 2013). Sin embargo, aunque no se empleaba el término colonia durante el periodo de dominación española, ello no invalida el hecho de que hubo una fuerte sujeción colonial y explotación inhumana bajo ese sistema. Riva Agüero, defiende el status de reino que tuvo el Perú, y descartaría en cierto modo la idea de un régimen colonial opresivo e injusto.

> *apostasías modernas, me declaro vástago y heredero solidario* (Riva Agüero, 1968, pp. 291-292 tomo VI).

El relato histórico rivaguerino, es un relato unificador, pero bajo la égida de España, como madre patria. Nuestra historia está indisolublemente unida a España, así como nuestro presente y futuro, y sólo un "indigenismo obtuso" podría negar o no comprender el verdadero significado de la Conquista y el periodo virreinal, para la conformación de la nación. El elemento hispánico es central, supone el porvenir; mientras lo indígena-andino es un elemento superado en parte, cuyo valor radica en su antigüedad, ciertos logros culturales y prestigiar a la nación peruana, por tener en sus orígenes a una civilización superior, incluso a otras del mundo no occidental.

A pesar del reconocimiento del valor cultural de los incas, en última instancia resultaría absurdo compararla a la civilización traída por los europeos. Los incas, para Riva Agüero, fueron además inferiores a otras civilizaciones, como la de "México"[57].

> *La conquista española en sus primeros momentos fue, como toda guerra, una barbarie destructora; pero la colonización emprendida al par de ella trajo a nuestro suelo elementos esencialísimos, desde los metales y la moneda, animales y plantas útiles, y formas de convivencia adultas, hasta la religión, las letras y las ciencias. Llamar bárbara e inferior la espléndida y predominante sociedad española del Renacimiento, dominadora y dechado del Mundo, poniéndola en cotejo peyorativo con la meramente curiosa civilización incaica, es un garrafal y redondo disparate* (Riva Agüero, 1968, p. 309 tomo VI).

Para el historidor de la generación del novecientos "La civilización española era también, y con mucho mayor excelencia que la incaica, acogedora y humana" (1968, p. 310 tomo VI). Siendo un testimonio irrefutable las *Leyes de Indias*, poseedora de un alto espíritu; el accionar de los misioneros, tan favorable a los indios; y la conducta de

[57] Afirma José de la Riva Agüero: "Al lado de esta cultura, inferior a la mexicana, las primeras épocas de Troya, de Egipto y de la China, parecen prodigios de complicación y modernidad. Puede el moralista paradójico preferir un estado social incipiente a otro adelantado; pero el historiador desde su punto de vista no acepta valoración semejante… El Imperio de los Incas no puede ni siquiera equipararse con el antiguo México, dentro de un desapasionado y exacto criterio cultural". *Obras completas*… tomo VI, pág. 309

la Corona, que se enfrentó a los mismos conquistadores para otorgar libertades a los indios americanos. Afirma Riva Agüero:

> *Es justo proclamar todo esto, y reconocer que no fue la codicia el único móvil que guió a los conquistadores. La propia institución de la mita o trabajo obligatorio, propensa a innumerables abusos, fue legado de los Incas al régimen colonial, sin que éste hiciera más que limitarla a determinadas ocupaciones, de universal que antes era. El enlace de dos civilizaciones de tipo humanitario tuvo que ser fecundo, por grande que se advirtiera la desproporción entre el desarrollo de ambas, y de hecho, tras los primeros años de desconcierto, inevitables en toda unión forzada de dos pueblos, la fecundidad del mestizaje, no sólo material sino moral, quedó patente* (Riva Agüero, 1968, p. 310 tomo VI).

José de la Riva Agüero en una conferencia sustentada en la Sociedad "Entre Nous" (23 de marzo de 1934), a propósito de la ceremonia conmemorativa del IV centenario de la fundación española del Cuzco, aprovecha para cuestionar las perspectivas indigenistas sobre la Conquista y el mestizaje, que además estarían contaminadas por ideologías como la bolchevique:

> ***No conozco afirmación más injuriosa para el peruanismo que aquella de ser inasimilables sus dos razas esenciales, la hispana y la india. Si tal fuera, el Perú resultaría un aborto***. *Y esperamos y constatamos que no lo es, por los tipos humanos que ha producido, desde Garcilaso hasta nuestros días, mestizos insignes de sangre y de alma. Ninguno de ellos, sin envilecerse y renegarse, puede, so pretexto de honrar a la madre, calumniar al padre generoso que le dio nombre, educación y linaje.* ***El indigenismo exclusivo y frenético, el antiespañolismo obcecado y delirante, no es ya un error lícito, después de las concienzudas rehabilitaciones históricas, producidas y documentadas en los últimos decenios: es un arma de combate esgrimida por manos desleales, a las que la verdad no ata ni rinde; es la máscara gesticulante, fraudulenta y ominosa de la revolución bolchevique, decidida a atizar y utilizar los más***

bajos rencores de las razas (Riva Agüero, 1968, p. 311 tomo VI énfasis añadido).

Los "indianófilos" de esta condición no serían, para Riva Agüero, continuadores del espíritu incaico, que era de paz, armonía y conciliación de tribus: "son a lo sumo herederos de lo que los cronistas apellidan behetría preincaica, de la anarquía rabiosa, a la vez mezquina y espantable" (Riva Agüero, 1968, p. 312 tomo VI).

Riva Agüero defiende la idea de una monarquía española asimilacionista respecto a las Indias Occidentales, como se apreciaría en su legislación. Los matrimonios mixtos (español-indio), no solo fueron permitidos, sino estimulados, como se observa en las tempranas uniones entre conquistadores y princesas incaicas. Por otro lado, la idea del establecimiento de una servidumbre feudal en América, por los conquistadores y sus descendientes, es rechazada por Riva Agüero. Para él, por ejemplo, las encomiendas no suponían una jurisdicción definida, y los encomenderos, legalmente, no podían tomar a los indios como vasallos, "… y en breve se les prohibió residir entre ellos, para evitar abusos, y cobrar por sí sus rentas, que recibían meramente de manos de los Corregidores" (Riva Agüero, 1968, p. 349 tomo VI). La visión de una dominación feudal sobre las colonias, es refutada por Riva Agüero, quien incluso califica de "caprichosas lucubraciones", a los escritos de J. C. Mariátegui (*Los 7 ensayos*…, El problema de la tierra), y César Antonio Ugarte (Bosquejo de la historia económica del Perú), al respecto.

Sobre la asignación de tierras durante la Conquista, Riva Agüero sostiene que los abusos fueron bastante raros, y que las tierras repartidas a los españoles fueron las públicas (de los Incas, del Sol y de las Huacas); y que los ayllus mantuvieron por lo común sus tierras de cultivo, siendo incluso protegidos por los propios Encomenderos, "tan acriminados por nuestros sociólogos diletantis, acudían a defender a sus vasallos, nó por caridad ciertamente, sino porque la disminución de terrenos de comunidades les irrogaba el clarísimo perjuicio de mermarles los tributos" (Riva Agüero, 1968, p. 325 tomo VI). Al igual que cierta historiografía actual, se reivindica, además, a las Leyes de indias como modelo de legislación y ánimo protector desde la corona español. Explica Riva Agüero:

Las Leyes de Indias, cuya inspiración paterna reconocen y alaban los más encarnizados enemigos del sistema colonial, no fueron en la práctica tan ineficaces e inobservadas como se ha pretendido al poner de resalto particulares infracciones, debidas a la lejanía y a nuestra consuetudinaria lenidad. Comparado ese Código con la legislación anglosajona de la misma época en las colonias americanas, y la poco posterior en las posesiones de la Compañía de la India, reclama, no ya sólo obligada y tibia aprobación teórica, sino ferviente y admirativo aplauso (Riva Agüero, 1968, p. 325 tomo VI).

Explica Riva Agüero, que en rigor de los usos internacionales del siglo XVI, los indios, como infieles sometidos en guerra, habrían podido ser esclavizados, como los moros, berberiscos, turcos o negros. Sin embargo, "el espíritu antiesclavista de la Reina Isabel la Católica y de los Papas prevaleció", siendo condenados a confiscación de bienes por la Corona y excomulgados por el Papa, los españoles que redujeran a esclavitud a los indígenas americanos (1968: 348 tomo VI). En general la población indígena habría gozado de cierto bienestar bajo el régimen virreinal, a pesar de las versiones falsas que circulan contra el imperio español, sostiene Riva Agüero.

Las leyes y costumbres indígenas se conservaron en todo lo compatible con la civilización cristiana. La herencia y atribuciones de los Curacas, a pesar de los intentos de D. Francisco de Toledo, se respetaron escrupulosamente a modo de derechos de mayorazgos, lo que no sucedía en otros virreinatos y gobernaciones españolas de América. En la costa del Perú era antiquísimo uso, acatado por el gobierno castellano, la sucesión de las mujeres en los curacazgos, cuando probaban preferencia de grado y línea sobre el varón (Solórzano, Política Indiana, Libro II, cap. XXVII). Eco verídico de la comodidad y holgura con que vivían estos indios principales, subsiste en el dicho popular a persona floreciente y rolliza: estar hecho un Cacique. Humboldt declaraba que las clases populares de nuestra América disfrutaban de un bienestar desconocido a las de Europa entonces. Dos siglos antes habían reconocido los méritos del gobierno español en Indias, otro escritor alemán, Adán Contzen, y el francés Camilo Borrele. Durante el XVIII refutó cumplidamente en Italia

> *las extremosidades de Las Casas, Raynal y Robertson, el abate catalán D. Juan Nuix* (Riva Agüero, 1968, pp. 360-361 tomo VI).

Riva Agüero se opone firmemente a las versiones anti-hispánicas que fueron difundidas inicialmente por los enemigos del imperio español, y luego incorporadas por los indigenistas modernos. La hoy denominada *Leyenda negra* de la Conquista y la dominación española sobre América (periodo colonial), es cuestionada de varias maneras por el historiador limeño. El autor critica al dominio hispano por su blandura, y generar malos hábitos entre los criollos; criticar a España por un dominio fuerte y abusivo resultaría absurdo:

> *Acerca de los lados desfavorables del sistema colonial, podría disertarse largamente; pero no hay aquí espacio ni es ésta la ocasión. Las acusaciones en verdad fundadas no son por cierto las que los más de los rivales extranjeros formularon y propalaron; y las que la turba de nuestros extranjerizantes del siglo XIX y rezagados del actual repite. No nos perjudicó ese régimen, en sus dos primeras centurias, y sobre todo en su degeneración del XVIII, por duro y despiadado; sino muy al contrario, por blando, inejecutiva, enervante y disimulador. Las intenciones fueron en él mejores que los efectos. A los criollos peruanos nos acostumbró a la lenidad, el incumplimiento de la ley, a la falta de precisión, de severidad y de riesgo, al demasiado mimo regalo. Bien caro lo hemos pagado en nuestra época independiente. Nuestros padres nos consintieron y nos engrieron mucho. Esta queja arguye, por la condescendencia que censura, imprudente y excesivo amor. Denostar en el Perú el régimen del Virreinato como a enemigo feroz y mortal, es burda falsedad reservada a aquellos descastados ruines a quienes puede increpar, como al monstruo Calibán: "Te dí el don de la palabra, y con ella me maldices* (Riva Agüero, 1968, pp. 360-361 tomo VI).

Los archivos y documentos diversos hallados o descubiertos en las últimas décadas, demuestran según Riva Agüero, los beneficios de la colonización hispana, y rebaten las "exageraciones monstruosas en que incurrieron el Padre Las Casas y sus discípulos y extranjeros secuaces, que llegaron a convencer y amedrentar a los españoles de

ambos mundos en las pasadas generaciones, y a hacernos dudar injustamente de nuestras propias y ancestrales virtudes" (Riva Agüero, 1968, p. 324 tomo VI). El historiador católico rechaza la hispanofobia surgida en el siglo XIX, probablemente durante la revolución independentista, y difundida desde ciertas élites criollas:

> *Esa onda artificial de desprestigio, acrecida por las envidias de los antiguos rivales, y acogida sin discernimiento ni diques por nuestros sencillos y remotos padres, que aceptaron la derrota material, muy reparable, y así la hicieron, por espiritual, definitiva y absoluta, llegó hasta nuestras playas, hasta este Perú, entre los países americanos el más filialmente adicto a la Metrópoli, pero cuya propia docilidad lo hace de continuo juguete fácil de las estrepitosas novelerías forasteras, sobre todo si halagan sentimientos de barata popularidad y de pequeñez lugareña. Así se explica* ***la mentalidad pseudo culta del anterior siglo, desde la hispanofobia delirante de los declamadores y demagogos revolucionarios, hasta los conceptos depresivos y pesimistas sobre el régimen colonial y la herencia española****, que disfrazados de documentación erudita y positivista ecuanimidad, inficionaban todavía, como amargos frutos de suicida descastamiento, nuestra escasa producción histórica criolla de mediados y fines de la última centuria. Ahora, aun el más prevenido en contra de nuestro pasado hispano, si quiere proceder con decoro y alguna circunspección científica, no puede suscribir los viejos dicterios* (Riva Agüero, 1968, pp. 324-325 tomo VI énfasis añadido)[58].

Según Riva Agüero, el progreso indefinido y fatal en las sucesivas edades históricas, dista de ser una ley inconclusa. La felicidad humana y la cultura son conceptos relativos, donde cada civilización posee virtudes intrínsecas, pero no siempre transmisibles. Habría excelencias que se pierden, ventajas peculiares que corresponden a determinados sistemas de convivencia, a climas originales en el curso de los tiempos. Pero comúnmente, las adquisiciones benéficas se acumulan y trasfieren a

[58] "En el día de la raza", discurso pronunciado en el Casino español de Lima (12 de octubre de 1934), publicado en *Por la Verdad, la Tradición y la Patria* (Opúsculos), Lima, 1938, T. 11, pp. 169-174.

través de las generaciones entre los pueblos y civilizados. Lo regular y es el continuo incremento de la prosperidad material, salvo en etapas de crisis o disolución (Riva Agüero, 1968, p. 345 tomo VI).

> *"Por eso es natural que en nuestra historia peruana la época incaica respecto significa una mejora de los curacazcos independientes e imperios megalíticos, aunque en algunas particularidades descubran éstos más intensidad o más delicadeza, mayor empuje o primor; y por lo mismo, de manera general irrefragable, equivalió* ***la conquista castellana a un avance enorme, que elevó a nuestro país desde la tenue y borrosa penumbra prehistórica, la incipiente edad del bronce, el aislamiento bárbaro, la extrema exiguidad primaria de elementos de vida y alimentación, muy deficiente tracción animal, suma pobreza mecánica y desarrollo intelectual rudísimo, hasta la plena luz de la magnífica cultura europea renacentista****. Todos los innegables adelantos y provechos que se cifran en la obra de los conquistadores y colonizadores españoles, no eran presumibles ni posibles entonces sin la forzada incorporación del Perú dentro de la gloriosa monarquía hispana, que emprendió y encabezó la tarea de civilizar la América indígena* (Riva Agüero, 1968, pp. 345-346 tomo VI énfasis añadido).

Para el historiador limeño, la historia española es nuestra, siendo vano e irracional cualquier empeño de separar la historia peruana de los anales hispanos, pues sin estos no podría explicarse al Perú. El lazo indivisible que une a España y el Perú, es físico (racial) y espiritual (cultural), somos una continuidad histórica, los peruanos somos hijos legítimos de la madre patria, nunca bastardos de ella. Reflexiona Riva Agüero:

> *En vuestros antecedentes de todos los períodos están las razones de nuestra existencia.* ***Aun a los reyes de vuestra Edad Media los llamamos y los sentimos reyes nuestros, porque heredamos y beneficiamos del fruto de sus esfuerzos.*** *Somos indivisibles de vuestra cultura, mucho más que todos los occidentales mediterráneos lo son de la civilización grecolatina; porque* ***no es el nuestro un mero nexo espiritual y de imitación, sino de continuidad y sucesión física****; y casos hay en que con*

> *certeza podemos ascender y palpar nuestra procedencia material de los hombres que vivieron y actuaron aquí antes del Descubrimiento, pues prole de ellos somos, y no por transplantados dejamos los americanos de ser hijos genuinos y legítimos* (Riva Agüero, 1968, pp. 201-202 tomo VI énfasis añadido)[59].

Según el autor la equivalencia o ventaja que los indigenistas pretenden atribuir a la cultura incaica respecto a la española, traída por la Conquista, (y mejorada en el Virreinato), es insostenible. Señala Riva Agüero:

> ***Comparar la civilización muy relativa e imperfecta del Tahuantinsuyo incaico, con la de la España de Carlos V, es como comparar una criatura de dos años con un robusto y gallardo joven de veinte***. ***El Perú de los Incas era una civilización muy primitiva, que salía de la piedra tallada y entraba en el período del bronce****, que ignoraba el arado, el torno y la columna, sin más animal doméstico que la llama, apenas con atisbos de bóvedas, reducida a escasas plantas alimenticias, y no obstante pictografías groseras, sin escritura fonética ni jeroglífica, ni más medio mnemotécnico que los cordeles de quipos* (Riva Agüero, 1968, p. 309 tomo VI énfasis añadido).

Para Riva Agüero, el Estado y organización incaicos eran notables, a pesar de la creciente individuación de las tierras, a través de la asignación de suelos a los nobles y curacas en los nuevos territorios incorporados (una especie de feudalización). Las críticas por su atraso respecto a Europa, contrastan con los beneficios de Estado socialista primitivo, logrado por los incas. Sin embargo, se trata sólo de un Estado teocrático y despótico, comparable a los Estados orientales. No podría aceptarse las teorías que buscan colocar a los incas como un Estado igualitarista o democrático. Señala Riva Agüero:

[59] "La historia de España y el Perú". Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso Histórico de Barcelona (noviembre, 1929), en representación de todas las delegaciones hispanoamericanas. Se publicó en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1937, T. 1, pp. 149-154; y en *Afirmación del Perú* (Antología), Lima, 1960, T. 1, El Perú en su Historia, cap. VIII, pp. 239-245.

> *La transformación estaba muy adelantada cuando llegó Pizarro; y no puede considerarse, como Raúl Porras lo insinúa, en calidad de un síntoma degenerativo (Porras, La caída del imperio incaico), sino muy al contrario, como el resultado lógico del principio sobre el que se asentaba la organización incaica; guerrera, conquistadora, patriarcalista y jerárquica por forzosa consecuencia. Los Incas no eran por esencia pacífica, ni igualitarios, ni comunistas, aunque aprovecharan como base social la comunidad de aldea, y establecieran la minuciosa asistencia pública de los desvalidos mediante un sistema de socialismo de Estado, según tantos imperios primitivos, despóticos y belicosos, lo han hecho. Atribuirles una mentalidad de demócratas pacifistas o de soviéticos niveladores, es una de las más burdas y bufas adulteraciones de la historia, que la ignorancia y la inescrupulosa propaganda política de consumo han podido engendrar. No necesita el pasado incaico de tales disfraces anacrónicos para despertar interés e infundir respeto. El Inca era dueño de todas las tierras y todos los habitantes de sus dominios, no por afán de reparto popular, sino por la extrema concentración de su despotismo teocrático, como lo fueron los antiquísimos monarcas de la China y del Egipto, los reyes persas aqueménides y los sultanes de Mongolia y Turquía, sus verdaderos émulos. Con ellos se empareja y consuena, y no con los revolucionarios de nuestros días* (Riva Agüero, 1968, p. 386 tomo V).

Finalmente, para Riva Agüero no hubo en la nueva capital castellana (Lima), algo que se equiparara a la "expropiación brutal y en masa propia de las conquistas bárbaras, como lo fantasean y acriminan los temerarios y mendaces socialistas criollos de hoy" (Riva Agüero, 1968, p. 374 tomo VI). El respeto a las propiedades indígenas como la de los curacas, caracterizó a ese periodo.

Españoles e hispanoamericanos conforman una misma raza y comunidad espiritual, según Riva Agüero. El mundo criollo es simple prolongación de Iberia.

> *Con España florecimos y decaímos, íntimamente ligados a ella. Nos enorgullecemos de nuestro perdurable españolismo, como el hijo*

> *predilecto y mimado se ufana en advertir el parecido de carácter y facciones con la madre adorada. Tal ha sido y es nuestra fisonomía, nuestro evidente destino, al cual no podemos ni queremos renunciar* (Riva Agüero, 1962, pp. 199-200 tomo VI).

El periodo de la Conquista representa en la obra de Riva Agüero, la etapa donde la civilización incaica da paso a una civilización de orden superior, la hispánica. La civilización Inca otorga al Perú un origen prestigioso, ya que se trata de una alta cultura del mundo pre-moderno. Gran parte de la obra del historiador limeño, está dedicada al estudio de los Incas en todos sus aspectos, y junto a sus estudios sobre el Virreinato conforman el grueso de su producción bibliográfica. La Conquista no recibe un trabajo detenido en los escritos de Riva Agüero, y muchas de sus publicaciones sobre la colonización y el significado de la Conquista, provienen de discursos brindados en reuniones y ceremonias diversas. La visión de la Conquista del autor está impregnada del hispanismo en boga de su época. Riva Agüero es uno de los mayores representantes de esta corriente, que ve en el inicio de la dominación española el periodo fundacional para la nación peruana. El proceso de mestizaje, la fundación de ciudades, la transmisión de la fe cristiana, la incorporación de la lengua castellana y la asimilación de la técnica y ciencia occidentales, ocupan el rol más significativo en las reflexiones sobre la Conquista, y sirven para justificar el proceso de dominación colonial. La peruanidad no consistiría en la negación o rechazo del legado hispánico o herencia colonial, sino en el reconocimiento del valor del componente español que nos constituye racial y culturalmente. Lo contrario es simple indigenismo obtuso y ramplón, negador de la historia y el mestizaje cultural. La figura de Francisco Pizarro debe ser reivindicada entonces como la de un patriarca de la nación peruana, el iniciador del mestizaje y fundador de la civilización europea en el territorio del decadente imperio incaico. Negar a Pizarro es negar a un padre, y negar a España es negar a la madre patria.

El relato histórico de la Conquista es breve en Riva Agüero, pero logra introducir sus principales planteamientos sobre el significado de esta etapa histórica para el Perú. Dentro de estos escritos destacan los dedicados a la fundación de Lima y la refundación del Cusco por los españoles. Se aprecia en parte su búsqueda de reivindicar lo indígena-andino, pero siempre supeditado al elemento hispano o europeo, motor del desarrollo moderno mundial; la sublimación del mestizaje y la capacidad redentora de la civilización occidental. En ese sentido, señala Riva Agüero:

> *Aprovechemos estas lecciones de la historia cuzqueña con un alto y comprensivo espíritu de peruanidad total. Pidámosle a cada una de las dos razas históricas la enseñanza y el ejemplo de sus respectivas cualidades. A la incaica, su disciplina, su jerarquía, su unidad, su sentido de la autoridad y la tradición, de parsimonia y de prudencia, cualidades todas que son esencialmente conservadoras y derechistas, porque el indio necesita el molde de una organización vigorosa y estable para producir obras duraderas como el granito o el cimiento romano. Entregado a la anarquía a la flojedad individualistas, no saldrá nunca de lo y que fue su primitiva behetría o barbarie; quedará estéril, gris, inerte y tenue, como las arenas del desierto. Para aunarse en compacta y poderosa masa, necesita el impulso que concentraron en sí las supremas clases incas, que y luego pródigamente trajeron y desparramaron los conquistadores castellanos.* ***Aprendamos de éstos, que también son nuestros padres, el arranque, la generosidad, la decisión y la audaz valentía españolas. Reunidas las cualidades de ambas estirpes, mantenidas acendradas por una racional y educación histórica, llegará el Perú a una plena conciencia nacional*** (Riva Agüero, 1968, p. 319 tomo VI énfasis añadido).

El relato histórico de Riva Agüero, asemeja al de Lorente en cuanto reivindica a Garcilaso y destaca el valor histórico de los Incas. La Conquista representa la etapa inaugural de la historia patria moderna, y el discurso del mestizaje es clave para estructurar el gran relato nacional. El proyecto de Riva Agüero es defender nuestra doble herencia (indígena y europea), pero considerando que sólo en la cultura occidental está cifrado el futuro. Catolicismo y lengua castellana son columnas

vertebrales en este proyecto nacional, compartido por intelectuales como Víctor Andrés Belaúnde. El espíritu aristocratizante, las reinvindicaciones genealógicas, las posturas conservadoras, y la simpatía por el nacional-catolicismo español, caracterizaron al Riva Agüero tardío de la década de los años treinta, periodo en que publica varios escritos a propósito del cuatricentenario de la Fundación de Lima y la refundación del Cusco, el Día de la Raza (12 de octubre), o posteriormente el cuatricentenario de la muerte de Francisco Pizarro[60]. Sin embargo, a pesar del creciente conservadurismo e hispanismo del autor en su etapa madura, este de ninguna manera fue ajeno a su obra temprana, donde observa una visión siempre positiva sobre la colonización. En su libro *Paisajes Peruanos*, puede apreciarse un discurso reivindicador y nostálgico frente a la civilización incaica, pero justificador de la Colonia y valoración del legado hispánico. Riva Agüero afirma defender un *nacionalismo hispano-indio*, que finalmente es el nacionalismo criollo basado en la ideología del mestizaje, la aspiración a la occidentalización y la colocación de lo indígena como un estrato histórico-cultural a superarse. De esta manera, sentencia José de la Riva Agüero:

> *La Colonia es también nuestra historia y nuestro patrimonio moral. Su recuerdo reclama simpatía y reconciliación, y no anatema. si queremos de veras que el peruanismo sea una fuerza eficiente y poderosa, no rompamos la tradicional continuidad de afectos que lo integran; no reneguemos, con ceguera impía, de los progenitores; no cometamos la insania de proscribir y amputar de nuestro concepto de patria los tres siglos civilizadores por excelencia; y no incurramos jamás en el envejecido error liberal, digno de mentes inferiores y primarias, de considerar el antiguo régimen español como la antítesis y la negación del Perú… La Colonia, a pesar de sus abusos, - tan poco remediados aún- no pudo reputarse en países mestizos como servidumbre extranjera. Para el Perú fue especialmente una minoridad filial privilegiada, a cuyo amparo, y reteniendo nuestra primacía histórica en la América del Sur, iban nuestras diversas razas*

[60] Sobre la evolución ideológica del historiador limeño, señala Luis Alberto Sánchez: "… Riva Agüero, que en su juventud ideológicamente positivista y liberal…, en su madurez, cuando había dejado de ser positivista para retornar al catolicismo, y dejó de ser liberal para confesarse reaccionario y lucir como fascista…" *Conservador, no. Reaccionario sí. Notas sobre la vida, obra y proyecciones de don José de la Riva Agüero y Osma*, *Marqués de Montealegre y Aulestia.* Mosca azul editores (1985), pág. 88

> *entremezclándose y fundiéndose, y creando así día a día la futura nacionalidad. Aleación trabajosa y lenta, dificultada por la propia perfección relativa del sistema incaico, que se resistía, muda pero tenaz y organizadamente, a ser plasmado por una cultura superior. Regiones de menor multiplicidad étnica o desprovistas de reales civilizaciones indígenas, se acercaron más rápidamente a la unidad moral, en tanto que el Perú se retrasaba por la arduidad de la tarea correspondiente a su excesiva complicación* (Riva Agüero, 1995, pp. 142-143).

El discurso histórico de Riva Agüero, revela la idea de "integración" propio del discurso hispanoamericanista; pero se trata de una integración al mundo criollo, donde lo indio o indígena es un elemento a superarse. Los valores criollos y occidentales representan lo peruano (moderno); y por ello, a lo indígena solo le queda asimilarse. Riva Agüero, no llega al discurso radical o genocida de "el mejor indio, es el indio muerto", pero sí considera la cultura indígena como un elemento de atraso, solo admirable en tanto elemento museístico, alusivo a civilizaciones históricas. La diversidad étnica, es considerada como un obstáculo para la unidad u homogeneización cultural dominado por lo criollo (mestizo, blanco, católico, castellano, occidental). El discurso de Riva Agüero se enmarca en el discurso trasnacional hispanoamericanista (difundido especialmente entre 1898 y 1930), el cual en su vertiente liberal o conservadora, siempre apela la idea de la continuidad cultural entre España y América, con la preeminencia de la primera, en tanto "madre patria".

1.2.2 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Raúl Porras Barrenechea.

Raúl Porras Barrenechea (1897-1960), fue historiador, escritor, catedrático, ensayista, diplomático, senador y ministro. Formado en la Facultad de Letras de la Universidad

de San Marcos, en la que se doctoró en Filosofía, Historia y Letras (1928). En esa misma universidad, fue catedrático de Literatura castellana (1928), Historia de la Conquista y la Colonia (1929), Historia diplomática del Perú (1931) y Literatura americana y peruana (1942). Fue, además, el organizador del I Congreso Internacional de Peruanistas, y miembro del Instituto de Historia del Perú y de la Academia Peruana de la Lengua.

Perteneció a la denominada generación del Centenario (de la independencia), y fue uno de los intelectuales limeños más reconocidos. Entre algunas de sus obras, pueden destacarse: *Lima* (1924), *Historia de los límites del Perú* (1926), *Pequeña antología de Lima* (Madrid, 1935), *El testamento de Pizarro* (París, 1936), *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú.* (Paris, 1937), *Cronistas olvidados sobre el incario* (1941), *El inca Garcilaso de la Vega* (1946), *Mito, Tradición e Historia del Perú* (1951), *El paisaje peruano de Garcilaso a Riva Agüero* (1955), *Cartas del Perú, 1524-1543.* (1959), *Antología del Cuzco* (1961), *Fuentes históricas peruanas: Apuntes de un curso universitario* (1963), *Los cronistas del Perú* (1962), *Pizarro* (1978), *San Marcos, la cultura peruana* (2010), y *Pequeña antología de Lima/ El nombre del Perú* (2005). Como historiador, fue el mayor especialista en el periodo de la Conquista y los inicios de la Colonia, ello gracias a un trabajo riguroso y cuidadosa metodología[61]. Fue a su vez formador de generaciones de estudiantes, y entre sus discípulos destacan los historiadores Carlos Araníbar, Pablo Macera, Waldemar Espinoza, pasando por su gabinete de estudio el futuro escritor Mario Vargas Llosa y el sociólogo Hugo Neira.

Como historiador y escritor Porras cultiva el ensayo, donde destacan sus retratos histórico-literarios de grandes personajes, que ubica como formadores de la nacionalidad: Pizarro, Garcilaso, Sánchez Carrión, Grau, Raimondi, González Prada, Palma, Riva Agüero, entre otros[62]. "Lohmann Villena llega al punto de calificarlo

[61] Como testimonio personal refiere Edmundo Bendezú: "En San Marcos durante la primera mitad de este siglo, los campos de investigación histórica estaban polarizados entre hispanistas e indigenistas. Cuando ingresamos a San Marcos en 1955 las dos grandes figuras del indigenismo eran Luis Valcárcel y José María Arguedas; y, el que había sido la gran figura del hispanismo después de Riva Agüero, Raúl Porras Barrenechea ya estaba desplazándose hacia un terreno intermedio de equilibrio entre las dos posiciones, en un intento de conciliar la dicotomía pero sin renunciar a las ideas fundamentales". *Literatura, Historia e Ideología en la biografía de Pizarro*. Editorial Lumen, Lima, 1992, prólogo (sin número).

[62] Carlos Eduardo Zavaleta, agrega sobre Porras Barrenechea: "él también se ocupa de ciertos temas que no giran en torno a una figura, que no tienen rostro, sino se dedica a algo que irradia significados, por ejemplo el nombre del Perú, o el desfile impresionante de la antigüedad prehispánica peruana (su ensayo "Mito, tradición e historia" es señero); la persecución del "alma" de ciudades como Lima o Jauja es un tema entre intelectual y filosófico, pero

claramente de *historiador romántico,* o sea, el de la prosa encendida por el amor a la patria, a sus héroes, a las empresas más notables por el tesón, la victoria, o incluso la derrota, que enseña y moldea el carácter" (citado por Zavaleta, 2008, p. 212).

Raúl Porras Barrenechea se formó intelectualmente a inicios del siglo XX, durante el apogeo y fin de la República Aristocrática o segundo civilismo, y el comienzo del periodo modernizador del Oncenio de Leguía, época donde se perfila el Perú actual, a partir de los visibles cambios sociales y una intensa vida intelectual en el país y América. Al cumplirse los cien años de la independencia, y producirse las grandes conmemoraciones de 1921 y 1924, se observan ya a pensadores o intelectuales que definirán las ideas que marcarán al Perú del siglo XX. Entre ellos, Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, Jorge Guillermo Leguía, César Vallejo, Luis E. Valcárcel, Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. El historiador Juan Luis Orrego, ha explicado algunos aspectos clave de esta generación:

> *El problema del indio, la existencia de la nación peruana o, simplemente, qué es el Perú fueron sus planteamientos básicos. No olvidemos, por último, que este grupo de intelectuales también se nutrió de las ideas de la generación anterior, la del Novecientos, especialmente de José de la Riva-Agüero y Osma, Francisco García-Calderón y Víctor Andrés Belaunde. Realmente hubo, por esos años, una vocación totalizadora; es decir, una preocupación por entender al Perú desde todos sus aspectos* (Orrego, 2009)

Orrego explica que, en gran medida, la trayectoria intelectual de Porras fue más allá del oficio de historiador, y que podría ser resumida como la de formar o levantar conciencias, ya sea a través de la cátedra universitaria, la investigación académica o la participación política. Señala Juan Luis Orrego:

> *No cabe duda que su verdadera vocación fue el Perú. Influido por Riva-Agüero y Belaunde, defendió el carácter mestizo de la nación peruana. No fue ni hispanista ni indigenista. Sus libros y artículos demuestran su preocupación por comprender la influencia hispánica (sus estudios sobre la Pizarro, la Conquista, los cronistas, las instituciones virreinales) y*

---

que nos cautiva, o géneros literarios como la sátira o la tradición en el Perú…". *Raúl Porras, escritor*. Revista LETRAS 79 (114), 2008, p. 209. UNMSM.

> *andina (sus aproximaciones al Tawantinsuyo o su ensayo sobre el cronista indio Felipe Guamán Poma y Ayala). Porras, además, se preocupa por descubrir el origen del nombre del Perú y su vocación por el mestizaje queda demostrada por su brillante aproximación a la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega, nuestro primer historiador* (Orrego, 2009).

Porras, será uno de los más notorios herederos de la tesis del mestizaje, y la idea de *Peruanidad*, proveniente de intelectuales novecentistas como Riva Agüero y Víctor Andrés Belaunde[63]. Su preocupación auténtica por el futuro del país, lo lleva a explorar una gama diversa de temáticas, entre las cuales está la historia de los límites fronterizos del Perú. En un contexto de disputas con los países vecinos, Porras indaga en documentos que se remontaban a los años de la Conquista española, para afirmar los derechos territoriales del Perú.

Un aspecto central en su obra es la historia de Lima, dedicando varios trabajos monográficos y conferencias admirables como la dedicada a Pancho Fierro o a la fundación y desarrollo histórico de la capital, acuñando la frase "Del puente a la Alameda". Porras cultiva como pocos el idioma castellano; su obra será admirable también en su forma, deslumbrando también en los debates congresales o exposiciones orales en general. El reconocimiento a su obra, sin embargo, es por acucioso manejo de fuentes (crónicas, cartas, documentos oficiales, etc.), asentadas en un notable trabajo bibliográfico y de permanente verificación de datos. La exactitud fue la guía en su labor académica. Al respecto explica Juan Luis Orrego:

> *Pero quizá ese excesivo celo por la rigurosidad le impidió concretar, como muchos opinan, la gran obra para la que él estaba sindicado: una síntesis de la historia del Perú. Hasta 1960, Porras era, en el Perú, el historiador más capacitado para escribir la historia del Perú "total", desde los primeros habitantes que poblaron el territorio peruano hasta nuestra*

[63] "Porras se sintió siempre discípulo de Riva-Agüero y así lo proclamó hidalgamente en diversas oportunidades. Estudió la obra de su maestro. la difundió y la continuó. Escribió nutridas páginas comentándola y ampliándola y los más hermosos elogios de la personalidad de Riva-Agüero. El discurso de Porras en el entierro del maestro. su prólogo a los *Paisajes Peruanos* y las varias y extensas referencias que de él hace en su libro *Fuentes Históricas Peruanas*, constituyen en su conjunto un valioso testimonio para apreciar el significado de la obra de Riva-Agüero. Esta afinidad obedecía entre otras razones a una muy similar concepción del Perú. a una muy semejante escala de valores de lo que podríamos llamar las esencias de la peruanidad. Puede decirse en este sentido que la obra de renovación de los estudios históricos que se inició en 1905 con Riva Agüero, y sus fundamentales interpretaciones de nuestro pasado. se difunden y amplían más tarde con la obra histórica de Porras". *Discurso in memoriam*. Autor: C.P.V. http://repositorio.pucp.edu.pe:8085/index/bitstream/handle/123456789/114239/9342-Texto%20del%20art%C3%ADculo-36998-1-10-20140714.pdf?sequence=2&isAllowed=y

> *trayectoria republicana… era el que más conocía nuestro pasado, desde los tiempos prehispánicos hasta la dura experiencia republicana. Por ello, muchos esperaron de él el gran libro que sintetizara las tres grandes etapas de nuestra historia. Lamentablemente, no lo hizo… Sin embargo, a pesar de no habernos dejado esa gran síntesis, nos legó un conjunto de estudios monográficos que nos abren surcos imprescindibles para conocer temas tan variados como la vida de Pizarro, las crónicas y los cronistas, las instituciones del virreinato, los ideólogos de la Emancipación, la historia diplomática o la literatura virreinal y republicana* (Orrego, 2009).

El hispanismo de Porras, resulta indiscutible a lo largo de su trayectoria. Exalta la identidad mestiza del Perú, pero la afirma sobre todo en la vertiente hispano-occidental. Sin embargo, habría que evaluar el hispanismo en Porras, ya que como apunta Bendezú Aibar (1992), la razón última del hispanismo peruano es la noción secular de toda conquista militar, repetida por mismos los conquistadores: "esta tierra es nuestra, la ganamos con nuestra sangre". Los criollos hispanistas se consideran herederos directos de los castellanos, y por lo tanto de sus derechos adquiridos.

Lo andino o indígena es ampliamente valorado por Porras, pero su concepción histórica enmarca el origen del Perú en el siglo XVI. Aun así, Porras alentó trabajos sobre temas andinos, para lograr la visión integral del Perú. Una discípula suya será la etnohistoriadora María Rostworowski, cuyo primer trabajo sobre el Inca Pachacútec fue guiado por Porras, quien alentará su labor de investigación, brindándole consejos y orientaciones sobre el manejo de fuentes, como las crónicas y otros documentos coloniales.

Porras se encargó tempranamente de la cátedra de Conquista y Colonia en la Universidad San Marcos, donde inicialmente se basó en los libros sobre la Conquista de México y el Perú del historiador norteamericano Guillermo Prescott, cuya obra gozaba de gran difusión y particular aprecio entre los círculos intelectuales. Sin embargo, pronto Porras toma distancia y una actitud crítica frente a la versión del hispanista estadounidense. Sobre esto explica el historiador Rafael Varón:

> *Porras reaccionó ante lo que Lohmann ha llamado precisamente la "profunda adulteración del criterio y, interpretativo de los sucesos en particular, de la auténtica personalidad de Pizarro" (Lohmann Villena*

> *1984: 151). Pocas dudas caben de que Lohmann se ha identificado plenamente con la irritación de Porras, habiendo opinado entre otras cosas que Prescott era más artista que científico, que veía los hechos y no sus causas y, por último, que consideraba al conquistador como un tipo "odioso"* (Varón, 2000, p. 487).

Porras se propone presentar una versión más equilibrada y razonada sobre la Conquista y la desprestigiada figura de Francisco Pizarro, esto a la luz de nuevos documentos recopilados en los últimos años. Porras desafía así a la historiografía que había perpetuado una imagen negativa del conquistador, incluso desde España misma. Por otro lado, su declarado hispanismo, no sería tanto una reacción contra el indigenismo americanista, sino contra el anti-españolismo de cierta corriente histórica anglo-sajona. Al respecto apunta el historiador Miguel Maticorena:

> *En 1929, al asumir la cátedra sanmarquina de Conquista y Colonia, su ya desarrollada vocación investigadora lo empujó a romper los límites de lo conocido hasta entonces, a través de la aplicación de sus tareas heurísticas y hermenéuticas, concentradas ahora en la época del Descubrimiento, Conquista y colonización del Perú. Se ha señalado (Lohmann 1984: 151) que la orientación historiográfica de Porras partió de un afán por rectificar la entonces muy difundida versión de la conquista acuñada por el historiador norteamericano William Prescott y que criticaba, quizá prejuiciosamente, la colonización española en el marco de la crisis que viviera España hacia finales del siglo XIX. De admitir esta sugerencia, estaríamos frente al origen historiográfico del interés de Porras por la figura y la época de Francisco Pizarro, así como ante la explicación de su marcada posición hispanista, ya que al teñirse el discurso de Prescott por un color contrario a España, se desprendían de allí una serie de corolarios contra su obra colonizadora. En consecuencia, debernos interpretar su postura hispanista corno una decidida defensa ante la invasión cultural sajona, y no corno una negación del mundo indígena al que, corno veremos, tantos esfuerzos dedicó"* (Maticorena, 1997, p. 198)[64].

[64] José Cárdenas Bunsen. "Una nota sobre las *Obras Completas* de Raúl Porras". Revista *Histórica.* XXV. 2 (2001): 213-224. pp. 215-216. Pontificia Universidad Católica del Perú.

En su discurso "Pizarro el fundador" (1941), Porras afirma que ninguna biografía estuvo "más llena de errores rutinarios, de invenciones legendarias, de imputaciones monstruosas, de retórica plañidera y de rebañega repetición de mentiras que la vida de este conquistador". Como explica el historiador Rafael Varón Gabai, la imagen o visión negativa de la Conquista y la figura de Pizarro, tenía causas lejanas y próximas según el parecer de Porras Barrenechea:

> *Los tres motivos que habían dado lugar a esta injusticia de la historia eran: primero, la corriente antiimperial de Bartolomé de las Casas, en especial en su "obsesión persecutoria delirante" que se manifestó en escritos como la Destrucción de las Indias ; segundo, la corriente anglosajona, en la que "los escritores ingleses, por razones de diversidad nacional y religiosa, no simpatizan con la conquista española ni con Pizarro" encontrando todos ellos "propósitos de persecución y de venganza contra los indios" en los actos de los gobernantes españoles, se tratase de Pizarro o de Toledo. La tercera corriente de "deformación" que encontraba Porras en el Perú y otras partes de América era el indigenismo, cuya característica más notoria en algunos de sus escritores era "la enemistad hacia España* (Varón, 2000, p. 489)[65].

En efecto, Porras denuncia a los historiadores anglosajones, quienes, según él, deforman la realidad histórica por razones ideológicas. Como el escocés **William Robertson** y su libro *Historia de América* (1777), quien contrapone la crueldad de los españoles a la supuesta benignidad de los indígenas, y donde Pizarro aparece con rasgos repulsivos: bárbaro, violento, despiadado, cruel, ignorante y falso; aunque valeroso y perseverante. A esta tradición se suma el norteamericano **William Prescott**, quien en su *Historia de la Conquista del Perú* (1847), presenta a un Pizarro más moderado, humano y cortés, aunque codicioso y pérfido. La alevosía, espíritu calculador y avaricia son resaltados, y omitidas cualquier imagen de bondad o grandeza. Sin embargo, Porras reconoce la tendencia reivindicadora de otros historiadores anglosajones, como el inglés **Arthur Helps** en su obra *Vida de Pizarro* (1869), quien destaca la fe, coraje, prudencia, resolución, modestia, veracidad y cierto

[65] Porras afirmaría que la "rectificación esencial" de su obra se refería a la: "personalidad de Pizarro restaurada en su humanidad y benevolencia característica de campesino y de hombre del pueblo español, y hecha a base de los testimonios directos de sus contemporáneos aun de sus propios enemigos. La ferocidad de Pizarro es una creación de los siglos XVIII y XIX, de pura procedencia sajona puritana. Se ha cargado en la cuenta de Pizarro los crímenes efectivamente cometidos por otros". Lohmann Villena 1984, citado por Varón Gabai, 2000, pág. 487

candor en el duro conquistador. También destaca **Charles Lummis**, quien en su *The spanish pionner* (1893), considera a Pizarro el más grande pionero del Nuevo Mundo, y destaca sus virtudes como el ser un hombre de principios rectos, inflexible, heroico, justo, prudente, generoso y leal (Bendezú, 1992, pp. 28-29).

Quien asume una actitud más o menos objetiva respecto a Pizarro, según Porras, es **Clements Markham**, quien en su libro *A history of Peru* (1892), evalúa los defectos y virtudes del conquistador, pero reconociendo finalmente a un hombre extraordinario en Pizarro: valeroso, tenaz, leal, perseverante; aunque la gran mancha en su trayectoria, según Markham, fue el asesinato de Atahualpa, donde la honra de Pizarro cede ante su conveniencia. Finalmente, a esta tendencia reivindicadora se suma, el historiador **F. A. Kirkpatrick**, con su texto *The Spanish Conquistadores* (1934), y más recientemente el historiador estadounidense **James Lockhart**, quien en su libro *The Men of Cajamarca, A social and Biographical Study of the first Conquerors of Peru* (1972), continua la intención de objetividad de Markham (Bendezú, 1992, p. 30)[66].

En su análisis heurístico sobre la biografía de Pizarro hecha por Porras, Bendezú Aibar (1992), recorre la obra de los autores arriba señalados, y rescata a otros quizás menos conocidos, como **Antonio Herrera**, cronista mayor de Indias, autor de *Décadas: Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* (1610), quien proporciona numerosos datos sobre Pizarro y es citado frecuentemente por Porras en su biografía del conquistador. Según Bendezú, después de Herrera, surge en España una tendencia apologética de defensa y alabanza de Pizarro, vigente hasta hoy. Destaca **Fernando Pizarro Orellana**, descendiente del linaje del conquistador, autor del libro *Varones Ilustres del Nuevo Mundo* (1639), seguido por **Manuel José Quintana**, quien escribió *Vida de Francisco Pizarro* (1830), primera biografía completa del conquistador, donde se cuestiona la leyenda negra iniciada por Gómara contra Pizarro (niño expósito amamantado con leche de puerca y luego criador de cerdos). A pesar de reivindicar a Pizarro, Quintana no es un defensor exaltado, y registra los datos desfavorables a Pizarro, cuestionando la condena a Atahualpa y el latrocinio a lo largo de la ocupación de los territorios

[66] Lockhart elogia la obra de Porras, destacando su profundidad, finura y exactitud. Rechaza la leyenda porcina sobre Pizarro, al igual que Porras, pero considera finalmente que este terminó creando una imagen casi mítica de Pizarro, como fundador visionario, noble y benigno. Edmundo Bendezú Aibar, *Literatura, Historia e Ideología en la biografía de Pizarro*. Editorial Lumen, Lima, 1992, pág. 30

indígenas: "Lo que Porras justifica como derecho de conquista, Quintana lo reprueba" (Bendezú, 1992, p. 35).

Según el estudio de Bendezú, la corriente apologética en las biografías de Pizarro, surge de los historiadores extremeños por razones de exaltación regionalista. Ante un presente casi decadente, surge la necesidad de volver al pasado, y destacar la obra "del más ilustre hijo de Trujillo", según palabras de Clodoaldo Naranjo, padre e historiador extremeño. Este considera a Pizarro un hombre providencial y su semblanza de él, según Bendezú, es parte del estereotipo hiperbólico de la historia regional extremeña[67]. En 1925 aparecen dos biografías de Pizarro, bajo la tendencia apologética mencionada: *Francisco Pizarro* de **Juan Tena Fernández**, y *Vida de Francisco Pizarro* del peruano **Rómulo Cúneo Vidal.** "El padre Tena es un ejemplo de hipérbole en la retórica de la apología de Pizarro; y, quiérase o no, esa retórica es la que se impuso en las posteriores biografías apologéticas del Conquistador" (Bendezú, 1992, p. 37).

Los historiadores extremeños sientan las bases de la leyenda seráfica de Pizarro, pero esta tendencia apologética no fue exclusiva de los españoles. Así, Rómulo Cúneo Vidal, historiador y diplomático, publica en Madrid su biografía de Pizarro, donde aporta datos documentales relevantes tras una investigación detenida. Cabría destacar que el contexto histórico de estas publicaciones son la dictadura de Miguel Primo de Rivera en España, y el régimen de Augusto B. Leguía, en el Perú, años donde a pesar del surgimiento de corrientes modernizantes, se mantienen las columnas vertebrales del conservadurismo.

Una voz opositora a esta tendencia, como explica Bendezú, fue la de la escritora **Rosa Arciniega**, quien en su obra *Francisco Pizarro* (1941), presenta una tendencia adversa, de variante o interpretación psicológica sobre Pizarro. Califica de enrevesada psicología a la figura del conquistador. Porras critica la propensión literaria de la autora, que prescinde además de fuentes históricas relevantes: "Rosa Arciniega es autora de una vigorosa biografía de Pizarro, que lo representa con todos los atributos

[67] Clodoaldo Naranjo escribe: "Francisco Pizarro, será el genio que vuela por el vasto imperio, sometiendo pueblos, fundando ciudades, organizando instituciones, sacrificando intereses, amando a sus soldados como a hijos, leal a su amistad, exacto en la disciplina, fiel a su rey, nadie le aventajo en pundonor, nadie en el desprecio a su vida, nadie en cavar y administrar la hacienda pública, y nadie en la religiosidad de sus costumbres. Con la cruz enarbolada comenzó su empresa, con la cruz levantada fundó sus ciudades, y con la cruz estampada con su propia sangre, acabo su vida". Citado por Edmundo Bendezú Aibar, en *Literatura, Historia e Ideología en la biografía de Pizarro*. Editorial Lumen, Lima, 1992, pág. 38

de falsía y doblez de la leyenda adversa, en una reconstrucción novelesca" (citado por Bendezú, 1992, p. 39).

En la España franquista, bajo el contexto del nacional-catolicismo y la predica de la hispanidad, aparecen numerosas biografías de personajes insignes o ejemplares, entre los cuales es ubicado Francisco Pizarro. De este modo, como explica Edmundo Bendezú:

> *Los años cuarenta marcan la aparición en España de varias biografías de Pizarro, y en ellas se dibuja nítidamente lo que nosotros calificamos como variante imperial de la tendencia apologética. La obra que inicia esta variante es: Francisco Pizarro (1940) de* ***Manuel Ballesteros Gabrois****. Es posible que esta biografía haya sido influenciada por la predica de Porras para reivindicar a la figura de Pizarro en el mismo "seno de una España que regresa por la gran ruta de su destino imperial". Esta predica tenía que rechazar la otra del indigenismo sobre la crueldad de Pizarro y la mansedumbre de los Incas… Es muy posible, pues, la influencia de Porras en los escritores e historiadores hispanistas de la España de la Guerra Civil y de la posguerra; la huella de su prédica, iniciada en 1935, es evidente, sobre todo en un trabajo de Ballesteros Gabrois que recibió un premio oficial de la Delegación Nacional de Propaganda del gobierno de Franco: Recuerdo y presencia de Francisco Pizarro (Madrid, 1942). Ballesteros Gabrois lleva más adelante la defensa de Pizarro, situando su obra en un terreno político al servicio de la España imperial* (Bendezú, 1992, pp. 39-40).[68]

Retornando a los escritos de Porras sobre Pizarro y la Conquista, en el pequeño texto "Los últimos años de Pizarro" (1935), Porras traza un perfil del conquistador español, cuyas sombras y luces parecen ser admirables de igual manera por el historiador de origen iqueño:

[68] Para concluir este aspecto, señala Bendezú Aibar: "Dentro de esta variante imperial, la figura de Pizarro se convierte en un arquetipo de perfección humana que debía encender la imaginación afiebrada de los vencedores de entonces. Esta tendencia, más bien literaria o apostólica antes que historiográfica produce una floración extraordinaria de biografías de Pizarro en la España de Franco… La valorización que pedía Ballesteros Gabrois se sustentaba en el tópico opuesto a la Leyenda Negra: el de la perfección española. En realidad, esa tarea, es decir, el relato y la valorización la estaba haciendo hacía ya más de diez años, el historiador peruano Raúl Porras". Edmundo Bendezú Aibar, en *Literatura, Historia e Ideología en la biografía de Pizarro*. Editorial Lumen, Lima, 1992, pág. 42.

> ***Arquetipo del conquistador, heroico, codicioso, fanático, ignorante, cruel, anárquico, Francisco Pizarro es la figura más arrogante que ha cruzado por la historia del Perú***. *No hay quien más a tono supiera acordar la vida con la muerte. Hombre de acción, sobre todo, que vivió continuamente en obra, destruyendo o creando, pero en perpetua actividad, sin conocer jamás el reposo absoluto ni el ocio. Y como hombre de acción, espíritu sin amarras to a desligarse de todo, sin más perspectivas que las del futuro, sin mirar nunca atrás en la propia vida ni en la de otros, fugitivo de sí mismo y de toda intimidad asentadora. Y, por eso, su inquietud de crear y su falta de compromisos con el pasado. A los cincuenta años, mirando solo adelante, emprende la conquista del Perú; pasados los sesenta emprende la fundación de Lima. Veinte años pasados de amistad no significan nada para él si le estorban lo único que para tal hombre vale: el porvenir. He aquí por qué olvida a Ojeda, traiciona a Balboa, si traición hay en ser fiel a sí mismo y servir su propia gloria y destino; por qué ejecuta al Inca y niega su piedad a Almagro. Su sed de porvenir le arrastra, genuino Quijote, capaz de todos los heroísmos y de todas las arbitrariedades, por pura gula solidaria de inmortalidad* (Porras, 2005, p. 70 énfasis añadido).

Aunque caracterizado por su afán indagador y exhaustividad investigativa como historiador, Porras nunca renunció al texto literario como forma de escritura. Las metáforas le permiten transmitir ideas e interpretaciones. Porras es historiador y escritor, aspira a ser objetivo en el dato, pero no abandona la historia romántica. Como cultivador de la conciencia nacional, no se ancla en un mero trabajo academicista.

El historiador Teodoro Hampe, en su reseña al libro "Pizarro" de Porras, publicado en 1978, enmarca breve e interesante esta biografía del conquistador extremeño. Escribe Teodoro Hampe:

> *La personalidad del Marqués Pizarro es un tema que ha sido abordado por multitud de autores prácticamente desde el momento mismo de la Conquista. El intento por explicar el carácter global y los actos singulares del conquistador está presente ya en las crónicas soldadescas e historias generales de los siglos XVI y XVII, así como en modernos estudios*

> *biográficos, dentro de los cuales destacan las obras de Helps, Quintana, Cúneo Vidal, Ballesteros Gaibrois y José Antonio del Busto. Sin embargo, y no desinteresadamente, la figura de Pizarro ha sufrido notorias deformaciones, donde se pueden distinguir las producidas por tres tendencias: antiimperial (o lascasiana), anglosajona e indigenista, según Porras Barrenechea. Este refuta las versiones del cronista Gómara, autor de la leyenda porcina sobre la niñez de Pizarro, y de Prescott, quien se fija exageradamente en el ansia de metales preciosos y en las crueldades cometidas por los soldados españoles, porque realizan tergiversaciones, ofreciendo deliberadamente una visión negativa del personaje. En cambio,* ***El autor incurre en una franca apología de Pizarro, a quien califica de humanitario, honrado y sereno y para el cual propone el sobrenombre de el Justo*** (Hampe, 1980, p. 259 énfasis añadido)[69].

Porras Barrenechea al igual que Riva Agüero reivindican firmemente al conquistador extremeño, en quien no ven un extranjero o mucho menos un usurpador, sino un fundador o hacedor. El Perú existe por Pizarro, y no a pesar de él. El hispanismo entonces debe entenderse así en su doble dimensión. La primera relacionada al cultivo de la filiación con España, "madre patria de las naciones americanas", la reivindicación del legado cultural hispánico y la unión espiritual entre la antigua metrópoli y los países americanos de habla castellana. Raza y cultura unirían indisolublemente a España y América, lo que implica la defensa de valores como el catolicismo, la lengua y el cultivo de una historia unificada donde se resalten los lazos de unidad, prescindiendo o matizando las críticas al pasado colonial. La segunda dimensión del hispanismo, está relacionada a tiempos recientes, donde han surgido numerosos especialistas en la cultura hispánica. Historiadores ingleses, franceses o norteamericanos son hoy reputados conocedores de la trayectoria histórico-cultural de

[69] Teodoro Hampe, agrega al respecto: "situado a una distancia de cuatro siglos, Porras Barrenechea emite su juicio sobre la obra de Pizarro en función de sus repercusiones en el presente. Convencido de la existencia de una conciencia nacional peruana, que ahora nos parece difícil de admitir, el autor considera al Marqués como uno de los más grandes forjadores de la peruanidad y de la nacionalidad sudamericana, como modelador de la configuración geográfica peruana e impulsor de la fusión étnica que es el mestizaje; él escribe: "*El Pizarro que vive, acallada la iracunda lucha de la Conquista, no es el robinsónico de la isla del Gallo ni el del contrato perjuro ni el repartidor de encomiendas ni el achicharrador de caciques taimados y traidores ni el temerario saqueador del Coricancha sagrado. El Pizarro que sobrevive a acusaciones y a anatemas, a odios póstumos y a sensiblerías baratas, la figura que cortejan cuatro siglos suspensos es el Pizarro iniciador de pueblos, fundador de ciudades*" (pág. 103). Porras presenta a su personaje como protector de la integridad territorial peruana al defender la extensión de su gobernación en el conflicto que originó la batalla de las Salinas, a la cual califica por eso de "primera Guerra del Pacífico". Revista Histórica, 4 (2), 258-263, 1980.

España, siendo sus libros hoy de consulta obligatoria en el mundo académico. Riva Agüero y Porras Barrenechea, aunque eruditos en historia y cultura española, ante todo fueron autores hispanistas americanos vinculados al primer sentido descrito. Ambos cultivan la "Peruanidad" pero desde presupuestos hispanófilos y una visión paternalista sobre lo indígena.

Según Teodoro Hampe, el cuadro del imperio incaico que ofrece el libro *Pizarro* (1978) de Raúl Porras, es tradicional, pero el autor distinguiría dos utopías generadas entorno al Tahuantinsuyo a nivel de los cronistas, la *tiránica* de Sarmiento de Gamboa, y la *paternalista* de Garcilaso[70]. La facilidad de la derrota indígena en Cajamarca, no se explica por el arrojo de los soldados españoles o el miedo de los indios hacia armas o caballos, sino por la crisis del Estado incaico, iniciada en el gobierno de Huayna Cápac, al surgir dos focos regionales rivales: Quito-Tumipampa y Cusco, y por el reforzamiento de la dominación de la burocracia estatal en desmedro de algunos mecanismos tradicionales en el manejo socioeconómico de los grupos étnicos y comunidades (Hampe, 1980, p. 259)

> *De esta manera se entendería mejor la relativa rapidez con que se ejecutó la conquista del Perú, que, comparada con la de otras partes de América, resulta humanitaria y casi evangélica, una sucesión de acontecimientos pacíficos, salvo "el breve e imprescindible episodio sangriento de Cajamarca". En cuanto al proceso por el que Atahualpa fue sentenciado a muerte, Porras destaca la participación fundamental que habría tenido el poco conocido bachiller Juan de Balboa, a partir de indicios obtenidos en testimonios de la época* (Hampe, 1980, p. 260).

Aunque el libro "Pizarro" de Porras Barrenechea, fue una obra inconclusa del autor, es quizás el trabajo biográfico más importante de este personaje histórico hasta los 60s.

[70] Sobre este aspecto ha señalado el historiador Rafael Varón: "Porras hacía notar -introduciendo el tema nacional que luego lo ocuparía intensamente- que aquellos profesores de historia que se acogían a la corriente indigenista se encubrían bajo la máscara de un falso patriotismo para hablar de la crueldad de Pizarro, pero callaban sistemáticamente la rudeza de la guerra de los Incas o la práctica que tenían de los sacrificios humanos. Ya desde esa época, tan remota a nuestros ojos pero aún con muchos de sus problemas en plena vigencia, Porras llamaba la atención sobre las pretensiones de escritores peruanos y extranjeros de hacer creer a niños y adultos la "fábula del Imperio seráfico", lo que llevaba a que "el espíritu de nuestros pueblos se desvíe por tales adulteraciones y mentiras de las vías sagradas e irrevocables de la hispanidad". Ponencia presentada en las VII Jornadas del Inca Garcilaso bajo el título "Tras las huellas historiográficas de Raúl Porras Barrenechea. A propósito de un centenario". Excmo. Ayuntamiento de Montilla (Córdoba), 16 al 18 de septiembre de 1997. En: Revista Histórica XXIV. 2 (2000): 485-497

Porras presenta un cuadro ampliamente documentado sobre las acciones de Pizarro en la conquista, introduciendo consideraciones personales sobre el significado de varios hechos de la colonización. La obra de Porras representa a Pizarro, desde variados focos, como persona, capitán y gobernante. La idea de nación en Porras, al igual que Lorente y Riva Agüero, es la de un Perú mestizo, cuyo punto de origen es la gesta de Francisco Pizarro por estas tierras.

Porras, comienza su introducción al libro *Pizarro* (2016), señalando que "**La conquista del Perú fue – dentro de los imperativos de la guerra – una de las más humanas de todas las Américas**. Junto a otras empresas similares, la de Cuba, la de México, la de Castilla del Oro, la del Arauco, **resulta casi evangélica**". La toma de posesión del territorio por los españoles "se verifica pacíficamente, desde Tumbes hasta Cuzco, **con el breve e imprescindible episodio sangriento de Cajamarca**" (Porras, 2016, p. 15 énfasis añadido). Porras considera la conquista del Tahuantinsuyo, como "benigna" en comparación con los hechos de crueldad o actitud sanguinaria observados en la conquista del Caribe, México y Centroamérica. Porras apuntará que en la época de la conquista del Perú, la propaganda de fray Bartolomé de Las Casas estaba ya difundida, y las capitulaciones o cédulas reales contienen prevenciones severas para evitar tratos inhumanos. Aunque surgirán fórmulas legales que disfrazaran los injustos atropellos, una de esas fórmulas será el "requerimiento".

Porras advierte que **"Hay que rebajar la aseveración relativa a la crueldad de la conquista peruana. El nivel de inhumanidad fue menor en el Perú"** (Porras 2016, p. 16 énfasis añadido). No solo se prohibiría el empleo de jaurías de perro de guerra, sino que Pizarro prohibió a sus soldados salir a "ranchear", la que consistía en una excusión violenta, de saqueo y exterminio sobre los pueblos, una *fiesta bárbara de los conquistadores.* Porras explica que solo fue más tarde, cuando Pizarro se había asentado en Lima para gobernar, que sus codiciosos hermanos y los soldados procedentes de Nicaragua y Guatemala, acostumbrados a esta práctica, se introdujo en el Perú la costumbre de "ranchear" (Porras, 2016, p. 16).

El historiador limeño explicará que durante el proceso de conquista de América, se iba formando una "técnica", tendiente al ahorro de fuerza gracias al empleo de medios pacíficos y legales. Así, la conquista del Perú seguirá patrones que se establecieron en la experiencia de Centroamérica. Por ejemplo, el engaño reemplaza a la fuerza. Pizarro

siguiendo lo hecho por Vasco Núñez de Balboa, usa la técnica de la cordialidad y alianza con los indios, no robándoles por lo menos en el primer momento. Acercamiento con los caciques, y finalmente apoderamiento de los monarcas a través de celadas pacíficas, que eviten derramamiento de sangre. Además de la captura de jóvenes indios, para usarlos como intérpretes y facilitar la comprensión y acercamiento entre los hispanos y los aborígenes. "A pesar de este proceso de contemporización y legalización de los métodos usados con los indios, es a la conquista del Perú a la que suelen aplicarse los peores epítetos. Y **es la figura de Pizarro la que capitaliza generalmente los vituperios de los historiadores"** (Porras, 2016, p. 17 énfasis añadido). Todo esto proviene de inadvertencia o de rutinarismo histórico. Lo que se estima como más negro en la conducta de Pizarro no es obra suya o representa una atenuación de los métodos anteriores (Porras, 2016, p. 17).

El autor explica que el *requerimiento*, aunque absurdo, engañoso, incomprensible y confuso para la población indígena por su estructura y la dificultad de su traducción. Finalmente permitió ahorrar mucha sangre en el Perú, ya que muchos caciques establecerían condiciones de paz a la primera intimación española. Porras agrega que el *requerimiento* español se amoldaba además a la esencia pacifista de los pueblos incaicos. Los incas solían ofrecer la paz a los pueblos que quisieran someterse, y se atacaba a los que resistieran su incorporación al imperio. Porras juzga eso una alta prueba de la cultura y espíritu razonable de los incas, así como el *requerimiento* una demostración de la moderación de la conquista española (Porras, 2016, p. 19).

Porras rechaza las leyendas negras provenientes del mundo anglosajón, sobre la conquista española y la figura de Pizarro. Cuestiona al historiador norteamericano Guillermo Prescott, por ejemplo. Señala Raúl Porras:

> *Prescott, con su simplismo psicológico habitual y contradiciendo sus propios relatos, habla de que el tratamiento dado por Pizarro a Atahualpa "desde el principio hasta el fin" es una de "las más negras páginas de la historia de las colonias españolas", y un ejemplo de "fría y sistemática persecución". Por el estilo hablan los demás historiadores sin la autoridad de Prescott. También en esto se confabulan la inexactitud con el puritanismo. No hubo cacique en América mejor tratado en su prisión que Atahualpa. Prescott nos habla del número de sus mujeres y servidores, de*

> *sus juegos y conversaciones con los españoles, y de sus lujosos y variados vestidos. Fue por lo menos una prisión bastante cortesana. Y en esto si hubo originalidad de parte de Pizarro* (Porras, 2016, p. 18).

Porras indica que hasta Prescott reconocerá el rechazo enfático de Pizarro a la sentencia de muerte dada a Atahualpa. Francisco Pizarro mostró un espíritu tolerante y moderador en Cajamarca. La conquista que encabezó no tuvo esos retorcimientos de crueldad que fueron común en la época y en todas las colonizaciones (Porras, 2016, p. 19).

> *Fue el único que lo hizo, contra opinión de todos, Soto y Almagro prendían a cada rato las pajas de los braceros para torturar a los indios y Pizarro los mandaba a apagar. En Castilla del Oro había visto quemar caciques todos los días, pero en el Perú se resistió a aplicar esta pena contra el Inca y, después de ordenada, se la hizo conmutar por la menos bárbara del garrote* (Porras, 2016, pp. 18-19).

Aquí Porras, muestra un aspecto clave de su visión de la conquista del Perú, reconoce la crueldad del proceso en general de la conquista en América (sobre todo en sus comienzos), pero distingue el hecho particular de la conquista del Perú, donde habría cierta moderación y benevolencia. Finalmente, aunque algunos capitanes y soldados mostraron una actitud cruel y sanguinaria, Francisco Pizarro exhibirá humanidad y consideración en su accionar y liderazgo.

Para Porras la corriente tergiversadora contra Pizarro, la inicia el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en su obra *Historia general de Las Indias* (1550), presenta una visión deformada y marcadamente negativa del conquistador. Oviedo habría sido próximo a la causa almagrista, fue apoderado de Almagro en España, e incluso su hijo acompaño al socio de Pizarro en su expedición a Chile, muriendo en esa jornada. Oviedo expresa resentimiento hacia Pizarro y sus hermanos, y su inquina lo lleva hasta maldecir al padre que engendro a tales hijos para infamia de España.

Pero la tergiversación más grave la habría hecho el clérigo y cronista Francisco López de Gómara, quien en su obra *Historia general de las Indias* (1552), rebaja y ataca a la figura de Pizarro. Panegirista de Hernán Cortés, Gómara presenta a Pizarro como temeroso, rudo o falto de luces; y el Perú a su vez, aparece como menos que México. Gómara crea y difunde la leyenda porcina (Pizarro criador de cerdos en su niñez), e

instala la leyenda negra sobre el conquistador, la cual fue recogida por no pocos autores, hasta el día de hoy, como señala el historiador español Esteban Mira Caballos (2019).

Porras rechaza otra de las "adjudicaciones vulgares" que se hacen a Francisco Pizarro, como es la *codicia*. Para Porras esta no existió en Pizarro sino en su forma más alta: *la del poder y la gloria*, y no en la *baja y rastrera del oro.* Pizarro invirtió en la defensa del territorio lo que había acumulado, ya sea para resistir la expedición de Alvarado o la rebelión de Manco: "**sobrio de alma y de cuerpo no necesitaba de dinero. No atesoró nunca como se ha supuesto.** Murió sin dejar ningún oro a sus hijos, habiendo sido el repartidor de Cajamarca y Cuzco" (Porras, 2016, p. 19 énfasis añadido).

Otra sombra sobre Pizarro fue su relación con su socio Diego de Almagro. Sobre este importante aspecto afirma Porras:

> *… al delinear la figura de Pizarro se le cobran también sus cuentas con Almagro. El error proviene de un falso punto de partida. La amistad fraternal entre Pizarro y Almagro que Pizarro habría quebrado, era ya un mito al llegar los españoles al Perú. Almagro no fue nunca para Pizarro el compañero leal y abnegado -dentro del rotundo criterio de autoridad de la época- que fueron Sandoval o Alvarado para Cortés. No ceso de importunar a su jefe y capitán con sus pretensiones, sus habladurías y manejos, y sus "informaciones" mendaces a la Corona en las que negaba hasta el valor de Pizarro. Este soportó todo por conveniencia y serenidad de ánimo. Hasta que la ambición siempre creciente de Almagro, rompió los diques de la paciencia, pretendiendo el Cuzco y, por ultima, Lima. No el mejor amigo sino el más temible enemigo fue Almagro para Pizarro. Nada los unía fuera del vil contrato comercial de Panamá, bien saldado en Cajamarca. Pizarro afrontó solo todos los grandes momentos de la conquista y, en ninguno de ellos, le acompañó Almagro, ni en el Puerto del Hambre, ni en la Isla del Gallo, ni en la Puná, ni en Tumbes, ni el día de la prisión del Inca en Cajamarca. Simple proveedor, recogedor de reses para el matadero, como le llamaron en la copla famosa, llegaba,- no por falta de valor sino por vocación ambulante- a la hora póstuma e*

> *inoportuna de los beneficios. Pizarro no le debía ninguna gratitud* (Porras, 2016, pp. 19-20).

Como se aprecia, Porras opta un cuadro negativo sobre el socio de la conquista Almagro, quien aparece como mezquino, traidor, ambicioso e incluso mediocre. Sobre Francisco Pizarro recaería la falsa imagen de "injusto" con su esforzado socio, y severas críticas, al parecer provenientes de cronistas y testimonios adictos al bando almagrista. Porras rechaza enfáticamente esta imagen o cuadro sobre Pizarro.

> *Raúl Porras, preocupado por realzar la figura de Pizarro, denigra a su socio Diego de Almagro y minimiza la significación de su intervención en la Conquista; señala que tenía espíritu subalterno alma de comisionista, que no estuvo y presente en ninguno de los grandes momentos de la Conquista, y llega a decir que "era casi un extraño en ella", sin fijarse en la importancia de su labor financiera* (Hampe, 1980, p. 260).

En resumen, para Raúl Porras, "El resultado de estas atribuciones inexactas ha sido el de forjar una figura de Pizarro, radicalmente opuesta a la que en verdad encarnó el conquistador del Perú". Se ha retratado a Francisco Pizarro muchas veces como el "prototipo de la perfidia, de la alevosía de carácter, de la infidelidad amistosa, y, lo que es más pintoresco, de la chicanearía jurídica" (Porras, 2016, p. 20). Nada más errado, pues Francisco Pizarro era en realidad **"un hombre honrado, recio de cuerpo y alma, reconcentrado, tenaz, muy trabajador, amigo del silencio, poco expansivo en sus afectos, pero abnegado hasta el sacrificio con sus compañeros, duro en la cáscara únicamente, pero en el fondo benévolo y blando"** (Porras, 2016, p. 20 énfasis añadido).

Porras afirma que la "rectitud de ánimo" de Pizarro era hasta reconocida por sus enemigos, siendo la "nota dominante de su espíritu". Finalmente, "Un hombre ecuánime, preocupado constantemente de su buen nombre, inclinado a la bondad y a la justicia, supersticioso, reverenciador del rey y de la ley escrita y con un complejo de desconfianza permanente, de que le engañasen abusando de su falta de ilustración". Porras se suma a la idea de considerar a Pizarro un hombre sano, cristiano viejo siempre amigo de estar en paz con su conciencia. "Hombre de gran verdad" según su sobrino y cronista Pedro Pizarro, "El buen viejo del Gobernador" según un subalterno

resentido, o "muy buen cristiano y muy buen compañero sin vanidad ni pompas", según Alonso Henríquez, almagrista conocido (Porras, 2016, pp. 20-21).

Para Raúl Porras es importante reconocer que Francisco Pizarro:

> *... no se ensoberbeció con los honores del emperador y que era muy querido de las gentes que gobernaba "muy amoroso y afable en su presencia"... No cabría decir, Francisco Pizarro el Bueno porque le sobra reciedumbre para tal apelativo, pero sí, Francisco Pizarro el Justo. La injusticia de Cajamarca no fue suya. Fue de otros, o de la historia que es una ley ineludible para los hombres* (Porras, 2016, p. 21).

Hacia el final de su introducción a la biografía del conquistador español, señala Porras Barrenechea:

> ***El Francisco Pizarro de yelmo y cimera no es el verdadero conquistador del Perú. Aquel fue siempre un hombre de trabajo, "sin pompas ni vanidades", un buen hijo del pueblo español, sano, fuerte, rudo, firme de corazón y de cuerpo y "valentísimo como no lo hubo otro ninguna"*** *como dijo de él recordándole, ya viejo, su compañero el conquistador Mancio Serra de Leguísamo. Nunca supo de atavíos lujosos y para pelear le bastaban un raído sayo de armas, su espada y su rodel. La ancianidad le hizo más blando y acogedor del alma, pero no menos enérgico y viril en el peligro. Murió como había vivido, defendiéndose… Tales prendas están reñidas con las que generalmente se le atribuyen de hipocresía, de perfidia y de doblez, que son índices más bien de cobardía. La dureza, que la tuvo, no eran, sin embargo, de su alma, sino de su misión. Pero ésta no fue únicamente la de pelear. Francisco Pizarro fue sobre todo, un gran trabajador. Trabajó toda su vida, las más de las veces inclinado sobre la tierra para obligarla a rendir sus frutos como los veinte años que pasó en Panamá de hacendado o granjero. Tras de las breves etapas bélicas, volvía a acercarse a la tierra para entregarle su sudor.* ***Su índole no era la de destruir sino la de crear*** (Porras, 2016, pp. 21-22 énfasis añadido).

Este último aspecto es particularmente importante en la obra de Porras, se destaca al Pizarro fundador o colonizador, antes que al soldado o capitán: "Con el cambio de los

siglos ha variado ya el ángulo de nuestra admiración hacia Pizarro. No nos deslumbra ya el conquistador de yelmo y cimera. **Es el colonizador infatigable, al creador de pueblos al que admiramos"** (Porras, 2016, p. 22 énfasis añadido).

El historiador iqueño aspira ver a Francisco Pizarro en su trascendencia, su verdadero significado más allá de la mirada de censura histórica. Refiere Porras Barrenechea:

> *Para la historia -"forma suprema de la simpatía humana". Es otra la figura eternizable en la móvil vida del héroe. Efímero el oro de la codicia, reducida a cenizas la ambición, absurda e inútil la venganza, solo queda en pie la obra de fe y de amor del conquistador. El Pizarro que vive, acallada la iracunda lucha de la conquista, no es el robisónico de la Isla del Gallo, ni el del contrato perjuro, ni el repartidor de encomiendas, ni el achicharrador de caciques taimados y traidores, ni el temerario saqueador del Coricancha sagrado.* ***El Pizarro que sobrevive a acusaciones y a anatemas, a odios póstumos y a sensiblerías baratas, la figura que cortejan cuatro siglos suspensos, es el Pizarro iniciador de pueblos, fundador de ciudades*** (Porras, 2016, pp. 22-23 énfasis añadido).

Acá se observa nuevamente la idea de Pizarro como "héroe civilizador", presente ya en la obra de Riva Agüero y Sebastián Lorente. El énfasis de Pizarro recae en su carácter fundador de urbes o ciudades. Cabría recordar que "civilización" proviene de la raíz latina *civitas*, que significa ciudad. Se deduce que Pizarro representa el fin de una organización basada en lo rústico o rural, e inicia el Perú organizado a partir de ciudades propiamente (según el patrón occidental), o sea el Perú moderno o civilizado. Por otro lado, el civilizador en el sentido de ocupar y poblar diversas zonas, inseminándoles vida y superponiéndose al pueblo vencido. Describe Porras Barrenechea:

> *Sobre el arenal quemante, en el fondo fértil de los valles, sobre la puna desolada o frente a la selva impenetrable, está la huella de vida del conquistador: ciudades que surgieron de su másculo capricho, frutos de amor habidos en la tierra morena y virgen, innegable prole que mezcló la pasividad del vencido con la arrogancia del vencedor, la tristeza de la afrenta con el orgullo de la injuria, la fatalidad del alma india con la insaciable ansia castellana de perdure.* ***Cada ciudad fundada por Pizarro***

> ***expresa una modalidad diversa de su espíritu y eterniza algún momento glorioso de su odisea*** (Porras, 2016, p. 23 énfasis añadido).

Así, Pizarro más que "Conquistador" fue "Fundador", según la interpretación de Porras, de ahí su trascendencia histórica e importancia para el Perú moderno. Porras destaca que el mayor empuje en la conquista perteneció a los extremeños: Balboa, Cortés, Pizarro, Orellana, Soto, Valdivia, Rodrigo Orgóñez, e incluso el pacificador La Gasca. Por otro lado, cuestiona la denominada *leyenda porcina* sobre los primeros años de Francisco Pizarro en Trujillo de Extremadura. Porras atribuye al cronista y clérigo López de Gómara, la farsa sobre Pizarro criado entre cerdos, quien incluso, apelando a paralelos con la historia de Roma y su fundador (Rómulo), presenta a Pizarro amamantado con leche, no de loba, sino de puerca. Porras rechaza la leyenda porcina, que atribuye al rencor frente a la grandeza alcanzada por Pizarro en su apogeo, posición manifestada por Garcilaso (Porras, 2016, p. 27).

Como en otros biógrafos, como Del Busto, para Porras el anhelo de aventura y tentación de gloria llevan a Pizarro a abandonar Extremadura. Consciente de que solo podría abrirse paso por sí mismo, y no tendría más aliado que su audacia y ambición. "Tenía el corazón atrofiado para el sentimiento, y su vida emocional, sin tierra blanda en que echar raíces y sin el riego oportuno de una ternura, adolecería siempre de una sequedad invencible. Era incapaz de amor y de nostalgia. Se fue sin decir adiós, a la buena ventura" (Porras, 2016, p. 31). Al enrolarse en los Tercios, Pizarro contaba con 19 años. Según Porras, las guerras de Italia y Granada, fueron grandes escuelas para la conquista de América. En Italia Pizarro y otros aprenderían el arte sutil de la política y el hábito pérfido de faltar a la palabra empeñada, así como el culto sórdido por el oro. Ello sumado a la experiencia de luchar en territorios quebrados y ásperos como Granada, le dieron su formación como soldado y futuro capitán: "Con este bagaje, Francisco Pizarro, el oscuro soldado del asalto de la plaza de San Jorge o de la toma de Tarento, podía ya pasar, como estudiante que ha terminado sus estudios, a ejercer su profesión de audacia y de sangre en América" (Porras, 2016, p. 33).

La primera experiencia de Pizarro en América seria en Santo Domingo, sitio casi de paso obligatorio para los conquistadores. El gobernador Nicolás de Ovando, había restablecido las encomiendas, y

> *... para proveerse de indios, invito a los habitantes de Saragua a un simulacro de combate entre españoles y, presentes los indios en gran número, los asaltó a cuchillo, cogió muchos prisioneros, quemo a cuarenta personajes principales, ahorcó al cacique Guasrocuya y a la belicosa india Anacaona. Francisco Pizarro que se halló en "pacificación de la isla"... debió asistir al sangriento episodio. Iba aprendiendo poco a poco su evangelio* (Porras, 2016, p. 33).

Por Santo Domingo, ambularían todos los que destacarían en la conquista de América. "Ojeda y Nicuesa tratarían de atraerse a la conquista, a este compañero sobrio, valiente y silencioso que era Pizarro. Éste pasearía al lado de su primo Hernán Cortés escuchando sus fanfarronerías de bachiller de Salamanca u oyendo a Vasco Núñez de Balboa quejarse de sus acreedores" (Porras, 2016, pp. 33-34). Porras apela acá a recursos narrativos, pero basados más en la imaginación que en cierta verificación, como el improbable contacto entre Pizarro y Cortés.

El historiador sanmarquino describe la admiración marcada de Pizarro hacia el conquistador Alonso de Ojeda: "prototipo de audacia y de belicosidad, de hombría integra". Pizarro será estimulado por ese modelo. Ojeda se había distinguido en el "arte de matar indios", usando el sistema de guerrillas aprendido en la Guerra de Granada: "enseñó una lección indispensable para las conquistas futuras, derrotando en Santo Domingo a 10,000 indios con solo 50 hombres". Ojeda, además fue el creador de las *guazavaras* o triunfales carnicerías de indios. Pizarro acompañaría a Ojeda en su expedición a tierra firme. "Nicuesa contaba con más recursos, pero Ojeda era más audaz" (Porras, 2016, p. 34).

Durante la fracasada expedición, Ojeda desesperado arrasa la tierra, mata decenas de indios e incendia poblaciones. Teniendo que regresar a Santo Domingo, deja al mando a un hombre de su confianza, Francisco Pizarro, quien mantiene entre la reducida tropa la "esperanza y disciplina". Pizarro resiste y más adelante se pone bajo órdenes del recién llegado Vasco Núñez de Balboa: "siempre del lado de la audacia y decisión. Se quedó pues con Balboa" (Porras, 2016, p. 37).

Porras ofrece la imagen Balboa, y explica luego como su personalidad o carácter, así como sus métodos, influyen en el futuro conquistador del imperio inca.

> *Balboa se había captado el corazón de los expedicionarios por su fortaleza, valor, constancia y tenacidad para la lucha, su buen humor generoso, su espíritu de justicia y compañerismo. Era el amigo y el jefe de sus soldados y velaba por el bienestar de todos. Entre sus más ardientes partidarios y confidentes se contaba Francisco Pizarro, tenaz, rudo y sufrido como su jefe, pero siempre taciturno* (Porras, 2016, p. 37).

Balboa en ese tiempo se imponía sobre otros mandos como Enciso o Nicuesa. Porras apunta que "En la lucha por el mando, había ganado el más fuerte de todos. No eran la lealtad ni la nobleza las que daban el triunfo, sino la dureza, el egoísmo y la duplicidad cuando fuese necesaria" (Porras, 2016, p. 37). Acá, parece que Porras defiende una suerte de pragmatismo en la difícil tarea de las expediciones militares y liderazgo sobre ellas. Balboa se impone no por ser respetuoso de la ley, sino por su atrevimiento y fuerza. Al parecer Pizarro seguirá también esa senda, donde la lealtad podía supeditarse al logro de objetivos mayores.

Según Porras, Nicuesa había fracasado por debilidad, espíritu cortesano e ingenuidad, "sin engañar un poco, como buen político". Mientras Ojeda, a pesar de su valor, perdió también por confiado. "En las Indias había que recelar hasta de los propios amigos y rehuir la piedad como una señal de decadencia y de muerte" (Porras, 2016, p. 38).

Pero en América no se podía, sobre todo, quedarse en la inacción. Había que luchar diariamente contra hombres, contra animales, contra todo género de acechanzas malignas. Describe Raúl Porras Barrenechea:

> *... el hambre, las miasmas, la fiebre. Vasco Núñez de Balboa no se quedó inerme en la ciudad recién fundada. Tenía que justificar su ambición con algún hecho insigne. Atacó primero a los indios y formó después alianza con ellos. Se casó con la hija de un cacique, para ganarse la adhesión de una tribu como más tarde se casaría con la hija de Pedrarias, para calmar la hostilidad de este. El amor entraba también en la ganancia y era uno de los muchos resortes de la ambición. Pero el más seguro de todos era la traición* (Porras, 2016, p. 38).

Porras hace un trazo de Balboa que el mismo Pizarro seguirá posteriormente. Ambos lucharan contra obstáculos enormes, sin conformarse con los primeros logros.

Estableciendo alianzas con los grupos aborígenes, incluyendo el matrimonio con princesas locales. Sin embargo, la sombra de la traición siempre recae sobre ellos. Si bien, existirían semejanzas entre los conquistadores españoles, el paralelo entre Balboa y Pizarro es notorio o se puede entrever, incluso en su muerte injusta, a manos de sus enemigos.

Porras hace un elogio a Balboa, y destaca la presencia de Pizarro en los momentos clave de las expediciones que liderara. Refiere Porras Barrenechea:

> *Pizarro acompañó a Balboa en todas sus valientes empresas. Fue su lugarteniente más decidido y eficaz. Presenció la escena en que Panquiaco, el hijo de un cacique vencido, echó a rodar la balanza en que los españoles pesaban ávidamente el primer botín de oro, anunciándoles que de ese metal e abundancia en un imperio situado entre los montes hacia el sur y al otro lado del mar… en el descubrimiento de la Mar del Sur… escuchó la breve arenga del héroe anunciando a sus soldados que serían los más ricos españoles de Indias…* (Porras, 2016, p. 38).

Pizarro, más tarde apelara a las famosas arengas nuevamente, pero esta vez en sus difíciles o esforzados viajes en búsqueda del ansiado Perú. Francisco Pizarro, "hombre disciplinado", ahora bajo las órdenes del gobernador Pedrarias, participara de las campañas de este para rendir a los indios locales. Esta vez enviando expediciones militares contra ellos, dejando de lado la hábil política de alianzas y amistad instituida por Balboa. A través de una guerra implacable, los diversos capitanes asolaron el territorio de los nativos. "Francisco Pizarro acompañando al sangriento Morales fue hasta la isla de las Perlas, degollando hombres, mujeres y niños e incendiando bohíos, para regresar ante Pedrarias llevándole un botín de perlas y oro" (Porras, 2016, p. 40).

Porras alude acá a las crueldades de los españoles en Centroamérica, aunque el adjetivo "sangriento" solo recae en Morales. Antes ya Porras mencionaba la participación de Pizarro en otras acciones similares, aunque su rol aparece como pasivo, de acatamiento de órdenes o de necesidad ante determinadas circunstancias. Hacia el año 1515, Pizarro acompaña al licenciado Espinoza, alcalde Mayor de Castilla del oro, observando como "Espinoza hacia ajusticiar a los caciques culpables y convidaba a comer a su mesa a los que habían favorecido a los españoles. **Pizarro**

observaba el doble juego de crueldad y de halago. Y cumplía esforzadamente cada vez que se le mandaba "ranchear" (Porras, 2016, p. 41 énfasis añadido).

Porras describe a Pizarro, en los años previos a su primer viaje en búsqueda del Birú, y realiza un perfil de los conquistadores de esa época:

> *Tenía más de cincuenta años y, aunque apreciado por sus virtudes morales, y su fortuna, no gozaba de la confianza del Gobernador. Su incultura lo aislaba de la pequeña corte de Pedrarias. Este sólo sentaba a su mesa a los hidalgos de nobleza probada y no alternaba con burdos capitanes. Después de una accidentada vida, a las puertas de la vejez, obtenida una posición cómoda y expectable, no se hubiera supuesto que el capitán Pizarro tuviera aún energías para nuevas empresas y aventuras. Pero no había nacido únicamente para sembrar bellotas y coliflores. Su ambición, detenida hasta entonces por un espíritu reflexivo y sagaz, y sobre todo por la conciencia de su incultura, que le cortaba el vuelo para las posiciones directivas, podía ya abrirse paso guiada seguramente por la experiencia adquirida. Tenía la técnica necesaria para el éxito. Y la fiebre juvenil de aventuras no había pasado aún. En casi todos los conquistadores era como un impulso inextinguible. En medio de los obstáculos y los sufrimientos juraban todos, como lo refiere Cieza, no volver jamás a una jornada semejante. Pero, desvanecido el peligro, sentían nuevamente la tentación de volver a experimentar aquellas híspidas emociones. Y partían gozosos para el trágico deporte"* (Porras, 2016, p. 44).

Porras, coincide con otros autores en ver en los conquistadores a aventureros, hombres inquietos por viajar y emprender grandes hechos. Pizarro encarnaría fielmente la idea de aventurero hispano del siglo XVI. La ambición material empuja a los hombres a tomar los enormes riesgos de las exploraciones y conquistas en la ignota tierra americana, pero también o principalmente la inquietud de espíritu o incapacidad de conformarse a una vida tranquila. La "fiebre juvenil de aventuras" o un "impulso inextinguible", aún estaban presentes en Pizarro. El espíritu voluntarista lo hace un personaje romántico o propicio para la exaltación, mientras a otros se atribuye solo un espíritu mercenario o materialista.

Aunque el Perú era aún una leyenda insegura, Pizarro y Almagro invertían íntegramente la fortuna acumulada en largos años de esfuerzos y padecimientos. El mando de la expedición recayó sobre Pizarro al ser el iniciador de la empresa, y ser un capitán experimentado en expediciones diversas: Ojeda, Balboa, Morales. El primer viaje hacia 1524, presento numerosas complicaciones y sufrimientos entre los soldados (hambre y sed, agotamiento extremo, enfermedad y muertes, ataques, etc.). "… se necesitaba, no solo una enorme resistencia física y moral, sino también dotes excepcionales de mando para calmar la exasperación de los soldados y mantener la disciplina con la esperanza. Pizarro poseía la técnica necesaria para representar este papel" (Porras, 2016, p. 48).

Según Porras, Almagro fue en todo el curso de la expedición, material y espiritualmente un subalterno: "La iniciativa, la fe y la constancia inquebrantable, los grandes e inspirados arranques, como las astucias y perfidias salvadoras, fueron obra de Pizarro. Por ellas tuvo éxito la Conquista del Perú" (Porras, 2016, p. 48).

Pizarro es presentado como un hombre excepcional, tanto en su resistencia como en su fuerza de espíritu, que lo hace inquebrantable ante los enormes obstáculos. Llama la atención, que Porras alterne los elogios con adjetivos negativos como el de "pérfido". La **perfidia** como se sabe alude a la deslealtad y o maldad extrema, el engaño ruin o traicionero. Porras, reconoce ese elemento, como algo clave en las conquistas. Pizarro no fue ajeno a esos recursos censurables, pero entendibles en su uso en medio de una guerra de conquista. Además, de que esos engaños podían evitar grandes matanzas, según Porras. Las astucias de Pizarro, serán más humanitarias frente a otros conquistadores como los de Centroamérica y el caribe.

Porras resalta el arrojo o entrega de Pizarro en la lucha directa, así durante el momento más crítico de su primera expedición al Perú:

> *La posición de Pizarro fue asaltada por los indios y, a pesar de la imprevisión del ataque, que fue nocturno, Pizarro, que estuvo en pie el primero, con una espada y una rodela en la mano, mató personalmente gran número de indios y logró contener la avalancha de estos. Faltos de armas de fuego en esta ocasión, los castellanos vencieron únicamente por su valor* (Porras, 2016, p. 49).

Finalmente, en este primer viaje, Porras señala que Pizarro al retirarse de las tierras exploradas por el clamor de su gente, este llevaba la "inquebrantable decisión de volver", y encontrar un pretexto cualquiera en la ruta para no reingresar a Panamá pobre y vencido.

El segundo viaje (1526-1528), por su parte, "sería el de la fe y la constancia milagrosa de Francisco Pizarro. Duraría tres años de fatigas, de lucha contra elementos y los hombres, coronada al final por la afirmación rotunda del éxito, aliado de todos los audaces" (Porras, 2016: 53). La expedición estuvo marcada por incidentes diversos: nuevas autoridades en Panamá, quejas de los soldados y largas esperas en zonas de condiciones especialmente difíciles. En la isla del Gallo, "Pizarro esperaría nuevamente, auxiliado por el dios de la paciencia… Él mismo había reclamado para sí el rol de más peligro en todas las ocasiones y lo reclamaría una vez más, con **terquedad heroica**…" (Porras, 2016, p. 55 énfasis añadido).

En el momento clave conocido como el incidente de la isla del Gallo, cuando el emisario Tafur por orden del nuevo gobernador de Panamá, exige el retorno de Pizarro y sus hombres, Porras nos dice: "trágico, desgreñado, pálido de rostro… siente llegada la hora decisiva de su vida y se yergue ante el mencionado de Panamá, embajador de la cobardía y de la desesperanza para enrostrarle su cometido" (Porras, 2016, p. 56).

El incidente de la isla del Gallo, es un momento clave en la narrativa sobre Pizarro, para destacar su carácter firme y decidido. Porras cita a Louis Baudin en este punto: "Mediocre en las circunstancias de la vida, se engrandece en los instantes trágicos hasta colocarse a la altura de los acontecimientos. Silencioso sale de su mutismo, iletrado, pronuncia arengas" (Porras, 2016, p. 56)[71].

[71] Porras incluye el texto "Francisco Pizarro" de Louis Baudin en su libro "Pequeña antología de Lima". El texto proviene (dice Porras) de la "sugestiva biografía de Pizarro, plena de animación novelesca y de gracia evocativa, cuyo perfil final sobre la personalidad del conquistador del Perú, reproducimos por su don verídico y por el del arte". Efectivamente Baudin traza un interesante perfil del capitán español, donde la crítica es sucedida por la alabanza: "… no ha sabido guardar el equilibrio: tan pronto gran jefe de Estado como pésimo político. La forma lo obsede: cree convertir a los hombres plantando cruces y anexar las ciudades haciendo levantar un acta por un notario. Resulta siempre superficial; nunca una sonrisa leal de mujer ilumina su ruta, nunca un impulso hacia el ideal lo eleva. No es marido ni padre; vive con una concubina, no con una esposa; tiene hijos, pero no se ocupa nunca de ellos -¿se ocuparon de él alguna vez?-. Don Juan de la aventura, conoce el deseo, no el amor; practica un culto, no una religión; conquista un territorio, pero no somete a un pueblo. El alma se le escapa siempre. Sin embargo, es un hombre de orgulloso valor y de leal servicio. Su herencia campesina hace de él un buen colonizador; su herencia guerrera, un gran capitán. No tiene ninguna otra tradición. Por eso su carácter escapa a menudo al análisis y ofrece sorpresas, como la vida misma. Su rasgo más saltante es quizá esa voluntad que confina con el empecinamiento y que ha permitido que su nombre se inscriba en una de las grandes encrucijadas de la historia. En cuanto a su obra, el transcurso del tiempo permite apreciarla ahora mejor. Rudo soporte de la civilización latina, campeón del individualismo, Pizarro ha establecido la supremacía de la raza blanca sobre los

Sin citar un cronista determinado, Porras atribuye a Pizarro la siguiente arenga: "Camaradas y amigos: esta es la parte de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez de los aguaceros y desamparos; la otra, la del gusto; por ésta se va a Panamá a ser pobres; por aquella se ha de ir al Perú a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien estuviere" (Porras, 2016, p. 56).

Finalmente, Pizarro y los suyos arribarían a Tumbes, alcanzando así el imperio de los incas. Posteriormente, para liberase de la tutela del gobernador de Panamá, se decide enviar a Pizarro a España a buscar la autorización real para la conquista del Perú. Llevando indios, llamas, plata, ponchos y otros objetos, Pizarro retorna a la península ibérica. Porras, señala que se encontraba también en la ciudad de Toledo, el gran conquistador Hernán Cortés, primo y antiguo compañero de Pizarro en Santo Domingo. Cortés habría ayudado a Pizarro, pecuniariamente y aconsejándolo. El conquistador de México, buscaba defender sus prerrogativas ante la corona, hechos que "debieron servir a Pizarro para calcular cuales eran las estipulaciones que más le convenía acordar con el rey" (Porras, 2016, p. 59). Nuevamente, se pondría en evidencia el carácter inteligente, calculador o precavido del iletrado Pizarro en la representación que hace Porras.

Sobre las críticas que se le hacen a Pizarro en la firma de la capitulación de Toledo (1529), por ser el más beneficiado en desmedro de sus socios Almagro y Luque; Porras considera que: "No hubo pues deslealtad ni felonía de parte de Pizarro en desfavor de sus compañeros. Él no era culpable por lo demás de que su participación en la empresa fuera la más decisiva y novelesca y despertara admiración más inmediata que los servicios pacientes y oscuros de Almagro" (Porras, 2016, p. 61). Porras argumenta que la cédula real considera como promotores de la empresa a los tres socios, especificando el papel de cada uno, y presentando forzosamente el rol secundario de Almagro. La corona además se habría mostrado contraria a dar el título de gobernador a dos personas para evitar disputas futuras.

Francisco Pizarro, aprovecharía su estancia en España para volver a Trujillo su ciudad natal. Sobre ello, señala Porras:

---

pueblos anemizados de los Andes. Sus medios de acción son muchas veces condenables; pero las circunstancias los explican y los resultados obtenidos son inmensos. Los Estados sudamericanos del Pacífico han nacido del genio de este hombre, que no sabría inspirar amor, pero que suscita la admiración". *Pequeña antología de Lima* (2005), pp. 71-72.

> *No le llevo seguramente ningún recuerdo sentimental ninguna necesidad de ternura. Sus escasos afectos, aún el más fuerte y hondo de todos, habrían desaparecido ya de este mundo, sin que él lo supiera. Pero su orgullo necesitaba seguramente alguna satisfacción. El pueblo que le había visto salir humilde y menesteroso debía verle en el esplendor de la gloria ostentando el título de Capitán General y la venera de la Orden de Santiago. Su propia estirpe tendría que rendirse ante el áureo destello del favor imperial* (Porras, 2016, p. 62).

Acá aparece Pizarro como un hombre desprovisto de afectos, sin mayor apego a su tierra o su familia. Sin embargo, consciente de su cambio de condición y orgulloso de ello. Según Porras, era un hijo pródigo de Trujillo de Extremadura, que retornaba con una inaudita fortuna. Pizarro buscaría aprovechar esta curiosidad y entusiasmo popular en torno de su figura para enrolar gente que le acompañara al viaje. "Pizarro necesitaba de la recia planta de los hombres de la Extremadura y allí está quizás la explicación de este retorno aparentemente sentimental y que en el fondo guiaba un cálculo" (Porras, 2016, p. 62). El Pizarro calculador nuevamente se impone ante cualquier consideración sentimental.

Un considerable contingente siguió al capitán Pizarro. Los primeros en enrolarse serán los parientes de Pizarro, hermanos legítimos y naturales por rama paterna o materna: Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, Francisco de Orellana (descubridor del Amazonas), fray Vicente Valverde (primer obispo del Cusco), Garci Manuel de Carbajal (fundador de Arequipa), Nuño de Chávez (gran explorador de Charcas), Fray Jerónimo de Loayza (primer arzobispo de Lima), Pedro Pizarro (primo y cronista), y Martín de Alcántara.

Partía así Pizarro rumbo al Perú, viaje definitivo para la conquista. "Pizarro, alma impenitente de prófugo", salía rápidamente de España para evitar controles burocráticos: "No había nacido él para dar cuenta y razón de sus actos sino a Dios. Le tenía además un recelo intuitivo a los jueces y demás personajes de pluma de ganso" (Porras, 2016, p. 64).

Almagro sintió gran resentimiento contra Pizarro, pues solo este había conseguido una gobernación. Pizarro explicó que la posición del rey era la de juzgar no conveniente entregar la gobernación a dos personas. Porras, considera que la causa principal del

distanciamiento entre ambos socios fue la presencia de los hermanos de Pizarro, principalmente Hernando, hombre particularmente arrogante y conflictivo: "todos los cronistas están de acuerdo en esta especie de tutoría ejercida por Hernando Pizarro sobre su hermano el Gobernador… Hernando sentía especial desprecio por Almagro por su ruin condición social y desmedrada figura… Hernando le trató de bellaco y de baqueano y otras palabras afrentosas" (Porras, 2016, p. 66).

Pizarro entró en tratos con capitanes vinculados a la conquista de Nicaragua: Hernando de Soto y Hernán Ponce de León, quienes le brindarían navíos, hombres y pertrechos. Almagro se habría sentido desplazado, explica Porras, y temeroso de ser dejado de lado en la empresa "acepto la supremacía de Pizarro y los ofrecimientos que éste le había hecho"; sin embargo, "la reconciliación no fue sincera. Pedro Pizarro dice que las amistades se hicieron, pero con ruines intenciones por parte de Almagro. Garcilaso insinúa la misma sospecha hacia las intenciones de ambos…" (Porras, 2016, p. 67).

En la obra de Porras, la imagen de Diego de Almagro es la de un hombre de rol secundario, muy distante a los logros que alcanzará Pizarro en la conquista. Aunque se le reconocen algunos méritos, también se le critica duramente. La versión de la Conquista por Porras, será claramente *anti-almagrista*.

Pizarro sale de Panamá, tal como había partido de España, sin avisar a los oficiales de Su Majestad. Actuaba autónomamente, y además llevaba gente de Panamá aparentemente inescrupulosa o ruin, algunos hombres endeudados que debían quedarse en la ciudad, según explica Porras. Durante la expedición por tierra, "Francisco Pizarro atendía a su tropa con gran solicitud, adoptando la misma política cordial de Vasco Núñez de Balboa". Porras, citando a los cronistas Zárate y Gómara, señala que incluso Pizarro cagaba a los enfermos y a los que no sabían nadar y los transportaba a través de los ríos (Porras, 2016, p. 69).

Estando ya en Tumbes, Pizarro indagará sobre lo sucedido con los tres españoles que se habían dirigido hacia la ciudad incaica en el último viaje. Enterado de la muerte de estos, Pizarro junto a cincuenta jinetes, "cargaron sobre los indios, vengando la muerte de sus compañeros, acosándolos y matándolos sin compasión" (Porras, 2016, p. 71).

La dorada Tumbes según había relatado el soldado Pedro de Candia en su estancia en España, no era tal. La ciudad había sido destruida, y los españoles se mostraban decepcionados. Sin embargo, "Pizarro, el hombre que no sabía volver atrás ni mirar tampoco atrás" (Porras, 2016, p. 73), continuaba imparable la ruta.

Pizarro, asumiendo ya su gobernación, "manda lanzar pregones impidiendo vejar o robar a los indios y ordena se lea a estos el famoso requerimiento" (Porras, 2016, p. 74). Internándose más en tierras del norte del Tahuantinsuyo, los españoles encuentran indígenas con intenciones guerreras. Se acusa a los caciques de la Chira y Amotape el tramar la destrucción de los cristianos. Porras, sobre la actitud de Pizarro en ese momento dice al respecto: **"La égloga se interrumpe. El breve deleite virgiliano no ha adormecido el instinto bélico del conquistador. Los viejos textos de su experiencia le dicen que es necesario hacer un escarmiento. El cacique de la Chira y trece caciques más son agarrotados y quemados, después de una sumaria información"** (Porras, 2016, p. 74 énfasis añadido). Pizarro aparece, así como hombre "pragmático", pues evita la confrontación inútil y el abuso cruel, pero aplica duras medidas y penas a los enemigos, para dejar sentado un mensaje y evitar futuros problemas. Porras reconoce las duras acciones de sangre de Pizarro en su trayectoria, pero las justifica como parte de su labor de capitán que debe avanzar y proteger a sus hombres. Algo inevitable en una guerra de conquista.

Pizarro funda San Miguel de Tangarará, y está ya enterado de la situación del imperio inca, de la victoria de Atahualpa sobre su hermano Huáscar. La división política del Tahuantinsuyo. Porras, presenta a Pizarro en ese contexto:

> *El aventurero sabe ya que su signo lo conduce a ser el destructor del más poderosos imperio de las Indias Antárticas. Su intrepidez se exalta con la impaciencia del éxito cercano. Y parte sin esperar los refuerzos de Almagro, aventurándose en el imperio desconocido, seguro únicamente de su valor y de su estrella. Se había decidido aprender a Atabalipa en el corazón mismo de sus dominios* (Porras, 2016, p. 77).

Aventurero, valeroso, intrépido y seguro de su destino, es el retrato que hace Porras sobre Pizarro. Además de ser el "destructor" del más grande imperio. El empleo del término "destructor", no aparece como peyorativo o negativo, sino como descriptivo de una hazaña.

Llegado a un punto, los soldados españoles muestran marcada inquietud frente a la proximidad de encontrarse con el ejército de Atahualpa, del cual se calculaba estaba conformado por miles. Pizarro ordena el regreso de los que no quieran seguir adelante. "Nuevamente se dibuja sobre el arenal la línea que separa a los audaces de los pusilánimes" (Porras, 2016, p. 78).

Porras describe como Pizarro encontrara en su camino las "huellas de la crueldad del monarca peruano"; por ejemplo, muchos indios colgados por los pies, en las entradas de los pueblos y por cerros. Pizarro recibe a un emisario de Huáscar quien le pide ayuda contra Atahualpa. El capitán español promete liberar a su señor, y "mandó publicar entre los naturales que iba a favorecer y ayudar a Huáscar, señor natural del reino, que se hallaba ya preso por Chalcuchima y Quizquiz". Por otro lado, "Pizarro recibió con la misma cordialidad al mensajero oficial de Atahualpa". El mensajero del inca, aunque con fines ocultos, como informar de la situación de los españoles, transmite a Pizarro la supuesta intención de paz y amistad de Atahualpa. "Pizarro respondió con idéntica doblez. Se declaró amigo y aliado de Atahualpa, como antes lo había hecho respecto a Huáscar y ofreció al mensajero que ayudaría a su señor y le favorecería en su conquista con los cristianos que él traía" (Porras, 2016, p. 80).

El retrato es claro, el doble juego de Pizarro, calculando apoyos o alianzas, o sea amistad con sus rivales. Pizarro se muestra muy astuto y calculador; sin embargo, el Inca Atahualpa evidencia los mismos atributos, y no cierta ingenuidad como se presume.

Varios expedicionarios temerosos de las fuerzas del inca, deseaban continuar por la costa hasta el rico reino de los chinchas, y no arriesgarse a subir por la desconocida sierra norte donde se hallaba el inca y su ejército. Pero "sobre el desaliento y el temor de los menos osados **se impuso la audacia temeraria de Pizarro**" (Porras, 2016, p. 82 énfasis añadido). Finalmente, el capitán español: "Arengó pues a sus soldados convenciéndolos de que habían de ir precisamente a "doquiera que Atabalipa estuviese" y Dios que siempre les había auxiliado les protegería esta vez ya que iban a llevar las luces de la verdad a tantos millares de hombre" (Porras, 2016, p. 83).

Porras considera que "a Pizarro le impulsa la seguridad de su destino que presiente cercano y definitivo. Y avanza sin detenerse ante las amenazas, las advertencias, ni

ante la propia hostilidad de la tierra inclemente y desierta" (Porras, 2016, p. 83). Añade más adelante Raúl Porras:

> *La audacia necesitaba, sin embargo, combinarse con la astucia, el arte de la guerra con el de la política. Pizarro ha aprendido bien ambas cosas no sólo en Italia sino en Santo Domingo y en Urabá, al lado de Ojeda o de Balboa… Pizarro no se preocupaba por las intenciones del monarca indio. Estaba seguro de su prepotencia y de su valentía. Ambos contendientes, sin embargo, de la confianza íntima que abrigaban, trataban de engañarse. Atahualpa preparaba las sogas con que había de amarrar a los españoles. Pizarro los arcabuces, pero las embajadas mutuas aseguraban las más amistosas y pacificas intenciones… ponderaron también la fuerza y severidad de su señor que había arrasado las poblaciones rebeldes no permitiendo que nadie contrariara su poderosa voluntad. Pero Pizarro respondióles con cazurra superioridad, desdeñando sus ingenuas advertencias y notificándoles, ya descubiertamente, que iba en nombre del rey de España y del Vicario de Cristo y si era recibido hostilmente destruiría con sus pocos cristianos a Atahualpa uy a sus ejércitos porque con el mismo número de hombres había él desbaratado mayores señores que Atabaliba* (Porras, 2016, pp. 84-86).

Porras describe que la ansiedad crecía entre el pequeño ejército de Pizarro. La visión del campamento del Inca, había excitado los ánimos entre los soldados. Eran como cien indios por cada cristiano. "cada uno de los españoles-dice el cronista anónimo (Cristóbal de Mena)- prometía hacer más que un Roldán" (Porras, 2016, p. 87). Francisco Pizarro "más expansivo que nunca", alentaba el ánimo y coraje de los suyos en el campamento hispano, y el fraile Valverde celebraba una misa: "Al elevar la hostia al cielo purísimo de la mañana, sobre las cabezas profundamente inclinadas de aquellos héroes, una intensa emoción sacudió todos los corazones y un clamor ronco y esperanzado, nutrido de frío y de lágrimas, surgió de todos los labios: *Exurge Domine et judica causam truam"* (Porras, 2016, p. 90).

Más adelante, agrega el historiador sanmarquino:

> *La escena era distinta en el campo del Inca. Atahualpa, terminando su ayuno, había amanecido de buen humor. El sacerdote de Pachacamac que le había presagiado su triunfo sobre Huáscar, habíale asegurado que también triunfaría sobre los extraños huéspedes de su Imperio… No había necesidad siquiera de ir armados a Cajamarca. Bastaba con la simple presión del número para que los españoles echasen a correr. La única precaución necesaria era el envío de una división que les cortara la retirada. Atahualpa dispuso que el fiero Rumiñahui saliera con 6000 hombres a situarse a espaldas de los españoles, provistos de sogas para amarrarlos y de tomes o cuchillos para desollarlos y descuartizarlos después, según Titu Cusi. Iba a ser una fiesta esplendida y sangrienta* (Porras, 2006, p. 91).

El relato detallado de Porras de los hechos de Cajamarca, supera al relato hecho por Prescott y Lorente. El estilo de historia novelada permite una lectura ágil y entretenida, pero que no prescinde de consideraciones históricas valiosas, aunque varias objetadas actualmente. Escribe sobre este evento crucial, Porras Barrenechea:

> *Sin embargo, era necesario inspirar confianza a los españoles. El Inca jactancioso de su astucia primitiva, envía a preguntar a los españoles si debe ir con gente armada, ya que los españoles se presentaron a él con sus atavíos guerreros. Pizarro responde con indiferencia calculada, que fuese en buena hora como quisiese, pero que viniese presto. Pero Atahualpa quiere no sólo castigar a los españoles por los atropellos que han cometido a su paso y por la osadía de entrometerse en su imperio, sino que pensaba también ofrecerles un espectáculo antes de morir: la magnífica visión de un Inca en el apogeo de su poder. Desde temprano los soldados de Pizarro esperan ansiosamente la llegada del cortejo. Este se prepara lenta y ceremoniosamente con el armónico cuidado de un ballet, pero de un ballet trágico porque el Inca ha dispuesto que debajo de los trajes de fiesta, los guerreros lleven hondas y talegas de piedras para el momento oportuno. Asonada por asonada, astucia por astucia, en el campo español se prepara también una cena amarga para el Inca…* (Porras, 2006, p. 91).

El Inca continua su procesión hacia la plaza de Cajamarca, para "apresar a esos aventureros arrogantes y andrajosos" (Porras, 2016, p. 92). Una vez en la plaza, el Inca, se encuentra con el "estilo hinchado y disertativo del requerimiento, cuya confusa teología se agravaba al ser traducida por el intérprete. La expectación del inca lo llevaría a tomar el libro y finamente arrojarlo, Porras pone en boca de Atahualpa, la frase: "Idos de aquí bellacos y ladrones porque voy a haceros matar a todos" (Porras, 2016, p. 95).

Finalmente, tras el relato detallado de los hechos que desembocan en la captura del inca, Porras refiere algunos gestos de Pizarro en medio de la lucha, como su orden de coger vivo al monarca: "Nadie hiera al indio so pena de la vida", o como "Pizarro anhelosamente no se desprendió de la cercanía del Inca para que no se le escapara, pero también para que nadie le quitara la gloria personal de haberlo capturado" (Porras, 2016, p. 96).

Porras describe como Pizarro en un acto de gracias, convoca a sus compañeros, quienes de pie con las manos aun en las armas escuchar a su capitán. Describe Porras Barrenechea:

> *Simple y rudo aventurero, su palabra inculta, se ennoblece un instante, por la emoción y la grandeza del momento. "Doy gracias a Dios Nuestro Señor y debéis darla todos vosotros por el gran milagro que este día nos ha hecho, porque sin su socorro no hubiéramos podido entrar en la tierra, cuando menos vencer a una tan grande hueste"... "Loado sea Dios" responde al lado de Pizarro el fraile Valverde y la multitud repite unánime la prez del religioso. Pizarro elogia luego, con su instinto de caudillo, el comportamiento de sus soldados: "Huélgame hermanos de la aventura que ahora hemos alcanzado, y de la honra y provecho que todos recibiréis como galardón de los trabajos que padecísteis en mar y en tierra, por ganar esta tierra, y ser amigos de mi porfía en descubrirla". Pero su prudencia se sobrepone inmediatamente a la embriaguez y emoción del triunfo y el recuerdo de las penalidades soportadas que sus palabras despiertan y el capitán autoritario y celoso del bien de su mesnada vuelve*

a surgir: "Y porque señores, vendréis fatigados, váyase cada uno a reposar a sus posadas y porque Dios nos ha dado victoria no nos descuidemos y aunque estos indios van desbaratados son mañosos y tratarán de rescatar a su señor. Y así esta noche, y las demás haya buena guarda de vela y ronda (Porras, 2016, p. 99).

El inca es caracterizado por Porras como un indio fuerte y bien conformado. Bien dispuesto, de rostro hermoso, pero de expresión dura o feroz. "La impresión que produjo en los españoles, muy distinta de la que ha vulgarizado la historia de un Atahualpa endeble y llorón, fue de extraordinario vigor y dureza. Pedro Pizarro lo ha concretado diciendo: "era muy hombrazo y belicoso" (Porras, 2016, p. 100).

El historiador de la conquista, describe también las reacciones del inca Atahualpa, ante los hechos acaecidos, donde la sorpresa, cólera, indignación y sentimiento de humillación se sucedían:

Prisionero, no acertaba aún sobre quién descargar su indignación de déspota. Maizavilca, el cacique miserable, lo había engañado imbécilmente, con sus informes sobre la inofensividad de los españoles. El sacerdote de Pachacamac era un truhán embustero que le había predicho el triunfo pocas horas antes. Pero el más desleal e infame, era ese ambicioso, tuerto, ojo de piedra de Rumiñahui que lo había traicionado, abandonándolo, quizás para alzarse en Quito, con su anda, sus llamas, sus palacios y mujeres. Se sentía sobre todo humillado y con los vestidos desgarrados y manchados, él que siempre anduvo "muy limpio y bien traído". Por primera vez no tenía a su lado ningún servidor (Porras, 2016, pp. 100-101).

El primer encuentro entre Pizarro y Atahualpa es descrito con interesante intuición por Porras Barrenechea:

Las meditaciones del Inca fueron interrumpidas por la presencia de Pizarro y el intérprete. Atahualpa recompuso inmediatamente su ánimo. La figura de Pizarro, magna y severa, con su barba gris, revivía en el Inca

el recuerdo de una superstición corriente en el palacio de su padre en Tumibamba, sobre la próxima venida de unos barbados Wiracochas. Era antiguo precepto de su raza no demostrar desconcierto ante los extranjeros. El misterio, hombre o Dios, iba a hablarle. Estaban en acecho las dos almas-la del conquistador y la del indio- para conocerse y otearse ávidamente aparentando ambos una confianza que ninguno de los dos tenía… (Porras, 2016, p. 102).

Basándose en gran medida en la crónica de Cristóbal de Mena, y su intuición histórica, Porras presenta el probable diálogo entre el vencedor y el vencido:

Fue Pizarro el primero en hablar. Con cordialidad familiar, preguntó al Inca: "¿Por qué estáis triste? No debéis tener pesar por vuestra derrota. Muchos otros señores mayores que vos han sido sujetados por nosotros, aunque somos pocos en número. No tenéis nada que temer de nosotros, porque no somos gente cruel y no matamos a nuestros enemigos, sino que antes bien les perdonamos, haciéndoles cristianos y vasallos del emperador. Si hoy vuestra gente fue atacada y muerta, fue porque venían de guerra y o de paz, y porque echasteis en tierra el libro de Dios". A la jactancia de Pizarro opone Atahualpa su ***malicia sonriente y zalamera de indio****. No estaba triste ni pensativo…* (Porras, 2016, p. 102 énfasis añadido).

Siguiendo su estilo histórico novelado, Porras narra como Pizarro invita a cenar a Atahualpa, haciéndolo servir con especial atención. Pero tratándose finalmente de una "Cena de las burlas, trágica cena, en que ambos comensales urdían, íntimamente, el más refinado plato de venganza, en salsa de alevosía" (Porras, 2016, p. 103).

Pizarro supera, sin embargo, a Atahualpa en el arte de la cautela y el engaño. *Ordena preparar el lecho del Inca en su propia estancia y, ante el asombro de éste, aparecen en seguida algunas mujeres, que Pizarro ha ordenado traer para que la noche de la derrota sea menos acerba y desencantada. Y no es aventurado pensar que en la serenidad serrana de aquella noche de Cajamarca, henchida de gloria y de pesadumbre*

humanas, ni el capitán ni el Inca sintieran el aguijón del amor mientras los 18 años de Felipillo atisbaban incandescentes en la sombra… (Porras, 2016, p. 103 énfasis añadido)[72].

Porras relata los detalles de la sentencia de muerte otorgado al inca en 1533. Considera que esta fue dictada por un "imprescindible instinto de conservación" de los españoles. E incluso que, sin esa sentencia, la conquista del Perú habría fracasado: "Atahualpa debía morir como murieron todos los caudillos indios de América, aunque hay que confesar que murió menos heroicamente que Cuauthémoc o que su propio general Chalcuchima" (Porras, 2016, p. 192). Según Porras, la sentencia de muerte sobre el Inca, la habría firmado igualmente Hernán Cortés o Pedro de Valdivia: **"Pizarro no merece por esa sentencia ninguna anotación individual de perversidad"** (Porras, 2016, p. 192 énfasis añadido).

Historiadores circunspectos, pero de mucho simplismo psicológico, como Prescott, sin medir las exigencias de la situación de guerra, el peligro español y aún las contemplaciones y dilaciones de Pizarro a favor del Inca, le acusan airadamente de haber usado en Cajamarca "una fría y sistemática persecución" y de haber escrito "una de las más negras páginas en la historia de las colonias españolas". Lejos de la dureza glacial que se le atribuye, fue en Cajamarca, como ya hemos dicho, que Pizarro dejó ver algunos resquicios de su sensibilidad. Dudó demasiado y por mucho tiempo, antes de condenar a Atahualpa, gustaba de departir con él, - forma rara de "sistemática persecución" – y no ocultó su simpatía y su compasión personal por el Inca. Pero esta amistad e interés particulares, no podían quebrantar en él, su voluntad de dominio ni torcer el rumbo decisivo de su misión. Pizarro hubiera dejado de ser el conquistador del Perú si no pone en práctica los métodos drásticos que en

[72] Porras no realiza un retrato de las mujeres en la Conquista (tampoco de otros periodos), quizás por escases de la información. Entre sus retratos destaca la figura de doña Inés Huaylas; sobre la ñusta apunta Raúl Porras: "la compañera india de Pizarro, permanece… borrosa… Y es que el destino de estas mujeres indias al lado de los conquistadores fue pasivo, sumiso, y de una ternura efímera y clandestina, sin una intervención directa, afectiva o material, al lado de sus rudos dominadores. Ni esposas ni amantes, sino simples siervas para la caricia o el placer momentáneos; crecidas en la soledad de los acllahuasis incaicos para ser ofrendadas a la lubricidad de los capitanes del Inca o la inesperada violencia de los viracochas españoles. Tan callada, tan dulce y resignada debió de ser esta doña Inés, que pasa de puntillas por el palacio del Marqués, para que la historia no sienta sus pasos, como aquella otra india de sangre real que fue compañera del capitán Garcilaso de la Vega en el Cuzco, y cuya sombra pasa dejando un rastro de melancolía en las páginas de los Comentarios Reales…" *Pizarro*, 2016, pág. 112

> *otras partes de América habían dado por consecuencia el triunfo* (Porras, 2016, pp. 192-193).

Por otra parte, Porras declara estar de acuerdo con Prescott sobre que Pizarro sacrificó a Atahualpa, venciendo su repugnancia para seguir para una política fría y calculadora, marcada por el sello de la barbarie y fraude. Porras declara que "el fraude era el dios de la época", y una práctica común en el periodo renacentista, un lujo de reyes y señores, desde Francisco I hasta Carlos V. Escribe Raúl Porras:

> *Era señal de astucia y habilidad pactar lo que no pensaba cumplirse y de hombres valientes usar tratas y embustes con el enemigo. Todo se sacrifica al éxito, sin que lo dijera Machiaveli. Y era un infeliz el que se dejaba engañar. La forma más segura de invalidar a un enemigo era matarlo. Así lo afirmaban abiertamente Rodrigo Orgóñez y Alonso Riquelme. "Viva quien vence", es la divisa de los más auténticos conquistadores. Esto aparte de que la conspiración de Atahualpa existió. Quienes la niegan sistemáticamente agravian a la raza incaica, en vez de defenderla, suponiéndola incapaz de una reacción… Pero en el arte de engañar, los indios no tenían nada que envidiar a los occidentales discípulos de Machiaveli. El embuste era la más usada pieza de la estrategia india. Atahualpa acabó de triunfar de Huáscar por una indigna treta de su general Calcuchima, que se fingió adicto de Huáscar para cogerlo prisionero y matar a todos sus porfiados capitanes…* (Porras, 2016, pp. 193-194)

Porras se muestra como un autor realista, capaz de captar el espíritu de la época y contextualizar los hechos de la Conquista. Pizarro habría sido así un pragmático, y procedió simplemente como debía hacerlo. Era un conquistador, y no tenía porque actuar de otra manera. El engaño o ardid fue un arma legítima en la guerra, tanto en Europa como en América. Porras, exhibe cierta empatía con los conquistadores, comprende su accionar en el contexto de la guerra de conquista, y solo los censura ocasionalmente. Porras evita juzgar a los conquistadores como otros historiadores,

pero por momentos su condescendencia se convierte en clara aprobación del accionar de las huestes hispanas.[73]

Una parte fundamental del libro Pizarro de Porras, corresponde a sus consideraciones sobre las causas de la derrota de incas frente a las huestes españolas. En primer lugar, "La derrota de Cajamarca no se explica simplemente por el arrojo de los españoles ni por el miedo de los indios". Tampoco se explicaría por los factores divinos o supersticiosos alegados por ambos lados. "ni por el milagro del Apóstol Santiago ayudando a los españoles con su espada formidable a los españoles, ni la profecía de Huayna Cápac de que habla Garcilaso sobre la próxima terminación del Imperio y venida de unos hombres blancos y barbudos, a los que debían obedecer" (Porras, 2016, p. 104). Porras considera que, aunque estas "alucinaciones" tuvieron cierto poder sobre el ánimo de incas e hispanos, estas no representaron factores determinantes.

Para Porras tampoco fueron determinantes los elementos materiales o armamentísticos, donde los hispanos poseían ventaja con las armas de fuego y los caballos. Sin embargo, "la superioridad de las armas españolas estaba compensada con la enorme superioridad numérica de los indios". El espanto inicial causado por los caballos desapareció pronto, adaptándose los indios a pelear en terrenos donde los caballos perdían eficacia, como en las quebradas. Para el historiador limeño, "En realidad el imperio incaico empezaba a derrumbarse solo. Era un organismo caduco y viciado, que tenía en su enormidad territorial el más activo germen de disolución" (Porras, 2016, p. 104). Para Porras la grandeza del imperio Inca dependía de la existencia de los grandes espíritus guerreros y conquistadores, como los que los guiaron en las últimas décadas: Pachacútec, Túpac Yupanqui y Huayna Cápac, aunque este último fue el que sembró el inicio de la decadencia[74].

[73] Marc Bloch criticaba la imagen del historiador juez del pasado. Sin duda, la idea de un historiador inclinado a repartir censuras, es cuestionable. Sin embargo, la idea de un historiador "neutral" o totalmente imparcial es absurda e indeseable. Un historiador no podría evitar emitir juicios o desaprobaciones a hechos como los ocurridos en los campos de exterminios nazis, por ejemplo. La Conquista de América, aunque lejana en el tiempo, tampoco podría prescindir de algunos juicios personales por parte de los historiadores. El difícil equilibrio entre indignación y ponderación es sin duda el gran reto, sobre todo al aproximarse a suceso históricos donde se produjeron guerras, muertes violentas y otros hechos execrables.

[74] Señala al respecto Raúl Porras: "Con Huayna Cápac se inicia la decadencia. Huayna Cápac es aún un gran conquistador como su padre y abuelo, pero en él se presentan y afirman ya los síntomas de una corrupción. Las victorias incaicas son más difíciles y lentas, no se siente ya el ímpetu irresistible de las legiones quechuas. La conquista de Quito es la pérdida del Tahuantinsuyo. Las tribus se rebelan apenas sometidas y escarmientan a los vencedores. Los orejones, la invencible y austera casta de los anteriores reinados, educada en la abstinencia, la privación y el trabajo, habían pedido su vigor". *Pizarro* (2016), pp. 104-105.

Porras plantea que el fin del imperio incaico se vincula a causas internas, como la creciente vida disoluta de los nobles, quienes se entregaban más a una vida acomodada, se acostumbran a la bebida en exceso, y se alejaban del trabajo productivo. La reacción de pueblos del norte, como los pastos, cañaris o cayambis, evidenciaban la inseguridad de las fronteras en el norte, región de reciente anexión e insurgencia continúa durante el gobierno de Huayna Cápac. A todo ello se sumaba el creciente descontento de las etnias locales por la fuerte y abusiva represión incaica. Describe Porras Barrenechea:

> *Este (Huayna Cápac) tiene que usar para someter a los cayambis métodos que contradicen la proverbial humanidad de su raza y las tradiciones pacificadoras del imperio: matanzas de prisioneros, guerra sin cuartel a mujeres y niños, incendio y saqueo de poblaciones. El vínculo federativo que era el sostén del Imperio, no era ya así libre y voluntario o conseguido por la persuasión, si no impuesto por la fuerza. La cohesión incaica estaba desde ese momento amenazada por el odio de los pueblos vencidos y afrentados. Las sublevaciones se suceden y los enormes cambios de poblaciones ordenadas por Huayna Cápac, verdaderos destierros colectivos de grandes masas, no hacen sino aumentar el descontento de vasallos y sometidos*. Sus conquistas, su valor personal, el respeto supersticioso de sus súbditos, no bastan a ocultar la condición viciosa y decadente del monarca. Reúne aún las condiciones viriles de sus antepasados, pero relajadas por su tendencia invencible al placer, al fausto y a la bebida (Porras, 2016, p. 105).

Porras atribuye a Huayna Cápac responsabilidades directas sobre ocaso del imperio incaico. Por ejemplo, en su afán de construir en Tumibamba, palacios que superasen a los del Cusco, revelaba cierta frivolidad suntuaria, y principalmente provocaba "el resentimiento cuzqueño, una de las causas de la disolución del Imperio". Porras apunta finalmente que: "Fiestas y diversiones llenan las últimas etapas de su reinado, transcurrido en la sede sensual y enervadora Quito. Bailes y borracheras amenizan el paso del cortejo de Huayna Cápac, formado de aduladores y cortesanos, por todo el

Tahuantinsuyo. El Inca encabezaba estos desbordes livianos". Y a ello se sumaba su inclinación o vicio por las mujeres (Porras, 2016, p. 106).

Porras entonces recurre al argumento de la "decadencia moral" del imperio incaico, para explicar uno de los factores que propician la caída del Tahuantinsuyo. Argumento similar al empleado por antiguos historiadores y escritores para explicar el fin del imperio romano. Porras concluye que Huayna Cápac, a pesar de estos vicios, era valiente y justiciero, y por ello los indios lo querían y respetaban: "En sus manos no corría peligro la unidad del Imperio. Pero él creo el germen fatal de la disolución: una sede rival del Cuzco, en regiones distantes y apenas conquistadas y, al crear la causa de la futura división incaica, allanó el camino de los españoles" (Porras, 2016, p. 106).

A pesar de estos antecedentes, "La decadencia iniciada, aunque envuelta en fausto, en el reinado de Huayna Cápac se acentúa a la muerte de éste" (Porras, 2016, p. 106). De este modo, fue bajo el régimen de Huáscar y después Atahualpa, que están las principales causas que precipitaron el rápido fin del imperio incaico. Huáscar carecía del don directivo y la firmeza de ánimo de sus antecesores, faltándole incluso hasta valor físico para enfrentar a sus enemigos.

> *El estigma de la indisciplina y la desobediencia se apoderaba de sus vasallos. El espíritu regional ambicioso de los quiteños, alentado irresponsablemente por la frivolidad sensual de Huayna Cápac, se alzaba contra él, retando su poder. Cuzqueños y quiteños habían llegado por causa de rivalidad, a odiarse irreconciliablemente. Huayna Cápac completó su error no acordándose, en el devaneo de su vida sensual, de preparar y asegurar la sucesión normal del Imperio. Con una acción previsora en este sentido, y con el respeto que le tenían sus súbditos, su decisión testamentaria, claramente expresada y reafirmada, hubiera evitado la confusión y la discordia que sobrevinieron a su muerte* (Porras, 2016, p. 107).

Según Porras, "Atahualpa no fue sino el nombre propio, de la insurrección regional incontenible contra el espíritu absorcionista y despótico de la capital: el Cuzco". Por otro lado, si "Atahualpa, acaso, más audaz e inteligente que Huáscar, hubiera podido,

de haber sido el heredero legítimo y no un bastardo, contener la disolución del imperio a base de astucia y de tino político, de enérgica violencia en último caso…" (Porras, 2016, p. 107). Sin embargo, una insurrección cusqueña habría estallado tarde o temprano, por lo que Atahualpa habría tenido que imponer un sangriento despotismo, como finalmente lo hicieron sus generales, tras derrotar a Huáscar. "Cusqueños y quiteños no formaban una sola nación, eran extranjeros y enemigos" (Porras, 2016, p. 107). Atahualpa, ya sea nacido en Cuzco o Quito de una ñusta quechua o princesa quiteña, fue criado y educado lejos de las costumbres e instituciones cusqueñas, resultaba así un extraño para la capital imperial y los ayllus reales o panacas.

Finalmente, para Porras otra evidencia de la disolución del imperio incaico, era "el abandono de los más fuertes principios de su propia cohesión social". Los cuales se relacionaban a su orden agrícola, basado en la reciprocidad y la redistribución equilibrada de los recursos. Refiere Porras Barrenechea:

> *La fuerza y la estabilidad del Imperio provenían de las sanas normas agrícolas de los ayllus: trabajo obligatorio y colectivo, comunidad de la tierra, igualdad y proporción en el reparto de los frutos, tutela paternal de los jefes. Todo esto que había creado la alegría incaica, en el buen tiempo de Túpac Yupanqui, era abandonado con imprevisora insensatez. El Inca y sus parientes, la nobleza privilegiada, bajo el pretexto de las guerras, habían formado una casta aparte, excluida del trabajo, parásita y holgazana. En torno a ella se quebraban todos los viejos principios. El pueblo trabajaba rudamente para ellos; tenían que labrar no solamente las tierras del Inca y del Sol, y las de la Comunidad sino la de estos nuevos señores. El Inca, rompiendo la unidad económica del imperio, obsequiaba tierras a los nobles y curacas, quienes las daban en arrendamiento a indios que las cultivaban, con obligación de entregar cierta parte de los frutos. Estas propiedades individuales, dentro de un pueblo acostumbrado al colectivismo, herían el espíritu mismo de la raza y presagiaban la disolución, o un ciclo nuevo bajo formas diversas… Las tierras mejores eran en todo caso las de los nobles y curacas y estos no trabajaban. Por allí empezaba a destruirse el gran Imperio de trabajadores incaicos* (Porras, 2016, p. 108).

De esta manera los nobles, además perpetuaban sus privilegios, heredando las tierras a sus hijos. En una sociedad colectivista, la individualización de las tierras, afectaba las bases socio-económicas del Estado incaico. De esta manera, según Porras, "En el momento de la llegada de los españoles, la antigua unidad incaica estaba corroída por tales gérmenes de división: uno económico, el descontento de clase del pueblo contra la aristocracia militar dominante; otro político, el odio entre quiteños y cuzqueños. Todos los principales testigos de la conquista, acreditaron la existencia de este último" (Porras, 2016: 108). Porras agrega que el malestar social y económico del imperio incaico, se revela en la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien interroga a los conquistadores que retornaban a España, y quienes le referían que los agricultores de los ayllus, estaban sojuzgados en alto grado por la élite militar incaica.

La guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, precipitó o determinó el fin del imperio inca, según Porras. La división en dos grandes bandos, el enfrentamiento militar, las atrocidades cometidas en el transcurso (asesinatos de mujeres y niños, violaciones, sacrilegios, crueldades de todo tipo), representaron el contexto de debilitamiento del Tahuantinsuyo o crisis interna. Señala Porras Barrenechea:

> *La lucha entre los dos hermanos -Huáscar y Atahualpa- ponen en evidencia todos los males íntimos del Imperio. La traición y la cobardía, la incapacidad, tejen la trama de la guerra civil… el olvido o desdén por las tradiciones incaicas, llega, en este proceso de disolución, hasta la profanación. Atahualpa allana la huaca de Huamachuco que le presagia mal fin, derriba al ídolo y decapita al sacerdote. Huáscar desdeña las momias de sus antecesores pasados, según Pedro Pizarro, y Santa Cruz Pachacutic le acusa de haber autorizado la violación de las vírgenes del sol. Quiquis y Chalcuchimac realizan aún el mayor desacato concebible a la majestad de los incas: la momia de Túpac Inca Yupanqui fue extraída de su palacio, donde era reverenciada, y quemada públicamente. Pero, la nota más característica de este desquiciamiento, que perfilan ya el desprestigio de la autoridad y el desborde sacrílego, es la acentuación de la crueldad. Atahualpa escarmienta ferozmente a los cañaris, haciendo abrir el vientre a las mujeres en cinta, y dar muerta a sus hijos. Sarmiento*

> *de Gamboa dice que Atahualpa hizo las mayores crueldades, robos, insultos, tiranías, "que jamás allí se habían hecho en esta tierra* (Porras, 2016, pp. 109-110).

Porras entonces atribuye las causas del fin del Tahuantinsuyo, principalmente a factores internos relacionados a un relajamiento moral desde la élite gobernante, el abandono de ciertos valores que sostienen a la sociedad incaica, los crecientes privilegios de los nobles y curacas, las prácticas represivas o de terror entre las etnias sojuzgadas, el surgimiento de otro polo de poder político (Quito), los excesos suntuarios y de placer de Huayna Cápac (además de su falta de previsión), la ausencia de un liderazgo fuerte y capaz como el de Pachacútec o Túpac Yupanqui, la mediocridad de Huáscar como gobernante, y el enfrentamiento fratricida con el cruel y ambicioso Atahualpa, respaldado a su vez por las élites del norte. Las crueldades, sacrilegios y represiones sistemáticas, terminaron por descomponer los frágiles lazos de cohesión interna. Porras concluye que "El final del Imperio de los Incas estaba decretado, no por el mandato vacío de los oráculos, sino por el abandono de las normas esenciales de humanidad y de severidad moral, y de las fuerzas tradicionales, que habían hecho la grandeza de la cultura incaica" (Porras, 2016, p. 110).

A ello agrega Porras, la actitud de Atahualpa durante su cautiverio, donde antepuso su vida o supervivencia a los intereses del imperio: "El Inca pretendía salvar al mismo tiempo su imperio y su vida. Pero no se decidió a sacrificar ésta, amenazada en caso de un ataque contra los españoles de Cajamarca. El egoísmo del Inca, su intento de conservación, perdieron al Imperio incaico" (Porras, 2016, p. 121).

La explicación de Porras sobre las causas del fin de los Incas, como se aprecia se concentra en los denominados "factores internos". Porras naturalmente no niega que la invasión hispana determina el fin del Tahuantinsuyo, pero simplemente lo considera obvio o no lo explicita con tanta claridad. La versión de Porras contrasta claramente con las posturas de los historiadores más indigenistas, quienes omiten en cierto grado los elementos internos que afectaron las estructuras del poder estatal incaico, y se concentran en los "factores externos", relacionados al poder hispano, sus estrategias de alianzas con etnias locales, sus tácticas de guerra o su superioridad de armas, o su

experiencia acumulada durante la conquista de las islas del Caribe y Centroamérica hasta México.

Es relato de la prisión del Inca es uno de los episodios mejor recreados por la pluma de Porras, quien asume la disposición psicológica de Pizarro en ese momento crucial de la conquista. "Conocía todos los recursos contra el desaliento, pero tenía que aprender ahora la técnica desconocida del triunfo. Era un aprendiz inseguro y cauteloso. Pizarro venia dispuesto a dar a Atahualpa lecciones de política y religión. Pero se halló, inesperadamente, con una lección de geografía proporcionada por el Inca. Este le descubrió la enorme abundancia y extensión de su imperio" (Porras, 2016, p. 113).

Pizarro, según Porras, consideraba el oro solo como un simple instrumento de dominación, no lo necesitaba, pues lo había tenido y desdeñado. Lo deseaba como vehículo de gloria y poder, para enviarlo al monarca y a España: "Para comprar aquellos títulos de gobernador y marqués, aquellas veneras militares que en su época producían el acatamiento y el respeto forzoso de los otros. Para redimirse en buena cuenta de la humillación e inadvertencia de sus años juveniles. ¡Y la gloria, el poder, podían dárselo las barras de oro de esas ciudades desconocidas! (Porras, 2016, p. 114).

Pizarro era un espíritu simple y guiado por la audacia carecía de dilemas, según Porras. Mientras la prisión no redujo los hábitos despóticos del Inca: "precursor indio de Luis XIV" (Porras, 2016, p. 124). El sereno inca del cautiverio; sin embargo, no dejaba de ser el sanguinario hombre de guerra al que temer: "De haberlos vencido, no los hubiera sacrificado como a otros prisioneros y hecho tambores con su pellejo, sino que les hubiera tomado sus yeguas y caballos y a ellos los hubiera castrado para destinarlos a cuidar sus mujeres. ¡Tal había sido su ignorancia de la que ahora se reía, del poder y valentía de los españoles!" (Porras, 2016, p. 129).

Raúl Porras, siguiendo el testimonio de cronistas como Pedro Pizarro (sobrino de Francisco Pizarro), destaca la habilidad mental del inca cautivo:

> *Con maestría desviaba las preguntas capciosas de los españoles que nunca lograron sorprenderlo en contradicción, fingía interesarse en las lecciones teológicas del padre Valverde y del propio Pizarro, o ponía*

> *ingenuamente argumentos desquiciadores para los rígidos dogmas de sus dominadores y lograba siempre halagarlos e inspirarles confianza. Muchas veces Pizarro entraba irritado y decidido a desenmascarar las mañas del Inca e infringirle un escarmiento y le desarmaba la lógica sonriente y la inalterabilidad filosófica del indio. La habilidad del monarca peruano, resaltaba quizás más, junto a la rudeza torpe e ignara de sus apresadores* (Porras, 2016, p. 126).

Por otro lado, la relación entre Pizarro y Atahualpa, es compleja, basada en la dependencia mutua, la desconfianza y la mentira. Dice Porras Barrenechea:

> *Pizarro, por lo demás, engañaba o trataba de engañar al Inca, posición muy poco favorable para una cordialidad verdadera. Y el Inca le correspondía en la misma moneda. Era una lucha de muerte entre dos astucias de lobos aviesos, vestidos ambos con piel de cordero. El Inca y el Marqués, los dos advenedizos, ni inca ni marques legítimos se prometían seguridades y se daban consejos amistosos* (Porras, 2016, p. 128).

Llaman la atención los comentarios dispersos de Porras para referirse a los indios: "Es imposible, dada las mañas y artes de disimulo de los indios, descifrar cuál fue la verdad de la muerte de Huáscar" (Porras, 2016, p. 118).

El rechazo del historiador sanmarquino, por la figura de Almagro es evidente en su relato de la conquista. Afirma Porras Barrenechea:

> *Almagro venía, es cierto, en actitud sospechosa sin haber corrido todos los riesgos indecibles de la empresa; pretendía, a nombre de su participación casi comercial, de proveedor y almacenero, competir con Pizarro en la dirección de la tierra y aún alzarse con una parte de ella. Si hubiera sufrido al lado de Pizarro las peripecias heroicas de éste, probablemente su solidaridad hubiera sido inalterable y su derecho mejor* (Porras, 2016, p. 119).

A Raúl Porras Barrenechea y José Antonio del Busto, corresponden las biografías más importantes de Francisco Pizarro de toda la historiografía peruana[75]. Otros historiadores han dedicado páginas a Pizarro, pero en medio de libros dedicados formalmente a la Conquista o Invasión española (Prescott, Lorente, Riva Agüero, J. J. Vega, W. Espinoza, etc.). En torno a Porras y Del Busto cabría la interrogante sobre el uso del género biográfico en la disciplina histórica. Según Gómez-Navarro (2005), en este género el problema de las relaciones biógrafo-biografiado, constituye uno de los problemas centrales en toda biografía individual. Desde la elección del biografiado, pues si el biógrafo tiene una atracción especial hacia el personaje, la biografía no funcionará. En los autores de biografías es normal la existencia de una atracción (o repulsión) sobre su personaje; sin embargo, si estos sentimientos son demasiado marcados, ello puede afectar la capacidad de análisis objetivo de la obra o acciones del personaje estudiado.

Se pueden dar fenómenos de "transferencia" entre biógrafo y biografiados, por ello se hace necesario que: "los autores se pregunten antes de empezar una biografía los motivos de la elección y se cuestionen durante la elaboración acerca de sus sentimientos y grado de identificación con el personaje" (Gómez-Navarro, 2005, p. 22). La inversión total en el personaje es condición básica para iniciar una biografía, pero la otra condición es luego tomar cierta distancia para analizar e interpretar la obra o significado del biografiado.

Gómez-Navarro advierte también frente a otro peligro que acecha constantemente a la biografía. Esta consiste en "elaborar-recrear una personalidad del biografiado coherente y estable, inmutable a los cambios del medio social y político, internamente racional, que permite explicar todos sus comportamientos y acciones desde dicha racionalidad". Esta concepción, puede ser llamada también "la ilusión biográfica" en palabras de Bourdieu. Gómez-Navarro, concluye que "esta *creación artificial de sentido*, facilita y simplifica las biografías, pero las vacía de sentido al hacer desaparecer de ellas las irracionalidades, dudas y cambios, incluso violentos, a los que

[75] Según Edmundo Bendezú, todo indica que la intención inicial de Porras fue escribir una biografía novelada del conquistador, género híbrido muy practicado en los años treinta. *Literatura, Historia e Ideología en la biografía de Pizarro*. Editorial Lumen, Lima, 1992, prólogo (sin número).

están sometidos los personajes históricos en su vida y en sus decisiones" (Gómez-Navarro, 2005, p. 24).

La técnica historiográfica basada en la biografía usada por Porras, es más próxima a la literatura que a la historia, según Bendezú Aibar (1992). Lo cual para algunos no implica necesariamente una desvalorización en el carácter científico, más aún cuando hace mucho se cuestiona el estatus científico de la disciplina histórica. Porras otorga primacía a la narración y anécdota, antes que a la explicación; o su misma narración implica ya una explicación extendida, pero distante de los modelos sociologizantes de explicación histórica actuales.

La biografía de Francisco Pizarro que realiza Porras, se caracteriza por su profusa documentación, ello a través de un amplio manejo de las crónicas. La inmersión en el personaje es clara, pero parece también evidente la simpatía de Porras sobre su biografiado. La principal conclusión de Porras sobre Pizarro, será que representa el fundador de la nacionalidad peruana o del Perú que conocemos hoy. Porras un entusiasta defensor del discurso del mestizaje, ve en Pizarro el elemento clave para comprender nuestro origen como nación. El denominado fenómeno de "transferencia", entre biógrafo y biografiado, es posible en la medida que el autor tiene una posición marcadamente favorable a lo hispánico.

Por otro lado, la representación biográfica de Pizarro que hace Porras, parece homogénea en el sentido de mostrar inflexiones. Pizarro conserva el perfil de hombre arrojado, perseverante, esforzado, calculador y reflexivo, sin mostrar mayor duda, irracionalidad, actitud ilógica o contradictoria propias de cualquier hombre, que además se enfrenta a una compleja y difícil empresa, o ha vivido situaciones límite desde su arribo a tierras americanas. Porras, desarrolla una notable reconstrucción biográfica del conquistador del imperio inca, pero pareciera caer parcialmente en una "ilusión biográfica", en la medida que Pizarro, guarda coherencia y estabilidad, careciendo de debilidades, mezquindades, rencores, etc.

Porras sigue una concepción romántica de la historia, enmarcada en su ideología hispanista. Para él la historia es narración, anécdota individual e inserción de comentarios sobre los eventos; rechaza la historia cultural o etnográfica, que a su vez

rechaza la biografía o historia individual, para centrarse en la masa, o entidades abstractas.

Coincidimos en ese sentido, con el análisis de Bendezú Aibar (1992), sobre la biografía de Pizarro desarrollada por Porras. El autor cae en excesos románticos e incluso acude al *fatum* (destino) en la conquista española, o apela a explicaciones sobrenaturales o milagrosas, como las alusiones al apoyo divino como el del apóstol Santiago en medio de las batallas. Crea una mitología del conquistador cristiano, guerrero civilizador, aunque, quizás inconsciente de ello. Por otro lado, los miles de indios alanceados y tasajeados por espadas y lanzas, no cuentan en la visión del historiador hispanista.

En lo relativo a la personalidad misma de Pizarro, ella aparece idealizada y con menos realidad histórica y riqueza que las de Atahualpa, Alvarado y Almagro; no obstante, de que se puede leer entre líneas y adivinar en Pizarro una de las personalidades más inteligentes, ricas y fascinantes de la historia porque con suma facilidad, como los grandes conquistadores o guerreros de la historia, se ubica entre el bien y el mal (Bendezú, 1992, p. 110).

No obstante, como conjetura Bendezú, es posible que Porras haya cambiado lentamente sus puntos ideológicos, a partir de sus estudios del aporte indígena a la civilización peruana, evidenciado en la publicación de sus lexicones quechuas y otros trabajos. Ello quizás lo alejó de las posiciones más conservadoras que manifestó en los años cuarenta. Porras retrasó en mucho la publicación de su biografía, por factores diversos como sus diversas responsabilidades, pero como él mismo manifestara, era necesario mejorar la preparación heurística y bibliográfica de sus trabajos, venciendo la posible propensión a la inexactitud, improvisación o ligereza. Bendezú, concluye que "El manuscrito de Porras, con todos sus defectos, es una obra fundamental de la historia peruana e incuestionablemente, así incompleto e ideológicamente parcializado, el mejor trabajo que sobre Pizarro se ha escrito desde Prescott como historiografía y como creación literaria" (Bendezú, 1992, p. 111).

El tono epopéyico y la destacada prosa literaria, quizás tenga una de sus mejores expresiones en este párrafo, escrito por el historiador iqueño en la introducción a la biografía de Pizarro. Señala Porras Barrenechea:

> *Queden para el arte las perennizaciones altaneras. El bronce puede reclamar para el héroe la primacía gallarda del momento en que con la espada visionaria en la mano y la mirada de augur señala el porvenir del oro a los rapaces descorazonados del Puerto del Hambre y de la Isla del Gallo. Acaso en el lienzo brillaría su coraza, con más rojo reflejo, en la escena de Cajamarca en el tropel confuso de lanzas y arcabuces, desbaratando a cintarazos la procesión polícroma del inca hierático e impasible sobre su anda de oro. O destacaríase mejor el pérfido acero de su armadura, erguido entre el vaivén de las ñustas llorosas, junto al cadáver de Atahualpa, extendido en el túmulo, como en el cuadro de Montero, y quizás, menos rígido en la muerte que en la vida. Sobre el tablado, ceñido el coturno trágico, tendría el poeta que revivir el asalto irascible de los almagristas al palacio del Marqués y el vigor de su brazo inconmovible deteniendo a la muerte con la punta de la espada, mientras la sangre fanática caía haciendo rojas cruces en el suelo. O acaso, en coro más vengativo que en el de las Euménides, tendría que congregar una larga teoría de sombras; Balboa, como un mártir del Año Cristiano, con la cabeza sangrante entre las manos, el Inca y sus acólitos, Chalcuchima y los caciques de la Chira y Amotape, Almagro con el ojo ciclope ardiendo venganza y conjurando en su auxilio la blancura de una hostia consagrada* (Porras, 2016, p. 22).

Raúl Porras Barrenechea, escribe sobre Pizarro y los conquistadores, tras asumir la cátedra de Historia de la Conquista y la Colonia en la Universidad San Marcos en 1929, estando ya en su madurez como intelectual. Porras, fue un intelectual de ideas liberales, pero conservador, en aspectos sociales. La historia que escribe es una historia extraordinariamente documentada; sin embargo, con libertades literarias propias de su época, sobre todo en el caso de las biografías. El rigor académico, no prescindió del romanticismo en su narración histórica. Al igual que otros intelectuales criollos, estuvo impregnado por corrientes como el hispanoamericanismo. La narración épica de la conquista, busca afirmar las bases de una identidad peruana mestiza-criolla. El filohispanismo de Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde o José Gálvez, tendrá continuidad en la obra de Porras Barrenechea, y llegará a tiempos más

recientes, a través de la obra de historiadores como Guillermo Lohmann Villena y José Antonio del Busto.

1.2.3 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de José Antonio del Busto.

José Antonio Del Busto (1932-2006), fue un destacado historiador limeño, formado en la Pontificia Universidad Católica del Perú, profesor de esa universidad, así como de la Universidad de Piura. Ha presidido el Instituto Riva Agüero y fue miembro de la Academia Nacional de Historia. Como historiador se especializó en el periodo de la conquista y el virreinato, aunque posee también libros importantes sobre los tiempos pre-hispánicos y republicanos. Entre sus libros dedicados a la conquista española y la figura de Francisco Pizarro se pueden mencionar: *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador* (1966), *Historia general del Perú: Descubrimiento y conquista* (1978), *La conquista del Perú* (1981), *La Hueste Perulera* (1981), *Francisco Pizarro y Trujillo de Extremadura* (1983), *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores del Perú* (1987), *La tierra y la sangre de Francisco Pizarro* (1993), *Pizarro* (2001). También se destacan sus numerosos textos escolares de historia del Perú, convirtiéndose así Del Busto en uno de los divulgadores de historia peruana más importantes.

Historiador de metodología clásica, exhaustivo y sistemático, es continuador de la corriente historiográfica que reclama el mestizaje como elemento clave en la identidad nacional peruana. Cercano a las posiciones de Riva Agüero y Porras Barrenechea, resalta la obra civilizadora de Castilla en el Perú, a partir de la conquista española en el siglo XVI. El personaje central en su obra historiográfica ha sido Francisco Pizarro, a quien considera el padre del mestizaje peruano y uno de los iniciadores de la peruanidad.

Del Busto reclama una historia que sea ni indigenista, ni hispanista, y ante los señalamientos de ser parte de una corriente hispanófila e identificar a Pizarro como un héroe, indica el historiador limeño:

> *Historiar a Francisco Pizarro, empero, no es hacer su apología. Es estudiarlo científicamente y escribir su biografía empleando el sentido común y la apreciación serena. Es detenerse en su perfil humano y en los hechos que protagonizó. Y esto ofrece muchas perspectivas. Perspectivas y sorpresas. Una de estas es la cultural. Francisco Pizarro, visto así, es uno de los dos analfabetos fundadores de nuestra realidad cultural. Porque Pizarro es con Pachacútec – que tampoco supo leer y escribir – integrante del gran binomio cultural peruano: Pachacútec representa a la Cultura Andina, Pizarro a la cultura Occidental. Fruto de las dos es la Cultura Peruana o Cultura del Perú actual. La Occidental es el género próximo, la Andina la diferencia especifica. Por eso es que los peruanos somos universales y singulares. Si por la Cultura Occidental somos múltiples, por la Cultura Andina somos únicos* (Del Busto, 2001, p. 18).

Del Busto busca desmarcarse de los extremos o polarizaciones de la interpretación histórica en torno a la conquista española y su significado. Reivindica el derecho y necesidad de historiar a Pizarro, sin caer en apologías o servilismos. Afirma José Antonio del Busto:

> *Destacar, pues, la figura de Pizarro no es servilismo, masoquismo ni falta de dignidad, sino hacer memoria de un hombre muy singular cuyos hechos perduran hasta hoy en el Perú. Y es que nosotros los peruanos, en creciente mayoría provenientes de indios y españoles, no somos españoles ni indios, sino mestizos, cholos, descendientes de los vencedores y vencidos. Es así como la corriente Peruanista avanza con menoscabo de las corrientes Indigenista e Hispanista que, si bien ninguna es mala, ambas pueden resultar absurdas cuando se interpretan con exageración* (Del Busto, 2001, p. 19).

Para Del Busto no se trata de estar de acuerdo o en desacuerdo con la forma en que se llevó a cabo la conquista del Tahuantinsuyo, sino dejar establecido el hecho

indiscutible que el Perú y su ser (realidad histórica) están vinculadas a la procedencia y presencia de Pizarro (Del Busto, 2001, p. 15).

Pizarro para Del Busto no solo representa el inicio del mestizaje, sino la llegada de Cultura Occidental. Fue además el fundador de las principales ciudades que hoy poseemos: Lima, Piura, Cusco, Jauja, Trujillo, Huamanga, Chachapoyas, Moyobamba, Huánuco y Arequipa (las últimas a través de sus lugartenientes). Incluso, bajo el gobierno de Pizarro se hacen importantes descubrimientos, que permitieron al Perú conformar su vasto territorio. Entre esos descubrimientos se mencionan: el río Amazonas, el lago Titicaca, el río Marañón y Huallaga, etc. (Del Busto, 2001, p. 15).

Pizarro encarna entonces la Occidentalización de estos territorios, la asimilación de la cultura de la que proviene: religión cristiana, lengua castellana, ciencias y técnicas, derecho romano, artes, etc. "Desde el ángulo científico el Perú le debe su inserción en la Historia Universal, su correcta ubicación en la Geografía y su fijación definitiva en la Cronología" (Del Busto, 2001, p. 16). En esta última observación de Del Busto, se observa un rasgo eurocéntrico claro: el Perú solo existe al insertarse a determinada cronología y geografía (la Occidental).

A pesar de todo, Del Busto reconoce en Pizarro ante todo un soldado: "No era un civilizador: era un conquistador; arribó buscando botín" (Del Busto, 2001, p. 16). Sin embargo, Del Busto destaca el carácter "Fundador" de Pizarro, como es el caso de las ciudades, o sea una labor civilizadora.

El historiador resume la figura de Pizarro en estos términos: "bastardo, analfabeto, porquerizo, villano temprano, hidalgo tardío y marqués sin marquesado, resulta el personaje más importante de la Historia del Perú en la llamada Edad Moderna o Época de los Descubrimientos" (Del Busto, 2001, p. 16). Del Busto exaltará a lo largo de su obra, el origen humilde o modesto de Pizarro, para demostrar lo meritorio de su personalidad o carácter, así como sus logros. Sin embargo, en otros trabajos, Del Busto destaca la genealogía del conquistador, y llega a afirmar que el origen de Francisco Pizarro está vinculado a los reyes godos. El historiador español Esteban Mira Caballos (2018), ha descartado esto, y ha demostrado incluso que el verdadero apellido del conquistador era "Hinojosa". Aunque reconoce la gran valía de la

biografía de Pizarro hecha por Del Busto, el prestigioso historiador declara que Del Busto "se enamoró de su personaje" y cae en la hagiografía[76].

En la introducción a su libro más importante sobre Francisco Pizarro: *Pizarro* (2001), publicada en dos tomos, es la biografía más completa sobre el conquistador. El autor compara a Pizarro con otros conquistadores de la historia universal y reflexiona sobre las regiones que conquistaron estos. Refiere José Antonio del Busto:

> *Pizarro, repetimos, es un conquistador. Un conquistador como lo fue Julio Cesar en la Galia, Guillermo en Inglaterra, Rurik en Rusia u Omar en Egipto. Aun así, los franceses no repudian a César ni los ingleses a Guillermo de Normandía: tampoco los rusos al vikingo Rurik ni los egipcios al califa Omar. Los reconocen como personajes de su historia, los iniciadores de su historia moderna que marcaron el final de una historia antigua, no por vieja menos nacional. El caso de Omar es el más parecido a Pizarro. Con Omar, Egipto conoció la Cultura Islámica, habló el árabe y creyó en Alá; con Pizarro el Perú conoció la Cultura Occidental, habló el español y rezó a cristo* (Del Busto, 2001, p. 17).

Parece anteponerse la labor civilizadora antes que la conquistadora, tanto en Omar y Pizarro, según la percepción de Del Busto. En todo caso, Egipto hoy es un país más homogéneo, racial y culturalmente, mientras en el Perú la superposición racial y cultural prosigue.

Finalmente, Del Busto en la introducción de su obra más importante sobre Pizarro declara: "Tratamos de evitar el apasionamiento, la fantasía, la ligereza y la confusión, sin perder de vista el pensamiento de los hombres en el siglo XVI. Sin esta última premisa, nuestro trabajo seria ajeno a la realidad quinientista" (Del Busto, 2001, p. 18). Sin duda una deuda historiográfica en el Perú, es mirar los hechos de la conquista desapasionada y equilibradamente, pocos trabajos lo han logrado, aunque de manera dispersa o desarticulados entre sí.

Para Del Busto, no hay Perú sin Pizarro: "Se puede hablar de Pizarro sin el Perú, pero no se puede explicar el Perú sin Pizarro". El historiador señala que su compromiso no

[76] Entrevista al historiador Esteban Mira Caballos. *Presencia Cultural* (TV Perú), 11/08/2018. Enlace: https://www.youtube.com/watch?v=dgRF2kgFEao

es con Francisco Pizarro, es con el Perú… lo que el Perú es y lo que el Perú será. "Ambas cosas están vinculadas a la procedencia y presencia de Francisco Pizarro en el Perú. Por eso tiene que reconocérsele y aceptársele como autor y actor de algo irreversible que nuestra realidad no debe desconocer". Para Del Busto, lo que el Perú posee, directa o indirectamente es debido a Francisco Pizarro:

> *El Perú tiene hoy, debido a la presencia de Pizarro, los siguientes hechos: su descubrimiento; su nombre; su ingreso a la Historia, a la Geografía y a la Cronología modernas; su territorio mayoritario; la Amazonía; las principales ciudades; la Cultura Occidental; la lengua española; la religión cristiana; el mestizaje; la nación en su momento; y la Cultura Peruana actual* (Del Busto, 2004).

Así, Del Busto sistematiza los aportes o legado histórico de Francisco Pizarro, y podemos presentarlos en el siguiente cuadro, tomando las propias palabras del historiador en el Seminario *Forjadores de la Identidad Peruana,* organizado por la Universidad Católica Sedes Sapientiae, el año 2004:

SU DESCUBRIMIENTO	**SU NOMBRE, SU INGRESO A LA HISTORIA**	**SU INGRESO A LA GEOGRAFIA**
Pizarro es el descubridor del Perú. Es su descubridor histórico, consciente y definitivo, el conductor de la empresa descubridora, no un hallador casual ni un buscador furtivo.	Igualmente, el ingreso del Perú a la Historia se debe a Francisco Pizarro. Antes de Pizarro, el Perú se le desconocía en Europa, Asia, América y Oceanía, también en América del Norte. Pero debido a Pizarro nuestro país ingresó a la Historia del Perú, a la Historia de América, a la Historia de España y a la Historia Universal. Así acabó el Perú como mito (el Birú), también como leyenda (el Pirú), y se convirtió en historia auténtica (el Perú).	También adeuda el Perú a Pizarro su ingreso a la Geografía. Recién a partir de 1527 el Perú tuvo un lugar en el globo terráqueo con longitud y latitud. Dejamos de ser Tierra Incógnita para figurar entre paralelos y meridianos, vale decir, cobramos presencia estable e identidad cartográfica en el Padrón del Piloto Mayor de la Indias de la Casa de la Contratación. A través de esta institución sevillana, el mundo conoció científicamente al Perú geográfico de Pizarro.

SU INGRESO A LA CRONOLOGIA Por un camino similar llegamos a la cronología occidental, que es la que nos rige hoy. Su entrada al tiempo histórico. Brindó al Perú presencia existencial en lo temporal. El Perú se insertó en el calendario de Pizarro y por ende en la era cristiana, que es la oficial en el Perú y en el mundo occidental.	**SU TERRITORIO MAYORITARIO** El Perú también debe a Pizarro la casi totalidad de su territorio, pues al oponerse y derrotar a Diego de Almagro. De haber ganado Almagro, el Perú sin la Amazonía, se habría limitado a Tumbes, Piura, Lambayeque y Cajamarca. El actual territorio peruano, en su totalidad, se debe a dos personajes insospechados: uno es el Inca Túpac Yupanqui, que ganó y perfiló nuestro actual territorio; el otro es Francisco Pizarro, que también ganó este territorio por armas, lo defendió y supo conservar, aumentándolo a mucho más de lo que es ahora. Ambos personajes son los mayores forjadores de su extensión territorial del Perú. Sus autores, por decirlo de otra manera.	**LA AMAZONIA** Otro aporte de Pizarro al Perú es la Amazonía. Los derechos del Perú sobre ella, debidos a Pizarro, estuvieron bastante más allá de nuestros territorios amazónicos actuales. En efecto, al nombrar Francisco Pizarro arbitrariamente a su hermano Gonzalo Gobernador de Quito, hizo que el descubrimiento del Río Grande de las Amazonas perteneciera al Perú y no a la inexistente gobernación quiteña. Hoy, gracias a Pizarro, el Perú tiene selva -su tercera región natural- y los departamentos de Amazonas, San Martín, Loreto, Ucayali y Madre de Dios. Pero inicialmente la Amazonía de Pizarro iba más allá.
LAS PRINCIPALES CIUDADES En el Perú Pizarro fundó, al hispánico modo, las diez principales y más antiguas ciudades del país. Todas existen, ninguna se extinguió. Entre nosotros nadie ha fundado tantas ciudades, en América tampoco existen diez ciudades que se deben a un solo fundador y que, además, subsistan. Seis fueron las ciudades fundadas personalmente por Pizarro: Piura, Cusco, Jauja, Lima, Trujillo y Huamanga; y cuatro por medio de sus	**CULTURA OCCIDENTAL** La Cultura Occidental es la heredera de las Culturas egipcia, mesopotámica, judía, fenicia, griega, romana, goda, árabe y cristiana medieval, llegó a nosotros con Pizarro y produjo aquí cambios importantísimos en los órdenes histórico, geográfico, cronológico, político, social, religioso, técnico, idiomático, económico, alimenticio, artístico e intelectual. Para comprobar su importancia en el Perú baste datar a las ciencias y a las letras, a las matemáticas y al derecho. Es la Cultura que hoy, prácticamente,	**LA LENGUA ESPAÑOLA** La lengua española es otro legado de Pizarro. Actualmente la hablan más del 75% de los peruanos, sin contar los bilingües. Es una de las principales del orbe y tiende a crecer abrumadoramente. Es lengua muy rica. En 1992 tenía 85,500 palabras y la hablaban 300 millones de personas. Es lengua grafa. Pizarro no la supo escribir ni leer, pero sí hablar. Hoy el Perú es un adalid por su valiosa producción literaria en lengua española.

lugartenientes: Chachapoyas, Moyobamba, Huánuco y Arequipa. Desde otra óptica, a Pizarro no se le debe la destrucción de ninguna ciudad indígena, pero sí su prosecución y continuidad, caso del Cusco, Cajamarca y Huánuco, Cochabamba, Tumibamba y Quito. Desde este punto de vista, es el conservador de ciudades incaicas por antonomasia.	más destaca en el mundo.	
LA RELIGIÓN CRISTIANA Pizarro no era un santo ni pretendía serlo, pero fue el implantador del cristianismo en el Perú. Lo trajo en su versión española, el catolicismo, y esta fe, predicada bien o mal a todo el territorio, fue la primera unidad que hemos tenido. La religión católica conllevó su dogma y su moral. Nos enseñó a diferenciar, a la cristiana manera, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo derecho y lo falso. En esto el cristianismo se adelantó con su prédica en muchos siglos a la proclamación de los Derechos Humanos.	**EL MESTIZAJE** El mestizaje, entendido como lo entendemos hoy - "todas las sangres" - también comienza con Pizarro. El Perú no es de los cobrizos ni de los blancos, tampoco de los negros, de los amarillos ni de los aceitunados: el Perú es de los peruanos. El Perú es cholo, mestizo, y su mestizaje, es doble: racial y cultural. La Cultura Peruana es el resultado de la Cultura Andina (diferencia específica) y de la Cultura Occidental (género próximo). Pero es una cultura propia: el mestizaje no es un mito, es un axioma. Algún día seremos mestizos plenos -raciales y culturales-; ya lo somos, pero algún día lo seremos más. En la comunión de ambos mestizajes está el secreto de su grandeza. También se ha dicho que el mestizaje peruano es ilegítimo. No lo creo, pero supongámoslo. No hay que olvidar el mérito que tiene, por sus buenos frutos, el hijo bastardo distinto al	**LA NACIÓN EN SU MOMENTO** La nación no es ya la unión de raza, territorio, cultura, lengua y religión. Actualmente no hay ninguna nación con todas estas características. Se trata de una definición irreal y obsoleta. Hoy se entiende por nación a un conjunto de pueblos con un presente, un pasado y futuro común, pueblos que, además, están unidos por la conciencia nacional. Y, entendámoslo, conciencia nacional nos sobra a los peruanos: somos peruanos (factor involuntario), nos sabemos peruanos (factor cognoscitivo), nos sentimos peruanos (factor afectivo) y queremos seguir siendo peruanos (factor volitivo). Se trata de serio, saberlo, sentido y quererlo. Lo último es lo que se llama la libre determinación. A decir verdad, Francisco Pizarro no pretendió nada de esto. Por

	matrimonial: díganlo Miguel Grau, Héroe Máximo del Mar Peruano, San Martín de Porras, el peruano más conocido en el mundo, Garcilaso, la mejor pluma mestiza de América quinientista, y otros como Cayetano Heredia, Pancho Fierro y Ricardo Palma. Nuestro mestizaje, pues, no es legítimo, ilegítimo ni legitimado, simplemente, es.	eso, lo hemos dicho, no es el fundador de la Nación peruana. Le faltó intencionalidad. Pero debido a lo que hizo, la Nación peruana existe. La lograron principalmente los criollos - los "españoles americanos" de Viscardo- pero se logró para todos los peruanos. Fue algo así como afirmar: Pizarro fue un analfabeto, pero por él hoy sabemos leer y escribir. No nos lo enseñó, tampoco fue su propósito hacerla, pero debido a Pizarro hoy leemos y escribimos.

LA CULTURA PERUANA

La Cultura Peruana actual, a la larga, se debe a dos analfabetos: uno es Pachacútec, que no supo leer ni escribir, el otro es Pizarro, que sólo supo rubricar. El quechua representa a la Cultura Andina o autóctona, el extremeño a la Cultura Occidental o europea. La Cultura Peruana es hija de ambas pero distinta, independiente y nueva. La cultura Occidental es nuestro género próximo y nos hace iguales a todos los pueblos de Occidente; la Cultura Andina es nuestra diferencia específica y nos hace distintos a todos los países del orbe. Es decir, somos universales y singulares. Si por la Cultura Occidental somos múltiples, por la Cultura Andina somos únicos. La Cultura Peruana es nuestra Cultura "yoia", es la que expresa y representa nuestro "yo". No es estática, es evolutiva, fluye. Se debe a "todas las sangres", no sólo a la aborigen y a la europea, por lo cual también tienen cabida el aporte negro o africano, el aporte amarillo o asiático y el aporte que llamamos aceitunado u oceaniano con raíces en las Tuamotú y Rapa Nui. Pero todo esto hemos de canalizarlo dentro de la corriente peruanista que sabe aceptar lo bueno y rechazar lo malo. Aquí se agradece el aporte positivo de todos nuestros antepasados y reconocemos que gracias a ellos y a las culturas que te - presentaron hoy tenemos un Perú Independiente, Uninacional, Pluricultural, Multilingüe y Mestizo. Este es el Perú en que vivimos.

Del Busto coloca así a Pizarro como el origen de la “peruanidad”, o por lo menos el que sienta las bases de lo peruano. El historiador asume el discurso del mestizaje y lo lleva hasta sus últimas consecuencias. El Perú nace con el conquistador Francisco Pizarro,

somos los herederos del soldado trujillano, tanto como de Pachacútec inca[77]. Recordemos que el discurso del mestizaje, funda su visión en una mirada armónica del pasado. El conflicto, la imposición o abusos del pasado, solo son anecdóticos frente a un presente y futuro, positivos, que se caracterizan por estar erigidos sobre una sociedad mestiza, dentro de un Estado-nación que asume el mestizaje como la identidad oficial. La nación se personifica en héroes o figuras, las cuales adquieren la dimensión de hombres de bronce o mártires de la historia nacional.[78]

La notable y destacada obra de Del Busto, conforma en parte ese gran andamiaje intelectual que requiere la construcción de la nación "desde arriba". Reconocernos todos como iguales histórica y hasta culturalmente. La *homogeneización* como condición previa para construir una nación al estilo decimonónico occidental. Del Busto continúa la *tradición mestizofílica* de intelectuales como Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde y Porras Barrenechea.

La nación mestiza en el discurso histórico de José Antonio Del Busto

Para el historiador José Antonio Del Busto, el Perú es un país esencialmente mestizo, fruto de la unión o mezcla entre lo indígena y lo foráneo (europeo, africano y asiático). La nación peruana nace en el siglo XVI, cuando la Cultura Andina se fusiona con la Cultura Occidental. El Perú es *Uninacional*, aunque también pluricultural y multilingüe. Ante la disyuntiva entre indigenismo e hispanismo, según Del Busto, debemos optar por el *Peruanismo*: "los peruanos ya no somos súbditos de Atahualpa ni vasallos de Carlos V". Es imperativo para los peruanos, según el autor, tener una visión equilibrada de su historia. "Debemos ver a Pachacútec como ven los egipcios a

[77] En el siglo XVII, el religioso criollo Buenaventura de Salinas y Córdova en su *Memorial de las historias del nuevo mundo, Pirv* (1630), presenta a Pachacútec y Pizarro como héroes creadores o fundadores. En el siglo XX, Del Busto recurre a ambos personajes históricos, y los coloca como los fundadores lejanos del Perú moderno. Su proyecto consiste en armonizar un doble origen, el incaico y el hispano, encarnado en la obra heroica de Pachacútec y Pizarro.

[78] José Antonio del Busto no duda en señalar que: "Pizarro es uno de los diez personajes cimentadores de la Peruanidad y el único nacido fuera del Perú. Los otros – descontando a Pachacútec – serian Túpac Yupanqui, origen del territorio peruano; Garcilaso, primer mestizo integral; José Gabriel Túpac Amaru, gran luchador social; Juan Pablo Viscardo, ideólogo independentista; Ramón Castilla, propulsor del progreso moderno; Miguel Grau, ejemplo del honor naval; Francisco Bolognesi, paradigma del honor militar; y Andrés Avelino Cáceres, modelo de la dignidad nacional". *Pizarro,* Introducción, 2001, pág. 18

Ramsés II, los franceses a Carlo Magno y los alemanes a Otón el Grande; también debemos ver a Pizarro como ven los ingleses a Guillermo el Conquistador, los rusos a Rurik y los niloticos a Omar" (Del Busto, 2004).

El Perú ha experimentado tanto el *mestizaje racial o biológico*, como el *mestizaje mental o cultural*. Del Busto considera que las razas existen: "Las razas humanas más difundidas son cinco y todas ellas han tenido presencia en el Perú. Así tenemos que las razas blanca, negra, amarilla, cobriza y aceitunada se identifican con Europa, África, Asia, América y Oceanía, respectivamente. Hay otras razas, menores o derivadas, que no han llegado nunca a nuestro territorio" (Del Busto, 2004). La raza cobriza y la raza blanca o europea, son los componentes mayores del mestizaje biológico peruano, las otras razas son elementos menores y complementarios. El hombre mestizo constituye el *prototipo y arquetipo racial del país*, según la visión de Del Busto. Finalmente, el mestizaje cultural representa la *fusión cultural* producida básicamente a partir del siglo XVI.

El término *mestizaje cultural* sería preferible a otros, por las razones que expone Del Busto (2004), del siguiente modo:

Cultura Donadora y Cultura Receptiva	Porque niega la interdonación
Contacto Cultural	Porque resulta impreciso, corto, inócuo
Transmisión Cultural	Porque solo habla de dar, no de intercambiar
Dominación	Cultura Dominante y Cultura Dominada, vale decir, Cultura Asumente y Cultura Asumida, lo que en el caso del Perú no es válido.
Asimilación	Porque sólo acepta lo foráneo y anula lo nativo.
Aculturación	Porque pese a ser directa y constante, como quieren los norteamericanos, el nombre adolece de vicio en español, idioma donde el prefijo "a" significa "sin" o "hacia". Por el mismo motivo rechazamos Amestizamiento. Suena mal y felizmente no se usa.

Integración	Dado que recibe lo foráneo y lo hace suyo, como los japoneses con todo lo occidental).

Del Busto agrega además que el término *Transculturación*, ha quedado obsoleto. Los europeos no han transplantado su cultura a América, sino que la han traído y aquí se ha hecho el intercambio o síntesis. Se podría aceptar el termino *Sincretismo*, unión entre lo dado y lo recibido formando una sola cultura, pero que presenta como palabra el prefijo "sin", que indica negación o falta de aquello que expresa la palabra. Sincretismo, sufre del mismo defecto que Aculturacion y Amestizamiento, es un término que resulta equívoco y contradictorio, según la apreciación de Del Busto.

El historiador José Antonio Del Busto, expone con claridad la teoría del mestizaje desarrollada en el Perú sobre todo a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Al igual que los historiadores José de la Riva Agüero y Raúl Porras Barrenechea, ubica el surgimiento de la nación peruana en el periodo de la conquista española, liderada por Francisco Pizarro (s. XVI). Para Del Busto, la *patria* en tanto territorio o lugar de origen, tiene un origen lejano (15, 000 ac. o más), pero la nación es un hecho histórico moderno, donde el mestizaje indígena-hispano definirá la peruanidad. Recurre nuevamente a la figura de Garcilaso de la Vega, para señalarlo como el símbolo del mestizaje racial y cultural.

El Perú es un país mestizo incluso por el nombre mismo del país. Del Busto afirma que para el Perú: "la Cultura Occidental es el *género próximo* y la Cultura Andina la *diferencia especifica*. Una nos iguala, otra nos hace únicos. El ideal es integrar la universalidad, sin perder la singularidad". El mestizaje es Peruanidad, y la Peruanidad es *Patria, Nación y Estado*.

El discurso del mestizaje está presente a lo largo de la extensa obra de José Antonio Del Busto, sobre todo en los temas de la Conquista y la Colonia. El autor recurre a distintos ejemplos para demostrar el proceso de mestizaje cultural: la comida, el vestido, la arquitectura, la música, la danza, la pintura, la literatura, la artesanía y la religiosidad. En este último, el mestizaje religioso, aunque amplio y profundo, no ofrece una nueva religión. Del Busto explica que el dogma católico romano permanece intacto, pero las formas de culto presentan variantes, provenientes de los antiguos

cultos pre-hispánicos. A pesar de todo, "la unidad religiosa es la primera unidad que hemos tenido", señala Del Busto.

El discurso del mestizaje que expone Del Busto busca ampararse en sólidos argumentos históricos. Sin embargo, llama la atención la ausencia de términos como *dominación, imposición* o *destrucción*, los cuales también explican el desarrollo histórico y cultural del Perú, donde muchas veces la superposición o yuxtaposición cultural fue anterior a cualquier proceso ideal de mestizaje. Del Busto construye un relato histórico casi armónico de fusión cultural a partir del siglo XVI, una visión lineal o teleológica, donde los conflictos o estructuras de poder no interrumpen un proceso inevitable de mestizaje o fusión cultural. Se iguala el poder e influencia de la cultura del dominador y el dominado en la configuración de la nueva cultura, la peruana. El mestizaje aparece casi como un proceso horizontal de intercambio ininterrumpido entre la masa indígena sojuzgada y una población blanca que define los patrones culturales nuevos. La mestizofília es la base de su discurso peruanista.

1.2.4 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Juan José Vega.

El historiador Juan José Vega (1932-2003), nacido en Lima y graduado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, es uno de los mayores críticos hacia la "historia oficial prohispánica" sobre la conquista. Su obra busca representar la "versión de los vencidos", y una historia auténtica de los peruanos. "Vega inició una nueva interpretación, ideología y visión acerca de los aspectos claves nuestro pasado histórico… toma partido por los vencidos de la conquista… fue un intelectual disidente de la "historia oficial" (Huamantinco, 2013, pp. 18-19).

Entre sus libros destacan *La guerra de los Viracochas* (1963), *Manco Inca, el gran rebelde* (1964), *Incas, dioses y conquistadores (1967), Incas contra españoles* (1980), *Los incas frente a España: las guerras de la resistencia 1531-1544* (1992), *Pizarro en Piura* (1993), *Túpac Amaru y sus compañeros* (1995), *Manco Inca* (1995) y

Peruanidad e identidad (1997), en colaboración con el historiador Waldemar Espinoza.

La obra más reconocida de Juan José Vega fue el libro *La guerra de los viracochas*, publicado en 1963, el cual presenta una visión nueva de la conquista del Tahuantinsuyo, contraria a las versiones predominantes en la historiografía nacional. Su propósito según el autor, era "corregir los tradicionales y peligrosos lugares comunes de nuestra historiografía"[79].

El libro desarrolla un tema hasta entonces relegado al olvido o poco resaltado por los historiadores: la heroica resistencia de los incas frente a los conquistadores españoles (llamados *Viracochas* por algunos grupos cusqueños). Vega cuestiona que la muerte del inca Atahualpa, represente el final o caída definitiva del Tahuantinsuyo. La tesis central de su obra es que la resistencia incaica fue prolongada, teniendo como uno de sus personajes centrales a Manco Inca. De igual manera, también apunta que la historiografía clásica no tomaba en cuenta era el papel o rol cumplido por las etnias dominadas por los incas, como los *Chachapoyas, Huancas, Cañaris* o *Tallanes,* quienes pactaron alianzas con los conquistadores hispanos, siendo así los verdaderos artífices de la derrota de los incas. Rechaza la explicación tradicional de la caída del Tahuantinsuyo, donde los españoles, pese a ser inferiores en número, triunfaron por su superioridad técnica (uso del hierro, arcabuces, cañones) y la ventaja que le daban los caballos.

El historiador Edmundo Guillén, seguidor de esta historia crítica y reivindicativa, señala que:

> *En 1963, con su primer y valioso libro La guerra de los Viracochas, Juan José, impulsado por un afán innovador, rompió lanzas contra la versión hispanista de la conquista del Perú, versión no solamente contraria a nuestra integración nacional, sino además plagada de falsedades. Y con su otro libro auroral, Manco Inca, el Gran Rebelde, acabó con el mito de que la toma de Cajamarca terminó con el Tahuantinsuyo. Juan José demostró que ese crepúsculo sangriento marcó más bien el inicio de la*

[79] En ese sentido señala Juan José Vega: "muerto ya su señor el rey Inca… se iniciaron entonces las cruentas guerras de la Conquista del Antiguo Perú; prolongado proceso histórico de cien batallas hasta ayer ignoradas aun por nosotros los peruanos. **Gloriosa resistencia silenciada en la historia oficial**, que nos enorgullece con varios triunfos incaicos sobre las armas hispánicas". *La Guerra de los Viracochas* (1963), prólogo, énfasis añadido.

> *Gran Guerra de Resistencia Incaica y que recién 40 años después, en 1572, sucumbió esa terca y heroica lucha, más que por el poder de las armas europeas, por las contradicciones internas que derrumbaron el Estado autónomo* (Guillén, 2004).

El antropólogo Luis Millones, considera a Juan José Vega como uno de los principales divulgadores históricos de los años 60s, pero un difusor o divulgador de una historia alternativa y crítica:

> *… el impacto de La Guerra de los Viracochas, publicado en una época en que el estudio de la historia tenía todavía resabios aristocratizantes, no pudo ser superado por los trabajos posteriores. Otros autores, como Edmundo Guillén, pudieron tratar los mismos temas (la reacción indígena frente a la invasión española), pero la pluma fácil de Vega y su facilidad de palabra en sus múltiples presentaciones públicas, lo hicieron mucho más notorio… Además, su mirada al pasado siempre buscó héroes; el devenir no fue, para él, un proceso donde se cruzan las voluntades personales, con la dinámica de las multitudes o las dificultades o ventajas del medioambiente. Juan José, preocupado más bien por batallas y movimientos sociales, donde encajan perfectamente Manco Inca y Túpac Amaru, dos de sus personajes favoritos, encontraba en los líderes la razón de ser de la historia* (Huamantinco, 2013, pp. 22-23).

César Huamantinco en su tesis doctoral sobre la vida y obra del historiador Juan José Vega, considera que:

> *La guerra de los Viracochas*, *nos presenta a la España cristiana que irrumpe en los Andes a fuerza de hierro y sangre, imponiendo su economía, patrones sociales, religión, su dios, filosofía, costumbres, metas, psicología y su cultura. El discurso evangelizador de los conquistadores no pudo ocultar la esencia de rapiña y de extrema violencia de dicho proceso… El desenfrenado deseo del oro y la plata devino en locura genocida. Vega señala, entre otras cosas, las ejecuciones masivas en enormes hogueras o a cañonazos en las plazas, el tiro al blanco ensayado en los cuerpos de los vencidos y las hambrunas provocadas que terminaron con la vida de cien mil personas. Todo ello*

> *sucedía mientras las carabelas apenas podían mantenerse a flote con el peso de los tesoros llevados a ultramar* (Huamantinco, 2013, p. 113).

Finalmente, Huamantinco, en las conclusiones de su trabajo doctoral indica:

> *La obra pionera de Vega provocó profundas controversias y polémicas, pero también reflexiones sobre la verdadera historia de la conquista del Perú… sentó las bases del proceso de la construcción de una verdadera identidad nacional. Posición antagónica a la de otros historiadores prohispanos que ocultan o desdeñan la heroica resistencia del Tawantinsuyo* (Huamantinco, 2013, pp. 113-114).

El antropólogo Juan Carlos Vilcapoma, afirma que el profundo interés de Vega por el general quiteño Rumiñahui (gran estratega del inca Atahuallpa), "… inspiró su teoría, que la conquista no había culminado con la captura de Cajamarca, para decirnos que había que escribir la historia de los vencidos" (Vilcapoma, 2012). De esta manera, para Vilcapoma, el historiador Juan José Vega fue un "militante peruanista cuyo punto de vista no le fue perdonado". Refiriéndose a su obra en general, Vilcapoma apunta sobre Vega que:

> *La historiografía tradicional del 60 no le perdonó que admirara al indio Don Felipe Huamán Poma de Ayala, de quien dijo era el agudo cronista y gran dibujante. Tampoco que a sus 28 años lidiara con las tradicionales posiciones hispanistas de Porras, por demostrar que los últimos incas de Vilcabamba habían tenido dignidad, desde Manco Inca, el rebelde, hasta Túpac Amaru I, muerto en 1571… No le tuvo miedo a esta etapa sangrienta, de la lucha y resistencia anticolonial. Fue el que escribió más páginas sobre José Gabriel Túpac Amaru, de quien decía fue "un hombre sin miedo y sin tacha, admirado por Bolívar y San Martín", que por su arrojo contra el Imperio Español debía considerarse el peruano más importante en la historia universal* (Vilcapoma, 2012).

La obra de Juan José Vega se contrapone abiertamente a la llamada historiografía tradicional o conservadora de corte hispanista de la primera mitad del siglo XX. Su postura es reivindicativa frente al *legado indígena* o afirmativa frente a la *herencia andina*. Perteneciente a la generación de los 60s, su mirada es crítica y su actitud

militante frente a la necesidad de *repensar la historia peruana*. Como ya se mencionó busca resaltar a personajes combativos del pasado peruano, e inscribirlos en el imaginario colectivo, convirtiéndolos en símbolos nacionales: *Manco Inca, Rumiñahui, Cahuide, Túpac Amaru II*, etc. La obra de Vega es divulgativa, ante todo, y por ello tuvo notable influencia entre estudiantes y maestros especialmente entre los 70s y 80s, formando parte del imaginario o narrativa histórica crítica en el Perú; lo que el sociólogo Gonzalo Portocarrero denominó "la idea crítica". Especial recepción tuvieron sus libros sobre el periodo de la conquista, y la inmediata resistencia andina.

Próximo a la corriente indigenista o andinista, Juan José Vega reivindica la lucha de resistencia incaica, y denuncia la conquista sangrienta realizada por los españoles. La dominación hispana fue de la mano con la destrucción de ciudades y culturas. Según el historiador Antonio Zapata, Vega pertenece a la corriente que "… construyó la leyenda negativa de Pizarro. Fue presentado como aprovechado; astuto antes que inteligente, hipócrita y doble cara, engañó a Atahualpa. Esa versión se encuentra en un libro de Juan José Vega titulado *La Guerra de los Viracochas*. Ahí la clave de Pizarro se halla en la mentira y el camuflaje, al presentarse como divinidad" (Zapata, 2012).

La representación del conquistador Francisco Pizarro, no es central para Vega, pues su objetivo es destacar a la resistencia andina y las luchas consiguientes. Sin embargo, traza en su obra una visión sobre los conquistadores y su líder Pizarro. De esta manera Vega afirma que: "A la osada voluntad de aventura, sumaron siempre los castellanos la **treta y la trampa**… emplearon con éxito, una antiquísima máxima: dividir para vencer" (Vega, 1971, p. 8 énfasis añadido). Vega resalta el aprovechamiento de los españoles respecto a la existencia de diversas etnias sometidas en el Perú, cuyos líderes eran contrarios a los Incas: "Estos caudillos indígenas locales, con su ciega rebeldía anti-incaica, fueron instrumentos inconscientes de los cristianos en la lucha hispánica contra los centros imperiales aborígenes… numerosos curacas vieron en los españoles no a los conquistadores que en realidad eran, sino a libertadores, tal como se presentaban" (Vega, 1971, pp. 8-9). Vega al igual que Waldemar Espinoza, serán de los primeros historiadores, en señalar la importancia de las alianzas interétnicas con los españoles para explicar la derrota de los incas del Cusco o las fuerzas en Quito. La **astucia** de Francisco Pizarro, para leer el escenario será una de las claves para la conquista del Tahuantinsuyo.

Vega establece que la Conquista fue una guerra entre conquistadores. Los conquistadores hispanos llegados en 1532 y los conquistadores cusqueños, quienes habían derrotado y sometido a cerca de cien etnias desde 1470. Señala Juan José Vega:

> *No les fue difícil a los Pizarros y a los Almagros entenderse con los hijos y los nietos de los grandes caciques vencidos por los Incas. Por lo demás, a esos caciques los supuestos "Viracochas" les ofrecieron irse pronto, tras devolverles todos sus privilegios pre-incaicos… pudo más la astucia de los peninsulares, quienes eran protegidos por grandes masas de esos indios aliados. Las energías incaicas se gastaron en la lucha fratricida y contra otras tribus… Por todo esto, la Conquista no fue más que la suma total de las intervenciones de los españoles en las querellas dinásticas de los Incas y en las revueltas protagonizadas por las aristocracias regionales contra las metrópolis indígenas dominantes* (Vega, 1971, p. 11).

Para Vega, los curacas aliados a Pizarro, levantados contra el Cusco y Quito, no midieron la trascendencia de su actitud:

> *Como carecían de una conciencia nacional única, cada aristocracia actuó conforme a lo que creyó conveniente en aquel momento a fin – así lo creyeron – de recuperar no solamente su independencia sino también la parte de los privilegios que habían perdido al ser conquistados por los Reyes del Cuzco (parte de sus tierras, rebaños, palacios, tributos, mujeres y siervos)* (Vega, 1971, p. 12).

Por otro lado, apunta el historiador Juan José Vega:

> *La política, como se ha dicho, no era aún una ciencia muy avanzada entre aquellos nuestros pueblos de tótems y de magia. Pero sí, en cambio, gozaba de esplendor entre los peninsulares, quienes procedían de un mundo ya en plena mentalidad lógica… Poco, pues, podían hacer indios que aún creían en deidades Viracochas salidas de las aguas, contra* ***españoles venidos de la Europa Renacentista, cuyos ídolos eran el dinero y la inteligencia.*** *Era el enfrentamiento de la franca amoralidad política del Occidente del siglo XVI con un pueblo que aún se enorgullecía de antiguas y más sencillas formas de vida. "El fin justifica los medios", era*

> *un pensamiento que se practicaba con naturalidad en el viejo mundo* (Vega, 1971, p. 12 énfasis añadido)

Los españoles son representados como calculadores, codiciosos, inmorales y oportunistas en la obra del historiador pro-indigenista. Contrapone a ambos pueblos y establece lo siguiente:

> *Aventureros salidos de estos pueblos europeos fueron los que chocaron contra la sencillez de las colectividades primitivas. No solo se enfrentaron, pues, el hierro contra la piedra y el arcabuz a la valentía elemental. Los dos mil quinientos años de evolución histórica que separaban al Tahuantinsuyu de España se reflejaron, por cierto, en ausencia de rueda y alfabeto, de pólvora y acero, de corceles y navíos entre nuestros indios. Pero también plasmó tan dilatado lapso de diferenciación cultural en una conciencia política de menor desarrollo. En una* ***mentalidad más llana, menos capaz del complicado juego de intriga y ardid.*** *Recursos que tanto cuentan en toda invasión* (Vega, 1971, p. 13 énfasis añadido).

Sin embargo, la obra de Vega demuestra la capacidad de aliarse, pactar o conspirar por parte de las etnias y curacas contrarios a los incas (especialmente los Huancas y Tallanes)[80], o la capacidad de los grupos huascaristas del Cusco para derrotar a los grupos aún fieles a Atahualpa; por no mencionar la habilidad política de Atahualpa para hacerse del poder, apoyándose en la nobleza quiteña, antes de la llegada de los hispanos a estas tierras.

La narrativa histórica nacionalista de Vega, es evidente y caracterizará a toda su obra. Como señala en el prólogo de su libro *La guerra de los Viracochas* (1971):

[80] Sobre la gran diversidad étnica del Perú pre-hispánico, indica Juan José Vega: "Los estudios históricos no ayudan en el Perú a ver las cosas con claridad, ni siquiera los que se efectúan en las universidades. Sobre todo porque estamos acostumbrados a pensar en términos de "indios" y no de huancas, cañaris, chimúes, tallanes, chinchas, aimaras, huailas y decenas de naciones más; quizá cien. Y esto confunde terriblemente los conceptos, porque "indio" no solo es término extranjero y equívoco, sino también errado por igualar lo disparejo: es –vaya una comparación – como llamar blancos a todos los europeos, sin apreciar sus gigantescas diferencias y rivalidades". *La Guerra de los Viracochas*, 1971, pág. 10

> *... rendimos honores a los guerreros indígenas, especialmente cuzqueños, que cayeron heroicamente en defensa de su patria. A los que supieron morir en los mil combates que jalonan la historia de la Conquista del Perú. Titanes de la talla de Cahuide, negados hasta ahora en las historias oficiales. Héroes que hoy el pueblo peruano empieza a recuperar de un injusto olvido* (Vega, 1971, p. 13).

La representación del conquistador Francisco Pizarro oscila entre la censura o adjetivo descalificador, y el reconocimiento de sus habilidades (astucia, perseverancia, criterio), sobre todo políticas en el proceso de conquista del imperio incaico. En su conocido libro *La Guerra de los Viracochas*, escribe Juan José Vega:

> *… la* ***crueldad mostrada por Pizarro*** *en El Gallo y otros sitios hacía difícil su gestión. Una copla lo había descrito como "carnicero" y eso ningún favor le hacía.* (1971, p. 15); *los conquistadores* ***alentados indemayablemente por Francisco Pizarro****, llegaron frente a Puná, gran isla situada frente al Guayas* (1971, p. 16); ***Francisco Pizarro restablece la armonía hablando de las riquezas*** *que aguardan más allá…* (1971, p. 24); ***Francisco Pizarro se revelaba como un extraordinario político*** *frente a la delicada situación que iba afrontar a cada paso. No pudo ser más hábil su táctica para acentuar la división del Tahuantinsuyo* (1971, p. 29); ***Francisco Pizarro - astuto como siempre*** *– los recibió con gran cortesanía, ofreciéndoles justicia. Desde entonces serán los cañaris los más eficaces colaboradores de los castellanos. Destacaron siempre por su bravura ante las huestes incaicas* (1971, p. 30); ***Pizarro con acertado criterio****, no quería mostrar la capacidad de sus hombres ni la de sus armas* (1971, p. 33); ***Francisco Pizarro, actuando con la doblez que lo caracterizó durante toda la conquista del Perú****, niega a Maica Huillca que se estuviese apoyando a Huáscar Inca* (1971, p. 38); *Francisco Pizarro sonrió para sus adentros. No podía ser mejor suerte. El destino lo favorecía sembrando cada vez más cizaña entre la raza a conquistar* (1971, p. 39); *Francisco Pizarro trató siempre de ocultar la real potencialidad de las armas occidentales y la moral de la mayor parte de sus hombres; que como propia de aventureros experimentados era muy alta para peligros y emergencias* (1971, p. 47); ***El roñoso Francisco***

> ***Pizarro*** *criticó el alto precio pactado por su socio y metió cobre por oro* (Vega, 1971, p. 97 énfasis añadido).

La astucia o malicia en el obrar de Pizarro, su ambición por las riquezas y alguna alusión a su crueldad, se presentan en la caracterización que dibuja Juan José vega sobre el conquistador extremeño. Por otro lado, lo presenta también como hábil y calculador, como un hombre de gran capacidad política y perseverancia. Podría decirse que si bien, Vega descalifica a los conquistadores hispanos en general, matiza su apreciación sobre Pizarro, reconociéndole algunos méritos. Sin embargo, su proyecto es reivindicar a figuras como Manco Inca y su heroica resistencia, por lo que lo contrapone a Pizarro, que aparecerá siempre como usurpador y villano en última instancia. Finalmente, Pizarro, antes que inteligente aparece como astuto en la obra de Vega.

El historiador Juan José Vega desarrolla en la segunda parte de su libro, "La epopeya de Manco Inca", quien libra una "verdadera Guerra de Reconquista contra el invasor español", la cual estuvo además "lejos de ser una breve rebelión, rápidamente sofocada como la presenta el hispanismo colonialista peruano" (Vega, 1971, p. 100). Tras el recibimiento y apoyo entusiasta de Manco Inca y los nobles a Pizarro y sus hombres en Cusco, por liberarlos de Atahualpa y sus generales; pronto el joven inca y los orejones imperiales quedaron desengañados de los *Viracochas*. "El trato amistoso hacia los nobles incaicos desapareció. Fue reemplazado con **violaciones, saqueos, robos, torturas, humillaciones y asesinatos. Del respeto falaz se pasó al vejamen y del cinismo a la burla"** (Vega, 1971, p. 102 énfasis añadido). Aunque no hay mención directa a Pizarro, resulta obvio que él encabeza o consiente las atrocidades descritas por Vega, la narrativa de denuncia es clara y fuerte[81].

Juan José Vega describe el carácter cruel del líder los conquistadores en su lucha contra las fuerzas de Manco Inca:

[81] Respecto a las fuentes utilizadas en su obra *La guerra de los Viracochas* (1963), Juan José Vega, describe que estas principalmente: "los cronistas soldados, con Pedro Pizarro, Ruiz de Arce o Diego de Trujillo y sobre todo Cieza de León –el excelso Cieza-, los que más inciden en la heroica resistencia incaica y aquellos anónimos combatientes españoles autores de las Relaciones del Sitio del Cuzco. **De sus obras brota la epopeya de los vencidos.** Esta surge también de Antonio de Herrera y de Bernabé Cobo. Y en forma inigualable en la relación que dictara Titu Cusi Yupanqui, ya en el ocaso de Vilcabamba. Ahí, en esa obra, está la gesta de su padre, Manco Inca, al cual acompañó, siendo aún niño, en sus gloriosas campañas". *La Guerra de los Viracochas*, 1971, pág. 168 (énfasis añadido)

> *Francisco Pizarro no vacila en medios para amedrentar a los atacantes.* ***Torturas y mutilaciones son cosa de todos los días. Para imponer terror en el enemigo opta por una medida sumamente cruel.*** *Dio muerte con pena de garrote a una joven hermana de Manco Inca, Azarpay. Parece que estuvo complicada en el plan de fuga de la princesita Inés Huailas Ñusta, cuyos cortos años y esclarecido linaje rechazaban las caricias de su amante, no era otro que el viejo Gobernador Francisco Pizarro* (Vega, 1971, p. 127 énfasis añadido).

Más adelante, Vega describe la captura de los jefes cusqueños y la esposa principal de Manco Inca, la coya Cura Ocllo. Señala Juan José Vega:

> *… al encontrarse Gonzalo Pizarro en Ollantaytambo con su hermano el Marques y Gobernador del Perú, Francisco Pizarro, decidieron matar a la Coya para escarmiento de los rebeldes. El crimen se ejecutó con pasmosa sangre fría. Es el propio sobrino y paje de Francisco Pizarro, el soldado cronista Pedro Pizarro quien cuenta que "mandó el Marqués matar esta mujer de Manco Inca". Titu Cusi Yupanqui, el cronista hijo de Manco Inca, narra que todo lo que dijo la reina con señorío imperial fue "¿en una mujer vengáis vuestros enojos? Daos prisa en acabarme, porque se cumpla vuestro apetito en todo". Para humillar más a la dinastía incaica, se encargó a los indios cañaris el cumplimiento de la orden de Francisco Pizarro. Cedemos la palabra nuevamente a Pedro Pizarro: "atándola a un palo unos cañaris la varearon y flecharon hasta que murió. Decían los españoles que allí pelearon que nunca esta india habló palabra ni se quejó y así murió de varazos y flechazos que le dieron. Cosa de admiración que una mujer no se quejase, ni hablase, ni hiciese ningún mudamiento con el dolor de las heridas y de la muerte* (Vega, 1971, p. 158).

Resultan interesantes estos fragmentos del texto de Vega, pues es donde se exhibe la imagen más terrible de Francisco Pizarro. Primero como cruel y sanguinario, hombre de sangre fría. Segundo, su carácter vengativo y ánimo de humillar a sus enemigos, y finalmente su cobardía al descargar su furia con mujeres como Azarpay y Cura Ocllo. La narrativa que propone Vega, en ese sentido, se contrapone a la narrativa de los

historiadores hispanista peruanos, quienes aluden a la crueldad de Pizarro y los conquistadores, pero de manera general y nunca con niveles de detalle. Vega reactualiza el relato sobre los horrores de la conquista en el Perú.

Vega alude también a las prácticas poligámicas de los conquistadores españoles, censurando la hipocresía de los cristianos, quienes defendían la monogamia y acusaban de polígamo a Atahualpa, así como a otros nobles. Señala Juan José Vega:

> *Los conquistadores aparentaron asombrarse ante la vasta poligamia señorial existente en el Tahuantinsuyo, pero lo cierto es que se repartieron a más y mejor a las mujeres indias. Fue envidia con aureola de santidad. Fingida hipocresía rodeo siempre las críticas lanzadas a los serallos indígenas… Los cristianos tomaron con ávida lujuria lo que se les ofrecía. Amor puramente físico; lujo fácil en el cual germinaba ya una nueva nación… Un fecundo mestizaje crecía sin cesar al conjuro de la fuerza y de la ley del vencedor* (Vega, 1971, pp. 59-60).

Juan José Vega, reconoce así el inicio de un proceso de mestizaje, y la emergencia de una futura nación, pero señalando el origen violento o las condiciones impuestas por el bando vencedor.

La muerte de Francisco Pizarro es descrita por Juan José Vega del siguiente modo: "… Francisco Pizarro cayó peleando ante quienes tanto había humillado. Ni besó ninguna cruz, ni dijo Jesús al morir. Todo eso es patraña hispanista… Pizarro tendido en el suelo pedía confesión; su paje le contestó "al infierno habréis de ir a confesaros" (Vega, 1971, p. 162). Vega rechaza las versiones heroizantes de la muerte de Pizarro propias del hispanismo historiográfico, y finalmente alude a las culpas del conquistador español. El relato de la muerte de Manco Inca, y sobre todo su significado histórico, se contrapone totalmente a la versión sobre Francisco Pizarro:

> *Las cenizas del gran rebelde, que yacen en algún lugar olvidado de la cordillera, aguardan aún que las jóvenes generaciones, superando las tremendas ingratitudes del pasado, concedan a los héroes incaicos el sitial que merecen en los altares de la Patria. Sólo se formará conciencia nacional en el Perú cuando reconozcamos plenamente la* ***epopeya legada por la raza gloriosa de los Incas****. Aquel joven rey será entonces orgullo*

nuestro y de todos los pueblos que luchan por su liberación. Y sólo entonces la resistencia heroica quechua tendrá el lugar que hasta ahora se le ha negado en la historia (Vega, 1971, p. 165 énfasis añadido).

Vega presenta a Manco Inca como un posible símbolo de la nacionalidad y la lucha por la libertad. Se reivindica a la "raza gloriosa de los incas", la que se opone de alguna manera a lo occidental encarnado en Pizarro y los españoles.

En sus reflexiones finales del libro *La Guerra de los Viracochas* (1963), escribe Juan José Vega:

El heroísmo consiste más en saber morir que en saber matar. Aunque no quiera o no pueda matar, el valiente muere con dignidad. Cae con altivez. Así pasa en la guerra. El triunfo poco indica. Lo que cuenta es la sangre vertida en la lucha. Es también hueste valerosa la que pierde ante un enemigo abrumadoramente superior en técnica o en número. Las derrotas son honrosas cuando van precedidas de arrojo y firmeza ***por más que el olvido tienda a cubrir con el tiempo a los vencidos a causa de una fatal tendencia a exaltar con exceso a los vencedores****... Cuanto se ha dicho es aplicable a los ejércitos incaicos durante la Conquista Castellana. Sus hombres supieron morir. Lucharon en cien combates contra España, mientras se derrumbaba el Incario, presa de rebeliones y guerras intestinas. Lidiaron contra el caos y la invasión. Perdieron con gloria. Pero casi todos los nombres de esos héroes yacen en el más absoluto olvido. Fueron hombres a los cuales no amilanaron las brechas que en sus filas abría la mágica pólvora, hija del rayo. Hombres que resistían a pie firma las impetuosas arremetidas de los misteriosos centauros fogueados en Europa y América.* ***Hombres que continuaban combatiendo pese a las feroces carnicerías****...* (Vega, 1963, p. 169 énfasis añadido).

Vega enfatiza el heroísmo de la resistencia incaica, y el profundo desconocimiento sobre estos hechos por los peruanos, principalmente por cierta "marginación" de algunos capítulos de nuestra historia, reclama un orgullo que debiera cultivarse:

Los antiguos peruanos, pues, supieron morir. En incontables combates y batallas cayeron quizás hasta por cientos de miles... Y el marcado

> *desequilibrio en la evolución cultural entre España y el Tahuantinsuyu no es sino uno de los muchos factores que operaron en aquel momento en que* ***empezó a forjarse un nuevo Perú.*** *Imposible es resumir en unas líneas el panorama de la Conquista Española. Existen tantos y tantos capítulos marginados hasta este momento en nuestra historia que casi todos los peruanos –incluyendo a los más cultos– se sorprenden cuando leen que la Conquista costó cerca de cien batallas y que quince de ellas fueron ganadas por los soldados del Tahuantinsuyu* (Vega, 1971, p. 168 énfasis añadido).

El trabajo de Vega busca destacar la participación de las etnias rivales a los incas, y cuestionar el rol central atribuido tradicionalmente a Francisco Pizarro y sus huestes en la caída del Tahuantinsuyo. Refiere Juan José Vega:

> *... escasas veces se ha tenido en consideración que la conquista, en gran parte, fue obra de los propios antiguos peruanos; pues numerosas confederaciones indígenas (escasamente cuzqueñizadas al llegar los españoles), se aliaron al conquistador de ultramar; es el caso de los cañaris, huancas, chachapoyas, yauyos, chinchas y yungas en general. No se ha visto todavía el papel desempeñado por los siervos yanacunas, quienes, rebelados contra el poder imperial cuzqueño, se convirtieron en eficaces auxiliares de los europeos. O que todos los bandidos y delincuentes indígenas fueron, igualmente, aceptados por los españoles en su lucha contra el régimen incaico* (Vega, 1971, p. 168).

En la edición de la "Guerra de los Viracochas" de 1969, aparece el siguiente fragmento obviado en ediciones posteriores:

> *La Conquista Española, con toda su barbarie, fue un acontecimiento fundamental para nuestra evolución. Marcó un hito. A partir de entonces el Perú se fue asimilando a Occidente, aunque a un precio carísimo de muerte y miseria. Creemos con rotundidad que esa síntesis de lo incaico y lo ibérico es un hecho real y que, además se dio desde un primer momento en*

nuestro suelo. Los españoles se indianizaron y los indios se españolaron (Vega, 1969, p. 98).

Resulta un misterio porque desaparece este fragmento del libro en las ediciones posteriores, pero resulta interesante cómo el discurso del mestizaje se presenta acá. Vega reconoce la "doble herencia" (andina y europea), y que esta síntesis, aunque surgida de un proceso violento, define a la actual nación peruana. Vega, aunque reivindicador de los indígenas y crítico de las visiones hispanistas, asume en última instancia el discurso del mestizaje. El discurso histórico anti-hispánico no es constante, y alterna con posturas de este tipo en algunas de sus declaraciones. Vega, al igual que el escritor y antropólogo José María Arguedas, de quien era amigo, es indigenista, pero reconoce que lo indio no está aislado de la cultura occidental, y esta mezcla constituye a la cultura peruana[82].

La labor magisterial de Juan José Vega ha sido notoria, por ejemplo, en la *Universidad Nacional de Educación Enriquez Guzmán y Valle "La Cantuta"*, espacio destinado a la formación exclusiva de profesores. Vega quien participó entusiastamente de cientos de eventos organizados por estudiantes y maestros, difundió sus ideas directamente a través de aulas y auditorios, casi siempre llenos. Un elemento central fue su cuestionamiento a lo que denominó siempre, la "historia oficial". Esta historia "teñida de racismo" y propensa a deformar las etapas históricas más críticas del país, se caracterizó por lo siguiente, según Juan José Vega:

- La ausencia de elementos populares (pueblos y líderes). Fundamentalmente se elimina a los sectores indígenas y mestizos.
- Silencio en torno a las motivaciones económicas de individuos y grupos vinculados al poder.

[82] "Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua"; "No, no hay país más diverso, más múltiple en variedad terrena y humana; todos los grados de calor y color, de amor y odio, de urdimbres y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores. No por gusto, como diría la gente llamada común, se formaron aquí Pachacámac y Pachacútec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la agricultura a 4.000 metros…". Palabras de José María Arguedas en el acto de entrega del premio "Inca Garcilaso de la Vega". Lima, octubre de 1968. http://blog.pucp.edu.pe/blog/identidadperuana/2009/10/30/centenario-de-arguedas-yo-no-soy-un-aculturado/

- La marginación de las luchas sociales. Especialmente el silencio sobre las sublevaciones.
- Postergación de las regiones, punto de que "se ha llegado a confundir la historia del Perú con la de Lima".
- El énfasis en lo unitario. Se mira los factores que nos unen y no los que nos separan.
- Ocultamiento de las tradiciones de los pueblos.
- Sacralización de ciertos personajes. (Vega, 1993, pp. 127-128)

Vega considera que se ha cancelado la épica india posterior a 1532, se olvida intencionalmente a figuras descollantes como Túpac Amaru o se omite la destacada participación de grupos como las montoneras indígenas en guerras como la del Pacífico con Chile. La historia oficial ha relegado incluso victorias notables en batallas como Sangarará (Túpac Amaru) o Tarapacá (Cáceres). La conquista, por ejemplo, es en realidad una "guerra de indios contra indios", y el intentar conceder a los "próceres incaicos" el sitial que merecen, es visto con desgano por unos, odiosidad por otros, e incluso algunos acusan de intentar dislocar lo peruano (Vega, 1993, p. 138).

Las posturas de Vega, coinciden con la de notables indigenistas como Luis E. Valcárcel, quien afirmaba que "La historia del Perú ha sido estudiada hasta hoy de afuera hacia adentro, con criterio occidental, desde puntos de vista extraños a toda peruanidad" (Valcárcel, 2013, p. 279 tomo I)[83].

El relato histórico construido por Juan José Vega, busca en última instancia reemplazar la épica criolla prohispánica, por una épica andina o indígena. Los conquistadores españoles, son símbolos de destrucción y dominación, que se contraponen al heroísmo de la resistencia de los Incas de Vilcabamba, por ejemplo. Vega propone una "historia de los vencidos", la cual corresponde a una corriente más amplia de historia crítica o de denuncia, y vinculado a un nacionalismo cobrizo. La reafirmación de la identidad andina es central en su obra; y en tiempo recientes el *movimiento etnocacerista*, promotor del nacionalismo cobrizo, a través de sus publicaciones *Ollanta* y *Antauro*, en muchas ocasiones recurrían a la reproducción de

[83] "El Perú, bajo el dominio de los reyes de España, no fue una colonia, sino el inkario sin el Inka aprisionado bajo férrea malla de un Estado de factura europea… Ni colonia ni coloniaje. Suprimamos las palabras por lo que tienen de inexactas y depresivas, llamemos: "Época de la Usurpación Española", o si preferimos los eufemismos: "Época del Virreinato Español". Luis E. Valcárcel, *Del indigenismo cusqueño a la antropología peruana*, 2013, pág. 281

los escritos de Juan José Vega, como ejemplo de una historia alternativa, nacionalista y proindigenista.

1.2.5 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Edmundo Guillén.

Edmundo Guillén (1921-2005), fue un historiador nacido en Ayacucho, convirtiéndose en un destacado docente y divulgador de la historia y cultura andina. Buscó elaborar una *historia de los vencidos* y una versión indigenista de la historia del Perú. Se considera que "su obra es fundamental para comprender la transición entre la historiografía andina antigua y moderna" (Pacheco, 2005). Entre sus publicaciones se encuentran: *Versión inca de la conquista* (1974), *Visión peruana de la conquista* (1979), *La conquista de los incas* (1980), *La guerra de reconquista inka. Vilcabamba: epílogo trágico del Tawantinsuyo* (1536-1572) (1994), *Ensayos de Historia Andina I. Los Incas y el inicio de la Guerra de Reconquista* (2006) y *Ensayos de Historia Andina II. Los incas y el trágico final del Tahuantinsuyo* (2006)[84].

Edmundo Guillén fue además promotor de la creación de la Academia Andina de la Historia, como una alternativa a la antigua y conservadora Academia Nacional de la Historia. Junto con el historiador Juan José Vega impulsó una visión diferente de la Historia del Perú, contestaria y renovadora, radicalmente opuesta a la visión o *versión oficial*. A lo largo de su interesante y prolífica obra, se propuso *la monumental tarea de exaltar la grandeza del Estado Imperial Incaico y la Guerra de Reconquista Inka* (Amat Olazábal, 2005a).

> *... tuvo profunda influencia sobre la historia de la férrea resistencia del mundo andino enarbolada por Manco Inca frente a la invasión española. A lo largo de su existencia introdujo una corriente constante de nuevas ideas, descubrió nuevos enfoques de las cosas, preconizó el rescate de la ideología de los Incas, y combatió todas aquellas ideas predominantes que consideró falsas y engañosas...* ***combatió con energía y perseverancia toda falacia instalada, endilgada y difundida por la historia oficial prohispanista e hispanizante…*** *Consideramos que* ***sólo dos historiadores***

[84] Los *Ensayos de Historia Andina I y II* (2005), son una recopilación de todos sus trabajos y libros sobre la historia incaica, la conquista española y la resistencia andina. Esta sección de la tesis se basará principalmente en el análisis de estos dos tomos, los cuales reúnen la obra del historiador Edmundo Guillén Guillén.

> ***peruanos dedicaron todos sus esfuerzos para mostrarnos, en su real dimensión, el sangriento choque de «Incas contra españoles»: Edmundo Guillén y Juan José Vega.*** *Sólo ellos han sabido sumar en sus escritos tal pluralidad relativa de experiencias... Edmundo Guillén, el historiador, el maestro, el ensayista ha escrito una vasta obra, excepcional, fulgente, llena de matices, imperecedera, donde destacan en vívidas imágenes los encuentros, las confrontaciones, las simbiosis, las unidades rescatadas y la diversidad de acontecimientos, pues constituyen una reconstrucción lúcida de sucesos de nuestro pasado que conciernen a nuestra nacionalidad y a nuestro propio ser* (Amat Olazábal, 2005a, pp. 563-566 énfasis añadido)[85].

El historiador Edmundo Guillén ha resumido su visión de la historia peruana del siguiente modo: "… nos declaramos orgullosos de la portentosa civilización forjada por nuestros ancestros nativos, por la raza andina antes de que fuese mezclada con otras creando el mestizaje racial que hemos heredado y que asumimos como un hecho objetivo. **Racialmente somos mestizos, pero mentalmente somos andinos"** (Guillén, sin fecha, énfasis añadido).

Para Guillén hasta antes de la *trágica intromisión de Occidente en los Andes*, hubo en este último, un notable desarrollo, progreso y bienestar entre las grandes mayorías, con verdadero criterio ecológico, y una filosofía auténtica del bien común.

Edmundo Guillén tiene como un eje central en su obra, el resaltar el notable desarrollo de la civilización en el territorio peruano antes del arribo de los europeos en el siglo XVI:

> *Ideológicamente, recogemos todo el legado cultural de los constructores de la civilización, desde los hombres de Lauricocha, Paiján, Pacaicasa,*

[85] Agrega el arqueólogo e historiador Hernán Amat Olazábal: "A lo largo de su extraordinaria obra, ha realizado la monumental tarea de exaltar la grandeza del Estado Imperial Incaico, la Guerra de Reconquista Inka y alentar lo vivo de una historia verídica que ha precedido casi con rupturas, negaciones y constantes reinicios; también ha relacionado la vivo de nuestras tajantes divisiones históricas: mundo andino, invasión española-conquista, resistencia, colonia, independencia, anarquía republicana, reforma liberal, intervenciones y mutilaciones, dictaduras, etc., hasta configurar una identidad. Por todo ello, la obra de Edmundo Guillén es crítica; su tiempo y su espacio, lejos de pretender a la falsa perfección de lo cerrado representan una apertura permanente que hace presentes las memorias y aspiraciones de los valerosos Incas del Cuzco imperial y de Vilcabamba subliminal". Hernán Amat Olazábal, *En memoria de Edmundo Guillén Guillén* (1921-2005)", Revista de Investigaciones sociales, vol. 10, nº. 16, 2006, pág. 565

> *Toquepala y Ayampitín, hasta la de los Inkas, pasando por las admirables realizaciones de las gentes de Tumshukayco, Kotosh, Wayrajirca, Chavín, Paracas, Tiahuanaco, Moche, Nazca, Huarpa, Wari, Chimú, Huanca, Chanca, Chacha, Cajamarca, en fin, pueblos que en un desarrollo autónomo de trece milenios edificaron la grandeza material y espiritual que debiera ser cimiento fundamental de nuestra identidad nacional* (Guillén, sin fecha)[86].

Guillén sostiene que el año **1532 marca el crepúsculo de la historia andina**, con la caída de Atahuallpa en Cajamarca, pero sobre todo con la ejecución de Túpac Amaru I, el *último Inka del reducto patriota de Vilcabamba*, por orden del virrey Toledo. Con ello "**se partió en dos nuestra historia, marcándose el ocaso del desarrollo autónomo de milenios y el inicio del dominio colonial y "republicano".** Empezaría así una época de caos para los pueblos andinos, y el inicio de una dependencia que trastocaría el desarrollo económico peruano. Para las grandes mayorías "**advino el hambre, la corrupción, el genocidio, el aplastamiento con criterio racista"** en uno de los cinco grandes focos irradiadores de la civilización a nivel mundial. Desde entonces el pueblo andino seria regido por una ***albocracia***. A pesar de todo, dice Guillén: "pocos pueblos como el andino pueden mostrar una tradición de luchas heroicas, sangrientas, no pocas veces llevadas hasta el **holocausto"** (Guillén, sin fecha).

La obra historiográfica de Guillén se propone refutar los mitos, falsedades y medias verdades oficializadas por la historia criolla peruana, que atentaría contra la identidad nacional. Busca reconstruir la historia de los vencidos, obviada de los textos oficiales por corresponder a la versión indígena de la historia peruana (Ramírez, 2015).

> *El régimen colonial y la republica criolla, que convirtieron a nuestro país en dependiente y sujeto a la imposición de ideologías ajenas, silenciaron la heroica gesta de la resistencia incaica y oficializaron una historia del Perú que – a decir de Edmundo Guillén- parece más bien un capítulo de la historia de España, cargado de loas a los invasores que en el siglo XVI*

[86] *Grandeza, tragedia y destino del Perú andino*. "La república criolla agoniza y ha llegado el tiempo de instaurar la república andina". Una entrevista al historiador nacional Edmundo Guillén Guillén. http://miguel.guzman.free.fr/Runapacha/guillenentrevista.pdf

> *destruyeron a sangre y fuego una de las más portentosas civilizaciones de la humanidad* (Ramírez, 2015).

Una idea central en la obra de Edmundo Guillén, será la de que el imperio inca no cae derrumbado por la acción de puñado de españoles en la toma de Cajamarca en 1532, sino que los pueblos incaicos resistieron y lucharon heroicamente contra los invasores hispanos, en una gesta que se prolonga alrededor de cuarenta años, desde Manco Inca hasta Túpac Amaru I. Para Guillén pocos pueblos del mundo podrían jactarse de haber derramado tanta sangre en su heroica, sacrificada y noble lucha para mantener o recuperar su libertad y autonomía.

Por otro lado, según el investigador sanmarquino Hernán Amat Olazábal:

> *Pocas veces en la historia del Perú se ha dado el caso de una obra como la de Edmundo Guillén, que ha cambiado no sólo la forma de enfocar la problemática incaica y el choque de dos civilizaciones, sino el modo de interrogar al pasado desde la óptica netamente andina, marcando clara distancia con la historia oficial que ha seguido, obstinada y profusamente, la versión occidental o hispanista, llena de inexactitudes y tergiversaciones históricas… desde sus años de estudiante universitario, asumió una actitud crítica ante el enfoque histórico hispanista que desde entonces calificó de anacrónico por estar reñido con la verdad… su amor por la cultura andina es algo más que una inclinación intelectual. Él ve en los incas y sus hazañas un modelo del que se siente partícipe* (Amat, 2005b)

La obra del historiador Edmundo Guillén según Amat Olazábal, se caracteriza tanto por su honestidad intelectual, su rechazo a las versiones tradicionales y su exposición ponderada de los hechos. El trabajo de Guillen busca desenmascarar a la "otra historia", aquella *falseada, artificiosa, distorsionada, anquilosada y preñada de medias verdades*, las cuales buscaron cautivar o maravillar a los lectores incautos. Obras que solo pretendieron destacar las "hazañas" o "glorias" de los españoles en el Perú, omitiendo lo indígena o caracterizándolos como portadores del "primitivismo",

"retraso cultural o "subdesarrollo mental", olvidando o silenciado las gestas épicas de los indígenas o el mérito de haber preservado una cultura propia en medio de tantas de vicisitudes (Amat, 2005b, pp. 20-21).

> *Ningún historiador peruano ha podido escribir una historia veraz acerca de la invasión española del Tawantinsuyo y la dilatada y gloriosa guerra de reconquista emprendida por Manko Inka, rectificando lo consignado en la obra de Prescott, publicada en 1847, y en el estudio de John Hemming, publicado en 1970 y reeditada en español en el 2004, asumiendo las contribuciones históricas de Juan José Vega y Nathan Wachtel* (Amat, 2005b, pp. 20-21).

Edmundo Guillén reafirma la idea de que somos herederos de una de las más grandes civilizaciones que forjó la humanidad, cuya portentosa tecnología permitió erradicar el hambre en el mundo andino. Nuestra identidad nacional se relaciona a esto, es la *piedra de toque de nuestra historia*, y no la versión hispanista de nuestra historia, que circula en los textos de divulgación, y que merecen la más severa crítica, pues son publicaciones tendenciosas hechas al gusto de una elite o minoría privilegiada que se siente heredera de los conquistadores hispanos (Amat, 2005b, p. 21). Escribe Hernán Amat:

> *Las obras de carácter hispanista datan de finales del siglo XIX y sobre todo se publicaron a lo largo del siglo XX, casi sin respuesta hasta la aparición de la versión andina en la que los trabajos de Edmundo Guillén tienen un rol trascendental. Pese a todo, la "otra historia", como una respuesta a la corriente impulsada por Juan José Vega y Edmundo Guillén, resucita hoy con masivas ediciones obnubilando mentes, sobre todo las de los niños y jóvenes, en los albores del siglo XXI* (Amat, 2005b, pp. 21-22).

La obra de Edmundo Guillén forma parte de una corriente crítica y revisionista de la historia peruana, reivindicadora del indigenismo o andinismo. Desde la historiografía

sus contribuciones son destacadas al construir una visión alternativa de la historia de la conquista en el Perú, una visión que recoge el discurso de denuncia existente, pero que fortalece a través de una labor documental e investigativa notable. El discurso crítico de la historia peruana, tendrá en autores como Juan José Vega, Edmundo Guillén, Pablo Macera y Virgilio Roel Pineda, como los representantes más destacados en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, a pesar de su necesaria y legítima labor antagónica frente a la historiografía tradicional, la historiografía de Guillén también es nacionalista, pues opone un nacionalismo andino al nacionalismo criollo. En ese sentido asume el riesgo de interpretar los hechos históricos, en el marco de una visión nacionalista a veces extrema, en su deseo de reivindicar a la *nación indígena, andina o cobriza*.

Sobre la metodología de investigación y trabajo de Edmundo Guillén, ha referido el arqueólogo e historiador Hernán Amat Olazábal:

> *Desde sus primeros trabajos, el entendió que la interpretación histórica es una tarea seria, rigurosa y responsable, no aquel fantasear que a título de "historia del descubrimiento y conquista del Perú", nos habla del "espíritu" de una época, de su "perfil cultural", de la vocación histórica de sus hombres" y otras quimeras parecidas. Tampoco se tomó el compromiso de interpretar como un subterfugio para rehuir la investigación del acontecimiento concreto y tejer ingeniosas conjeturas disfrazadas de "ciencia histórica" o de "ciencia social". La historia interpretativa elaborada por Edmundo Guillén alcanza el rango señero de labor histórica cuando busca y consigue señalar los grandes hechos determinantes del proceso histórico-social, con señalamiento puntual de sus causas y consecuencias. No se detiene en los hechos más ruidosos ni en las "efemérides", sino que explora en la base de la estructura de la sociedad, sus contradicciones y la mentalidad colectiva, logrando así determinar sus características más relevantes… la insistencia del autor por apegarse firmemente al dato histórico verdadero, tamizado finamente por su agudo sentido crítico. El método que aplica es ante todo empírico, vale decir, que da preferencia a las observaciones razonadas antes que a las abstracciones puras. En sus análisis de los hechos sobre los incas y la*

> *guerra de reconquista, sigue disciplinadamente la secuencia de una demostración precisa: planteamiento de los datos, desarrollo y demostración, conclusión y recapitulación. Los datos extraídos de las crónicas y de los documentos inéditos adquieren entonces una enorme importancia, ya que sobre ellos edifica su planteamiento (teoría) general de la historia andina. Edmundo Guillén difícilmente se deja llevar por la especulación, propia del filósofo… Atento a las innovaciones historiográficas de mediados del siglo XX, en el contenido (de sus libros) se advierte visiblemente una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa, en la que se combina con destreza un conjunto de datos, conceptos teóricos para explicar esos datos, y una estructura narrativa vigorosa para mostrarlos como la representación coherente de conjuntos de acontecimientos que ocurrieron en tiempos de los Incas y la invasión española. Tiene además un contenido estructural profundo, fidedigno y nacionalista, que indudablemente sirve de paradigma de lo que debe ser una real interpretación histórica. Este paradigma funciona, según Hayden White, como elemento sustancial en todas las obras históricas de alcance mayor* (Amat, 2005b, pp. 22-25).

La historiografía de Edmundo Guillén destaca por el profundo conocimiento de la cultura andina, enfatizando sus virtudes morales, logros tecnológicos y capacidades diversas. Los incas representan para Guillén la máxima expresión de la civilización en los andes: "el Imperio de los incas, viene a ser el epílogo de una historia milenaria, el crisol de las culturas remotas y como un gigantesco ayllu vinculado al pasado pre-histórico por el origen de sus instituciones de trabajo y su organización" (Guillén 2005a, p. 114). Recurriendo a distintas crónicas y los *Comentarios Reales* de Garcilaso, el historiador destaca como entre los incas el trabajo fue de carácter universal y obligatorio, y como se establecieron disposiciones para evitar la holganza y reprimir severamente la ociosidad. Citando al estudioso francés Baudin, autor del libro "El imperio socialista de los incas" (1961), se considera que los incas tuvieron como única ley fundamental el trabajo obligatorio para todas las clases sociales, sin excepción de sexos y condición física (Guillén 2005a, p. 116).

La guerra fratricida entre Huáscar y Atahualpa, pero sobre todo la invasión española, que significó el colapso del imperio, supuso que se desquicien las bases del sistema productivo incaico, ya que los indios abandonados a su suerte, se entregaron a la ociosidad por la ausencia de una presión superior de tipo estatal (Guillén 2005a, p. 118). No sería extraño por ello que Pizarro se refiera a los indios como "bellacos y haraganes", Santillán como "inclinados a la ociosidad y a los vicios de la carne", Herrera como "habitualmente ociosos" o que el virrey Toledo declarara la tendencia de los indios a la ociosidad en sus cartas al rey. (Guillén, 2005a, p. 118). "Sin embargo, el indio rebelde a todas las iniciativas del conquistador prefirió ser el protagonista del drama, antes que asimilarse voluntariamente al nuevo régimen de vida, prefirió vivir de sus nostálgicos recuerdos antes que ingresar en los causes de la cultura occidental" (Guillén, 2005a, p. 119).

Guillén busca demostrar a través de las crónicas, la notable ética del trabajo en el imperio incaico, el cual además era cultivada a través de la mezcla con el divertimiento y la alegría, alejados de sentimientos como la envidia. Citando al cronista Acosta, esto llevaría a los incas a una "vida muy dichosa" y citando a Cobo, una existencia de "recreo y partida de placer". (Guillén, 2005a, p. 132). El Estado incaico se habría preocupado permanentemente por la salud y bienestar de sus súbditos, y para que las instituciones de trabajo siempre los beneficiaran, estimulando sus esfuerzos. Guillén cita para ello a Garcilaso y Ondegardo, y finalmente suscribe a Baudin, quien afirma sobre la organización incaica que "nunca más perfecta expresión en este mundo encontró el trabajo atrayente soñando por Fourrier" y todos los súbditos del imperio constituyeron una verdadera "cáfila de hombres felices" (Guillén, 2005a, p. 133).

Guillén sigue de cerca las ideas del estudioso francés, para quien los incas constituyeron un estado socialista, donde las castas superiores realizaban el trabajo intelectual de dirección, organización y vigilancia. El indio así se convirtió, por la sagaz dirección de sus caciques, en el gran ejecutor de la obra imperial. No se trataría de ninguna manera de la una suerte de "esclavitud organizada" como lo han planteado autores como Despostín (Guillén, 2005a, p. 135).

> *Cuando sobreviene la guerra fratricida y después la conquista hispana, estalló por decirlo así toda la organización incaica, y toda la madeja de la numerosa jerarquía, se quebró para no reponerse más. El indio deseoso de ser guiado, buscó en ellos el mismo espíritu de sus antiguos caciques, pero todo fue inútil, porque en adelante el indio tendría que pensar, por qué* ***al socialismo desaparecido le sustituyo el individualismo hispano*** (Guillén, 2005a, p. 135 énfasis añadido).

Según Guillén, los incas habrían cumplido en gran parte el ideal del "trabajo atrayente" tan anhelado por los teóricos del socialismo. La minuciosa legislación de los incas, concilio la felicidad de los trabajadores con la obligatoriedad del trabajo, entendiéndose que todos los esfuerzos estaban destinados a la grandeza del imperio y el bienestar general (Guillén, 2005a, p. 169).

La idealización de los incas se apoya en la selección cuidadosa de fragmentos de las crónicas españolas, los escritos de Garcilaso, apreciaciones de autores contemporáneos como Baudin, entre otros. Guillén logra construir una imagen muy positiva de la organización política incaica y su vida social, la cual contrapondrá al régimen y organización hispano, caracterizado como desestructurador, despótico, inmoral, egoísta e individualista[87].

En torno a la conquista, el historiador ayacuchano, plantea la idea de una declaratoria de guerra de España contra el Perú incaico en 1529. Afirma Edmundo Guillén:

> *Los años de 1529 y 1530, fueron graves y trascendentales para la historia del Perú. El 26 de julio de 1529, el gobierno español, por la capitulación de Toledo, de facto declaró la guerra al Perú Inka o Tawantinsuyo y nombró para este efecto a Francisco Pizarro por su capitán general y gobernador, para que en su nombre conquistara ese territorio con cargo a*

[87] Dentro de la imagen idealizada del imperio inca, que defiende Guillén, destaca la idea de una educación y moral incaica donde, "… no se mentía, lo que se constata con el hecho de que hasta nuestros días el valor de la verdad es practicado invariablemente en aquellas regiones donde la occidentalización no ha ejercido con fuerza su nociva labor… la ideología educativa humanista del mundo andino… fue capaz de organizar un Estado donde jamás se conoció el hambre". Edmundo Guillén, *Ensayos de Historia Andina*, 2005, pág. 438

> *pagar "un quinto" de las riquezas que depredara de "cualquier manera". Al año siguiente, en 1530, Pizarro se preparó para invadir el Perú con capitanes y gente experimentada que había dejado en la infortunada Nicaragua una trágica estela de sangre y fuego* (Guillén, 2005, p. 510).

En su relato de la crisis política del Estado imperial inca, Guillén señala que los linajes incas y los pueblos sometidos por el Tawantinsuyo, incautamente trataron de aprovechar el poder bélico de los españoles en favor de sus intereses, pero sin darse cuenta del gran peligro que significaba el avance de los hispanos en el Perú.

A lo largo de su relato de los hechos de la conquista, Guillén se propondrá destacar la importancia del ejército incaico (fuerza, valor, coraje, capacidad estratégica), un aspecto que considera silenciado por la historiografía conservadora peruana. Refiere Edmundo Guillén:

> *El gran ejercito inca, cuya férrea unidad, disciplina y austeridad habían contribuido a la grandeza del Tawantinsuyo, en el momento de mayor peligro y cuando requería de toda su fuerza para defender su integridad y soberanía, se halló diezmado y consumido por la guerras intestinas, suscitadas por la rivalidad a muerte entre el Inka Waskar y el rebelde Atao Wallpa, que pretendía arrebatarle la borla imperial… la historia del Perú incaico, fue en cierta manera, la historia de las glorias y desventuras de su famoso ejército* (Guillén, 2005a, p. 316).

Para este autor, la crisis emergida de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, fue un factor que favoreció la invasión española, pero no fue el factor determinante. El factor fundamental fue la decisión de los grupos regionales (señoríos y etnias sometidas) de apoyar a los españoles, para luchar contra el poder cusqueño. "Esa crisis influyó decisivamente en las expectativas libertarias de los antiguos Estados regionales, que sometiera el poder cusqueño" (Guillén 2005a, p. 320). Añade el historiador ayacuchano:

> *Aunque para José de la Riva Agüero y Raúl Porras Barrenechea este suceso* (la crisis por la guerra civil) *fue el síndrome de la decadencia del*

> *Tawantinsuyo, el análisis documentado nos da a entender mas bien que se trató de un crisis eminentemente política, de la lucha por el poder entre los linajes o panakas incaicas … Hacemos referencia a esta crisis, en sus varias etapas, para disipar el viejo error de sostener que el imperio Inka fue derribado por un puñado de españoles en Cajamarca* (Guillén, 2005a, pp. 319-320)

Guillén considera que la conquista realmente se produce entre 1535 y 1572, cuando después de los sucesos de Cajamarca (captura y posterior ejecución de Atahualpa), los cusqueños liderados inicialmente por Manco Inca, luchan y resisten contra los ejércitos dirigidos por Francisco Pizarro y sus capitanes. Con la desventaja del colaboracionismo de numerosas etnias hacia los españoles, lo cusqueños finalmente serán sometidos en esta guerra.

> *Hay que entender que esa guerra no sólo fue una acción contra los invasores sino transformó a su vez en un nuevo pachakuti runa o guerra civil, derramándose por ambos bandos más sangre peruana que española. Esta crisis se prolongó hasta 1572, año en que acabó épicamente la resistencia inca en la región de Vilcabamba, con la decapitación de Thupa Amaro y la perdida de la soberanía política del Perú* (Guillén 2005a, p. 322).

Una constante en la obra de Edmundo Guillén será el empleo de términos como "Perú incaico" o "peruanos" para referirse a los incas y todas las etnias o señoríos que conformaban el Tahuantinsuyo hacia el siglo XVI. De esta manera la conquista o invasión hispana, se convierte en una *guerra entre españoles y peruanos*, y el triunfo de Francisco Pizarro sobre los cusqueños, significó la *perdida de la soberanía política del Perú*. Guillén repetirá a lo largo de su obra expresiones como: **"Pizarro inició los preparativos para dirigir la guerra de España contra el Perú de los incas"**, y "Pizarro emprendió la invasión del territorio del Perú" (Guillén, 2005, p. 453).

El relato que elabora Guillén destaca en varios momentos las riquezas y grandezas del imperio inca: "Pizarro entró en el pueblo de Panamá, deslumbrando a sus acreedores con las muestras de la riqueza que les puso a la vista, sin imaginar que el litoral que

había recorrido y los pueblos que había visto eran nada menos que parte del más grande y poderoso imperio de la América andina: el Tawantinsuyo o el Perú inca" (Guillén, 2005, p. 452).

El historiador Guillén describe el arribo español a las costas de Tumbes en 1528, donde se realizó "la histórica entrevista de un representante de la milenaria cultura andina del imperio más poderoso de la América Andina, con Francisco Pizarro exponente a la vez de España, también el mayor imperio de la Europa medieval y renacentista" (Guillén, 2005, p. 448).

En su descripción de la figura de Pizarro, Guillén destaca su el carácter calculador, extorsionador y cruel del conquistador español:

> *Según varios testimonios hispanos, Pizarro para congraciarse con los tumbesinos obligó a Tomalá – extorsionado a la vez para pagar su rescate por su libertad – a soltar a varios centenares de cautivos tumbesinos que habían sido apresados, uno o dos meses antes que llegarán a Puná, y también a devolver los ídolos de oro que les habían tomado en esta incursión. Y, que después* ***Pizarro, para mostrar su crueldad, mandó quemar vivos a unos y degollar a otros jefes de Puná*** *– según Cieza – por el "delito" de "querer defender su tierra de quien se la quería usurpar", y entregó a varios de ellos a los tumbesinos para que los mataran en represalia por la destrucción y quema del pueblo de Tumbes. Aunque Pizarro, creyó entonces que con este inicuo recurso se había ganado la confianza y amistad de los tumbesinos, resultó lo contrario, porque estos escandalizados por tan inaudita crueldad de los extranjeros, se mantuvieron en lo sucesivo prudentes y cautelosos* (Guillén, 2005, p. 454 énfasis añadido).

Guillén sostiene que la permanencia de los españoles en Puná fue azarosa. Los isleños denunciando la profanación de sus templos, el robo de sus casas y el vejamen a sus mujeres, les hicieron fieramente la guerra a los hispanos, "sin que pudiera amainarlos las brutales represalias que Pizarro hizo contra ellos quemando y degollando a sus valerosos jefes con ayuda de los tumbesinos" (Guillén, 2005, p. 512).

Siguiendo su relato, Guillén también resalta las atrocidades hispanas a través del uso de jaurías de perros: "Chilimisa o Chilimasa, que con otros jefes tumbesinos habían visto en Puná, los robos y atrocidades que habían hecho los españoles con los infortunados e incautos isleños y de cómo implacablemente habían tratado de exterminarlos con sus nuevas armas y las jaurías de perros" (Guillén, 2005, p. 455).

Guillén argumenta que los severos epítetos como "avarientos y codiciosos" o "fornicadores adúlteros", para calificar a la gente de Pizarro, aparecen en diversas obras: Pedro Pizarro, Cieza de León. Garcilaso de la Vega, Gómara, quienes mencionan además los abusos contra las mujeres indígenas: "se aprovechaban de las mujeres y se tomaban cuanta plata y oro topaban, y lo hacían barrillas" (Gómara, citado por Guillén, 2005, p. 455). Refiere Edmundo Guillén:

> *...dice Cieza de León que los tumbesinos, después de sigilosas "congregaciones y juntas ocultas" decidieron luchar contra los españoles, con "todas sus fuerzas" hasta "perder las vidas" en defensa de su pueblo y del territorio de esta parte del* ***Perú Inca****. El breve y claro testimonio de este famoso cronista, constituye sin duda, el mejor y sobrio elogio al pueblo de Tumbes: a su heroica actitud y al valor de sus hombres, que con sus "tiraderas", "dardos" y "macanas", resolvieron enfrentarse al tremendo poder bélico de los enemigos, a sus caballos y jauría de perros de guerra, a sus lanzas y espadas, al fuego de sus arcabuces y a la saeteada de sus ballestas; sabiendo los tumbesinos, que éstos con sus cotas y escaupiles (jubones de algodón) eran invulnerables a sus armas primitivas. De esta manera* ***el pueblo de Tumbes, en su lucha desigual, ganó por derecho propio y con su sangre, un lugar en la historia universal y gloriosamente un sitio de honor en los anales de la historia del Perú*** (Guillén 2005a, p. 456 énfasis añadido).

El autor relata como la fuerza invasora llega al territorio peruano, y señala que las huestes hispanas eran una soldadesca experimentada que a "sangre y fuego" (cita a Xerez) habían conquistado las poblaciones de Guatemala y Nicaragua.

> *… con capitanes igualmente baquianos en quemar y degollar a los prisioneros de guerra, a ranchear,* ***dispuestos a perder la vida por la codicia del oro y de la plata…*** *apoyados a su vez por una vigorosa caballería y perros de guerra, sin contar el número de esclavos centroamericanos y negros. En suma, se trataba de un ejército enemigo abigarrado, bien armado y temible* (Guillén, 2005a, p. 457 énfasis añadido).

Guillén cita al cronista Zárate y describe como Pizarro después de esperar veinte días la rendición del cacique Chillimasa, acordó hacerle la guerra a **"sangre y fuego"** y que esta acción violenta se prolongó hasta quince días.

El historiador ayacuchano alude a su método basado en el **"examen inverso de las versiones hispanas"** (Guillén, 2005a, p. 458), lo cual entiende como un uso cuidadoso de las crónicas, relaciones, cartas u otras fuentes, tratando siempre de extraer información relevante para reconstruir la "visión de los vencidos", los pueblos indígenas[88]. Guillén aprovecha para rescatar las críticas o censuras que los mismos cronistas hispanos hacían a los suyos, comentarios donde se "rechazaba" los denominados "excesos" terribles de la conquista.

Por otra parte, Guillén se opone a las versiones hispánicas, cuando las juzga demasiado tendenciosas, "tratando de magnificar la supuesta crueldad de los tumbesinos" por ejemplo, durante la resistencia inicial contra los hispanos (Guillén, 2005a, p. 459).

La narración de Edmundo Guillén reiterara a lo largo de su obra determinados calificativos: "codicia y rapacidad de la soldadesca hispana"; informados de la *codicia* hispana, escondieron las riquezas de la *inevitable rapiña* de los conquistadores; "los tuvieron siempre como gente codiciosa, proclive a la lujuria y sanguinarios"; "proteger

[88] En su afamado libro *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista* (1959), el historiador mexicano Miguel León Portilla, relata los hechos de la conquista hispana sobre los aztecas, pero basándose en la compilación de diversos escritos indígenas. Para el caso peruano, Juan José Vega y Edmundo Guillén, se proponen también la construcción de una historia desde la "perspectiva indígena", pero sin contar con los escritos de los cuales sí dispone su par mexicano.

a su pueblo de la rapiña soldadesca" (Guillén, 2005a, pp. 461-466), o "los comarcanos víctimas impotentes de sus crueldades y codicia irrefrenable" (Guillén, 2005a, p. 513).

Para el historiador sanmarquino, durante la campaña de Francisco Pizarro contra los "patriotas tumbesinos":

> *... jamás creyeron, como ingenuamente se les pretende atribuir, que los invasores fueron seres divinos o extraordinarios, sino como lo prueban los testimonios de Cieza de León, P. Pizarro, Zárate, Gómara y otros, los tumbesinos y otros pueblos, los tuvieron siempre como gente codiciosa, proclive a la lujuria y sanguinarios* (Guillén, 2005a, p. 464).

En las consideraciones finales de su trabajo sobre la resistencia tumbesina contra Pizarro y sus tropas, el autor explica el propósito de su investigación. Escribe Edmundo Guillén:

> *... desde la perspectiva peruana y el examen inverso de las fuentes españolas; la heroica acción de los tumbesinos en 1532, que lucharon valerosamente para defender esta parte del territorio del Perú de los incas o Tawantinsuyo. Y deja, atrás esperamos que para siempre, aquellas versiones alienadas y sin identidad histórica con nuestro pasado, escritas al parecer en la grupa del caballo de los enemigos, que por exaltar el valor de los agresores, minimizaron o soslayaron la hazaña de nuestros propios y legítimos héroes locales y nacionales, que como los de Tumbes, inmolaron sus vidas en defensa de la integridad y soberanía del Perú… quizás tengamos la íntima satisfacción de encontrar alguna calle o un sobrio monumento a Chilimasa, el señor de Tumbes, que perennizando su memoria, recuerde para siempre, que en 1532, hace 450 años, con un puñado de héroes, luchó valerosa y temerariamente contra los invasores hispanos, en defensa del pueblo de Tumbes y de la soberanía de nuestra patria milenaria. Como sin duda, también lo hará el pueblo de Sullana, en homenaje a sus "trece héroes", que por defender la parte baja del valle de Chira, fueron muertos, unos agarrotados y otros quemados vivos por Francisco Pizarro en junio de 1532* (Guillén, 2005a, p. 466).

La descripción de la conquista por Guillén resalta la heroica resistencia de los pueblos del norte contra los invasores hispanos. "los pobladores hacían guerra en reacción al rancheo y rapiña de los invasores… La briosa caballería enemiga, sus perros de guerra, ballestas y arcabuces hicieron una horrible carnicería de los valerosos tumbesinos" (Guillén, 2005a, p. 474).

El historiador ayacuchano sigue su relato, con la fundación española del pueblo de San Miguel de Tangarará (Piura), al cual considera el "primer enclave enemigo en el Perú", donde los hombres de Pizarro esperaron refuerzos y el resultado de la guerra civil de los incas "entre la mirada resabiada y cautelosa de los comarcanos víctimas impotentes de sus crueldades y codicia irrefrenable" (Guillén, 2005a, p. 513).

En su descripción de los hechos de Cajamarca, Guillén empieza por aclarar lo que considera una gran falacia histórica:

> *En Cajamarca no cayó derrumbado el Tawantinsuyo por la audacia de unos 180 españoles como erradamente se ha sostenido. En Cajamarca, acabó solamente la infortunada rebelión de Atau Wallpa y no el imperio Inca o Tawantinsuyo, que recuperó su autoridad legítima al año siguiente, en noviembre de 1533. Pues como está probado ahora, el Tawantinsuyo cayó abatido heroicamente en el baluarte de Vilcabamba en 1572* (Guillén, 2005a, p. 475).

Guillén denomina los hechos de Cajamarca como un "crepúsculo sangriento" y "una de las matanzas más espectaculares que registra la historia de la América andina. (Guillén, 2005a, p. 489). Entre los incas, nadie habría podido imaginar que "esta **mesnada codiciosa de oro y plata**, fuera en verdad, nada menos que la avanzada conquistadora de España, el imperio más extenso y poderoso de aquella del siglo XVI" (Guillén, 2005a, p. 489 énfasis añadido).

Sobre el inca Atahualpa, señala Guillén que su actitud distó del tono plañidero que le atribuyó Garcilaso, y más bien fue de carácter soberbio y desafiante como correspondía a un inca en el apogeo de su autoridad, como apunta Porras Barrenechea.

Y durante la captura del inca, sus servidores "murieron heroicamente impertérritos en sacrificado cumplimiento del deber, dejando así para la historia ejemplo de valor, fidelidad y disciplina" (Guillén, 2005a, p. 492).

Pizarro aparece en la obra de Guillén y otros historiadores que denuncian la conquista, como un hombre vil y traicionero, que faltó a su palabra al no respetar el acuerdo con el inca Atahualpa, sobre su libertad a cambio del pago del famoso rescate. Finalmente, Pizarro ordena quemar vivo al inca, aunque el inca logra cambiar su ejecución al aceptar bautizarse bajo el nombre de "Francisco".

La crueldad española, se expresó no sólo en la ejecución del inca Atahualpa, sino también en la tortura de muchos de sus capitanes y parientes, quienes habrían preferido la muerte antes que revelar la ubicación de los tesoros y minas escondidas en el imperio (Guillén, 2005a, p. 494).

Guillén sostiene que entre los incas no existió la costumbre de rescatar los prisioneros con el pago de oro y plata. Este tipo de extorsión la introdujeron los europeos. "Baste recordar que Francisco I de Francia pagó un fuerte rescate al rey español para salir libre. En el Perú, Tumbalá pagó un rescate en 1531, Vila Oma en 1534, Mango Inka Yupanqui varias veces en 1535" (Guillén, 2005a, p. 499).

Guillén señala que "mientras los Pizarros codiciosos" exigían a su regio cautivo un cuantioso rescate, el legítimo inca Waskar era muerto por los hombres de Atahualpa. "Finalmente, Pizarro recibió el rescate y faltando a su palabra empeñada, lo mantuvo prisionero, al tiempo que sus rivales con nuevas maquinaciones y falsas alarmas precipitaron su trágico final", es así como "Atao Wallpa fue condenado por Pizarro a morir quemado vivo" (Guillén, 2005a, pp. 515-516).

El historiador Edmundo Guillén, cita además, el caso de las amenazas de ser quemados vivos de los hispanos contra los nobles y capitanes incaicos como Vila Oma, Tizu Yupanqui y otros en el valle de Yucay. "Aunque las versiones españolas silencian este género de torturas, los testigos oculares: Curi Guaranga, Zapaico, Pola, ChuquiSullca y otros más, confirmando la declaración de Inka Mocha, dicen que

vieron quemar y descoyuntar a muchos de los capitanes y deudos de Atao Wallpa" (Guillén, 2005a, p. 501).

El historiador Guillén afirma que **"la matanza de Cajamarca, fue sin duda más sangrienta que la de Cholula y la peor, registrada en los anales de la historia de la América andina"** (Guillén, 2005a, p. 502 énfasis añadido). Guillén señala la tortura y ejecución de los capitanes de Atahualpa, "la verdad es que la tortura y la extorsión estuvieron a la orden del día en Cajamarca, como una norma impuesta por los españoles para conseguir codiciosamente más oro y plata, como también para sembrar el terror" (Guillén, 2005a, p. 502).

El historiador cita a distintos cronistas en su descripción de estos hechos ocurridos en los primeros años de la Conquista.

> *Jerez, recuerda jactanciosamente, la quema de curacas en la isla de Puná y Amotape, y Mena, la quema de Challcochima por H. de Soto que salvó de morir asado por la intervención de H. Pizarro y Titu Cusi Yupangui, la de Cura Ocllo y de los demás famosos capitanes de Mango Inka Yupanqui en el valle de Tambo y Yucay, además fue pena que generalmente se impuso a los prisioneros incas de guerra, como a los patriotas alzados contra la dominación hispana* (Guillén 2005a, p. 502).

Guillén a diferencia de historiadores catalogados de "hispanistas" o "pro-hispánicos" como Riva Agüero, Porras o Del Busto, describe en detalle los hechos de tortura y ejecución de los líderes indígenas, por parte de Pizarro y sus hombres. Incluso la destrucción y saqueo de los templos como Pachacámac y la tortura de los sacerdotes. El historiador reitera su visión de la conquista. Afirma Edmundo Guillén:

> ***La conquista, no fue el resultado de la lucha de afortunados aventureros contra "indios" anónimos, sino de una guerra de España contra el Perú de los Inkas o Tawantinsuyo.*** *Es decir, un episodio más de su expansión colonial en la parte del continente americano que presuntamente le correspondía por el Tratado de Tordesillas. Asimismo, el éxito de esta acción militar se debió no tanto al poder de sus armas y a la audacia de*

> *sus hombres codiciosos de metales preciosos, sino a la honda y compleja crisis que en este tiempo coyunturalmente afectaba al Estado imperial Inka: a sus luchas internas por la hegemonía del poder, entre los linajes o panacas y a sus tensiones antagónicas con los estados regionales sometidos, renuentes a integrarse a su gobierno político y control ideológico. Esta crisis latente que se agudizó entre 1520 a 1530, favoreció el objetivo bélico de los extranjeros y se transformó en el detonante que precipitó la destrucción política y militar del Perú Inka en 1572 y no en 1532 como erradamente se venía sosteniendo* (Guillén, 2005a, p. 509 énfasis añadido).

En otro texto, el historiador de origen ayacuchano, sostiene una idea similar en alusión a los hechos de Cajamarca en 1532. Escribe Edmundo Guillén:

> *La tragedia de Cajamarca no fue el resultado de la temeraria acción de audaces aventureros aliados de indios anónimos, como se dice, sino de la guerra sorpresiva que España –el imperio más poderoso de Europa- emprendió de antemano contra el país de los Inkas. En rigor histórico y desde la perspectiva nacional, fue una guerra de agresión de los españoles contra los antiguos peruanos, que lucharon heroicamente en defensa de su soberanía y sus milenarios valores culturales* (Guillén, sin fecha).

El "crepúsculo sangriento de Cajamarca" se convierte en "una de las mayores matanzas que registra la historia americana" (Guillén, 2005a, p. 514).

La posición de Guillén busca poner en perspectiva la conquista, cuestionando el excesivo mérito otorgado a los españoles por la historiografía hispanófila. Guillén desafía las posturas reduccionistas sobre la conquista, que buscan ensalzar a los conquistadores, y minimizar el rol de los grupos indígenas en la caída del Tahuantinsuyo o presentarlos sólo como grupos "anónimos".

Para Guillén, "la lucha por el poder entre los hijos de Wayna Qhapaq, se constituyó en el factor principal que favoreció los objetivos bélicos de los Pizarro y Almagro.

Aprovechando la profunda crisis interna, se apoderaron del Perú Inka o Tawantinsuyo, en nombre y representación del gobierno imperial de España" (Guillén, 2005a, p. 520).

El historiador sanmarquino critica entonces el propósito de los cronistas y los autores de otros documentos de la conquista, de intentar ocultar la verdadera lucha entre cristianos e incas. "Los españoles, además tuvieron a su favor el factor numérico, ya que fueron **secundados por las tropas regulares legalistas, cuya decisiva participación silencia maliciosamente los cronistas, para magnificar las presuntas hazañas de los cristianos**" (Guillén, 2005a, p. 518 énfasis añadido).

> *En consecuencia, a la luz de la evidencia histórica debe corregirse el viejo error de que los Pizarro y los Almagro conquistaron la ciudad del Cusco, como falsamente trataron de establecer en sus probanzas. La verdad es que los españoles entraron en esta urbe política y religiosa bajo la sombra protectora del joven soberano del imperio* (Manco Inca), *que los distinguió con su amistad y munificencia, tal como declara reiteradamente Titu Kusi Yupanqui, cuyo testimonio constituye la versión oficial Inka de este acontecimiento histórico.* ***Esta reconstrucción de los hechos – sumariamente expuesta – es sin duda la más próxima a la verdad. Surge de indubitables fuentes peruanas y del examen inverso de las versiones españolas.*** *Ratifica con rigor histórico que Pizarro, con su pequeña hueste y a sus aliados incidentales, llegó al valle de Cajamarca por expresa voluntad de Atao Wallpa y posteriormente a la ciudad del Cusco por conveniencia política y militar de Manko Inka Yupanqui. En ambos casos los jefes Incas, cegados por sus odios y rivalidades, no se percataron de los planes de conquista que traían los españoles, y lejos estuvieron de imaginar que ellos constituían la punta de lanza de la inexorable expansión colonial de España, entonces el mayor y más poderoso imperio de la Europa. Definitivamente, las luchas por el poder entre los hijos de Wayana Qhapaq, se constituyó en el factor principal que favoreció los objetivos bélicos de los Pizarro y Almagro. Aprovechando la profunda crisis interna, se apoderaron del Perú Inka o Tawantinsuyo, en nombre y representación del gobierno imperial de España* (Guillén, 2005a, pp. 461-466 énfasis añadido).

Guillén empleando "fuentes peruanas" y el "examen inverso de las versiones españoles", busca cuestionar las posturas que presentan a los incas casi pasivos o inactivos durante el proceso de conquista hispana. Siendo además la crisis interna del incario la causa principal del éxito de la invasión hispana. Por otro lado, en la representación del conquistador Francisco Pizarro, Guillén lo presenta como un hombre taimado, ambicioso y traicionero.

> *… Pasada la euforia del reparto, Pizarro simulando cumplir con su palabra, mandó leer por pregón al son de trompetas que: "Daba por libre" a su regio cautivo, pero con la dramática adición y burla, que Atao Wallpa, seguiría preso hasta que llegaran más españoles. Con esta burda parodia se consumó el engaño al incauto príncipe y la escritura pública del "rescate" quedó como papel mojado… Es posible que Atao Wallpa, convencido de que se tramaba su muerte buscara el apoyo de los capitanes quiteños para escapar de la prisión o quizás se trató solamente de una intriga más contra él y Chalko Chima. Lo cierto es que Pizarro tomando el vuelo de este rumor, mandó hacer "una larga información" contra su prisionero, con tal maña que resultó probada su presunta conspiración. Luego de una "parodia de juicio"- según r. P. Rubén Vargas Ugarte- fue condenado a morir "quemado vivo". Después de nada sirvió la protesta de los capitanes de Atao Wallpa y de la propia gente española. Pizarro se mostró tan inflexible que rechazó la propuesta para que se aumentara el monto del rescate y que el príncipe fuera enviado a España* (Guillén, 1994).

Guillén destaca la ventaja española en la guerra, pues tuvieron "el factor numérico", ya que "fueron secundados por las tropas regulares legalistas, cuya decisiva participación silencian maliciosamente los cronistas, para magnificar las hazañas de los cristianos" (Guillén, 2005a, p. 518). Además, mientras los hispanos lucharon montando caballos protegidos con corazas y morriones de acero, los soldados incas los enfrentaron con hondas, champis, wachanchampis y su temeridad, señala Guillén. Contrapone finalmente el coraje y heroísmo de los incas al "poder mortífero de las nuevas armas europeas" (Guillén, 2005a, p. 518).

Cabe destacar que, en la obra de Guillén, destaca su colaboración con la *Comisión de Historia del Ejército Peruano*, donde desarrolla en detalle las campañas militares de los incas y las batallas de resistencia frente a los españoles. Guillén reivindica el valor y capacidad estratégica de los incas en estas luchas, denunciado el silenciamiento histórico de estos hechos, aparecimiento los incas en la historiografía tradicional criolla, solo como un grupo pasivo, resignado o incapaz. Guillén resalta la virilidad incaica, en la guerra contra los españoles, en un intento consciente o inconsciente, de evitar la "feminización" de los vencidos.

El autor, también se propone describir la importancia y rol histórico de Manco Inca. En ese sentido, escribe Edmundo Guillén:

> *… debe corregirse el viejo error de que los Pizarro y los Almagro conquistaron la ciudad del Cusco, como falsamente trataron de establecer en sus probanzas. La verdad es que los españoles entraron en esta urbe política y religiosa bajo la sombra protectora del joven soberano inca del Imperio que los distinguió con su amistad y munificencia, tal como declara reiteradamente Titu Kusi Yupanqui, cuyo testimonio constituye la versión oficial Inka de este acontecimiento* (Guillén, 2005a, p. 519).

La "versión oficial incaica" de la conquista, es considerada por Guillén como la más próxima a la verdad. "Surge de indubitables fuentes peruanas y del examen inverso de las versiones españolas" (Guillén, 2005a, p. 519). Según estas fuentes, se ratifica con rigor histórico que "Pizarro, con su pequeña hueste y sus aliados incidentales, llegó al valle de Cajamarca por expresa voluntad de Atao Walllpa y posteriormente a la ciudad del Cusco por conveniencia política y militar de Manko Inka Yupanqui" (Guillén, 2005a, p. 519). Ambos jefes (Atahualpa y Manco Inca), "cegados por sus odios y rivalidades, no se percataron de los planes de conquista que traían los españoles; y lejos estuvieron de imaginar que ellos constituían la punta de lanza de la inexorable expansión colonial de España, entonces el mayor y más poderoso imperio de la Europa" (Guillén, 2005a, p. 519).

Más adelante, en la descripción de la resistencia incaica de Manco Inca, Guillén destaca el carácter sanguinario o cruel de Francisco Pizarro, por ejemplo, en la captura y prisión del Vila Oma o gran sacerdote incaico:

> *Posteriormente, ante su negativa de mediar para que Manko Inka Ypanqui se rindiera, Pizarro, en represalia por su heroica actitud, secretamente y sin proceso alguno lo* ***mandó quemar vivo en el valle de Yucay, junto con catorce o quince capitanes incas, pese a que sus vidas habían sido garantizadas por el citado jefe español***. ***Tal holocausto tuvo lugar en la cuaresma de 1540***. *Así, trágicamente con aura épica y de apoteosis, terminó la existencia del capitán general Vila Oma, el último gran Intip apun del Tawantinsuyo, quien nos legó un inmortal ejemplo de heroísmo como virtuoso defensor de su ideología y de la soberanía nacional* (Guillén 2005a, p. 184 énfasis añadido).

Quedaría demostrada en sus textos y las respectivas citas a los cronistas, la actitud cruel o sanguinaria de Pizarro. Sin embargo, su relato va acompañado de una visión de reivindicación "nacional" de personajes como el Vila Oma, o la denuncia de un "holocausto incaico" perpetrado por el líder hispánico.

Según Edmundo Guillén, la mayoría de los historiadores de los incas y de la conquista nos presentan una imagen distorsionada y convencional de los hechos que realmente se produjeron en esas trascendentales etapas de la historia del Perú y del continente. Algunos la conciben como una etapa de formación y de gestación. La perspectiva lineal nos escamotea la realidad histórica. La conquista fue uno de los episodios más sangrientos, algo más que un periodo de transición entre el mundo incaico y el Perú colonial. La historia "oficial", vale decir la historia falseada, representa una negación aún más categórica, según el autor. La conquista y el dominio español son etapas de usurpación y opresión, son momentos de ilegitimidad histórica. La independencia cierra este paréntesis y restablece, en parte la continuidad del discurso histórico interrumpido por tres siglos de destrucción y oprobio[89].

[89] "Recordemos que la conquista española estuvo aparejada a un genocidio y etnocidio que hasta hoy no ha sido denunciado como debiera. El pavoroso exterminio de millones de seres humanos en trabajos forzados, el aniquilamiento de una progresista clase dirigente y productiva, la persecución de los curacazgos locales depositarios de la memoria colectiva y el antiguo saber religioso, mágico y político; la cruenta e ignominiosa

Edmundo Guillén propone principalmente una revisión de la historia oficial o versión criolla de la historia peruana. Esta reescritura de la historia nacional, pasa por reconocer nuestra herencia e identidad milenaria, y comprender la usurpación extranjera ocurrida en el siglo XVI con la conquista hispana o europea. La captura traicionera del Inca Atahualpa, no significó el fin del imperio del Tahuantinsuyo, pues solo en 1572 con la decapitación de Túpac Amaro I, comienza el dominio de España, tras 40 años de resistencia heroica andina. Así, el desarrollo autónomo andino, se vio interrumpido por la irrupción de los invasores de Occidente, quienes alteraron el orden social de una civilización donde no había hambre. Por otro lado, para Guillén, la República criolla emergió como "un estado extranjero neocolonial" que impuso símbolos ajenos a la verdadera memoria histórica. Guillén denuncia la historia criolla, y propone una historia revisionista: nacionalista, andinista y crítica. Junto a Juan José Vega, a quien considera su referente, y a Virgilio Roel Pineda, erigen una historiografía de reivindicación y denuncia sobre los hechos de la conquista. Alimenta la "épica incaica" enmarcada en el realce de la cultura y civilización andina; y el cultivo de un tono revanchista frente al poder e impacto de Occidente en América.

1.2.6 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Waldemar Espinoza.

Waldemar Espinoza (n. 1936) es un historiador originario de Cajamarca y formado en la *Universidad Nacional Mayor de San Marcos*. Fue discípulo de Raúl Porras Barrenechea y Luis Eduardo Valcárcel. Se dice que del primero, obtuvo una considerable inclinación por el estudio de las fuentes, mientras del segundo, el interés por el estudio del mundo indígena. Finalmente se desenvolvió en los estudios etnohistóricos, en el cual fue iniciado por el maestro Valcárcel. Es profesor de historia

---

catequización y evangelización forzadas, etc.; son episodios que no han escapado a la acuciosidad penetrante de nuestro autor". Hernán Amat, 2005b, pág. 23

en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, dictando cursos como *Visión Histórica del Perú*, *Historia Andina*, entre otros[90].

En su obra destaca *La destrucción del imperio de los incas*. *La rivalidad señorial y política de los curacazgos andinos* ([1973] 2012), y *Los incas*. *Economía, Sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyo* (1987). Uno de los aportes más importante de Waldemar Espinoza, es el hallazgo y estudio de los documentos vinculados a lo que él denominó la *alianza hispano-chacha, hispano-cañar* e *hispano-huanca*. Lo que representaría según su propuesta, la principal causa de la derrota del imperio del Tahuantinsuyo.

Waldemar Espinoza pertenece a una generación de historiadores críticos de la historiografía conservadora de inicios del siglo XX. Según Alberto Crespo del Instituto de Estudios Bolivianos, Espinoza Soriano carece afortunadamente de concepciones y sentimientos retrospectivamente nacionalistas y por eso se abstiene de anatemizar contra los "colaboracionistas", con lo cual da una prueba de que para él lo esencial es la comprensión histórica y no el enjuiciamiento[91].

En *La destrucción del imperio de los incas*. *La rivalidad señorial y política de los curacazgos andinos* ([1973] 2012), Waldemar Espinoza se centra en explicar el destacado rol del reino o señorío Huanca en la caída del imperio incaico. Partiendo de las informaciones dejadas por los curacas Felipe Guagrapáucar y Francisco Cusichaca, y las crónicas, busca demostrar como el sistemático apoyo huanca a Francisco Pizarro y sus hombres, fueron determinantes para la derrota de los incas. Afirma además que "Muchos encuentros bélicos fueron solo entre huancas y cuzqueños: y en tales situaciones cada triunfo huanca significaba una victoria más para el imperialismo y colonialismo español del siglo XVI" (Crespo, 2012, p. 197).

La representación predominante de la figura de Francisco Pizarro en el libro de Espinoza, es la de un hábil líder militar y político que supo aprovecharse de las

[90] Waldemar Espinoza, aunque emplea la palabra "andino" en su obra, es crítico frente a este término, introducido al parecer por el antropólogo norteamericano Philip Ainsworth Means, autor de "Biblioteca Andina" (1928). Explica Waldemar Espinoza, que la palabra andino, proviene de *Anti*, nombre empleado para referirse a la selva alta en tiempos incaicos. Los pobladores del Tahuantinsuyo se autonombraban *runacuna*, y según Waldemar esa denominación debería ser respetada y no trastocada. Waldemar Espinoza, *La etnohistoria andina*. Revista de Investigaciones sociales, año III, número 4, pág. 125 (1999), Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

[91] Prólogo del libro *La destrucción del imperio de los incas* de Waldemar Espinoza (2012).

rivalidades interétnicas, o mejor dicho, la existencia de pueblos que se oponían al dominio que los incas habían impuesto sobre ellos. Sin embargo, Pizarro y los demás españoles callaron la asistencia y alianza de los señores étnicos, con el fin preconcebido de no perder reconocimientos o privilegios como las encomiendas (Espinoza, 2012, p. 17).

Siguiendo al cronista Cieza de León, Espinoza considera que entre los diversos reinos que integraban el Tahuantinsuyo, no había *conciencia cívica*, como resultado de los setenta u ochenta años de la existencia del Imperio. Así, en 1532 cada reino abrigaba un odio recóndito hacia los dominadores cuzqueños. Pizarro y los españoles habrían sido recibidos por estos pueblos *como a libertadores y no como a invasores* (Espinoza, 2012, p. 21). De esta manera **Francisco Pizarro, aparece como un usurpador o invasor ante los incas, pero un liberador o aliado para pueblos o reinos como los huancas, chachapoyas o cañaris**. Incluso para los incas, Francisco Pizarro y sus huestes, tendría inicialmente un doble significado. Para los atahualpistas sería un rival o enemigo, mientras para los huascaristas un ser divino enviado a hacer justicia: "cuando Pizarro apresa a Atahualpa, los partidarios de Huáscar celebran su cautiverio y miman a los peninsulares; los endiosan y los creen hijos del Apo Con Tisce Huiracocha, y no titubean en llamarles *huiracochacuna*" (Espinoza, 2012, p. 22).

Según Espinoza, en 1532 no había *conciencia de patria*, o sea no existía un compromiso o sentido de comunidad amplia dentro del imperio incaico. Es así como, refiere Espinoza Soriano:

> ***"Pizarro se dio cuenta de que el Imperio estaba integrado por una comunidad de muchos adversarios políticos, que se debatían en una maraña de enemistades. De ellos tenían aprovecharse para hacer sucumbir a tan inmenso y, aparentemente poderoso Estado Imperial.*** *Para Francisco Pizarro, los curacas no conformistas surgieron en forma casi inesperada. Brotaron en los valles costeños, en las mesetas andinas e incluso en la Selva Alta. Atahualpa seguro de la alianza de los Chachapoyas con Pizarro, más no de la de los huancas ni de los otros grupos étnicos…**Pizarro, como hábil político, trabajó con los***

> ***sentimientos y resentimientos de los pequeños reinos***" (Espinoza, 2012, p. 49 énfasis añadido)[92].

Espinoza destaca la capacidad de cálculo político y estrategia militar en las acciones de Francisco Pizarro. El azar junto a la habilidad de aprovechar la situación, permiten a Francisco Pizarro una conquista relativamente rápida de los incas. Espinoza contrasta los resultados para hispanos y huancas concluye que: "Pizarro no erró en sus cálculos. Todo salió como él lo imaginó y lo quiso en Cajamarca. Mientras que los huancas, inexpertos políticos, salían de un amo para caer en otro" (Espinoza, 2012, p. 49).

Espinoza finalmente describe a Pizarro como un inteligente líder, tanto político como militar:

> *Pizarro se apoderó de la voluntad de las masas, para convertirlas en su instrumento de conquista. Porque Pizarro comprendía muy bien la importancia que juegan, en la caída de un Imperio, las dinastías rivales y las provincias ávidas de liberación. Por eso no desperdicio nada en este aspecto. Todo fue calculado muy fría y finamente por Pizarro, desde el ángulo político. Y tenía que ser así, ya que* ***poseía las dotes sicológicas del caudillo y del conquistador*** (Espinoza, 2012, p. 49 énfasis añadido).

El libro de Waldemar Espinoza enfatiza la percepción de "libertador" que tuvieron los Huancas sobre Francisco Pizarro, de ahí el *inmenso afán de colaboracionismo* de este pueblo rival de los incas: "los señores étnicos de la nación huanca no resistieron al invasor. Se entregaron a colaborar con el intruso, para recobrar la libertad de su nación y para conservar y adquirir nuevos privilegios curacazgales" (Espinoza, 2012, pp. 58-59)[93].

---

[92] Waldemar Espinoza en sus textos emplea términos como Imperio, Reinos, Naciones e incluso Patria, terminología en algunos casos cuestionada por anacrónica o no adaptarse a la realidad andina. Al respecto Espinoza ha señalado que: "Una corriente actual de historiadores opina que en el mundo andino no hubo reyes, emperadores, ni imperio porque en los diccionarios antiguos no existen palabras equivalentes y porque esas instituciones son europeas. Pero es como decir que no existían modos de producción en los aztecas o egipcios porque esos términos son modernos. Uno llega a la conclusión de que muchas instituciones funcionaron, aunque no tuvieron el nombre que ahora les damos". *La destrucción del imperio de los incas. La rivalidad señorial y política de los curacazgos andinos* (1973).

[93] Resulta demostrativo que el soldado y cronista Pedro Pizarro (sobrino de Francisco), haya titulado a su crónica sobre la conquista "Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú" (1571), dejando clara la idea de que el "Perú" no era una unidad política-social, sino un conjunto de naciones y reinos, luego llamadas etnias, realidad histórica que explicaría la conquista hispana de los territorios dominado por los incas.

Francisco Pizarro es presentado como *astuto*, hábil, capaz de engañar eficientemente a sus rivales. En su plan para derrotar al general incaico Calcuchímac, Pizarro estaba juagando a dos ases, porque así le convenía… Para Pizarro, **su plan de audaz maquiavelismo**, estaba a punto de cumplirse: iba a estar bien con quiteños y con cuzqueños, con los dos partidos irreconciliables (Espinoza, 2012, p. 93).

Espinoza, desarrolla toda la alianza hispano-huanca, dando numerosos detalles de las batallas contra los incas. Señores huancas envían informes a Francisco Pizarro en Lima, sobre sus victorias y perdidas. Una delegación le presenta al marques gobernador "… tres cabezas, las mismas que habían sido decapitadas a tres jefes cuzqueños en las batallas en que fueron muertos… Pizarro debió ver con satisfacción y también con repugnancia las cabezas de los caudillos cuzqueños que quisieron echarlo del Perú… (finalmente), el astuto Pizarro mostró mucho pesar por los daños y ataques de que habían sido víctimas los huancas, por las fuerzas de Manco Inca" (Espinoza, 2012, p. 60).

El historiador Waldemar Espinoza también alude al **providencialismo** en la mentalidad hispana, lo que incluye al conquistador Francisco Pizarro. De esta manera, señala:

> *No sabemos qué pensaría Francisco Pizarro al verse dueño del Perú por obra y gracia del señorialismo andino. Sin duda que su triunfo lo achacaría a muchas cosas: alianzas, caballos, perros, armas, pólvora, etc. Pero* ***para él, como fiel reflejo de su época, todo fue por la ayuda de Dios y por el valor de sus huestes****… los españoles, productos típicos de la mentalidad del siglo XVI, es decir, señorial también, soslayaron la ayuda de sus aliados étnicos. Sabían muy bien que sin el auxilio de ellos habrían fracasado. Sin embargo, arrastrados por su complejo de señorialismo, ya que ellos también vivían en medio de ese esquema mental, siguieron, engañando y engañándose, sobre todo con el cuento de que un solo español era suficiente para arruinar a un batallón de soldados andinos. Fue una valentonada evidentemente falsa y muy propia de ellos* (Espinoza, 2012, p. 194-195 énfasis añadido).

Pensamiento providencial, junto al de cálculo político y económico de los conquistadores, para no ser desmerecidos por la corona, en el esfuerzo notable del

sometimiento del Tahuantinsuyo. Minimizar o soslayar el apoyo o colaboración de los distintos grupos étnicos, constituyó una práctica destinada a resaltar el valor, sacrificio y mérito de los hispanos en América.

El historiador sanmarquino destaca la mentalidad calculadora y actitud audaz de Francisco Pizarro en el proceso de conquista de los incas, pero la tesis principal de su texto, la resume del siguiente modo Waldemar Espinoza:

> ***Al arribo de las huestes hispanas no existía en el Tahuantinsuyo unidad nacional ni idea imperial en la masa campesina y popular. Eran una multitud de naciones o curacazgos que se sentían diferentes los unos de los otros****; pero todos avasallados y dominados por el Cuzco, para cuya burocracia, militarismo y clero no querían trabajar. Por tales motivos, subterráneamente minaban los cimientos políticos, económicos y sociales del último Imperio Andino. Los curacazgos ansiaban liberarse con vehemencia* (Espinoza, 2012, p. 196 énfasis añadido).

El mérito de Francisco Pizarro habría sido ser capaz de leer claramente esta realidad, y desarrollar una exitosa estrategia de alianzas. La perspicacia de Pizarro, y la percepción de líderes huancas, que vieron en el conquistador español, un posible liberador o instrumento para su intento de recuperar autonomía política, fue decisiva para la derrota de los incas.

El historiador Waldemar Espinoza, a diferencia de otros historiadores críticos como Juan José Vega o Edmundo Guillén, no emplea adjetivos negativos directos contra Francisco Pizarro (asesino, saqueador, genocida, invasor, etc.). Su crítica se dirige al proceso entero de invasión, dominación o subordinación española sobre América, que abre las puertas a tres siglos de un opresivo régimen colonial.

Hacia el final de su libro, el historiador cajamarquino, hace una reflexión crítica que resume su interpretación de esta etapa de la historia peruana. Escribe Waldemar Espinoza:

> *Así murió un Imperio y brotó otro, que a cambio de la predicación evangélica los explotó despiadadamente en latifundios, obrajes, minas, lavaderos, trapiches y en otras industrias de consumo. Pero la historia prosiguió su camino. Y así, en medio de todo lo malo que implantó el*

> *régimen feudal y señorial traído por los conquistadores no se dejaron de producir logros de gran resultado: el mestizaje, las nacionalidades modernas y la organización del Perú para la historia futura* (Espinoza, 2012, p. 157).

El historiador sanmarquino denuncia la explotación cruel del régimen colonial iniciado con la llegada de Francisco Pizarro. Pero a pesar de la implantación de un gobierno *feudal* y *señorial*, la historia permitirá un proceso de mestizaje creciente, el surgimiento de ideas de nación moderna, y una organización que permitirá al Perú encarar el futuro.

El historiador Waldemar Espinoza, presenta una obra basada en la investigación rigurosa, y de crítica a la historia romántica vigente en la academia hasta inicios del siglo XX. Como él mismo refiere, en su formación tuvo la influencia directa de dos grandes estudiosos peruanos: Raúl Porras Barrenechea y Luis Eduardo Valcárcel. Del primero hereda el minucioso examen de las crónicas, visitas y otros documentos coloniales; mientras del segundo, recibe un temprano acercamiento a la metodología de la etnohistoria[94]. Waldemar Espinoza, a diferencia de los historiadores indigenistas, se propone aplicar principios de antropología cultural, un riguroso trabajo archivístico, y toma distancia de las versiones romantizadas del pasado indígena. Bajo una visión etnohistórica, busca el reconocimiento del carácter pluriétnico, pluricultural y plurilingüístico del Perú, pero donde considera que hubo y hay unidad entre esa diversidad. Los estudios regionales son muy importantes en el trabajo del historiador sanmarquino, aunque advierte siempre sobre la necesidad de estudios de larga duración y un marco espacial amplio, para la comprensión del desarrollo histórico. A diferencia de otros historiadores, estudiados acá, Waldemar Espinoza se aleja de la historiografía prohispanista de antaño, y la historiografía indigenista romantizadora; no propone una historia neutra, pero sí apuesta por una historia principalmente descriptiva (en sentido académico) y rigurosa en el manejo documental.

[94] Sobre la importancia de la Etnohistoria, nos dice Waldemar Espinoza: "Con la introducción de la etnohistoria se inició entre nosotros una era nueva en los estudios. La historia tradicional quedó agotada y relegada por la insuficiencia de la información brindada por la mayoría de las crónicas, caracterizadas por su avasalladora pobreza explicativa y comprensiva, por ser una reunión de datos reinterpretados por sus autores a base de informes oficiales dados por los incas del Cusco, que sólo servían para hacer buenas historias pintorescas. De ahí que, desde 1950, hubo necesidad de reestudiar las crónicas y buscar nuevas fuentes". *La etnohistoria andina*. Revista de Investigaciones sociales, año III, número 4, pág. 126 (1999), Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1.2.7 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Virgilio Roel Pineda.

Virgilio Roel Pineda (1929-2013) fue un autor de origen ayacuchano, graduado en Economía y con larga experiencia como profesor universitario. Escribió numerosos textos desde su especialidad como economista, pero también diversos libros sobre historia económica y social del Perú. En su vasta obra pueden citarse libros como: *El sendero de un pueblo*. *Ensayo en torno a la trayectoria histórica del Perú* (1955), *Historia social y económica de la Colonia* (1970), *Los libertadores*. *Proceso social, económico, político y militar de la Independencia* (1971), *Esquema de la evolución económica* (1971), *Teoría económica marxista* (1973), *La república de las frustraciones* (1977), *Grandezas y miserias de la Independencia* (1977), *Unión solo con el pueblo* (1977), *La crisis general del capitalismo y de la economía peruana* (1978), *Indianidad y revolución* (1979), *Los sabios y grandiosos fundamentos de la indianidad* (1979), *Raíz y vigencia de la indianidad* (1979), *Drama y tragedia en la guerra del guano y el salitre* (1982), *Historia social y económica del mundo moderno* (1987), *Historia general del Perú: la Independencia* (1988), *La deuda de España al Perú* (1992), *500 años de lucha contra el colonialismo* (1992), *Historia del Perú: independencia y república en el proceso americano y mundial* (1997), *Historia de los incas y de España* (1998), *Cultura Peruana e Historia de los Incas* (2001), *La crisis general de la globalización* (2006), *Ataque e invasión del Imperio Hispánico al Perú de los Incas* (2009).

Virgilio Roel como autor de más de cincuenta libros sobre temas económicos, políticos, sociales e históricos, se propuso el rescate histórico de la participación del pueblo originario peruano, al cual considera obviado y despreciado por la Historia oficial. Destaca su búsqueda por resaltar el protagonismo del pueblo peruano en la lucha por su independencia, visibilizando el mérito de combatientes y líderes indígenas o de extracción popular, excluidos por la historia tradicional criolla. Como autor se propuso entonces contradecir a las versiones que consideró tradicionales, conservadoras u oficialistas.

Fue además coordinador del *Movimiento Indio Peruano*, y un destacado promotor de la cultura peruana, desde una posición nacional-indigenista. Como autor de libros de historia peruana, puede ser considerado como parte de la corriente revisionista de la historia oficial. Al igual que autores como Juan José Vega y Edmundo Guillén, cuestiona las versiones históricas conservadoras del periodo de la Conquista y la Colonia. Bajo un enfoque crítico y nacional-indigenista, cuestiona la historia oficial peruana surgida durante la primera mitad del siglo XX.

En su libro *Ataque e invasión del Imperio Hispánico al Perú de los Incas* (2009), Virgilio Roel, no solo describe y explica el proceso de la invasión española y la resistencia indígena, sino realiza una "sociología de la Conquista", donde compara a la civilización andina y la occidental europea, y destaca la superioridad moral de la primera sobre la segunda. Partiendo de un análisis de la filosofía y cosmovisión andina, explica la naturaleza distinta de la sociedad y el Estado incaico (cooperativista, ecologista, agraria, pacifista y más equitativa socialmente); frente a una cultura y sociedad europea, de herencia judeo-cristiana, guerrera, ambiciosa, desigual, destructora e inferior en varios sentidos. El historiador realiza una eficiente narración de los hechos de la Conquista, apelando tanto a fuentes primarias como secundarias. Su relato es de denuncia permanente frente al *genocidio-masacre cruel* y el *saqueo-destrucción* de los invasores hispanos, resultando ello legítimo, pero omitiendo alguna crítica al estado imperial incaico, o excediéndose en una versión idealizadora de la sociedad incaica. Virgilio Roel Pineda, realiza una literatura de denuncia frente a los vencedores, y de solidaridad frente a los vencidos, o sea, todos los antiguos peruanos. El Perú actual, a pesar del mestizaje, mantiene como fundamento la cultura indígena andino-amazónica, y su proyecto historiográfico apunta a tomar distancia de la historia oficial criolla, reivindicando una historia crítica, y "verdaderamente nacional".

Virgilio Roel sostiene que la invasión hispánica al Perú de los incas es un **"gigantesco genocidio sin parangón en la historia de la humanidad"** (Roel, 2009, p. 19 énfasis añadido). La invasión europea de América además tuvo en la Iglesia católica a su principal cómplice, sostiene Virgilio Roel:

> *La inmensa responsabilidad de la Iglesia católica no reside solamente en su directa complicidad en el despojo generalizado y en el genocidio que luego habrían de sufrir nuestros pueblos … les dio a los agresores el*

> *sustento espiritual que les sirvió para ejecutar, con una sangre fría que espanta, todos los monstruosos crímenes genocidas que aquí ejecutaron los invasores peninsulares, pensando que los cometían por virtud de un mandato divino y que, por tanto, su dios no sólo les perdonaría sus inmensos crímenes, sino que más bien los recompensaría… les dio a las bandas agresoras el componente mental sin el cual no habrían podido "justificarse" ante sus propias conciencias por los infames crímenes que en Indoamérica cometieron* (Roel, 2009, pp. 23-24).

Roel Pineda denuncia así la responsabilidad de la iglesia católica en el proceso de conquista, tema obviado por la historiografía conservadora, que defiende la idea decimonónica de la conquista espiritual de las indias occidentales. La Iglesia católica romana autorizó y legalizó la invasión genocida de Indoamérica por los imperios peninsulares de España y Portugal, subraya el autor.

Un aspecto diferenciador de Roel Pineda es también su idea de esencializar la cultura incaica y española, contraponiéndolas. De este modo, declara que la "civilización inca" y la "civilización española" son totalmente incompatibles, no permitiendo ello además viabilizar un sano entendimiento. Se podría resumir su visión de ambas culturas o civilizaciones, en el siguiente cuadro, basado en la primera parte de su libro sobre la destrucción del imperio incaico (Roel, 2009, pp. 30-34):

Civilización inca o andina	**Civilización español u occidental**
Es más antigua o milenaria.	De existencia menor frente a la civilización andina
La humanidad es hija e integrante indisoluble de la totalidad cósmica.	Los europeos de tradición judeo-cristiana creen que la especie humana ha sido puesta por dios en la tierra, para que la dominara, despojara y aprovechara sus recursos.
A la naturaleza se le concibe como Madre Infinita de todo lo existente.	La naturaleza es una suerte de ambiente hostil contra el cual es preciso luchas permanentemente.
Todas las personas forman parte de algún	La sociedad es considerada una simple

grupo familiar más o menos extenso (ayllus, panas, marcas, pueblos, suyos, etc.). La humanidad es concebida como una inmensa familia (visión fraterna).	agregación de individuos que buscan en el apoyo social alcanzar sus mezquinos intereses privados. Se puede someter, humillar y explotar a los semejantes (trabajo asalariado, servidumbre, esclavitud).
La mujer ocupó los más altos niveles del poder (coyas, curacas, mamacunas). Existía en los andes un poder político genéricamente equilibrado y socialmente justo.	Hay una preeminencia absoluta del hombre en la sociedad europea. La mujer es excluída de cualquier rol de dirección o protagonismo. Ella es mostrada como la gran culpable de todos los males de la humanidad (pecado original).
Fue una sociedad donde no hubo pobres. La reciprocidad y redistribución logra una relación de mayor igualdad social.	Inmensas diferencias sociales entre los nobles y privilegiados, frente a los siervos, esclavos y todos los excluidos.
Existencia de élites conformadas por méritos. Hubo la posibilidad de ascenso social por méritos o servicios.	Existencia de linajes o grupos endogámicos (cortes). Menor movilidad social.
La guerra es concebida como un inmenso mal. No existen ejércitos profesionales. Se opta por la conquista o asimilación negociada, sin humillación y con respeto a la cultura local (idioma, dioses). Somos hermanos por nuestra procedencia única, la Pachamama.	Existencia de su lógica de guerra permanente y de aniquilación total del enemigo. Hay ejércitos profesionales, dedicados exclusivamente a la guerra, con tecnologías de destrucción sofisticadas.

Virgilio Roel Pineda, sintetiza bien su visión contrapuesta de las culturas andina y europea. La Conquista es entonces un "choque de civilizaciones", donde la oscuridad occidental se impone sobre una civilización incaica superior social y moralmente. Si bien varios elementos de la caracterización de la civilización andina pueden ser considerados correctos, estos se hallan entremezclados con apreciaciones exaltadoras o idealizadoras, provenientes del nacionalismo andino, indigenista o indianista. La comparación tiene claros propósitos de infravalorar a la cultura occidental, y demostrar la superioridad incaica, principalmente, en su dimensión moral-ética, y su

estructura social. Ello permite una argumentación maniquea sobre la Conquista, y de solidaridad permanente ante los pueblos indo-peruanos.

Para el historiador, además, los logros de la civilización andino-amazónica del pasado fueron muy superiores a los alcanzados por la Europa del siglo XV, en el campo del conocimiento y tecnologías para el desarrollo de la vida. Europa, sin embargo; era muy superior en las tecnologías orientadas a la "guerra total", debido a las guerras permanentes en que se desarrolló su historia. "Esta ruta de perfeccionamiento militar se acentuó todavía más cuando vinieron los tiempos del cristianismo, en que las atrocidades bélicas se acentuaron gracias a que el ingrediente religioso aportado por el cristianismo convirtió al guerrerismo europeo en despiadado, brutal y extremadamente sangriento e inmisericorde" (Roel, 2009, p. 38).

La doctrina militar de los incas o antiguos peruanos, es un punto que busca explicar Roel Pineda, para explicar las causas de la derrota del imperio del Tahuantinsuyo, frente a una civilización de una doctrina de guerra de destrucción propia de Europa. De esta manera, la doctrina militar incaica, se caracterizaría por:

1) Para los Incas, la guerra es un mal que contradice el fundamento mismo de la vida, nacida de la Pacha o universo infinito. La destrucción de la vida es un contrasentido, solo justificable cuando es de carácter defensivo o cuando está orientada a mejorar el progreso de todos (Roel, 2009, p. 41).

2) La concepción incaica era la de ampliar ilimitadamente la cooperación fraterna entre los pueblos. El Tahuantinsuyo era una entidad mundial destinada a facilitar la ayuda mutua. Se organizan así ejércitos de mitayos (trabajadores cooperantes), que participan de un proyecto de unificación. Si eran rechazados por otros pueblos podía tomarse las armas y hacer guerra, pero evitando dañar las sementeras e instalaciones productivas. Esta política generó que el proyecto del Tahuantisuyo se llevara a cabo sin guerras. Solo se registran cuatro guerras incaicas: contra los chankas, los huarco, los Chachapoyas y los de Quito. Todos los pueblos sureños se incorporaron al imperio de forma voluntaria y pacífica al proyecto incásico (Roel, 2009, pp. 41-42).

3) En el pensamiento incaico, la Pacha universal es sagrada, y los actos como la guerra y otros deben tener un componente ritual. Esto hizo que las tropas incásicas, en lugar de aniquilar a los adversarios dejaran sus armas para irse a laborar las tierras o cuidar a los animales, permitiendo que el adversario se recupere y aproveche esos momentos para atacar. Cuando un *apu* o jefe era herido, eso era considerado como un mal augurio. El incario no fue una civilización guerrerista, sino vital. En el antiguo Perú, las contiendas armadas eran una eventualidad no deseada, ni buscada, y cuando se desencadenaba, ella debía normarse por ineludibles reglas rituales, que les dieron a los peninsulares una ventaja decisiva, porque para ellos la victoria militar tenía una prioridad absoluta, o sobre todas las cosas (Roel, 2009, p. 43).

La doctrina militar de la España imperial, en cambio, es para Virgilio Roel, se basó en el principio de que los grupos humanos no actúan en cooperación sino egoístamente. La aparición del régimen feudal, con su componente cristiano, hizo que las guerras fueran constantes y más feroces, al aparecer dioses cristianos de la guerra, como san Jorge (Inglaterra), saint Jacques (Francia), Santiago (España), etc. Afirma Roel Pineda:

> *Los conflictos bélicos se hicieron más crueles y despiadados, porque se pasó a combatir no sólo para el enriquecimiento a través del robo y el saqueo, sino también por la salvación de la propia alma, en una imaginaria y fantástica vida sobrenatural. Hay otro elemento más que condicionó la particular ferocidad de las guerras cristianas, y es que toda "mala conciencia", o remordimiento originado en las matanzas, tiene el lenitivo de una suerte de aval del "dios de los cielos" y, sobre todo del perdón: todo cristiano que cometiera cualquier vileza, crimen o genocidio, hasta el más bestial e inimaginable era perdonado siempre e indefectiblemente por su dios, a condición de que se arrepintiera de sus actos, aunque sea en el último minuto de su vida. (Este principio del perdón absoluto convierte a la Iglesia católica en una religión carente de toda moral, porque para ella no hay delito que no desaparezca ante el "perdón divino"; vale repetir lo retiro con suma explicites: la doctrina del perdón hace de la Iglesia cristiana en general, y católica en particular, en una religión carente de todo principio ético, puesto que el arrepentimiento*

de un solo minuto liquida hasta los crímenes más monstruosos (Roel, 2009, pp. 44-45).

Al elemento cultural-religioso, donde la ideología de *guerra santa* destaca, y la exoneración de culpas se impone, según Virgilio Roel, se suman los otros criterios bélicos que emplearon los cristianos para someter a "Indoamérica":

- Manejo y control de intérpretes. Lo que les permite, además, un mejor conocimiento de los adversarios.
- Exclusión de todo escrúpulo. Sobre todo, sentido moral, se imponía el afán de triunfo y sentido de ventaja.
- Adopción de una fingida actitud amistosa e inofensiva frente los pueblos o reinos indígenas, y en una operación traidora y violenta, atrapar al gobernante contrario a través de un acto de suma violencia que impedía toda reacción defensiva contraria[95].
- Aprovecharse de las discrepancias o diferencias internas entre los pueblos, o ahondar las fisuras existentes, haciendo que unos se enfrenten a otros.
- Comportarse siempre con extrema dureza genocida, no sólo para aniquilar sin piedad ni misericordia al rival, sino para transmitir la impresión de invulnerabilidad e invencibilidad. El comportamiento feroz y genocida de las mesnadas hispanas en el Perú, infundio un terror paralizante, propicio para el dominio que deseaban imponer (Roel, 2009, pp. 46-48).

El comportamiento hispánico es claramente *maquiavélico* e inescrupuloso, frente a una sociedad incaica donde la guerra aparece como último recurso para ejercer dominio o control. Virgilio Roel caracteriza a los conquistadores, además, como una "**masa de nobles-delincuentes, odiadores, ociosos y expertos en guerrear a lo sucio**… que luego, participarían con gran protagonismo en **el más gigantesco genocidio que conoce la historia de la humanidad**" (Roel, 2009, p. 36 énfasis añadido).

Sobre el caso particular de Francisco Pizarro, Roel Pineda, describe su baja procedencia y condición excluida (bastardo, repudiado, miserable). Lo describe como

[95] "Este procedimiento lo empleó Cortés en México, cuando aprisionó en forma traidora y ventajista a Moctezuma; después, eso habría de hacer Pizarro en la plaza cerrada de Cajamarca, en donde, luego de aniquilar con ventaja, alevosía y bestialidad a toda la élite incásica que acompañaba al cápac apu inca, apresó a Atahualpa, tras lo cual se paralizó todo el poder central incásico, cuyos resortes principales fueron controlados y asumidos, de inmediato, por los invasores". Virgilio Roel Pineda, *Ataque y destrucción del Imperio Hispánico al Perú de los Incas*, 2009, pág. 47

un joven "**incapaz de acunar amor alguno, ni de cultivar ninguna nostalgia, se marchó de su pueblo, obviamente cargado de odios y rencores infinitos**, alimentados y cultivados por todos los desprecios, humillaciones y maltratos que habían rodeado toda su mísera vida de marginado absoluto" (Roel, 2009, p. 51 énfasis añadido). Aunque Porras ya describe a Pizarro como de corazón "atrofiado para el sentimiento…", parece ser excesiva la presunción de Virgilio Roel de definir el resentimiento profundo del conquistador hacia sus condiciones iniciales de vida, tal vez sea así pero tal vez no. La descripción de Pizarro parece obedecer a la descalificación completa de sus actos posteriores, principalmente durante la conquista.

Durante la estadía en Italia, Pizarro y los españoles aprendieron el "arte sutil de la política italiana, el hábito pérfido de faltar a la palabra empeñada, el culto sórdido del oro…" (Porras citado por Roel, 2009, p. 51). Para Roel esa aseveración de Porras es más bien generosa con el espíritu español, el cual guarda por cuenta propia un culto singular por el atropello de la palabra empeñada, la perfidia y el culto cicatero del oro y su acumulación (Roel, 2009, p. 52). De este modo, con esa nefasta experiencia asimilada y con una cantidad considerable de despreciables habilidades, Pizarro retorna a España y se embarcará hacia Indoamérica. Se suma así, a la búsqueda febril de oro y plata, y forma parte de las acciones brutales de invasión.

Citando muy selectivamente a Porras, Roel describe las *traiciones y vilezas* de Pizarro durante su trayectoria en América. "No eran la lealtad ni la nobleza las que daban el triunfo, sino la rudeza, el egoísmo y la duplicidad cuando fuera necesario… En las Indias había que recelar hasta de los propios amigos y rehuir de la piedad como una señal de decadencia y muerte" (Porras citado por Roel, 2009, p. 51).

Balboa resalta como un gran maestro de Pizarro y otros, en el empleo sistemático de la crueldad, la falta de escrúpulos y la traición para alcanzar los objetivos de enriquecimiento, poder y supervivencia. Pizarro, luego al servicio del gobernador de Panamá Pedrarias, participa en las expediciones brutales y genocidas de capitales como Morales, por ejemplo, en la isla de las Perlas. "Francisco Pizarro acompañando al sangriento Morales fue hasta la isla de las Perlas, degollando hombres, mujeres y niños o incendiando bohíos, para regresar ante Pedrarias llevándole un botín de perlas y de oro" (Porras citado por Roel 2009, p. 51).

Virgilio Roel medita sobre las causas de la conquista, y apunta que la tradicional idea del "espíritu aventurero hispánico" es insatisfactoria, y que la causa profunda se relaciona a la pobreza y la rivalidad. Miles se lanzaron a la aventura no por una inexistente motivación romántica, sino por el simple deseo de salir de la pobreza que ahogaba a la España imperial. "Esa primaria y animal motivación la tuvieron todos los aventureros desarrapados, miserables y sin escrúpulos que pululaban en Panamá… De esa masa miserable y sin escrúpulos es que se formaron las unidades de aventureros que se lanzaron al asalto del fabuloso país que los peruanos del pasado habían construido con tanta dedicación" (Roel, 2009, p. 80). Afirma Virgilio Roel Pineda:

> ***La empresa invasora del Perú, conducida por Pizarro, tuvo un obvio carácter mercantilista y, como tal, estuvo dirigida a la rapiña y al despojo (robo) de las riquezas nacionales***. *Pero la ratería no sólo se practicó contra los pueblos que habitaban el Tahuantinsuyu, sino que también fue una conducta que los invasores practicaron en su relación mutua: los unos les robaban a los otros, y viceversa; en secuencia tal que entre todos ellos se timaban; y estafaban también al propio monarca español quien, por los demás, fue uno de los mayores beneficiarios de este gigantesco saqueo organizado* (Roel, 2009, p. 347 énfasis añadido).

Nuevamente Virgilio Roel, al igual que Edmundo Guillén, apela una representación histórica, donde los españoles despojan al Perú de sus "riquezas nacionales". El anacronismo es intencional, y busca reforzar la denuncia al colonialismo expoliador. La degradación moral de los invasores los lleva a robarse entre ellos, y a la misma corona hispana (consciente o inconscientemente). El monarca, en tanto beneficiario directo del saqueo sistemático, no es superior moralmente a sus hombres o súbditos. La narrativa histórica en clave de denuncia de Roel Pineda, mantiene la línea de los indigenistas de inicios del siglo XX, o de historiadores como Juan José Vega y Edmundo Guillén. Como economista, el autor por momentos enfatiza elementos de ese tipo, como el uso de la categoría "mercantilista"; e incluso llega a calcular a cuánto asciende la riqueza extraída por España en el Perú (*La deuda de España al Perú*, 1992).

Sobre la terminología de los invasores hispánicos, Virgilio Roel, menciona la de "pacificar la tierra", la cual no significaba que los españoles fueran a mediar en

ambientes conflictivos, sino que "iban a imponer su imperio de tierras en que había su propia paz; o sea que, en su mentalidad, lo que buscaban era la paz de su dominio brutal y violento" (Roel, 2009, p. 93).

Roel niega que hayan ocurrido algunos episodios, como los famosos hechos de la isla del Gallo, que considera solo un falso relato posterior, elaborado e imaginado con el objetivo romántico de exaltar la supuesta gesta pizarrista. Es una fábula el relato sobre los "Doce de la fama" que cruzaran la línea trazada por Pizarro. Agrega Virgilio Roel Pineda:

> *... ningún relato heroico o de gesta memorable puede estar ligado a la trama de algún crimen, de algún robo, o a la trama de una cruel y genocida agresión, sino siempre y necesariamente está ligado al altruismo y al humanismo más elevado. El comportamiento de Pizarro y sus acompañantes, pues, no pueden ser equiparables a ninguna gesta memorable, sino a una simple e inmoral conjura, orientada a la ejecución de delitos contra la humanidad* (Roel, 2009, p. 96).

Tras el segundo viaje de Pizarro hacia el Birú, se emprende su retorno a España donde suscribe la capitulación de Toledo, por el cual el imperio Inca desaparece oficialmente. Escribe Virgilio Roel:

> *Mientras esto ocurría en la corte española, en el Perú de los incas habían decenas de millones de personas ignorantes de la existencia de España y de sus reyes o emperadores, y que, por tanto, no podían ni soñar que, en esos momentos, estaban perdiendo todos sus bienes e incluso también su propio derecho a la subsistencia por decisión de una reina desequilibrada, respaldada por la voluntad de un papa católico y romano, que en nombre de su dios, le había concedido en "propiedad" gentes y tierras que ni siquiera conocía* (Roel, 2009, pp. 138-139).

Sobre los hechos de Cajamarca en 1532, Roel Pineda, lo describe como una matanza genocida, tras la cual la corte del inca fue objeto del "más repugnante saqueo por parte de la soldadesca sin escrúpulos que participó en esa inmensa carnicería homicida". Pizarro con sus soldados y puñal en mano se lanzó a "despanzurrar y tasajear" a toda

la guardia de cargadores de Atahualpa. Es así como se consuma la "dantesca masacre genocida de Cajamarca" (Roel, 2009, pp. 178-179).

Virgilio Roel da entender que la estrategia de Pizarro, es casi una reproducción de la aplicada por Cortés en México. Sin embargo, esta idea ha venido siendo cuestionada por historiadores como Esteban Mira Caballos (2019), quien sostiene que, si bien hubo puntos comunes en las tácticas para la conquista de los pueblos indígenas de América, es una falsedad que Pizarro haya copiado a Cortés, siendo además este de mucha menor experiencia militar, frente a un curtido Pizarro, quien peleó en Italia, el Caribe y Centroamérica antes de arribar al Perú.

Por otro lado, el historiador ayacuchano, refiere la insistencia de Pizarro para que Atahualpa reconozca al conquistador como una figura paterna-protectora. Señala Virgilio Roel:

> *Esta insistencia nos muestra con nitidez la política que se había trazado Pizarro, que era la siguiente: como en el antiguo Perú la condición paterna (y materna) no sólo le atribuía a quien la tenía una gran autoridad sobre sus hijos, sean estos naturales o sociales, el solo hecho de que Atahualpa lo admitiese como tal, le atribuía a Pizarro una efectiva autoridad moral ante la sociedad incásica. De esto se desprende que, de su inicial condición de aliado (o hermano), Pizarro buscaba que Atahualpa lo considerara un superior, o un padre, con la obvia idea de que, cuando esa consideración (de padre) fuera admitida, no únicamente por Atahualpa sino también por toda la sociedad, entonces, él tendría autoridad suficiente como para prescindir del propio Atahualpa* (Roel, 2009, p. 187).

De este modo Pizarro seria considera como *machu apo* o poderoso padre mayor, lo que le permitiría introducirse en los "intrincados vericuetos del poder peruano" (Roel, 2009, p. 187).

Un aspecto interesante es el énfasis de Roel Pineda, sobre el valor de lo obtenido por los españoles por el famoso rescate de Cajamarca. Citando al Colegio de Economistas del Perú, del cual era parte, fijó la cifra en "quinientos noventinueve mil cuatrocientos siete millones de dólares norteamericanos más quinientos treintinueve mil

cuatrocientos veintinueve con 95/100 dólares norteamericanos"[96]. Virgilio Roel concluye que: "Estas gigantescas cifras nos permiten tener una idea bastante aproximada, del fenomenal impulso que Europa recibió del Perú incásico como resultado de la invasión que Pizarro encabezó en esta parte de América" (Roel, 2009, p. 192).

Virgilio Roel, no duda en afirmar que: "Ante ese monumental saqueo de los invasores al Estado incásico, que sobrepasa toda imaginación, el tesoro de Moctezuma queda totalmente empequeñecido, pues resulta algo así como nueve veces menor al botín oficial, tomado en Cajamarca" (Roel, 2009, p. 351).

El historiador ayacuchano señala la crueldad de Pizarro, como su orden de encadenar al general Calcuchímac a quien culpa sin pruebas de la derrota en Vilcaconga. Luego describe el "espantoso asesinato de mamacha Asarpay", hermana menor del inca Atahualpa, "quien supo morir con sumo valor y dignidad". Roel Pineda, señala: "En verdad que Pizarro tenía una definida falta de escrúpulos, así como una obvia inclinación criminal, pero, tras su orden de asesinar a Asarpay, hay un indudable componente de temor, inquietud y nerviosismo causado por los sucesivos fracasos que habían sufrido los ejércitos que organizó…" (Roel, 2009, p. 269).

En un interesante párrafo, Roel Pineda refiere un aspecto poco abordado por otros historiadores, el estado de los auxiliares indígenas de los hispanos en medio de la guerra de conquista, aunque podría considerarse inexacta alguna afirmación. Refiere Virgilio Roel:

> *Las tropas hispánicas abusaban, sobrepasando todo límite, de sus propios auxiliares indígenas (a los que siempre se les exigía un esfuerzo hasta la muerte); a esos pobres auxiliares nunca les daban ningún alimento, al paso que se les sobrecargaba con los equipos de los españoles y* ***se llegaba al punto de obligarlos frecuentemente a cargar a los propios caballos de los hispanos*** (Roel, 2009, p. 276 énfasis añadido).

Explica Roel Pinedo que Pizarro conocido por su "doblez", traiciona no solo a los pueblos indígenas, sino también a sus propios socios. Por ejemplo, no reconociendo los acuerdos con los almagristas al inicio de la denominada primera guerra civil.

[96] V. Roel, H. Amat, A. Bueno y otros. *La deuda de España al Perú*, Ediciones del Colegio de Economistas del Perú, Lima, 1992.

Finalmente, Virgilio Roel Pineda, concluye su libro refiriendo el **"despoblamiento genocida del Perú"**. Tras cuarenta años de luchas (1532-1572), murieron incontables combatientes indígenas, a pesar de su heroísmo y decisión. El aniquilamiento de la población peruana tuvo varias causas, como la guerra desatada por las bandas hispanas, cuyos soldados se solazaban con rancheos y guazabaras, en que "se incursionaba sobre las poblaciones indefensas para matar, herir y destruir vidas y viviendas, en unos casos, por el puro placer de hacerlo, y en otros casos, para escarmentar a los habitantes locales" (Roel, 2009, p. 340). A ello se agrega, el uso indiscriminado de auxiliares indígenas a los que se empleaba como bestias de carga, y a quienes se obligaba cargar a los soldados hispanos lisiados o muertos. Finalmente, el autor denuncia la esclavización de los indios, los crímenes sexuales de los conquistadores, y actos abominables como cercenaciones.

> *Los jóvenes que por suerte no morían en esas terribles campañas, generalmente* ***terminaban marcados a hierro, como esclavos, mientras sus padres sufrían alguna mutilación*** *(generalmente alguna de sus manos), y, obviamente* ***las mujeres eran quienes más desamparadas estaban, porque, luego de ser brutalmente violadas, debían soportar la cercenación de alguno de sus senos; casi todas ellas eran violadas, en forma verdaderamente inmisericorde*** (Roel, 2009, p. 341 énfasis añadido)

El historiador Virgilio Roel Pineda sitúa el origen de su libro dedicado a la Invasión española y la resistencia incaica, a las clases de historia del Dr. Jorge Cornejo Bouroncle, en la *Universidad San Antonio de Abad* (Cusco), donde escuchaba sobre la formidable resistencia de los Incas de Vilcabamba[97]. El maestro presentaba una versión contraria a la de la historia oficial, relatando la gesta donde siempre brillaron las armas incásicas (Roel, 2009, pp. 15-16): "Paralelamente con las prédicas del maestro Cornejo, el gran académico James Murra escribió un breve resumen de la formidable resistencia incásica en el siglo XVIII, hecho que sugería una previa

[97] "Oíamos verdaderamente absortos cómo los generales incásicos que enfrentaron la brutal invasión hispánica, derrotaban a las formaciones hispanas (dotadas con el mejor armamento de la Europa de entonces). Esa era una versión obviamente contraria a la historia que se relataba (y todavía se relata) en todo el sistema educativo, según la cual, el Estado inca habría quedado paralizado e incapacitado de toda reacción, después de la captura de Atahualpa y que, además, el alzamiento de Manco Inca apenas si habría provocado los cercos del Cusco y de Lima, luego de los cual el mismo habría desaparecido". Virgilio Roel Pineda, *Ataque e Invasión del Imperio Hispánico al Perú de los Incas*, 2009, pág. 15

resistencia mayor" (Roel, 2009, pp. 17). Posteriormente se suma el conocimiento de la obra de Porras Barrenechea y su detallada descripción de las acciones de los generales incaicos. La aparición del libro *La Guerra de los Viracochas* (1963) de Juan José Vega, causó una impresión muy grande por el relieve en demostrar la larga resistencia andina y las numerosas batallas libradas. Finalmente, Roel Pineda reconoce la deuda con la obra del historiador Edmundo Guillén, colaborador del Centro de Estudios Histórico-Militares, experto en el siglo XVI, y amigo del autor: "al asistir a su sepelio, me propuse escribir este libro, cuyo contenido tenemos la íntima sospecha de que le habría agradado" (Roel, 2009, p. 18).

Virgilio Roel Pineda, junto a Edmundo Guillén y Hernán Amat Olazábal, conforman un grupo de historiadores de origen sur-andino, que rehúsan la historia oficial conservadora-capitalina. Su proyecto historiográfico es el de reivindicar la historia silenciada de los vencidos, y exaltar su propia gesta como pueblo que protagonizó una larga resistencia frente a los invasores hispanos. La lucha hispano-incásica, es un "choque de civilizaciones", donde la tecnología militar occidental se impone a la superioridad moral de la cultura andina. Aunque economista, antes que historiador, Virgilio Roel desarrolló una producción historiográfica importante, donde además destacó la participación de los sectores populares serranos, en procesos históricos como el de la Independencia. La obra de Roel Pineda tuvo gran difusión entre los grupos impulsores de la construcción de una historia crítica y nacionalista.

Roel Pineda elabora una historiografía de denuncia frente a la destrucción de la civilización andina y la imposición del sistema colonial. Y aunque logra imprimir rigor historiográfico a su obra, sus juicios parecen excesivos en varios momentos, sus afirmaciones categóricas, censuras y maniqueísmos son frecuentes[98]. Frente a una historiografía conservadora, que silenció o relativizó las atrocidades de la invasión europea, pareciera deseable la presencia de una historia como la de Virgilio Roel Pineda, antes que su ausencia. El impulso de una "idea crítica" sobre la historia nacional, tiene a autores como Virgilio Roel Pineda, Carlos Daniel Valcàrcel, Juan José Vega, Pablo Macera, Edmundo Guillèn y Heraclio Bonilla, como algunos de sus referentes más destacados.

[98] El crítico del indianismo boliviano, H. Mansilla, rechaza el "paradigma de identidad sin mácula" que propone el indianismo regional aymara. Señala que hay un potencial conservador "bajo el manto revolucionario de nociones anti-imperialistas y anti-occidentales". Se impone un *esencialismo positivo* alrededor del indígena (cualidades morales superiores). H. Mansilla, *Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización*, 2014, pág. 13-14

1.2.8 La Conquista y Francisco Pizarro en la obra de Rafael Varón Gabai.

Historiador peruano (n. 1953) con estudios de posgrado en la Universidad de Texas, Austin, y la Universidad de Londres. Autor de numerosos trabajos, como: "El comportamiento de incas y españoles en Huaylas en la primera mitad del siglo XVI", "El clero y la fiscalización imperial en la conquista del Perú", "El Taki Onkoy, las raíces andinas de un fenómeno colonial", "Curacas y encomenderos", "Acomodamiento nativo en Huaraz, siglo XVI y XVII", "Los dueños del Perú: negocios e inversiones de los Pizarro en el siglo XVI". Siendo su trabajo más ambicioso *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú* (1996). Obra basada en su tesis doctoral, dirigida por John Lynch, y comentarios de Franklin Pease, entre otros destacados especialistas.

Varón Gabai señala que los aspectos militares y religiosos de las expediciones conquistadoras al Perú, han llamado la atención de los historiadores a lo largo de los siglos, pero el lado económico ha permanecido casi inexplorado (Varón, 1989, p. 2). Por ello, el gran aporte de su trabajo es que descubre la dimensión empresarial de la conquista, y cómo fue el interés privado la fuerza que alentó la invasión española al imperio incaico. Explica la extraordinaria labor de Francisco Pizarro para gestionarse recursos financieros, negociar tratados y acuerdos legales, y defender sus intereses ante la corona española. Todo ello, en el marco de una compleja red de socios, y la constitución de una empresa familiar. Refiere Rafael Varón:

> *Francisco Pizarro y la conquista del Perú, han sido tema de numerosos trabajos de las más variadas características, desde narraciones imaginarias hasta valiosos estudios históricos. Quizá la constante en todos ellos haya sido la búsqueda de una explicación de los hechos que conmovieron a los Andes en el siglo XVI e hicieron caer a sus pobladores bajo el dominio del imperio español. Así, se han tratado aspectos religiosos, militares, políticos y culturales, y aun amorosos relacionados a*

> *la invasión, conquista y colonización del Tahuantinsuyo. Resulta curioso, sin embargo, que hasta la fecha no se haya tratado en su debida magnitud la motivación empresarial de los conquistadores. Fue ésta la que permitió que hombres valerosos de Europa se uniesen y dispusiesen de recursos para buscar la sujeción de otros hombres que heroicamente defendían a sus dioses, sus familias y sus tierras ante el invasor. Es este aspecto empresarial y la relación política que la compañía de conquista mantuvo con la corona española lo que hará comprender, asimismo, que el gobierno primigenio del Perú colonial estuviese dominado por Francisco Pizarro, sus familiares y allegados* (Varón, 1997, p. 17)[99].

Varón explica como la conquista del Perú se basó en una organización empresarial privada, que proveyó los recursos económicos y militares para la invasión encabezada por Francisco Pizarro. También se explica como la organización pizarrista creó de dos estructuras paralelas: una empresarial, vinculada a los intereses privados de Francisco Pizarro y sus hermanos, y una organización política, destinada al manejo del gobierno de la colonia (Varón, 1997, p. 18).

Una de las conclusiones principales de su trabajo es que Los Pizarro desarrollaron diferentes negocios desde las mismas etapas iniciales de la conquista del Perú. Actividades simples como el préstamo de dinero, la venta de caballos a crédito, hasta negocios mayores vinculados a la importación de ropa de España o la propiedad de barcos destinados al comercio. Para Varón Gabai, incluso "En algún momento, sin embargo, resultó imposible distinguir sus negocios privados de su gobierno del Perú" (Varón, 1989, p. 33). Al poseer el control, los Pizarro se apropiaron de los mejores recursos del territorio conquistado y distribuyeron el resto entre sus seguidores.

[99] Varón señala que el modelo español de conquista de América: "se caracterizó por la presencia de empresas privadas que actuaron bajo el patrocinio real, en el Perú ambas estructuras estuvieron estrechamente vinculadas en tanto que respondían a los intereses particulares del gobernador Pizarro y sus allegados. Aquello que en sus inicios había sido algo más que un pequeño grupo de servidores se convirtió en una nómina de cientos de personas de origen europeo, destinadas a servir a Pizarro. Su función era doble. Por el lado empresarial, debieron dirigir y recoger la producción de miles de indígenas — que para fines tributarios los españoles se repartieron bajo la forma de encomiendas — , así como atender las unidades productivas y mercantiles que se ubicaron a todo lo largo del antiguo territorio incaico. Por el lado gubernamental se designaron individuos de confianza para cubrir los diversos cargos políticos y municipales, así como para mantener las relaciones con la burocracia imperial, tanto en la metrópoli como en el Perú". *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*. 1996, pág. 18

Francisco Pizarro y sus hermanos empezaron a organizar una amplia gama de empresas, poco después de la captura de inca Atahualpa en Cajamarca: encomiendas, minas, propiedades urbanas y rurales (Varón, 1989, p. 33).

La representación del conquistador Francisco Pizarro que nos propone el historiador Varón Gabai, es la de un **intrépido capitán y hombre de negocios**. Como los conquistadores de su época, las expediciones que organizó no sólo estaban destinadas a obtener oro y plata de los pueblos sometidos, sino hacerse de tierras e indios (propiedades, encomiendas), títulos y derechos exclusivos para la explotación de las zonas asimiladas. Pizarro no es reducido a un sanguinario expedicionario español, o un ferviente creyente y colonizador, sino a un hombre de negocios o empresario, que a pesar de su analfabetismo y su bajo rango social, supo aprovechar las oportunidades de la conquista del "Nuevo mundo", estableciendo además las bases del poder colonial en el Perú. Pizarro lidera un proyecto mercantil, antes que una cruzada religiosa. Pizarro es líder de un clan que se posiciona insuperablemente en los primeros años de la conquista, pero cuyo poder será volátil, debido a las prontas guerras civiles y la imposición del poder real en el Perú. Francisco Pizarro no es juzgado como símbolo de la opresión colonial o fundador del Perú actual, como lo han hecho algunos historiadores, sino es presentado e interpretado como parte de un proyecto mayor de expansión mercantilista y capitalista desde Europa, donde se asocian la empresa privada y el poder real.

Sobre los orígenes de Francisco Pizarro, Varón Gabai sigue las investigaciones de Porras, determinando su condición de hijo ilegítimo de un hidalgo trujillano. En relación a su infancia, se atribuye la famosa "leyenda porcina" sobre Pizarro, nuevamente al cronista Francisco López de Gómara, autor de tendencia almagrista, quien se encargó de difundir esta leyenda, logrando que sea acogida por la historiografía (Varón, 1997, p. 34).

Pizarro ya en América, específicamente en tierra firme, participa incansablemente de las "entradas" a los poblados indígenas de Castilla del Oro. Pizarro participa activamente de las actividades de saqueo sobre diferentes pueblos, cumpliendo a cabalidad sus funciones de conquistador y pronto de capitán. Bajo el mando del

gobernador Pedrarias, como teniente de las tropas de Alonso de Ojeda en Santo Domingo, participando de las expediciones organizadas por el licenciado Gaspar de Espinoza, etc. Entre 1509 y 1519, Pizarro era un conquistador sobresaliente, apreciado entre los suyos. Cuando se funda la ciudad de Panamá en 1519, a pesar de la ausencia de Pizarro quien se hallaba en una expedición, es nombrado regidor del cabildo, recibiendo un solar y convertido en uno de los mayores encomenderos de la nueva ciudad (Varón, 1997, p. 36).

Varón Gabai explica como la fase de la compañía, *empresa marítimo-comercial* basada en el modelo italiano aplicado por Colón en el Caribe, había sido reemplazado por la *campaña militar*, tradición proveniente del medievo y proseguida durante la Reconquista española. La primera fase operaba en base a inversionistas que contrataban los servicios de un conjunto de asalariados, mientras la fase de la compañía española se conformaba en base a un grupo de hombres, cada uno a cargo de su instrumental y armas, no recibiendo un salario sino una participación en el repartimiento del botín, porcentaje estipulado mediante un acuerdo previo (Varón, 1997, p. 37).

Las expediciones más tempranas o "cabalgadas" en búsqueda de oro, esclavos y perlas desde La Española, emplearon la modalidad de la compañía militar. De esta manera, los españoles al avanzar de las islas al continente, la práctica habitual era compartir la inversión y ganancias, en oro, esclavos o encomiendas, prescindiéndose de un salario, con excepción de los marinos. En esta dinámica, de la participara Francisco Pizarro, los expedicionarios que se hicieran de encomiendas y alguna riqueza, fundaban un asentamiento español en el que permanecían, mientras el resto de expedientaros continuaba participando en "entradas" hacia tierras incógnitas. Los gobernadores y vecinos de nuevo asentamiento participaban de estas expediciones, financiándolas, siendo esto una inversión arriesgada, pero a la vez rentable (Varón, 1997, p. 38).

Varón Gabai, siguiendo a Lockhart y Schwartz, señala que "el motor de la expansión española en América no fue la aventura sino la pobreza y la rivalidad. Los expedicionarios abandonaban un lugar que no les ofrecía mayores posibilidades, al

haber sido saturada la extracción de recursos naturales y mano de obra indígenas con la presencia de los vecinos más poderosos" (Varón, 1997, p. 38). En la obra se destaca la habilidad de Pizarro para construir vínculos de lealtad con sus soldados, sobre todo los numerosos soldados trujillanos, cuya lealtad seria apenas superada por el "infalible apego fraterno que unió a los hermanos Pizarro entre sí" (Varón, 1997, p. 24).

Rafael Varón explica que, en la expansión hispana sobre las islas y la costa adyacente, la actividad principal había sido el intercambio menor con los indígenas y las "cabalgadas" (expediciones de penetración y saqueo), pero sin intención de asentamiento permanente. Será la conquista de México por Hernando Cortés, la que "marca el comienzo de una nueva etapa en la colonización americana" (Varón, 1997, p. 39), ya que el objetivo será el asentamiento permanente o colonización. "Una modalidad basaba en la fundación de ciudades con encomenderos residentes, poderosos cabildos bajo el control de los mismos encomenderos y servicio personal de la población indígena con sus propios caciques de intermediarios" (Varón, 1997, p. 39). Se este esquema se aleja de la búsqueda del botín inmediato. Sin embargo, como apunta Varón, "la causa principal de que la "entrada" a México se convirtiese en una conquista permanente — como luego sucedería en el Perú— no fue la voluntad del grupo específico de conquistadores, sino la naturaleza de la sociedad indígena que se enfrentó en esa ocasión" (Varón, 1997, p. 39).

Por otro lado, la invasión de México, indica una nueva etapa en la evolución del dominio español de América, según Varón. Pues se contaba con capitales acumulados por diversos grupos como mercaderes y financistas procedentes de Génova, Florencia, Nüremberg y Augsburgo, al igual que españoles. Estos mismos capitales participarán activamente en la financiación de expediciones de conquista, "permitiendo con su aporte la organización de empresas de mayor envergadura, que paulatinamente profundizaron y afianzaron la presencia europea" (Varón, 1997, p. 39).

En conclusión, la ocupación española transitó de saqueos a poblaciones indígenas relativamente cercanas a sus asentamientos, hacia expediciones más costosas y complejas como la de México y el Perú. "En este momento que anuncia la plena

madurez de la primera fase de la penetración europea en América, es que Pizarro inicia las tratativas de la empresa de conquista del Perú" (Varón, 1997, p. 40).

En 1522, Francisco Pizarro había obtenido buenas condiciones de vida como vecino, encomendero y autoridad en la ciudad Panamá. Sin embargo, decidirá arriesgar su puesto privilegiado, y emprender una larga, costosa, muy dificultosa búsqueda de las tierras del "Birú", aquellas ya exploradas en parte por Pascual de Andagoya. Para ello Pizarro y Almagro suscribirán una "capitulación y asiento" con el gobernador Pedrarias. Varón explica, que estas nuevas expediciones al sur se convertirán en un campo magnético que atraerá a viejos y nuevos conquistadores. Por ello, los socios deberán asegurar la exclusividad de su empresa. Otra, aspiración de los conquistadores es la de librarse de intermediarios como los funcionarios y autoridades de tierra firme, esto a través de contratar directamente con la corona, como finalmente sucedió en 1529 con la capitulación de Toledo (Varón, 1997, pp. 41-42).

La financiación de la expedición capitaneada por Pizarro, estaba constituida por una "gigantesca red de aportes", de poderosos grupos económicos y de pequeñas sociedades e individuos. Varón Gabai, explica que la compañía principal asumía la responsabilidad sobre la organización global de la expedición conquistadora (naves y tripulantes, reclutamiento de las tropas en general, aprovisionamiento de materiales diversos).

> *Cada uno de los participantes ingresaba a la expedición en calidad de socio, con un aporte que normalmente se iniciaba con su propia persona y podía ser incrementado con armamento, caballos, esclavos y bastimentos. Es por este motivo que los miembros de la expedición se nombraban a sí mismos como "compañeros" pero nunca "soldados", ya que este término implicaba un salario, que el compañero no recibía. La utilidad obtenida por la empresa era dividida en proporción al aporte personal, una vez deducidos los gastos de la compañía principal* (Varón, 1997, p. 58).

El aspecto más relevante en la representación de Francisco Pizarro que hace Varón Gabai, es que el conquistador del Perú mostró una **extraordinaria habilidad empresarial y política**, que le permitirán lograr sus objetivos en América. **"**A los cuarenta años de edad aproximadamente era uno de los más antiguos capitanes de las Indias, disponía de un respetable patrimonio y había asimilado los elementos técnicos e ideológicos que sustentaban la expansión europea en América" (Varón, 1997, p. 44).

En Panamá Pizarro, Almagro y Luque se encontraban entre los hombres más ricos de la ciudad. Habiendo participado además en diversas empresas como las expediciones a Nicaragua (1522-1523). En posesión de buenos repartimientos de indios, tierras, ganados, los tres formaran una poderosa sociedad hacia 1524, la *Compañía del Levante*. Varón indica que la alianza con Luque tenía una ventaja adicional, pues el clérigo era amigo cercano del gobernador Pedrarias, favoreciéndose así los intereses de la Sociedad en la negociación. Por otro lado, la sociedad entre Pizarro y Almagro era antigua al punto que antes del primer viaje al Perú, "era imposible separar los bienes de uno y otro" (Varón, 1997, p. 46). La nueva empresa logró captar capitales de una amplia gama de inversionistas, donde destacó el patrocinio del licenciado Gaspar de Espinosa, aunque "no hay ninguna evidencia que sustente el planteamiento de que él hubiese sido el financista principal" (Varón, 1997, p. 49). En todo caso, fue visible su apoyo a Almagro en el enganche de nuevos soldados, el flete de embarcaciones y su labor como difusor de noticias de los avances de la empresa entre las autoridades metropolitanas y la prensa europea, como apunta Lohmann Villena en sus trabajos.

Francisco Pizarro tuvo mucha confianza en el exitoso hombre de negocios Gaspar de Espinoza, lo cual se comprueba al confiarle en su testamente la custodia del patrimonio de sus hijos doña Francisca y don Gonzalo. Espinoza gozó en Lima de una posición privilegiada, resultado de sus múltiples negocios y su amistad y ascendencia sobre Pizarro y Almagro (Varón, 1997, p. 52).

Otro aspecto relevante en la caracterización de Francisco Pizarro, a parte de sus habilidades políticas y empresariales, fue sus dotes como estratega y capitán de la empresa. Su capacidad de liderazgo en momentos de gran incertidumbre, como por

ejemplo la aparición de peligrosas expediciones competidoras como las encabezadas por destacados conquistadores como Sebastián de Benalcázar, Hernando de Soto o Pedro de Alvarado. Expediciones que se lograron asimilar a la empresa pizarrista, a través de varias formas, como la negociación e incluso cierta coacción. Se acrecentó así el poder las fuerzas de Pizarro y quedaba en evidencia nuevamente la capacidad y liderazgo del conquistador del Perú (Varón, 1997, pp. 54-57). Refiere Rafael Varón:

> *Se trataba de una empresa viva y dinámica que respondía a los retos cotidianos, provenientes del frente indígena y del español. Es claro que no se tenía una idea precisa de lo que se buscaba, ni siquiera del camino que se habría de recorrer. Tampoco se contaba con suficientes hombres ni provisiones para avanzar indefinidamente por territorio desconocido. Sin embargo, la compañía disponía de la suficiente flexibilidad y habilidad para capitalizar en su provecho una gran cantidad de recursos, y con la esperanza de encontrar un país como el que ya había dominado Cortés* (Varón, 1997, p. 57).

La expedición final de Pizarro desde Panamá, estuvo permanentemente acompañada por grupos de mercaderes que sirvieron de puente entre la campaña en sí, y los centros abastecedores europeos localizados en Panamá. Por otro lado, la mayor expectativa de esta empresa conquistadora será el establecimiento definitivo en las tierras a sojuzgarse. "Pizarro buscaba en ese momento su emancipación del patrocinio a que había estado sometido anteriormente, intentando llegar sin intermediarios a un acuerdo directo con la corona" (Varón, 1997, p. 61).

El historiador Varón Gabai, desarrolla en detalle la capitulación, mercedes y fiscalización que enmarcaron el tercer y definitivo viaje de Pizarro. Presenta al capitán español en su preocupación y cuidado por obtener el reconocimiento de la corona a sus derechos sobre el descubrimiento y conquista del Perú. Hecho fundamental para obtener y organizar los financiamientos, así como para neutralizar las aspiraciones de otros conquistadores. Lograr la "exclusividad de la empresa" facilitaría los créditos y la ejecución de la expedición definitiva (Varón, 1997, p. 63).

La estrategia de Francisco Pizarro, explica Varón, se inició en Tierra firme al tomar contacto con hombres poderosos, los cuales tenían influencias personales en la corte española. Es así como en 1529 Francisco Pizarro lograr la firma de la Capitulación de Toledo, con la reina Isabel de Portugal (esposa del rey Carlos I). Dos compromisos de la corona se observan con claridad en este documento: a) entregar la exclusividad de la empresa a Pizarro y Almagro, y b) apoyar la adquisición de armas, insumos y caballos para la campaña (Varón, 1997, p. 67).

Los beneficios como títulos y rentas solo se materializarían en caso de existir riquezas y demostrar la capacidad de conquistarlas. Sobre el tema de las ansiadas encomiendas de indios, Pizarro recibe la promesa de otorgarle en el futuro el poder para apropiarse y repartir encomiendas en nombre de la corona. "Dinero e indios" serán las dos materias más delicadas y atractivas de la invasión al Perú (Varón, 1997, p. 68). Otra merced otorgada por la corona fueron las exoneraciones tributarias para la compra de esclavos y mercaderías, además de financiamiento para la adquisición de armas de fuego e insumos. Para Varón Gabai, la capitulación de Toledo y los otros documentos que conforman el acuerdo contractual entre la corona y Francisco Pizarro, evidencian la confianza y la necesidad mutua para concretar a empresa conquistadora.

La misma corona aporto cierto capital para la financiación de la empresa, un monto reducido, pero que demuestra el papel activo del Estado en la penetración europea hacia América, ya sea en lo económico, la fiscalización y las facilidades para el acceso a armas e insumos (Varón, 1997, p. 69).

Para Varón Gabai "resulta inevitable la conclusión de que el aparato legal tuvo un efecto favorable sobre la empresa pizarrista" (Varón, 1997, p. 73). La exclusividad otorgada por la corona, permitió frenar a los "empresarios - conquistadores independientes" como Hernando de Soto o Pedro de Alvarado. Pizarro debía informar a la corona sobre los avances y necesidades de la expedición. **Pizarro se mostró hábil al poder actualizar las condiciones acordadas con la corona:** poder político, mercedes honoríficas, explotación del territorio, ampliación de su gobernación, etc.

Pizarro podría otorgar repartimientos, designar regidores en el cabildo, gozar de licencias para pasar esclavos a América, exoneraciones del pago de almojarifazgo, etc. "Los Pizarro aprovecharon la favorable disposición imperial para exigir la exclusividad de su compañía en la conquista del Perú" (Varón, 1997, p. 78). Por otro lado, Varón Gabai señala que "En cuanto al grupo familiar de los Pizarro, Francisco destacaba por ser el más favorecido, no solamente por su condición de gobernador sino también por las ventajas que le otorgaba en el campo económico" (Varón, 1997, p. 81).

El historiador limeño considera que el descontento de los hombres recién llegados con Almagro, unido a "la urgencia de los captores por recibir su parte del botín y de los oficiales reales por enviar el quinto real a España, no hizo más que precipitar la repartición de los tesoros y el ajusticiamiento de Atahualpa" (Varón, 1997, p. 89). De este modo, la muerte del inca habría sido consecuencia de varios hechos, siendo uno relevante la presión de los soldados.

Un aspecto que distingue a Varón Gabai de los biógrafos de Francisco Pizarro o historiadores de la conquista del Perú, es que no se concentra solo en los hechos de la conquista del Tahuantinsuyo, sino aborda el gobierno en sí de Pizarro sobre este territorio. Presenta a marqués gobernador no solo como el líder militar que fue, sino como el administrador de la nueva colonia.

> *El gobierno que ejerció Francisco Pizarro en el Perú fue bastante más breve de lo que su resonancia futura haría suponer, ya que solamente transcurrieron diez años entre el inicio de la conquista y el asesinato del gobernador. Ese lapso bastó para invadir el territorio, vencer al enemigo indígena y afirmar definitivamente el gobierno colonial en el país* (Varón, 1997, p. 105).

Además, “La preponderancia de trujillanos y extremeños en el grupo, sumada a la presencia de los hermanos y parientes de Pizarro, elevaron aún más la figura de éste como artífice político y militar de la conquista” (Varón, 1997, p. 107).

Varón Gabai alude a algunos cuestionamientos sobre la honestidad de Francisco Pizarro, sobre ello explica que los testimonios recogidos, aunque escasos, muestran corrección del conquistador en cuanto a repartición de botín y separación de los porcentajes para la corona (Varón, 1997, pp. 111-112). Sin embargo, Pizarro no es ajeno a la práctica común de privilegiar con cargos a sus colaboradores cercanos, paisanos y criados. Siguiendo el trabajo de Lockhard, *Men of Cajamarca* (1972), se observa a distintos personajes próximos a Pizarro como miembros del cabildo de Lima (Varón, 1997, pp. 115-116).

Varón Gabai muestra también a Pizarro y sus hombres en su relación con el mundo indígena. “Una característica de la conducta de la hueste conquistadora fue la alternancia entre la violencia y el trato amistoso, buscando simultáneamente generar el temor entre la población y las alianzas con determinados grupos nativos” (Varón, 1997, p. 221). Destacan los vínculos con los intérpretes, los señores étnicos, las mujeres de la nobleza regional y cusqueña, los nobles incaicos, el Villac Umu, etc. Pizarro procuraba atraer la amistad de los pueblos, tales como los Huancas en Jauja o antes los cañaris en el norte. Pero los jefes locales y señores regionales también obraron con iniciativa política propia, decidiendo por sí mismos cuando les convenía aproximarse o aliarse con la gente comanda por Pizarro (Varón, 1997, p. 222).

Francisco Pizarro es presentado también en sus vínculos con pueblos como los Huaylas, ocupantes de una magnifica región de alta producción agropecuaria y presencia de minas de oro y plata. Pizarro se unirá en matrimonio con una princesa, bautizada Inés Huaylas, quien le dará dos hijos Gonzalo y Francisca Pizarro. Varón cita a dos conocidos historiadores para explicar estos vínculos establecidos por Francisco Pizarro:

> *Resulta difícil establecer las características del vínculo que relacionó políticamente a Pizarro con Contarguacho (Padre de Inés Huaylas). Waldemar Espinoza opina que estas alianzas lograron "suavizar el descontento de la nobleza del reino de Huaylla frente a los cusqueños, a quienes veían como a invasores e imperialistas". Franklin Pease, por su parte, ha propuesto que "el matrimonio del Inka con hijas o hermanas de los curacas era justamente un canal para establecer relaciones de reciprocidad entre aquél y los señores étnicos* (Varón, 1997, p. 252).

Varón alude a la ruptura entre Pizarro y doña Inés Huaylas. Citando al cronista Pedro Pizarro se afirma que Azarpay, una noble indígena que había huido ante próxima entrega en matrimonio a un español, fue capturada y trasladada a la casa de Pizarro en Lima. Doña Inés, acosada por la envidia que le despertó esta noble "que era más principal que ella", le dijo a Pizarro que debía matarla para que se levantase el sitio de la ciudad, que en momento se producía. Pizarro ordenó que le dieran garrote, pena que se cumplió de inmediato. El episodio debió motivar a Pizarro a deshacerse de doña Inés, quien fue entregada en matrimonio a Francisco de Ampuero, a quien se le otorgó un repartimiento de indios. **"**Esta modalidad de entregar la mujer que se rechazaba en matrimonio a un allegado de posición inferior, era frecuente y, cuando se podía, se la acompañaba de un presente" (Varón, 1997, p. 254).

Francisco Pizarro luego se relacionaría con Angélica Yupanqui. Cabe la posibilidad de que ella fuera entregada a Pizarro por Atahualpa, al igual que doña Inés, para establecer vínculos de parentesco, o que el conquistador la hubiese tomado por la fuerza como sucedió en la gran mayoría de casos durante estos años de invasión o conquista (Varón, 1997, p. 267). Siguiendo las ideas de Lockhart, Varón refiere que posiblemente Pizarro ya habría estado vinculado a doña Angélica antes de separarse de doña Inés, y daría fundamento a la acusación de Pizarro hacia Almagro de haber tomado "a su india", cuando este último retornaba de su fracasada expedición a Chile e ingresaba al Cusco (Varón, 1997, p. 267).

Francisco Pizarro llevo su cálculo político y estrategias de alianza hacia el campo de la relación matrimonial, primero en su unión con doña Inés, procedente de una

importante nobleza regional, los Huaylas; y en segundo lugar en su unión con doña Angélica Yupanqui, perteneciente a la nobleza o élite cusqueña.

> *La relación que Pizarro sostuvo con doña Inés, así como con Paullu, llevó a un vínculo especial entre el conquistador y la provincia de Huaylas, que además él tomó en encomienda. Pero también los cañaris (encomienda de Gonzalo Pizarro) y los limas (encomienda de Francisco Pizarro) prestaron su apoyo a los españoles y en la documentación lo repiten y celebran* (Varón, 1997, p. 269).

El historiador limeño dedica el capítulo 7 de su libro a "El mundo indígena y los conquistadores", donde describe todos estos aspectos. Señala Rafael Varón:

> *Todos los casos citados en este capítulo muestran vínculos que favorecieron a los españoles en su penetración del Perú y que llegaron a formar un círculo de indígenas, así como de españoles, adictos al pizarrismo, aun luego de erradicados los Pizarro del país. Asimismo, se ha encontrado que los indígenas se afiliaron a las distintas facciones españolas y participaron en el juego político del conquistador de la misma manera que los españoles. Sin embargo, no puede perderse de vista que también hubo variadas modalidades de resistencia contra el conquistador, que se mantuvieron por períodos prolongados luego de la invasión* (Varón, 1997, p. 270).

La Conquista, en su calidad de empresa económica, tuvo como una de sus expectativas mayores la adquisición de propiedades, tanto para los socios de la compañía, los inversionistas e integrantes de la hueste. La mayoría de conquistadores recibiría una encomienda principal en las ciudades fundadas. Pero "Por su condición privilegiada, los Pizarro obtuvieron numerosas encomiendas repartidas en las jurisdicciones de las ciudades de españoles fundadas en el Perú. Francisco Pizarro fue quien abarcó las

propiedades de mayor valor; a él le siguieron sus hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro, y sus hijos doña Francisca y don Francisco Pizarro" (Varón, 1997, p. 271).

Como parte de su patrimonio personal, Francisco Pizarro eligió como residencia cuatro solares, que poco antes fueran las casas y huacas del curaca Taulichusco de Lima. Varón explica que el motivo de la ubicación de estas fue su altura, pues permitiría vigilar los alrededores de la ciudad, como lo hiciera Taulichusco, así como controlar una de las bocatomas principales de los ríos artificiales que se derivaban del río Rímac (Varón, 1997, p. 279).

La contribución de Varón Gabai a la representación del conquistador Francisco Pizarro, es la de ampliar la imagen sobre este. Pizarro no es examinado en su faceta como soldado-capitán, o solo su etapa como gobernador, sino es analizado como negociante o empresario, labor que desarrolló en todo momento. La imagen de bronce del hombre a caballo dispuesto a la batalla o a la fundación de ciudades, cede al del personaje, que a pesar de su analfabetismo, siempre supo resguardar sus intereses comerciales y hasta fiscales.

Varón Gabai, presenta a un Francisco Pizarro obviado por toda la historiografía peruana anterior, la del "conquistador empresario". Otros conquistadores españoles ya habían sido estudiados en su faceta como negociantes, comerciantes, financistas o administradores, pero faltaba un estudio sistemático en el caso de Pizarro y su clan. La imagen de Pizarro resulta integral, en la medida que es observado más allá de la imagen casi mítica de conquistador. Pizarro fue soldado, gobernador, negociante y hombre de fe.

CAPÍTULO II. VISIONES SOBRE LA CONQUISTA DE AMÉRICA E IMAGINARIO HISTÓRICO SOBRE FRANCISCO PIZARRO.

2.1 EL V CENTENARIO DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA (1992).

El historiador es un árbitro de las diferentes memorias.

(Pierre Nora)

La conmemoración por los 500 años del Descubrimiento de América, fue motivo de grandes polémicas y expresó bien las tensiones sobre cómo se interpreta el pasado, tanto desde la historiografía, como desde diferentes discursos sociales. La formación de comisiones preparatorias de la conmemoración en América latina, generó críticas diversas desde sectores pro-indigenistas. La iniciativa española de celebración tuvo entusiasta adhesión desde grupos conservadores americanos, pero también respuesta desde los movimientos indigenistas e intelectualidad crítica del continente. Así, mientras en octubre de 1992 se producían eventos oficiales de conmemoración en varias ciudades, paralelamente se organizaban eventos o manifestaciones de rechazo en diversas localidades de América. El 12 de octubre de 1992, por ejemplo, los indígenas de Chiapas derribaron la estatua del conquistador Diego de Mazariegos, en San Cristóbal de las Casas. Mientras en Ecuador la CONAIE o Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, organizaron marchas de rechazo a esta celebración. Mientras el movimiento indígena Tawantinsuyo solicitaría el pago de 650 millones de dólares de reparación civil al gobierno de España por el genocidio perpetrado en América[100].

> *El 12 de octubre de 1993, en Chile, las comunidades aymaras del altiplano recordaron a sus héroes en la lucha contra los invasores españoles, en una masiva ceremonia celebrada en la ciudad de Arica, con el doble propósito de mostrar así la presencia y vigencia de los pueblos aymaras y honrar a los héroes regionales que han sido olvidados por la historia oficial* (Ordóñez, 1996, p. 120).

La lucha por la memoria de la conquista, resulta así, una lucha por la reivindicación de la resistencia indígena ante una historia oficial criolla-blanca. La lucha indígena (o en nombre de los indígenas) por ser "visibilizados", significa la elaboración de una narrativa histórica alternativa, una historia de los "vencidos", una historiografía que denuncie el despojo y marginación históricos, así como la exaltación de la identidad cobriza frente a una identidad occidental hegemonizante y excluyente.

En un sentido más amplio, se trata también de una lucha intelectual entre posturas conservadoras y críticas. Donde se pone en juego la idea de nación, la cual es

[100] En el Cusco, integrantes del MRTA ocuparon oficinas de la agencia de noticias UPI, y transmitieron mensajes de rechazo a esta celebración

presentada por los conservadores como algo acabado, a partir de la conjunción o mezcla (casi) armónica de lo blanco e indio (demás de los afro y asiático). La idea de que existe una nación peruana, fue defendida con ardor por intelectuales como Riva Agüero y Víctor Andrés Belaúnde. Mientras para los intelectuales de la corriente crítica y revisionista, el Perú es todavía un país fracturado o dividido en pequeñas y diferentes nacionalidades, somos una nación que todavía no termina de construirse. La tendencia conservadora presenta así una visión inmóvil y estática, donde la nación ya está dada. Mientras la corriente crítica presenta una historia dinámica o en movimiento, una historia que exige cambios para alcanzar la construcción de una verdadera nación peruana. Refiere el sociólogo Osmar Gonzales:

> *El discurso radical coloca toda su fuerza argumentativa en las energías de la nación, de la sociedad, del pueblo, según los matices discursivos que se pueden hallar. A diferencia del discurso conservador, el radical sospecha de la teoría del Estado como encarnación de la nación. Por el contrario, denuncia a lo estatal como un instrumento de dominación y, más todavía, como el principal obstáculo para que la nación se realice. Solo en un sentido no niega el papel del Estado: si este ha de existir deberá hacerlo cumpliendo el mandato de la nación y, ahí sí, a su imagen y semejanza. En medio de estos dos discursos básico hay una verdad de matices, pero que no adquieren el carácter de discursos totales* (Gonzales, 2010, p. 64).

Aunque los movimientos indigenistas se vinculan a las tendencias críticas sobre la existencia de la nación, en realidad lo que niegan es la existencia de una nación única (blanca, occidental), para así reclamar la el reconocimiento de las nacionalidades indígenas. En su versión más radical, el indigenismo (por lo menos en su retórica) exige la presencia de una nación cobriza única y excluyente, tal es el caso del *movimiento etno-cacerista* de inicios del 2000, liderado por Ollanta y Antauro Humala.

La conmemoración de los 500 años del descubrimiento de América, significó uno de los momentos más claros de las pugnas discursivas sobre la nación en América, y la legitimidad del poder de las élites nacionales. De ninguna manera se discutía sólo el pasado, sino los abismos sociales presentes, causados por las desigualdades y

exclusiones culturales principalmente. De ahí que muchos textos reflexivos sobre el significado de los 500 años de …, se concentraran en explicar los mecanismos de dominación económica actuales, a través de la teoría de la dependencia, o la necesidad de políticas interculturales para construir verdaderos Estados democráticos en Latinoamérica.

Las luchas en este contexto se trasladaron al lenguaje, destacando la pugna entre llamar a este hecho histórico *descubrimiento-conquista* o *invasión-genocidio*, que más allá de apelar al rigor terminológico buscaba legitimar una postura política y ética frente a este pasado-presente. Particular interés tuvo la propuesta del destacado historiador mexicano Miguel León Portilla, de denominar a este suceso histórico clave, como el "Encuentro entre dos mundos", dejando de lado la tradicional y criticada denominación de "Descubrimiento". Sin embargo, esta propuesta tuvo severas críticas, como la de Edmundo O'Gorman, quien sostiene que no se trataba ni de un descubrimiento ni de un encuentro, señalando que Portilla había incurrido en una "obra maestra de anfibología", y conmemorar "con el subterfugio de buscarle al suceso otra fama, es decir, un sentido distinto" (Ordoñez, 1996, p. 116).

> (Para O'Gorman) *América no fue descubierta porque América, tal como la conocemos, no existía. Existía un pedazo de tierra en el que vivían indios, pero eso no es América. No fue un encuentro de culturas, como algunos han dicho, sino "un proceso de apoderamiento de aquellas tierras por Europa, para realizar en aquellas tierras su cultura". Antes de que culminara el proceso no existía América, pues era una masa sin ser. Y sólo lo que se nombra cobra ser, cita a Nietzsche… Colón no describió un hecho, sino que lo interpretó, con lo que la duda es posible. El primero que formuló la idea de descubrimiento fue Gonzalo Fernández de Oviedo…* (Sorela, 1986)

Desde España el V centenario es motivo de revitalización del nacionalismo hispánico, desde un contexto democrático. Aunque matizado por algunas visiones críticas, el ánimo es celebrar la fecha como un evento que inaugura una nueva historia mundial, bajo el liderazgo de España y enfatizar un supuesto intercambio cultural positivo para ambas orillas del atlántico. Como sostiene Sanz López (2018) esta efeméride permite dinamizar a España de varios modos, a través de la instauración de la Comunidad

Iberoamericana de Naciones, la inauguración de la Exposición Universal de Sevilla, la creación del Instituto Cervantes, el aumento considerable de la cooperación internacional y la oportunidad de que la diplomacia española se proyecte de gran manera. El neonacionalismo español cobra nuevas fuerzas, y una corriente de estudios hispanistas defiende el legado de España al mundo, oponiéndose al indigenismo americanista o la persistencia de la Leyenda negra sobre el imperio español.

El antropólogo Héctor Díaz Polanco, señala claramente que este supuesto "encuentro" explícitamente propone hacer tabla rasa de hechos centrales como: 1) El requerimiento y la llamada "justa guerra" que se emprende contra los pueblos indígenas. 2) La esclavitud a que es sometida la población autóctona, primera víctima de ese tipo de sujeción. 3) La destrucción de poblaciones enteras por la vía directa del genocidio, y en general, el descalabro de la población india que provocan las prácticas colonizadoras. 4) El régimen de trabajo a que se somete a los nativos, en particular la encomienda, el repartimiento y la servidumbre por deudas. 5) La segregación espacial controlada y el asimilacionismo sociocultural forzado a que son sometidos los pueblos indios (citado por Ordoñez 1996, p. 118).

Este hacer "tabla rasa" se expresa no sólo a través de silencios o ausencias, sino a través de minimizaciones, negacionismos o inclusiones como hechos implícitos o sobreentendidos. La larga literatura celebratoria de los 500 años del…, conformada por libros, artículos (académicos, periodísticos), ensayos, actas, etc., de manera general se caracterizará por poner los reflectores en lo "positivo" de este "Encuentro", y colocar en "perspectiva histórica" los hechos brutales de la Conquista, siempre mencionándolos o aludiéndolos genéricamente, evitando en buena medida las menciones particulares o el desarrollo de casos concretos. El "otro" indígena es presentado como un ser exótico, paisajístico o un sujeto-comunidad sin nombre propio, en algunos casos.

Las celebraciones por el Quinto Centenario, tienen sentido para España y los europeos, según el historiador Pablo Macera, pues tienen sobradas razones para hacerlo; mas no así para los latinoamericanos; sin embargo, sus autoridades e incluso intelectuales todavía se mueven bajo un discurso teñido de eurocentrismo, chovinismo y racismo (Iziga, 1992).

2.1.1 El Quinto Centenario desde la perspectiva de los historiadores e intelectuales peruanos.

En 1992 también se publicaron en el Perú textos sobre este evento histórico. Destacan por ejemplo el libro ***500 Años ¿De qué?*** (Universidad Nacional Mayor de San Marcos), compilación de artículos por Roger Iziga; y el libro ***V Centenario 1492-1992 Análisis y Debate*** (Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú), compilación de varios textos, cuya edición estuvo apoyada por la Comisión Nacional del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos-Descubrimiento de América, presidido por Aurelio Miro Quesada Sosa. A ellos se suman numerosos artículos dispersos en revistas y diarios publicados principalmente en 1992.

Los textos asumen una visión crítica frente el legado de la Conquista-Colonización, desde criterios como el impacto demográfico que tuvo entre la población indígena las guerras y enfermedades traídas por los europeos, así como el cruel sojuzgamiento de los nativos bajo el auspicio de la Corona y la Iglesia, el impacto económico para Europa y América (acumulación originaria y desestructuración productiva), así como el proceso de aculturación forzada o resistencias militares-culturales de los pueblos originarios[101]. Todo ello bajo una mirada crítica sobre el presente, aun marcado por desigualdades históricas, prácticas discriminatorias, exclusiones, marginación, explotación y dependencia hacia las potencias (EE.UU.-Europa). Los autores peruanos, aunque no presentan perspectivas iguales, asumen una mirada crítica, en cierta manera influida por la crisis reciente (años 80s) y la vigencia de tesis como la Teoría de la Dependencia, y las provenientes del marxismo o el indigenismo.

Aunque aparentemente con cada vez menos terreno, las posturas conservadoras todavía mantienen vigente las tesis hispanistas o proespañolistas, en determinados círculos. Historiadores importantes como Miguel Maticorena, Lohmann Villena o José

[101] Europa se constituye en el "Centro" del mundo. América se convierte en la primera "periferia" de la Europa moderna. Siglos después el filósofo Hegel declara que "La historia universal va del Oriente hacia el Occidente. Europa es absolutamente el fin de la historia universal". Enrique Dussel, *1492. El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad*, 1994, pp. 11-13

Antonio del Busto, forman parte de esta tendencia de defensa o reconocimiento del legado hispánico en América, y la necesidad de asumir un discurso conciliador basado en la idea del mestizaje racial y cultural en América iniciado hace quinientos años.

Pablo Macera, influyente historiador peruano, escribe el artículo titulado "500 Años ¿De qué? (1992)", donde expone que la idea de que resulta congruente y legítimo desde la racionalidad occidental, que los europeos celebren los quinientos años del descubrimiento de América, pero es a su vez dudoso que lo haga la gente que pagó y sigue pagando el saldo negativo de esta "operación". "los indígenas americanos, las poblaciones negras del África, difícilmente podrán llamar Descubrimiento y menos aún celebrar aquello que significó su destrucción histórica" (Macera, 1992, p. 24). Para el historiador sanmarquino desde la perspectiva de los pueblos de América y África, la penetración y avances europeos iniciados desde 1492, solo puede considerársele una Invasión. Escribe Pablo Macera:

> *Resulta patético ver la doble moral y el doble código que los europeos ponen en práctica en sus propuestas diferenciadas para entender globalmente el proceso histórico humano. De modo tal que mientras los Bárbaros invadieron Roma, los Moros invadieron España y los Turcos invadieron Bizancio, en cambio los europeos descubrieron América. La falta de un tratamiento homogéneo para acontecimientos idénticos en lo fundamental no proviene por supuesto de una falla y debilidad intelectual, sino que es una manipulación político-ideológica evidente* (Macera, 1992, p. 24).

La idea "perspectivista" de Macera, se conjuga con la crítica a la hipocresía de la historiografía europea de llamar invasión a eventos protagonizados por pueblos "externos" o periféricos (asiáticos), pero no a los protagonizados por ellos mismos sobre América desde el siglo XV. Para Macera la palabra "Encuentro" solo es neutral en apariencia, y tiene como objetivo el impedir el uso de la categoría Invasión para analizar e interpretar lo ocurrido en el mundo desde 1492.

Macera alude a los criollos y los discursos de la independencia. Los criollos, aunque descendientes directos de los conquistadores, nominalmente rechazaban sus vínculos con Europa y el Descubrimiento-Invasión. Esta "izquierda criolla" mantendrá su cuestionamiento a la tradición hispánica y a la historia colonial, aun después de la

Independencia. La reivindicación hispanista se fortalece, sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX, llegando a ser una ideología oficializada desde inicios del siglo XX: "¿Cómo no advertir el mensaje subliminal que demócratas y civilistas dieron al resto del Perú después de 1895 cuando llamaron Colón al paseo más exclusivo de la capital limeña?" (Macera, 1992, p. 26). Pero, más importante aún, según el historiador sanmarquino, fue la elaboración de un programa de penetración ideológica para capturar y desviar las mentalidades populares. Señala Pablo Macera:

> *Los textos escolares en todo lo que va del siglo han constituido en su mayor parte, (salvo pocas excepciones) los medios preferidos para transmitir esta ideología pro-europea de las clases altas criollas sudamericanas con la pretensión de constituirla en una ideología generalizada común a todos los sectores y grupos sociales. El éxito de esta operación de ingeniería mental puede medirse al comprobar de que modo sectores étnicamente mestizos o indígenas, pertenecientes a las franjas más empobrecidas de las sociedades latinoamericanas utilizan pasivamente la palabra Descubrimiento y consideran plausible su celebración ahora en 1992* (Macera, 1992, p. 26)

Desde una perspectiva crítica e izquierdista, Macera considera que el Descubrimiento continúa siendo una invasión hasta el día de hoy para las naciones sudamericanas. La Independencia no fue tal, solo fue un cambio de régimen político, pero no de verdadera autonomía nacional o desarrollo económico para todos. Todas las "republicas hispano-americanas" pasaron simplemente de un imperio a otro (España-Inglaterra- EE.UU.), conservando sus relaciones de dependencia, principalmente económica. Los criollos solo conforman sub-élites, arrogantes e insolentes respecto a los sectores populares, que cumplen un rol intermediario frente a patrones externos. Las "élites blancoides hispanoamericanas", no admiten su rol histórico solo calificable como "cipayismo". A pesar de todo Macera reconoce el Descubrimiento-Invasión de América es susceptible de ser reinterpretado en el futuro, pues los contextos varían (Macera, 1992, pp. 27-28).

Para Macera, en conclusión, "la Invasión no es hecho histórico exclusivamente perteneciente al *Pasado* sino un hecho histórico *Actual* reiterado y vigente; y es por eso que no podemos visualizarla como un simple Descubrimiento o Encuentro inocuo"

(Macera, 1992, p. 28). La lectura de Macera cuestiona entonces a toda la visión propuesta por las corrientes conservadoras, que en un afán conciliador y una "visión mesurada" del pasado histórico, deja de lado el impacto social, económico y cultural de la colonización, y sus consecuencias visibles en países como el nuestro. El uso del término Descubrimiento o Invasión depende de saber dónde nos hallamos política y culturalmente, según Macera. Sin embargo, "… Lo grave de la invasión no es que haya ocurrido hace quinientos años, sino que se sigue repitiendo. Porque, nosotros, no podemos seguirle echando la culpa de todo lo que ocurre en el Perú de 1992 a Colón, Pizarro y Almagro, sino al hecho que haya peruanos que, hoy día, se comporten como Pizarro y Almagro" (Macera, 1993, p. 8).

Aunque Macera presenta una visión esencialmente negativa de la Invasión-Colonización, su crítica central es hacia los herederos y continuadores de las desigualdades, exclusiones e injusticias en el Perú republicano. Los criollos, bajo prácticas de colonialismo interno, racismo y complicidad con agentes externos, se convierten en los perpetuadores de los abismos socio-económicos originados hace quinientos años. Una élite eurocéntrica que no reconoce nuestro carácter pluricultural y multiétnico. La cultura andina, según Macera, quizás habría tenido mayor suerte si hubiera la trayectoria histórica de Japón, que tuvo una relación de independencia cultural respecto a Occidente, incorporando selectivamente elementos tecnológicos de esta, pero sin eliminar o alterar su propio contexto cultural (Macera, 1993, p. 9).

Por otro lado, el historiador Waldemar Espinoza Soriano, en su artículo "500 años de Dependencia y Subdesarrollo" (1992), considera el término *Encuentro de dos mundos o culturas*, como un simple eufemismo, que debiera ser reemplazado por *El enfrentamiento de dos sistemas económico-sociales y cosmogónicos*, de más objetividad (Espinoza, 1992, p. 32). Para el historiador sanmarquino Waldemar Espinoza:

> *…es inadmisible ovacionar la iniciación de la dependencia y del colonialismo; lo que vale decir de la explotación implacable de los recursos humanos y naturales, de la implantación de los repartimientos, encomiendas, corregimientos, haciendas, mitas mineras y obrajeras, tributos despiadados y del desprecio racial y social en agravio de negros, indios, mestizos y demás castas* (Espinoza, 1992, p. 32).

Según Waldemar Espinoza, los 500 años deben ser empleados para hacer un balance crítico de la realidad halla por los españoles en "nuestra patria" en el siglo XVI, y analizar lo sucedido en los siglos del colonialismo. Pero, además, y principalmente, estudiar y explicar lo ocurrido en 171 años de existencia republicana, la cual fue nombrada pomposamente *soberana* e *independiente*. Resulta fundamental así "descubrir la cuantía de la herencia colonial que todavía pesa en la conciencia y vida diaria de los peruanos (Espinoza, 1992, p. 32).

La postura de Waldemar Espinoza coincide plenamente con la postura de Pablo Macera, tanto en la crítica a los eufemismos para denominar a un proceso de invasión y conflicto, la necesidad de ver la Invasión-Colonización en sus consecuencias hasta el presente, así como observar la responsabilidad del Estado criollo perpetuador del lastre colonial (desigualdades, racismo, dependencia externa). El eurocentrismo de las élites latinoamericanas también es señalado; y agrega Waldemar Espinoza:

> *Es comprensible que el 500 aniversario del arribo de los conquistadores españoles al continente americano tenga que ser motivo de festividad y aclamaciones de España y Portugal. Y también por miles de individuos residentes en Hispanoamérica, que aún se creen sucesores, descendientes y herederos de los invasores y demás agentes del colonialismo virreinal. Es una emotividad que los impulsa a sentirse identificados con la "madre patria" (España y/o Portugal) y, por lo tanto, llamados a defenderla y enaltecerla. Son los llamados* ***neohispanistas****. En España, además, este medio milenio colombino será aprovechado para demostrar que es un país moderno y democrático, es decir: industrializado, desarrollado; o en otras palabras: europeo* (Espinoza, 1992, p. 32 énfais añadido).

Los 500 años, según Espinoza, podría ser una conmemoración más, como el centenario de la Guerra del Pacífico o el bicentenario de la Revolución de Túpac Amaru II, con las consiguientes mesas redondas o conversatorios organizados por diversas instituciones. Pero resulta imprescindible esquivar eso y dar verdadero espacio para repensar el "proceso de transculturación" y clarificar los problemas asociados a los grupos indígenas, afros y mestizos, así como examinar las razones por las que las repúblicas latinoamericanas no han sido capaces de resolver los problemas surgidos desde la conquista y en qué forma el colonialismo es una tara que explica

nuestro fracaso. La transculturación empieza desde la asignación del término "Indios" a todos los grupos étnicos de América. El fanatismo religioso de los hispanos enajenó a los *runas* (humanidad andina). Pero, es en la Independencia que se pierde la gran oportunidad de librarse de tan terrible herencia colonial.

Entre 1821-1824, el Perú deja atrás al régimen de los virreyes, e inicia una etapa republicana, pero sin autonomía real. El dominio y control económico detentado por la corona española, fue reemplazado por la "voracidad del capital inglés" cuya hegemonía dura todo el siglo XIX: "el Perú dejó de ser una colonia de España para convertirse en semicolonia de Inglaterra" (Espinoza, 1992, p. 36). En este proceso el Perú tampoco apuntala la creación de una "auténtica nación". Nuestro subdesarrollo se explica también porque nuestras élites criollas no habían cambiado "su mentalidad feudal-mercantil traída por sus antepasados los invasores y conquistadores del siglo XVI" (Espinoza, 1992: 37). La nueva república liberal, burguesa y mercantilista, resulta una república exclusiva para los criollos, mientras las *castas* continuaban bajo un régimen semejante al de la Colonia, según Waldemar Espinoza:

> *Todavía se sigue creyendo que a los habitantes del campo serrano y a las tribus selvícolas les falta "civilizarse y modernizarse". Se les acusa de ser "tradicionales". Para la burguesía-mercantil, civilización y modernización significan cambiarles sus formas de vida: pensamientos y costumbres, incluso sus lenguas. Es decir, despojarlas de toda su cultura material y espiritual. En tal sentido, la burguesía-mercantil de ahora sigue actuando igual que en la colonia. Se olvidan que lo científico y lógico es respetar sus identidades y dejar que ellos decidan* (Espinoza, 1992, p. 42).

Las élites criollas, trasmisores de la herencia colonial, siguen pensando que unos han nacido para mandar y otros para servir, obstáculo crucial para convertirnos en una nación. Una sociedad de privilegios y corrupción, de cristianización forzada (aculturación), y prejuicios raciales y culturales, se une a un profundo cinismo e hipocresía de la clase dominante, según Espinoza.

La tesis de Waldemar Espinoza, consiste en hacer un examen exhaustivo de los males presentes, ubicando su origen en la trayectoria de la república criolla[102], y su origen

[102] Waldemar Espinoza, asumiendo la postura crítica de historiadores como Heraclio Bonilla o Virgilio Roel Pineda, señala que: *La historia republicana ha sido una larga época de fracasos. De ahí lo exacto de haberle*

lejano en el quiebre que supuso la Invasión y la instalación del régimen colonial europeo. La *herencia colonial*, aunque concepto amplio e impreciso, sirve para explicar el fracaso republicano o los vicios de la élite criolla dominante. Desde la teoría de la dependencia, se explica el subdesarrollo del país, mientras el legado colonial explica nuestras fracturas sociales que nos impiden ser una nación. Waldemar Espinoza concluye que la modernización es el camino para dejar el subdesarrollo, pero este deberá conservar o respetar la pluralidad cultural del Perú: "único modo de salvar la **identidad peruana, que es síntesis de lo andino e hispánico**" (Espinoza, 1992, p. 75 énfasis añadido). El Perú requiere inaugurar una *segunda república*, que mantenga su autenticidad histórica, pero que sea cualitativamente diferente en beneficio de la integridad de todos los peruanos.

A pesar de la organización de todo un discurso crítico contra La Invasión-colonización y la herencia colonial, Waldemar Espinoza, no tiene problemas en reconocer la idea del Perú como una síntesis de lo andino e hispánico, como hacen los historiadores hispanistas como Raúl Porras Barrenechea, de quien fuera discípulo. El problema central para Waldemar Espinoza no está en nuestra identidad mestiza la cual resulta obvia, sino en el desprecio hacia nuestro carácter pluricultural, y la persistencia de abismos sociales, explicables a través de la fuerte herencia colonial en el contexto de una república criolla dependiente, alienada, aburguesada y racista.

Como contraparte a esta visión crítica sobre la Conquista-Colonización, y el V Centenario, se presentan la postura de historiadores prohispanistas como José Agustín de la Puente Candamo y Miguel Maticorena, quienes enfatizan el tema identitario (peruanidad, hispanoamericanismo e identidad iberoamericana). Asumen la teoría del mestizaje y buscan "equilibrar" las críticas justas a ese periodo y el reconocimiento del legado histórico cultural-material del ingreso de Occidente a estos territorios, caracterizados por la desarticulación y luego unificados culturalmente bajo el periodo hispánico.

El destacado historiador José Agustín de la Puente Candamo, miembro del *Instituto Riva Agüero* de la *Pontificia Universidad Católica del Perú*, y expresidente de la *Academia Nacional de Historia*, identificado con posiciones conservadoras de intelectuales como Víctor Andrés Belaúnde; asume un discurso que busca la

llamado al XIX: "un siglo a la deriva" y al XX el de las "décadas perdidas". 500 años de Dependencia y Subdesarrollo, 1992, pág. 38

ponderación y una visión conciliadora. Para De la Puente Candamo, el V Centenario debe permitirnos pensarnos a nosotros mismos y reafirmar la "personalidad histórica del Perú". Reclama el pretender rechazar nuestro pasado, bajo una visión parcelada o selectiva: "No debemos recrear el pasado de acuerdo con nuestros modelos subjetivos; no debemos crear una historia de lo que pudo ser y no fue" (De la Puente, 1993, p. 15).

Se pueden identificar varias caras en el descubrimiento, y el significado resulta distinto para europeos y nativos. La cara andina se caracteriza por el dolor del imperio perdido, la muerte del inca, las desgracias inherentes a la guerra de conquista, el fin del tiempo político y el inicio de una trasformación social dura, difícil y de múltiples aristas (De la Puente, 1993, p. 16). Sin embargo, también es la etapa del advenimiento de las virtudes del Mediterráneo. Escribe el historiador José de la Puente Candamo:

> *Sin desconocer los sufrimientos del hombre andino al vivir en un mundo que declina y al asistir y participar en la gestación de formas nuevas de existencia, tampoco puede omitirse lo que es y significa el ingreso consciente a la geografía y a la historia universales; la posibilidad de conocer la verdad de la Revelación Cristiana y la incorporación a los mejores predios del pensamiento, de la ciencia y de la técnica…* (De la Puente, 1993, p. 16).

El historiador de la Universidad Catòlica del Perù, apela a un lenguaje neutral o aséptico, frente a la Conquista. Evita términos como exterminio, genocidio o matanza cruel, y emplea palabras como desgracia, sufrimiento o transformación. Su argumentación busca ser desapasionada y de sentido común, en principio. Sin embargo, no duda en resaltar la herencia católica en América, como un elemento central del legado hispánico, sin aludir por supuesto a las persecuciones contra los indígenas debido a sus diversas creencias religiosas. Desde una visión eurocéntrica, se coloca a la cultura occidental como el referente o modelo civilizatorio, encaminado a reemplazar muchos elementos culturales andinos a través de la etapa colonial: "¿Habría sido mejor para el hombre andino que no se realizara el descubrimiento de Europa y que continuara su aislamiento, encerrado en sí mismo, como creen algunos autores?" (De la Puente, 1993, pp. 16-17).

Para De la Puente Candamo, el solo contacto con hombres de otras procedencias, ya en sí es un valor. Y aunque no se debe olvidar las injusticias, sufrimientos y abusos,

tampoco no se debe desconocer que la felicidad en el incario era solo una "felicidad recortada", pues vivía aparte de calidades y virtudes que ignoraba, tales como persona humana, trascendencia, libertad, fe: "No es importante la creencia en el Dios personal de la Revelación Cristiana y la creencia en la muerte, como principio de la vida? ¿Y el concepto y vivencia de la familia y un orden natural y moral y una jerarquía de valores?" (De la Puente, 1993, pp. 17).

El reconocido historiador atribuye a Occidente una serie de valores, asociados a la fe cristiana. Mientras señala (indirectamente) que entre las culturas americanas se ignoraban nociones de humanidad, trascendencia, jerarquización de valores y orden natural-moral apropiado. En este punto, el discurso del historiador católico, llega muy lejos y se emparenta claramente con los discursos decimonónicos de religiosos como Bartolomé Herrera, Ricardo Cappa o con los discursos del intelectual católico Víctor Andrés Belaúnde[103], de quien fuera además discípulo.

El historiador limeño niega que enarbole una visión dorada del descubrimiento, o que desconozca los errores, injusticias y abusos de esa etapa, pero "tampoco se pueden olvidar los valores que ingresan a nuestra historia y se convierten en propios" (De la Puente, 1993, p. 17). Advierte además que su argumentación puede ser válida para los hombres con certidumbre (léase, creyentes católicos), pero para quien todo es relativo e indiferente, el análisis resulta distinto, ya que no posee valores o un criterio estable.

Bajo un enfoque geográfico, De la Puente argumenta que no existe unidad territorial antes de la presencia europea, no existe el concepto de "totalidad integrada". La arqueología solo demuestra la existencia de unidades humanas distantes y dispersas en América. A excepción de Chavín o los Huari que logran constituirse como centro, los demás serán dispersos o desarticulados. A los Incas le debemos la unidad de la geografía peruana, pero a la Colonia el afianzamiento o consolidación de esta. Lo plural sería el signo del mundo prehispánico, y la unidad propiamente se inaugura con la Colonia.

[103] "La peruanidad nace de la conjunción de las dos razas que no sólo se yuxtapusieron sino que comenzaron a fusionarse y sobre todo por la cultura cristiana que crea el alma de nuestro pueblo. Ya lo decía Bartolomé Herrera con admirable precisión: "… es un nuevo Perú, el *Perú español y cristiano*, no conquistado sino creado por la conquista"… Cuando González Prada – enorme pero trágico ejemplo de desviación y resentimiento – afirmó que el Perú estaba constituido por las masas de indios que habitaban detrás de la cordillera, y cuando Mariátegui cristalizó este mismo pensamiento en las fórmulas de costa criolla o mestiza y sierra indígena, cerraron los ojos ante una realidad que todos vemos…" Víctor Andrés Belaúnde, *Peruanidad*, 1983 (1943), pp. 62-63

> *La conquista, primero, la colonización, luego; las "entradas" de penetración, la fundación de ciudades, el descubrimiento de ríos, el principio de la obra de misioneros y doctrineros, son los pasos que inician el rumbo y el principio de una convivencia dura, difícil, con errores e injusticias, pero cierta; convivencia que está en la entraña de la creación del mundo americano* (De la Puente, 1993, p. 18).

De la Puente se limita a señalar la existencia de una "convivencia difícil" y con "errores" en la etapa de dominación colonial, pero no detalla ninguna injusticia en particular o consecuencia terrible para la población local. El lenguaje eufemístico caracteriza a la prosa del historiador, quien celebra a su vez el surgimiento del hombre mestizo, y "el ingreso del hombre aborigen a un ambiente que progresivamente deja de ser nativo, no se transforma en español, pero sí adquiere su propia idiosincrasia en los mestizos, en lo mezclado" (De la Puente, 1993, p. 18). Los americanismos a su vez enriquecen al castellano y se convierten en palabras cultas registradas por diccionario de la Real Academia Española.

Recuérdese que el ideal del mestizaje, en última instancia, es "blanquear" al indio o desindigenizarlo, para absorberlo o asimilarlo a la raza y cultura blanca o dominante. En la argumentación de José Agustín de la Puente Candamo, al igual que en José Antonio del Busto, el discurso del mestizaje (inconscientemente) apunta a ello, la trasformación cultural mediante la absorción racial. La dispersión geográfica de las etnias americanas[104], y su desventaja técnica-científica se resuelven a través de la presencia hispánica-europea, así como el orden moral a través del arribo de la fe católica. No es casual que ambos historiadores, provengan de una universidad conservadora y limeña, donde se difunden particularmente las ideas de intelectuales católicos como José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, entre otros.

Por su parte, el historiador sanmarquino Miguel Maticorena, propone también matizar la mirada sobre el V Centenario. Escribe el destacado docente e investigador de origen piurano:

[104] "Entre 1492 y 1824, la variedad y la dispersión, ganan sistema, espíritu común, coherencia… Nuestra América, que como dijo Rubén Darío, aun reza a Jesucristo y aún habla español, es una geografía dramática con un espíritu común; es una variedad sobre un fundamento semejante; es un mundo diferente de Europa y distinto del hombre nativo. Somos fruto de un esfuerzo de creación humana que merece el respeto de la historia universal". José Agustín de la Puente Candamo, *Nosotros y el Quinto Centenario*, 1993, p. 19

> *Sin olvidar nuestra herencia indígena, tenemos que mantener la hispánica. Sin ésta no podemos resistir la avasalladora cultura anglosajona. Un bien entendido nacionalismo debe llevarnos pues a preservar nuestra herencia e identidad. Más que celebrar o no, lo que importa es afirmar nuestra doble herencia, nuestra identidad. Ejemplos excelsos de esta identificación con España son los peruanos más geniales: Garcilaso Inca y César Vallejo* (Maticorena, 1993, p. 21)

El historiador piurano reclama que se reconozca nuestra identidad iberoamericana. Y aunque no debe ocultarse lo negativo del periodo hispánico, no se puede "ocultar la verdad ni desfigurar la identidad", y por ello la necesidad de una adecuada valoración del significado del V Centenario y el legado cultural de España. A modo de ejemplo, Maticorena señala el caso de José Carlos Mariátegui, quien no fue antihispánico sino anticolonialista, no renegaba de la herencia española, sino de la herencia feudal de ese periodo de dominación.

Para Miguel Maticorena se hace imprescindible reconocer y asumir la identidad iberoamericana, ya que el contexto histórico actual ha provocado que seamos asediados por la cultura norteamericana. Entonces para conservar nuestra "doble identidad" (indígena e hispánica), se debe considerar el peligro de la hegemonía y creciente influencia de la cultura estadounidense. De este modo, cuando el indigenismo subvalora la herencia hispánica, incurre en un nacionalismo peligroso: "El empeño de subvaloración hispánica no terminará creemos con un renacimiento andino sino con la penetración cultural norteamericana" (Maticorena, 1993, p. 22).

El V Centenario colombino no debe ver la identidad iberoamericana sólo como una correlación hispano-indígena, según Maticorena, sino también como una correlación norte anglosajón-sur hispanoamericano. Citando al mexicano Alfonso Reyes, el historiador considera que lo hispánico es parte irrenunciable de nuestro ser histórico, y "Nuestra identidad es tan andina como hispánica, a la vez" (Maticorena, 1993, p. 207).

El historiador sanmarquino al igual que Riva Agüero o Porras ubica al Inca Garcilaso de la Vega, como ejemplo máximo del mestizaje, y reivindica su teoría de la conciliación indígena-hispánico. Garcilaso encarna la "Síntesis viviente" que propusiera Víctor Andrés Belaúnde. La afirmación de la identidad nacional, expresada en la frase "Peruanicemos al Perú" (Mariátegui), no es incompatible con el

reconocimiento de los valores positivos del periodo hispánico, según Maticorena. Desde una marcada visión eurocéntrica, considera que "Las naves españolas de Colón inician el primer tramo de la historia universal" (Maticorena, 1993, p. 205). Como la mayoría de los historiadores contemporáneos, traza la historia del mundo desde una visión de Europa como centro.

En el debate general sobre el V Centenario en 1992, las posiciones defensoras del legado hispánico recurrieron a temáticas como la de *La Leyenda Negra*, la cual tiene como uno de sus ejes la crítica severa o exagerada a España sobre los hechos de la Conquista. Los defensores argumentan que la *Leyenda negra* se ha perpetuado hasta nuestros días, generando una visión distorsionada o falsa sobre el Descubrimiento y conquista de América. La historiografía más seria, efectivamente reconoce la existencia de una Leyenda negra en el pasado, vinculado a la lucha de potencias europeas y estrategias de desprestigio del enemigo (siglo XVI-XVII). Inglaterra, Francia y Holanda auspiciaron publicaciones donde se presentaba a los españoles como ignorantes, fanáticos, bárbaros y crueles. A ello se suma, que durante el periodo de luchas anticoloniales, se refuerza la idea de España como potencia retardataria, oscurantista o alejada del progreso. El antiespañolismo durante el contexto de las luchas independentistas americanas, se expresó de varios modos y reactualizaba imágenes de la leyenda Negra. Sin embargo, hablar hoy de Leyenda negra contra España es muy relativo. Si bien perduran algunas imágenes o retratos negativas de España asociados a la *Leyenda negra*, se puede afirmar que esta ha sido superada en gran medida. De hecho, los interesados en argumentar la persistencia de la *Leyenda negra* son grupos ultraconservadores en España, que en un afán victimista, reclaman que España no es reconocida en su verdadera dimensión o valor histórico, y que la misma sociedad hispana todavía asume la *Leyenda negra*, sobre sí mismos. Por su parte, desde un análisis desapasionado y honesto, no duda en señalar el historiador español Esteban Mira Caballos:

> *... en los últimos años la temática de la Leyenda Negra vive un nuevo resurgir. Ahora, no parte de las potencias opositoras al Imperio hegemónico, como en el siglo XVI, sino de algunos intelectuales o pseudo intelectuales españoles. Éxitos sorprendentes como Imperiofobia y Leyenda Negra de María Elvira Roca Barea y otros trabajos surgidos a su sombra de José Javier Esparza, Borja Cardelús, Iván Vélez, César*

> *Cervera, Stanley Payne, etc. Estos autores sostienen que la Leyenda Negra sigue presente y que pesa sobre España y los españoles. Que todo lo malo que se pueda decir sobre nuestra historia es mentira, es fruto de la Leyenda Negra, y que en realidad fuimos muy buenos, los mejores. Y aunque Richard L. Kagan afirma no tener respuesta para este resurgir la explicación parece clara: se trata de un instrumento político para reforzar la conciencia nacional española en un momento en que la unidad del Estado está cuestionada. De hecho, la temática victimista de la Leyenda Negra ha copado el debate político desde la crisis económica de 2008, acentuándose a partir del problema independentista de Cataluña* (Mira Caballos, 2019).

De hecho, desde el periodo franquista e incluso antes, la idea de la Leyenda negra sirvió como principal argumento para rehuir a posibles críticas a España por su actuación como potencia imperial y colonizadora. Durante los debates por el V Centenario, los grupos más conservadores retornaron a los viejos argumentos victimistas sobre la representación de España bajo el lente de la *Leyenda negra*. Resultaba injusto y erróneo reemplazar la historia por la leyenda, el mito se imponía a la verdad histórica. Se denuncia a los grupos indigenistas o pro-indigenistas por presentar una versión tan simplista, caricaturesca o apócrifa de la Conquista española de América. La Leyenda negra impregnaría a los textos o discursos indigenistas sobre el Descubrimiento y la Conquista, según los sectores "hispanofílicos". Los intereses políticos y el malestar socio-económico actual, invitaban a seguir culpando a España de los males del continente, según esta posición. El V Centenario debía entonces evitar las visiones simplificadoras de la Leyenda negra, y adoptar una mirada serena de ese pasado.

El gran asunto era que, bajo la acusación de fantasía, crítica desmedida o revanchista o *Leyenda negra*, se negaba sistemáticamente una posible mirada, que, respetando la investigación histórica y las fuentes disponibles, hiciera una crítica necesaria a una de las etapas más horrendas de la historia de la humanidad, que aunque no fuera la única en ese periodo, tuvo consecuencias dramáticas y visibles hasta hoy en día. Señala Esteban Mira Caballos:

> *Hubo Leyenda Negra porque se culpó a los españoles de actuar con una brutalidad y una violencia extrema. Y fue leyenda porque culpaba a los españoles de una forma de actuar que era idéntica a la que han usado otros pueblos antes y después de los españoles y, además, con menos escrúpulos de conciencia. Por tanto, hubo Leyenda Negra pero también historia negra, practicada por todos los reinos europeos desde el siglo XVI. La conquista pudo ser una gesta en el sentido de que un puñado de españoles, guiados por el afán de hacer fortuna, exploró y conquistó varios miles de km^2. Pero no es menos cierto que para el mundo indígena en general fue un verdadero drama. Un drama que la bienintencionada legislación propiciada desde la Corona no pudo frenar. La América Prehispánica desapareció dramáticamente en menos de medio siglo* (Mira Caballos, 2019).

En la argumentación pro-hispanista o defensora del legado histórico-cultural de España, ocupa el lugar central la construcción de una sociedad e identidad mestiza, que caracterizara a toda la América hispánica. La "disposición" de los conquistadores y colonizadores a mezclarse o unirse físicamente a las mujeres indígenas originan las grandes naciones mestizas (racial-cultural) del continente americano. El mestizaje es reconocido como valor supremo y legado mayor de la etapa colonial, que solo una mirada estrecha (como la de los indigenistas) podría negar o desconocer, según este grupo. Sin embargo, es elocuente como la historiografía vinculada a estas posiciones, que reclaman una mirada ponderada o serena del pasado, guarden silencio o presten poca atención al origen histórico de ese mestizaje que debiera enorgullecer a las naciones americanas. Tomando distancia de esta postura, nos dice el historiador español:

> *... a miles de kilómetros de distancia, sin apenas mujeres blancas y con decenas de miles de indias en condiciones de esclavitud o al menos de servidumbre, la violación y los abusos deshonestos fueron algo absolutamente habitual. Se ha hablado de la conquista erótica de las Indias, es decir, de las muchas indígenas que voluntariamente prefirieron unirse al español. A menudo se nos presenta a las nativas como mujeres enamoradas de los europeos. Ello ha generado toda una literatura*

> *clásica que ha elogiado el carácter del español que no desdeñó a la mujer india, la hizo madre y nació este crisol que hizo una sola sangre, una sola piel, un único espíritu y cultura. Y es cierto que hubo bastantes casos de mujeres que convivieron voluntariamente con españoles, aunque, eso sí, la mayoría como concubinas y muy pocas como esposas legítimas* (Mira Caballos, 2019).

La idealización del mestizaje por la historiografía sobre la Conquista, constituye el núcleo de la valorización del legado hispánico. Sin embargo, como ya se señaló pocas veces o nunca se detalla las terribles prácticas (secuestro, violación, asesinato, intercambio, etc.) que conformaron el mestizaje del que se nos pide enorgullecernos. El examen de las crónicas da cuenta de muchos casos de ultrajes de este tipo, aunque casi siempre silenciados por cronistas, funcionarios, religiosos, soldados, entre otros. Refiere Esteban Mira Caballos:

> *Vasco Núñez de Balboa que recorrió buena parte de Centroamérica, atormentando a los caciques para que les entregasen oro, así como a sus mujeres e hijas. Y según Fernández de Oviedo, sus hombres, siguiendo el ejemplo de su capitán, se dedicaron a actuar de la misma manera… Francisco Montejo en la conquista del Yucatán se jactaba de haber dejado preñadas a decenas de indias esclavas porque de esta forma las vendía a mayor precio… En una Real Cédula, fechada en Valladolid el 9 de septiembre de 1536 el rey mostraba su perplejidad por haber condenado a tan solo cinco pesos de oro a un español que, tras intentar violar a una india, ésta se refugió en un bohío o casa indígena y, en represalia, la quemó viva. Obviamente, la condena parecía pírrica pero lo realmente elocuente es que lo que se juzgó fue su vil asesinato no el intento de violación que no pareció algo punible* (Mira Caballos, 2019).

La "conquista erótica de las Indias", argumento temprano de conquistadores, cronistas y otros escritores, que señalaba el ofrecimiento voluntario de las mujeres indígenas ante los conquistadores hispanos, se repite discretamente hasta el siglo XX en la obra de importantes historiadores de ese periodo; incluso Raúl Porras

Barrenechea[105]. Hoy como antes se opta por silenciar esos hechos, soslayarlos o mencionarlos como una generalidad a censurarse. Las violaciones o abusos sexuales fueron sistemáticos durante los años de la Conquista de América, los testimonios son rastreables y las fuentes, aunque reducidas, existen y evidencian lo generalizado de estas prácticas en las distintas invasiones a los pueblos indígenas. Las violaciones sexuales eran toleradas en la Europa medieval, y pocas veces se castigaba. Las mujeres conforman uno de los "botines" de guerra más importantes en la lucha de los pueblos en la historia de la humanidad. Pero, aunque esa explicación es necesaria (el contexto histórico y la sociedad guerrera) para entender esas prácticas, no puede enarbolarse las banderas del "mestizaje" como ejemplo supremo de unión o "síntesis viviente", sin dejar de mencionar la cruda realidad de las primeras uniones sexuales, basadas en el forzamiento, el abuso, la crueldad, el secuestro, intercambio y la demostración de poder del conquistador o invasor.

La historiografía y la intelectualidad conservadora peruana, suele presentar al Inca Garcilaso de la Vega como ejemplo de ese "mestizaje" fundador de la nacionalidad peruana. La unión de la princesa Inca Chimpu Ocllo y el capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega, es presentada como la unión casi natural de dos nacionalidades que convergen para dar origen al primer peruano. Garcilaso se presenta a sí mismo como el resultado de la unión de dos mundos raciales y culturales, y reivindica esa nueva identidad. En Garcilaso hay el interés de ser reconocido en su nobleza de origen, y luego proclamar una historia que sostenga a esa nueva identidad. Nobleza inca y conquistadores son la fuente de esa narrativa, y embrión de esa "nacionalidad". Sin embargo, la pretensión de colocar a Garcilaso como ejemplo de mestizaje fundador de la nacionalidad, primero deja de lado las condiciones de esa unión (vencedores y vencidos), y de superposición cultural antes que de "sincretismo". Y segundo, el deseo de tomar el caso particular de Garcilaso y colocarlo como casi paradigmático del mestizaje, oscurece la realidad del mestizaje brutal y cotidiano que

[105] Por otro lado, en la biografía de Pizarro hecha por Porras, el autor alude a las mujeres de la nobleza inca, pero siempre en función al relato que considera principal, la acción y pensamientos de los conquistadores. Tras la captura de Atahualpa: "aparece la huella del otro ávido y lujurioso reparto realizado ese día: el de las **hembras indias**, en el que Pizarro y sus capitanes celebraron para sí el oligárquico derecho de pernada. Las hermanas del Inca y las más hermosas mujeres del séquito fueron reservadas para ellos. Doña Inés Huaylas, una de las más bellas y nobles ñustas del Imperio, hermana de Atahualpa, al presentarse tímida y anhelante ante el impasible capitán español, despertó vagamente su dormido instinto de ternura… ordenó Pizarro, con un gesto parco, que aquella prisionera núbil fuera trasladada sin tocarla, a su propia posada. Acaso, si por su mente tosca, guiada sólo por su ambición, pasó en ese instante el confuso presagio de una dinastía". Raúl Porras Barrenechea. *Pizarro* (2016), pág. 112, énfasis añadido

se dio principalmente (violaciones, servidumbre sexual, uniones forzadas). El discurso del mestizaje, en resumen, coloca en el centro al mestizo noble Garcilaso e invisibiliza al mestizo común, resultado del sometimiento o abuso sexual de las mujeres indígenas. El paradigma del mestizaje, exalta la doble herencia, pero pocas veces o nunca describe las condiciones execrables de esa unión racial o biológica.

Garcilaso es apropiado también por la historiografía crítica, que busca en él, lo indígena antes que hispánico. La figura del "primer mestizo", varía entonces desde los lentes de los intelectuales y sus adscripciones ideológicas. El sugerente trabajo del psicoanalista Max Hernández, sobre este personaje: *Memoria del bien perdido: conflicto, identidad y nostalia en el Inca Garcilaso de la Vega* (1991), es claro en este punto. Nos dice Max Hernández:

> *Resulta interesante comentar someramente los modos tan distintos como ha sido considerado Garcilaso en cuanto a la condición concreta de mestizo. La vida y la obra del Inca parecen constituir un conjunto de estímulos sobre los cuales se puede imponer los significados que les atribuye el observador. Como en un test de Rorschach, los datos están ahí presentes. Se puede responder a ellos como si se tratase de una prueba proyectiva. Tomemos como ejemplo las respuestas frente a su obra de tres lectores aplicados. Estos tres testimonios son del año 1939, con ocasión del cuatrocientos aniversario del nacimiento del Inca. Luis E. Valcárcel (1939:25) se aproxima a Garcilaso "desde el ángulo indio". Afirma el derecho que asiste al cronista a llamarse indio y subraya que el Inca "proclamó su calidad de indio, de hijo de india, de retoño del viejo linaje cusqueño, de nacido en el Cusco, de amamantado de pechos indios, y nostálgico de patrios lares". Ese mismo año Carlos Daniel Valcárcel (1939) publica un libro enderezado a contradecir las opiniones del "purismo racista". El título del volumen - en el que exagera el tamaño de las letras Z y K que representan dos fonemas característicos del español y del quechua en el nombre GarcilaZo- InKa - "obedece [a la] intención de dar al lector, desde la iniciación de la obra, la nota mestiza que es característica del personaje". Sus páginas apuntan a continuar "aquel amalgamamiento trágico". Por su parte, Víctor Andrés Belaunde (1939:*

> *118), en un breve texto publicado en el Mercurio Peruano, critica la "inútil nostalgia arqueológica que quiere ver una profanación en las bóvedas, arquerías, balcones y torres hispánicas sobre los muros milenarios". Estos están bien "como firmes basamentos de las maravillas del arte barroco". Belaunde lamenta que "el distinguido intelectual" L.E. Valcárcel mantenga "un sentido de anticuada hispanofobia" (Ibid.: 119). El Inca se transforma según los ámbitos ideológicos por los que circula y de acuerdo a las perspectivas personales de sus lectores. Un solo personaje verdadero en tres versiones distintas* (Hernández, 1993, pp. 90-91).

Las discusiones en el marco del V Centenario retoman la idealización del mestizaje como fuente de unión racial y cultural de Hispanoamérica. En el caso peruano, la figura de Garcilaso, aunque ya usada en el pasado, es instrumentalizada en favor de la defensa de identidad mestiza, disimulando así las diferentes identidades indígenas no reconocidas o subvaloradas. Garcilaso encarna la temprana peruanidad, y el ideal de sujeto castellanizado, cristiano y fiel a Hispania. El significado histórico de Garcilaso y su obra es incuestionable, no así la pretensión de colocarlo como paradigma de mestizaje, evitando así una crítica al origen traumático del mestizaje y las condiciones abominables en que se dio esta "unión fundadora".

El V Centenario y el debate alrededor de este, no es un debate sobre el pasado en sí, sino sobre el presente. Para los críticos un legado nefasto, marcado por la desigualdad, racismo y vicios diversos; mientras para los defensores, la posibilidad de la unidad iberoamericana, basada en la superación del pasado y el reconocimiento de elementos comunes como la lengua castellana y otros elementos de la cultura occidental. Desde la visión crítica, se recupera la *Teoría de la Dependencia*, la cual explica el origen de las asimetrías entre las naciones, o la formación del esquema *centro-periferia*, en la época de la expansión colonialista europea (s. XV-XVI). En el contexto de las crisis políticas y socioeconómicas experimentadas por América entre los 70s y 80s, la explicación basada en la idea de *metrópoli-satélites* es ampliamente aceptada. La subordinación económica, expresada en la limitación a producción de materias primas por los países satélites, y la dependencia de la tecnología de las potencias del primer mundo; así como de la superioridad militar y la hegemonía

cultural de los centros de poder, son la base de la Teoría de la Dependencia. Según esta, los centros financieros mundiales y el dominio de los mercados, constituyen estructuras neocoloniales, donde los países dependientes están maniatados por estructuras de poder, provenientes del inicio de la colonización americana. En este sentido, parte de las discusiones sobre el V Centenario, se concentran en enfatizar la relación del colonialismo europeo (feudal, mercantilista) y el sistema capitalista con sus nuevos centros de poder. La continuidad histórica de dominación hispano-portuguesa (s. XVI-XVIII), a la dominación inglesa (s. XIX), hasta la dominación norteamericana en el siglo XX.

En su artículo "Dilema del Perú y América Latina: Dependencia o Autonomía (invasión europea a nuestras antiguas sociedades)" (1992), el sociólogo peruano Roger Iziga, explica esta vieja raíz histórica de dominación y dependencia. Para este estudioso la conquista o invasión lusohispana interrumpió o cortó nuestro desarrollo autónomo original.

> *La América precolonial se vió desde entonces subordinada a las decisiones e intereses de las grandes potencias mundiales en una continuidad de relaciones coloniales y neocoloniales. Esta trágica realidad sólo fue posible mediante la enajenación de nuestra personalidad histórica y la retroalimentación del sistema neocolonial. Los latinoamericanos no tenemos porque celebrar el V Centenario. Debemos sì recordarlo para afianzar nuestra fe y esperanza en la conquista de la segunda independencia de América y la construcción de su unidad e integración, de su identidad y nueva autonomía* (Iziga, 1992, p. 78).

A nivel cultural, por su parte, el autor reclama la necesidad de reivindicar nuestra antigua y particular racionalidad, valores filosóficos, morales-éticos y comunitarios. Citando a Leopoldo Zea, en la filosofía americana hay una búsqueda de una realidad, valores e identidades comunes. Pero la historia de América, según Iziga, es la historia de una condición autónoma antigua, que transita a una condición colonial, y finalmente a una neocolonial. Refiere Roger Iziga:

> *Los 500 años significan un continuum de dominación colonial en nuestro continente. A la dominación colonial europea (España, Portugal, Francia, Inglaterra, etc.) le ha seguido luego, la norteamericana. Es decir, de una forma de dependencia colonial devenimos en otra neocolonial. Algunas veces brutal y violenta, otras sofisticada y sutil* (Iziga, 1992, p. 79).

Como se mencionó esta visión histórica de la Dependencia, está muy extendida y autores de gran difusión como el historiador Pablo Macera, la asumían y divulgaban en textos, seminarios y entrevistas. En América Latina, las invasiones e intervenciones militares y políticas de EE.UU. desde la segunda mitad del siglo XX, hicieron que esta teoría gozará de gran fuerza. La invasión de Panamá en 1990, reactualizaba la idea de imperio que ejerce el dominio político-económico y hasta militar sobre los países satélites. La introducción de las reformas neoliberales entre los años 80s e inicios de los 90s demostraban, el poder del gran capital norteamericano y europeo, y condición de nacionales subordinadas a esos centros de poder (neocolonialismo).

Iziga es partidario también de la idea belaundista de la "síntesis viviente", pero enfatizando que esta consista en recoger lo mejor del legado de las culturas indígenas, occidental y la cultura afro-asiática. La racionalidad y tecnología de la cultura aborigen debe articularse con los mejor de la experiencia social y científico-tecnológico de la modernidad occidental, según el autor. Siguiendo a Basadre, considera que esta "síntesis social peruana" no se ha realizado aún. El Perú sigue siendo una serie de "compartimientos estancos o estratos superpuestos", y de ahí la necesidad de cultivar un nacionalismo constructor de conciencias, defensivo contra la presión extranjera y su absorción material y mental. Iziga concluye afirmando que "la tarea histórica es encontrar solución, con realismo, a los problemas histórico-estructurales acumulados en estos 500 años de desarrollo colonial y neocolonial" (Iziga, 1992, p. 89).

Desde el lado opuesto, bajo una perspectiva más conservadora o conciliadora, el historiador Percy Cayo, repasa las posturas encontradas en la controversia por el V

Centenario, pero finalmente adopta una visión crítica frente el indigenismo y defensora del hispanoamericanismo.

> *Hay, evidentemente, toda una política labrada en alguna oscuridad para desmantelar cualquier intento de recordar la gran hazaña colombina... Estaríamos, pues, en el epílogo del siglo XX y del segundo milenio, ante un renacer de la "leyenda negra". Nadie podrá negar que tal, a estas alturas de la Historia, es un manifiesto anacronismo. La "leyenda negra" tuvo evidentemente sus causas y circunstancias condicionantes. Fray Bartolomé de las Casas jugó un rol en ella; de él en cierta forma nace la leyenda. No es que inventó unos abusos, sino que los exageró, los hinchó, los desorbitó, al servicio de su gran afán de mejorar la situación del indígena del Nuevo Mundo. Mas volver a él hoy, o a las Noticias Secretas de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, no conduce a una mejor comprensión de nuestro presente, tal vez el más adecuado fin de la conmemoración semi-milenaria. Nada de aquello es desconocido hoy, y aun historiadores hispánicos, al estudiar la realidad de instituciones y acontecimientos, no han ocultado abusos ni violencias* (Cayo, 1990, p. 63).

Percy Cayo, además sostiene que las posturas que anclan el malestar contemporáneo de las naciones latinoamericanas, en el pasado (hace 500 años), no hacen más que exonerar de responsabilidad a los verdaderos culpables. La historia republicana y sus nefastos personajes o grupos de poder, explican mejor nuestra inviabilidad de como países, nuestra premodernidad y nuestros males diversos. El hecho de que ante la pregunta vasgallosiana de "¿En qué momento se jodió el Perú?", muchos personajes e intelectuales respondan que se inició con la Conquista española, evidencia la falta de brújula o capacidad para explicar mejor nuestros problemas:

> *No podemos saber si hay conciencia de que se está, con tales mentiras, liberando de responsabilidad a muchas otras generaciones; es paupérrima la explicación y, sobre todo, esto lo más grave, benevolente, compasiva, perdonante y, por qué no decir, hasta complaciente, con quienes tienen la culpa de lo que pasa en muchos de nuestros países. Ante tan ridícula interpretación, deben estar riéndose de nosotros, desde sus tumbas, los odrías, somozas, batistas, perezjiménez, perones,*

> *rojaspinillas, trujillos, castilloarmas, stroessners y etcéteras. Los inspiradores de Valle Inclán (Tirano Banderas), Asturias (El Señor Presidente), Vargas Llosa (Conversación en la Catedral), García Márquez (El Otoño del Patriarca), ..., son totalmente inocentes. Es lamentable que se valga de este medio milenio colombino, para exculpar a quienes tienen directa responsabilidad de la situación en que viven nuestras clases menos favorecidas, eternamente preteridas por los gobernantes de turno…* (Cayo, 1990, p. 66).

El historiador limeño considera en resumen un desvarío el atribuir a ese pasado lejano las responsabilidades de un presente trágico. La existencia de dictaduras en el pasado, y la no consolidación de Estados democráticos en la actualidad, son mejores respuestas para explicar las causas del mal contemporáneo del continente.

Por otra parte, en su reflexión sobre la identidad americana, sostiene Percy Cayo:

> *Gran parte de nuestro drama y desconcierto que hace "controvertida" - por usar una palabra que califica a este Quinto Centenario, según Roa Bastos-, ésta efemérides se debe a que aún no hemos comprendido lo que somos. No somos ni hijos directos del conquistador, ni hijos directos del conquistado, sino fruto de la unión de ambos. En palabras bolivarianas: "No somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles", como nos lo decía en el Discurso de Angostura (1819), idea que ya lo había visitado cuatro años antes, en su ostracismo jamaiquino…* (Cayo, 1990, p. 67).

Efectivamente, Bolívar en su condición de criollo privilegiado, propone pensarnos no como europeos, ni como indígenas, sino como una identidad nueva. Lo cierto es que la América en que vivía era mayoritariamente indígena, hecho que buscó ignorarse desde ciertas élites criollas que finalmente tomaron el poder y construyeron los Estados nacionales y sus respectivos gobiernos. La retórica decimonónica sobre la nación, también apuntaba a invisibilizar gradualmente a las masas indígenas. E incluso en el caso peruano del censo de 1940, se procuró clasificar a los indígenas como mestizos, en el deseo de presentar al país como "moderno". El historiador Percy Cayo, adopta el punto de vista de una larga tradición de intelectuales criollos y principalmente limeños, que en su deseo de proclamar la nación mestiza, desconocen o niegan

(consciente o inconscientemente) a las distintas identidades indígenas que existen el Perú y toda América.

Por otro lado, aunque el indigenismo y neoindigenismo más militante atribuye en exceso la responsabilidad del malestar contemporáneo del continente a la ruptura, quiebre o "eclosión" que significó la invasión europea, exagerando quizás la idea de *herencia o legado colonial* en sentido negativo, no es tampoco aceptable negar o relativizar el impacto del colonialismo en la trayectoria histórica de países como el nuestro. Cayo acierta en observar la enorme y directa responsabilidad que posee la etapa republicana en los abismos sociales y el retraso económico del país y el continente en general, pero no reconoce que existe una huella colonial que también explica elementos retardatarios que nos caracterizan.

Desde la orilla antihispanista o "hispanofóbica", han declarado, historiadores de gran relevancia, como Edmundo Guillén:

> *No hay nada que celebrar. Al contrario, hay mucho que deplorar. Occidente instauró en América una época de tinieblas, de caos, de genocidio. Los metales preciosos arrancados con el sudor y la sangre de nuestras poblaciones nativas evolucionaron el viejo continente hacia el capitalismo, pero con la involución de América, con la destrucción del proceso civilizador autónomo, perpetuándose una crisis constante, un "subdesarrollo" que no acaba. Y al cumplirse los 500 años de la tragedia, sólo cabe la denuncia de lo inhumano y cruel que fue el establecimiento de la dominación colonial, paralelo al rescate de la verdadera historia, aquella protagonizada por nuestros antepasados en terca y heroica lucha de resistencia, por mucho tiempo silenciada pero hoy por una gran mayoría reivindicada. La conquista, no fue el resultado de la lucha de afortunados aventureros contra "indios" anónimos, sino una guerra de España contra el Perú de los Inkas o Tawantinsuyo. Es decir un episodio más de su expansión colonial en la parte del continente americano que presuntamente le correspondía por el Tratado de Tordesillas* (Guillén, 1992, p. 82).

En el presente fragmento Edmundo Guillén resume muchos aspectos vinculados a la postura detractora de sobre el V Centenario: la imposición de Occidente sobre culturas

libres o autónomas, la expoliación histórica e inhumana que permite el desarrollo del capitalismo europeo y el legado de subdesarrollo que aún persiste en América Latina. A ello se suma, la idea de que el V Centenario debe deplorarse, y debe ser ocasión para denunciar, la inhumanidad y crueldad del inicio del dominio colonial, pero también debe ser motivo para el rescate de la "verdadera historia", aquella que fue silenciada o poco visibilizada, y que demuestra la valerosa y heroica resistencia de los pueblos indígenas frente al foráneo invasor. En el caso peruano, se trata incluso de una guerra clara entre España y el "Perú de los Inkas".

La postura de Edmundo Guillén se inscribe en el discurso crítico más recalcitrante, y maniqueísta. Discurso que se contrapone al viejo discurso conservador, hispanista, proespañolista o "hispanofílico". La "idea crítica" sobre el pasado peruano, tiene como uno de sus puntos centrales la invasión española o destrucción del Tawantinsuyo. Esta mirada atribuye desmedidamente a ese pasado los males contemporáneos. Aunque resulta una voz necesaria para contrarrestar a las visiones celebratorias y acríticas, del discurso oficial y conservador de antaño, la perspectiva crítica muchas veces caía en excesos retóricos y visiones antioccidentalistas. Junto a Guillén, otros autores han sumado declaraciones marcadamente críticas al respecto, como arqueólogo Alberto Bueno Mendoza:

> *Hoy día, la celebración de aquellos nefastos acontecimientos, pretende ocultarse bajo la hipocresía de la frase "Encuentro de dos mundos". España al practicar su hispanismo iberoamericanista recurre al eufemismo, la mentira, el ocultamiento consciente y a la cómoda falsificación histórica. El realismo histórico demandado por nosotros rechaza los calificativos de "iberoamericanos" o "latinoamericanos" pues no es nuestra autenticidad y por el contrario nos niegan. "Precolombino" o "Prehispánico" son términos impuestos por las autoridades hispanas pues la colonia nos hace resurgir a la "modernidad" sin historia, al subsumirnos en los periodos acuñados por occidente. Estos términos niegan nuestro pasado, pues eliminan el desarrollo y la cultura originaria previa a su incorporación al eurocentrismo temprano; es decir, como si no hubiéramos tenido civilización propia… Quinientos años después, el balance de todo tipo es deficitario.* ***La presencia española en América no significó avance para***

> ***esta, sino más bien retroceso en todos los sectores de la vida. Ese retroceso es la herencia española que signa al continente en nuestros días*** (Bueno, 1992, p. 68 énfasis añadido).

En los escritos de tono crítico en torno al V Centenario, es interesante observar distintas líneas argumentativas. Por un lado, las que resaltan la resistencia militar y cultural de las sociedades andinas frente a la arremetida europea. Y, por otro lado, los textos que enfatizan el nefasto legado de la cultura hispánica (la *herencia colonial*) hasta nuestros días. Se reivindica así, la resistencia de los pueblos indígenas frente al avasallamiento cultural de Occidente, pero se declara que existe un legado cultural occidental que opera como un lastre, impidiendo nuestro real desarrollo.

En la primera línea argumentativa se ubica el antropólogo Román Robles Mendoza, quien en su artículo "Cultura Andina: Dominación y resistencia" (1992), señala:

> *Cinco siglos de dominación de Occidente en el espacio geopolítico de América no han doblegado definitivamente a la sociedad y a la cultura andina… La violenta invasión de los españoles a los dominios del Tahuantinsuyo constituyo una eclosión. El drama de Cajamarca significó al mismo tiempo, el derrumbamiento del Estado Inca y el comienzo de una larga lucha de resistencia nativa* (Robles, 1992, p. 91).

Para el antropólogo Román Robles, en el Perú existía una alta cultura "autónoma", hegemonizada por los quechuas. Los conquistadores imponen su civilización a las grandes sociedades americanas. Signos de esa civilización que irrumpió fueron la cruz y la espada, la biblia y el arcabuz, el caballo y el alfabeto. La lucha entre la cultura occidental y la cultura andina, se traduce en la *dicotomía dominación-resistencia*. Ante el inicio del proceso de colonización la respuesta de los pueblos indígenas fue la resistencia, en sus diferentes formas o expresiones.

Con la Invasión-colonización se impone una nueva economía de tipo extractiva mercantilista y rapaz, como explica Román Robles:

> *… la colonización de la economía andina significó la destrucción del más grande logro científico y tecnológico del incario: la ingeniería hidráulica… La dominación colonial española fue por todo esto rapaz y depredadora, que en poco tiempo destruyeron lo mejor de los avances de*

> *la cultura agraria que lograron los andinos, en una síntesis de varios siglos de desarrollo. Cuando los aventureros españoles irrumpieron al Tahuantinsuyo encontraron a una sociedad sólidamente organizada. El Estado inca era unitario y de poder centralizado* (Robles, 1992, p. 96).

Sin embargo, la última afirmación resulta claramente cuestionable, ya que hacia 1532, el imperio incaico vivía una terrible guerra civil, la capital Cusco se hallaba ocupada por fuerzas del norte, y el Estado incaico distaba de poseer un poder centralizado.

El arribo de las fuerzas hispanas significó, según Robles, la desaparición del aparato administrativo y jerárquico del incario, preservándose solamente los cargos de curacas, en calidad de intermediario y servidores de los intereses españoles: "Prostituidos social y políticamente, se convirtieron en eficientes serviles de los españoles dominantes, en sujeción y detrimento de la masa andina, explotada y esquilmada en sus recursos vitales" (Robles, 1992, p. 97).

La empresa colonial, como lo señalaban las bulas papales de 1493, tenía el doble papel de la conquista de nuevas tierras y la conversión de nuevas almas. Ambos objetivos se cumplieron *a sangre y fuego*. América es rápidamente invadida por soldados y aventureros ávidos de fácil riqueza, pero también por "curas de distinto pelaje". Los naturales eran percibidos como salvajes y barbaros, así como paganos e idólatras. La resistencia indígena frente la evangelización, provoco políticas coloniales como la "extirpación de idolatrías", lo que evidenciaba "la desesperación de los vencedores, por el fracaso de sus planes de catequización de indios" (Robles, 1992, pp. 99-100).

La colonización mental de los pueblos oprimidos, a través de la imposición de la religión judeo-cristiana, se traduce también la colonización de usos y costumbres.

> *No contentos con la despiadada explotación económica, dictaron también normas de vida, reforzando aún más su imposición ideológica… A partir de los principios de la religión cristina enseñaron a los indios a vivir en temor… el no acatamiento de los preceptos del cristianismo significaba para las mentalidades del oprimido condenar a sus almas hacia los infiernos* (Robles, 1992, p. 91).

El autor detalla una serie de imposiciones culturales, traducidas en usos y costumbres, a las sociedades andinas, por ejemplo, al saludo incaico "Ama sua, ama llulla ama

quella"[106], le toca ser remplazada por la frase "Ave María purísima – Sin pecado concebido"; la reverencia a los huamanis, cerros sagrados y huacas es trocada por la persignación, la bendición sacerdotal y la misa. El uso de uncos, anacos y llicllas es reemplazado por pantalones, chaquetas, camisones y faldas. El calendario agrario es cambiado por el calendario cristiano; así el Inti Raimi es sustituido por el Corpus Cristi, el Ayar marcay por el día de todos los santos, y el Cápac Raymi desplazado por la Navidad del niño Jesús. Muchas danzas europeas fueros trasladas al mundo andino, y varias perduran hasta hoy. Explica Román Robles:

> *La imposición de los usos y costumbres en las festividades, en los modelos de la indumentaria, en los saludos cotidianos, en la alimentación, en los rituales, en las prácticas de artes colectivas, es decir, la colonización de las mentalidades fue complemento de la colonización económica y política. En otros términos, el proceso de sustituciones coercitivas en los campos de la economía, de la sociedad y de la ideología, significó el avasallamiento de la cultura andina, tan valiosa y rica en manifestaciones.* ***Pero a pesar de todo esto, la cultura andina no desapareció*** (Robles, 1992, p. 91 énfasis añadido).

Robles después de señalar algunas formas sobre como la cultura occidental se impone o superpone a la cultura andina, argumenta que resulta falsa la idea extendida de que la dominación cultural sobre los vencidos fue vertical y mecánica. Los indios de ninguna manera aceptaron sumisamente los atropellos y humillaciones de los colonizadores, siendo solamente obedientes aprendices: "Esta tesis, sustentada por las políticas educativas de las clases dominantes de la etapa republicana, no han sido cuestionadas sino en los albores del quinto centenario del llamado "descubrimiento de América" (Robles, 1992, p. 103). Es incuestionable la vigencia de la cultura andina, y son los intelectuales indigenistas (Juan Bustamante, González Prada, Clorinda Matto de Turner, Manuel Vicente Villarán, Uriel García, Gamaliel Churata, Luis E. Valcárcel, Dora Mayer, Atilio Siviriche, etc.), los que permiten constatar ello.

Según Robles, la colonización de la cultura andina se encontró con un conjunto de formas de resistencia, personificada incluso en líderes como Manco Inca, Juan Santos

[106] Este saludo incaico al parecer es una "invención" de los grupos indigenistas de fines del siglo XIX, así como también la supuesta bandera del arcoíris atribuida al Tahuantinsuyo.

Atahualpa y Túpac Amaru II. Pero muchas formas de resistencia se produjeron silenciosamente, recurriendo al ingenio, el engaño, la simulación y aceptación aparente de las imposiciones del colonizador. La supervivencia de la cultura andina estuvo sujeta entonces a formas de resistencia activa pero también pasiva. Una de esas resistencias fue la de no incorporar, nunca totalmente, la noción de propiedad privada, especialmente en temas de tierras. El individualismo no invadió todas las esferas de la conciencia comunal andina. A pesar de la imposición de la encomienda y la hacienda colonial, nunca desaparecieron las viejas formas de relaciones colectivas de trabajo, como la minka y el ayni. La racionalidad andina ejemplificada en las relaciones de reciprocidad, perdura hasta hoy. La verticalidad de las decisiones en el mundo hispánico, por ejemplo, en el nombramiento de autoridades, tuvo su contraparte en la mayor horizontalidad dentro de las comunidades a la hora de designar representantes. Un espíritu asambleísta se conserva, constituyendo una forma de "democracia interna" o "democracia indígena" al decir de Robles.

La cristianización por su parte, fue un proceso distinto a la rápida dominación socio-política y económica, según Robles. Hubo más resistencia frente a este proceso represivo. El sincretismo no fue algo deseado en este ámbito, por las autoridades coloniales, pero se produjo debido a la resistencia andina. La persistencia de las fiestas del agua, ganado, siembra, cosecha, evidencian la cristianización a medias, o la clara ausencia de símbolos católicos en estos rituales. Cultos panandinos, regionales y locales, se mantuvieron disimuladamente, o lejos de cristianos blancos.

La cultura andina, caracterizada por su heterogeneidad, logra conservarse a pesar de la arremetida de Occidente, a partir del siglo XVI. Desde una visión antropológica y política, Robles busca demostrar esa vigencia y reclama la necesidad de reconocerla. Señala Román Robles:

> *Demasiado prematuro para hablar del ocaso de la cultura andina. Esta se reproduce con una fuerza creadora extraordinaria, no sólo en las áreas propiamente andinas, sino en las periferias de las grandes urbes. Con ingredientes nuevos, con aportes de la ciencia, la tecnología y las artes de otros contextos, la cultura andina se revitaliza y siembra porvenir. Ha sorteado históricamente muchos embates adversos, sobrevivió a la colonización europea y a la dominación capitalista*

> *republicana, adaptándose a sus exigencias y creando sus propios mecanismos. Con la misma vitalidad de varios siglos, resiste los destellos del modernismo contemporáneo, readaptándose a sus influencias más poderosas. Pero mantiene la esencia andina, el espíritu andino* (Robles, 1992, p. 116).

El discurso crítico de tipo histórico, sociológico y antropológico, consignado acá, de los autores de las décadas de los 70s y 80s, está influido no solo por visiones indigenistas, sino por el pensamiento marxista vigente en esos años. La lectura de los estudios sociales está directamente influida, en varios casos, por la teoría marxista. Esta no se expresa de modo totalmente explícito, sino a través algunos conceptos que se insertan dentro de una explicación más general. De este modo, indigenismo, marxismo y teoría de la dependencia subyacen en los distintos enfoques críticos sobre el V Centenario y la interpretación del pasado colonial. Determinar el nivel de influencia de estas corrientes o teorías, en cada autor seria materia de otro estudio. En todo caso, cabe también apuntar la crítica que el antropólogo William W. Stein hace a sus colegas y a los etnohistoriadores, pues *tratan con un pasado perdido como un "bien perdido"* (Stein, 2010, p. 14). Consideramos que esa crítica se extiende a todo el campo de las ciencias sociales peruanas, donde el mito, la visión paternalista, la idealización del pasado y cierto tufillo de la antigua noción del "buen salvaje", todavía subyace. La misma etnohistoriadora María Rostworowski, en numerosas entrevistas reclamaba la necesidad de superar las visiones garcilasistas del pasado incaico, por ejemplo, caracterizadas por una idealización y deformación nociva de ese pasado histórico[107]. La visión Garcilasista, impregnó la mirada hacia el pasado incaico, desde muy temprana época, y se ha caracterizado por estar presente, tanto en los discursos conservadores oligárquicos, como en discursos radicales de izquierda.

El discurso que destaca la resistencia cultural andina, tiene su contraparte o complemento en el discurso que destaca la herencia o legado negativo de la Colonia. En su artículo "El espíritu colonial en el Perú de fines del siglo XX" (1992) del sociólogo Luis Pacheco Romero, se realiza este "autoexamen necesario", contrastando

[107] El antropólogo Juan Ansión, en la presentación del libro *Historia del Tawantinsuyo* de María Rostworowski, destaca que "es particularmente interesante su crítica de Garcilaso de la Vega como fuente histórica. Según ella, el inca Garcilaso no deforma la verdad por muy español o por olvidadizo, sino al contrario por muy andino: al pescarle las mentiras, la autora muestra que el cronista presenta la "historia" oficial de su propia panaca en contraposición a otras panaca del Cusco" (1988).

el pasado con la realidad presente, destacándose la perduración de rasgos mentales coloniales que retrasan el desarrollo actual. En la esfera política, por ejemplo, el autor enumera las siguientes:

1. Tendencia al fundamentalismo, al dogmatismo;
2. Inclinación al autoritarismo e indiferencia por el consenso;
3. Actitud jerarquizante frente a la diferencia étnica (Pacheco, 1992, p. 127).

Un "fundamentalismo pre-científico" se transmite de generación en generación en el Perú y la América colonial. Ello debido a que durante el virreinato, la verdad tenía como base la fe y no el hallazgo del conocimiento fundado. Al iniciarse la colonización, Europa todavía no había alcanzado la modernidad, y solo cien años después la alcanzaría, pero en el norte del continente, no así en el sur, en países como Portugal y España, marcados por la presencia de la Inquisición, por ejemplo (Pacheco, 1992, p. 127). Aquí se repite el viejo tópico de la España oscurantista y fanática, retrasada cultural, técnica y científicamente respecto a Inglaterra, Francia u Holanda. Idea asociada a la denominada "Leyenda negra", que aunque exagerada por los nacional-católicos, para victimizarse en España; no deja de ser cierta, en la existencia de una vieja y prejuiciosa mirada hacia España, que perdura hasta hoy en algunos aspectos.

En resumen, para Pacheco, parte del *Legado colonial* a nivel político se expresa en cierto "sectarismo" asociado al fanatismo hispano. Heredamos además una tendencia al autoritarismo, propio del orden monárquico o imperial al cual estuvimos sujetos durante siglos. El gobierno "autocrático" es un rasgo claro en la sociedad peruana, desde la Colonia. Cabría aquí preguntarse, si el autor considera si entre los Incas hubo o no un gobierno autocrático. Finalmente, la actitud jerarquizante frente a la diferenciación étnica, todavía perdura, según el sociólogo peruano. La no integración de los grupos indígenas al sistema político virreinal y republicano. El desdén por el hombre del Ande, se traduce en su nula o pobre representación política durante estos últimos 500 años.

En el ámbito económico, el sociólogo Luis Pacheco, destaca como rasgos coloniales que perduran hasta hoy, los siguientes:

4. La motivación por la obtención de lucro en breve plazo;

5. Indiferencia ante el desarrollo de la ciencia y la tecnología;
6. Carencia de vocación por la actividad de transformación productiva y preferencia por el comercio o por la producción de bienes no elaborados (Pacheco, 1992, p. 130).

El *lucro rápido*, fue el principal motor impulsor de la colonización. Espíritu muy presente en el mundo capitalista actual, pero bajo condiciones muy distintas. Escribe Luis Pacheco:

> *Para nadie es desconocido la codicia, la ambición, el afán de riqueza que dio energía a los autores de la expansión europea en nuestras tierras. Naturalmente el deseo de ganancia y beneficios se dio también en tiempos posteriores; con la llegada del capitalismo industrial. Pero la diferencia básica está en que la conquista consistió en la ocupación de tierras y en la apropiación de riquezas naturales, mineras o agrícolas, para comerciar lo producido con mano de obra esclavizada en los mercados europeos; mientras que el establecimiento y consolidación gradual de la manufactura el sostén fue la inversión, el ahorro interno y externo, la austeridad, la disciplina y la organización* (Pacheco, 1992, p. 130).

La escolástica medieval predomina en la sociedad hispana. Los conquistadores provenían de un mundo pre-industrial; los españoles no entendían el papel e importancia del desarrollo científico y tecnológico para el progreso económico y social. No se preocuparon por impulsar esos ámbitos en sus colonias, dejándolas retrasadas respecto al mundo anglosajón, por ejemplo. A ello se suma, la carencia de vocación por la actividad productiva de transformación, limitándose a una economía mercantilista de acumulación de metales preciosos, o la simple producción agrícola. El modelo primario-exportador, todavía se mantiene vigente, y tendría su explicación en la estructura productiva colonialista, según el autor.

El sociólogo Luis Pacheco, finalmente argumenta que, dentro del legado o herencia colonial, está la mentalidad vinculada al ámbito del crecimiento y desarrollo. Estos rasgos mentales serian, por ejemplo, el desinterés por el largo plazo y la predominancia de una visión cortoplacista, o la irrelevancia de la necesidad de construir instituciones en la sociedad civil. "El *desinterés por el largo plazo* es un

elemento de la organización social del siglo XVI que encaja en el espíritu de la época" (Pacheco, 1992, p. 132). Mientras el monopolio estatal típico del periodo del mercantilismo español, prescindió de construir instituciones desde la sociedad civil americana. "El monopolio de las decisiones en la esfera de las autoridades coloniales no parece diferenciarse mucho de la concentración del poder en el Estado oligárquico en Latinoamérica" (Pacheco, 1992, p. 134).

Para el autor queda pendiente examinar el porqué de la vigencia (500 años) de la serie de rasgos de mentalidad de origen colonial que expone. Una primera razón sería, según este sociólogo:

> *El pensamiento trasladado de España a nuestras tierras en los siglos XV y XVI no evolucionó. La Colonia no era espacio que generara ideas nuevas, para circulación en los medios académicos europeos. Tuvo que transcurrir todo el tiempo hasta el giro del siglo XVIII al XIX, para que comenzara a sentirse en Hispanoamérica y el Perú la influencia de las concepciones de la democracia liberal* (Pacheco, 1992, p. 136).

O sea, España traslada a América una mentalidad o patrón de pensamiento europeo escolástico, pre-ilustrado o pre-moderno, y esa mentalidad se "congeló" dentro de las colonias. Si bien los universos conceptuales cambiaron en Europa desde los siglos XV-XVI, España y Portugal no tuvieron el ritmo de los países del norte. La colonia como subsistema integrado al sistema político español, queda desfasada respecto a los grandes cambios de países como Inglaterra y Francia. Sobre la construcción de la república criolla en el siglo XIX, recae entonces una fuerte "herencia colonial".

Una segunda razón que expone Luis Pacheco, para explicar la vigencia de la mentalidad colonial en el Perú, es la situación geográfica del país, su relativo aislamiento y posibilidad de mayor contacto con los mercados internacionales como el británico y estadounidense, pero sobre todo con el acceso a ideas modernas vinculadas a las nociones de progreso (ciencia y tecnología). Refiere el sociólogo Luis Pacheco:

> *México recibía la influencia del vecino norteamericano. A Venezuela y Colombia llegaban las naves y mercancías desde Europa vía el Atlántico. A todo el Cono Sur, similarmente. Es más, las migraciones internacionales de fines del siglo pasado y de los primeros decenios del*

> *actual se orientaron hacia los territorios de Argentina, Brasil, Uruguay y Chile. Con esos ciudadanos europeos llegó una mentalidad que correspondía a todos los procesos históricos vividos por italianos, austro-húngaros, alemanes, ingleses, etc., a lo largo del siglo XIX… Perú no tuvo la misma intensidad de contacto con los circuitos mencionados. Sus elites políticas ejercieron su dominación oligárquica en relativo aislamiento* (Pacheco, 1992, p. 137).

Los debates o comentarios en torno al V Centenario reactualizan la idea o argumento de la "Herencia Colonial". Este concepto ya se había empleado desde mediados del siglo XIX, y su empleo figura entre intelectuales importantes del siglo XX como José Carlos Mariátegui y Julio Cotler. Este último, en su difundido libro "Clases, Estado y Nación en el Perú" (1978), se refiere a la herencia colonial como el conjunto de condiciones que propiciaron la "acumulación originaria" bajo el esquema de una producción precapitalista en áreas coloniales, siendo la explotación minera el eje de la producción colonial en el Perú. Esa situación colonial se caracterizó por la búsqueda de aislar a los indígenas a través de reductos, quebrando así su identidad étnica. Se instituye el *tributo indígena*, el cual sigue en importancia a la minería como ingreso para la Corona. Los conquistadores recibieron del monarca, diferentes prebendas o privilegios, fundamento del Estado patrimonial. Es el caso de las *encomiendas*, donde se hacía uso abusivo de la mano de obra indígena: "el encomendero se encontraba en potestad legal de apropiarse de una renta a través del trabajo de los indígenas en la minería, agricultura, artesanías, a cambio de los cual debía cuidar su evangelización, lo que en términos concretos significaba preservar el estado de sumisión de la población conquistada (Cotler, 2005, p. 53). Se instituye la *mita* la cual genera las condiciones de explotación, próximas a un *genocidio* o *etnocidio*, visibles en el decrecimiento demográfico, el cual se explica también por las enfermedades, el desarraigo de poblaciones, ruptura de relaciones de parentesco y de reciprocidad. La creación de los *corregimientos de indios*, que reemplazan a las encomiendas en la tarea de movilizar la mano de obra indígena, en provecho propio y con la complicidad de curas doctrineros y curacas. Los corregidores administran justicia, recogen el tributo, organizan la mita, exigen servicios gratuitos e imponen los *repartimientos* de mercancías (compras forzosas de objetos, por los indígenas).

> *…encomenderos, corregidores, cabildos y congregaciones religiosos, gracias a su relativa autonomía frente al Rey, estaban en condiciones de transgredir la ley y obtener tierras de las comunidades, englobando a sus pobladores como trabajadores enfeudados. El abuso de la mita y la creciente mortalidad indígena produjo una fuerte acumulación de tierras ociosas y realengas… Esta situación originó la "composición de tierras", de la que abusaron los españoles. Así, encomenderos, corregidores, curas doctrineros, se transformaron en hacendados, pese a las expresas disposiciones reales… Las haciendas se trabajaban con mitayos, yanaconas, arrendatarios y en menor grado con asalariados* (Cotler, 2005, p. 57).

La herencia colonial se traduce entonces en la persistencia de formas de explotación vinculadas a la concentración de tierras y el abuso sobre la población indígena, empleada como mano de obra gratuita o semigratuita. El *gamonalismo* y el régimen de haciendas en la costa, son el claro ejemplo de ello. La existencia del *yanaconaje* y el *pongaje* hasta 1970, demuestran la huella profunda del sistema económico de tipo colonial, afianzado incluso en la república. Para Cotler, además, la ideología política hispana, fundada en la tradición católica y medieval, "partía de la premisa de que la forma de organizar saludablemente la sociedad era sobre la base de construir claras jerarquías sociales, siguiendo así los postulados aristotélicos y tomistas entonces prevalecientes" (Cotler, 2005, p. 61). De esta manera, la idea de que cada grupo tiene su rol o función se extiende. Unos nacen para mandar y otros para obedecer. Los conquistadores se denominan "cristianos viejos" y declaran su "limpieza de sangre", mientras la población indígena es de origen *gentil*. La sociedad estamental, con fuertes jerarquías internas, demuestra la relación de dominación y subordinación que se instituye claramente en el Perú colonial y poscolonial.

Julio Cotler explica que en la Colonia inicial existe el deseo de la Corona de concentrar el poder, pero ello se ve contrarrestado por los colonizadores y criollos quienes se encargan de minimizar, distorsionar y anular muchas ordenanzas reales y a la burocracia metropolitana: "Los encomenderos, corregidores, comerciantes ricos, eclesiásticos y hacendados resistían pasivamente a la administración colonial, impidiendo así la aplicación de la erráticas disposiciones legales y compartiendo con

los funcionarios las ventajas de "la ley se acata paro no se cumple" (Cotler, 2005, p. 69).

En resumen, según Cotler, la estructura política colonial se organizaba de forma "estamental y corporativa", de intereses sociales fragmentados que impiden el logro de una "identidad común". La conformación social y política del Perú colonial era contraria a una infraestructura socio-política burguesa y liberal. La dominación colonial no ofreció al Perú posibilidades político-económicas de desarrollo nacional: "…la preservación de los derechos corporativos, devino en una falta de universalización del Estado. Impidiendo el desarrollo de valores y símbolos comunes a su población" (Cotler, 2005, p. 70)[108]. El Perú adquiere con el tiempo un *régimen oligárquico neocolonial*, evidenciado en el carácter censitario del voto, la alta concentración de la propiedad, el mantenimiento de la esclavitud hasta mediados del siglo XIX, y la continuidad del tributo indígena.

Los argumentos en contra de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, se concentraron en la denuncia de las consecuencias inmediatas que trajo la colonización (genocidio, saqueo, explotación, destrucción de los Estado indígenas, esclavitud, etc.); sin embargo, también se establecen las consecuencias a largo plazo, aquellas que explican el retraso de los países de América (pobreza, desigualdad, racismo, privilegios, corrupción). En el caso peruano, la idea de la "herencia colonial" aparece claramente explicada en la obra de Julio Cotler, quien la resume en una serie de conceptos y señalamientos: Estado patrimonial y corporativo, concentración de tierras, desafecto por el respeto a la ley, ausencia de unidad nacional y persistencia de relaciones precapitalistas. A estas nociones, se sumaría la idea de un país de oportunidades perdidas, expresada en la frase popular "somos un mendigo sentado sobre un banco de oro"; o las menciones del influyente historiador Pablo Macera, sobre las derrotas que impidieron un camino distinto en nuestra historia: la rebelión de Manco Inca y Túpac Amaru II, o el fin de la Confederación peruano-boliviana.

El V Centenario fue motivo también para la publicación de numerosos artículos relacionados al conocimiento de las sociedades prehispánicas; artículos de

[108] Julio Cotler agrega que: "A diferencia de lo que ocurrió en Europa desde el Renacimiento, en América el Estado no logró su universalidad, sino que cada vez se orientó a lo particular. Si en Europa occidental la centralización estatal significó el recorte de las autonomías locales y particulares, buscando de esa manera generalizar la ley y la burocracia estatal, en España y en América Hispánica sucedió precisamente lo contrario". *Clases, Estado y Nación*, 2005, pág. 71

arqueología, historia y antropología. Pero también se incluyeron algunos artículos de tipo comparativo entre las culturas indígenas e hispánica, como el publicado por el arqueólogo Daniel Morales Chocano: "Tres aspectos de los prehispánico e hispánico en el contacto" (1992). En este se propone analizar algunas "manifestaciones culturales de la alta Civilización Andina en oposición de la bárbara española" (Morales, 1992, p. 161). Morales sostiene que la herencia milenaria de la civilización andina no pudo ser destruida por la relativa inferioridad de los españoles, quienes incluso debían recurrir a los médicos indígenas para curar o aliviar sus males. Los horizontes culturales y desarrollos regionales de la gran civilización andina, habrían sido afectados solo someramente por la intromisión de Occidente, según Daniel Morales:

> *... los 500 años de intromisión europea (incluyendo la norteamericana), no es otra cosa que la raya negra o la noche oscura en la cual se encuentra este complejo procesos histórico-social. En el futuro tal vez, no cuente ninguna historia, frente a la milenaria historia del Mundo Andino que se reinicia estos últimos años anunciando un Pachacútec más* (Morales, 1992, p. 168).

Esta lectura del pasado, reivindica obviamente la fortaleza y vigencia de la cultura andina, y minimiza el impacto de la cultura Occidental o su capacidad de avasallar a las sociedades indígenas, y sus profundas raíces (milenarias) o estructuras socio-culturales. La noción presentada por Daniel Morales, es próxima a la visión cronológica de la historia peruana presentada por el historiador Pablo Macera, quien dividía la historia nacional en tres grandes etapas: etapa de las culturas andinas libres o época de Autonomía (20,000 a.C hasta 1532 d.C); la época de la dependencia (Colonia o Virreinato) de alrededor de tres siglos de duración; y la época de semi-dependencia, en la República (dependencia del imperialismo inglés y luego norteamericano). Bajo esa visión de medición temporal, la etapa de las culturas andinas libres, representarían alrededor del 95.5% de la historia del Perú, mientras la Colonia el 3%, y la República apenas un 1.5%.

Los argumentos en favor del V Centenario fueron diversos, desde las naciones "iberoamericanas". Por ejemplo, la idea de que no se trata de una "celebración, sino de una "conmemoración". Escritores connotados como Octavio Paz, expresaron que

"Hablamos español, pertenecemos a la cultura hispana y no podemos renunciar a Cervantes, Lope de Vega o Garcilaso" (1990), a modo de defensa por los preparativos del V Centenario. Se afirmó que los americanos pertenecemos a la cultura occidental, y en esa medida no podemos rechazarla bajo ningún argumento. Y finalmente, se impelía a sopesar serena y justamente, los "pros" y "contras" de la conquista y colonización española, yendo para más allá de posturas dogmáticas de izquierda o de cierto indigenismo pasadista[109]. La conformación de una "comunidad iberoamericana" dentro de un contexto de globalización y modernización política, exigía la construcción de una historia que una y no que nos separe.

Frente a estos argumentos, la enérgica respuesta de intelectuales latinoamericanos se tradujo en manifiestos y escritos diversos, tales como la ponencia "Falacias y coartadas del V Centenario" (1991) del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva:

> *La iniciativa, por parte de las autoridades españolas, de organizar, junto con sus vástagos de ultramar, grandes festejos con motivo del V Centenario del "encuentro de dos mundos", no dejó de despertar la inmediata indignación de amplios sectores de la población de América Latina (y también de la propia España), y en especial de los pueblos indígenas. ¿Se iba -se va- a celebrar exactamente qué? ¿La masacre de entre cinco y diez millones de aborígenes de estas tierras americanas? ¿El sometimiento a servidumbre de los sobrevivientes del genocidio, servidumbre cuyas secuelas subsisten pesadamente hasta nuestros días? ¿El racismo que igualmente perdura, como "herencia colonial", en los países de fuerte presencia indígena? ¿El inicio de un proceso de colonización, neocolonización y hegemonía imperialista que, actualmente, a raíz del llamado "fin de la historia", amenaza con reforzarse, revirtiendo una tendencia a la liberación que considerábamos sólidamente implantada a lo largo del siglo XX? Los promotores de los eventos conmemorativos y su séquito de aspirantes a algún protagonismo o "distinción" percibieron, sin tardanza, que el festín podía echarse a*

[109] Sobre este punto el sociólogo Agustín Cueva, ha señalado que: "Es verdad que en artículos o exposiciones aisladas de tal o cual autor indigenista pueden encontrarse rasgos de milenarismo o esbozos de utopías pasatistas; pero ésta es una producción finalmente marginal desde el punto de vista de los movimientos sociales y que tiene más bien que ver con el romanticismo de ciertos sectores de la intelectualidad mestiza". Ponencia presentada en el XVlll Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, La Habana, Cuba, 28-31 de mayo de 1991. *Revista Casa de las Américas* Nº 257 octubre-diciembre 2009, pp. 142-146.

> *perder con estos cuestionamientos y pusieron manos a su obra. Mientras la diplomacia española se encargaba de presionar a los gobiernos latinoamericanos para que no dieran marcha atrás en las celebraciones y procurasen mantener la casa en orden con respecto al tema, sus intelectuales, metropolitanos y criollos, empezaron a elaborar una serie de argumentaciones destinadas a justificar no solo el derecho, sino el "deber" de participar en el festín. No hacerlo, según ellos, casi equivalía -aún equivale- a un crimen de lesa civilización* (Cueva, 2009, p. 142).

La antropóloga argentina Patricia Monsalve y la investigadora Liliana Tamagno, en su artículo "El Quinto Centenario o la mirada insoslayable" (1992), explican que el 12 de octubre de 1992 se ha convertido en una "fecha fetiche" que provoca imágenes y lugares comunes, que ameritan reflexión. Desde el hispanismo, se recurre a la Leyenda dorada, y a la historiografía oficial de Occidente, conservándose la visión de una aventura epopéyica de parte de los conquistadores. Al otro lado se presenta una visión americanista a ultranza que denuncia el atropello europeo, pero idealiza lo indígena, "al punto tal de proponer una suerte de vuelta al pasado como si estos quinientos años hubiesen sido solo un *impasse* en la historia americana" (Monsalve y Tamagno, 1992, p. 11). Esto representaría, según las autoras, una peligrosa inversión del tradicional etnocentrismo occidental. Sin embargo, un asunto central también es la concepción que se esconde detrás de las luces de eventos como la Gran Expo-Sevilla, corolario de las celebraciones del V Centenario. El evento se piensa como la expresión de la modernidad (tecnológica, financiera, de mercados), antes que como un espacio para repensar las relaciones sociales y económicas vinculadas a un pasado colonial que nos vinculó. España afirma su incorporación a la modernidad (Mercado común europeo), bajo la idea de un pasado a celebrarse y un futuro prometedor. Las naciones latinoamericanas próximas a este esquema mental, relegan el pasado colonial ante la visión del progreso y modernidad de la alianza iberoamericana (el lazo con Europa).

2.2 EL CONQUISTADOR FRANCISCO PIZARRO Y EL IMAGINARIO HISTÓRICO PERUANO.

2.2.1 El retiro de la estatua de Francisco Pizarro de la Plaza Mayor de Lima (2003).

Finalmente, los historiadores luchan o batallan por el triunfo de su representación (del pasado).

(Cristóbal Aljovín)

El retiro de la estatua ecuestre de Francisco Pizarro de la Plaza Mayor de Lima en el 2003, bajo la alcaldía de Castañeda Lossio, supuso un intenso debate en los medios periodísticos entre diversos intelectuales, periodistas e historiadores. Ello reflejo claramente las distintas concepciones sobre nuestro pasado histórico, la identidad nacional o el origen de la peruanidad. Aunque varias posiciones caían en ciertos fundamentalismos, otras incluyeron reflexiones que nos aproximaban a una mejor forma de interpretar la Conquista y a la figura de Pizarro.

La iniciativa del retiro de la estatua la tomó el arquitecto cusqueño Santiago Agurto, rector de la Universidad Villarreal y regidor por Lima del partido Cambio 90, de Alberto Fujimori. Él representó una corriente crítica hacia la presencia del conquistador en la mayor plaza del país, por ser un símbolo ofensivo para la dignidad del país. El Perú no podía tener en un lugar tan céntrico a un personaje tan nefasto. Aunque el Dr. Agurto solo solicitó el recambio de la estatua de Pizarro en actitud beligerante, por una que simbolizara a un Pizarro fundador y gobernante (un Pizarro de a pie y sin espada blandiendo en el aire), se podía deducir que su posición era de

rechazo a lo que significaba la Conquista encarnada claramente en la figura de Pizarro; este era un símbolo negativo y por lo menos había que atenuarlo. Agurto contó con el apoyo de un amplio sector y finalmente se concretó el traslado de la estatua a un almacén, y después de varios años, finalmente reubicada a espaldas del Palacio de Gobierno, en el Parque de la Muralla[110].

Entre los argumentos presentados por Agurto se señalan los de carácter urbanístico, vinculados a la recuperación de la forma original de la Plaza Mayor[111], pero sin duda los argumentos históricos y "nacionalistas" son los más abundantes o notorios; y entre ellos menciona Santiago Agurto:

1. Es legítimo que los españoles se identifiquen con Pizarro, pero no es correcto que los peruanos honremos el rol oprobioso y condenable de este personaje.
2. No es aceptable que los peruanos olvidemos el "holocausto" que significó la Conquista para los indios o antiguos peruanos.
3. Somos mestizos, y la sangre india que corre por nuestras venas no puede tolerar la falta de conciencia sobre qué significa para todos, la figura del conquistador.
4. El Perú, por el extravió de sus clases dirigentes, es el único país del mundo que rinde homenaje a sus conquistadores y a otros que nos han generado daño.
5. En España donde los moros estuvieron 800 años, y aportaron grandemente con su cultura, no hay un solo homenaje a los magníficos y señoriales califas y emires que la gobernaron.
6. Pizarro fue un despiadado y cruel conquistador que impuso el imperio de los intereses de España, y fundador de ciudades como Lima, además del conductor de la fusión cultural que dio origen al Perú de hoy.

[110] La estatua llegó al Perú en 1935 a propósito del cuarto centenario de la fundación de Lima, siendo una réplica de la estatua que se ubica en la Plaza de Trujillo de Extremadura, ciudad natal del conquistador. El contexto político y social del Perú es el de un orden oligárquico-conservador, de reivindicaciones populares (apristas y comunistas) controladas o reprimidas. El hispanismo era común entre las élites, y a este se adscribía el alcalde de Lima, Luis Gallo Porras, quien autorizó la colocación de la estatua ecuestre en la Plaza Mayor de Lima (atrio de la catedral). Para Víctor Vich, se trata de un hombre poderoso (perteneciente a una acaudalada familia) que inaugura un monumento de homenaje a otro hombre poderoso. Hubo arbitrariedad en la colocación de esa estatua en una plaza tan significativa, la discusión pública estuvo ausente. "El fantasma de Francisco Pizarro: debates nacionalistas en torno a una estatua", En: *El Odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI al XX*. Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica, del Perú, Lima, 2009, pp. 248-249.

[111] Otro argumento esgrimido fue que la estatua elaborada por el escultor norteamericano Charles Rumsey, representa en verdad a un rey francés gótico, y que en 1915 fue ofrecida a México como representación de Hernán Cortés, pero fue rechazada por ese gobierno. En segundo lugar, el monumento no coincide con la vestimenta y apariencia de la época, y con los rasgos físicos del conquistador extremeño.

7. A Francisco Pizarro hay que recordarlo como fundador de ciudades y culturas, y no como conquistador de los pueblos que constituyen lo más hondo y entrañable de la Nación peruana (Agurto, 1997, p. 14-15).

Agurto recomienda el reemplazo de esta estatua ecuestre de actitud guerrera y amenazante, por una similar a la ubicada en Piura (ciudad fundada por Pizarro en 1532), donde el Francisco Pizarro es representado de a pie, con indumentaria de época, cetro de gobierno en mano y actitud de "fundador". Agurto insta a los limeños a sacudirnos del "síndrome de la conquista" y recuperemos a Pizarro en su faceta más significativa y valiosa, la de fundador.

El relato histórico como elemento para la formación de una nación, debe guardar ciertos silencios sobre el pasado, según señala Renán en su famoso discurso sobre "Qué es una nación?" (1882); o sea no es un relato sobre la verdad, sino sobre cómo debe concebirse un pasado que nos unifique. En ese sentido, Agurto y sus seguidores, buscan construir nación desplazando a la figura que divide (el conquistador), reemplazándola por una figura más cohesionadora (el fundador). La historia nacional, debe ser un relato que una y no aleje, es su primer mandato. Los monumentos, en el marco de la historia oficial deben responder a esa premisa. Ante la imposibilidad de ocultar, sepultar u olvidar a Pizarro, la opción es transformarlo en una figura menos conflictiva. Sin embargo, junto a esa intencionalidad se halla la necesidad de "recuperar nuestra identidad y cultura" al decir de Agurto. Se propone así una historia quizás menos hispanizante, y más próxima a una historia que considere lo indígena como elemento central de la nacionalidad. Pizarro, aunque fundador e iniciador del mestizaje base de la nacionalidad, es en última instancia un extranjero, es español y no peruano.

Entre las diversas opiniones vertidas contra la propuesta de Agurto, realizada desde los años noventas, podemos destacar la del arquitecto e intelectual Miguel Cruchaga, quien señala que: "Pizarro llegó en el siglo XVI con un puñado de 188 personas y conquistó el Perú y esa hazaña pasa a ser parte de la proeza de los peruanos. Es decir, Pizarro no conquisto el Perú y se fue a España, sino que se quedó, vivió y murió en el Perú, formando parte de lo que es la heredad nacional" (Cruchaga, en Agurto, 1997, p.

36)[112]. La idea de Cruchaga se inscribe en cierta tradición historiográfica de buscar "peruanizar a Pizarro", quien al alejarse de España, fundar ciudades en el Perú, casarse con una mujer indígena (teniendo así hijos mestizos), y asentarse definitivamente en estas tierras, trasmuta de alguna manera su "nacionalidad". La hazaña de Cajamarca y toda la conquista, no es la de un extranjero, sino la de un peruano, y de ahí el imperativo de sentirnos orgullosos de ello. A continuación, señala Miguel Cruchaga:

> (existe una) *mentalidad simplista de creer que el Perú se divide en dos partes, una antes de los españoles y otra después. Los que así piensan simplemente no se han preocupado en recordar cual fue el fenómeno del Perú precolombino: que había una etnia inca, que en determinado momento empezó a sojuzgar y a dominar a otras etnias, como los Huacas, los Huaris, los Chimús, los Paracas. Todas esas culturas fueron, al igual que lo hizo Pizarro, conquistadas a su turno por los incas y cada una de esas hazañas forman parte de la heredad nacional* (Cruchaga, en Agurto, 1997, p. 36).

Se deduce que para Cruchaga, solo existe una historia nacional, donde Atahualpa y Pizarro podrían considerase peruanos, y sus conquistas forman parte de nuestra herencia nacional. El orgullo por la expansión incaica, debe extenderse a enorgullecernos por la conquista de Pizarro, quien da continuidad al Perú, pero por el camino del mestizaje.

En un tono agresivo el abogado Hugo Guerra, declara por su parte, que la decisión de Agurto responde a un "neoindigenismo completamente trasnochado, estéril y demagógico" y añade que, "nuestra autenticidad como peruanos no puede fragmentarse absurdamente" (Agurto, 1997, p. 41). Finalmente añade, Hugo Guerra:

> *El Incario, con toda su grandeza (y también con todo el mito construido en torno a un impreciso "Imperio", de cuya violencia precisamente*

[112] En 1997, Santiago Agurto publicó el libro "Descabalgando a Pizarro" (Universidad Nacional Federico Villarreal), donde reúne las actas municipales para el retiro de la estatua de Pizarro, los artículos publicados en la prensa a favor y en contra de la propuesta, y las respuestas del mismo autor a las críticas que se le formuló en esos días. El artículo de Miguel Cruchaga y varios autores más que serán citados, forman parte de este libro que recopila casi todos los artículos publicados a propósito de este intenso debate sobre la estatua de Pizarro, el significado de la Conquista y la idea de nación que se debiera promover. En el 2003, con el retiro efectivo de la estatua ecuestre, se volvieron a publicar numerosos artículos de crítica o defensa a tal medida.

> *conquistadora pocos se atreven a hablar) fue apenas base parcial de los elementos constitutivos de la peruanidad. La Conquista española, a su turno, nos vinculó de manera profunda y definitiva con la cultura greco-romana-cristiana de Occidente; y si bien son ciertos los muchos episodios de dureza y hasta crueldad denunciados por Guamán Poma y Las Casas, entre otros, ello no puede entenderse, y ni siquiera estudiarse, con la miopía de aquellos que persisten en no aceptar que el proceso de la formación histórica de las naciones es una situación compleja de acontecimientos, imposibles de juzgar de adelante hacia atrás…* ***es el aporte hispano el vector formativo de los peruanos en los ámbitos más íntimos*** *del sentimiento familiar, la afirmación ciudadana, del orden jurídico esencial y hasta de la forma en como ética y espiritualmente concebimos la vida misma* (Guerra, en Agurto 1997, p. 42 énfasis añadido).

Finaliza el abogado limeño Hugo Guerra, citando a Aurelio Miró Quesada y Víctor Andrés Belaúnde, ardientes defensores de la idea del mestizaje biológico y cultural, como base de la nacionalidad peruana; y apunta que la destrucción del imperio Inca, no es lo mismo que el colapso de la civilización andina. De hecho, esta ya venía debilitándose bajo el dominio incaico. Sentencia Hugo Guerra que la historia es inalterable, y buscar maquillarla como Agurto pretende, refleja la inefable vergüenza o ridículo complejo de no aceptar como somos los peruanos: "La esterilidad demagógica de estas decisiones ediles nos retrotrae, en suma, a aquellos torpes tiempos de discusiones neo indigenista-hispanófila, de la cual emergieron algunas de las peligrosas fuerzas desintegradoras de la auténtica peruanidad a lo largo de este siglo" (Guerra, en Agurto 1997, p. 43).

Guerra refleja a su vez la idea de la peruanidad definida por lo hispano-occidental, mientras lo incaico apenas sirve de base parcial para la peruanidad. Aunque rechace aparentemente los extremos indigenista-hispanista, Guerra se ubica dentro de esta segunda posición, que se disfraza de peruanista-mestiza, pero de profundas raíces pro-occidentales. Finalmente apela al argumento de la imposibilidad de juzgar el pasado, por la complejidad de los acontecimientos ocurridos y la valoración desde el presente (presentismo). Guerra renuncia a alguna crítica sobre un pasado marcado por la tragedia humana, y nos impela a aceptar el pasado sin mayor problemas. Se pronuncia

quizás desde los privilegios de un blanco o criollo, y no vivenciar las consecuencias que todavía se experimentan a partir de la colonización (racismo, discriminación, desigualdad).

Aunque fueron varias las razones para criticar el traslado del monumento a Pizarro, es notorio el hecho de cierta resistencia de tipo socio-cultural, por parte de ciertos sectores privilegiados capitalinos. Pizarro representa a una ciudad hispana, construida en la costa, y de pretendida mayoría blanca. Cusco es el bastión de lo andino, pero Lima dentro de ese imaginario, encarna a la ciudad criolla. Varios comentarios descalifican la discusión misma por considerar que Agurto y compañía hablan desde la negación histórica de la realidad, un revanchismo pro-indigenista, o determinados complejos sociales. Entienden al Perú como una nación homogénea y unitaria, donde Pizarro es un peldaño simbólico importante para concebir un país mestizo, en realidad una nación mestiza idealizada. Así lo expresa el historiador Carlos Neuhaus Rizo-Patrón, cuando afirma: "Pizarro fue, además de descubridor, conquistador, gobernador y fundador del mestizaje, casándose con Inés Huaylas Ñusta, hija de Huayna Cápac, de quien tuvo hijos (Neuhaus en Agurto, 1997, p. 50).

Santiago Agurto argumenta que otros países no han erigido monumentos a sus conquistadores o invasores. Francia no lo hecho con Julio César, el conquistador de las Galias, ni la India han levantado un monumento a Clive su colonizador. En México no hay un monumento a Hernán Cortés. Otros apuntan que no sería posible una estatua de Genghis Khan en China, de Atila en Italia, o de Hitler en París o Londres. El argumento resulta exagerado, en la medida que sí existen varios contra-ejemplos de conquistadores que tienen un sitial monumental importante en los espacios o territorios que alguna vez invadieron. Tal es el caso de Cristóbal Colón en Santo Domingo, Vasco Núñez de Balboa en Panamá o de Pedro de Valdivia en Chile. Ello no quiere decir que exista un consenso sobre estos monumentos, y de hecho los recientes ataques a las estatuas de Colón en Estados Unidos, y el derrumbe de la estatua de Pedro de Valdivia en Concepción, durante las grandes protestas en Chile en el 2019, revelan el permanente cuestionamiento al pasado colonial, y el rechazo a las injusticias que todavía soportan los pueblos indígenas y sus herederos. Finalmente, Agurto señala en su defensa que condenar la Conquista, rechazando cualquier

exaltación de esta, no significa renegar del aporte de España a la cultura peruana, y a la constitución del mestizaje o cholitud de la que nos enorgullecemos.

El historiador Ismael Pinto, señala que las razones de Agurto lindan con la esquizofrenia, pues se trata de un hombre del siglo XXI, que tiene el rencor y el resentimiento de los vencidos y conquistados del siglo XVI. Escribe Ismael Pinto:

> *Le damos la razón a Agurto Calvo. Cualquier conquista por las armas es una afrenta y un abuso. Pero de allí a retroceder en la historia, vivir en el XXI y odiar y censurar a quienes vivieron en el XVI, tal y conforme vivieron y murieron los hombres de esa época. Carente de toda explicación lógica. ¿Con esta gallarda actitud vamos a hacer que las carabelas de Colón retornen al Puerto de Palos, y que Pizarro vuelva a su Trujillo de Extremadura natal? ¿O borramos la conquista y partimos de cero?* (Pinto, en Agurto 1997, pp. 59-60).

El "odio anacrónico" de Agurto resulta inútil para Pinto, pues es un odio injustificado, y además inútil, en tanto no se puede alterar el pasado histórico, ni mucho menos borrarlo.

Por su parte, otros autores, vinculados a la crítica de la "historia oficial", no dudaron en apoyar a Agurto y descalificar a los críticos del retiro de la estatua. En páginas del diario "Perú en los 90s", un redactor anónimo escribe lo siguiente:

> *Francisco Pizarro fue un pastor de cerdos, ignorante, sanguinario, inhumano, ambicioso, genocida y tirano. Tuvo el mérito de traicionar a sus propios socios… El Tahuantinsuyo era un Estado sólidamente constituido, eficientemente organizado, con un gobierno comunitario colectivista, de amplia participación de los cuatro suyos. Un Estado Confederado, plurinacional, pluricultural y multilingüe… se apoderaron de todos los tesoros de los inkas, de la conciencia inocente, de la mano de obra gratuita, poniendo y obligando a los indígenas a poner en práctica el fanatismo, la religión romana, el absolutismo político, el*

> *monopolio comercial mercantilista, el uso obligatorio del castellano y la usanza occidental* (anónimo, en Agurto 1997, p. 62-63).

El autor de esas líneas repite todos los tópicos descalificatorios sobre Pizarro, y además recurre a la larga tradición celebratorio de los incas, desde la visión dorada garcilasista hasta la representación de un imperio socialista en Boudin.

> *Pizarro y sus socios delincuentes no habían nacido para agricultores, ni para trabajar y hacerse grandes con el sudor de sus frentes, sino para ser miserables de por vida para robar, saquear y para implantar el feudalismo. No habían nacido para ser humanos, justos, honrados, y para ser respetados por la posteridad, sino para ser asesinos, delincuentes e inhumanos, inmorales, tiranos y vagabundos. Francisco Pizarro, el invasor, y no el "conquistador" como acostumbran a decirle, no habían nacido para el progreso y desarrollo de la humanidad, sino para actuar como un puerco en las inmundicias y charcos pestilentes. Nació para destruir una gran civilización humana; para practicar el genocidio, etnocidio y el ecocidio; para amar el oro y la plata que es la misma escoria del demonio que había nacido para multiplicar todos los males del infierno… Para los que conocemos la historia no existe el descubrimiento de América, ni la conquista al Tawantinsuyo, sino una invasión brutal con la cruz y la espada. Pueblos íntegros fueron diezmados, desapareciendo sus magníficas obras culturales y el maravilloso sistema comunitario y colectivista. Ese es el holocausto que comandó Francisco Pizarro. Aun así, no faltan los Felipillos modernos que lo defienden* (Anónimo, en Agurto 1997, p. 65).

El texto resume la posición *antihispanista* y *antipizarrista*, más recalcitrante, donde se aduce que el conquistador, e incluso sus compañeros, están predestinados o determinados biológicamente para ser rufianes y criminal invasores. La constante apelación al "habían nacido para…" sirve para descalificar a Pizarro y los suyos, incluso desde su origen mismo.

El destacado historiador Juan José Vega, en su artículo periodístico "Pizarro nunca quiso fundar Lima", descalifica a Pizarro por ser el destructor de Lima, pues la población oriunda terminó arrasada. El exterminio llevo a que alrededor de quince mil habitantes del valle del Rímac y aledaños, se redujera a cerca de doscientas, veinte años después, según el historiador. A ella se suma además que la fundación, fue más por insistencia de Almagro antes que por deseos de Pizarro, se trata de una "ciudad negada" y de "fundación triste" como demuestran los primeros documentos, ello porque Pizarro estaba interesado en fundar la capital más hacia el sur, con el objetivo de ampliar la extensión de su gobernación. La consecuencia final de la fundación de Lima por Pizarro, según Vega, fue que dividió al Perú por siglos, siendo todavía un problema abierto (Vega, en Agurto 1997, p. 118).

Esta última idea, la de la división del Perú al anclarse la capital en Lima, respondería a la vieja imagen de un Perú andino-indígena y uno costeño-criollo, iniciado simbólicamente a partir de la conformación de un gobierno hispánico bajo el mando de Pizarro en el litoral. Ciertamente el centralismo y el "destierro" de la cultura indígena de la capital, fue un proceso largo, difícilmente atribuible a Pizarro, pero Vega sitúa ese proceso en esa época, y lo personifica en Pizarro. Si Manuel González Prada afirmaba que el verdadero Perú, se hallaba detrás de la cordillera; Vega de alguna manera lo reafirma, y agrega que nuestra división como país se produce con la fundación de Lima por el hispano Pizarro en 1535.

El jurista e historiador Fernando de Trazegnies, sostiene que Agurto asume la pretensión de hablar "en nombre de la mayoría de peruanos", y claramente él no se siente aludido en referencia a ese supuesto sentir colectivo. A continuación, argumenta que la historia está marcada por la lógica de la guerra, seguido por un proceso civilizador, y ello no puede obviarse ello en cualquier análisis estricto del devenir histórico. Escribe Fernando de Trazegnies:

> *En verdad, la Conquista es inseparable del aporte cultural y civilizador de España: si no hubiera habido Conquista, no hubiera habido tampoco la fusión cultural que usted agradece. Y así ha sido siempre en todas partes. ¿Acaso los romanos no conquistaron a los galos y los francos a los romanos, para producir la Francia actual? ¿Acaso los latinos no*

> *conquistaron a todos los pueblos vecinos y les robaron las mujeres y los ostrogodos no conquistaron después a los restos del Imperio Romano a sangre y fuego los lombardos los conquistaron a ellos y así sucesivamente hasta formar la Italia actual? ¿Acaso los antiguos habitantes de Albión no fueron conquistados por los anglos, luego éstos por los sajones y más tarde todos ellos por los normandos para dar lugar a Inglaterra? Y ninguna de esas conquistas fue muy pacífica, ninguna fue un abrazo afectuoso de fusión cultural* (Trazegnies, en Agurto 1997, p. 71).

Para el historiador y jurista, "La historia universal está formada por conquistas y violencias. Y, por último, las guerras y peleas que se dieron en la Historia deben quedarse en la Historia; resulta ridículo tomar ahora partido por los bandos del pasado" (Trazegnies, en Agurto 1997, p. 73). Trazegines agrega que los Incas también fueron feroces conquistadores, cuyo uso de la violencia fue considerable respecto a varios pueblos, pero que hoy no se sienten "vejados" por ese pasado. Además, reivindicar nuestra identidad cultural andina contra nuestra identidad cultural española, según Trazegnies, sería como si los franceses reivindicaran su identidad cultural Gala contra la romana y la germánica. Resulta negativo alentar el fuego de la división con "leña anacrónica"[113].

Trazegnies cuestiona que Agurto pretenda arrogarse el hablar en nombre del pueblo peruano, bajo la idea de que este es ofendido por la imagen de Pizarro en la plaza de armas. "El pueblo peruano no existía antes de la conquista" afirma, y por lo tanto, los únicos ofendidos podrían ser los ya desaparecidos incas. Es recién con la Conquista en podemos hablar de un "nosotros". "El Perú no ha sido conquistado nunca; lo fueron los Incas, pero no los peruanos. Nuestros hijos no deben crecer con un "complejo de violación" (Trazegnies, en Agurto 1997, p. 72). Finaliza afirmando lo siguiente, el jurista e historiador Fernando de Trazegnies:

[113] Trazegnies concluye su texto afirmando: "Por mi parte, me siento orgulloso de todos mis antepasados, españoles y andinos; y no quisiera limitarme a hacerles una alta reverencia sino que me gustaría que mi abuelo Pizarro, en su caballo y con su espada (que es como siempre me lo he imaginado) como también mi abuelo Huayna Cápac (armado con macana y tomando chicha en el cráneo de uno de sus enemigos conquistados), tuvieran un lugar de honor en nuestra ciudad". En *Descabalgado a Pizarro*, 1997, pág. 73.

> *Yo no repudio la Conquista Española, sino que la celebro. Porque es de ese hecho- que indudablemente fue muy duro, como lo han sido todas las conquistas- que deriva mi idioma, mi religión, mi inserción en el mundo occidental, parte de mi sangre y muchas cosas más… Y de la misma manera, celebro la Conquista de los Incas a los "limeños" y a las nacionalidades y etnias a las cuales los quechuas atacaron y dominaron, con todo lo que ello nos ha beneficiado hasta ahora* (Trazegnies, en Agurto 1997, p. 72).

Cabría recordar que Trazegnies, Cruchaga y Neuhaus escriben desde la tribuna del *Diario Expreso*, caracterizado por un marcado conservadurismo, y hoy incluso de un carácter abiertamente reaccionario. Por otra parte, parece no ser coincidencia que los historiadores mencionados, escriben desde una posición limeñocéntrica y además desde la pertenencia a sectores sociales privilegiados. Difícilmente podría hallarse posiciones iguales en historiadores provincianos o de regiones de mayoría quechua o aymara. Los autores apelan a una "lógica de realismo histórico", donde los hechos deben aceptarse sin mayor juicio o cuestionamiento. Se entiende el colonialismo como un hecho cerrado, y cuyas consecuencias han sido superadas, ya sea por el régimen político de igualdad, o por el mestizaje al interior de la sociedad. El pueblo peruano es mestizo, y lo indígena está encaminado irremediablemente a ello. El Perú, por lo tanto, no es indio o blanco, sino mestizo. Retroceder al pasado, como los hechos de "Cajamarca" (captura del Inca en 1532 e inicio del fin del Tahuantinsuyo), supone abrir heridas absurdas, en la medida de que no somos Incas, ni indios. Trazegnies celebra la Conquista, ya sea Inca o hispana, porque ambas constituyen al Perú moderno, pero no asume la vigencia de la cultura andina entre población indígena todavía existente, y que podría cuestionar símbolos nacionales u oficiales hispanizantes u occidentalizantes. En ese sentido, si Agurto habla en nombre de mayorías supuestamente inexistentes, Trazegnies podría estar asumiendo la ficción de un país homogéneo, donde el mestizaje es evidente, pero que coexiste con identidades indígenas legítimamente habilitadas para cuestionar hechos del pasado, como el colonialismo expoliador e instaurador de un régimen de incontables injusticias. Pizarro es sin duda antepasado del mundo criollo blanco, pero difícilmente lo es de miles de pobladores indígenas que habitan los andes y la amazonía. Exigirles que asuman a Pizarro como su abuelo, es por lo menos absurdo.

La estatua de Francisco Pizarro constituyó un símbolo dentro de la historia oficial, promovida por el Estado oligárquico. Se busca generar una conciencia o memoria compartida de un origen común, pero que sin embargo tuvo marcadas resistencia desde los grupos que reivindicaban una memoria alternativa y crítica (como los indigenistas). La especialista en estudios sobre la memoria, Elizabeth Jelin, apunta que las interpretaciones o narrativas históricas contrapuestas se producen a lo largo del tiempo, como "resultado de las luchas políticas, de los cambios de sensibilidad de época y del propio avance de la investigación histórica" (Jelin, 2012, p. 73). Hay épocas en que emergen o se difunden relatos ocultos o silenciados, memorias postergadas o arrinconadas. El nacionalismo incásico y luego indigenista, es antiguo, pero bajo el Estado criollo decimonónico estuvo restringido a determinadas zonas. En el siglo XX, la lucha de los sectores indigenistas permitió que su narrativa histórica (versión de la historia del Perú) tuviera una difusión nacional, y que se incorporara a un imaginario histórico donde además ya se cuestionaba las bases del Estado criollo-oligárquico. La historia oficial no fue estática, y estuvo sujeta a los vaivenes de los gobiernos de turno, pero determinadas imágenes tuvieron continuidad, como las asociadas al carácter cristiano del Perú, y el peso de la herencia colonial. Las pugnas por las memorias, se expresó también en el reclamo por visibilizar a otros héroes o personajes. Resultando paradigmático en el caso de Lima, la inclusión de un monumento a Taulichusco (último gobernante indígena de Lima) en 1985, bajo el gobierno del alcalde socialista Alfonso Barrantes, muy cerca a la Plaza Mayor de Lima. En el debate por el retiro de la estatua de Pizarro, algunos llegaron al extremo de sugerir su fundición, como el historiador Juan José Vega, quien además aconsejó transformar esa estatua de bronce de Pizarro, en una de Túpac Amaru II, símbolo de la rebelión y resistencia indígena. Finalmente, la estatua seria reemplaza por un símbolo "neutro" que obviara disputas, la bandera peruana, la cual hasta hoy luce en esa plazoleta.

Historiadores conservadores como Gustavo Pons Muzzo y José Antonio del Busto, también se pronunciaron sobre la polémica. El primero, aunque vinculado a una historia tradicional, coincidió con Agurto en la necesidad de ver los dos lados de Pizarro, el conquistador y el fundador: "De tal manera que la estatua de Pizarro debe ser la de fundador de la ciudad y quien estableció el Cabildo, hoy denominado

Municipalidad" (Pons Muzzo, en Agurto 1997, p. 79). Del Busto por su parte, reitera su vocación peruanista, y su supuesto alejamiento de los extremos hispanista e indigenista. Refiere el historiador José Antonio del Busto:

> *Podemos ser indigenistas e hispanistas, pero por encima de todo debemos ser peruanistas. El peruanismo une, cicatriza; el indigenismo y el hispanismo mal entendidos dividen, descuartizan. Nuestra obligación es integrarnos, no desintegrarnos. Ya no existen varias naciones como ocurría con este territorio en el siglo XIII o XV. Hoy existe un solo Perú. Debemos, pues, recoger nuestras dos ricas herencias, amalgamarlas y convertirlas en un solo patrimonio. Lo otro es desparramar, disociar, destruirnos. Indios y españoles son nuestros primeros padres, la herencia de ambos es la patria* (Del Busto, en Agurto 1997, p. 158).

El historiador de la Conquista señala que la identidad mestiza del Perú es un axioma, no un enigma. Realiza una analogía de Pizarro con el califa Omar, quien conquista Egipto, y establece la lengua árabe y la religión islámica en ese reino. De esta manera, la historia de Egipto recoge dos tradiciones, la faraónica camita y la islámica semita. Afirma José Antonio del Busto:

> *No hay dos Egiptos, pero los egipcios modernos tienen las dos sangres y una sola nacionalidad. Y este cambio, guste o disguste, Egipto lo debe al califa Omar. Pero esto, en Egipto, hoy no incomoda a nadie, porque ya las pasiones enfrentadas han muerto. Ya no hay faraones ni califas, solo hay egipcios y un Egipto. Es cuestión de tiempo. Omar conquistò Egipto en el siglo VII y hoy es una figura superada. Pizarro conquistó el Tahuantinsuyo en el siglo XVI y todavía es un personaje por superar* (Del Busto, en Agurto 1997, p. 159).

Del Busto considera que el hispanismo y el indigenismo han sido superados por el indigenismo. No somos vasallos de Atahualpa o súbditos de Carlos V, somos peruanos, cholos, mestizos. El discurso del historiador apunta, aparentemente, a conciliar las narrativas históricas polarizantes del Perú surgido tras la conquista. Sin embargo, del Busto parte del supuesto de que ya no hay indígenas, y solo somos

mestizos. Considera legítimo y esperable que todos los peruanos vean en Pizarro una figura unificadora y generadora de identidad nacional. Quizás, no sea coincidencia que en el artículo refiera la necesidad de hacer un monumento ecuestre a Túpac Amaru II en Lima, reconociendo tal vez que Pizarro poco tiene que ver con los cientos de miles de peruanos andinos, no asimilados completamente a la cultura occidental. La honestidad intelectual y profundo amor por el Perú, es incuestionables en José Antonio del Busto, pero no deja de pertenecer a una tradición historiográfica limeñocéntrica, hispanizante y católica. Poca diferencia hay respecto a los escritos de Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miro Quesada y Porras Barrenechea. La doctrina de un Perú mestizo, cada vez más desindigenizado, junto a la imagen de fusión armónica de la cultura andina y occidental, constituyen la base de la idea de Perú en la obra del notable historiador peruano.

El lenguaje mesurado de José Antonio del Busto, tuvo su contraparte de los comentarios "apasionados" de ciertas figuras políticas y de la cultura. Entre los primeros podría destacarse el comentario del político conservador José Barba Caballero, quien en su artículo "El poder de la mentira" (2003), señala que:

> *Lo que no saben, no entienden o no quieren comprender estos descomunales bobos es que Pizarro no conquistó el Perú sino a un conjunto de culturas precolombinas que se encontraban en el estado medio de la barbarie: no conocían el hierro, la rueda, ni la escritura y su sistema político era tan débil que, con el simple expediente de reducir a su clase dirigente, se hicieron del imperio de los incas… Por esto a veces reniego de mi patria, de su clase política e intelectual, y del mismo pueblo, que a lo lejos se ve como una manada que trota sin saber qué es ni adónde va* (Barba, citado por Vich 2009, p. 255).

La virtud de la cita es que revela aquello que piensa un sector acomodado, pero que no lo dice en voz alta: la inferioridad cultural andina frente a la civilización europea. Lo que hace que se vea la Conquista como un hecho necesario, pues fue el proceso civilizador que nos arrancó de la barbarie y salvajismo. Se toma distancia de los antiguos habitantes del Perú, quienes solo preexistieron antes de la creación "formal" y

española del Perú en el siglo XVI. Desde los estudios culturales, Víctor Vich ha interpretado estos discursos, y sobre el caso específico citado, nos refiere lo siguiente:

> *Lo primero que habría que comentar es la fuerte emotividad de esta intervención. Homi Bhabha refiere que un rasgo del discurso colonial "es su dependencia del concepto de fijeza en la construcción ideológica de la otredad", vale decir, el acto mediante el cual el colonizador construye al otro como un todo unificado – como un "salvaje", un "bárbaro", un "ignorante", un "inferior" – solamente para decirse que él también es un todo coherente. Al denigrar al otro, el enunciador se presenta como única autoridad y ello le sirve para intentar estabilizarse al menos en su orden imaginario* (Vich, 2009, p. 255).

Según Vich, se presenta una "visión ortodoxamente lineal de la historia", ya cuestionada hace tiempo por la filosofía contemporánea. El eurocentrismo permite todavía formular "una fantasía que imaginó que Europa era la culminación de un único proceso de civilización y, por lo mismo, el paradigma encargado de "medir" a todos los pueblos del mundo" (Vich, 2009, p. 255).

El reconocido escritor e intelectual Mario Vargas Llosa, desde una tradición hispanista y occidentalista, criticó duramente el retiro de estatua de Pizarro de la Plaza Mayor de Lima, responsabilizando de esto al indigenismo obtuso presente en los promotores y defensores de esta medida. En el diario *El País* de España, publico el artículo "Los hispanicidas" (2003), señala Vargas Llosa:

> *... **el indigenismo truculento que aletea detrás de lo que han hecho no es indio en absoluto, sino otra consecuencia directa de la llegada de los europeos a América, una ideología ya por fortuna trasnochada que hunde sus raíces en el romanticismo nacionalista y étnico del siglo XIX**, y que en el Perú hicieron suya intelectuales impregnados de cultura europea (que habían leído no en quechua sino en español, italiano, francés e inglés). El de mejores lecturas entre esos indigenistas, el historiador Luis E. Valcárcel, un caballero de abolengo españolísimo, llegó a sostener que las iglesias y conventos coloniales debían ser*

> *destruidos pues representaban "el anti-Perú" (después, moderó sus furores antieuropeos y borró esta frase del libro en que la estampó). En lo que parece ser una constante, quienes de rato en rato han enarbolado en la historia del Perú este peruanismo hemipléjico, que pretende abolir la vertiente española y occidental de un país que José María Arguedas - alguien que sí podía hablar del Perú indio con conocimiento de causa- definió con mucho acierto como el de "Todas las Sangres", y fundar la nacionalidad peruana exclusivamente en el legado prehispánico, no han sido peruanos indios sino distraídos peruanos mestizos o peruanos de origen europeo que, al postular semejante idea tuerta y manca del Perú, perpetraban sin advertirlo una auto-inmolación pues se excluían y borraban ellos mismos de la realidad peruana* (Vargas Llosa, 2003 énfasis añadido).

Si bien el indigenismo nacionalista caracteriza la trayectoria del siglo XX, y está presente en varias posiciones a favor de defenestrar a la estatua de Pizarro; no deja de ser revelador que Vargas Llosa atribuya incoherencia solo a los intelectuales indigenistas, pero nunca de la intelectualidad pro-hispanista, sin duda por adscribirse a esta última. Defensor de la hispanidad, y crítico severo del indigenismo latinoamericano, Vargas Llosa, no encuentra ningún problema en los símbolos hispanos como las estatuas de los conquistadores. España trae modernidad, y el colonialismo ocupa un rol secundario, en su razonamiento. Su mirada se erige como universalista, mientras las demás como nacionalistas o chovinismos provincianos. Ya en su libro "La utopía arcaica" (1996), Vargas Llosa buscó exponer las taras del indigenismo, expresadas en los principios defendidos por sus representantes, como Luis E. Valcárcel, cuyas *tesis anticosteñas y antilimeñas*, fueran criticadas por intelectuales como Luis Alberto Sánchez, próximos a la idea de la "nación mestiza"[114].

[114] Los axiomas del indigenismo de Valcárcel, podrían resumirse del siguiente modo, según Vargas Llosa: 1) superioridad de la raza (sangre y cultura) inca sobre la europea; 2) superioridad de la sierra masculina sobre la costa femenina, a la que los incas despreciaban como blanda, sensual e inactiva; y 3) superioridad del Cusco autóctono sobre Lima, ciudad desnacionalizada y frívola. Estas posiciones, expresadas en el libro "Tempestad en los Andes" (1927), luego serán moderadas; sin embargo, cabe destacar que: *Los peores ataques del libro tienen como blanco al mestizaje y al mestizo, "híbrido" que "no hereda las virtudes ancestrales sino los vicios y las taras". "El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades.* Mario Vargas Llosa, "La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo", 1996, pág. 83.

Vargas Llosa suscribe las tesis hispanistas, y califica de demagógicas y mezquinas las acciones que llevaron al retiro de la estatua. El romanticismo nacionalista arcaico, lleva a los indigenistas y sus seguidores buscar el retiro de la estatua, según el escritor. Los defensores hispanistas, aunque apelan a la tradición y a un *lazo espiritual* que nos vincula a España, aparecen exonerados de cualquier nacionalismo negativo, y al contrario lo suyo consiste en una afirmación patriótica, legítima, razonable y deseable. Señala el novelista Mario Vargas Llosa:

> *Pizarro y lo que llegó con él a nuestras costas -la lengua de Cervantes, la cultura occidental, Grecia y Roma, el cristianismo, el Renacimiento, la Ilustración, los Derechos del Hombre, la futura cultura democrática y liberal, etcétera- es un componente tan esencial e insustituible de la peruanidad como el Imperio de los Incas y no entenderlo así, si no es ignorancia crasa, es un sectarismo ideológico nacionalista tan crudo y fanático como el que proclamaba no hace mucho que ser alemán era ser ario puro…* (Vargas Llosa, 2003).

Vargas Llosa vincula a Pizarro con la futura llegada de la cultura democrática y liberal, antes que con el arribo del colonialismo y el esclavismo. La operación consiste en referir el legado cultural occidental, pero omitir la crítica a la herencia colonial, que todavía afecta a los pueblos indígenas. De hecho, existe el indigenismo, pero no los indígenas en el artículo del escritor. La posibilidad de criticar a la estatua, por encarnar un símbolo ofensivo para la nación quechua, no es concebible en el autor. El Perú es una nación mestiza a secas. Al respecto escribe el sociólogo Víctor Vich:

> *Vargas Llosa se coloca en una posición radicalmente "normativa" frente a la historia a la que no concibe como un discurso heterogéneo que siempre tiene múltiples perspectivas y que goza de derecho de reinterpretarse todo el tiempo. Nos encontramos, más bien, ante un discurso fuertemente "moralista" y "pedagógico", que supone que la historia es una sola y que debe imponerse a todos por igual* (Vich, 2009, p. 257).

Como explica Víctor Vich, el escritor e intelectual Mario Vargas Llosa nunca relativiza sus presupuestos teóricos, y apela a una epistemología caracterizada por pensar dicotómicamente, a construir un enemigo. Al igual que Barba Caballero, se presenta a los otros como fanáticos, sectaristas e ignorantes (Vich, 2009, p. 257). Al igual que sus novelas, hay una tensión entre civilización y barbarie, esta última asociada muchas veces a la sierra y la amazonía. La civilización blanca frente a la barbarie del indígena. Occidente encarna la modernidad-progreso, a pesar de su pasado colonial-esclavista, y no puede relativizarse incluso a una figura como Pizarro. La ideología del mestizaje cancela cualquier discusión, el Perú es una nación mestiza cultural y biológicamente, punto. Se puede lamentar las atrocidades de la conquista, pero estas forman ya un pasado lejano, no tiene sentido recordarlas o resentirse por ellas, bajo esa lógica. El siglo XVI marca un punto de inicio, y Pizarro traza esa línea de partida; rechazarlo significaría negarnos "a nosotros mismos". Las memorias heridas por la tragedia indígena, no tienen cabida en un Estado moderno, mestizo y racional, según esta corriente encarnada por el escritor hispano-peruano.

Finalmente, la misma Academia Nacional de la Historia, presidida en esos años por José de la Puente Candamo, se pronunció sobre esta polémica, y lo hizo en los siguientes términos:

> *La Academia Nacional de la Historia, ante el sorpresivo, inconsulto y a nuestro criterio inexplicable retiro de la Plaza de Armas de la estatua ecuestre de Francisco Pizarro, fundador de Lima y conquistador del incario, expresa lo siguiente:* ***La figura histórica de Francisco Pizarro pertenece a la historia del Perú —país esencialmente mestizo en el más amplio sentido de la palabra****— cuyo pasado no puede ser parcelado ni tampoco admite exclusiones que causan serio detrimento al espíritu de unidad nacional que tenemos la obligación de mantener y reforzar en toda circunstancia. Honrar con un monumento la memoria del fundador de Lima, en el lugar donde se efectuó tan importante suceso histórico, es un acto de justicia que se ha dado también en muchas ciudades de América hispana. Este reconocimiento, obviamente, no descalifica la importante vertiente indígena de nuestro pasado de la cual también somos orgullosos herederos. Manifiesta que el uso oficial de la mal llamada bandera del*

> *Tawantinsuyo es indebido y equívoco. En el mundo prehispánico andino no se vivió el concepto de bandera que no corresponde a su contexto histórico. Invoca a los poderes del Estado, a las autoridades municipales y culturales del país para que no propicien ni respalden actos como el que motiva este comunicado, que bajo un mal entendido nacionalismo no subrayan las raíces andina e hispana de la nacionalidad* (El Comercio, 4 de mayo de 2003 énfasis añadido).

El pronunciamiento lo firman el historiador José Agustín de la Puente Candamo, presidente de la institución, y Percy Cayo Córdova, secretario de la misma. La Academia Nacional de la Historia, desde el conservadurismo que la ha caracterizado desde su fundación, defiende la idea del mestizaje como fundamento de la nación peruana. "El Perú es imaginado como el resultado del encuentro armónico entre dos culturas y no como la imposición violenta de una sobre la otra" (Vich, 2009, p. 258). Aunque aparentemente neutral, el comunicado adopta la posición de la defensa cerrada de la hispanidad, y el reconocimiento de un pasado indígena que debe ser igualmente valorado. Sin embargo, esta posición de "justo medio", no deja de revelar la negativa a discutir el supuesto fundamento de la nación peruana, y a relativizar el legado de la España colonialista. La Academia no considera pertinente una discusión (o exclusión) que vaya supuestamente en detrimento de la unidad nacional. La imagen de Pizarro debe reforzar la unidad nacional, y no cuestionarla, al parecer de los integrantes de la Academia. En el imaginario de los defensores de la estatua de Pizarro, la afirmación de que en el Perú "todos somos mestizos", parece equivaler a la afirmación de que "todos somos iguales" y ello es absolutamente falso (Vich, 2009, p. 259), y simplemente disimula nuestros conflictos y fracturas como país, así como nuestras reivindicaciones pendientes.

Es revelador también la apelación a Dios, para explicar o aprobar el proceso general que lleva a la conformación de la nación peruana. Así, varios historiadores conservadores-católicos, consideran que cierta voluntad divina o predestinación llevaron a la ocurrencia de ciertos hechos que permiten la formación del Perú. Los pasos de Pizarro, los sucesos de la Conquista y el desarrollo consecuente, a pesar de todo, nos llevan a existencia del Perú de hoy, dios de por medio: "Los caminos de Dios son infinitos, dice la vieja frase. Al afirmarse a sí mismo, en su lucha con

Almagro, Pizarro reafirmó la integridad territorial del Perú y aseguró que el Cuzco fuera siempre nuestro y no cayera en demarcaciones extranjeras en el torbellino de las guerras civiles" (Aurelio Miro Quesada, en Agurto 1997, p. 163). "Hoy, a Dios gracias, el indigenismo y el hispanismo han sido superados por el peruanismo…" (Del Busto, en Agurto 1997, p. 160).

El encuentro quinientista, da origen al "crisol de razas", según la retórica conservadora. La historia hay que "aceptarla tal como fue" se repite, sin considerar que la historia también supone un ejercicio de interpretación y valoración de los hechos. Se denuncia una sensibilidad patética alrededor de este tema: "La inocua sugerencia para cambiar una estatua abre las puertas a que después pasemos a cambiar otras, también obras de arte, y terminemos corrigiendo los libros de historia para que no sean ofensivos. No podemos pretender adecuar la historia a las emociones del momento" (Felipe de Lucio Pezet, en Agurto 1997, p. 156). Se argumenta que hay una intensión de falsear la historia, ocultarla o atenuarla, por lo que se deduce que la interpretación válida y aceptable es la proveniente del sector contrario, el cual puede definir qué símbolos representan mejor al colectivo peruano, uno imaginado como homogéneo (mestizo) y capaz de reconocerse en la figura de un conquistador español.

La corriente crítica no fue homogénea, al igual que la conservadora. La crítica virulenta hacia lo hispánico alterna con la crítica centrada e inteligente. El anti-hispanismo tuvo coyunturas especiales, como en las luchas por la independencia americana, o en las primeras décadas del siglo XX, como reacción contra la aristocracia u oligarquía hispanizante. Hacia finales del siglo XX, algunos historiadores destacaron por promover un nacionalismo peruano-indigenista, aunque muchas veces adecuado según el auditorio. En 1968, Juan José Vega recuerda que presentó su libro "Túpac Amaru" al pie del monumento de Pizarro en la Plaza de Armas (en realidad en el café Haití, frente a la estatua), donde declaraba que había que fundir el bronce de la estatua del conquistador, para erigir una estatua a Túpac Amaru II, quien peleó por la unidad de los peruanos. Bajarlo de su caballo (reemplazar la estatua) resultaría poco para el historiador Juan José Vega:

> *Para quien fue destructor de Lima (la bella Lima prehispánica) y asesinó sin piedad. Bastaría recordar que en su presencia hizo matar a sangre fría*

> *a dos princesas. A Azarpac por miedo en 1536-en pleno cerco incaico de Lima- y a Cura Ocllo por venganza en 1540. Por cierto que aquel pirata de tierra, nada tiene que ver con Cervantes o Picasso. Tampoco con Cieza de León, que vino por esos años y amó profundamente al Perú* (Vega, en Agurto 1997, p. 84)

Eminentes historiadores como María Rostworowski, se mostraron contrarios a remover la estatua, considerándolo un absurdo y pérdida de tiempo: "Para qué hablar más de Pizarro cuando no lo merece" (Rostworowski, en Agurto 1997, p. 83). Fernando Silva Santisteban, adoptó un criterio favorable a la propuesta de Agurto, y señala que la pasión hispanista solo parecía haber sido superada. No es posible que un pueblo levante una estatua de su conquistador en el mismo centro de la capital[115]. Una figura como Garcilaso sería más propicia pues encarna mejor el mestizaje del cual se habla, según el historiador (Santisteban, en Agurto 1997, p. 82).

La polémica por el retiro de la estatua de Pizarro de la plaza mayor de Lima, reveló las tensiones entre la historia conservadora y crítica. La primera vinculada a la ideología del mestizaje, la tradición criolla-católica y una visión historiográfica limeñocéntrica; mientras la segunda postura, estuvo relacionada a reivindicación indigenistas históricas, la persistencia de la Leyenda negra, y los discursos sobre la nación alternativos al nacional-criollo capitalino. Como hace un tiempo declaraba la historiadora Susana Aldana: **"Los limeños han sido educados para pensar y ver el Perú desde la homogeneidad de la nación"** (2020), y ello tal vez, podría extenderse a varios historiadores capitalinos.

Finalmente, un asunto central es la reflexión sobre la naturaleza del mestizaje y la ideología elaborada en torno a ella. La homogenización desindigenizadora impulsada desde Lima, tuvo varias expresiones, incluso desde la misma historiografía. La idea de presentar una nación integrada racial y culturalmente, tuvo consecuencias diversas,

[115] Aunque no necesariamente en el centro de la capital, la presencia de estatuas de los conquistadores es notoria en algunos países de América. En Chile hay monumentos a Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, en Colombia a Jiménez de Quezada, en Ecuador a Sebastián Benalcázar, en Panamá a Núñez de Balboa. En México (Chiapas) la estatua del conquistador Diego de Mazariegos, fundador de la ciudad de San Cristóbal de las Casas, estuvo hasta 1992, fecha en que fue derrumbada por la población local, y donde pudieron leer carteles que decían: "Hoy cumple 500 años de robo, muerte y destrucción el pueblo indígena", "12 de octubre, día de la desgracia" o "Cristóbal Colón, culo pelón".

como el invisibilizar la historia indígena viva. El paradigma integrador nacional, hoy busca celebrar la heterogeneidad dentro de la unidad. El discurso del mestizaje se ha desgastado, aunque no desaparecido del imaginario histórico peruano. Al respecto, señala el historiador Antonio Zapata:

> *El fin del siglo registra la pérdida de un ideal estético que fue dominante durante buena parte del siglo XX. Ese paradigma cultural fue la búsqueda de un mestizaje armónico. Se quería superar una jerarquía racial heredada de la colonia que seguía tiñendo la realidad social del país republicano. Después de la Guerra del Pacífico los intelectuales y artistas peruanos, al evaluar la desastrosa derrota nacional, coincidieron en la ausencia de unidad nacional en el país. En este entendimiento, el tema del indio era crucial. No tenía un puesto definido en la sociedad criolla y era indispensable incorporarlo. A la acuciante pregunta sobre cómo hacerlo, la mayor parte de intelectuales respondió que el camino era a través del mestizaje. Se requería que el indígena ingresase a un sendero de occidentalización, a través de la educación y la movilidad espacial, proceso que bien llevado llevaría al indio al ascenso social y como resultado el país se integraría de mejor manera. Ese movimiento fundiría las tradiciones nacionales en una y daría sustento a un nuevo país. Así se concibió el sueño del mestizo, que con diversos nombres y énfasis recorrió todo el siglo XX, de un pensador a otro, en medio de grandes debates, representando propuestas distintas y hasta opuestas, pero recorriendo los grandes sistemas doctrinarios y haciéndose presente en todos ellos. El mestizo dominó las mentes de intelectuales y artistas durante buena parte del siglo XX, aspirando a conducir el futuro nacional. Pero no se concretó. El mestizaje cultural no logró reorientar la marcha nacional. Sus intentos terminaron volviendo al mismo punto de partida. El país siguió siendo tan racista y discriminador como había sido en el pasado oligárquico. Por ello, hacia fin de siglo, el mito del mestizo fue abandonado y se vivió la irrupción de un nuevo paradigma estético, que valora la conformación de un mosaico heterogéneo. La transformación del ideal cobró impulso gracias a la escena internacional, donde nuevas fuerzas valoraron la heterogeneidad. A nivel mundial se ha apreciado*

> *mejor la diversidad como sinónimo de creatividad. Esta nueva sensibilidad llegó al Perú e inmediatamente se percibió su valor para sacar al país del dilema del mestizo. Éste era un mito que no llegaba a concretarse ni a mostrar sus frutos. Por ello, durante los años noventa se dejó paulatinamente de lado. Nadie lo ha rechazado formalmente, pero ha sido abandonado sutilmente como valor referencial. El comienzo del siglo XXI encuentra al Perú buscando su sentido en la heterogeneidad, que ayer había sido presentada como una grave dificultad para la integración nacional, pero que ahora es tratada como una significativa ventaja. Ese tránsito de referentes fue efectuado por un torrente cultural que estremeció al Perú de fin de siglo. En el terreno estético, en los cien últimos años, el Perú habría transitado de la búsqueda de la fusión armónica a la conciencia de su dispersión* (Zapata, 2015, p. 28-29)

2.2.2 La figura de Francisco Pizarro frente a los discursos históricos actuales.

Los estudios quinientistas en el Perú son numerosos, pero no tan abundantes como podría creerse. La muerte de varios estudiosos, ha causado cierto desmedro en la producción sobre este periodo, en los últimos años: Franklin Pease, José Antonio del Busto, Lohmann Villena, María Rostworowoski, Carlos Araníbar, Juan José Vega, Edmundo Guillén, Efraín Trelles, entre otros. En contexto de globalización del conocimiento, y el mayor acceso a los trabajos de historiadores extranjeros, resulta pertinente revisar parte de la historiografía reciente que sobre Pizarro y la Conquista existe, pensando en el nivel de influencia que puede tener sobre la historiografía local.

Por ejemplo, destacan los estudios del historiador francés Bernard Lavallé (Universidad de la Sorbonne Nouvelle – París 3), quien es especialista en Historia de los Andes coloniales, y autor de diversos trabajos, como: *Ensayos sobre criollismo en*

los Andes (1993), *Amor y opresión en los Andes coloniales* (1999) y *Francisco Pizarro: Biografía de una conquista* (2003), *Bartolomé de Las Casas entre la espada y la cruz* (2007), *El dorado d'Amérique; mythes, mirages et réalité* (2011), entre otros. Su biografía de Pizarro busca recuperar el valor de la biografía como aproximación histórica a un periodo determinado y complejo. Para ello considera imprescindible ubicar al conquistador en todas las fases de los primeros 50 años de la colonización de América, donde él estuvo prácticamente. Escribe Bernard Lavallé:

> *Seguirlo en el transcurso del tiempo revela los problemas, las esperanzas, los titubeos, los éxitos, los horrores y los fracasos de una época determinante tanto para la península como para aquello que se comenzaba a llamar el Nuevo Mundo. Nos ha parecido pues útil insertarlo en la sucesión y la lógica interna de los resortes, del desarrollo, de las implicaciones y de las consecuencias de lo que vivió. Para nosotros, la biografía de Francisco Pizarro era también —que se nos perdone la inadecuación del término— la de su época y de los lugares adonde sus pasos lo llevaron* (Lavallé, 2005, p. 8).

Pizarro resulta un personaje de "una envergadura tan excepcional", sobre el cual se han ocupado autores tan importantes como Raúl Porras Barrenechea, Guillermo Lohmann Villena, y José Antonio del Busto Duthurburu, de los cuales Lavallé se declara deudor. Aunque el libro está pensado como una obra de divulgación, no deja de lado la ambición de esclarecer, explicar y poner en perspectiva peripecias, opciones, reacciones individuales o colectivas en el marco de la Conquista hispana. En los fragmentos más entusiastas, Lavallé nos dice sobre Francisco Pizarro:

> *... Cuando la Fortuna parece modestamente sonreírle, la idea de la conquista del Sur, del mítico Perú, se concreta. Hacia ahí, sin flaquear nunca, por lo menos sin mostrarlo, en tres oportunidades Francisco Pizarro conducirá a sus hombres con una* ***voluntad de acero****, a pesar de las peores dificultades, varias veces al borde de la quiebra, rozando sin cesar la catástrofe, la muerte. Ahí también la búsqueda durará años... junto con sus hombres* ***escribe una epopeya continental con sangre y***

> ***horror***. *Trata con Carlos V en persona. El bastardo de Trujillo termina a la cabeza de un inmenso imperio en que, junto con sus hermanos, se sirve la mejor parte* (Lavallé, 2005, p. 8 énfasis añadido)

Pizarro, a pesar de los sacrificios, enfermedades, penurias y peligros, muestra una valentía y arrojo fuera de lo común, y un liderazgo propio de un "iluminado". A pesar del hambre, sufrimiento, muerte y desesperación, Pizarro no cede nunca. La historia, a pesar de la búsqueda de la mayor objetividad, no puede dejar de convertirse en una *hazaña épica*. El hispanista francés, además resalta un aspecto descuidado por la historiografía tradicional, que reduce la conquista a una guerra entre dos bandos (incas y españoles), y es el aspecto diplomático o juego de negociaciones que sostuvo Pizarro con las etnias locales, los huascaristas, y los mismos españoles (aliados, competidores o rivales). Pizarro fue un hombre de guerra, pero también un negociador constante, y así logro llevar la conquista. Finalmente, sostiene el historiador francés Bernard Lavallé:

> *Pizarro simboliza para el Perú, y más allá para los Andes en su conjunto, un nacimiento doloroso, el inicio de una historia desgarrada y trágica entre vencedores seguros de su fuerza, de estar en su derecho sin límites, y vencidos reducidos al silencio, a una servidumbre sin piedad con todas las hipotecas que semejante desequilibrio iba a hacer pesar durante siglos sobre el futuro* (Lavallé, 2005, p. 253).

Bernard Lavallé, hispanista en el buen sentido, admira a la figura de Pizarro, pero va más allá de ella. Alterna una narración casi neutra, con ocasionales adjetivos de admiración hacia el extremeño y su hazaña conquistadora.

En España, por su parte, algunos historiadores han publicado biografías del conquistador trujillano, entre las cuales destacan: "Pizarro, el hombre desconocido" (2014) de María del Carmen Rubio, y "Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista" (2018) de Esteban Mira Caballos. La primera, caracterizada por un afán reivindicador del conquistador, la denuncia de la Leyenda Negra contra España, y un afán nacionalista hispánico. La segunda, de tono más objetivo y mesurado, destaca por

su exhaustivo manejo de fuentes, y un juicio que aspira a ser más ponderado en relación a los méritos del conquistador. En un contexto de recuperación del nacionalismo españolista en el siglo XXI, ambas obras contrastan, la primera resulta más a tono con esa corriente, mientras la segunda, procura apegarse al rigor histórico que requiere el estudio del pasado.

La historiadora asegura que la "leyenda negra" ha desfigurado y desprestigiado al gran conquistador, atacándolo de "genocida" y destructor (Del Carmen Rubio, 2014, p. 39). Particularmente claros son los juicios de la historiadora, expresados en numerosas entrevistas a propósito de su biografía de Pizarro, nos dice así María del Carmen Rubio:

> *El relato de sed de sangre y de oro que persigue a Francisco Pizarro es tan legendario como injusto… He manejado documentos que no habían sido tenidos en cuenta antes y en los que se percibe una imagen mucho más exacta de Pizarro. Un hombre que tuvo sombras como todo gran estadista y todo gran general, pero que también tiene muchas luces y una inteligencia que se le ha negado por ser analfabeto pero que sus actos corroboran…* ***No fue un depredador, como se ha dicho. Era un hombre de gran honradez, férrea disciplina y un tesón que muy pocas veces se ha visto en otro personaje de la historia universal, que asombra****… En Trujillo le reconoce su abuelo, que ve el retrato vivo de su familia. Desde entonces Pizarro quiso ser militar, emular a su padre, hasta el final de su vida. El recuerdo idealizado del padre que le rechazó estuvo vivo en su memoria y le hizo un fabuloso general… Tuvo que someter a Atahualpa a un juicio que él no quería. Lloró por él cuando fue declarado culpable y reo de muerte. Se habían hecho amigos, habían convivido cuando estuvo prisionero en Cajamarca. En ningún momento quiso que muriera, pero ante el presunto ataque de 50.000 guerreros no tuvo más remedio que aceptar la condena. Y lloró… Descubrimos que Pizarro tiene una vida íntima. Se casó con dos princesas: Quispe Xixa, y posteriormente con Cuxirimay Ocllo, que había sido mujer de Atahualpa. Con ellas Pizarro quiere formar un*

> *nuevo país, un nuevo Pirú mestizo, porque hablamos de un hombre algo mayor que antes jamás ha tenido hijos ni se ha unido a ninguna mujer. Y cambia. Le facilita la gobernación el estar unido a ellas, pero era tan inteligente que se da cuenta de que va a surgir un país mestizo y él lo origina uniéndose a estas princesas* (Del Carmen Rubio, 2014 énfasis añadido).

La historiadora repite varios tópicos hagiográficos sobre Pizarro, y se toma licencias literarias sobre el posible pensar y sentir del conquistador. A largo de varias entrevistas, demuestra ser una férrea defensora de la persistencia de una Leyenda negra contra España, una leyenda que toma forma de conspiración, cuya vigencia seria indiscutible. Atribuye a Pizarro el deseo de originar un país mestizo y objeta cualquier crítica referida a los excesos cometidos por el conquistador. La historiadora se ubica muy próxima a la historiografía nacional-católica de la época franquista, y su reivindicación histórica de los héroes españoles responde a ideales nacionales que no coinciden necesariamente con un examen histórico riguroso. La idea de una *conquista benévola*, atraviesa la obra de la historiografía conservadora española.

El historiador Esteban Mira Caballos, en su reseña al libro de María del Carmen Rubio, establece una crítica muy pertinente y clara a las inconsistencias, debilidades y pretensiones a esta obra de la historiadora. Escribe Esteban Mira Caballos:

> *… nuevamente nos vemos en la tesitura, con todo el respeto hacia la autora, de* ***objetar la apología que se hace del trujillano****. En la introducción explica la metodología y las fuentes, quedando al descubierto las debilidades que vamos a encontrar a lo largo de todo el texto. Se presenta como un libro novedoso que pretende descubrir la "sensibilidad humanitaria" de Francisco Pizarro -Pág. 372-, hasta ahora oculta por culpa de la leyenda negra.* ***Sorprenden afirmaciones como que Pizarro ¡siempre intentó proteger a los nativos mediante la legislación!*** *Y digo que sorprenden porque, al igual que los demás conquistadores, sabía infringir castigos dolorosos y ejemplarizantes cuando lo creía oportuno. Estando en la isla de la Puná, cuando los nativos urdieron a sus espaldas una rebelión, decidió propinar un castigo ejemplar: los cabecillas fueron*

> *todos ajusticiados quemando en la hoguera a algunos de ellos y cortando las cabezas a los otros. Pero la autora no ofrece ni un solo dato de estas matanzas, ni en relación a la Puná ni a otros lugares, como Cajamarca, donde ni siquiera formula una estimación de las posibles bajas de dicha celada. Y por supuesto, la ejecución del Inca la hizo engañado por los testimonios del intérprete Felipe de Poechos, despechado por el amor que sentía hacia una de sus mujeres. Ello le lleva a concluir que el trujillano apreciaba mucho al Inca y que lamentó profundamente su ejecución -Págs. 230-231-. Es más, a su juicio, el tribunal que lo juzgó estuvo formado por almagristas quienes lo aprobaron pese a su oposición y, dado que era analfabeto, no pudo ni tan siquiera leer su sentencia –Pág. 377-. En lo que respecta a la muerte en la hoguera de Calcuchímac, el general de Atahualpa, dice la profesora Martín Rubio que fue inevitable porque era la muerte establecida por el catolicismo de la época a los infieles. Bueno, el argumento no es convincente, sobre todo teniendo en cuenta que los amerindios eran vasallos de la corona de Castilla desde tiempos de Isabel la Católica y, por cierto, no eran infieles sino paganos, que no era exactamente lo mismo. Está claro que Pizarro tenía un extraño sentido de la bondad y del amor que supuestamente profesó a los pobres quechuas. Y es que* ***hablar de "sensibilidad humanitaria" en aquella época no deja de ser chusco y más si va referido a un conquistador*** (Mira Caballos, 2015 énfasis añadido).

El historiador español finaliza afirmando que la obra de su connacional, María del Carmen Rubio, es continuadora de la historiografía hagiográfica sobre Pizarro, y aunque la historiadora sostiene que su obra es rigurosa, imparcial y objetiva, solo "estamos ante la más rancia metodología historicista, superada al menos desde mediados del siglo pasado" (Mira Caballos, 2015).

Por su parte, la biografía de Pizarro y el relato de la conquista escrito por Esteban Mira Caballos (2018), ha sido considerado una de las obras más consistentes sobre el personaje y su acción conquistadora. Considerado un autor defensor de Pizarro por los críticos a este, y un detractor de Pizarro por los defensores del conquistador, Mira Caballos ha destacado por un juicio crítico, imparcial y ponderado. Autor de numerosas obras sobre el periodo del siglo XVI, Mira Caballos se caracteriza por un

amplio manejo de fuentes y una visión que busca tomar distancia del nacionalismo tozudo.

El historiador español, ha sostenido en varias ocasiones que Francisco Pizarro cometió atrocidades, pero no se le puede considerar un genocida, ya que él quería una gobernación sobre personas, y quería tributarios. Por ello, no hubo afán de exterminio. El historiador quien también es experto en la figura de Hernán Cortés, realiza una comparación histórica entre este y Pizarro; termina concluyendo Esteban Mira Caballos:

> ***Pizarro fue el arquetipo de conquistador, pero perdió la batalla de la propaganda con Hernán Cortés.*** *El primero era más guerrero y el conquistador de México, más político. Y ganó el político. Él y su entorno crearon su propio mito y denigraron la figura de Pizarro. Afirmaron que Cortés era el prototipo de conquistador, que Pizarro se miraba en él y hasta la leyenda porcina que dice que el conquistador del Perú se crió entre cerdos. Yo me preguntaba ¿quién se pudo inventar eso? Tirando del hilo llegas a Francisco López de Gómara, a Cortés y su entorno. Su triunfo fue tal que llega hasta el siglo XXI y hasta historiadores pizarristas afirman que tenía en cuenta a Cortés en todo. Es falso. La conquista de México fue una década antes de la del Perú, sí, pero Pizarro llevaba pegando tiros en Centroamérica desde 1510, cuando Cortés no había hecho nada. Fue una guerra de propaganda intencionada y que dura hasta el siglo XXI, aunque ya el propio Garcilaso dijo que todo eran patrañas… Pizarro encarna ese arquetipo. Cortés era político, no tenía antecedentes bélicos hasta llegar a América, se estaba formando como escribano. Cortés destaca por los pactos y los discursos. En cambio, Pizarro destaca por lo militar, es un conquistador.* ***Es una persona ruda, sin formación académica. Todos los conquistadores, ante estímulos similares, tienen reacciones similares.*** *Hernando de Soto, Núñez de Balboa, De Soto, Pizarro, respondían todos de la misma manera… Un conquistador se sonrojaría si dijeran de él que era pacifista o defendía los derechos humanos. Un conquistador era alguien dispuesto a matar o morir. Además, estaban las tácticas de la guerra en las Américas basadas*

> *en el uso de la caballería y en la captura del líder, entre otros elementos. Eran personajes de su tiempo. Pasó lo que tenía que pasar, porque los conquistadores hacían eso, conquistaban y daban palos porque si no, no habrían conquistado todo aquel continente.* ***Y por decir eso no me siento antipatriota. Los admiro, pero como personajes de su tiempo*** (Mira Caballos, 2018 énfasis añadido).

El autor explica que los conquistadores morían más por enfermedades que a manos de los incas, y que la gran ventaja siempre fueron las armas de fuego y caballos, además de las fundamentales diferencias tácticas. Refiere Esteban Mira Caballos:

> ***… las tácticas de combate de los incas eran absolutamente ingenuas****. El más capaz de los generales incas no se podía comparar con el más ingenuo de los generales europeos. Los españoles sabían que con capturar al líder, los demás salían huyendo. Y una y otra vez, los incas se presentaban con su líder destacado. No tenían capacidad de reaccionar. Los españoles estaban convencidos de que su Dios les apoyaba, de que era una guerra justa; tenían mucho que ganar y poco que perder. Los incas tampoco tenían su capacidad psicológica: se hundieron muy pronto cuando vieron lo que se les venía encima* (Mira Caballos, 2018 énfasis añadido).

Naturalmente, comenta el historiador, los conquistadores aprovecharon la crisis que vivía el imperio inca (guerra civil), y pactaron con pueblos sometidos por los incas, quienes percibían a Pizarro como un libertador. Por otro lado, señala el historiador español Esteban Mira Caballos:

> *…* ***la coartada ideológica era la expansión de la civilización y la fe, pero los conquistadores lo tenían claro. Ellos no tenían soldada, su salario era el botín.*** *Aunque Pizarro más que fortuna, buscaba honra. Pero en general, estaban obsesionados por el oro y la plata. Y no podemos olvidar el botín carnal: se repartían a las mujeres incas siempre que conquistaban unas ciudades. Se repartían las más guapas, ellos decían que eran para servicio, pero es obvio que no. Los incas tenían mucha manía a los*

españoles porque les quitaban a sus mujeres (Mira Caballos, 2018 énfasis añadido).

Refiriéndose a la visión apologética de Pizarro, y a la visión denigradora sobre este, sostiene finalmente el historiador español Esteban Mira Caballos:

> ***Pizarro es uno de los pilares de la leyenda apologética de la patria española, junto con Viriato, Pelayo, El Cid, Cortés****… Hay una historia muy hagiográfica en España sobre ellos. Y mi libro, desde la portada, ya es muy explícito. Antes de salir ya habido gente en Perú que ha criticado muchísimo la imagen de portada, donde aparece Pizarro a caballo viendo como los indios cargan el oro robado. El libro es duro porque lo que ocurrió fue un drama, fue una conquista, murió gente, hubo un saqueo brutal… Lo cuento con pelos en señales. Hay gente que se toma muy a pecho estas cosas y se lo toman como un ataque contra España. Pero yo no trato el tema en términos patrióticos. Será polémico aquí en España y en Perú, que allí están los apologéticos que defienden el gran legado que dio al país Pizarro y después están los del lamento de la destrucción de idealizado mundo inca* (Mira Caballos, 2018 énfasis añadido)

En resumen, resulta un valioso aporte del historiador, el análisis de las representaciones de Cortés y Pizarro. Donde, efectivamente, Hernán Cortés aparece como el conquistador *simpático, donjuán, culto, inteligente*, mientras que Francisco Pizarro, como un personaje *oscuro, rudo, analfabeto y cruel*. Mira Caballos, considera ello un cliché impuesto por la potente historiografía cortesiana y no ajustada en absoluto a la verdad histórica. Por otro lado, Mira Caballos evalúa la posición de los indigenistas, o los que se consideran víctimas o herederos de los conquistados: "Como diría Walter Benjamin, en toda guerra están los eternamente vencedores y los eternamente vencidos. Yo pertenezco a la corriente crítica, encabezada en España por el profesor Miquel Izard, y he escrito abiertamente sobre el etnocidio sistemático, y sobre casos puntuales de genocidio arcaico e incluso de pederastia, que practicaban algunos conquistadores" (Mira Caballos, 2019). El historiador reconoce que con Pizarro hubo robos, atropellos y asesinatos, pero que no fue un genocida porque "quería gobernar sobre un territorio, quería tributarios, y por ello administraba el terror en dosis mínimas para conseguir el efecto deseado". Si bien en la época colonial hubo

una “cierta discriminación cultural y racial”, que hace que se vea a los indígenas con desdén, como personas ignorantes, ociosas y salvajes. La solución, según el autor, pasa probablemente por “la recuperación de la historia y la tradición incaica, así como con el englobe de los grupos indígenas dentro de la identidad nacional peruana. Una tarea que no pertenece al pasado, sino al presente, y cuyo culpable no es Francisco Pizarro, sino las actuales autoridades políticas peruanas” (Mira Caballos, 2019).

El historiador es claro al delinear al conquistador del Perú. Afirma Esteban Mira Caballos:

> *Francisco Pizarro es el arquetipo del conquistador, vivía en el filo de la navaja, era una persona entrenada, llegado el caso, para conseguir sus objetivos de manera violenta; un hombre curtido en la guerra y dispuesto a morir o a matar por conseguir honra y fortuna. No obstante, en este aspecto hay que reconocer una sensible diferencia entre Francisco Pizarro y otros conquistadores mucho más promiscuos o crueles, como Francisco Montejo, que acostumbraba dejar embarazadas a las indias esclavas para venderlas más caras, o el propio Hernán Cortés, que montó todo un harén en su palacio de Cuernavaca. Ya el Inca Garcilaso destacó del trujillano su moderación tanto en el comer y el beber como “en refrenar la sensualidad”. No fue una persona pasional. Estuvo obsesionado durante años por conseguir una gobernación; desde su llegada a Tierra Firme esperó una oportunidad, que tardaría en presentarse, pero que al final consiguió por su incansable tesón* (Mira Caballos, 2019).

Esteban Mira Caballos, considera que en pleno siglo XXI, estamos preparados para entender lo que era un conquistador del siglo XVI, y el sufrimiento que en los pueblos sometidos genera toda expansión imperialista. Dirigiéndose a los lectores peruanos, señala finalmente:

> *La conquista del Tahuantinsuyo fue violenta y trágica, pero forma parte fundamental de la historia de la nación peruana. Una historia que no se*

> *puede escamotear, sino que hay que afrontar por dura que sea. Pizarro se enamoró del Perú, de la tierra que conquistó, y jamás se planteó volver. Nació español, pero murió peruano; un personaje de vuestra historia que tendréis que asumir, con sus luces y con sus muchas sombras. La historia ha sido siempre así; sobre las cenizas de viejas culturas o civilizaciones se han levantado nuevos mundos con renovadas esperanzas. Sobre las cenizas del destruido mundo incaico se produjo un doloroso alumbramiento, germen de lo que hoy es la nación peruana* (Mira Caballos, 2019).

La evaluación histórica de los hechos por el historiador Esteban Mira Caballos resulta muy valiosa, en la medida que asume una mirada crítica tanto sobre la historiografía apologética de la conquista, como de la hispanófoba. Sin embargo, surge el problema de la evaluación historiográfica y política de los acontecimientos. La aproximación disciplinar del autor es irreprochable, sobre todo metodológicamente. Pero el tema, es indiscutiblemente controversial, y exige una lectura frente al presente y sus consecuencias visibles, como efectivamente lo hace el historiador. Así, por ejemplo, el 2019, una carta del presidente mexicano López Obrador exigiendo al rey de España, que pida perdón en nombre de su país por los hechos trágicos de la conquista, fue motivo de comentarios diversos de historiadores y otros autores. Los historiadores españoles (entre ellos el autor) en su mayoría criticaron la impertinencia de la carta, el anacronismo y el resentimiento injustificado, además del populismo subyacente en el pronunciamiento del gobernante mexicano[116]. Mira Caballos a pesar de su permanente búsqueda de una posición ecuánime frente a un tema tan polémico, no puede (ni debe) evitar tomar una posición clara sobre el particular. Así, su posición es la de un autor español, que resalta la trayectoria de los grandes personajes de la conquista (Colón, Núñez de Balboa, Ovando, Cortés, Pizarro, Orellana, Soto, entre otros), pero que, a pesar de su rigor, no puede evitar hacer una historia desde los vencedores. No toma partido por los conquistadores, pero no puede evitar por momentos expresar su simpatía por sus biografiados, personajes elegidos justamente por el interés y

[116] Por citar un ejemplo de la impertinencia al otro lado del Atlántico, recientemente el economista Ramón Tamames, ha publicado el libro "Hernán Cortés, gigante de la historia" (2020), donde procura ofrecer una síntesis de las hazañas del personaje, y no duda en afirmar que el conquistador Hernán Cortés "fue el máximo protector de los indígenas". https://www.elespanol.com/cultura/historia/20200214/ramon-tamames-hernan-cortes-maximo-protector-indigenas/467204315_0.html?fbclid=IwAR3UD_Mvf2hxqImlMOe4oZMU6PM2zv_OlXF0Wg9Y-ZH3u-2JWgBEAqMgpzQ

admiración hacia ellos. Naturalmente no puede exigírsele al autor una mirada indigenista de los hechos, pero quizás sí incorporar una *perspectiva decolonial*, que permitiría al historiador detenerse en la importancia de la disputa simbólica, representacional y la necesidad de ubicar la violencia colonial como un proceso no cancelado.

Varios hispanistas, sin la capacidad crítica del historiador Esteban Mira Caballos, compartirían sin problemas declaraciones categóricas como las del escritor Mario Vargas Llosa:

> *La conquista fue horrible, por supuesto, y debe ser criticada, al mismo tiempo que situada en su momento histórico y comparada con otras, que no fueron menos feroces, pero que, a diferencia de la que integró América al Occidente, no dejaron huella positiva alguna en los países conquistados. Y es preciso también recordar que España fue el único imperio de su tiempo en permitir en su seno las más feroces críticas de aquella conquista —recordemos sólo las diatribas del padre Bartolomé de las Casas— y de cuestionarse a sí misma sobre ese tema, estimulando un debate teológico sobre el derecho a imponer su autoridad y su religión sobre los habitantes de aquellos territorios. La situación de los indígenas es bochornosa en América Latina, sin duda, pero, hoy, las críticas deben recaer sobre todo en los Gobiernos independientes, que, en doscientos años de soberanía, no sólo han sido incapaces de hacer justicia a los descendientes de incas, aztecas y mayas, sino que han contribuido a empobrecerlos, explotarlos y mantenerlos en una servidumbre abyecta. Y no olvidemos que las peores matanzas de indígenas se cometieron, en países como Chile y Argentina, después de la independencia, a veces por gobernantes tan ilustres como Sarmiento, convencidos de que los indios eran un verdadero obstáculo para la modernización y prosperidad de América Latina. Para cualquier latinoamericano, por eso, la crítica a la conquista de las Indias tiene la obligación moral de ser una autocrítica. Las civilizaciones prehispánicas alcanzaron altos niveles de organización y construyeron soberbios monumentos. Desde el punto de vista social, se*

> *dice que los incas eliminaron el hambre de su vasto imperio; que en él todo el mundo trabajaba y comía. Una formidable hazaña. Pero, no nos engañemos; pese a todo ello, eran todavía sociedades bárbaras, donde se practicaban los sacrificios humanos y donde los fuertes y poderosos sometían brutalmente y esclavizaban a los débiles* (Vargas Llosa, 2018).

Vargas Llosa no menciona la *Colonización*, y desestima su importancia para explicar las estructuras raciales y de desigualdad histórica en América Latina. Lo colonial es percibido como un proceso cerrado, y sepultado en el tiempo, a lo mucho, destacable en sus elementos positivos, como la supuesta integración a través del idioma castellano. Ciertamente el escritor no señala la desaparición de cientos de lenguas durante el proceso colonial, y el estigma que recayó sobre ellas. Las injusticias sociales y todas las formas de discriminación son atribuidas al periodo republicano. El esclavismo y su huella terrible, incluso podrían encajar en su percepción presentista de la historia. El eurocentrismo de Vargas Llosa es evidente en muchos de sus textos, y no es de extrañar que recientemente haya celebrado la aparición del libro *Imperofóbia* (2016) de Elvira Roca Barea, obra de claro falseamiento histórico que, mediante diversos tópicos, busca justificar todo el proceso colonialista hispano, y victimiza a España frente a las críticas, incluso de reputados historiadores estudiosos de los siglos XVI-XVIII. Como señala el sociólogo e historiador Nelson Manrique, en su crítica al eurocentrismo de Mario Vargas Llosa:

> *...está absolutamente convencido de la superioridad intrínseca de la cultura europea: "la civilización", el culmen del desarrollo cultural de la humanidad, "la cultura de la libertad", que todos debieran tener la dicha de alcanzar. Dicho sea de paso, ese es el don que prometen los proyectos coloniales: "civilizar" a los nativos. Por supuesto, Vargas Llosa se refiere a la cultura europea nacida con la modernidad, pues hasta inicios del siglo XVI la Europa que salía del Medioevo se encontraba atrasada con relación a otras culturas, como la china, como lo ha mostrado, entre otros, el francés Olivier Dollfus* (Manrique, 2012)[117].

[117] A propósito de la publicación del libro *La civilización del espectáculo* (2012) de Mario Vargas Llosa, Nelson Manrique publica una crítica, donde señala lo siguiente: "¿Qué entiende Vargas Llosa por cultura? En primer lugar,

La invisibilización de los problemas de las naciones indígenas, y la estrecha relación que tienen con la huella del colonialismo, es un aspecto despreciado, omitido o simplemente ignorado por los intelectuales más aferrados a la idea de que el pasado queda atrás siempre. El legado colonialista es visible en América, y la memoria del genocidio ocurrido hace unos siglos, es una memoria legítima. Es verdaderamente violento pretender el olvido arbitrario, la amnesia oficial o el silencio frente a reivindicaciones históricas, que observadas en perspectiva, son válidas, a pesar de los elementos nacionalista o populistas que puedan presentarse alrededor.

CONCLUSIONES

Entre los siglos XIX y XX los países de América Latina buscaron elaborar el "gran relato" de la nación o ficciones fundacionales; ello vinculado a la necesidad de crear

se trata de un bien preciado creado por Occidente, y más específicamente por Europa. En las más de 150 páginas de su ensayo no hay una sola mención a las riquísimas creaciones, pasadas y presentes -ni siquiera en las materias que le preocupan, las letras y las artes-, de la India, China, Japón, Mesoamérica, ni, por supuesto, los Andes. No existe ni la más remota alusión a que éstas pudieran haber influido de alguna manera en el desarrollo de la humanidad. A lo más, figura el mundo musulmán, como reflejo invertido de lo que es la cultura. Europa es la creadora de la "cultura de la libertad" y ésta es la única que merece llamarse "cultura". *El espectáculo de la civilización*. Diario La República, 03 de julio 2012

una "identidad nacional" entre una heterogénea población separada por raza, lengua, cultura y la misma geografía. Los sectores dominantes fueron los grupos criollos, los cuales mostraron cierto antihispanismo en el contexto de las luchas por la independencia, pero luego "revaloraron" la herencia hispánica para destacar el "carácter mestizo" de la nación. Aunque de grandes mayorías indígenas, países como el Perú, estuvieron encabezados por élites que interpretaron lo indio como un elemento de atraso social y cultural. El pasado incaico era percibido como una época de grandeza civilizatoria, perdida en el tiempo, pero que podía dotar de prestigio al gran relato nacional que se buscaba elaborar. Se realiza una operación de inclusión-exclusión, donde se incluye lo inca, pero se excluye a los indígenas contemporáneos del relato histórico peruano. La historiografía decimonónica no logra un relato nacional o general del Perú, hasta la publicación de la obra de Sebastián Lorente, quien recupera la historia pre-hispánica, exalta la grandeza del imperio inca, y desarrolla una continuidad entre ese pasado, la época colonial y la republicana. Se inaugura una suerte de "paradigma Lorente" donde la idea de peruano está asociada a una condición mestiza, donde lo incaico representa un pasado glorioso y admirable, superado por el legado civilizatorio hispánico-cristiano, y sintetizado hasta la época republicana. Autores fundamentales como Carlos Wiesse, Riva Agüero, Porras Barrenechea y José Antonio del Busto, mantienen hasta el siglo XX la estructura y sentido de ese relato fundacional. La "ideología del mestizaje" acompaña entonces al relato nacional en el Perú y América Latina. Se admira a algunas civilizaciones indígenas (Maya, Inca, Azteca), pero a condición de interpretarla como un pasado que solo representa la base (o sustrato) de una nación que se origina en la Colonia, con el mestizaje racial y cultural entre lo indio y lo europeo. La "nación mestiza" proclamada en el relato nacional es en última instancia "desindigenizante", pues lo mestizo debe superar lo indio y aproximarse más a lo blanco o europeo, desde las concepciones de los grupos dominantes criollos. Los historiadores criollos o mestizos, apelan a la historia del Descubrimiento de América y la Conquista para explicar el devenir de la gran nación mestiza. Este evento se convierte en el "hecho fundacional" de las distintas naciones de América. La llegada de la religión católica, la lengua castellana y el saber occidental, permiten el nacimiento de América y sus distintas naciones. Las élites locales se imaginan como una nación mestiza, antes india y ahora más blanca. Mediante un relato cada vez más sofisticado, pero recurriendo a ideas o imágenes ya elaboradas o concebidas durante la Colonia, los historiadores diseñan una "historia

nacional", caracterizada por la operación de "inclusión-exclusión", ya mencionada. Los héroes militares de la independencia o guerras republicanas, son entremezclados con figuras fundacionales como Cristóbal Colón, Vasco Núñez de Balboa, Pedro de Valdivia o Francisco Pizarro, quienes encarnan a la vieja figura del "héroe civilizador". La naciente "historia oficial" coloca a estos personajes como representativos por el carácter fundacional que encarnan. Protagonistas de gestas o épicas admirables (enfrentados a barreras geográficas, humanas y culturales), e iniciadores de los Estados-nación actuales de América. A este relato casi hegemónico se contrapone un relato proveniente de las reivindicaciones del indigenismo criollo y el indianismo. Se cuestiona la versión oficial o hegemónica, y se elabora un relato que coloca lo indígena al centro de la nación, y lo criollo-blanco como un elemento intrusivo, ilegítimo y negativo. A inicios del siglo XX, en el Perú se produce una disputa entre la versión hispanista de la nación y una versión indigenista de la historia peruana. A figuras como Riva Agüero y Víctor Andrés Belaúnde se oponen intelectuales como Luis E. Valcárcel y José Carlos Mariátegui, entre otros, y ubicándose más o menos al medio escritores como Uriel García o Luis Alberto Sánchez. Hispanofilia e hispanofobia permean los discursos históricos sobre la Conquista y la Colonia. La figura de Francisco Pizarro oscila así entre ambos discursos a lo largo del siglo XX. Autores contemporáneos como Paulo Drinot, hablan de una "esquizofrenia historiográfica" (2004) para referirse a estos debates o descalificaciones mutuas.

Entre las principales conclusiones que se extraen de la investigación se pueden referir las siguientes:

1. La estrategia discursiva de algunos autores prohispánicos, consiste en desaprobar hechos particulares de la conquista (crueldades, masacres, saqueos, destrucción), pero aprobar el proceso general de colonización, pues supone civilización, cristianización u occidentalización. Francisco Pizarro, es presentado además como el menos sanguinario o cruel de los conquistadores, incluso como el más benigno o humanitario.

2. Por otro lado, en el discurso nacional oficial, la versión hispanista aparentemente fue reemplazada por una versión integradora de lo mestizo e indígena. Sin embargo, parece más bien que la versión hispanista sofisticó el

discurso del mestizaje, integrando los aportes de los estudios indigenistas, de tal manera que el discurso nacional oficial sigue siendo predominantemente criollo-costeño, pero con inclusiones selectivas del indigenismo. El discurso del mestizaje y la historia nacional, es más próxima al discurso de hispanista conservador de antaño, que al indigenismo radical del siglo XX.

3. El *mal peruano*, tiene como pilares el racismo, la injusticia y la desigualdad. Al interrogarse sobre el origen de este, el indigenismo e indianismo lo ubican claramente en la conquista española del siglo XVI. En esta época habrían comenzado las diferencias (sociales, raciales, culturales), al destruirse un mundo indígena uniforme y avanzado. Este indigenismo incorpora en parte la idea occidental, de que todos los indígenas eran semejantes. Plantean que las diferencias sociales no existían antes de la llegada de Francisco Pizarro; estas comenzarían solo con la colonización española.

4. La historia prohispánica es una historia construida principalmente desde Lima; se declara que Francisco Pizarro es el fundador no solo de la capital, sino del Perú mestizo y occidental, por lo tanto, del "verdadero Perú". La historia "limeñocentrista" colonial de Peralta Barnuevo y otros, es el antecedente de la historia conservadora, criolla prohispánica de inicios del siglo XX.

5. Francisco Pizarro y los conquistadores se inscriben históricamente en la denominada "sociedad guerrera", vigente en Europa. El anacronismo de juzgarlos desde los valores del presente, todavía está vigente en cierta historiografía "crítica" y un sector extendido de la sociedad peruana. La Europa medieval todavía estaba presente en el siglo XVI, la sociedad guerrera aun no era reemplazada por una sociedad "moderna" o de "monopolio de la violencia".

6. La tendencia a cancelar periodos históricos anteriores, se observa ya en Garcilaso, quien en su obra, presenta a los incas como los iniciadores de la civilización, mientras las culturas anteriores son reducidas a pueblos "bárbaros", cuya importancia es minimizada. La historia del Perú, iniciaría así con los incas, y se completaría al unirse con la tradición hispánica-cristiana.

Por otro lado, los autores limeños como Peralta Barnuevo, consideran el mundo prehispánico (incas, primeras culturas o pueblos), como mero antecedente. La historia peruana sólo empieza con el arribo español y la evangelización. El Perú se incorpora a la historia universal gracias a la presencia hispana, declaran historiadores contemporáneos como José Antonio del Busto. El conquistador Francisco Pizarro, cobra un rol central como personaje fundacional, no solo de ciudades sino de la historia del país.

7. Las pugnas historiográficas ya están relativamente presentes desde la Colonia, paulatinamente una visión limeñocentrista, se impone sobre el cusqueñocentrismo propuesto por Blas Valera y Garcilaso de la Vega. Es importante ello, ya que la narrativa histórica desde Lima, defenderá el legado hispano (iniciado gracias a la conquista de Francisco Pizarro) como elemento central de la nación peruana; mientras lo andino terminará ocupando un espacio secundario o solo complementario en esta narrativa.

8. Dos imágenes predominan sobre el conquistador español, la primera como cruel invasor, ambicioso y destructor, asesino, saqueador, violador y mentiroso. La segunda es la del conquistador como fundador, civilizador, el que abre camino a la evangelización, el soldado esforzado, aventurero y valiente. La figura de Francisco Pizarro, oscila entre estas dos imágenes, ambas en principio excluyentes entre sí; pero con esfuerzos conciliadores de historiadores próximos al conservadurismo, se presenta al Perú como *nación mestiza* desde la Conquista, y gracias al legado de Pizarro.

9. En general los denominados "cronistas conventuales" (s. XVI-XVIII), serán críticos de las crueldades y abusos cometidos en la conquista; sin embargo, justificaran el proceso colonizador en la medida que es un proceso evangelizador. De la misma manera, intelectuales criollos del siglo XIX, rechazaran de manera particular, los excesos de los conquistadores, pero admiraran de manera general y definitiva, la labor civilizadora de la colonización hispánica y cristiana.

10. La narrativa histórica criolla colonial, ubicaba a Lima como elemento central de la patria emergente. De esta manera, la fundación de Lima por Francisco Pizarro constituiría también un hecho fundacional del Perú. En el siglo XX, la historiografía hispanista o peruanista de Riva Agüero, Porras, Lohmann Villena y Del Busto, destacó a Pizarro como fundador de Lima, y por tanto creador del Perú. Habría continuidad de esta interpretación de la fundación de Lima como sinónimo de fundación del Perú. La tradición criolla colonial limeñocéntrica de la historia, se observa aun en los historiadores criollos modernos.

11. Las representaciones historiográficas de la figura de Pizarro, son el resultado de un conjunto de interpretaciones, donde se conjugan ideas, creencias y valores de diversos estudiosos en un contexto histórico-social dado, que a su vez permiten construir imaginarios o representaciones generales sobre el periodo de la conquista. Cabría preguntar en ese sentido como las "percepciones extra-académicas" sobre la Conquista de América, han influido o moldeado a la misma historiografía sobre este periodo. No se trata de una relación unidireccional, donde la historiografía influye solo a la sociedad, sino es una permanente relación bidireccional de la cual hay más o menos conciencia.

12. El sentido de la representación no está en la verdad del significado de un hecho o personaje (La Conquista y Pizarro), sino en cómo se lo ha representado y por qué, cómo han influido determinados contextos. El análisis de las imágenes o conceptos que conforman la representación histórica, interesan sobremanera para entender la dinámica de los discursos históricos. De igual manera, como señalara Wittgenstein, del funcionamiento de los conceptos no hay tanto que atender su apego irrestricto a unos significados originales, sino la variedad de sus empleos y aplicaciones diarias (citado por Hevia, 2016, p. 14).

13. El personaje Francisco Pizarro, posee aún centralidad en la historia peruana, ya sea como iniciador de la "nación mestiza" o como destructor de la nación "auténtica" o cobriza. Aunque el gran relato de la gesta o épica hispana se divulgó a inicios del siglo XX, fue la "versión de los vencidos" la que ganó

legitimidad en el siglo XX. Ese pasado trágico para el mundo andino, es parte del imaginario histórico peruano, incluso desde la Colonia. En ese sentido compartimos la idea del escritor William Faulkner sobre que "El pasado no está muerto. De hecho, ni siquiera es pasado".

14. Francisco Pizarro, representa la conquista española y el inicio de los tiempos coloniales. El "legado colonial" o "herencia colonial", seria en gran medida lo dejado por Pizarro. Para los hispanistas, un legado civilizador (religión, idioma, conocimientos, técnicas, arte, etc.); mientras para los indigenistas, una herencia destructora (genocidio, violación, imposición cultural, etc.). El problema no es Pizarro, en tanto sujeto histórico, sino como es erigido como símbolo de determinados relatos históricos, aún vigentes en nuestro medio.

15. El discurso sobre la nación en el Perú, no puede soslayar el periodo de la Conquista, encarnada en la figura de Francisco Pizarro. Los sectores conservadores vieron en la Conquista, el periodo fundador del Perú actual. Mientras los sectores críticos, ven en este periodo una merma de la identidad que nos definiría como peruanos, nuestra herencia indígena u originaria. El discurso actual de la heterogenidad cultural e identidades múltiples, no resuelve la instalación de una historia superadora o de heridas cerradas, que la retórica más conservadora reclama.

16. La historiografía peruana es todavía muy polarizada en torno al significado histórico de Francisco Pizarro y la conquista. Para determinada historiografía "peruanista", Pizarro es un personaje fundador tanto de ciudades, como de la nacionalidad. Su legado será dejar las bases para la "nación mestiza" peruana (una convergencia antes que exclusión). Los sectores criollos y dominantes han asumido en esencia ese discurso. La historiografía crítica, ha sido esencialmente la versión indigenista, la cual en su versión más radical ve a Pizarro y los conquistadores como la peor expresión de la cultura occidental. Mientras en sus versiones más moderadas, Pizarro y lo español representan una superposición cultural sobre lo andino, que resiste y permite la supervivencia hoy de una identidad cultural donde lo indígena ocupa un rol protagónico.

17. Las crónicas, definidas por Carlos Araníbar como "híbridos histórico-literario", buscan mediante su retórica *enseñar, deleitar y persuadir*. Su afán es el legitimar la Conquista del Nuevo Mundo. Los cronistas, además, están frente al reto de distinguir qué hechos son memorables y cuáles no, para su registro. La interrogante es hasta qué punto, las crónicas escritas desde los correspondientes códigos y referentes occidentales, siguen influyendo sobre la narrativa o relato de la Conquista en la historiografía profesional de los siglos XIX al XXI. Los cronistas españoles intentaron subalternizar las formas indígenas de pensar y actuar, lo cual tuvo cierta continuidad en la historiografía posterior. La respuesta de la historiografía indigenista fue dotar de agencia a los personajes y grupos nativos, pero en algunos casos atribuyéndoles formas occidentales de racionalizar o concebir. Los marcos epistemológicos desde los cuales los historiadores siguen aproximándose al "mundo andino", siguen siendo predominantemente occidentales. El espacio y sociedad andina, sin embargo, también es hechura colonial, no una esencia paralizada en el siglo XVI.

18. No puede dejarse de reconocer que existe en algunos grupos, un exceso en la idea o argumento de la "herencia colonial" para explicar problemáticas actuales. Ya en los años setentas el historiador Pablo Macera, en sus *Trabajos de Historia* (1977), refería que entre algunos etnohistoriadores existía "un radicalismo pasadista que consiste en protestar contra los abusos del poder colonial en los siglos XVI-XVIII, pero sin decir nada, en cambio, acerca de los abusos del poder en el siglo XX".

19. Desde España, en los últimos años, el discurso hispánico nacional-católico promovido durante el franquismo, se ha recuperado parcialmente en el campo historiográfico y los medios impresos. Desde ese discurso histórico, se defiende la idea de una "conquista benigna", y se presenta el colonialismo español como parte de un *imperialismo sui generis*, donde se conquistó, pero no de la forma brutal que los anglosajones, quienes aniquilaron naciones enteras. Según esta prédica, el colonialismo hispánico fue diferente: asimilador (mestizaje), civilizador (fundador) y respetuoso (legislación indiana). Los conquistadores son presentados como héroes civilizadores, que deben ser

celebrados, tanto en España como en América. Esta historiografía conservadora, es rechazada y refutada por historiadores de posturas críticas como Antonio Espino López o filósofos como José Luis Villacañas. Sin embargo, intelectuales como Mario Vargas Llosa, abrazan el discurso histórico nacional-populista español, promovido por autoras como Elvira Roca Barea (autora del libro *Imperiofobia*, 2016), la cual goza de cierta difusión también en algunos círculos intelectuales fuera de España, por ejemplo, en el Perú.

El historiador José Antonio del Busto, afirmaba que Pizarro marca un antes y después en la historia peruana, nos guste o no. Mientras para el historiador Edmundo Guillén, la presencia española significaba el fin de siglos de autonomía de los pueblos indígenas, y el inicio de una etapa de dependencia. Estas antípodas historiográficas revelan mucho sobre nuestras aproximaciones al pasado, y las tensiones que superan la academia. Ante la proximidad del V Centenario de los viajes de Pizarro en búsqueda del Perú, creemos valioso reflexionar sobre el significado de la Conquista, y la polémica figura de Francisco Pizarro. Tomando distancia del hispanismo peruanista y las perspectivas eurocéntricas, así como del nacionalismo cobrizo o el indigenismo hispanófobo, quizás puede elaborarse una narrativa histórica crítica y justa, que evite un tono neutral, aséptico o falsamente imparcial, y apueste por un análisis histórico profundo (decolonial, filosófico y político), sin los maniqueísmos aún vigentes en nuestro imaginario histórico.

REFLEXIÓN

Sobre el objeto de estudio en esta investigación, podríamos afirmar que no interesa establecer los hechos históricos de la Conquista, a partir de las diversas fuentes disponibles, sino el analizar la forma en que se elaboraron los discursos históricos sobre este periodo y sus protagonistas a lo largo del siglo XIX y XX, considerando la influencia de los contextos socio-culturales, tendencias historiográficas de época, y el *locus* o lugar de enunciación de los autores. Todo ello, para aproximarnos a temáticas como nación o identidad nacional en el Perú, desde los imaginarios y discursos históricos.

Siguiendo algunas ideas del antropólogo Rodrigo Montoya (2000), sobre las interpretaciones y representaciones de la Independencia, se podría decir que se ha desarrollado una **sociología sobre la conquista del Perú.** Las distintas narrativas históricas construidas sobre el conquistador Francisco Pizarro, reflejan polarizadas posturas ideológicas de los distintos autores. Además de las concepciones sobre la naturaleza de la nación peruana: nación mestiza, nación andina u originaria. En las narrativas hispanistas y "narrativas críticas" (indigenistas, indianistas, andinistas), sin embargo, se cae en explicaciones históricas, muchas veces, solo basadas en personajes o individuos. La Conquista o Invasión se personifica en Pizarro, y el mundo indígena se encarna en el Inca Atahualpa.

Montoya, formula una interrogante que se podría extrapolar a nuestro tema:

> *… interesa preguntarse las razones que han hecho posible tantas imágenes sobre la independencia. Aquí ya* ***entramos a ese terreno tan incómodo para los historiadores*** *como es el de* ***trazar fronteras entre historia e ideología****; aunque lo más correcto sería reconocer de que efectivamente, la historia - más que otras disciplinas de las ciencias sociales -,* ***es el oficio intelectual que contiene mayor peso ideológico.*** *De modo que tenemos una suerte de* ***combate: "historia contra historia*** (Montoya, 2000, p. 6 énfasis añadido).

Como señala Montoya, cada época y cada grupo social construyen imágenes diferentes sobre su pasado. Al interior de un mismo tiempo histórico conviven narrativas

históricas muchas veces totalmente contradictoras. Tal es el caso de la Conquista, y específicamente el personaje de Francisco Pizarro. A pesar de ello, cada narrativa aportaría elementos significativos y hallazgos que pueden facilitar una idea más acabada sobre un período histórico (proceso acumulativo del conocimiento). Pero, conviene advertir que, "en todo proceso de análisis y síntesis se requiere no tanto llegar a una verdad absoluta y definitiva, sino más bien precisar el sentido de la interpretación, su finalidad específica; o en otras palabras, la utilidad contemporánea que queramos asignarle" (Montoya, 2000, p. 7).

Sin embargo, la narrativa histórica sobre la independencia quizás tenga mayores posibilidades para establecer puntos comunes y perspectivas conciliatorias. La narrativa histórica sobre Pizarro y la Conquista, es totalmente excluyente en sus representaciones: civilizador-fundador / genocida-destructor. Los aportes desde la investigación de historiadores hispanistas-peruanistas e historiadores indigenistas-crìticos, aún no se logran conjugar en una narrativa que pueda aprovechar los aportes de ambas corrientes. Ambas se hallan en antípodas ideológicas, y aunque sus contribuciones históricas son sobradamente provechosas (investigación documental, por ejemplo), lo "ideológico" se impondría a lo histórico.

La historia académica, es aislada y de difusión limitada. La historia oficial y la historia popular se imponen en las construcciones de las imágenes sobre un personaje o hecho histórico. Pero, es importante subrayar que historia académica, historia oficial e historia popular, no son compartimientos estancos y excluyentes unos de otros. De hecho, la historia oficial sobre Pizarro y la Conquista en la primera mitad del siglo XX, se articula a la corriente historiográfica hispanista de aquellos años; mientras la historia popular de reivindicaciones indigenistas y crítica al legado colonial (encarnado en la figura de Pizarro), se conecta a la naciente historiografía indigenista como la producida por el cusqueñista Luis E. Valcárcel, entre otros.

Las fronteras entre historia académica, historia oficial e historia popular son difusas y se caracterizan por préstamos mutuos, combinaciones, silencios, apologías y alcances distintos en su difusión. Además, el diálogo histórico no es solo un diálogo entre el historiador y el pasado, sino también entre los textos históricos, sus lecturas, sus ideas y representaciones.

Los historiadores peruanos se propusieron la "conquista del imaginario", donde los incas, por ejemplo, son *peruanizados* y los conquistadores españoles *nacionalizados*. Una constante desde el siglo XIX fue la **"peruanización de los incas"**, en el discurso criollo. La afirmación de la nación, requería apelar al pasado, a los orígenes. Como en Europa, recurrir a orígenes remotos para prestigiar a la nación en formación, o declararse retóricamente "naciòn milenaria". Los intelectuales y comentaristas ven en los incas a los "antiguos peruanos". El indigenismo reconoce en los incas a los verdaderos peruanos, mientras los criollos son sub-peruanos debido a su ascendencia hispana. En la obra del historiador Edmundo Guillén, se reflejará esta postura que ubica a los incas como peruanos, mientras los criollos casi hijos bastardos de España.

Como se explicó en la investigación, historiadores como Juan José Vega, Edmundo Guillén y Virgilio Roel Pineda se propusieron elaborar una historia reivindicativa de la cultura inca, y presentar una *historia de los vencidos*, pero desde la resistencia frente al invasor hispano. Su proyecto se basa en exaltar la organización y cultura incaica, y reivindicarlos frente a los intrusos hispanos. La versión de los vencidos, sin embargo, busca tomar la voz de los subalternos y hablar en nombre de ellos. Intelectuales que quieren dignificar a la nación quechua, y toman la voz para representarlos, asumiendo una forma paternalista en última instancia.

En la obra de Edmundo Guillén, se cita a Luis Boudin y su obra "El imperio socialista de los incas" (1928), compartiendo sus postulados sobre una organización de tipo socialista entre los incas. Guillén pareciera ceder a la vieja versión enaltecedora o idealizadora del Tahuantinsuyo, donde son igualados a la sociedad ideal buscadada por la doctrina socialista europea. Frente a esta construcción intelectual, las consecuencias de la Conquista son aún más terribles, pues representarìa la destrucción de una sociedad (casi) perfecta moral y materialmente.

Recientemente, en el marco de la polémica y discusiones sobre el legado de Hernán Cortés en México (2019), varios historiadores señalan la necesidad de contextualizar el accionar del conquistador en su propio espacio y tiempo histórico. No evaluar al personaje histórico desde valores del presente (*presentismo*). Sin embargo, si bien es cierta la necesidad de leer a los personajes de la historia desde su propia época (en el

caso de Cortés, la sociedad cristiana, guerrera, expansionista y mercantilista), también cabe reflexionar que la decisión individual (agencia) no fue inexistente. El accionar personal de matanza, expolio y sadismo, no deja de estar presente en los hombres de época, y ello merecerìa una evaluación crìtica desde el estudio histórico, y no solo atribuir el accionar a un espíritu de època. Bajo la idea un "contexto histórico" que condicionaba todo accionar de los conquistadores-colonizadores, se pretende establecer una lectura "científica" o "histórica" de los hechos, que justifica cualquier actuación de los conquistadores. Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, Sebastián de Belalcázar, Pedro de Valdivia, Hernando de Soto, Pedro de Alvarado, etc., son despojados de su capacidad de distinguir entre el bien y el mal, decidir sobre la vida de los pueblos invadidos, o ser poseedores de una consciencia moral, en el discurso de los historiadores contemporáneos, que atribuyen la causalidad de los hechos solo al *contexto histórico* del siglo XVI. Aún dentro de ese contexto, había limitantes y control personal, los individuos también podían ser dueños de sí mismos y sus actos. No se puede sólo censurar a los conquistadores (crueles, ambiciosos, sádicos, fanáticos, etc.), pero tampoco despojarlos del atributo de la consciencia, la deliberación interna y el razonamiento moral. Fueron hombres que decidieron sobre sus actos, hubo condicionantes externos como en toda época, pero ninguna excluye a la otra. Los contextos históricos nos determinan es cierto, pero los hombres pueden también realizar cambios e ir contra sus propios "contextos" o supuestos mandatos sociales. Contextos históricos, que a decir verdad, si contemplaban censuras, limitaciones y controles, aspectos que omite la historiografía conservadora prohispánica.

Es respetable la postura de investigadores prestigiosos, y su defensa de una historia menos politizada, pero es desconcertante también que se caiga en el discurso de defensa cerrada, censura parcial-reconocimiento general, o visiones que lamentan "los hechos de la historia", pero celebran casi acríticamente los "logros históricos" de personajes como Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Sin duda, son personajes centrales del siglo XVI, pero no se puede romantizar tanto sus figuras, como siguen haciéndolo diversos historiadores. Hernán Cortés y Francisco Pizarro, no fueron los "padres del mestizaje" como defiende el discurso criollo de sectores conservadores y privilegiados; son conquistadores de significado ambivalente, sujetos históricos complejos y contradictorios, antes que símbolos de la nacionalidad. Bajo el manto de

una supuesta gran vigencia de "Leyendas negras" sobre la Conquista, se pretende argumentar que se "exagera" o miente sobre los acontecimientos trágicos producidos en esa época. Finalmente, se quiere atribuir la responsabilidad exclusiva de las desigualdades y exclusiones sociales, a los gobiernos surgidos tras la Independencia, omitiendo la huella del colonialismo europeo, que va del racismo (o ideología de castas) a la explotación inhumana de pueblos no occidentales, como el indígena o africano. Los historiadores pretendidamente más objetivos, a veces son los más ideologizados bajo este panorama.

En el abordaje de figuras como Hernán Cortés y Francisco Pizarro, parece funcionar la estrategia argumentativa de la censura particular de algunos de sus actos, pero el reconocimiento general de su accionar (colonizador, "creador" o fundacional). Los historiadores que reclaman contextualizar históricamente los eventos protagonizados por los conquistadores, caen también en la romantización de esas figuras históricas. Denuncian las *Leyendas Negras* sobre la conquista, pero excluyen u omiten una crítica severa sobre las terribles huellas del colonialismo en América. Atribuyendo el malestar de las naciones americanas, solo a los gobiernos criollos iniciados tras la independencia en el siglo XIX. De esta manera, se prescinde de una crítica al proceso colonial, y se divorcia la historia de los últimos 500 años. Desde ese punto de vista, lo anterior a la independencia americana, no contaría o contaría poco para explicar el racismo, la desigualdad, la discriminación o marginación social, así como el patrimonialismo, el nepotismo, la explotación, la transgresión a la ley, entre otros males sociales.

Un elemento de análisis muy importante, a partir de la categoría de género, es la "feminización" de los indígenas sometidos por los conquistadores. Si bien los historiadores pro-hispánicos muchas veces destacan el valor y arrojo de los pueblos indígenas, predomina finalmente una imagen de indígenas pasivos, sometidos y resignados. Estos son feminizados o infantilizados en la narrativa histórica más exaltadora de los hechos de la Conquista. La reacción de los historiadores pro-indigenistas, fue por su parte, reivindicar la hombría, valor y fuerza de los ejércitos indígenas. Se buscó desmarcar a los indígenas de una imagen "femenina", pasiva o

resignada. La nación indígena debía figurar como una nación de hombres fuertes, arrojados y orgullosos, tanto o más que los hispanos invasores. Masculinizar a la nación indígena resultaba vital, para contraponerlo a los relatos que atribuyen al indio una actitud pasiva o servil.

El discurso del mestizaje celebra la *mezcla racial* inicial como si esta hubiera sido voluntaria. Se silencian las violaciones sistemáticas, los secuestros de mujeres, y los matrimonios forzados. Se presenta a la "Malinche", como amante y aliada de Cortés, antes que una mujer otorgada o regalada por los nobles de su pueblo a los invasores hispanos. Inés Huaylas, es presentada como una princesa indígena que es unida a Pizarro, iniciando un mestizaje voluntario y armónico; olvidando su abandono temprano, y su condición de mujer sometida a la voluntad de los conquistadores. Los harenes de los conquistadores, y la violencia sexual son explicados tempranamente, como resultado de una "conquista erótica de las Indias", donde las mujeres del nuevo mundo, se entregan entusiastas a los hispanos, vistos como hombres superiores o en su calidad de vencedores. No se trata de afirmar que la condición de las mujeres indígenas haya sido mejor bajo los distintos reinos, señoríos y pueblos de la América precolombina, de hecho, su trato era brutal en varios casos. Lo que se cuestiona es la pretensión de idealizar el mestizaje, presentando su "rostro amable", y escondiendo la brutalidad del proceso de unión carnal, que incluyó el abuso también de millones de esclavas africanas.

Finalmente, desde los primeros cronistas hasta la producción académica actual, el lenguaje cumple un rol central, para definir las imágenes o representaciones sobre la Conquista y los conquistadores. El lenguaje eufemístico (y metafórico) entre hispanistas y autores conservadores diversos, e incluso, entre investigadores inclinados a adoptar un tono "neutral". Mientras el lenguaje de denuncia, que apela a adjetivos duros o descalificaciones, caracteriza a escritores proindigenistas o antihispanistas. Actualmente términos como Globalización y poscolonialismo, son formas eufemísticas para referirse a la expansión capitalista, el imperialismo económico y cultural o el neocolonialismo (Méndez, 2014). La vieja polémica sobre el uso del término *Conquista* o *Invasión*, en principio parece irrelevante, pero quizás solo refleja una disputa más grande sobre el lenguaje para definir qué fue "realmente" este hecho o

evento histórico: *Descubrimiento de América, Encuentro de dos mundos, Invasión europea, Genocidio indígena, Holocausto, Colonización, Mundialización, Invención de América*, etc.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, C. A. (2014). *Antimanual del mal historiador. O ¿cómo hacer hoy una buena historia crítica?* La Paz: Ediciones Baúl del libro.

Aguirre, J. (2018). *El historiador y su vida. Homenaje a José Antonio del Busto*. Lima: Universidad de Piura

Amat, H. (2005). "En memoria de Edmundo Guillén Guillén (1921-2005)". *Revista de investigaciones Sociales*, Año X n° 16, pp. 563-566. http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/inv_sociales/N16_2006/a25.pdf

Amir, S. (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México: siglo XXI, Editores.

Alvar, J., y Blázquez, J. M. (1997). *Héroes y antihéroes en la antigüedad clásica*. Madrid: Editorial Cátedra.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aram, B. (2008). *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América. Pedrarias y Balboa*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.

Agurto, S. (1997). *Descabalgando a Pizarro*. Lima: Editorial Universitaria, Universidad Nacional Federico Villarreal.

Balíbar, E. y Wallerstein, I. (1988). *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.

Basadre, J. (1958). *La promesa de la vida peruana y otros ensayos*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

Baudin, L. (1973). *El imperio socialista de los Incas*. Santiago de Chile: Zig-zag.

Belaúnde, V. A. (1983). *Peruanidad*. Lima: Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú.

Belaúnde, V. A. (2010). *La Realidad Nacional*. Lima: El Comercio.

Bendezú, E. (1992). *Literatura, Historia e Ideología en la biografía de Pizarro*. Lima: Editorial Lumen.

Bloch, M. (2004 [1949]). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Boccara, G. (2010). *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)*. Lima: IFEA.
Bonilla, H. (2017). *La construcción del conocimiento histórico. Errata y bricolaje de la historia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Brading, D. (2017). *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.

Burga, M., Del Águila, R., Vega, J, y otros (1993). *Sobre la nueva historia del Perú*. Lima: Editora Magisterial

Burga, M. (2012). "¿En qué momento se jodió el Perú?". En: *En qué momento se jodió el Perú*. Lima: Editorial Milla Batres.

Burga, M. (2005). *La historia y los historiadores en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Cappa, R. (1885). *Historia del Perú.* Lima: Imprenta del Universo.

Cappa, R. (1886). *Historia compendiada del Perú.* Lima: Ed. Carlos Prince.

Casalino, C. (2008). *Los héroes patrios y la construcción del Estado-Nación en el Perú (S. XIX y XX). Tesis* de *doctorado,* UNMSM, Lima, Perú.

Carlyle, T. (1985 [1841]). *Los héroes*. Madrid: Aguilar Ediciones.

CEHMP (1992). *V Centenario 1492-1992. Análisis y Debate*. Lima: Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.

Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Chartier, R. (1992). *El Mundo como Representación*. Historia Cultural: entre práctica y *representación*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Chartier, R. (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Editorial Manantial.

Chatterjee, P. (2007). *La nación en el tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 55-85.

Chocano, M. (2017). "Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana". *Identidad, historia y utopía. Serie Diversidad Cultural 4*, Ministerio de Cultura.

Collingwood, R. (1990). *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Corcuera, S. (1997). *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX.* México: Fondo de Cultura Económica.

Cotler, J. (2005). *Clases, Estado y Nación*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Dager, J. (2009). *Historiografía y Nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Degregori, C. I. (2000). *No hay país más diverso*. *Compendio de antropología peruana*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.

Del Busto, J. A. (1959). "Guillermo Prescott y su obra histórica". Discurso pronunciado en el Instituto Riva Agüero. 3 de diciembre de 1959. Enlace: http://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/53600/guillermo%20prescott.pdf?sequence=1

Del Busto, J. A. (1978). *Francisco Pizarro. El Marqués Gobernador*. Lima: Studium.

Del Busto, J. A. (2001). *Pizarro*. Lima: Petroperú, Tomos I y II.

Del Busto, J. A. (2009). *Memorias de un historiador*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú

Dussel. E. (1988). "¿Descubrimiento invasión de América?". CONCILIUM Revista internacional de teología, nº 220.

Dussel, E. (1994). *1492 El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la Modernidad".* La Paz: Plural Editores – Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad Mayor de San Andrés).

Durkheim, E. (1993). *Escritos selectos*. Buenos Aires: Nueva visión.

Elliot, J. (2018). *España y su mundo (1500-1700).* Barcelona: Taurus.

Erll, A. (2012). *Memoria colectiva y culturas del recuerdo*. Estudio introductorio. Bogotá: Universidad de los Andes.

Espinoza, W. (1977). *La destrucción del imperio de los incas*. Lima: Retablo de papel.

Fernández, F. (1995). *La barbarie, de ellos y de los nuestros*. Barcelona: ediciones Paidós.

Ferro, M. (1990), *Como se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*. México: Fondo de Cultura Económica.

Flores. A. (1988). “La imagen y el espejo: la historiografía peruana 1910-1986”. *Márgenes* 4, pp. 55-83.

Flores, A. (2010). *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*. Lima: El Comercio.

Florescano, E. (2012). *La función social de la historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Fontana, J. (1982). *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Editorial Crítica.

Fuenzalida, F. (2009). *La agonía del estado nación. Poder, raza y etnia en el Perú contemporáneo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Garcilaso de la Vega, Inca. (2010 [1609]). *Los Comentarios Reales de los Incas*. Lima: El Comercio.

Gellner, E. (2001[1983]). *Naciones y Nacionalismo*. Madrid: Alianza Universidad.

Gellner, E. (1995). *Encuentros con el nacionalismo*. Madrid: Alianza Universidad.

Gómez, L. (2012). “Ideología y política en José de la Riva Agüero y Osma: Breves apuntes e hipótesis de estudio”. *Revista Histórica*, vol. 23, nº 1, julio 1999. Instituto Riva Agüero.

Gonzales, O. (2010). *La academia y el ágora. En torno a intelectuales y política en el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

González Prada, M. (1975 [1908]). *Horas de Lucha*. Lima: Peisa.

González Prada, M. (2009 [1904]). *Nuestros indios*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Gootemberg, P. (1998). *Imaginar el desarrollo: las ideas económicas en el Perú poscolonial*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Banco Central de Reserva.

Guerra, M, y Sánchez-Concha, R. (2012). *Homenaje a José Antonio Del Busto Duthurburu.* Lima. Fondo Editorial PUCP.

Gruzinski, S. (2000). *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Paidós.

Gruzinski, S. (2010). *Las cuatro partes del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Guillén, E. (2006). *Ensayos de historia andina*. Lima: Universidad Alas Peruanas.

Guillén, E. (sin fecha). GRANDEZA, TRAGEDIA Y DESTINO DEL PERÚ ANDINO “La república criolla agoniza y ha llegado el tiempo de instaurar la república

andina" Una entrevista al historiador nacional Edmundo Guillén Guillén. Miguel Guzmán. Disponible en: http://miguel.guzman.free.fr/Runapacha/guillenentrevista.pdf

Halperin, T. (1996). *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.

Hampe, T. (1996). "Trayectoria y balance en la historiografía: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905-1995)". *Boletín del Instituto Riva Agüero* 23, pp. 39-61.

Handlin, O. (1997). *La verdad en la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hasting, A. (2000). *La construcción de las nacionalidades*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hernández, M. (2012). *En los márgenes de nuestra memoria histórica*, Lima: Fondo editorial Universidad San Martín de Porres.

Hernández, Max. (1993). *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilazo de la Vega*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Hobsbawm, E. (1997 [1990]) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E., y Ranger T. (2002[1983)]). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

Huamantinco, F. (2013). *Juan José Vega. Una historia de vida*. Lima: Editorial San Marcos.

Iwasaki, F. (2000). *El descubrimiento de España*. Bogotá: Peisa.

Iwasaki, F. (1988). *Nación Peruana*: *Entelequia o Utopía*. Lima: CRESE.

Iziga, R. (1992). *500 Años ¿De qué?* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Juarez, A. (2016). "Regiones imaginadas: Iberoamérica en el V centenario del descubrimiento de América (1989-1992)". Ciudad de México: Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Docencia Económicas.

Klarén, P. (2004). *Nación y sociedad en la Historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos.* Barcelona: Paidós.

Koselleck, R. (2004). *historia / Historia*. Madrid: Editorial Trota.

Lamana, G. (2016). *Dominación sin Dominio. El encuentro inca-español en el Perú colonial temprano*. Cusco: IFEA-CBC

Las Casas, B. (1991[1542]). *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Sevilla: Colección Er, textos clásicos.

Lavallé, B. (2005). *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos – Instituto de Estudios Peruanos.

Lefebvre, G. (1974). *El nacimiento de la historiografía moderna*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.

León, P. (1959). *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista. México*: Universidad Nacional Autónoma de México.

León, R., Ahlborn, B., y Villanueva, J. (2008). *España y el Perú: ¿cómo valoramos la herencia colonial?* Lima: Universidad Ricardo Palma.

León, R. (2012). *La escena primaria en el Perú. Imágenes sociales de Atahualpa, Francisco Pizarro, Huáscar y Diego de Almagro*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Loayza, A. (2016). *La independencia peruana como representación: Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Lima: IEP

Lockhart, J. (1986). *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*. Lima: Milla Batres.

Lockhart, J. (1982). *El mundo hispanoperuano (1532-1560).* México: Fondo de Cultura Económica.

Lohmann, G. (1986). *Francisco Pizarro. Documentos oficiales, cartas y escritos varios*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Lorente, S. (1861). *Historia de la conquista del Perú*. Lima: Librería de Masías.

Lorente, S. (1967[1855]). *Pensamientos sobre el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Lorente, S. (2005). *Escritos fundacionales de historia peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Macera, P. (1955). *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*. Lima: Ediciones FANAL.

Macera, P. (1977). "El indio visto por los criollos y españoles". En *Trabajos de Historia*. Vol. 2. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Macera, P. (1978). *Visión histórica del Perú. Del paleolítico al proceso de 1968.* Lima: Editorial Milla Batres.

Macera, P. (1979). *Conversaciones con Basadre*. Lima: Mosca Azul Editores.

Macera, P. (1988). *Trabajos de Historia*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Maltby, W. (1982). *La Leyenda negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento anhispánico 1558-1660*. México: Fondo de Cultura económica.

Mancilla, H. (2014). *Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización*. La Paz: Rincón ediciones.

Manrique, N. (1991). "Historia y utopía en los andes". *Revista Márgenes*, IV, 8, pp. 21-34. Lima.

Manrique, N. (1992). "El imaginario colonial del descubrimiento de América". *Revista Márgenes*, V, 9, pp. 93-140. Lima

Manrique, N. (1993). *Vinieron los sarracenos. El universo mental de la conquista de América*. Lima: DESCO.

Manrique, N., Glave, L., Muñoz, F., Portocarrero, G., y Trelles, E. (1992). *500 años después ... ¿el fin de la historia?* Lima: Escuela para el Desarrollo.

Mariátegui, J. C. (2010[1928]). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: El Comercio.

Mariátegui, J. C. (1986[1925]). *Peruanicemos al Perú*. Lima: Amauta.

Martín Rubio, C. (2015). *Francisco Pizarro, el hombre desconocido*. España: Editorial Nobel.

Maticorena, M. (1993). *La idea de nación en el Perú*. Lima: Ediciones Sequilao.

Matos Mar, J. (2010 [1984]). *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima: El Comercio.

Mazotti, J. A. (2016). *Lima fundida. Épica y nación criolla en el Perú*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

Mc Evoy, C. (2000). *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*. Lima: Instituto Riva Agüero

Meléndez, G. (1992). *Sentido histórico del V centenario* (1492-1992). San José: Editorial Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI).

Méndez, C. (1995). *Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP)

Méndez, C. (2013a). *La guerra que no cesa: guerras civiles, imaginario nacional y la formación del estado en el Perú*. Recuperado de www.history.ucsb.edu/projects/.../files/07948mndez_la_guera_que_no_cesa_2013.p

Méndez, C. (2013b). *La historia hay que reescribirla todita*. Recuperado de http://www.revistaideele.com/ideele/content/cecilia-m%C3%A9ndez-%E2%80%9Cla-historia-hay-que-reescribirla-todita

Mendiburu, M. (2016). *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/mendiburu-manuel-de-1805-1885-6133

Milla Batres (2000). ¿En què momento se jodiò el Perù? Lima: Editorial Milla Batres

Mira, E. (2018). *Francisco Pizarro. Una nueva visión sobre la conquista del Perú*. Madrid: Crítica.

Mires, F. (1992). *El discurso de la indianidad. La cuestión indígena en América Latina*. San José: Ediciones ABYA-YALA

Miro Quesada, A. (2005[1938]). *Costa, sierra y montaña*. Lima: Editorial El Comercio

Molina, M. (1991). *La leyenda negra*. Madrid: Nerea.

Montoya, R. (1991). "La utopía andina". *Revista Márgenes*, V, 8, pp. 35-74. Lima.

Neira, H. (2009). *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética.* Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega.

Neira, H. (2013). *¿Qué es nación?* Lima: Fondo editorial de la universidad San Martín de Porres.

Ninamango, L. (2000). *Encubrimiento y usurpación de América*. Venezuela: Ediciones de la presidencia de la república.

Nugent, G. (1991). *El conflicto de las sensibilidades: propuestas para una interpretación y crítica del siglo XX peruano*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas.

Nugent, G. (2012). *El laberinto de la choledad*. Lima: UPC.

Nugent, G. (2016). *Errados y errantes*. Lima: La Siniestra ensayos.

Oliart, P. y Portocarrero, G. (1989). *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

Palti, E. (2003). *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional".* México: Fondo de Cultura Económica.

Payne, S. (2017). *En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas negras*. Barcelona: Espasa.

Paz, O. (2004). *El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económica.

Pease, F. (1978). *Del Tahuantinsuyo a la historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Pease, F. (1989). "La conquista española y la percepción andina del otro". *Histórica*, vol. XIII, nº 2, diciembre de 1989.

Pease, F. (1993). "La visión del Perú: la historiografía". En D. Bonavia y F.

Pease, F (1993). *Perú, hombre e historia*. *La República*. T. III. Lima: Edubanco.

Pérez, J. (2012). *La Leyenda Negra*. Madrid: Editorial Gadir.

Pérez, T. (1999). *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. España: Ediciones Nobel.

Pizarro, P. (2013[1571]). *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Lima: Fondo de Cultura Económica.

Porras Barrenechea, R. (1964). *Mito, tradición e historia del Perú*. Lima: Peisa.

Porras Barrenechea, R. (1971). *Antología*. Lima. Ediciones Crepúsculo de América.

Porras Barrenechea, R. (2016). *Pizarro, el fundador*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Portocarrero, G. (2007). *Racismo y Mestizaje*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Portocarrero, G. (2010). *Rostros criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana.* Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.

Portocarrero, G. (2013). *Sombras coloniales y globalización en el Perú de hoy.* Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.

Portocarrero, G. (2014). *Perspectivas sobre el nacionalismo en el Perú*. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.

Portocarrero, G. (2015). *La urgencia por decir "nosotros". Los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicano*. Lima: Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Prescott, G. (1972 [1847]). *Historia de la conquista del Perú*. Lima: Editorial Universo.

Quijano, A. (1992). Notas sobre la cuestión de identidad y nación en el Perú. *Revista Márgenes*. V, 9, pp. 260-270. Lima.

Quijada, M. (1994). "De la colonia a la república: inclusión, exclusión y memoria histórica en el Perú". *Histórica* 18, 2, pp. 365-382.

Quiroz, F. (2005). "Clío contra el Imperio. Historiografía anglosajona sobre Hispanoamérica en los siglos XVIII-XIX". *Revista de Investigaciones Sociales*. Año IX, nº 15, pp.153-172. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Quiroz, F. (2012). *De la Patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano*. Lima: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional de Rectores.

Quiroz, F. (2017). "Romanticismo y nacionalismo en la historiografía peruana del siglo XIX". *Revista Sílex*, volumen 7, N° 1, 15-43

Ramón, G. (1995). "La Historia del Perú según Sebastián Lorente". *Cibertextos*, Revista electrónica de la Dirección Académica de Investigación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, año 1, nº 2.

Regalado, L. (2007). *Clío y Mnemósine. Estudios sobre historia, memoria y pasado reciente*. Lima: Fondo editorial PUCP y San Marcos.

Regalado, L. (2010). *Historiografía occidental. Un tránsito por los predios de Clío*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Renán, E. (1987). *¿Qué es la nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.

Rénique, J. L. (2016). *Imaginar la nación. Viajes en busca del "verdadero Perú" (1881-1932).* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Restall, M. (2004). *Los siete mitos de la conquista española*. Barcelona: Paidós.

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Riva Agüero, J. (1910). *Historia del Perú*. Lima: Imp. Nacional.

Riva Agüero, J. (1960). *Afirmación del Perú I. El Perú en su historia*. Lima: Editorial Universitaria, Instituto Riva Agüero.

Riva Agüero (1974). *Paisajes peruanos*. Lima: Peisa.

Rivera, V. (2012). *Tradicionalistas y maurrasianos: José de la Riva Agüero (1904-1919).* Lima: Tesis doctoral, UNMSM.

Roca, M. E. (2016). *Imperofobia y Leyenda Negra*. Madrid: biblioteca de ensayo 87.

Roel, P. (1970). *Historia social y económica de la colonia*. Lima: Editorial Gráfica Labor.

Roel, V. (1998). *La deuda de España al Perú*. Lima: G. Herrera Editores.

Roel, V. (2001). *Cultura Peruana e Historia de los Incas*. Lima: FCE-Universidad Alas Peruanas.

Roel, V (2009). *Ataque e invasión del imperio hispánico al Perú de los incas.* Lima: Universidad de Ciencias y Humanidades.

Rojas R. y Zapata, A. (2013). *¿Desiguales desde siempre? Miradas históricas sobre la desigualdad*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Rosas, C. (2005). *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Rosas, C. (2009). *Odio y perdón en el Perú. Siglos XVI al XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

Rosas, C. (2011). "Nosotros también somos peruanos". *La Marginación en el Perú. Siglos XVI a XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Rostworowski, M. (1989*). Doña Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza, 1534-1589*. Lima: Institutos de Estudios Peruano.

Rostworowski, M. (1993). *Ensayos de historia andina: Elites, etnías, recursos*. Lima: Institutos de Estudios Peruano.

Rostworowski, M. (2004). *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: Institutos de Estudios Peruano.

Rowe, J. (2003). *El movimiento nacional Inca del siglo XVIII*. Cusco: Instituto Nacional de Cultura.

Sábato, E. (1991). *Ni leyenda negra ni leyenda blanca.* Recuperado de http://elpais.com/diario/1991/01/02/opinion/662770813_850215.html

Said, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: editorial al Quibla.

Salazar Bondy, A. (1965). *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima: Editores Francisco Moncloa.

Sánchez, L. A. (1985). *Conservador, no. Reaccionario, sí. Ensayo heterodoxo sobre José de la Riva Agüero*. Lima: Mosca Azul Editores.

Sanders, K. (1997). *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930.* Lima: FCE – PUCP.

Smith, A. (2004). *Nacionalismo. Teoría, ideología e historia*. Madrid: Alianza Universidad.

Sommer, Doris (2004). *Ficciones fundacionales: las noveles nacionales en América Latina.* Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Stein, W. (2010). *Repensando el discurso andinista*. Lima: SUR Casa de estudios del socialismo.

Stern, S. (1992). *Paradigms of Conquest: history, historiography, and politics*. London: Journal of Latin American Studies.

Tanaka, M. (2012). *La historia y la identidad peruana*. Recuperado de http://larepublica.pe/columnistas/virtu-e-fortuna/la-historia-y-la-identidad-peruana-19-02-2012

Tanaka, M. (2016). *Antología del pensamiento crítico peruano contemporáneo*. Buenos Aires: Clacso. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20161027035821/AntologiaPensamientoCriticoPeruano.pdf

Tauzin-Castellanos, Isabelle (compiladora) (2019). *Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América Andina. Del Virreinato al Novecientos*. Lima: Fondo Editorial UNMSM – Presses Universitaires de Bordeaux.

Todorov, T. (1992). *Simbolismo e interpretación*. Venezuela: Monte Ávila editores.

Todorov, T. (2003). *La conquista de América. El problema del otro*. Argentina: Siglo veintiuno editores.

Todorov, T. (2005). *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI editores.

Torres, E. (2007). *Buscando un rey. El autoritarismo en la historia del Perú. Siglos XVI-XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Turner, M. (2006). *Republicanos Andinos*. Lima: Centro Bartolomé de Las Casas / Instituto de Estudios Peruanos.

Turner (2012). *El nombre del abismo. Meditaciones sobre la historia de la historia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Varón, R. (1996). *La Ilusión del Poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*. Lima: IEP-IFEA.

Varón, R. (2006). "La estatua de Francisco Pizarro en Lima. Historia e Identidad Nacional". Revista de Indias, vol. LXVI, nº 236, pp. 217-236. España.

Valcárcel, L. E. (s.f.). *Tempestad en los Andes*. Lima: Populibros Peruanos.

Valcárcel, L. E. (1965). *Ruta cultural del Perú*. Lima: Nuevo Mundo.

Valcarcel, L. E. (2013). *Del indigenismo cusqueño a la antropología peruana*, tomos I y II. Lima: Ediciones Copè-Petroperú, Fondo editorial del Congreso y el IEP.

Vargas Llosa, M. (2008). *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. Lima: Alfaguara.

Vargas Llosa, M. (11 de mayo 2003). "Los hispanicidas". *Diario El País*. https://elpais.com/diario/2003/05/11/opinion/1052604006_850215.html

Vargas Llosa, M. (28 de octubre 2018). "Hispanidad ¿mala palabra?". *Diario El País*. https://elpais.com/elpais/2018/10/25/opinion/1540480036_431820.html

Vargas Ugarte, R. (1966). *Historia General de Perú*. Lima: Milla Batres.

Varón, R. *(*1989*):* "*Los dueños del Perú: Negocios e inversiones de los Pizarro en el siglo XVI*", *Histórica*, Vol. *XIII*, N. 2, pp. *197–242*

Varón, R. (1996). *La ilusión del poder: apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Vásquez, G. (1996). "La historiografía latinoamericana del siglo XIX. El caso de tres historiadores ilustres: Andrés Bello, Diego Barros y Bartolomé Mitre". *Histórica*, vol. XX, 1, pp. 131-153.

Vernant, J. P. (2002). *Entre mito y política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Vega, J. J. (1963). *La Guerra de los Viracochas*. Lima: Populibros peruanos.

Vega, J. J. (1992). *Los incas frente a España. Las guerras de resistencia*, 1531-1544. Lima: Peisa.

Vergara, A. (2007). *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*. Lima: Solar.

Vich, V. (2009). El fantasma de Francisco Pizarro: debates nacionalistas en torno a una estatua. En *C. Rosas (Ed.), El odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI al XXI*. (pp. 245-270). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Villacañas, J. L. (2019). *Imperiofilia y el populismo nacional-católico: Otra historia del imperio español*. Madrid: Lengua de trapo.

Wachtel, N. (1976). *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española* (1530-1570). Madrid: Alianza.

Walker, C. (2009). *Diálogos con el Perú. Ensayos de historia*. Lima: Fondo Editorial Pedagógico de San Marcos.

Ward, T. (2009). *Buscando la Nación Peruana*. Lima: Editorial Horizonte.

White, H. (1997). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wiesse, C (1887). *La conquista del Perú*. Tesis presentada a la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, para optar el grado de Doctor. En: *Anales Universitarios del Perú*, tomo XIII.

Zapata, A. (2013). *Los rostros de Pizarro*. Recuperado de http://larepublica.pe/columnistas/sucedio/los-rostros-de-pizarro-16-01-2013

Zapata, A. (2010). *Generaciones e independencia*. Recuperado de http://www.revistargumentos.org.pe/generaciones_e_idenpendencia.html

Zapata, A. (2015). "Las claves del periodo". En *Perú. La búsqueda de la democracia.* Buenos Aires: Penguin Random House